ALBERTO ZURRÓN

SEXO LIBROS y EXTRAVAGANCIAS

HISTORIA SALVAJE DE LOS GRANDES ESCRITORES

ÍNDICE

Dedicatoria
Introducción

1. Generosidad a manos llenas
2. La censura, esa cirugía sin anestesia
3. Locos por el sexo
4. El primer encuentro: ¿choque de manos o choque de trenes?
5. Ebriedades a fondo perdido
6. Inocencias de trescientos sesenta grados
7. Maniáticos y excéntricos
8. La dura despedida de la vida
9. Sacudiendo los árboles genealógicos
10. Amigos para siempre... Y enemigos para todo lo demás
11. Frentes literarios y frentes de batalla
12. Con las pasiones a cuestas
13. A hombros de gigantes: referencias y preferencias literarias
14. Paritorios sin personal: la esterilidad creadora
15. Dejad que los bichos se acerquen a mí
16. Fobias a la carta
17. Ambiciones, vanidades y egolatrías
18. Pobres de solemnidad
19. Bautismos e incineraciones (literarias)
20. El hechizo creador
21. Matrimonios estelares y estrellados
22. Curiosidades al por mayor
23. Rasgos personales e intransferibles
24. Dadme un tema y moveré un corazón
25. La fama: trono para unos, inodoro para otros

Epílogo
Notas
Créditos

A mi padre.
Te habrías divertido...

INTRODUCCIÓN

Los escritores siempre han viajado de dentro para fuera con una maleta de doble fondo: en la parte descubierta, la naturalidad, para pasar desapercibidos; en la oculta, la singularidad, la personalidad de contrabando. La inspiración de los escritores es un complejo mundo de tres polos; hay un hemisferio norte poblado de recuerdos y un hemisferio sur poblado de sensaciones, y esos dos hemisferios solo pueden abrazarse atravesando un tercer polo hecho de millones de ladrillos: las palabras. Ellas son las que han propiciado esa meta de la inmortalidad a la que todos han llegado, ya sea a rastras, ya sea como Horacio se imponía a sí mismo: hiriendo con su cabeza las estrellas, si bien para esto no hay que buscar las armas más adecuadas, sino las palabras más precisas, para saber dónde herir sin matar y por dónde matar la memoria sin herir los sentimientos.

La gloria es esa sombra que el escritor persigue con una camisa de fuerza para protegerla del frío, y el lector es responsable de mantener no solo esa temperatura, sino también el peso del escritor, hasta el punto de que el perdido al morir no son esos gramos que los científicos han adscrito al alma; ese peso lo pierde la humanidad en su conjunto, en forma de desaliento. Cuando uno se enrola como soldado de infantería en el ejército de la literatura sabe que no va a haber un momento de tregua en las avanzadillas de los envidiosos, en los cañonazos de los críticos y en las crueles emboscadas de la cotidianeidad, donde no existen días pares e impares, sino inspiración en los días paridos para reservar a los malparidos una carencia total de creatividad, viendo pasar metros y metros de hilo sin puntada que los cosa.

Si algo no he hallado en los escritores es paz: ni exterior, ni interior; ni mental, ni digestiva. Antonio Machado dijo una vez que vivía en paz con los hombres y en guerra con sus entrañas, de manera que, una de dos, o salía de un confesionario o entraba en el cuarto de baño arrasándolo todo. Con los escritores no hay término medio. En ellos la paz supone una gran inconveniencia porque es la enfermedad terminal de la rutina, la adormidera de sus fantasmas, el acta de defunción de sus demonios. Si se es escritor es porque han fallado todos los ángeles y solo quedan los demonios, reclamando un premio que espanta porque consiste en

entregarles la vida entera sin necesidad de hacerla antes verdadera. Los escritores son buena prueba de que los demonios dan para mucho, precisamente por lo mucho que reciben, y es que, a poco que uno les consiga la cuna adecuada, se acaban convirtiendo en el animal de compañía perfecto.

La selección de autores que he llevado a cabo reside en preferencias acérrimamente subjetivas, a veces movido no tanto por el deslumbramiento de toda una obra, sino por la oscuridad de toda una vida; así que aquí los presento a todos, o a casi todos, con sus miedos y sus fobias, sus ansias y sus inquietudes, sus odios y sus inquinas, sus miserias y sus manías, sus depresiones y sus sinsabores, sus fantasías y sus payasadas, sus derrotas y sus conquistas, sus ruidos y sus furias, sus travesuras y sus rencillas, sus inocencias y sus artimañas... ¿Qué más se puede pedir? Quizás luz, más luz, como Goethe al morir; pero... ¿para qué?

Personalmente, solo deseo que el lector encuentre el camino de entrada, pero ya no el de salida. Mucho menos el camino de vuelta. Solo me queda apartar un poco la cortina, encender la tenue luz de las candilejas y pedirles que pasen, vean y escuchen lo que este abogado metido a escritor ha descubierto para ustedes, lo que aquellos gigantes han vivido para todos, pidiéndonos, desde no se sabe dónde, más que caerles en gracia, no hacerlos caer en el olvido.

Oviedo

1

GENEROSIDAD A MANOS LLENAS

BROTES DE ESPONTANEIDAD

En la Inglaterra de Charles Dickens había casas de todos los tipos: de apuestas, de empeños, de lenocinio, de comidas, de acogida... El escritor tuvo muy claro desde un principio cuál de ellas debía elegir para fundar una gran familia en la que erigirse como padre putativo, así que, libre de pecado como estaba y esclavo de la fama como era, ya no necesitó tirar la primera piedra, sino poner el primer ladrillo de una gran casa que diera cobijo a «mujeres desorientadas», como denominaba eufemísticamente a las mujeres de la calle, todo ello tras persuadir a una de las filántropas más célebres de Inglaterra, de nombre Angela Burdett-Coutts, para que financiara el proyecto, encargándose el escritor de su dirección y supervisión continuadas. Situada en Broadstairs (condado de Kent, a unos 130 kilómetros al este de Londres), finalmente fue inaugurada en noviembre de 1847 y bautizada como «Casa Urania». A pesar de que Dickens a duras penas podía mantener a su propia prole —por entonces, seis hijos y otro en camino, aunque llegaría hasta diez—, asumió el pago de la renta mensual del arriendo, sufragó de su bolsillo las necesidades materiales de las internas y asistió a todas las reuniones para conocer de primera mano la evolución del hogar y las incidencias diarias que se producían, prodigando tanta bondad en los tratamientos como paciencia en las conversaciones.

Hans Christian Andersen (51)* se pasó por allí en junio de 1857 para conocer el lugar y cenar con Dickens (45), describiéndola como «una casita muy limpia. Las ventanas daban al Canal y el mar llegaba casi hasta nuestros pies». El autor de *El patito feo* se quedó cinco semanas en casa de Dickens, si bien exhibiendo tal cantidad de excentricidades que pronto la familia compitió para ver quién sentía más retortijones. Esto no quitó que algunos amigos de Dickens se acercaran por su casa para conocer de primera mano al célebre escritor, a lo que el anfitrión no oponía ningún reparo, sino solo una viperina prevención: «No habla ningún idioma más que su danés, y sospechamos que ni siquiera lo sabe bien». Añadamos que

la generosidad de Dickens no se limitó a las mujeres de la calle. Como si no tuviera suficiente con sus diez hijos, tuvo a bien ocuparse de las proles de otros, como la de un actor de la compañía de William Macreaday, ahogado en el mar para dejar en tierra seis hijas y un hijo a los que el escritor mantuvo creando un comité de beneficencia y prestándoles asistencia personal a lo largo de los años, hasta lograr su independencia.

De joven, Mark Twain se enamoró de una niña, Laura M. Wright, y tal fue la conmoción de aquel afecto que casi medio siglo después el escritor llevaba este melancólico cómputo: «Han pasado cuarenta y ocho años, un mes y veintisiete días desde aquella separación —escribía en su *Autobiografía*—. (...) Llegué a casa el pasado miércoles procedente de Fairhaven y me encontré con una carta de Laura Wright. Me estremeció hasta lo más profundo de mi ser (...). La carta de Laura era una petición de ayuda pecuniaria para ella y su hijo discapacitado, que tiene 37 años. Es maestra. Necesitaba mil dólares y se los he enviado».

El encarcelamiento de Oscar Wilde en la prisión de Reading durante dos años forjó en él una doble sensibilidad del mismo modo que la dermis yace bajo la epidermis para protegerla y regenerarla. Durante su encierro hubo algo que echó aún más de menos que la escritura: sus dos hijos, Cyril y Vyvyan. Lejos de ellos, el afecto paterno lo trasvasó a tres mocosos que cumplían condena por el robo de unos conejos, consiguiendo que fueran puestos en libertad. La nota que escribió el día antes a su carcelero tenía un punto de conmovedora: «Figúrese lo que significaría para mí poder ayudar a estos tres niños. No encontraría palabras para poder expresar mi alegría. Si fuera posible que yo pagase la multa, diga a los niños que un amigo les pondrá mañana en libertad, que se alegren y no digan nada a nadie».

La generosidad a la que Robert L. Stevenson se consagró de por vida comenzó cuando hacia 1876 (25) su padre le prestó unas mil libras para viajes y estudios y, transcurridos dos años, ya no quedaba nada en el bote porque todo lo había ido entregando a sus amigos para pagar sus deudas y subvenir sus necesidades. Toda aquella generosidad le fue devuelta en sus últimos años de vida, transcurridos en la isla de Upolu (Samoa), donde instaló su paraíso terrenal y fue velado en vida por los indígenas como ningún cadáver fue velado nunca. No era para menos, dada su disposición a pagar cuantos gastos les fueran necesarios a aquellos que permanecían en prisión, los mismos que luego se desvivían por él y para él cuando eran puestos en libertad. Así ocurrió con los jefes mataafas, que, asumiendo todos los costes, terminaron la carretera que conducía a la casa del escritor, a la que llamaron *Ala Loto Alofa*, el Camino del Corazón Amante.

Quizás no haya generosidad más pura que la ciega, la que se hace con

la mira telescópica puesta al revés sin distinguir el objetivo. Fiódor Dostoievski organizó una colecta en favor de un borracho que se paseaba por los suburbios de San Petersburgo ofreciendo a los viandantes flagelarse a cambio de unos rublos, convirtiendo la exhibición en un cruento espectáculo circense donde la única diferencia con el circo de Nerón era que los rusos no aplaudían, o bien aplaudían mucho más despacio. Pero Dostoievski no solo se descarnó con los extraños; también lo hizo con los propios, y así lo demostró con su hermano Mijaíl, por quien se desvivía no bien tenía oportunidad, llegando a considerarlo más importante que su propia esposa, María. Aquel hermano moría el 10 de julio de 1864 dejando viuda y una numerosa prole cuyas necesidades Fiódor se encargó de satisfacer, además de afrontar las deudas del difunto, cifradas en unos 25.000 rublos. «Por un hermano así estoy dispuesto a sacrificar tanto mi cabeza como mi salud», dejaba escrito en una carta quien aún atesoraba resina suficiente en el árbol genealógico para cuidar de su otro hermano, Nikolai, cuya segunda nacionalidad era la alcohólica.

Parecido arranque al del ruso tuvo Antoine de Saint-Exupéry, quien estando destinado en Marruecos en 1927 (27) trabó amistad con un negro que un moro había comprado como esclavo, al que tanto afecto cogió que, conociendo sobradamente el escritor cuál iba a ser su destino cuando llegase a viejo y su utilidad fuera nula, decidió organizar un *crowdfunding* entre amigos y conocidos con el que recaudó dos mil francos que sirvieron a su manumisión.

En agosto de 1920 estaba H. G. Wells proyectando dónde celebrar su 54º aniversario cuando recibió una carta de Máximo Gorki que no contenía precisamente un cheque regalo. Dentro pedía su intercesión ante quien sabía era buen amigo suyo, lord Beaverbrook, escritor, político influyente y fundador de varios periódicos de renombre, todo para organizar una misión humanitaria secreta que hiciera llegar a los científicos rusos de Petrogrado y alrededores (entre los que estaba el famoso Pávlov, el de los experimentos con perros) una ración extra de grasas y azúcares, trescientas libras de manteca, mantequilla y azúcar, así como alimentos varios que no necesitaran cocción, como caramelos y chocolate, todo para que aquellas fértiles cabezas siguieran trabajando en pos de nobles fines. Wells se lo trasladó al lord y el lord se lo trasladó a su almohada. Allí se dijo: vamos a ver, Wells es hombre muy popular y tiene publicados varios libros de éxito, por no hablar de que las publicaciones quincenales de su *Perfil de la historia* se venden en torno a cien mil ejemplares por entrega, de manera que el lord lo tuvo claro: «¿Por qué no va usted mismo?» le propuso. Y así lo hizo Wells el 15 de septiembre de ese mismo año, diezmada Rusia por la

guerra con Polonia y las secuelas dejadas por la Primera Guerra Mundial. Acompañado finalmente por doscientas cincuenta libras de comestibles, se hospedó con Gorki en un gran apartamento donde el ruso no había tenido más que darle una patada a la puerta para entrar e instalarse en el edificio junto con otros okupas, tomando para sí una habitación que compartía con su segunda esposa y un perro de lanas. Su primera mujer también andaba por allí, ocupando otro cuarto en alguna otra planta de aquel inmueble abandonado en una Petrogrado desierta, semiderruida, desactivada y tendida entre los escombros de su gloria pasada. Wells regresó a Inglaterra a finales de octubre, con las manos tan vacías como vacía de expectativas su voluntad de ayudar a un Lenin lleno de ideas programáticas, pero carente de instrumentos para llevarlas a efecto.

Hay motes en la tierra que, sin duda, serán premiados en el cielo. Arthur Rimbaud no creyó demasiado en Dios cuando se hizo adulto, pero de niño colocó todas las piedras que le fue posible, aunque está visto que no con la argamasa adecuada. Tenía 11 años cuando salía de la capilla con el resto de sus compañeros de clase y vio cómo se lanzaban agua bendita unos a otros. El futuro poeta arremetió contra ellos dando puñetazos y patadas hasta que los profesores los separaron. Esta valentonada le valió el mote de *sale petit cagot*: «Puerco santurrón».

Franz Kafka tenía un serio problema glandular, y es que sudaba generosidad por todos sus poros. Siendo jefe del departamento jurídico del Instituto de Seguros contra Accidentes de Trabajo en Praga, fue a caer en sus manos el expediente de un viejo peón que había perdido una pierna tras serle aplastada por un montacargas lleno de ladrillos. El caso es que el asegurado contrató a ciegas un leguleyo con menos luces que escrúpulos y cuando su demanda llegó a manos de Kafka este se las llevó a la cabeza y después a la chequera para contratar a espaldas de la compañía a uno de los más afamados abogados de la capital con el fin de rehacer aquel entuerto con otra demanda a la medida de aquella desgracia. Así fue como Kafka perdió aquel proceso, pero ganó un peldaño en su reputación de benefactor. La veracidad del episodio viene de la mano de uno de sus biógrafos, Gustav Janouch, cuyo padre trabajaba en la misma oficina.

Lo de Lewis Carroll era un sinvivir: había que verlo cuidando enfermos a cualquier hora y en cualquier circunstancia, editando y enviando circulares en ayuda de aquellos conocidos que buscaban trabajo, prestando dinero, poniendo en venta los muebles de sus amigos para impedir su embargo, regalando numerosos ejemplares de sus libros a hospitales infantiles y escuelas de trabajadores adultos, todo para arrancar sonrisas y plantarlas en el palmo más árido de su desesperación.

En muy parecidos términos se movía Ezra Pound, cuyos arranques de altruismo tenían a Hemingway poco menos que conmocionado, describiendo este allá por el año 1925 cómo a sus amigos «los defiende cuando son atacados, hace que las revistas publiquen obras suyas y los saca de la cárcel. Les presta dinero. Vende sus cuadros. Les organiza conciertos. Escribe artículos sobre ellos. Les presenta a mujeres ricas. Hace que los editores acepten sus libros. Los acompaña toda la noche cuando aseguran que se están muriendo y firma como testigo sus testamentos. Les adelanta los gastos de hospital y los disuade de suicidarse».

ÁNGELES DESPLEGANDO LAS ALAS EN TIEMPOS DE GUERRA

La primera fotografía recorre los años 1861 a 1865. Durante la guerra de Secesión Walt Whitman visitó, según sus propios cálculos, a unos cien mil soldados heridos a lo largo de tres años para infundirles ánimo y acompañarlos en su convalecencia, cuando no en su agonía, leyéndoles poesía, aunque nunca la suya. La sufrida experiencia la llevó a su poemario *Redobles de tambor*.

La segunda fotografía es del año 1917. Estados Unidos ha entrado en la Gran Guerra en el mes de abril movido por la necesidad de proteger sus bienes y sus intereses en las costas británicas: una lágrima en el ojo del huracán alemán. Alice Toklas (40) y Gertrude Stein (41) despliegan alas en Nimes, a las puertas de la Provenza francesa. Se desviven por los soldados estadounidenses que llegan heridos en trenes, empleando su propio coche para trasladarlos desde la estación a los hospitales, donde luego se encargan de proporcionarles víveres y tabaco de contrabando obtenido en Marsella para que dejen en paz los colchones, cuyo relleno lían y se fuman ansiosamente. Fue la ruina de la pareja tras invertir buena parte de sus ahorros en la compra de aparatos de rayos X, vendas, mantas, los citados cigarrillos y unos cinco mil termómetros.

En septiembre de 1942 una bomba rusa destruyó la casa del matrimonio Zilahy en Budapest. La suerte estaba echada. Tres días después comparecían ante un notario y donaban toda su fortuna al Real Tesoro magiar para que el Estado creara la llamada «Escuela de Sobresalientes». En el lote entraban el solar de la casa, los derechos de autor de Lajos, las joyas de su esposa Piroska, su productora de películas Pegazus S.A. y algunas tierras, todo ello bajo condición resolutoria si el Estado húngaro incumplía la ejecución del proyecto. El acta notarial aludía a «todo cuanto poseía, absolutamente todo, lo ganado y lo por ganar», reservándose el

matrimonio tan solo lo necesario para vivir modestamente junto con su hijo de 10 años. En la Pascua de 1948 Lajos (57) escribía: «Mi esposa y yo renunciamos a todos nuestros bienes, muebles o inmuebles, regalando nuestra fortuna a la juventud húngara, a fin de que se le facilite una educación de tal clase que ocupe ella el primer lugar en el cultivo de la conciencia nacional (...). Nunca he tenido o sentido un gran aprecio por el dinero, y mis pingües ingresos nunca han correspondido a mi forma de pensar y sentir. El afán del dinero como única finalidad es el mayor de los errores».

La generosidad de Jean-Paul Sartre tenía tres cuartas partes de jactancia y el cuarto restante de dudoso amor al prójimo. Cuando en 1946 (41) hizo su primer viaje a Estados Unidos aceptó los auxilios de un joven secretario llamado Jean Cau, quien logró mantenerse a su lado once años. Una de las cosas que más admiraba de su empleador no era la extracción de ideas de aquel cerebro siempre en trance de agudeza, sino la extracción de abultados fajos de billetes del bolsillo para pagar la comida a los amigos y dejar ofensivas propinas a los camareros.

También James Joyce consideró la cuestión de las propinas como una cuestión de honor que en la mayor parte de los casos solo enmascaraba una vanidad subrepticia. A pesar de andar siempre corto de dinero debido al alto tren de vida que llevaba y las cuatro bocas que debía alimentar, cuenta Sylvia Beach que su generosidad con las propinas en su restaurante favorito de París, Les Trianons, venía a ser más celebrada que las obras que iba lanzando al mercado. «Los camareros, el chico que buscaba un taxi y todos los que le servían, deben de haberse retirado con una fortuna», especulaba la librera.

Pero es Antón Chéjov quien se lleva la palma del hacer el bien sin mirar a quién. Uno de sus bastiones lo plantó en Mélijovo, pueblo donde se compró una dacha para vivir con sus padres y hermanos, a los que, junto a sus perros Bromuro y Quinina, se había jurado cuidar como si el cuarto de los mandamientos fuera una síntesis de los otros nueve. Cuando los lugareños supieron que el famoso escritor no solo curaba almas, sino también cuerpos, y que además lo hacía sin cobrar honorarios, montaron auténticos campamentos a la entrada de su casa, visitas que el doctor Chéjov afrontaba con su perfil más hipocrático, colgando a primera hora una bandera roja en la puerta y haciéndolos pasar de uno en uno. Entrada de su diario un 10 de octubre de 1892 (32): «Desde agosto hasta el 10 de octubre he inscrito quinientos enfermos en mis fichas. En total he debido de examinar a más de mil... La vida ha sido dura este verano». Por si el afán de curar se quedaba corto, el escritor soltó más cuerda y demostró ser igual

de válido con el afán de educar, costeando de su peculio la construcción de dos escuelas en el pueblo, para terminar convirtiéndose en ayudante de inspección, un trabajo que abarcaba cincuenta y siete escuelas en aquel territorio.

La experiencia posterior en la isla de Sajalín también fue muy productiva para Chéjov. A su modo, claro. Si Chéjov es hoy un héroe chapado a la antigua se deberá a que vivió en el siglo XIX, solo por eso, porque pocos hombres hoy habrían replicado la proeza de quien, martirizado por la tuberculosis y unas hemorroides sangrantes, afrontó aquel viaje desde Moscú a la isla de Sajalín a lo largo de cincuenta días en los que hubo de coger barco, ferrocarril y carruajes con los que recorrió en torno a 4.500 kilómetros, atravesando, entre otros territorios, el de Siberia. Carta a su amigo Alekséi Suvorin del 20 de mayo de 1890: «Durante todo el viaje he estado hambriento como un perro. Me atiborraba de pan para evitar soñar con rodaballos, espárragos, etc.» Carta al mismo amigo del 11 de septiembre, navegando en el Baikal tras vivir en el norte de la isla dos meses: «He tenido la paciencia de hacer el empadronamiento de toda la población de Sajalín. He recorrido todos los lugares de deportación, he entrado en cada isba, he hablado con todo el mundo. He utilizado un sistema de fichas e inscrito a cerca de diez mil presidiarios y deportados. Dicho de otro modo, no hay en Sajalín un solo preso o deportado con quien no haya hablado».

Pero su santidad fue más allá que la del mártir galeno. Si Chéjov tenía entre ceja y ceja una cuenta pendiente era la de dotar culturalmente a su ciudad natal, Taganrog, lo que hizo en marzo de 1898 adquiriendo en Niza para su biblioteca municipal trescientos diecinueve volúmenes de autores clásicos franceses. Carta a su hermana: «No tengo dinero, pero no he podido contenerme, y me ha costado caro». Aun en sus últimos años de vida hará a esa biblioteca catorce donaciones importantes, incluyendo buena parte de su biblioteca personal con ocasión de su traslado desde Mélijovo a su nueva casa en Yalta, colmando las bibliotecas de otras localidades cercanas cuando en la de Taganrog ya no entraron más libros. Nada de esto le pasó desapercibido al zar Nicolás II, quien le concedió la «nobleza hereditaria» como premio a sus «esfuerzos en pro de la instrucción del pueblo», título que Chéjov llevó con absoluta discreción, prefiriendo mucho más jactarse de otros logros, como el que trasladó con orgullo a su amigo Alekséi Suvorin en junio de 1899, informándole de cómo había logrado erigir tres escuelas, a razón de tres mil rublos cada una de las dos más grandes, invirtiendo en la tercera, «más pequeña, cerca de dos mil».

Era ese el año en que el escritor se instalaba junto a padres y hermanos en la que sería su última morada: Yalta (Crimea), donde los pulmones le pedían aire y el resto del cuerpo seguir haciendo buenas obras, aunque su avanzada tuberculosis ya le obligara a decir las cosas y pensar proyectos en singular, dado el pésimo pronóstico de su futuro a medio plazo. Así es como se decantó por una buena obra más, la última, que anunció emocionado por carta a su amigo Máximo Gorki: un sanatorio para tuberculosos, cuyos fondos recolectará tras dirigirse a todos los periódicos del país reclamando aportaciones. Logrado el objetivo, lo bautizó con el nombre de Yautzlar, un edificio más bien pequeño con capacidad para solo veinte enfermos, quedando a sus puertas muchos otros, a los que Chéjov alojó en otro lugar, ocupándose personalmente de su manutención tras el cobro de 75.000 rublos en enero de 1899 por la venta al editor A. F. Marx de los derechos de autor de cuantas obras había publicado hasta ese momento. «Me he vuelto marxista», bromeaba.

A finales de 1902 aún lograría recaudar 40.000 rublos más que, sumados a otros 5.000 puestos de su propio peculio, destinó a la compra cerca de su casa de un inmueble que terminó convirtiéndose en el Sanatorio A. Chéjov. Los inusuales momentos de descanso que su obra y sus buenas obras le concedían los aprovechaba Chéjov en ayudar a los amigos a no quitarse la vida. Crudo, muy crudo lo tuvo para controlar cada movimiento de su amigo el pintor Isaac Levitan a fin de que no segara sus días en lo que a él le duraba un lavado de dientes. Así es como escribía a su amigo Nicolas Leikin el 9 de mayo de 1885: «(Levitan) ha intentado ahorcarse. Me lo he traído a mi casa y lo saco a pasear. Tengo la impresión de que ahora va mejor». Ardua tarea esta teniendo en cuenta lo que su hermana María —que vivía con ellos, al igual que el resto de la familia Chéjov— dejó escrito a golpe de memoria: «Durante sus periodos de sombría melancolía quería poner fin a sus días, ahorcarse, dispararse un tiro de pistola». Al final fueron sus pulmones los que le hicieron el favor sin haber cumplido los cuarenta...

ESCRITORES EN AUXILIO DE ESCRITORES

Si ya son inusuales cualesquiera actos de generosidad, sean predeterminados o espontáneos, más raro es que la generosidad se propague por polinización, *inter pares*, de igual a igual, en este mundo infectado por un raquitismo ético donde los salvavidas tienen el ancho adecuado para salvarse de uno en uno.

En la primavera de 1895 el deterioro mental de August Strindberg (45)

llegó a ser tan severo que un puñado de admiradores cercanos se puso manos a la obra y empezó por sanear sus cimientos económicos. A la cabeza de la cuadrilla estaba uno de sus más entregados devotos, Knut Hamsun, a la sazón de 36 años, quien organizó una colecta para recabar fondos en su país fetiche, Alemania, reuniendo una cantidad más que digna hasta parificar la dignidad vital del sueco con su talento creador. El caso es que Strindberg rechazó el dinero con una mezcla de pudor y orgullo argumentando que él ni había pedido aquella ayuda, ni la necesitaba. Al final quien resultó damnificado fue el propio Hamsun, centro de todas las sospechas sobre una falsa filantropía para darse autobombo publicitario.

Si de colectas hablamos, la que Iván Turguéniev organizó para hacer un monumento en París a Gustave Flaubert, recientemente muerto, no tenía nada de autobombo, sino de bombeo: el que manaba de su corazón, inconsolable tras el fallecimiento de su amigo. Así es como dos meses después del óbito creó un comité al frente del cual puso a alguien tan poco digno de sospecha como Victor Hugo. Sin embargo, cuando su generosidad rebasó fronteras y abrió una suscripción en Rusia la cosa le fue fatal por culpa de la desconfiada naturaleza eslava, ganando por goleada la impresión de que lo que realmente perseguía el escritor era quedarse con el dinero o, lo que era peor, obtener una condecoración del Gobierno francés.

En 1926 Robert Graves (31) se fue a El Cairo con su mujer y su recua de hijos tras aceptar una invitación para dar clases de inglés. El sueldo era más que decente, pero en la balanza pesaba lo mismo que las cinco bocas a mantener. Ante su muda voz de alarma, T. E. Lawrence —el de Arabia— (38) acudió en su ayuda regalándole un ejemplar dedicado de la primera edición de *Los siete pilares de la sabiduría*. La dedicatoria rezaba así: «Por favor, véndelo cuando lo hayas leído». Graves se apuró a obedecer y sacó 300 libras del ruego. Años después las tornas se invertían entre ellos cuando en febrero de 1935 Lawrence cursaba su baja en la RAF y su sueldo se reducía drásticamente, a razón de una indigna libra por semana, nada que ver con las jugosas cifras que por entonces Graves manejaba gracias al éxito de ventas de *Yo, Claudio*, de manera que cuando este se enteró de la muy precaria situación de su amigo le escribió: «Quiero subirte el sueldo a dos libras y dos chelines a la semana durante un año o así. ¿Puedo? Contaré con dinero a partir de marzo, cuando empiece a recibir las entradas de *Claudio*». El orgullo de Lawrence dio al traste con el resto de pecados capitales y lo llevó a negarse en redondo; aunque de poco le habría servido agarrar la mano que se le tendía, ya que tres meses después moría en un accidente de moto al romperse la cabeza contra el asfalto.

La mano que le tendió Arthur Miller a Fernando Arrabal fue mucho

más allá que para soltarle un puñado de dólares. Cuenta Miller en sus memorias cómo el dramaturgo melillense, exiliado en París por oposición al régimen franquista, pisó Madrid para asistir a la representación de una de sus obras, a cuyo término resistió todo tipo de tentaciones salvo una: dedicar uno de sus libros plasmando —o, más bien, cataplasmando— un chiste obsceno donde el Caudillo figuraba como protagonista estelar, lo que le valió una acusación penal que llevaba aparejada una condena a varios años de prisión. Sus amigos tomaron cartas en el asunto y telegrafiaron a Miller implorando su intervención, ya que, al parecer, el juez instructor era devoto aficionado al teatro y el nombre del estadounidense operaría la magia de la que sería incapaz el mejor abogado de la capital. No se equivocaron. «Le envié un telegrama en el que aseguraba a su señoría que Arrabal era un dramaturgo de primera línea y uno de mis preferidos desde hacía años, tras lo que permitió que un ingenio tan notable como Arrabal abandonara España con la promesa de no volver nunca más».

Ezra Pound consideraba que la lámpara mágica de Aladino contenía un superávit innecesario dc propiedades, pudiéndose reducir los tres deseos a uno solo: ayudar a los demás. Y ya no digamos si se trataba de su admirado amigo T. S. Eliot, escaso de dinero —las 500 libras anuales que por entonces ganaba como empleado del Lloyds Bank eran insuficientes—, sin excesivas ganas de vivir tras la publicación de su *Tierra baldía* en 1922, a cuestas con su depresión y acosado por las deudas que generaba el tratamiento médico de su esposa Vivienne. No es de extrañar que con tan penosos antecedentes, mucho peores que los penales, Pound creara un fondo de ayuda al que llamó *Bel Esprit*, lo que favoreció otras iniciativas en cascada a su favor, como la de la mecenas multimillonaria Ottoline Morrel, creadora del «Fondo de becas Eliot», o la de Virginia Woolf, que propuso nombrar a Eliot director literario de *Nation*.

William Butler Yeats tenía un don especial para captar dónde había un genio pidiendo socorro, y otro don más especial aún para ponerse al servicio de sus órganos más quebrantados, que, normalmente, eran los bolsillos de los pantalones. No bien se enteró de que en junio de 1915 su compatriota James Joyce (33) había arribado a Zúrich desde Trieste, escribió a Edmund Gosse —funcionario que concedía las becas en la Real Fundación para la Literatura— reclamando una para Joyce y así aliviar la penuria económica a la que la guerra le había abocado junto a su mujer y a sus dos hijos pequeños, rematando la petición con esta credencial: «Creo que es un hombre de talento genial». Escribió también al secretario de la Fundación alabando el «muchísimo talento» de Mr. Joyce y dando por seguro que era «el principal talento nuevo de Irlanda en la actualidad».

Ezra Pound, que tenía el hombro pelado de tanto arrimarlo a las buenas causas, aportó su saco de arena escribiendo a la misma Fundación con idéntico propósito, alabando a Joyce como el mejor prosista del momento y, midiendo con cierta generosidad la pista de aterrizaje, comparando su obra con la de Flaubert y Stendhal, a pesar de que por entonces solo había escrito *Dublineses* y *Retrato del artista adolescente*. La unión hizo la beca y el resultado fue la concesión de setenta y cinco libras a pagar en plazos trimestrales.

Pero Pound y Yeats no se limitaron a quedarse en aquella posta y se propusieron llegar a otras, compelidos por el largo camino que Joyce se había marcado. Sabedor Pound de que Yeats estaba percibiendo una pensión oficial del Gobierno inglés le pidió información y Pound terminó mandando los dos libros de Joyce a las más altas esferas, que, movidas por los informes favorables del propio Yeats y del novelista irlandés George Moore, terminaron por proponer al primer ministro la inclusión de James Joyce entre los pensionados. El resultado fue la concesión de cien libras anuales. Carta de Joyce a Yeats el 14 de septiembre de 1916: «Parece que, por fin, las cosas empiezan a ser menos difíciles para mí, y espero que siga siendo así porque, a decir verdad, es muy cansado esperar y aguardar tantos años».

Era fácil seguir el rastro de Joyce por Europa. Se le iban descolgando telarañas de los bolsillos. Así que pronto se enteró Ezra Pound de que su admirado irlandés había recalado en París junto a su familia un 8 de julio de 1920, en principio para quedarse una semana, si bien el destino amplió la garantía de permanencia a veinte años. Desde un inicio su mayor valedor fue Pound, por entonces cliente a jornada completa en el Hotel Elysée, quien se desvivió por que los libros de Joyce fueran traducidos al francés, en especial *Retrato del artista adolescente*, aunque sin querer saber nada por el momento de su *Ulises*, del que ya se atisbaba el final, a falta de solo tres capítulos. James llegó a París con una mano delante y otra detrás, sin poder pagarse el alquiler de una vivienda y mendigando para su hijo una cama plegable con sus mantas y sábanas. Con la ayuda de Ezra Pound, que le iba dando el poco dinero que le sobraba —al que se añadió una providencial donación de dos mil libras de la mecenas Harriet Weaver— pudo vivir durante una temporada con la diestra desacoplada, pendiente tan solo de terminar su *Ulises*. Diez años después de la publicación del libro, en 1932, Joyce decía esto de su valedor: «No se puede decir mayor verdad que afirmar que todos le debemos mucho. Pero yo más que todos, sin duda alguna. Hace ya casi veinte años desde que empezó su vigorosa campaña para ayudarme y es probable que de no ser por él yo aún sería el ganapán

desconocido que él descubrió».

En cierta forma, la generosidad de Álvaro Mutis contribuyó, por lo menos, a un par de años de los cien que Gabriel García Márquez descerrajó a la soledad tras pasarse encerrado a cal y canto durante catorce meses para inventar cada metro cuadrado de Macondo. Entre los ahorros que tenía y el dinero que Mutis le dio, logró reunir 5.000 dólares que fueron a manos de su mujer, Mercedes, quien los administró con un cálculo infinitesimal que casi sonaba a tributo newtoniano. Gabo eligió para su reclusión un cuartucho que tapió con madera y al que bautizó La Cueva de la Mafia. Sus medidas eran tres metros de largo por dos y medio de ancho que daban cabida a un aseo, un diván, una estantería con libros y una mesa con una máquina Olivetti atornillada a ella. Eso era todo. Estando previstos los 5.000 para subvenir seis meses de escritura, lo cierto es que llegado ese plazo la novela todavía se arrastraba por la mitad, así que Gabo estiró el tiempo y aumentó la cesta de la compra empeñando el Opel blanco adquirido con el producto del premio otorgado a *La mala hora*, sacrificio que solo sirvió para subsistir otros cuatro meses, superados los cuales Mercedes se obstinó en empeñarlo todo, hasta que solo quedaron el secador de pelo, la batidora y el calentador. Mutis los visitaba casi a diario, y es que ver salir de La Cueva a su héroe era todo un espectáculo. En palabras de Mutis: «Bestial».

El novelista Jean Genet tuvo suerte de haber nacido en Francia y de tener madera noble en lo literario. Su *curriculum vitae* lo inició mucho antes robando cosas que robando ideas, siendo enviado a un reformatorio a los 10 años de edad para terminar cogiendo gusto a los espacios cerrados y pasarse los treinta años siguientes saltando de cárcel en cárcel por buena parte de Europa. Hartos los jueces de tanto trasiego, al décimo robo terminaron por condenarlo a cadena perpetua, pena que, sin embargo, le sería conmutada gracias a la intervención de la plana mayor de la literatura francesa, como Gide, Sartre o Cocteau, si bien pronto se olvidó Genet del paso adelante dado por aquellos espadachines... Sartre terminó pidiéndole que lo acompañara en un viaje que debía hacer a Rusia porque temía aburrirse mortalmente si iba solo, a lo que Genet se negó alegando que también él tenía miedo a aburrirse a muerte allí, con o sin Sartre. Fue en la cárcel donde Genet escribió toda su obra, de manera que cuando salió ya no le quedaba ningún libro para redimirse, salvo uno: *El diario de un ladrón*.

2

LA CENSURA, ESA CIRUGÍA SIN ANESTESIA

LOS LIBROS, ESOS LECHOS DE PROCUSTO

El francés Honoré de Balzac ya sabía a lo que se exponía cuando mandó a las planchas su primera novela seria, *El vicario*, consciente de que entraría en el catálogo de los libros de ida y vuelta, pero por intentarlo que no quedase. Todos los ejemplares fueron decomisados nada más salir de la imprenta y la censura prohibió su venta. No era para menos en el contexto moral de la época, muy reñido con aquella parte de la geometría referida a los triángulos, y es que la marquesa se enamoraba de un abate recién llegado a la ciudad que resultaba ser finalmente su hijo, con todos los pelos y señales que compartía con el padre, nada menos que un obispo. Vamos, ¡un follón! Viendo por dónde iban a ir los tiros en el futuro, Balzac decidió comprarse una imprenta en enero de 1826 (25) para así publicar sus propios libros al abrigo de censuras delicuescentes. Dado que la legislación de la época exigía en tales casos un informe favorable de la policía, Balzac lo obtuvo gracias a su cuna y a las patas que posteriormente se fue procurando; rezaba así: «Un joven de buenas costumbres, de sanas ideas y de familia acomodada, que había cursado estudios de Derecho y que incluso era hombre de letras».

Madame Bovary. Gustave Flaubert tuvo que pisar los Tribunales para jurar por Emma Bovary toda la verdad y nada más que la verdad. Publicada la novela en seis entregas en *La Revue de Paris*, fue con la sexta cuando su autor fue llamado a declarar ante un juez de instrucción. ¿Motivo?: la excesiva sensualidad que había impregnado a la escena de la extremaunción de Emma, así como la canción ronca de un mendigo ciego, que solapaba el murmullo de las oraciones. Para defender a Bovary, Flaubert contrató al mejor abogado de París: Jules Senard, de 56 años, expresidente de la Asamblea Nacional y exministro del Interior. Su alegato oral se dilató a lo largo de cuatro horas, tras el cual Emma y Flaubert fueron absueltos. El fiscal no recurrió la sentencia y *Madame Bovary* fue un éxito desde el primer día de su publicación, hasta el punto de que *Le Figaro* informó que en Hamburgo se llamaban *Bovary* a los coches que las parejas

alquilaban para dar rienda suelta a su amor.

Las flores del mal. Cuando Charles Baudelaire lo publicó en junio de 1857 (36) la primera crítica importante que surgió dejó agostados todos y cada uno de los tallos, convirtiendo el jardín en una compostera, cuando no en un estercolero: «Lo odioso y lo innoble se codean —escribía un tal Gustave Bourdin—. Lo repugnante se alía con lo infecto. Jamás se ha visto morder e incluso masticar tantos senos en tan pocas páginas». La consecuencia fue que, encontrándoselo un día Baudelaire en una casa de baños, intentó pegarle aduciendo que lo que uno hacía con la mano, con la pluma en mano, podía el otro imitarle con el puño, obteniendo el mismo resultado. Por muy bravo que el poeta se pusiera, *monsieur* Bourdin no iba muy desencaminado al pasar la segadora por encima de las flores, plagado como estaba el libro de tetas y tacos, aro por el que un juez parisino se negó a pasar, reduciéndolo a tamaño de anillo para hacer casar el libro con la época que marcaba el calendario y no los sucios dictados de una mente descarriada, perdida en la noche de los tiempos. Finalmente, Baudelaire fue procesado y condenado a una multa de 300 francos, como también a pasar por la supresión de seis poemas inmorales. No teniendo modo de pagarla, la multa le fue finalmente condonada y la sentencia cubrió de gloria al autor.

En busca del tiempo perdido. Dado lo efectiva que podía llegar a ser la censura golpeando a mano abierta, era común poner la venda antes de la herida, y esto fue lo que hizo Marcel Proust con su *Recherche*, recién concluida su primera parte: protegerla en el incierto rumbo que había tomado, tal era el desvío con que había sido parida. Así es como en una carta dirigida en agosto de 1909 (38) al editor Alfred Vallette trataba de venderle el producto anteponiendo todas las cautelas del mundo, dado el elemento homosexual que gravitaba, mejor o peor camuflado, en buena parte de la obra, y la alargada sombra que la condena a Oscar Wilde nueve años atrás proyectaba en buena parte de Europa, por mucho que en Francia, al contrario que en Inglaterra, la homosexualidad no estuviera contemplada como delito. «Uno de los personajes principales es homosexual —le desvelaba—. Cuento con usted para que mantenga esto en el más estricto de los secretos». Compensaba su complicidad con la garantía de que «muchas partes del libro son perfectamente correctas, incluso puras», contrapeso que, a su juicio, salvaba la parte *indecente*, ya que, decía, «la supresión de las secciones obscenas me disgustaría considerablemente». Como prueba de buena voluntad, Proust le envió algunas páginas con el juramento de que en todo el manuscrito no había «ni pizca de pornografía». Para desgracia de Vallette y, sobre todo, de sus herederos, lo leído no

soportó la fragilidad de sus retinas y terminó rechazando el manuscrito.

Cuando Antón Chéjov concluyó *La gaviota* no dijo la última palabra, sino la penúltima, ya que la definitiva siempre la tenían los de siempre; así que envió el manuscrito al departamento de censura del Gobierno ruso, como era preceptivo, y se quedó a la espera del color de la fumata. Hubo bastantes jirones negros, entre ellos la tolerante indiferencia con que Treplev veía la relación de su madre con su amante, todo un atentado a la moral...

El mismo atentado, pero con distinta bala y en muy alejado territorio, sufrió la *Primavera mortal* de Lajos Zilahy, y es que, cuando llegó a España traducida al catalán, un crítico la tachó de inmoral, al parecer porque uno de los protagonistas afirmaba no ser cristiano, declaración aberrante donde las hubiera, ya que religión solo podía haber una, dada la condición todopoderosa de Dios, capacitado para expulsar de las convicciones al resto de ellas. La diatriba hizo que la novela se vendiera a mansalva...

Lolita tuvo que abrazarse a la madre de todas las batallas para no quedarse huérfana de padre, es decir, de editor. Tras numerosos intentos por parte de su autor por verla editada y recibiendo un portazo tras otro con los mismos cartelitos de siempre —«procacidad» e «inmoralidad»—, a Vladimir Nabokov se le abrieron de golpe todas las puertas en la editorial más adecuada, la de un señor llamado Maurice Girodias, que tenía en plantilla títulos tan sabrosos como *Los ángeles del látigo*, *Memorias de una mujer entregada a sus placeres*, *Muslos blancos* o *La vida sexual de Robinson Crusoe*. Finalmente, la novela se publicaría en París dividida en dos tomos de color verde, dada su extensión, si bien para cuando la novela se publicó, por fin, en Estados Unidos, ya había sido prohibida en Francia dos veces y los ejemplares estadounidenses estaban retenidos en la frontera con Canadá. Supongo que más de un editor se tiró de los pelos al conocer que aquella *puerca* historia se situaba como la primera novela, desde *Lo que el viento se llevó*, que había logrado vender 100.000 ejemplares a las tres semanas de publicarse. De hecho, los réditos llegaron a ser tan descomunales para Nabokov que empezó a buscar atajos fiscales. Así es como en otoño de 1962 (63) dejó de preguntarse dónde quedaba el paraíso de los cristianos para interesarse más por los paraísos fiscales. Carta a su editor George Weidenfeld: «¿No sabrás por un casual, o no podrías enterarte, llegado el caso, de quién es el abogado de Robert Graves? Me refiero al que lo convirtió en una empresa con sede en Liechtenstein».

Hermann Hesse fue víctima de la guillotina, solo que con bastante más suerte que el monarca Luis XVI, ya que no había cadalsos de por medio,

pero sí imprentas por el extremo. En una carta al editor Peter Suhrkamp de 28 de marzo de 1951 (77) para felicitarlo por su 60º cumpleaños se quejaba de cómo el régimen nazi había permitido la venta de sus libros en Alemania, a pesar de considerarlo *persona non grata*, pero, por contra, había censurado aquella parte de su obra que contribuía a deslegitimar la memoria histórica del pueblo alemán. ¿Cómo lo hizo? Pues con algo similar al acertijo de sacar el agua de un vaso sin tocarlo, en este caso no expidiendo cupos de papel para la reimpresión de libros indeseables. «De este modo —se lamentaba Hesse—, *Reflexiones*, colección de mis ensayos sobre la Primera Guerra, desapareció durante varios años». La seducción del régimen llegó a su punto climático cuando consultó a Hesse si estaba dispuesto a eliminar ciertos «errores estéticos» en su poemario *Consuelo de la noche*, en el que varios poemas estaban *ofensivamente* dedicados a subespecies tales como judíos y emigrantes. «Le tenía cariño a ese libro y en mi afán por salvarlo taché las dedicatorias, por supuesto no solo las objetadas, sino todas». El aro por el que Hesse ya no pasó fue *Narciso y Goldmundo*, novela de 1930 que contenía críticas al antisemitismo y a las persecuciones que los judíos habían sufrido en la Alemania medieval. «Tachar estas líneas hubiera sido una concesión a los nazis. En definitiva, el libro desapareció, lo mismo que las *Reflexiones*».

La piel. El título se erizó cuando fue incluido en el temible *Index librorum prohibitorum* del Santo Oficio, lo que enfureció tanto al autor como al editor por la restricción de ventas que suponía en el espectro comercial cristiano. Curzio Malaparte llegó incluso a escribir una carta al papa Pío XII corriendo junio de 1950 (52), en la que reconocía ser no creyente, pero sí cristiano, aunque «al margen de la Iglesia y de cualquier otra confesión». No se sabe muy bien lo que Curzio quería decir: si es que se postulaba como católico diluido, si aceptaba la religión para consumir entre horas, si apostaba por la cristiandad a media jornada... El caso es que la Santa Sede, que no era sede de medias tintas, sino de tintas completas, juzgó que el escritor se traía entre manos más espada que paz, y como esta distribución de armamento solo era tributaria de Cristo desoyó el órdago y *La piel* siguió untada de crema facial eclesiástica hasta que el *Index* fue suprimido por Pablo VI en 1966.

La Romana. Alberto Moravia no tuvo mayores dificultades para publicarla en Italia corriendo el año 1947 (39), pero cuando tocó introducirla en la Unión Soviética para su comercialización fue pelada por los censores como si fuera una de las cebollas que coronan las torres de sus iglesias. Era el año 1955 cuando un agregado cultural de la embajada soviética en Roma lo visitó en su casa para pedir que suprimiera una

sencilla frase donde se describía un acto sexual. «Acepté».

DE LA MORALINA INGLESA AL PURITANISMO NORTEAMERICANO

¡Ay, esa moralina inglesa, con un pie siempre en la tumba de una gran obra! Qué temperatura estaría alcanzando la fiebre de puritanismo en la pérfida Albión cuando, corriendo el año 1939, un par de policías llamaron a la puerta de George Orwell alertados por una carta que le había sido interceptada y que iba dirigida a la editorial Obelisk de París, famosa por publicar libros contrarios a la moral pública, entre ellos los de Henry Miller. La inspección de su apartamento concluiría con la confiscación de todos los libros de la citada editorial, si bien tiempo después le sería devuelta buena parte de ellos con una nota adjunta del juez en la que alegaba entender que un escritor famoso como él necesitara de todo aquel material para desarrollar su trabajo, sintiéndose obligado a hacer la vista gorda en pro de los libros de texto de sus futuros nietos. Tanto Orwell como muchos otros se habrían ahorrado tiempo y disgustos de haber puesto la venda antes de la herida, como Gore Vidal hizo con su novela *Myron* (1975) para evitar la censura por pornografía. «He limpiado a *Myron* —revelaba en sus memorias—. He tachado los tacos sucios y los he sustituido por palabras limpias».

Esa misma moralina la sufrió en sus siete velos la *Salomé* que Oscar Wilde estampó en un acto para dar lugar a uno de los grandes dramas del siglo XIX. La obra, publicada en francés en 1891, iba a ser representada en Londres en el verano de 1892 con Sarah Bernhardt en el papel estelar de Salomé, pero en el último momento fue prohibida por lord Chamberlain, censor teatral de Inglaterra, con el bíblico argumento de que los argumentos bíblicos podían herir la sensibilidad de todo inglés que se preciara de serlo.

Alicia en el País de las Maravillas. Sí, hasta ese libro aparentemente inocente sufrió la sierra dentada de la censura, pero no por un editor, sino por un tercero de a bordo, por un grumete picajoso: su ilustrador, John Tenniel, quien una vez llegado, plumilla en mano, al capítulo de la avispa tocada con peluquín se plantó y dijo no estar dispuesto a dibujar algo que se hallaba «completamente fuera del alcance de los recursos del arte», así es que todo el capítulo resultó suprimido. Al parecer, Tenniel quedó de Carroll hasta el gorro, algo que sabemos por las memorias de Harry Furniss, caricaturista, al igual que Tenniel, del periódico *Punch*, quien desveló cómo tras su colaboración en *Alicia* Tenniel se negó rotundamente

a participar en cualquier proyecto que llevara la marca «Carroll», renuncia avalada por el propio Furniss, al tildar al escritor de «pelmazo y egoísta y, al igual que Hans Christian Andersen, un niño mimado (...). Tenniel y otros artistas declararon que no trabajarían con Carroll ¡ni siquiera siete semanas!» (*Confesiones de un caricaturista*, 1901). Bueno, digamos en favor del tándem Carroll/Furniss que, a pesar de tan ácido comentario, colaboraron codo con codo en los libros de *Silvia y Bruno*, y bastante más de siete semanas... El mismo Tenniel no parecía tener espejos en su casa para poder atisbar la viga en su ojo. La primera edición de *Alicia en el País de las Maravillas*, que constaba de dos mil ejemplares, se echó a perder cuando el ilustrador trasladó por carta al autor su disgusto por la calidad de la impresión de sus dibujos. Resultado: Carroll decidió reeditar su *Alicia* y esto es lo que ocurrió con aquella pila inservible: «Los primeros dos mil ejemplares se vendieron como papel usado» (carta de 2 de agosto de 1865). En definitiva, Carroll (33) hubo de asumir las pérdidas económicas por la impresión fallida, tal como así le obligaba el clausulado del contrato de edición, y aun vendiendo todos los ejemplares de la segunda tirada —por suerte, esta vez Tenniel dio su plácet—, calculó, como excelente matemático que era, que las pérdidas para él ascenderían a «unas doscientas libras». Quién le iba a decir al desconsolado autor que hoy día los ejemplares de aquella edición *imperfecta* son buscados con ahínco por coleccionistas dispuestos a pagar por ellos lo que se les pida...

Tom Sawyer y *Huckleberry Finn*. Como Mark Twain solo sabía escribir y lo hacía sin tratamiento paliativo alguno para las heridas de la moral, hubo de pedir a un amigo, el escritor William Dean Howells, que pusiera puertas al campo en su entrada triunfal a la arena literaria: *Tom Sawyer*. Fue gracias a él como se suavizaron algunas obscenidades, entre ellas la frase «con el rabo metido entre las piernas como si tuviera un cerrojo», ocurrencia que Howells tildó de «buenísima, pero un poco demasiado sucia». Una de las varias secuelas de aquel libro fue *Tom Sawyer en el extranjero*, escrito en agosto de 1892. Acuciado una vez más por la estrechez económica, vendió el manuscrito por 4.000 dólares a una editora cuyos ojos se salieron de las órbitas al toparse con algunas expresiones que pronto la señora recondujo a las reglas del decoro y la corrección política recortando acá y allá; así es como desaparecieron algunas referencias a determinadas funciones corporales, o se trasmutó al negro Jim en un simple morenito, por no hablar de la supresión de un largo fragmento de ochocientas palabras en el que la Iglesia católica era mancillada a placer. Por cierto, parte de la historia se basaba en unos apuntes tomados años atrás, donde el protagonista, un presidiario francés,

lograba escapar de París en globo para aterrizar doce días después en las praderas de Illinois, proyecto este que Twain hubo de abandonar al publicar Julio Verne en enero de 1863 su primera novela: *Cinco semanas en globo*.

Tampoco *Huck Finn* pasó con la pureza deseable el filtro de la moralina. Una de las primeras instituciones en dar un paso al frente para gritar su *J'accuse...!* fue la biblioteca pública de Concord, territorio residencial del autor, que proscribió el libro por ser un indeseable ejemplo para la juventud. Twain se desahogó con el escritor Joel Chandler Harris hablando de «ese maltratado niño mío, al que tan injustamente le han arrojado tanto barro».

La isla del tesoro. Robert Louis Stevenson se las vio y se las deseó para pasar la mercancía de su isla por la aduana victoriana, obligado a encerrar bajo llave los tacos y blasfemias de los piratas para luego tragársela como sapo incomestible. «Bucaneros sin juramentos son ladrillos sin argamasa —se quejaba con razón—. Pero los jóvenes y los padres cariñosos deben ser consultados».

Sin blanca en París y Londres. Hasta los libros de los talentos desconocidos sufrían el hachazo de la censura, quizás con más razón, para atajar de raíz el vicio y evitar así las nocivas frondas del futuro. A un tal Eric Blair también le tocó la diezma en el año 1932 (29), a propósito de su primera novela, de la que fueron suprimidas unas cuantas frases por voluntad de su editor, Victor Gollancz, un joven e intrépido emprendedor que soñaba con tener como hijo prematuro el éxito, algo difícilmente compatible con las heridas a la sensibilidad de las clases altas inglesas. Una de las frases censuradas habría partido de risa a Hemingway: «Eructó ruidosamente, como suelen hacer los italianos cuando quieren ofender». El editor fue también quien escogió el título: *Confesiones de un indigente en Londres y París*. Al autor la fórmula no le gustó demasiado y propuso sustituir lo de *indigente* por *lavaplatos*, como intercesión biográfica, sin éxito. Lo que al final quedó fue: *Down and out in Paris and London*. Literalmente, *Un indigente en París y Londres*. El pseudónimo que su autor escogió fue el de George Orwell.

Para Eric Blair fue la liberación de una prisión donde su nombre le tenía encerrado desde el nacimiento. Carta a un amigo de 16 de abril de 1940: «He tardado casi treinta años en librarme de los efectos de haber sido bautizado con el nombre de Eric». Su cuarta novela, *¡Venciste, Rosemary!*, también fue tendida en el lecho de Procusto antes que en las planchas de la imprenta, esta vez por orden de un petimetre de 29 años nombrado vicepresidente de la misma editorial que le había publicado las tres anteriores y a quien Orwell se refería como «el mocoso». Carta del mocoso

de 17 de febrero de 1936: «El continuo uso que hace usted de la palabra "cabrón". Aunque parezca grotesco creo que limitará la venta del libro en varios cientos de ejemplares, y yo sugeriría que la cambiara por "cerdo"». Orwell se negó alegando que no solo había utilizado el término en sus novelas anteriores, sino que también era muy empleada por Robert Graves en *Adiós a todo aquello*, libro este que había sido un éxito en ventas, le recordó. Y es que había palabras que pasaban sin problema el polígrafo, pero ya no el confesionario que seguía después, y si no que se lo digan a Virginia Woolf, quien, durante la elaboración de una biografía sobre su buen amigo Roger Fry, que la novelista acometía en 1940 con más pena que gloria por desconocer la metodología de las biografías, recibió un sabio consejo de su amigo el economista John Maynard Keynes: no usar la palabra «erección».

Moby Dick. Tan solo parecía la historia de una ballena, tan inocua como la bíblica de Jonás, pero las apariencias engañaban. Herman Melville lo tuvo muy, pero que muy crudo con el censor de su editorial inglesa cuando envió el manuscrito de *Moby Dick*, viendo cómo era sometido a un montón de correcciones por las que había que pasar por aquel aro insalvable que imponía a toda novela que se preciara el paso por el mercado británico como trampolín editorial al mercado estadounidense. No quiero imaginarme la desazón de Melville cuando en su referencia a «la etapa de arrepentimiento, impotente, admonitoria de la vida» vio su «impotencia» emasculada por sus macabras concomitancias sexuales. Y ya no digamos la blasfema expresión «cara de un crucificado», que la censura, tan temerosa de Dios, rebajó a la más agustina expresión «angustia eterna en su cara».

Ulises. Ezra Pound, muy amigo de James Joyce, se tomó las entregas por capítulos del *Ulises* como una carrera de postas donde se sentía revivir cada vez que se paraba en una de ellas. Solo había un problema: la halitosis que emanaba de la obra, como si Joyce tuviera la boca llena de estiércol y su diálogo con las musas, cada vez más subido de tono, solo fuera un cruce procaz de acusaciones. En definitiva: que Pound, escandalizado hasta el tuétano, hizo cuanto pudo para que el autor licuara la sordidez y obscenidad en el lenguaje. Su trabajo fue en vano, tanto que el imparable gusto de Joyce por lo chusco llegó en octubre de 1920 hasta la pituitaria de la Sociedad para la Supresión del Vicio de Nueva York, quien puso la lupa sobre la *Little Review*, encargada de la tirada periódica. Resultado: las redactoras de la revista fueron citadas a juicio acusadas de inmoralidad, iniciándose las sesiones plenarias un 14 de febrero de 1921 con las dos mujeres como únicas acusadas. La cota de morbo más alta se alcanzó

cuando hubo que leer públicamente los pasajes obscenos, que Joyce escuchó encantado ante tanta audiencia, no así los jueces, quienes, concluida la lectura, reconocieron no haber entendido absolutamente nada, lo que John Quinn, abogado de Joyce, celebró como una victoria anticipada, alegando que difícilmente podría prohibirse lo que no se entendía y, por tanto, no tenía aptitud para corromper. Los jueces se tomaron una semana para leer y tratar de entender el capítulo de *Nausicaa*, y para cuando se reanudaron las sesiones, el señor Quinn tuvo que poner lo mejor de su arte al justificar la escena en la que aparecen las bragas de Gerty McDowell, uno de los personajes, prenda esta que, a decir del señor Quinn, difícilmente podía resultar más lasciva plasmada en una hoja de papel que viéndola puesta a un maniquí en la Quinta Avenida. El señor Quinn hizo lo que pudo, que vino a coincidir con lo que los jueces buenamente pudieron entender, siendo más fácil condenar lo oscuro que absolver lo claro, ya que esto requería de explicaciones que no tenían. La sentencia condenó a cada una de las mujeres al pago de una multa de 50 dólares, declarándose el libro como inmoral y, por tanto, prohibiéndose su publicación. La victoria oficiosa para Joyce fue la publicidad que el juicio granjeó a la obra, haciéndose eco de la condena tanto el *New York Times* como el *New York Tribune*, el primero descalificando el libro al tildarlo de aburrido e incomprensible, y el segundo, sin embargo, elogiándolo sin tapujos.

Clausurado el mercado editorial para el *Ulises* tras la condena, Joyce fue a llorar sus cuitas a Sylvia Beach, dueña de la hoy mítica librería Shakespeare and Company, quien preguntó al escritor si le haría el honor de publicarla con su propia imprenta y el sello de la librería. Joyce, que llevaba el sí a flor de piel, hasta el punto de que con ese monosílabo remataría la novela, aceptó de inmediato la invitación y pronto numerosas ofertas de suscripción volaron subrepticiamente hacia puntos estratégicos. Entre aquellos que aceptaron un ejemplar se hallaban Gide, Yeats y Hemingway; entre los que se negaron a que aquella ouija entrara en sus casas y las infestara de demonios estaba George Bernard Shaw, quien mandó esta oración a la librera: «He leído unos fragmentos de *Ulises* en las diversas entregas. Es un repugnante registro en una etapa desagradable de la civilización. (...) En Irlanda pretenden que un gato se vuelva limpio restregándole el morro en su propia inmundicia. Mr. Joyce ha intentado el mismo tratamiento con el tema humano. Espero que dé resultado (...)». El kilo de calabazas alegró sobremanera a Joyce, ya que se había apostado con Sylvia Beach una caja de bombones a que la acritud de la respuesta pesaría lo mismo que las calabazas. Pound, como dama literaria en celo, una vez

supo de la agresión a su admirado Joyce, atacó a Shaw con una andanada epistolar que Shaw a su vez repelió con otra pidiéndole que se metiera en sus asuntos, no desaprovechando la ocasión para hacer un retruécano con su apellido: «Yo me cuido de los peniques y dejo que los *pounds* [libras esterlinas] se cuiden de sí mismos».

La ofensiva no le fue mejor a Joyce en la pérfida Albión, y es que, aprovechando la segunda edición del *Ulises* por Sylvia Beach, se alió con su adinerada mecenas, Harriet Shaw Weaver, para publicarlo en Inglaterra, si bien todo intento se vio frustrado por la implacable Sociedad para la Supresión del Vicio, que obligó al tándem Beach-Joyce a reinventarse, empezando por la portada; así fue como el libro viajó con pasaporte falso a manos de compradores ingleses y estadounidenses que, al abrir el paquete, se encontraban con las *Obras completas* de Shakespeare, o con los *Cuentos maravillosos para niños*, recordaba divertida Sylvia Beach, llegando incluso a cambiar la portada por la de otros libros con las mismas dimensiones. En el verano de 1931 (49), agobiado por el dinero y por el daño que a las ventas estaba ocasionando la piratería editorial, Joyce intentó de nuevo publicar la novela en Estados Unidos, pero con escasa y ofensiva fortuna, ya que todas las ofertas que recibió provenían de editoriales especializadas en literatura erótica. Las cosas cambiaron, por fin, un 6 de diciembre de 1933, cuando el juez John M. Woolsey, del Tribunal de Distrito de Nueva York, desmontó en una sentencia antológica todos los argumentos del recalcitrante puritanismo estadounidense tras una detenida lectura del libro aquel verano. «Soy muy consciente de que, debido a algunas de sus escenas, *Ulises* es una bebida algo fuerte para pedir a según qué personas, sensibles aunque normales, que la tomen. Pero mi opinión, después de largas reflexiones, es que mientras que en algunos puntos el efecto de *Ulises* sobre el lector es algo emético, en ningún lugar trata de ser afrodisíaco. *Ulises* puede, por tanto, ser admitido en Estados Unidos». La declaración de Joyce a los periodistas acto seguido fue esta: «Mr. Joyce cree que el juez es un hombre que no carece de sentido del humor».

La noticia del plácet sorprendió al escritor en su casa de París, y como el teléfono no paraba de sonar, su hija Lucia cortó por lo sano el cable para que aquella tarde de gloria papá solo fuera para ella. El cable fue reparado y aquella restauración extrañó a la joven, que juraría haberlo seccionado, así que esta vez puso más empeño en cortarlo por segunda vez. A papá no le importó aquel gasto extra: la editorial Random House publicó la obra con unos honorarios para él de 45.000 dólares. La sentencia del juez Woolsey aún fue recurrida ante el Tribunal de Apelación de Estados

Unidos, que la confirmó, entre otros argumentos, con este irreprochable: «Desde luego, es imposible que el arte progrese si es forzado a seguir formas tradicionales».

A Joyce estas tribulaciones ya lo cogían entrenado desde que se las viera y se las deseara para publicar *A Portrait of the Artist as a Young Man* (*Retrato del artista adolescente*), lo que hizo por entregas en los años 1914 y 1915, entregas que, dado el éxito, pedían a gritos el formato de libro. Joyce se dejó los nudillos picando en una puerta tras otra, pero hasta siete impresores le negaron sus planchas para redimir a su costa aquella saeta de pecados, teniendo como tenían puesto todos ellos un ojo en aquel manuscrito y el otro en el proceso al que por entonces estaba siendo sometida *The Rainbow* (*El arco iris*), la novela de D. H. Lawrence. En una carta, su amigo Ezra Pound le llegó a proponer que dejara espacios en blanco donde las palabras censuradas y escribiera a máquina equivalentes inofensivos, incluso en forma de recorte que él mismo se ofreció a pegar en todos los ejemplares, defensor a ultranza como era del libro, al que tenía por «obra maestra».

El arco iris..., ya saben, ese aro partido por la mitad para hacer más fácil la entrada a los perritos cuando se mueren. Sin duda, no era ese el arco en el que Lawrence pensaba cuando sacó los colores a todo un país, aunque él siempre manifestara que no era para tanto escándalo: «No contiene más indecencias e impropiedades que las que contiene esta mañana otoñal», se explicaba, confundiendo los buitres con mariposas. Lawrence adoraba su primera edición. De llevarse a una isla desierta una de sus obras aseguró que escogería un ejemplar de la editorial Methuen, ya que el resto de las ediciones estadounidenses habían sido mutiladas para no tener que leerse el libro con un pie al borde del inodoro y el otro en el peldaño del confesionario. «Me sentiría contentísimo —añadía— si no fuera reeditada nunca más y solo quedaran esos volúmenes azules censurados».

Adiós a las armas. Para sacarla adelante Ernest Hemingway contó con la superflua ayuda de Scott Fitzgerald. ¿Cómo? Instalando un pitido allí donde, leído el manuscrito en voz alta, aparecía una afrenta soez al lenguaje o una contravención a las normas morales, y es que a Scott le preocupaba especialmente el lenguaje tabernario con que Hem ensuciaba páginas que, de lo contrario, podrían llegar a ser ilustres, e incluso llegar a imprimirse. «Pienso que si utilizas el término "soplapollas" el libro corre el riesgo de ser prohibido y secuestrado a los dos días de la publicación», le escribió Scott con toda la razón del mundo. El caso es que el editor de Hemingway opinó exactamente lo mismo, así que ya tuvo Scott con quién predicar a su lado en el desierto. «Libro muy bueno, pero difícil de vender

en algunos lugares», telegrafió el editor, poniendo el acento en una aventura amorosa extramatrimonial que, desde los tiempos de Yavé, estaba tajantemente prohibida, sin que, al parecer, llegado el año 1929 hubieran cambiado mucho las cosas. Finalmente, la revista *Scribner's* publicó la novela en seis entregas, si bien la segunda lo hizo en una especie de paréntesis límbico, ya que fue prohibida por el jefe de Policía de Boston en quioscos y librerías, aun cuando en aquellas tiradas —no así en el formato posterior de libro— se sustituyeran por espacios en blanco palabras como «joder», «mierda», «cojones», «hijos de puta», «soplapollas» y otras de similar tonalidad, ya que la revista en cuestión era leída por bastante gente joven que no merecía inhalar los gases del infierno antes de lo que marcaban los cánones eclesiásticos en los catecismos.

Desayuno en Tifanny's. Solo era un desayuno, *a priori* una comida inocente a una hora en la que el común de los mortales aún no hemos empezado a pecar, pero ya se sabe lo que se aconseja de las digestiones: que desayunes como un príncipe, comas como un señor, etc. Truman Capote era muy bueno con los pronósticos que incumbían a su dinero, y con su *Desayuno en Tifanny's* arrojó la obra y escondió la mano, sabedor de lo que se avecinaba. Carta a su amigo el escenógrafo Cecil Beaton: «He terminado la novela corta *Breakfast at Tifanny's*. Va a salir en el (*Harper's*) *Baazar* de julio, aunque están un poco asustados con el lenguaje de algunos fragmentos, y no me extrañaría que me hicieran la jugarreta de cambiarla a mis espaldas. Esa casa se está desmoronando». El caso es que por aquellas fechas hubo un cambio de dirección en la revista y esta no vio viable la publicación debido a su carácter «subido de tono», de manera que las entregas se fueron publicando en la revista *Esquire*. Conocido este hecho por Capote comentó que no se acercaría por *Harper's* «ni siquiera para escupir».

Sexus. En el título ya iban circunscritas sus penalidades futuras, las ordalías que debería sufrir y los campos de minas que debería atravesar. Soez. Peligroso. Hermafrodita. En las líneas pares revolucionario, en las impares contrarrevolucionario. Carta de Henry Miller a su íntimo Brassaï: «Lo secuestraron (las autoridades) al instante de publicarse. También prohibieron la edición expurgada con muchas tachaduras y páginas en blanco, al suprimir todos los párrafos un poco escabrosos (...). *Sexus* es mi libro más prohibido, más perseguido, más aún que *Trópico de Cáncer*». Las paladas de tierra destinadas a su inhumación le llegaron desde un lugar tan lejano como Suecia, prohibiendo su Tribunal Supremo el libro por inmoral. Lo sometieron a comparación con un libro de lo más guarro publicado en aquel país y recabaron dictamen de peritos para calibrar la

tasa porcentual de obscenidades que uno y otro contenían. Ganó *Sexus* por 15,7 por ciento contra 10,3 por ciento del otro. «De modo que mi libro será un 5,4 por ciento más cochino», contaba divertido Miller a Brassaï, añadiendo con un matiz de complacencia que «mis libros han sufrido la misma desventura en Japón. Están todos prohibidos».

Trópicos. Miller estiró cuanto pudo el estilo obsceno, tanto que sus *Trópicos* terminaron por publicarse con un *lifting* sexual que era todo un desafío a los arrugados ceños de los censores. Caso del ciudadano Ernest J. Besig contra los Estados Unidos para la censura pública de *Trópico de cáncer*, con fallo final del Tribunal de Apelaciones en favor del demandante. Transcribo. El Juez: «En mi opinión el efecto principal de los dos libros demandados (*Cáncer* y *Capricornio*) es obsceno. Ambos libros están repletos de largos pasajes que son obscenos, repugnantes y tienden a excitar pensamientos y pasiones lascivas. Las excesivamente largas y obscenas descripciones de experiencias, prácticas y órganos sexuales constituyen por sí mismas motivos de lascivia». Defensa de T. S. Eliot, en calidad de testigo: «Un libro extraordinario, con pasajes escritos tan buenos como los mejores que haya podido ver en mucho tiempo». Defensa de Aldous Huxley en la misma calidad: «Algo aterrador, pero muy bien hecho. Su libro me hizo sentirme embargado hasta el punto que ningún El Greco pudo jamás conseguir».

El guardián entre el centeno. Cuando *The Catcher in the Rye* se publicó el 16 de julio de 1951 en Estados Unidos y Canadá, la crítica, harta, se preguntó una vez más por qué la apostura de una gran historia siempre tenía que ir acompañada de cierta impostura del lenguaje. No, los tabloides no se sintieron especialmente a gusto con el uso frecuente del vocablo «maldito» y, aún menos, de la expresión «que te jodan». Organizaciones como The Catholic World y Christian Science sacaron un comunicado en el que tildaban aquel lenguaje de «repugnante y vulgar».

PALABRAS PARA EL ROSARIO DE LA AURORA

Una sola palabra puede ser capaz de acabar con una carrera política. De eso saben mucho los micrófonos abiertos. Pero también una sola palabra podía mandar obras enteras a la basura, por estar donde no debían y por significar lo que con todo su candor significaban...

Aleksandr Pushkin compuso buena parte de su poema *El prisionero del Cáucaso* tendido boca abajo en una mesa de billar. Su editor se mostró encantado con el resultado final, aun cuando la obra hubiera de sufrir la colmillada de la censura, y es que en la parte que decía: «El destino no le

concedió / sino algunas noches deliciosas», las «noches» fueron cambiadas por «días» para no convertir aquel verso en una franquicia de Gomorra. La operación estética, claro está, sacó a Pushkin de quicio. En una carta dirigida a su amigo poeta y alto dignatario del Imperio de Alejandro II, Piotr Viazemski, se desahogaba así: «La censura me agarrota, me asfixia. No quiero, no debo, no puedo decir "días" en ese verso. Noches, noches, por el amor de Cristo. Debe decir "sino algunas noches deliciosas". Así, "noches", porque durante el día no puede ella encontrarlo». Sin embargo, la censura sí le fue propicia al sátiro Pushkin cuando prohibió el comentario de un cronista tras su boda con la joven Natalia Goncharova, de 19 años, teniendo el poeta 31 y un sinfín de conquistas peor o mejor labradas a sus espaldas, que desde ese día también fueron las espaldas de Natalia. Decía así: «¡Oh, criatura virginal; oh, maravilla de los mortales; ir a caer en las redes de un salvaje, como una Venus de espuma viene a caer en los brazos membrudos de Vulcano!».

Charles Dickens se casó un 2 de abril de 1836 (24), fecha en la que sus *Papeles póstumos del Club Pickwick* ya revoloteaban bajo su pluma, pero también una obra de teatro que deseaba colocar como libreto de una ópera titulada *The Village Coquettes*. Pues bien, aquella pieza estaba llena de buenas intenciones y de mejores palabras, salvo una, encastrada en esta frase maldita: «Una noche de invierno tiene su encanto, / nos vamos a la cama bien calentitos». ¿Cómo? ¿Cama? ¿Ha puesto «cama»? ¡Horror! Sesudas voces recomendaron al autor prescindir de aquella palabra abominable si no quería herir sensibilidades de alta alcurnia y ver su obra condenada al sumidero. Dickens pasó por el aro, pero dijo que ni uno más. «Se morirán antes de que modifique nada más», escribió al compositor John Pyke Hullah, autor de la música, añadiendo que consideraba un insulto «castrar el espíritu de una canción solo para adaptarla al ambiente de los internados».

Henry James alababa sin parangón *La dama de las camelias*, obra que, a su juicio, le había aportado a Alejandro Dumas hijo «las nueve décimas partes de su fama mundial». Evocaba James la asistencia a una representación en Boston «siglos atrás» (año 1895, en realidad), recordando que a los protagonistas se los presentaba como «prometidos» y no como amantes, mutación solapadamente sexual gracias a la cual la representación de la obra podía ser autorizada sin riesgo de herir la acendrada sensibilidad del espectador.

De joven, William Faulkner publicó sin pena ni gloria un relato titulado *Two Soldiers* (*Dos soldados*). Fue años después, en 1945, cuando una editorial rescató la obrita ofreciendo al autor 25 dólares para incluirla

en un libro de enseñanza superior, si bien imponiendo la supresión de dos palabras: «*Hell*» (infierno) y «*nigger*» (negro). No hubo problema: en aquella época por 25 dólares Faulkner estaba dispuesto a suprimir su nombre de la portada si hacía falta.

A García Márquez también lo hicieron pasar por un detector de suciedades y le obligaron a sacar de los bolsillos dos palabras. Con su segunda novela, *La mala hora*, ganó un premio de 3.000 dólares en el año 1962 (35); pues bien, el padre Félix Restrepo, presidente de la Academia de la Lengua Colombiana y también del jurado, le plantó al profano escritor la sagrada cruz en sus narices y le suplicó dos cositas: una, que pasara el título original de la obra por una depuradora de aguas residuales, dado que el de *Este pueblo de mierda* hedía a distancia; la otra, que eliminara dos palabras ligadas a la condenación eterna, como eran «preservativo» y «masturbación». Fue esta última la finalmente expulsada del paraíso.

Había libros a los que se segaba parte de su vida y de su encanto cercenándoles el título, de manera que, queriendo dotarlos de dignidad, se conseguía que perdieran aquel interés que la falta de dignidad proporcionaba con creces. En el verano de 1946 Sartre (41) andaba enredado en dos obras de teatro cuyos títulos oscilaban entre la impostura vertical y la postura horizontal: *La puta respetuosa* y *Muertos sin sepultura*. El primero de ellos provocó tal escándalo que Sartre fue obligado a cambiarlo si quería ver a su ramera sobre las tablas algún día, de manera que casi la evangelizó al convertirla en *La respetable P.*

Bien se ve que una simple inicial podía salvar una obra entera, aunque también condenarla. De eso sabía mucho nuestro Juan Ramón Jiménez. A finales de 1945 (64) envió desde Nueva York a Juan Guerrero Ruiz el manuscrito de *Lírica de una Atlántida*. El título era bonito, pero las tripas ya eran otra cosa. En un mundo sin censura las ruedas giran perfectamente sin palos dentro; pero luego aparece aquella y los mete todos a un tiempo, incluyendo cruces, en el caso de la eclesiástica, a veces por la simple defenestración de una mayúscula que, hablando de Dios, no era poca cosa. Carta de Guerrero a J. R. tras recibir el manuscrito: «Yo pensaba que tratándose de poesía lírica no habría motivo para preocuparse de la censura... Pero alguna vez, cuando el nombre de "dios" puede estimarse que se emplea aludiendo a la divinidad, pudiera ocurrir que la censura impusiera la D mayúscula o bien tachara la línea, la estrofa o el poema». Avisado quedaba el poeta.

3

LOCOS POR EL SEXO

PRIMERAS EXPERIENCIAS, PRIMERAS TURBULENCIAS

La primera experiencia sexual de Iván Turguéniev se debió de parecer mucho a la de su madre enseñándole a coger los cubiertos en la mesa ante unos blinis rellenos de caviar: una mezcla de naturalidad y cordialidad, una especie de bostezo cortado a tiempo. La misma naturalidad con la que un día les contó a los Goncourt cómo a sus 15 años una camarera de su madre se le acercó por detrás en una lluviosa tarde del año 1832 y, tirándole del pelo por la nuca, le dijo: «Ven». El salazón de los monosílabos...

La de Virginia Woolf fue de libro. Me refiero al Código Penal. Si aclaro que la otra parte implicada fue su hermanastro Gerald, obsesionado con ella, la cosa se va entendiendo mejor. Él tenía 17 años y sabía lo que hacía; ella 6, y solo sabía sacarse mocos de la nariz. Gerald se dedicó a masturbarla sin cortapisas, amparado en la inocencia de Virginia, desconocedora de si los cánones del cuerpo y los del alma iban por los mismos carriles. Cincuenta y tres años después, dos meses antes de suicidarse, escribía a su amiga íntima, la compositora Ethel Smyth: «Todavía me estremezco de vergüenza al recordar a mi hermanastro explorando mis partes más íntimas».

Sin embargo, fue la propia Virginia quien más adelante exploró otras tendencias, llegando a aspirar sin rubor los perfumes de la consanguinidad. Vanessa y Virginia. Las hermanas Virginia y Vanessa. El agua y el fuego. Fusión de elementos empedocleos. Interacción esencial, interacción elemental. Juntas desde siempre y para siempre unidas física y espiritualmente, sin costuras ni hilos al vuelo, inconsútiles como la túnica de Cristo. Pero Vanessa se casa y a Virginia le salen las primeras arrugas. Él se llama Clive y se lleva a Vanessa lejos de Virginia, así que a Virginia solo le queda escribir cartas a Vanessa como una forma de redención en la distancia, cartas que forman un arco que se prolonga desde 1907 en que se casa Vanessa hasta 1912 en que se casa Virginia. Dios solo había mandado amar al prójimo, pero ninguna instrucción acerca de cómo debía hacerlo una hermana a otra, así que la escritora y la pintora integraron aquella

laguna. El 25 de agosto de 1908 Vanessa escribe a Virginia: «He releído tus cartas y he llegado con Clive a la conclusión de que si se publican sin las respuestas, sin duda la gente pensará que existía entre nosotras una relación francamente amorosa. Se leen más como cartas de amor que como otra cosa». Pero aquel triángulo se tensará al máximo cuando Clive se empiece a cansar de la pintora y empiece a cortejar a la escritora, lo que Virginia aprovechará para cortejar a su hermana a través de las cartas con las que responde a Clive en una seducción transversal donde Clive es el convidado de piedra y Vanessa el rosario de la aurora. «Bésala todo lo apasionadamente que puedas en aquellos lugares que me pertenecen particularmente... el cuello... y el brazo y el ojo y el globo del ojo».

Virginia no solo amó a su hermana, sino también a otras mujeres. El amor de su marido Leonard le era necesario, pero al modo de un estupefaciente, para soportar la dolorosa realidad de cada día; por lo demás, la vida sexual entre ambos estaba desnutrida desde que se comieran la manzana prohibida al principio de su matrimonio y después se encontraran con que en la copa del árbol los únicos frutos que quedaban eran los que sus respectivas profesiones pudieran darles, por no hablar de que Virginia se embarcó en aquel matrimonio buscando seguridad y autoafirmación, considerando lo demás un trasunto de basura espacial. Contando con 40 años escogió a Vita Sackville-West, de 30, básicamente porque le recordaba a su hermana. Corría el final del año 1925 cuando entre ellas la carne se hizo verbo y todas las demás partes gramaticales. Así recogía Virginia la reacción de su hermana en una carta a Vita de 5 de abril de 1929: «El otro día, estando en una farmacia, conté a Nessa [Vanessa] la historia de nuestra pasión. Pero ¿de veras que te gusta acostarte con mujeres?, me preguntó mientras recogía el cambio. ¿Y cómo lo hacéis? Y así compró las píldoras que debía llevarse al extranjero, hablando a gritos como un loro».

A André Breton el despertar sexual le llegó mucho antes que el de la conciencia, así que cuando a los 6 años enlazó una erección nocturna tras otra sin saber a qué premio respondía tanto gozo consultó a su mamá y esta, aterrada, lo mandó a un especialista para ponerle a tratamiento. Una de sus amantes en los años 1931 y 1932 (36) fue Valentine Hugo (45), que se llamaba así por su matrimonio con Jean Hugo, biznieto del inmortal escritor, del que se separó en 1929 para vivir una vida loca con los surrealistas, llevándolos y a veces trayéndolos de un lado para otro, ya que era la única del grupo que tenía dinero y coche propio. Valentine no tuvo pudor alguno en dejar reflejado en su diario, con todos sus pelos y todas sus señales, la postura favorita que adoptaban Breton y ella en sus

malabarismos sexuales, la llamada «cabeza de Vercingetórix», en la que André se ponía de pie y ella salía a su encuentro echada boca arriba en la cama, aprisionando con los muslos su cintura. Al parecer veían las mismas estrellas que el casto Horacio solo aspiraba a herir con su cabeza, pero como la vida iba mucho más que de muslos y cabezas, Valentine decidía un mes después poner fin a toda la anatomía restante ingiriendo un tubo completo de somníferos. Solo un pudor de última hora —en concreto el disgusto que con su muerte iba a causar a Breton— le hizo llamar a Paul Éluard para que resolviera por sí mismo la tontería.

Fue el primer beso. Un eructo del instinto en plena pausa, un pisotón de los labios, un coletazo de la lengua movida por aquel eructo, un brote de aerofagia mal reconducida. Fue el primero: traumático, asqueroso, agua residual. Ocurre en Saigón. Él se llama Léo. Es chino. Y feo. Como una bacteria vista al microscopio. Ella también lo es, a decir de su madre, quien se lo recuerda constantemente. Ella se llama Marguerite y se apellida Duras. Es pobre, pero tiene 14 años. Él es mayor, pero rico e hijo único, dueño de unos cincuenta millones de rupias distribuidos en varios edificios repartidos por toda la Conchinchina. Luce un diamante gordo en el dedo, para que le miren allí y no a la cara.

Su primer beso. Ella lo cuenta en su diario cuando solo sabe que quiere escribir, pero no que un día va a ser escritora: «Lo hizo por sorpresa. La repulsión que me embargó era realmente indescriptible. Empujé a Léo, escupí, quise saltar del coche. Léo no sabía qué hacer. En el intervalo de un segundo me tensé como un arco, perdida para siempre. No paraba de repetir: se acabó, se acabó. Yo era la repulsión misma. Escupí sin parar, escupí toda la noche, y al día siguiente, al recordarlo, volvía escupir». Duras se pasó escupiendo dos años, que fue lo que duró la relación, y a base de tanto hacer fuerza para escupir con el tiempo fue asomando la mariposa por la crisálida y, de repente, Marguerite se supo atractiva. También supo que ellos lo sabían y eso le daba la misma ventaja de los rayos sobre los truenos. Uno de ellos fue el filósofo Edgar Morin, que abría la ventana más veces para ventilarse de escozores que de nudos mentales: «[Duras] me tenía hechizado. Me ponía cachondo».

La primera fogata gonadal le vino a James Joyce tan pronto, que no necesitó despertador alguno. Tenía 12 años cuando, volviendo a casa acompañado por su niñera, esta le pidió que se diera la vuelta para poder orinar con una porción de intimidad. Jim obedeció con los ojos cerrados, pero con los oídos bien abiertos, recibiendo aquel latigazo de su primera excitación sexual con el placentero sonido que le llegaba a sus espaldas. Para bien o para mal aquello iba a ser su destino: estar atento a la órbita del

planeta sexual y tratar de acompasar a sus propios giros el de aquel gozoso eje. Esperó a la muerte de su madre para hacerse con las cartas que ella y su padre se habían escrito en su juventud, pero con el único fin de encontrar buen material para sus novelas. No pasaron el primer corte, así que, perdido todo el valor, las quemó con la ayuda de su hermano Stanislaus. No parece que esta incineración hubiera incomodado a su padre, a quien James y sus nueve hermanos temían por partida doble, ahora que se habían quedado sin la protección de mamá. De todos ellos solo James consiguió entablar con él cierta camaradería, en especial cuando llegaba borracho a casa y se enzarzaban en su pelea dialéctica favorita, acribillándose con insultos muy populares en Dublín: meacamas, tonto del culo, putón de esquinas, negraco de mierda... Ganaba quien más veces lograba esquivar los escupitajos del de enfrente. Ya adulto, lo que James fue incapaz de esquivar resultó ser la hospitalidad de una mirada femenina. Fugado con Nora a Trieste y recién nacido allí su primer hijo, se ganó la vida dando clases de inglés a italianos, besando por donde pisaba su mujer hasta que un día se le ocurrió besar a una de sus alumnas, Anny Schleimer, a quien llegó a proponer matrimonio. Cuando el padre de Anny se enteró canceló las clases y a punto estuvo James de perder a Nora, enterada de todo el cotarro.

Pero, volviendo a su despertar... A quien Joyce trasladó por carta aquella primera experiencia sexual fue a la doctora Gertrude Kaempffer, de la que se enamoró en un balneario de Locarno, corriendo el año 1917 y, por tanto, trece años después de iniciada su relación con Nora. En la carta Joyce usaba la palabra *piss*, que pasaba por ser uno de sus sustantivos predilectos, y concluía diciendo que aquel día «se había *gigoteado* como un descosido». A la doctora se le escapó el significado de la expresión, pero solo hasta que un tiempo después alguien le explicó que la giga era una especie de baile escocés. Este episodio lo trasladaría a *Finnegans Wake*, donde el personaje central, Earwicker, es acusado de escándalo público al masturbarse ante dos chicas que solo se limitaban a orinar. No contento con aquella confidencia, Joyce explicaba a la doctora, por si le resultaba de interés, que una de sus más excitantes fantasías era practicar el acto sexual sujeto a la posibilidad de estar siendo espiado. A la mujer le resultó ofensiva tan invasiva camaradería y rompió las cartas, para desgracia de sus herederos.

Joyce probó suerte al año siguiente con alguna mujer tocada con la varita del libertinaje, escogiendo a una vecina a la que vio desde la ventana de su casa tirar de la cadena del retrete. Para Joyce aquello fue más que suficiente. Su nueva presa se llamaba Marthe Fleischmann y, por entonces, la principal preocupación del escritor era cómo abordarla en la calle; por lo

demás, el hecho de que la chica fuera coja añadía más interés al asunto. Preso de la ansiedad, optó por anticiparse con una carta, informándole en ella que era escritor y, de paso, también profundamente infeliz. La joven sintió compasión del desconocido y accedió a un encuentro en el cual el tema central fueron las bragas de señora, artículo capital en la iconografía fetichista joyceana. El segundo encuentro, de corte más intimista, se produjo en el estudio del pintor Frank Budgen, amigo del matrimonio Joyce, confesándole James que ese día había «explorado las partes más frías y más cálidas del cuerpo de una mujer», bravata que Budgen puso en tela de juicio; de hecho, Marthe siempre aseguró que su relación con Joyce no había pasado de ser «un amor platónico». El provecho que el escritor sacó de la fusión entre ambas mujeres, Marthe y Gertrude, fue la posibilidad de completar el perfil de Gerty (Gertrud) MacDowell, una de las protagonistas de su *Ulises*.

Por lo que llevamos leído hasta aquí, e incluso por su evidencia en muchos de nosotros, la primera experiencia sexual suele ser inolvidable, en detrimento de la segunda, que ya queda plegada dentro de un sobre y enviada a dirección desconocida. Pero en el caso de Alberto Moravia la segunda se llevó la palma, frente a la primera, vulgar y muy al uso en una casa de citas carente de toda proyección social. La otra, la interesante, transcurrió días después de la primera, dejando a esta huérfana de todo brillo y de toda huella impresa, salvo en una fina capa de polvo. Surgió en la localidad de Bressanone, superada ya la adolescencia, en un restaurante a donde Moravia iba a comer cada día, al igual que un militar de imponente porte acompañado de una rubia notable. Todo fue normal hasta que un día el oficial se acercó al escritor y le hizo una proposición aún más indecente que la de Robert Redford a Demi Moore allá por 1993 en la película de título homónimo, ya que ahora no volaban sobre sus cabezas fajos de billetes, sino solo la faja de la rubia, mediando la gratuidad de un morbo desprovisto de todo ADN crematístico.

Así lo contaba Moravia a Vania Luksic en una entrevista autobiográfica al final de su vida: «Una de aquellas tardes, en un momento en el que la chica no estaba, el oficial, sin ningún empacho, sin siquiera bajar la voz, me dijo que si quería podía hacer el amor con Lizzie, que así se llamaba la mujer. Me quedé atónito, pero acepté; la chica me había parecido muy mona, nada más, pero sentí curiosidad por la aventura. Llega Lizzie, él no dice nada, era evidente que todo se había organizado antes. Salimos, llovía, el militar iba delante, Lizzie y yo no hablábamos. Llegamos por fin a un chalé donde el oficial tenía, en la planta baja, una especie de despacho. Nada más llegar le dijo a la mujer, en tono cariñoso

pero contundente, que se desvistiera. Ella, no sé por qué, dudaba; entonces el oficial se echó sobre ella para desnudarla. Lizzie se puso a correr por el despacho y el oficial la perseguía, arrancándole la ropa; era una escena demasiado anormal para haber sido preparada antes. Por fin, quedó completamente desnuda; era muy blanca, un poco gordita, muy rubia. El militar nos dijo que nos diéramos prisa; él esperaría en el jardín; se fue. Hicimos el amor a toda prisa y en silencio; no sé por qué no le pregunté nada de tantas cosas raras; era como en esos sueños en los que nadie habla. De vez en cuando él tiraba del cordón de la campanilla como impaciente. Terminamos; ella cogió su ropa y se refugió tras un biombo. Yo estaba muy molesto, no sabía qué hacer. Propuse tímidamente un regalo y oí que me contestaba con altanería: "Esta no es carne que se vende, señor Pincherle"». Moravia siguió acumulando experiencias surrealistas, esta vez en Londres y corriendo el año 1927, con 19 años. Llevaba todas las de ganar en aquella fiesta de disfraces ataviado como un original poste telegráfico. «Daba vueltas por la habitación con los brazos en cruz —recordaba divertido a su biógrafo—; estos eran los hilos, y lleno de plaquitas blancas sobre el pecho, que representaban los aisladores de porcelana». El caso es que aquel poste generó la suficiente información telegráfica como para llamar la atención de una mujer disfrazada de esfinge. Todo un bombón. Al finalizar la fiesta ella le dio su dirección para que la visitase en su casa al día siguiente, sin disfraz, pero con toda la electricidad. Moravia acudió, pero nadie le abrió la puerta. Al día siguiente la llamó furioso por teléfono y ella le pidió que acudiese de nuevo a verla si aún seguía creyendo en su palabra. Él creyó, pero con la mitad de la electricidad del día anterior, la suficiente para saltarle todas las alarmas cuando, a punto de empezar a desnudarse, la chica le pidió que volviera a vestirse lo poco que se hubiera desvestido y que a ella la dejara seguir vistiendo santos, con la excusa de no poder hacer el amor con él. Moravia se lo contaba a su biógrafo encogiéndose de hombros y poco menos que trazando un círculo en la sien con el índice: «Acostumbraba a hacerlo sola. Era más fuerte que ella y no podía evitarlo. Me quedé asombrado».

EL SEXO: UN POTRO DIFÍCIL DE EMBRIDAR

Durante su juventud el fogoso Pushkin se comportó como un sátiro de libro. Rara era la mujer que no se ponía ante él y se convertía *ipso facto* en objeto de sus deseos. Sus compañeros de Liceo decían de él que tenía «un furor erótico absolutamente africano». Tras su muerte se encontró un cuaderno llevado en 1829 (30) en el que las mujeres aparecían distribuidas

en dos columnas: en la izquierda, a modo de «debe», aquellas a las que había amado sin llegar a poseerlas; en la derecha, a modo de «haber», aquellas con las que se había acostado.

No sé si era adorable, pero la adoraban casi todos. Insisto, *casi* todos. Al día siguiente de una actuación Sarah Bernhardt abrió la puerta de su casa y se encontró un regalo. Regalo por regalo. *Do ut des*. Ella se lo había hecho a él el día antes. Le acompañaba una nota: «Señora, estuviste grandiosa, encantadora». Concluía: «Lloré. La lágrima que me arrancaste te pertenece. La pongo a tus pies». La lágrima resultó ser un diamante en forma de perla que colgaba de una pulsera. Sarah había estado grandiosa en el papel de doña Sol representando *Hernani*. La nota era del autor de la obra. La firmaba Victor Hugo un 21 de noviembre de 1877.

Las galanterías de Hugo ya habían comenzado cinco años antes con la representación de su *Ruy Blas*. Tal fue el éxito que el escritor comenzó un diario con esta entrada: «20 de febrero de 1872. El teatro lleno. Vi y felicité a Sarah Bernhardt. Beso en la boca». Hugo tenía 70 años. La besada, 27. Fue el primer beso, pero no el último. Tampoco tenía ningún mérito, ya que Sarah repartió besos por doquier, los más estrambóticos los recibidos por Ali Gaga, un caimán que se compró en Luisiana durante una de sus giras por Estados Unidos; metía al bicho en su cama por las noches y le nutría a las bravas, a base de leche y champán. Su visita a Rusia en 1881 fue recibida con suspicacia por Antón Chéjov, que ya la veía venir de lejos. La única utilidad que concedía a su persona era recopilando todo lo que se había escrito sobre ella para vender la tonelada a 150 rublos y entregar las ganancias a la Sociedad Protectora de Animales para dar de comer a perros y caballos. Chéjov terminaba así su artículo: «Mañana otra vez Sarah Bernhardt... ¡puf!». Turguéniev no le fue a la zaga, calificándola de «insoportable» y concediéndole tan solo «una maravillosa voz», si bien dotada del «más repulsivo *chic* parisiense».

Oscar Wilde tenía su propio criterio, declarando en una entrevista del 9 de junio de 1884 que «no había absolutamente nadie» como ella. Anatole France, tras hacer sus propias comparaciones, llegó a la misma conclusión, sobre todo después de verla en una representación de *Juana de Arco*: «Es la encarnación de la poesía (...). Es la leyenda hecha vida». El escritor Graham Robertson se topó con ella en un estudio que la actriz tenía en París. La inquirió sobre una jaula vacía que tenía arrumbada y, con la mayor naturalidad del mundo, Sarah le indicó que pertenecía a un león del que se había desprendido tiempo atrás por el tufo que esparcía. Robertson respiró aliviado hasta que un día ella le invitó a comer. «Sarah compró un cachorro de tigre al que a veces dejaba andar por la mesa de comer (...).

Siempre me sentía muy aliviado cuando pasaba ante mi plato, tambaleándose sin prestarme ninguna atención», detalló tras la experiencia de volver a nacer.

El poder que la Bernhardt ejercía sobre los escritores era tal que algunos le enviaban sus obras buscando su representación y, con ella, un atajo al Olimpo literario. Tal fue lo que hizo un tímido y apenas conocido joven de 27 años, de nombre Edmond Rostand, quien, a través de su mujer, hizo llegar a la actriz el manuscrito de su obra en un acto *Les Romanesques* (*Los novelescos*). Su impresión fue tal que hizo llamar de inmediato al matrimonio y, teniendo a Edmond ante ella, podó una parte de su árbol genealógico para embutir un nuevo apellido: «Es usted el nuevo Victor Hugo». Por desgracia para ella sus propuestas empresariales siempre lo fueron a caballos perdedores: apostó por Rostand (*La Princesse*) y perdió; apostó por Alfred de Musset (*Lorenzaccio*) y perdió. Se calcula que sus pérdidas a lo largo de los seis años representando obras teatrales fallidas en el teatro Renaissance, del que era gerente, ascendieron a unos dos millones de francos-oro.

Esto no quitó para que la única salsa en la que se sentía ingrediente fuera en la que chapoteaban los escritores, de cuyo arte, a fin de cuentas, dependía el suyo. Cuando el 13 de enero de 1898 Zola publicó su *J'accuse* en defensa del oficial Dreyfus una multitud hizo un escrache al escritor al día siguiente al grito de «¡Muerte a Zola!». ¿Quién creen que apareció en una ventana del segundo piso en lugar del escritor? Ella, por supuesto, la misma que había iniciado dos meses atrás una heroica defensa del oficial en un contexto de antisemitismo recalcitrante. El respeto y el magnetismo que la actriz irradiaba hizo que la turba se dispersase, lo que no impidió que algún periódico publicara al día siguiente este titular: «Sarah Bernhardt en casa de Zola. La gran actriz está con los judíos y contra el Ejército».

Con lo que se entretenía sobremanera Louis-Ferdinand Céline era con el vicio de Onán, que practicaba a destajo. Así es como en la primera versión de *Voyage au bout de la nuit* (*Viaje al fin de la noche*) lo aupaba poco menos que a una bienaventuranza apócrifa: «La masturbación es menos decepcionante, es un hecho, que la gloria militar o el reino de Dios». Y no, no solía arrendar ganancias a la hora de dar consejos sexuales a sus amigas, ya que se sentía propietario de toda la gama. Este es, por poner un ejemplo, el que escogió de su menú para su amiga Erika Irrgang, desconozco si con algún propósito oculto: «Llegue usted a ser francamente una viciosa sexual. Aprenda a hacer el amor por detrás... Por delante es una calamidad».

El poeta irlandés William Butler Yeats se convirtió en un hombre

inmensamente feliz desde que le otorgaran el Nobel de Literatura en 1923, pero poco le duró la alegría cuando en 1934 (69) se percató de que sus únicas erecciones ya solo eran las del vello al contemplar una puesta de sol y cosas así. Ya estaba a punto de darlo todo por perdido cuando cayó en sus manos un libro titulado *Rejuvenation* (1924), obra del cirujano londinense Norman Haire, con el que puso rumbo inmediato a su consulta, abordándolo con el argumento de que él era nada menos que Yeats, el poeta, que el mundo seguía reclamando sus versos y que, por desgracia, «desde hacía unos tres años se le había agotado la inspiración y era incapaz de escribir nada nuevo, limitándose a retocar diversas versiones de sus poemas y a elegir las que prefería», según el relato que el propio doctor hizo años después al biógrafo del poeta, Richard Ellmann. Al parecer, Yeats trataba de involucrar al galeno en la maldición que para la historia venidera de la literatura supondría no poder escribir si no copulaba y viceversa. El doctor puso santo remedio con la fórmula estrella que predicaba en su libro y que hoy conocemos como vasectomía, intervención que practicó a Yeats y que resultó todo un éxito para cuantos hoy leemos poesía, ya que desde aquel día logró escribir, a su decir, lo mejor de su producción, que integraría el volumen *Luna llena de marzo*. Sin sonrojo alguno, Yeats sostenía que el doctor Haire le había regalado «una segunda pubertad», e incluso en una carta fechada el 17 de junio de 1935 aseguraba que el tono de su poesía había cambiado, haciéndose más vehemente, menos contenida y menos pusilánime. La paradoja es que aquella intervención había dejado a Yeats impotente...

La erotomanía de Knut Hamsun fue de carácter sobrevenido y como desquite de tantos años de hambre, privaciones varias y recursos carnales desperdiciados, rindiéndose al sexo como una forma de perdición entre seminal y demencial y dejando testimonio epistolográfico de sus conquistas sin el menor rubor: «Me enredé con una piel joven, bastante joven, a la que hice siete visitas en una noche y la última por la mañana, en un restaurante, justo antes de despedirnos. Viene tantas veces como yo quiero (...)».

Thomas Mann entendía a la perfección a Orígenes, el filósofo de la antigüedad que terminó emasculándose para así poner fin a un constante apetito sexual que no le dejaba pensar ni evolucionar como persona. El 8 de noviembre de 1896 (21) escribía Mann desde Nápoles: «¿Cuál es mi mal? La sexualidad (...). ¿Acabará conmigo? (...). ¿Cómo podría liberarme de la sexualidad? (...) ¡Cómo la odio, esta maldita sexualidad!». Años después, Scott Fitzgerald le quitó de la cabeza aquella idea de redención al recordar al mundo lo que el mundo ya sabía: que «nadie piensa en otra cosa que no sea el sexo. Está en el aire, como ocurre siempre antes de las grandes

catástrofes». Así es que Mann seguía pensando en lo de siempre y con el mismo empuje medio siglo después, esta vez sin pudor alguno, para plasmarlo en su diario: «Últimamente, gran potencia sexual y necesidad. Esto no se acaba nunca» (27 de febrero de 1947). «La cruz del sexo, enojo, sufrimiento con un toque de vanidad» (14 de diciembre de 1947). «La sexualidad... increíble» (12 de noviembre de 1950). «Por la noche, después de dormir un rato, masturbación» (29 de agosto de 1954).

Cuando con 30 años Paul Éluard se mezcló con Breton y sus acólitos del círculo del surrealismo les demostró que no le temblaba el pulso al escribir, pero sí al sacar de su cartera una fotografía de su joven esposa rusa Helena Dimitrievna (él la llamaba Gala y con tal nombre pasó años después a las manos de Dalí) tal como Dios la había traído al mundo, jactándose ante sus nuevos amigos de lo mucho que disfrutaba con ella en la cama cada noche, poniendo ella el arte y él la parte, cuando no al revés. El escritor André Thirion, que presenció en varias ocasiones la fanfarronada, escribió: «Mostraba un cuerpo maravilloso que Éluard estaba muy orgulloso de tener en su cama».

Svetlana Siewert tenía 16 años cuando el un tanto sátiro Vladimir Nabokov (23) se enamoró de ella y la apremió a formalizar una relación justo después de que el padre del escritor fuera asesinado dando un mitin en Berlín el 28 de marzo de 1922. La relación entre Vladimir y Svetlana pasó por su momento más estelar cuando él le dio a leer a la inexperta joven su diario de a bordo sin calibrar la tormenta que podía desatarse y que, de hecho, se desató al toparse con todas las proezas sexuales de su compañero. Horrorizada ante tanto desatino, Svetlana se bajó del barco en enero de 1923 y se largó. El problema de Nabokov era que no distinguía entre la información que debía encriptarse y la que podía publicarse en las redes. En la segunda figuraba una lista con las aventuras sexuales mantenidas en la era pre-Svetlana. Sumaban 28. El origen de tal contabilidad carnal se debía a su rivalidad muy poco literaria con Pushkin, quien, ya lo dijimos, habiendo confeccionado de joven su propia lista, arrojábanle las cuentas «16 rollos serios» en la columna del haber y «18 no serios» en la del debe.

A Flaubert le horrorizaba la primera columna, siendo la segunda donde se encontraba en su líquido elemento. Por eso en agosto de 1856 (34) se propuso aprender inglés con la institutriz de su sobrina Caroline, mujer que «le excitaba un montón», según confesaba a su amigo Louis Bouilhet. Lo mejor de la clase venía cuando le abría la puerta de casa: «Me contengo en las escaleras para no tocarle el culo». Por entonces su *Bovary* ya estaba metida en la imprenta.

LAS TRAVESURAS DE FLAUBERT

No sé qué trato habría hecho Flaubert con Dios ni qué deseadísima concesión le habría hecho Este, pero los hermanos Goncourt aseguraron haberle oído decir que de los 20 años a los 24 no había tocado a una mujer «porque me había prometido a mí mismo no follar». El caso es que cuando se levantó la veda ya no paró, quizás porque la Providencia ya se lo había concedido todo, o porque, simplemente, tanta abstinencia había terminado por convertirlo en un sátiro. En este sorprendente contexto es cómo surgió el apellido para su famosísima Emma. Embarcando el 4 de noviembre de 1849 (27) rumbo a Alejandría con su amigo Maxime Du Camp, recaló antes en El Cairo, alojándose en una posada cuyo dueño se apellidaba Bouvaret, un antiguo actor de una compañía francesa de cómicos de provincias. En el viaje Flaubert apenas escribió, dedicándose tan solo a nutrir su diario con todo lo que observaba y a fornicar con todas allí por donde pasaba. En Esna se alivió con una ramera con la que repitió varias veces, si bien, entre acto y acto, se desfogó con «una hermosa bribona que me quería mucho y me decía por señas que yo tenía unos bonitos ojos». También hubo «otra cerda gorda con la que gocé mucho». En Beirut las observaciones costumbristas también dieron sus frutos: «Follé con tres mujeres y por cuatro veces, tres antes de comer y la cuarta después del postre. Du Camp solo folló una vez». En los burdeles de Marsella confesó que le habían ofrecido niñas de diez años e incluso muchachos, pero a Flaubert no le iban los palos de barajas prohibidas y lo rechazó todo. Su fijación eran «las mujeres gordas».

H. G. WELLS Y SU MÁQUINA

H. G. Wells era un prodigio de organización. Ante su biblioteca particular sabía dónde estaba cada libro y solo tenía que cogerlo. Con sus amantes ocurría lo mismo, solo que con estas el plus de peligrosidad era mayor: un libro te podía cambiar la vida; una amante también, pero para terminar quitándotela. Eso es lo que le ocurrió con la un tanto desequilibrada Hedwig Verena, uno de sus tantos rollitos pasajeros, cuando recurrió al gran hombre con la intención de hacerse periodista a su costa, pidiéndole unas cuantas cartas de recomendación que Wells, complaciente y complacido, no dudó en extender, si bien un poco a mansalva, ya que una de ellas, no sé si por distracción o por envenenamiento, iba dirigida a la escritora Rebecca West, con la que tenía un hijo en común. La entrevista de la joven con West (30) se produjo un 20 de junio de 1923 y se prolongó durante tres cuartos de hora. Todo apunta a que Rebecca se la pasó

apuntando con un revólver a Hedwig y Hedwig ofreciendo mil explicaciones, convertida en carne de banquillo, ya que al salir se compró una navaja de afeitar y se fue directa a casa de Wells con la intención de dar a su cuello el segundo repaso del día. La cosa iba tan en serio que Wells salió corriendo de casa para pedir socorro al conserje del edificio, encontrándose ambos a la muchacha con la navaja y el abrigo empapados en sangre y con cortes en el cuello y las muñecas. Sobrevivió. Ella también.

Pero sigamos con Wells. Era de los que formar una familia le daba más trabajo que formar un regimiento o un batallón, de manera que cuando no hacía las cosas por amor las hacía, al menos, por curiosidad. Cuenta Anthony West en la biografía dedicada a su padre cómo cuando tuvo su primer hijo a los 34 años «salió disparado en su bicicleta. Iba a pasar dos meses lejos de casa; durante las primeras semanas de este amago de huida Jane [la madre] no tuvo ni la menor noticia de su paradero, ni supo tampoco qué se había propuesto con tal ausencia». Al menos Wells tuvo algún gesto que otro de deportividad, ya que la llamaba de vez en cuando por teléfono e incluso le escribía alguna carta, hasta que le pudo no se sabe si el aburrimiento o los remordimientos y reapareció con el bebé ya comiendo papillas. La buena de Jane no le perdonó porque dijo que nada había que perdonar a quien estaba en su derecho de fijar las bases de una libertad que ni él debía perder ni ella debía limitar.

Emocionado por el precedente y por lo mucho que significaba de cara al futuro, Wells escribió una novela titulada *The Sea Lady* (*La dama del mar*) y celebró su conclusión dejando de nuevo embarazada a Jane. En esta ocasión se mostró más comedido, ya que no huyó recién parido el niño, sino en el octavo mes de gestación, buscando la placidez de los Alpes suizos junto a su amigo Graham Wallas, donde el escritor puso nombre a sus tentaciones con la misma facilidad que títulos a sus libros y se lio con cuantas mujeres salieron a su paso, siempre ante la censura un tanto inocua de su amigo. Sorprendentemente, cuando nació el niño el padre estaba allí...

APETITOS PROHIBIDOS

Pública y notoria es la fascinación del hombre maduro por la mujer joven, pero ya no lo es tanto por la jovencita, mucho menos por la adolescente, y ya en absoluto por la niña, donde la fascinación muta en pecado... Píndaro se quedó a varias manzanas de la plaza central cuando anotó que el hombre es un dios cuando sueña y un mendigo cuando reflexiona, porque aún había una tercera categoría: el diablo en el que se convierte cuando desea. Las

fantasías carecen de diagnóstico, no hay fantasía sana o fantasía enferma, sino fantasía mejor o peor intubada en lo más profundo de uno mismo. El problema está cuando la fantasía cobra vida propia y se descontrola. La pulsión interna está ahí y no pide ser descifrada, sino atendida; el estrato primario no necesita ser localizado y dinamitado, sino protegido y alimentado en secreto. El mismo secreto que se guardó, rayando ya la cincuentena, el famoso físico Erwin Schrödinger, simulando como juego la seducción a una niña de 12 años llamada Barbara durante su estancia en Dublín como profesor, donde, a la par que soñaba con uniformes de colegialas, impartía diez conferencias sobre la teoría de la perturbación y el fondo matemático de la teoría cuántica del mesón. Ejemplos como este no justifican conductas, pero sí facilitan las explicaciones.

Él tiene ya 74 años; ella solo 16. Él se enamora a primera vista de ella en las calles de Marienbad, por muy acompañada que la joven esté por su madre. Él la persigue hasta el castillo donde ella vive, en el camino que lleva a Karlsbad, y llega a pedirle matrimonio, pero la negativa de ella es tajante y el rechazo le lleva a escribir *Elegía en Marienbad*. También a alquilar una habitación en la Posada del Caballo Blanco, frente al castillo, donde escribe en una cuartilla: «El mundo está perdido para mí». Ella es Ulrike von Levetzow. Él, Johann Wolfgang von Goethe, y solo trata de comprobar si la moza es conocedora o no de la condición humana, a secas, una cuestión para él de vida o muerte en orden a saber si debe montar guardia a las puertas del teatro o ante las rejas de la ventana del convento. Se lo dejaba claro a Eckermann en una conversación el 29 de enero de 1826, alcanzados los 76 años por el maestro: «¿Qué diantre están haciendo nuestras muchachas en el teatro? Su sitio no es ese, sino el convento. El teatro solo es para hombres y mujeres que conozcan la condición humana».

Alicia en el País de Carroll. O quizás, más bien, Carroll en el País de Alicia, lleno de cintas de colores, muñecas de trapo y blusitas rematadas en bordados... Sus preferencias por las niñas como objeto y objetivo de sus afectos han evolucionado con el tiempo, aunque a veces él no parezca tenerlo demasiado claro. Carta de 18 de diciembre de 1877 (45): «Mis opiniones sobre los niños están cambiando, y ahora la mejor edad me parece en torno a los 17 años». Sin embargo, en la carta de 7 de mayo de 1878: «Mi ideal de belleza es una niña de unos 12 años». Carta de 8 de marzo de 1894: «Hace unos veinte o treinta años mi edad ideal para esas amistades estaba en torno a los 10 años; ahora 20 o 25 años es la edad que está más cerca de la verdad».

Llegado el 15 de noviembre de 1897 Carroll calculaba haber conocido en torno a «unas doscientas o trescientas niñas», no teniendo reparo en

afirmar —en esta ocasión por carta a la madre de una de ellas el 8 de marzo de 1894— que gran parte de la alegría que le había dado la vida la basaba en su «amistad con niñas». Una sobrina de Carroll lo recordaba así: «Su rostro era pálido, lampiño, y sus labios finos casi parecían estremecerse de placer ante la perspectiva de jugar con cuatro o cinco niñas». Caryl, hijo de Alice Liddell —la histórica Alicia—, calculaba que Carroll había llegado a escribir a su madre varios centenares de cartas en los más fructíferos años de su confusa relación amistosa, pero a la muerte del padre de Alice, deán de la Christ Church de Oxford, la madre las había destruido todas, tal era su aversión por el escritor, convencida de que sus intenciones para con su hija habían sido cualquier cosa menos honestas. Tal oprobio tenía asociado a aquel apellido que, cuando la mujer encargó la biografía de su marido a la muerte de este, prohibió toda alusión al escritor por mínima que fuera, incluyendo cualesquiera referencias a los dos libros sobre su hija. Alice Liddell se casó a los 28 años y tuvo tres hijos, dos de los cuales, los mayores, murieron combatiendo en la Primera Guerra Mundial. Cuando el tercero, Caryl, gozó de independencia y heredó las propiedades de su padre a su muerte, las administró sin tino ni destino, debiendo acudir su madre en su ayuda subastando en Sotheby's lo más preciado para ella. Una subasta celebrada el 3 de abril de 1928 en la que Alice obtuvo un precio de 15.400 libras por el primer manuscrito original que Carroll había encuadernado para ella en piel verde como regalo de Navidad siendo una niña. El destino del dinero fueron las manos de Caryl, las mismas que perdieron hasta la última libra tras unas pésimas inversiones.

Mucho le tiraban también a William Faulkner las jovencitas, tanto que cuando a mediados de los años cincuenta se enamoró de Jean Stein, hija del magnate de la música Jules Stein, decidió divorciarse de su mujer para entronizar a Mrs. Stein. Algo que estuvo bien lejos de ocurrir, por aquello de que también más tira una buena herencia que dos carretas, sufriendo el rechazo de la muchacha para no enfrentarse a su padre, lo que Faulkner recibió como la hoja de una guillotina, decidiendo aplicarse hasta las trancas con la novela que por entonces le consumía —aunque no tanto como el desaire de Mrs. Stein—, la titulada *As I Lay Dying* (*Mientras agonizo*). Cuenta Truman Capote cómo entrando aquella tarde en las dependencias de Random House «oí sus terribles sollozos que me llegaban desde el despachito que le cedían. Estaba a oscuras, echado en el sofá y completamente borracho. Había una botella de *bourbon* tirada en el suelo. "Todo ha terminado", decía sin cesar».

LA HOMOSEXUALIDAD, UN ARMARIO SIN PUERTA DE

SALIDA

Jacques es un adolescente al uso que acude al instituto como cualquier joven de su edad en un París a tiro de piedra de la Exposición Universal y del surgimiento de uno de los mayores talentos literarios de su historia. Corre el año 1888 y Jacques no puede imaginar la sombra que años después será de lo que es ahora, una sombra descerrajada por una enfermedad mental que lo llevará, primero, a la drogadicción y, después, al suicidio. Cerca de él, ocupando otro pupitre, se sienta Marcel (17). Entre una clase y otra Marcel le tiende un papel doblado en el que pide a su compañero mantener relaciones sexuales, a las que Jacques se niega enviándole otra nota. Marcel no se rinde y ataca con una segunda carta: «(...) Con tristeza acepto el desdeñoso y cruel yugo que me impones. Quizá tengas razón. Sin embargo, siempre me parece triste no tomar la deliciosa flor que muy pronto ya no podremos tomar. Pues entonces será ya fruto... y prohibido».

Ya se imaginan qué apellido lleva Marcel, pero quizás no el que lleva Jaques: Bizet, hijo del compositor Georges Bizet, muerto tres meses después del estreno de su ópera *Carmen*, cuando Jacques contaba tres años de edad. Jacques se vuelve a negar, pero la insistencia de Marcel va aumentando y descarnándose con cada carta: «Esta mañana, querido, cuando mi padre me ha visto (...) me ha rogado que dejara de masturbarme al menos durante cuatro días». Lo cierto es que el doctor Proust lleva largo tiempo preocupado por el feroz hábito onanista de su hijo, hasta el extremo de darle diez francos para que le corten el vicio las fulanas de un burdel, ya que el galeno asocia tal tendencia con tal inclinación, la de preferir siquiera la mitad de un hombre a una mujer completa. Pero ocurre que el coito no es consumado y Marcel ha de rendir cuentas a su abuelo por partida doble: «Necesitaba tan desesperadamente ver a una mujer para poner punto final a mi hábito de masturbarme que papá me dio diez francos para que fuera a un burdel. En mi agitación rompí un orinal de tres francos y después, en ese mismo estado de agitación, fui incapaz de follar. Así que aquí estoy, esperando a cada hora diez francos y tres francos más para pagar el orinal».

En el prostíbulo masculino de *monsieur* Le Cuziat, Proust, ya con unos años más, no daba abasto con sus apetencias, de manera que cuando la consumación coital le era impedida por razones fisiológicas acostumbraba a dar las mismas órdenes de siempre para lograr la excitación negada, solo que delante de dos jaulas, una colocada frente a la otra, de las que salían dos ratas hambrientas para matarse a dentelladas en un espectáculo «que permitía a Proust alcanzar el orgasmo», aseguraba Le Cuziat, testigo de primera mano. André Gide fue depositario de tales confidencias y juzgó a

Proust víctima «de alguna clase de desorden psicológico». Aquellos instintos se normalizaban cuando se vestía para irse al Ritz, donde terminaría enamorándose de un joven camarero de nombre Henri Rochat, y después de un tal Vanelli. Proust sentía debilidad por los camareros y por los botones de los hoteles, en cuya conquista desplegaba sofisticadas técnicas de atracción que su amigo Henri Bardac desveló sin pudor; en una de ellas Proust llamaba al botones antes de irse al cuarto de baño para lavarse las manos, y con la excusa de tenerlas mojadas le pedía que le sacara la propina del bolsillo del pantalón, donde el botones rebuscaba con agrado las monedas de la suerte.

Al camarero Rochat, Proust le puso el futuro en bandeja, y es que tal fue la necesidad de verlo cada día a todas horas que, corriendo el año 1918, lo contrató de secretario personal, cargo en el que se mantuvo unos dos años y medio, a pesar de no estar cualificado para el mismo. ¡Qué generosidad la de Proust satisfaciendo cada frívolo deseo del pedigüeño Rochat, en especial su repentina adicción a las joyas! El escritor llegó a agotar un fondo de reserva de 20.000 francos celosamente guardados por si había que huir de París con lo puesto con la prevista llegada de los alemanes, y aún después los caprichos de su secretario le obligaron a pedir prestados otros 10.000. Finalmente, se deshizo de él «deportándolo» a Recife (Brasil), donde un amigo de Proust metido a banquero encontró para él un puesto en la filial latinoamericana del BNP francés. Proust no entregó a su favor la última partida de dinero sino cuando supo a través del capitán del trasatlántico que el barco había zarpado y que su extinto secretario viajaba a bordo.

Katherine Mansfield conocía en junio de 1907 (18) a la ilustradora Edith Kathleen Bendall y se enamoraba de ella por la «cuenta» que le traía, en concreto nueve años de diferencia al alza, nueve años repletos de experiencia bruñida, de fantasías por bruñir y de condensaciones atmosféricas con sitio para dos. Diario de Mansfield: «(...) Con ella [siento] aquellos impulsos mal denominados sexuales con mayor fuerza que con ningún hombre. Me fascina, me subyuga... su yo... todo su cuerpo... es lo que adoro. Siento que apoyar mi cabeza en sus pechos es sentir lo que te puede dar la vida..., apoyada en ella, cogida a sus manos, su cara junto a la mía, soy una niña, una mujer y más que la mitad de un hombre».

Para André Gide, los 17 años en un efebo ya frisaban el límite de lo tolerable, aunque quizás la edad ideal para buscar el calor de compañía masculina era la que podía contarse como se cuentan los amigos: con los dedos de las manos. A Truman Capote le traía sin cuidado lo que Gide hiciera con su vida privada con tal de que la hiciera un poco pública. En

tales casos Truman nunca ponía telas de juicio, sino sábanas de raso. En abril de 1950 coincidió con Gide (80) en Taormina (Sicilia), llamándole la atención las largas horas que el francés se pasaba en su lugar favorito, que estaba lejos de ser el teatro *Antico* o el islote de Isola Bella... «Se pasa las tardes enteras en la barbería dejando que los niños de 10 y 12 años le enjabonen la cara. Ha causado escándalo, pero no porque le guste llevarse los niños a casa, sino porque solo les paga doscientas liras (20 centavos)». Los ejercicios empáticos de Capote solían constar de dos fases: la primera era herir, la segunda meter el dedo, aunque no siempre en la llaga.

Para atisbar las andanzas nocturnas de Constantino Kavafis había que orientar más de un reflector hacia los suburbios de Alejandría y ahí lo veríamos, embozado de cabeza entera como un testigo protegido y avergonzándose de sí mismo una noche más por aquel recorrido pecaminoso rumbo a los barrios prohibidos de las afueras de la ciudad, cual Prometeo desencadenado buscando una noche más los aguiluchos que le coman las partes del hígado que van quedando intactas. A veces lo acompañaba un sirviente en funciones de vigilancia, por si aparecía por allí su madre, a la que tenía con la mosca detrás de la oreja y con quien el poeta vivió hasta la muerte de ella en 1899. Cuando al día siguiente se despertaba escribía con grandes letras en un papel: «Juro que no volveré a hacerlo». Pero la reincidencia se había convertido para él en un estilo de vida, en una fuerza centrípeta invencible, y a la noche siguiente no sabía hacer otra cosa que olvidar y volver a la carga en busca de los mismos muchachitos con el mismo rostro o con rostro distinto. Una vez allí, su lugar favorito era una casa en cuyo piso superior pululaban jóvenes de ambos sexos vendiendo su cuerpo por un precio que oscilaba entre la gratuidad y la voluntad. Kavafis sacó una mañana del bolsillo una tiza y escribió en la ventana: «No vas a volver aquí de nuevo, no vas a volver a hacerlo». Pero siempre lo hacía otra vez, por el mismo hechizo que guía al criminal al lugar donde hizo sus deberes sin dejar un solo fleco suelto. Kavafis solo tenía una forma de cortocircuitar el impulso sexual compartido y era incurriendo obsesivamente en el vicio de Onán. Al menos en el Egipto en el que él vivió se le conocía como «el 39», por considerarse que la masturbación era treinta nueves veces más agotadora que cualquier otro acto sexual llevado a cabo en pareja.

En 1927 contaba Thomas Mann con 52 años cuando se enamoró del joven de 17 años Klaus Heuser, confesando haber sido su última pasión y la que más feliz le había hecho. Por entonces escribía en su diario que el muchacho representaba «la consumación inesperada de aquello que toda mi vida había anhelado, la culminación de la felicidad del hombre, una

felicidad que no alcanza a cualquiera». Habiéndolo invitado a pasar con él dos semanas a solas en Múnich, la confianza que Thomas tenía con sus hijos Klaus y Erika lo llevó a participarles por carta de esta confidencia: «(...) Lo he tuteado y al despedirnos lo estreché en mis brazos con su expreso consentimiento (...). Yo soy viejo y famoso, y ¿por qué deberíais ser vosotros los únicos pecadores? Me ha confirmado por escrito que estas dos semanas son de las más hermosas que le ha tocado vivir» (19 de octubre de 1927).

En fin, más explícito es este apunte en su diario del 20 de febrero de 1942, fruto de la relectura de los apuntes de aquella época (1927-1928) en la que el protagonista no era otro que el joven Heuser: «Lo más hermoso y emotivo fue la despedida en Múnich, cuando di por primera vez el "salto a lo onírico" y él apoyó su sien en la mía. Pues sí..., haber vivido y haber amado. Los ojos negros, las lágrimas derramadas por mí, los labios amados que besé...». Aún la vida le concedió un último soplo divino cuando a sus 75 años Mann conoció en el Gran Hotel Dolder de Zúrich a un joven camarero llamado Franz Westermeyer, por el que se sintió diabólicamente hechizado, sin pudor alguno en participar aquella desbocada sensualidad a su hija y a su mujer en una suerte de complicidad natural con la primera y forzada con la segunda. El testimonio que dejó aquel día en su diario es revelador: «¡Qué ojos y qué dientes tan bellos! ¡Qué voz tan encantadora!». Unos días después el verbo se fue haciendo carne: «Mi sentimiento hacia este joven es bastante profundo. Pienso constantemente en él y procuro coincidir con él (...). Hace veinticinco años que no me ocurría y tenía que pasarme otra vez (...). Al bajar en el ascensor vi por un momento su cara, que me tiene embelesado. Él ni siquiera se fijó en mí (...). La fama mundial es muy importante para mí, pero apenas significa nada comparada con una sonrisa suya, con una mirada de sus ojos» (8 de julio de 1950). Dos días después: «Por la noche, tras un breve rato de sueño, violento apoderamiento y descarga. ¡Sea, pues, en tu honor, necio! (...) En todo el día no tuve ocasión de ver al causante». Y dos días después: «Me dormí pensando en mi amado, al igual que me despierto pensando en él. (...) Todavía sufrimos a los 75».

A sus 79 años, Mann ya solo aspiraba a la convivencia descarnada con los recuerdos. Seguían inflamados, sin doler, lo que quería decir que seguían en su sitio. Carta de 19 de marzo de 1955, cinco meses antes de su muerte, dirigida a Hermann Lange, compañero escolar del Katharineum, en la que le revela cómo su primer amor había sido un compañero común de ambos, Armin Martens: «Pues a ese lo amé. Fue, efectivamente, mi primer amor, y nunca me fue dado vivir otro más tierno, más dolorosamente feliz».

Los muchachos que pasaron por la vida —y por la cama— de Tennessee Williams fueron muy numerosos, pero cuando le tocó hacerlo a Frank Merlo fue para cambiarle las sábanas durante catorce años seguidos, asumiéndolo como un estilo de vida. Frank era un hombre que si por algo brillaba era por su sinceridad. Cuando el productor cinematográfico Jack Warner invitó a la pareja a almorzar en su comedor particular del complejo Warner preguntó a Frank a qué se dedicaba en lo profesional, así que Frank, temeroso de Dios no por incurrir en vicios prohibidos, sino, mucho más, por incurrir en falso testimonio, no dudó en decir la verdad: «A acostarme con Mr. Williams».

En cuestiones de cama Truman Capote valoraba enormemente la reciprocidad. No la sexual, sino la social. Le atraían los famosos como los famosos se sentían atraídos por él, de manera que era como un Vega Sicilia Reserva Especial: a Capote había que probarlo, al menos, una vez en la vida. Así es como consiguió llevar a cabo casi todo lo que se propuso, incluyendo llevarse a la cama al mujeriego Albert Camus en el año 1948, contando Truman con 24 años y Albert con 35. «[Camus] era el encargado de mi edición en Gallimard y me llevó a cenar. Una cosa condujo a otra y una tarde vino a mi habitación y nos acostamos. Fue así de sencillo. No creo que fuese homosexual en absoluto. Pero entonces era cuando yo estaba más guapo. Cuando me conoció pareció muy perplejo». Ya el año anterior Capote había compartido cama con otro grande durante un viaje a California... «De no haberse tratado de Errol Flynn no lo recordaría. Ambos estábamos borrachos y él tardó una eternidad en tener el orgasmo. Claro que yo ni siquiera lo tuve».

En ese mismo año 1948, Truman iniciaría una sólida relación con Jack Dunphy, novelista de segunda fila y exbailarín de los de fila india. Truman y Jack romperían filas veinte años después para irse cada uno por su lado; el lado escogido por Truman se llamó Danny, un hombre gris que no parecía entonar con el arco iris que envolvía a Truman como un halo helicoidal. Por lo demás, Danny era divorciado y recordaba tener dos hijos, por lo que su presunta heterosexualidad casaba mal con los patrones del escritor. Para él las conversaciones carecían de polos eléctricos y se despeñaban en asuntos triviales, algo normal en quien combinaba su trabajo de reparación de aparatos de aire acondicionado con el surtidor de combustible en un aeropuerto.

La ventaja de no creer en Dios es que rehúsas los designios evidentes y te apropias de los inescrutables. Estos son los que llevaron a Capote a encapricharse con Danny, sin que nadie hallara explicación alguna. Se lo llevaba a todas partes y en todas partes lo exhibía, a pesar de su falta de

atractivo y de su nula aportación intelectual. En una fiesta que el todopoderoso matrimonio Agnelli ofreció en su palacio de Turín el tal Danny pasó completamente desapercibido, salvo para la reina de Dinamarca. Así lo recordaba Truman: «Había un camarero detrás de cada silla. Ninguna Casa Real ha vivido nunca como los Agnelli. Danny estaba sentado al lado de la reina de Dinamarca, y ella le preguntó si era la primera vez que visitaba Europa. No, dijo él, antes estuve en Corea». Haría falta saber si la reina le siguió la corriente alterna.

Lo que le iba al poeta de Newark Allen Ginsberg eran los atascos y las aglomeraciones... Así lo demostró cuando en septiembre de 1972 (46) declaró: «A mí me gustan las saunas y las orgías. Creo que las orgías deben institucionalizarse (...). A mi edad es realmente cuando se aprecian las orgías, sobre todo a oscuras, donde nadie ve a nadie y te importa una mierda quién jode contigo (...). La orgía es una forma de igualar a la gente». Vamos, lo de hacer el bien sin mirar a quién, la democracia de la promiscuidad contra el totalitarismo de la monogamia... Los periodos de descanso grupal se los tomaba Ginsberg, preferentemente, con William Burroughs —«Burroughs y yo lo hicimos muchas veces, durante muchos años, desde 1953»—, llegando a desvelar algunas capacidades o algunas insuficiencias, según se mire, del autor de *El almuerzo desnudo*: «Burroughs se corre involuntariamente mientras lo follan», dato este que Ginsberg entronca con el final de *Blue Movie*, episodio de *El almuerzo desnudo* que concluye con un ahorcado «eyaculando a chorros y el verdugo que lo mama».

4

EL PRIMER ENCUENTRO: ¿CHOQUE DE MANOS O CHOQUE DE TRENES?

SIRENAS PARA ATARSE A UN MÁSTIL

Se conocieron en Milán corriendo el mes de octubre de 1816. El inglés tenía 28 años, dos menos que el francés. El inglés se llamaba George Gordon Byron; el francés, Henry-Marie Beyle, más conocido como Stendhal a secas. Extraña y peligrosa amistad literaria con la batalla de Waterloo aún fresca en los nudillos de sus puños, finalizada tan solo un año atrás. El primer encuentro se produjo en un palco de la Scala de Milán. Stendhal, regordete y feote, temblaba de emoción ante la apostura y la gloria del flamante inglés, hasta el punto de que las palabras se le amontonaban en las rótulas y solo era capaz de hablarle cayendo de rodillas. En esa época Stendhal, que aún no había escrito una sola de las obras que le harían inmortal, perdía el tiempo escribiendo la *Historia de la pintura en Italia*, un ensayo que no pasaría a la historia, ni siquiera a la historia de la pintura en Italia. Finalmente, ambos escritores se verían casi todas las noches, gozando de la música en la Scala o de los cuadros en la Brera, la Galería Pinacoteca de Milán, donde a Stendhal mucho le asombrarían los conocimientos que Byron poseía sobre Rafael, Tiziano y otros.

El espectro de amistades de Walt Whitman no fue muy amplio, dado su *modus vivendi* fielmente descrito por su madre, tal como veremos más abajo. No estaban todos los que eran, pero sí eran los pocos que estaban. Uno de ellos fue Oscar Wilde. Walt y Oscar se conocieron en el distrito londinense de Camden, donde el poeta tenía su casa. Corría el mes de enero de 1882 y Oscar contaba 27 años, mientras que Walt, ya de 63, descontaba los suyos. Hablaron durante dos horas y Walt preparó su bebida favorita: un ponche a base de leche. Impresión de Walt cuando cerró la puerta y vio alejarse a Oscar a través de la ventana: «Su salud, su entusiasmo y su generosidad juveniles resultan estimulantes». Por cierto, Walt encontró a Oscar «varonil»... Gracias al testimonio de un amigo del inglés, George Ives, escrito el 6 de enero de 1901, podemos intuir alguna clave de lo que

fue un segundo encuentro entre ellos, posiblemente acontecido en Filadelfia el 10 de mayo de 1882 con motivo de una conferencia de Wilde: «Todavía llevo el beso de Walt Whitman en mis labios», le confesó.

Lo más simple que Wilde despertaba allí por donde iba era curiosidad. André Gide tardó solo un día en escribir a Paul Valéry para confesarle lo que había sentido el día anterior al conocerlo, corriendo el 27 de noviembre de 1891: «Oscar Wilde: admirable». Esa era la palabra universal que despejaba de incógnitas y prejuicios el personaje: admiración. La que William Butler Yeats sintió por él cuando lo conoció fue de alto voltaje y no le costó encontrar una palabra equivalente: «Asombro». Con ella describió en su libro de memorias, *Autobiografías*, su primer encuentro. «Nunca antes había oído hablar a una persona con frases tan perfectas como si las hubiera escrito la noche antes y que dieran la impresión de ser totalmente espontáneas». En cuanto al propio Yeats, también hubo quien se dobló por él, comprometiéndose a romper en su nombre cualquier lanza que pusieran en su mano. Virginia Woolf lo conoció en 1930 y se quedó impresionada con su vitalidad intelectual: «Se le cortara por donde se le cortara, rebosaba, chorreaba manantiales de ideas», escribía el 8 de noviembre en su *Diario*.

Joseph Conrad y Stephen Crane se conocieron en octubre de 1897. Conrad tenía 39 años, Crane, 24; ambos eran escritores ya famosos, pero Crane superaba al otro en exotismo, casado como estaba con la gerente de un burdel, a la que tenía locamente enamorada. La amistad entre los escritores fue una liberación de gas helio desde el minuto uno. Se citaron en un restaurante de Piccadilly Circus y hablaron largo rato de Balzac en medio del bullicio «de centenares de camareros y el tintineo de toneladas de vajilla», celebraba Conrad muchos años después. Por entonces todos querían conocer al autor de *El corazón de las tinieblas*, para comprobar si existía de verdad y el humo sacrificial de los dioses no se lo llevaba cada día para devolverlo solo de vez en cuando. En el año 1912 un ya no tan joven Bertrand Russell (40) se desvivió por conocer en persona a un ya no tan joven Conrad que andaba por los 55. El encuentro se produjo en la casa del matrimonio Conrad, y Russell lo comparó con «un amor apasionado». El caso es que «me marché desconcertado y casi incapaz de retomar mi camino entre mis asuntos cotidianos». Dado que aquel nombre era miel en sus labios, decidió poner el nombre de John Conrad a su primer hijo y el de Conrad, a secas, a otro posterior, para así seguir pronunciándolo de por vida.

Cuenta la leyenda que Bach caminó doscientos kilómetros para ver a Dietrich Buxtehude tocar el órgano, y puede que fuera verdad, kilómetro

arriba, kilómetro abajo. La misma distancia habría recorrido aquel joven de 24 años, escritor en ciernes y apenas conocido, para ir al encuentro del escritor consagrado y tender a sus pies toda su admiración, de muy mayor tallaje que su número de calzado. Lo buscó en su casa de Elmira, charló animadamente con su mujer y con su hija y, ya por la tarde, con su ídolo. Cuando concluyó la visita, la mujer preguntó al marido qué le había parecido el muchacho y su respuesta fue: «Es un desconocido para mí, pero un hombre de lo más extraordinario, y yo soy el otro. Entre nosotros dos cubrimos todo el conocimiento; él sabe todo lo que puede saberse y yo sé el resto». El joven se llamaba Rudyard Kipling y se hizo mundialmente famoso solo doce meses después gracias a su colección de cuentos *Plain Tales from the Hills* (*Cuentos sencillos de las colinas*). El viejo llevaba por nombre Mark Twain, quien en su autobiografía reconocería que una de sus grandes debilidades era *Kim*, novela de Kipling que afirmaba leer «cada año». Como la cadena alimenticia no solo se refiere a comida, sino también a pasiones, así fue como años después el propio Kipling ocupó el lugar de Twain cuando un ya no tan joven André Maurois de 43 años se desvivió por conocerlo y, seguramente, no pegó ojo en la noche que precedió a uno de los días más imborrables de su vida, cuando Kipling (62) lo invitó a comer a su casa. Corría el año 1928 y su hijo había muerto en combate, llevándose a la tumba todo el poder de un padre que, por entonces y a falta de hijo, solo tenía necesidad de distraerse. «El solo hecho de ver y tocar a un hombre que siempre me había parecido sobrehumano me producía una especie de enajenación», escribía Maurois muchos años después en sus *Memorias*.

Para John Dos Passos conocer a Twain no fue para tanto. Teniendo en cuenta que por entonces aún llevaba pantalón corto le habría impresionado mucho más tener enfrente a Chaplin o a cualquier cómico estadounidense de los que por aquella época hacían reír a la gente en los circos. Caminaba por la Quinta Avenida de Nueva York junto a su padre cuando este se lo presentó. A John se le quedó grabado su inapropiado traje blanco para el aire y el frío que hacía aquel día, como también que, en realidad, no se llamara Mark Twain, sino Samuel Clemens.

Pasados unos años Dos Passos recaló en Madrid y ahí ya concedió el valor justo a las celebridades, cuyos nombres, además, coincidían con el que venía en la partida de nacimiento. Así lo recordaba muchos años después en su autobiografía *Años inolvidables*: «A pesar de mi enorme timidez fui a tomar el té con Juan Ramón Jiménez, que ya entonces parecía sacado de un cuadro de El Greco, y me presentaron al formidable Valle-Inclán de barbas de chivo a las tres de la mañana en un café lleno de

corrientes de aire». También paseó una noche por Segovia con Antonio Machado, cuyos poemas trataba de traducir al inglés, recordando de él, sobre todo, su traje desgastado, su sombrero siempre lleno de polvo y su torpe forma de caminar. En otra ocasión pululaba por la Plaza Mayor de Madrid tras celebrar una entrevista con Manuel Azaña cuando se vio en mitad de una feria organizada por el Partido Socialista de la que solo se quedó con el anuncio que exhibía una de las casetas: «Limonada socialista». «Unamuno se moría de risa cuando se lo conté. Con su piel apergaminada y su frente estrecha y abombada cada vez se parecía más a don Quijote (...). Después se puso a tomarme el pelo por mi ignorancia del portugués. Admiraba mucho la literatura portuguesa. Su aprendizaje intelectual se había basado tanto en Camoens, especialmente sus sonetos, como en Cervantes. Esto me sorprendió (...)».

Lo habría raptado para encerrarlo en algún cuarto secreto de su casa y así poder contemplarlo a sus anchas y con el mismo arrobo de Gertrude Stein entre aquellas cuatro paredes de su salón forradas desde el suelo hasta el techo con Picassos, Monets *et alios*. Sí, eso es lo que André Gide habría hecho con Boris Pasternak de haber llevado un frasco de cloroformo en el bolsillo cuando lo conoció en París. Dice en su *Diario*: «Nunca hasta entonces había yo experimentado ante nadie una atracción tan súbita y tan singular», detallando su «hermoso rostro», su mirada, su manera de hablar... «Sentí inmediatamente hacia él una especie de amistad violenta, irresistible, apasionada...». Alberto Moravia fue pasto de aquel mismo hechizo cuando en 1956 (50) viajó a la URSS, siendo una de sus primeras y obligadas paradas la casa de Pasternak (66). Le llamó la atención su delgadez y el encanto que irradiaba, como también su tozudez tratando de chapurrear el francés para no parecer descortés, a pesar del intérprete que acompañaba a Moravia durante todo el viaje. «Le pregunté si iba a escribir algo y me respondió: "Sí, una novela sobre un médico"».

V. ansiaba conocer a V. y Aldous Huxley se ocupó de ello corriendo noviembre de 1934, aprovechando que los tres iban a coincidir en una exposición del fotógrafo Man Ray. De una parte, la admiradora, Victoria Ocampo (43), escritora y editora argentina; de otra, la admirada, Virginia Woolf (52), con toda su obra inmortal ya escrita, entre ella *Un cuarto propio*, la novela que la librera Sylvia Beach había recomendado leer a Victoria, provocándole una lluvia de sensaciones que la tenía desde entonces empapada. El encuentro lo narra Ocampo en sus memorias, al modo de como suelen encontrarse un leopardo y un antílope en la sabana: «Yo la miré con admiración. Ella me miró con curiosidad». Por contra, en el diario de Virginia esas llamaradas se convertían en una sucesión de

soplamocos: «Una rasta sudamericana... ¿Era así como Roger llamaba a esos opulentos millonarios de Buenos Aires? (...) Muy madura y rica; con perlas en las orejas, como si una gran falena hubiera dejado caer cúmulos de huevos (...)». Victoria se tomó la libertad de enviar a Virginia rosas y orquídeas de forma seriada, hasta el punto de que, harta de tanta corola, le pidió que cortara los envíos a riesgo de convertir su casa en una selva tropical, a lo que la editora accedió, pero solo para sustituir las flores por mariposas disecadas, acerca de las cuales Virginia no había dicho nada. Semanas después las dos se llamaban por su nombre de pila y Virginia invitaba a Victoria a su casa para rendirle homenaje con un lenguado cocinado por ella misma. Carta de Virginia a su «amiga íntima» Vita Sackville-West el 19 de diciembre de 1934: «Estoy enamorada de Victoria Okampo (sic)». Pero si Virginia fue el alma femenina de Victoria, la masculina fue el propio Huxley, a quien conoció en Londres en el otoño de 1931, siendo el inglés (37) ya un águila imperial de las letras al que la argentina cuidó desentrañando por él los secretos más recónditos de la cetrería hasta morírsele en el año 1963. Su primer encuentro fue una mezcla de fuerzas centrífuga y centrípeta llevada a sus memorias como uno de sus hitos principales: «Me sentía algo intimidada en compañía de aquel inglés tan famoso ya, tan cortés, tan distante y tan alto. Raras veces tengo yo que mirar hacia arriba cuando hablo con alguien. La belleza física de Huxley persiste —es el caso de Virginia Woolf— porque depende de su estructura ósea... Mirándolo de reojo contemplé aquella fisonomía noble y delicada que jamás olvidaré: nariz ligeramente aquilina, frente despejada, boca amplia, ojos medio ciegos que parecían mirar a otra parte».

ECOGRAFÍA DE DOS GALLOS DE PELEA

Sí, ecografía, porque la radiografía aún debían ganársela a pulso de tanto comportarse como niños por entrar un día en el reino de los cielos.

El primer encuentro entre Virginia Woolf (35) y Katherine Mansfield (29) en febrero de 1917 no fue satisfactorio para ninguna de las dos partes de la contienda. Sí, de la contienda. Eran como dos marionetas apuntándose con dificultad entre tanto bamboleo, solo que los hilos de Virginia los movían los dioses, mientras que los de Katherine, la costurera del barrio. Virginia en su *Diario*: «Ambos [Leonard y ella] podríamos desear que nuestras primeras impresiones de K. M. no fuesen que apesta como una, bueno, una civeta que fue sacada a pasear. En verdad, estoy un poco conmocionada por su ordinariez a primera vista». Carta a su hermana Vanessa el 1 de febrero de 1917: «[Es] vulgar, desagradable y muy poco

escrupulosa». Por su parte, Katherine escribía en su diario: «Los Lobos [Woolves]... son apestosos». Sin embargo, a fuerza de hablar y callar, de escupir y tragar saliva, de encontrarse y desencontrarse y, sobre todo, de trasvasar al alimón sus preferencias literarias, toda esa fricción terminaría generando la llama de la emoción para hacer de la amistad un hogar duradero. Apunte de 12 de julio de 1919 en el diario de Virginia: «Ella me gusta más y más, y creo que hemos logrado cierto tipo de fundación durable». Carta de Katherine a Ottoline Morrell el 3 de julio de 1917: «Me gusta muchísimo... entonces sentí por primera vez la extraña, temblorosa y brillante cualidad de su pensamiento (...)». En noviembre de 1917 Virginia visita a Katherine en su casa de Hampstead y empieza a abrigar la preocupación con las mismas prendas que la admiración. Apunte en su diario del día 9: «Katherine estaba levantada, pero con voz ronca y débil, arrastrándose por la habitación como una anciana. Hasta qué punto está enferma, no se puede decir». Lo enferma que estaba lo supo el 9 de enero de 1923, cuando Katherine se murió a los 34 años como mandaban los cánones de la leyenda: con una fama ya hecha y una edad a medio hacer. Entonces Virginia se quedó sin argumentos para temerla, ni para envidiarla. «Y yo sentía celos de lo que ella escribía: la única escritora de la que me he sentido celosa (...). Tengo la sensación de que pensaré en ella durante toda la vida» (*Diario*).

Sartre, Camus y Beauvoir se propusieron ser magníficos desde su primer encuentro y marcar su territorio con destellos de genialidad tal como los perros marcan el suyo sin tanto prolegómeno intelectual. Sartre (44) y Camus (35) se conocieron en 1949 estando Simone (41) por el medio, tan por el medio que esta les recordaba como «dos perros alrededor de un hueso». Tras tener la seguridad de haberse cruzado el fuego suficiente, Sartre valoró así la contienda: «Soy más inteligente que usted. Más inteligente». Preguntándole Camus a qué venía aquello y qué era lo que tanto parecía preocuparle, Sartre lo miró con aquella mirada suya hecha de un ojo leal a la cuenca y el otro medio desterrado: «¿Ha visto usted mi careto?», le preguntó. Las leyes de la sobrecompensación adleriana tenían, sin duda, un ejemplo indisputable en Jean-Paul Sartre, ocupado hasta el final de sus días en recomponer con el brillo de su intelecto el desaguisado de su físico.

Cuando Arthur Koestler (40) llegó a París en octubre de 1946 le pagó a Sartre con la misma moneda que este había utilizado con Camus: «Es usted mejor novelista que yo, pero como filósofo es peor». Koestler viajaba con su querida, Mamaine, quien, lejos de analizar si su amante tenía o no razón, escribía a su hermana Celia: «No puedes imaginarte hasta qué punto

es atractivo y simpático Camus». Lo cierto es que Mamaine puso tanto empeño en que Celia se imaginara cómo era Camus que terminó por enamorarse de él y él correspondiendo al amor de ella. Diario de Mamaine el 7 de noviembre: «En el metro (...) Camus dice: "No quiero dejarte (...). Solo estoy a gusto a tu lado"». El popurrí de nacionalidades quedaba perfilado así: Mamaine era inglesa, si bien Camus, francés, estaba por entonces liado con Patricia, estadounidense, por mucho que al mismo tiempo estuviera casado con Francine, argelina, de la que tenía dos hijos, Jean y Catherine.

El primer encuentro entre Arthur Miller y Norman Mailer fue más bien encontronazo. Es lo que ocurre cuando en lugar de elegir algo convencional como un teatro o un restaurante se opta por un corral de gallos de pelea, en este caso... ¡la escalera comunitaria de un edificio residencial de Pierpont Street, Brooklyn! Ocurrió tras la exitosa representación de *All My Sons* (*Todos eran mis hijos*), obra teatral escrita por Miller y estrenada en Broadway en enero de 1947. Ambos vivían en un edificio de estructura irresponsable por fuera —hecho básicamente de arenisca— y ambiente sórdido por dentro. Miller oye una fuerte discusión en la escalera y sale a ver qué ocurre, encontrándose con «un joven de baja estatura —cuenta en sus memorias— y vestido de soldado con una hermosa muchacha que vivía en el piso de arriba. Callaron al verme, supuse que todo estaba bajo control y volví a entrar en casa. Más tarde, el joven, ya sin uniforme, me abordó en la calle y me dijo que era escritor. Añadió que se apellidaba Mailer. Acababa de ver mi obra. "Yo podría escribir una obra igual", me dijo. Fue una afirmación tan cretina que me eché a reír, pero hablaba totalmente en serio. (...) En cualquier caso, aunque vivimos durante años en el mismo vecindario, coincidimos muy poco».

En los tebeos y en las películas la imaginación del guionista es de bajo rendimiento cuando de relaciones de vecindad se trata: el vecino de arriba baja a pedir algo de sal para una sopa, el de abajo sube para pedir al de arriba que baje el volumen del televisor y todo así, escenas que no pasarán ni siquiera a la historia de un acta comunitaria. Lo de Ezra y Ernest fue algo distinto. Llevaban sus relaciones con deportividad. Literalmente hablando. Y es que hubo una época en la que los Hemingway —me pierdo un poco con el matrimonio por el que iba Ernest...— alquilaron en París un apartamento justo debajo de los Pound. Pound dominaba el arte de la esgrima desde sus tiempos universitarios, mientras que Hemingway iba de sobrado con el boxeo, de manera que intercambiaron sus sobras y cada uno se convirtió en profesor del otro sin posibilidad de abandono, por las batallas que hubiera que librar en las juntas extraordinarias. Cuando

practicaban esgrima Ezra no dudaba en tocar el corazón de Ernest, mientras que cuando boxeaban Ernst trataba de no romperle a Ezra la nariz, atenciones estas que irritaban no poco al poeta. Dorothy, su esposa, recordaba una de las frases preferidas de su marido sobre el cuadrilátero: «¡Me tratas como si fuera una porcelana de Dresde!». Pero los amigos no se miden por el número de escalones que han de subir o bajar por una escalera comunitaria, sino por el número de kilómetros que, apostados en tierra, mar o aire, han de hacer para cumplir como Dios manda al menos un par de bienaventuranzas, y lo cierto es que, cuando Pound fue recluido tras la Segunda Guerra Mundial durante doce años en el Hospital de Santa Isabel por orden del Gobierno de Estados Unidos, Hemingway nunca lo visitó. Se defendió inventándose una novena bienaventuranza, como es la necesidad de no molestar a todo escritor para no turbar su inspiración. Hem —como Pound y muchos más lo llamaban— compensó a Pound con un dólar cada día que dejó de visitarlo y, tras su excarcelación, le regaló un cheque de 1.500 dólares que este no se apuró a cobrar, sino a enmarcarlo protegido con un plástico, quedando para siempre de recuerdo.

Pero Hemingway no solo se limitó a soltar pasta; cuando en 1954 le otorgaron el Nobel de Literatura declaró que mejor hubieran pensado en el preso de Santa Isabel, proclamando públicamente la necesidad de liberarlo, lo que no ocurrió hasta mayo de 1958. Este bonito gesto lo congració con Juan Ramón Jiménez, quien sí se preocupaba de visitar a Pound cuando podía y al que Hemingway tenía de morros desde que publicara *Por quién doblan las campanas*, libro que, a su decir, no reflejaba con justicia la realidad de la vida española.

EL MARCHAMO DE LA NATURALIDAD

1902. James Joyce tiene 20 años; William Butler Yeats, 37. El segundo ya era muy conocido, mientras que el primero ya era ofensivamente descarado. Joyce se topó con Yeats por las calles de Dublín y lo abordó para presentarse y poner en sus manos unos poemas en prosa recién escritos, que Yeats leyó junto al autor en la calidez de un restaurante. Tras concluir la lectura, Yeats los elogió sin reparos, a lo que Joyce, lejos de agradecerlo, le espetó el pito que le importaba su juicio clínico, que dijo no valorar más allá del que pudiera darle cualquier transeúnte, tras lo cual afirmó lamentar su debilidad por dejarle leer algo tan personal. Dicho esto Joyce se calló, pero solo para coger aliento, ya que a continuación censuró a Yeats su postura ante la sociedad irlandesa. «[Me preguntó] por qué me había comprometido con la política, con el folklore, con el marco histórico

de los acontecimientos y todo lo demás...», anotaba Yeats el mismo día del encuentro, profundamente desconcertado. Joyce zanjó la afrenta levantándose y marchándose malhumorado, no sin antes preguntar a Yeats por su edad: «Treinta y siete». Entonces Joyce meneó la cabeza, como dando con la clave de aquel entuerto: «Me lo imaginaba —le dijo—. Lo he conocido demasiado tarde. Es usted demasiado viejo». En realidad ninguno de los dos llegó a viejo. Se fueron mucho antes de abanderar la ancianidad, Yeats antes que Joyce, sin poder ya escuchar lo que Joyce dijo de él una vez muerto: «Era mejor escritor que yo».

Truman Capote adoraba a Isak Dinesen. Consideraba su *Out of Africa* (*Memorias de África*) una de las novelas más brillantes del siglo XX. Cuando se conocieron, ella ya no era condesa, arrastraba unos 70 años y estaba más delgada que nunca. La confesión que más le dolió escuchar a Capote fue que si seguía viva durante los dos últimos años era por la esperanza de recibir el Nobel. «Esto me dejó hecho polvo», escribió rememorando aquel encuentro y presumiendo que la piel de la anciana se iba a poder erizar por muchas cosas, pero ya no por el frío de Estocolmo.

Melifluo y licuefacto Capote... Más que estrechar la mano, la derramaba. Gore Vidal (20) y él (21) se conocieron en el apartamento de Anaïs Nin (41) en diciembre de 1945. Cuando sonó el timbre y la anfitriona abrió la puerta «vi a un joven bajito y menudo —cuenta Gore en *Una memoria*— con el pelo caído sobre los ojos y tendiéndome la mano más suave y cartilaginosa que jamás haya estrechado». A partir de aquel momento los dos escritores se hicieron inseparables. Ambos eran jóvenes, ambiciosos y soñaban con arribar al Olimpo literario estadounidense más prontísimo que pronto. Vidal aspiraba a convertirse en el Somerset Maugham estadounidense, hacer mucho dinero con sus libros y comprarse una casa en la Riviera, como Somerset. Frecuentemente le decía a Capote: «La cuestión está en la longevidad. Si vives lo bastante todo termina poniéndose de tu parte». Pero también todo termina sometido a la flacidez, sobre todo la amistad entre dos gallos de pelea de tanto llamarse gallinas entre ellos. Las primeras vías de agua surgieron a principios de 1948 en el apartamento de Tennessee Williams, y hasta que las fuerzas los acompañaron cada cual usó el nombre del otro a modo de felpudo, para dejar allí embarrado lo peor de sus conciencias. Por cierto, también Anaïs Nin tuvo una experiencia cuántica con la mano de Capote en una fiesta que la escritora dio en su casa, corriendo diciembre de 1945. Cuando abrió la puerta se topó con un chico pequeñito «con los pelos caídos entre los ojos, que me dio la mano más suave y menos huesuda que me hayan dado jamás —contaba en su *Diario*—. Era como la de un bebé escondida en la mía».

Volvieron a coincidir en otras fiestas, pero nunca llegaron a cruzar palabra.

A veces la clave, o mejor dicho, la abrazadera inmediata, estaba en las palabras de presentación. Eran garantía de éxito, aunque uno no podía estar muy seguro de si se pasaba de frenada para caer de lleno en la frenopatía. Friedrich Nietzsche lo apostó todo a una carta —la astral— cuando lo primero que soltó a Lou Andreas-Salomé fue desde qué estrella se habían caído para encontrarse abajo uno junto al otro. En el mismo paralelo celeste se situó Bertolt Brecht cuando queriendo impresionar a la que sería su compañera por el resto de sus días señaló con el dedo a Ruth Berlau una uve doble de estrellas, explicándole que eran las cinco estrellas que formaban la constelación de Casiopea, el lugar donde los ojos de uno y otro se posarían siempre que estuvieran lejos y quisieran encontrarse.

Gabriel García Márquez no trató de enamorar a Álvaro Mutis cuando lo conoció en Cartagena de Indias hacia octubre de 1949. Arreciaba una tormenta huracanada cuando Gabo (22) apareció en el periódico *El Universal* y, teniendo delante a Mutis (25), le soltó: «¡Ajá! ¿Qué es la vaina?». Es decir, ¿de qué va esto de la vida? Lo que Gabo proponía a Mutis era descerrajar una puerta llena de candados. Bebieron mucho licor y hablaron mucho durante mucho tiempo, de Faulkner (52) entre otras cosas, entre admirados y preocupados. Mutis sostenía que sus novelas estaban sobrevaloradas; sin embargo, Gabo hincaba la rodilla en el suelo y le juraba fidelidad literaria. Esto fue treinta años antes de que la artrosis de sus ideales antiguos lo llevara a ponerse en pie y, llamando a Mutis por teléfono desde México, le reconociera: «Maestro, tenía usted razón: ¡Faulkner no es tan bueno!».

A Gabo (29) le habría gustado saber de qué rodilla cojeaba su admiradísimo Hemingway (55), pero perdió su oportunidad cuando se lo topó por París en la primavera de 1956, mientras el estadounidense paseaba con su segunda o tercera esposa por el Boulevard Saint-Michel. Su plural timidez le impidió algo tan singular como cruzar de acera y presentarse a su ídolo, de manera que a lo más que llegó fue a poner las manos en torno a la boca a modo de bocina y gritarle: «¡Maeeeestro!». Hemingway se volvió y, alzando la mano sin saber de qué cuadrilla provenía el llamado torero, contestó: «¡Adiós, amigo!».

Tennessee Williams no se anduvo con tantos remilgos y le entró directo en el club Floridita, en La Habana. Los temas principales fueron los toros y la revolución cubana. Lo demás no parecía tan importante y podía esperar. Al final, Hemingway garabateó unas líneas en un papel y se lo entregó a su visita. Era una carta de recomendación a Dios, cuyo representante en la tierra, al menos en aquella, era Fidel Castro. Por

entonces Hem ya era muy célebre; Tennessee no tanto, aunque sí lo suficiente como para llevarse una mayúscula sorpresa cuando, carta en mano, se dirigió al palacio presidencial y, tras el anuncio de su nombre una vez transcurridas tres horas de espera, fue recibido así por Fidel: «¡Ah! ¡El de la gata!». «Nunca se me hubiera ocurrido que pudiera conocer una obra mía», recogía Tennessee en sus memorias años después.

Hemingway (45) recibió con los brazos abiertos a J. D. Salinger (25) —Jerry para los amigos y familiares— cuando se conocieron en París en septiembre de 1944, siendo Hem corresponsal de guerra para *Collier's* y solo tres meses después de que Salinger participara en el desembarco de Normandía luchando contra los alemanes en la batalla de Cherburgo, cuya vida salvó por los puntos suspensivos. Hem sabía de Salinger por una foto aparecida en *Esquire*, y Salinger de Hem porque ya había domado el potro de la literatura con novelas como *Fiesta*, *Adiós a las armas* y *Por quién doblan las campanas*. La conversación fue fluida y Salinger agradeció no haber sido sometido a un tercer grado en materia literaria, concluyendo con alivio que Hem no era tan «macho» como se lo habían pintado. «Un buen tipo de verdad», le catalogó en una carta a su editor, Whit Burnett. Como Hem vivía de un sitio para otro y Salinger lo hacía recluido, la única amistad entre ambos no pasó de un intercambio epistolar. En sus cartas Salinger, como tantos otros muy cercanos, lo empezó a llamar «papá», sobrenombre con que, al parecer, lo bautizó Marlene Dietrich. Ingrid Bergman, que protagonizó la versión cinematográfica de *For Whom the Bell Tolls* (*Por quién doblan las campanas*) fue más allá y afirmó que Hemingway era más que un hombre: una forma de vida.

PEREZA, INDIFERENCIA E INDOLENCIA: UN TRISTE *MÉNAGE À TROIS*

Pero no siempre la colisión inicial de dos fuerzas brutas de la literatura actuaba como los protones al chocar en el gran colisionador de hadrones del CERN. Había ocasiones en las cuales el destino los colocaba como a una ameba frente a otra esperando a que con el paso de los años la célula de cada cual se sincronizase con la otra.

El primer encuentro entre Goethe y Schiller fue una especie de haba contada que ninguno de ellos se molestó en cocinar. Habiendo abandonado Goethe su feudo de Weimar tras once años de liderazgo literario para ver cómo andaban las cosas por Italia, suplió su ausencia un joven Schiller que recalaba allí un 21 de julio de 1787 contando con 27 años de edad. Así es como a Weimar le surgió una perla en la ostra, pero a Goethe (38) una

piedra en el zapato, pedrusco más bien si tenemos en cuenta que este conocía y deploraba las piezas teatrales del otro. A su regreso de Italia en 1788 amigos comunes se embarcaron en un celestinaje de bajo perfil programando un encuentro entre ambos que resultó un soberano fracaso. «Su mundo no es el mío, no nos interesamos por las mismas cosas, nunca nos aproximaremos», escribía Schiller horas después a su amigo el jurista C. G. Körner. Habría que esperar nada menos que al año 1794 para verlos coincidir una tarde de mayo a la salida de una conferencia en la Sociedad de Historia Natural e intercambiar opiniones sobre lo allí discutido. Así fue como los platos rotos fueron sustituidos por una vajilla nueva cuyo uso se prolongó hasta altas horas de la vida, cuando el primero de los dos abandonó el mundo sin pagar la cuenta. Aquella tarde Goethe acompañó a Schiller a su casa y este le propuso una colaboración literaria en su revista, *Las Horas*, oferta que Goethe aceptó y devolvió con un ejemplar de su recientemente publicado *Wilhelm Meister*, libro que Schiller diseccionó críticamente en una carta de seis folios que causó deslumbramiento a su autor.

Diecisiete años después de la muerte de su amigo, Goethe seguía sin curar los remordimientos por todo el tiempo perdido. Testigo de ello fue su amigo Joseph Sebastian Grüner quien haciendo con él un viaje en el año 1822 lo vio un día llorar sobre un libro que tenía entre las manos. Su título: *Historia de la guerra de los Treinta Años*. Autor: Friedrich Schiller. Preguntándole Grüner qué año en concreto de aquellos treinta le ponía tan triste respondió: «Solo lamento que un malentendido me mantuviera alejado durante tanto tiempo de un hombre capaz de escribir cosas semejantes. Schiller vivía a tres casas de distancia de la mía y nunca nos vimos hasta que yo regresé de Italia, cuando mis impulsos me llevaban a otra dirección y no podía soportar sus historias de bandidos» (diario de Grüner, 24 de agosto de 1822).

No sintió por dentro Gustave Flaubert la marejada oceánica que se esperaba cuando conoció a su admirado Victor Hugo en el estudio del escultor James Pradier. Esto es lo que, *ex post*, escribió a su hermana: «Qué quieres que te diga. Es un hombre igual que cualquier otro, de cara bastante fea y de apariencia exterior bastante común (...). Pero él es quien más ha hecho latir mi corazón desde que nací».

En 1847 Charles Dickens visitó París junto con su amigo y biógrafo John Forster, viaje que aprovechó para conocer a los Dumas, a Gautier, a Lamartine, a Chateaubriand y a Victor Hugo, siendo este, de todos ellos, «el que mejor me ha caído», escribía por carta tras visitarlo en su casa, donde lo que más le había llamado la atención era lo «muy ligera de ropa

de cintura para arriba» con que le había recibido su hija. En fin, lo que hoy llamaríamos una «descocada». Regresó a París en octubre de 1855 (43), y esta vez la soprano Pauline Viardot (23) organizó una cena en su casa para que George Sand (51) y él se conocieran, si bien tal como se conocieron se desconocieron al instante, sin generación de otra química ni otro pH que el de la bilis. El 20 de enero de 1856 Dickens la describía en una carta a J. Forster como «regordeta, con aspecto de matrona (...) sin el menor atisbo de intelectualidad, salvo una discreta y concluyente manera de hacer que todas tus opiniones coincidan con las suyas». No parecía que los años le hubieran pasado factura a Sand, teniendo en cuenta que veinte años antes la factura era la misma, solo que proforma. Véase la impresión que se llevó Balzac cuando la conoció en Nohant el 24 de febrero de 1837, trasladada por carta a su, por entonces, amante Ewelina Hanska, tal como si no viniera de ver a una escritora en sus dominios, sino a la mujer barbuda en un circo ambulante: «En fin, es un hombre, y tanto más hombre cuanto que quiere serlo, que ha salido de su papel de mujer y que no es mujer. La mujer atrae, y ella repele, y como yo soy muy hombre si a mí me produce ese efecto debe de producirlo también sobre los hombres que son similares a mí». Frédéric Chopin no andaba muy desencaminado en su juicio estético sobre quien, contra todo pronóstico, sería más adelante su amante y, al final, una amiga echada a perder: «¡Qué antipática mujer esa Sand! ¿Es verdaderamente una mujer? Estoy dispuesto a dudarlo...».

Corría noviembre de 1856 cuando el escritor Amos Bronson Alcott —padre de la novelista Louisa May Alcott, autora de *Mujercitas*— y Henri David Thoreau (39) se vieron en Nueva York, una ciudad en la que, por entonces, poco había que visitar como no fuera la casa de algún empoderado literario, por ejemplo Walt Whitman (35), cuyas *Leaves of Grass* (*Hojas de hierba*) crecían a ritmo primaveral desde que el poemario fuera publicado un año antes. En realidad, Bronson Alcott se moría de ganas por hacer las presentaciones, así que se plantó con Thoreau en su casa sin previo aviso. Les abrió la puerta la madre, quien lamentó la ausencia de su hijo, si bien los invitó a volver al día siguiente, ya que el holgazán de Walt no tenía otra cosa que hacer en la vida más que «comer, beber, escribir y dormir», les dijo. Haciendo caso a la mujer, el dúo giró nueva visita, pero de las de trescientos sesenta grados, por lo pronto que se marcharon, ya que los recién conocidos apenas supieron qué decirse, de lo muy distantes que estaban en gustos, creencias y planteamientos literarios. Entre otros rompecabezas, Thoreau no sabía cómo encajar en su lógica naturalista aquella obsesión de Whitman por recorrer el distrito de Broadway a todas horas «sentado junto al chófer del ómnibus recitando a

Homero a voz en cuello» (carta de 19 de noviembre de 1856). La visita concluyó con un intercambio de presentes: Thoreau regaló a Whitman su tiempo y Whitman a Thoreau un ejemplar de la segunda edición de *Hojas de hierba*, obra de la que gustó Thoreau hasta el punto de pasearse a todas horas con ella bajo el brazo «como una bandera roja, desafiante», según se chivó Ralph Waldo Emerson a Walt Whitman poco después.

Perlen entrollen (*Ruedan perlas*). Es el título de un poema de Rainer Maria Rilke, y también lo que les ocurrió a Henry James y Robert Louis Stevenson cuando se conocieron. La primera perla que James soltó fue para tildar a Stevenson de «bohemio postizo», mientras que Stevenson le devolvió el lanzamiento catalogando a James de «coloso insípido». Aunque parezca mentira, llegaron a hacerse buenos amigos, como Zurga y Nadir en *Los pescadores de perlas*, la ópera de Bizet. Carta de Stevenson a James: «A mi mujer y a mí nos encantará recibirlo y ofrecerle lo que podamos para comer y beber —tengo una botella de aceptable clarete—». Cuando en 1887 el matrimonio Stevenson abandonó definitivamente Europa rumbo a los mares del Sur James les regaló una caja con botellas de champán, y cuando siete años después supo de la muerte de Stevenson escribió a Fanny Sitwell, amiga del fallecido: «No es verdad, no es verdad, dime que no es verdad».

Contra todas las apariencias, el primer encuentro entre Rimbaud y Verlaine fue de todo menos apoteósico. El uso de algún adjetivo bravío se hacía imposible a causa del extravagante carácter del primero y la falta de carácter del segundo. Invitado por Verlaine a París para conocerlo y quedarse a vivir en su casa, Rimbaud se pasó la primera cena contestando a todo con monosílabos: sí, no, bien, mal, ya, ¡ah!, hum, ¡puf!... El anfitrión solo logró arrancarle una frase de cierta extensión cuando apareció por la salita el perro de la casa, que se llamaba Gastineau. «Los perros son liberales», sentenció Rimbaud, sin explicación añadida.

Se paseaba Hans Christian Andersen (40) por las calles de Berlín en el año 1845 cuando consideró obligado llamar a la puerta de los hermanos Grimm (59 y 60) para presentarles sus respetos literarios, lo que hizo en primera instancia ante un ama de llaves que, acostumbrada a las preguntas sobre los hermanos como si fueran uno solo, quiso saber a cuál de los dos le tenía que anunciar, a lo que Andersen contestó que al que más horas le echara en escribir. La mujer no se lo pensó dos veces: «El señor Jacob es el más sabio», le aclaró, y lo fue a buscar. El problema de los Grimm es que, citados en conjunto, sonaban a celebridad, pero, por separado, tenían resonancias frailunas. Cuando el hermano Grimm llegó a la puerta preguntó con quién tenía el gusto de hablar, pregunta para la que el visitante ya venía

convenientemente preparado y mentalizado, teniendo como tenía publicados para entonces los suficientes cuentos como para merecer el reconocimiento del mundo occidental, por lo que anunció con pompa: «Con Andersen». La respuesta del hermano Grimm dejó un tanto descolocado al visitante, tal como este reveló en su autobiografía *El cuento de mi vida*: «La verdad, no creo haber oído nunca el nombre de usted. ¿Qué obras ha escrito?». Seguro de poder competir contra *Hansel y Gretel*, *La Cenicienta*, *Blancanieves*, *Caperucita Roja* o *Rapunzel*, el humillado Andersen colocó junto a aquellos sus cromos: *La princesa y el guisante*, *Pulgarcita*, *La sirenita*, *El traje nuevo del emperador*, *El soldadito de plomo* y *El patito feo*, si bien con cada título el otro iba negando con la cabeza para terminar pidiéndole que se dejara de cuentos y lo intentara con obras de otro género, a lo que Andersen probó a golpear la rodilla del hermano Grimm con sus novelas y piezas de teatro para ver si sus reflejos despertaban, sin conseguirlo, por lo que Jacob solicitó el auxilio de su hermano Wilhelm, que también andaba por la casa, a lo que Andersen le espetó que lo mejor era dejarlo para otro día, despidiéndose desairado.

Un tiempo después, Jacob Grimm visitó Copenhague y de las primeras obligaciones que se impuso fue la de reparar un error histórico, preguntando por doquier dónde quedaba la casa del señor Hans Christian Andersen, con nombre y apellidos. «Ahora ya sé quién es Andersen», le confirmó dolido cuando le estrechó la mano junto a la puerta. Fue el comienzo de una amistad duradera; de hecho, en *El cuento de mi vida* se refirió Andersen a Jacob Grimm como una de las personalidades más simpáticas con las que se había topado.

James Joyce (40) y Marcel Proust (50) se conocieron en una fiesta celebrada el 18 de mayo de 1922 en el Hotel Ritz en honor de Serguéi Diáguilev e Igor Stravinski. Cuando el francés apareció envuelto en un abrigo de piel, Joyce comentó que era idéntico al protagonista de *Las aflicciones de Satanás*, novela de Marie Corelli publicada en 1895. Ya más relajado, una vez Proust se hubo desprendido del atavío, la conversación entre ellos fue tan fluida como el río Ganges en su recodo más atascado de balsas, saris y cadáveres. Hay versiones para todos los gustos. Una de ellas —la del artista Arthur Power— refiere que el francés preguntó al irlandés si le gustaban las trufas y el irlandés contestó que sí. Por su parte, el escritor suizo Jacques Mercanton resaltó la queja de Joyce porque Proust «solo hablaba de duquesas, mientras que yo estaba más preocupado por las doncellas de estas». No podemos pasar por alto la versión del pintor inglés Frank Bundgen, depositario de las palabras que el propio Joyce le trasladó y que incluyó en su libro de recuerdos *Further Recollections of James*

Joyce (1956). Según Joyce, Proust le había preguntado si conocía a tal y cual duque, a lo que Joyce manifestó que no, respuesta de la que Proust se vengó cuando la anfitriona de la fiesta, Mrs. Violet Schiff, le preguntó si había leído el *Ulises*, publicado tres meses antes, a lo que Proust respondió con el mismo monosílabo. Del *Proust-escritor* Joyce libraba con holgura todos y cada uno de los pecados capitales, pero del *Proust-como-criatura-parida-de-madre* ya lo envidiaba prácticamente todo, en especial su comodidad material: «Proust puede escribir —se lamentaba Joyce desde el cubil parisino en el que vivía con su familia—; tiene una casa cómoda en L'Etoile, con suelo de corcho y corcho en las paredes para que no haya ruido. Yo, mientras, tengo que escribir en este sitio, con la gente que entra y sale. Me pregunto cómo puedo terminar *Ulises*». Aclaremos que terminado y publicado ya lo estaba, si bien se afanaba en la corrección del texto para su mejora de cara a sucesivas ediciones.

Verano de 1916. Bertrand Russell trata de resolver la hipotermia que sufre desde su inicio el informe matrimonio que forman T. S. Eliot y Vivienne Haigh-Wood, amigos de él por igual, y para ello trata de distraer al poeta introduciéndolo en los círculos literarios londinenses presentándole personalidades como el matrimonio Woolf, la aristócrata y mecenas Ottoline Morrell o Aldous Huxley. ¿Inconveniente? Los modales algo tabernarios y a veces altivos de Eliot (27). Prueba de ello es cómo Huxley (22) lo caracterizó en carta a su hermano Julian tras conocerlo en diciembre de ese año: «No es sino un norteamericano europeizado, abrumadoramente culto, que habla de literatura francesa de la manera más seca imaginable». Tampoco parece que Virginia Woolf (43) haya cruzado océanos de tiempo hasta llegar a él... Apunte de su *Diario* por esas fechas: «¡Oh, no! Eliot otra vez al teléfono!». Ezra Pound, atado a la obra de Eliot como un buey a una rueda de molino, supo por todo aquel humo dónde estaba el fuego y, aprovechando que estaba en París, vio en todos ellos «una partida de hijos de puta», rogando al pintor y escritor inglés Wyndham Lewis que sacara a Eliot cuanto antes de aquella jaula de grillos en que se habían convertido los círculos literarios de Inglaterra. Eliot tragó saliva a la par que bilis y, sopesando sabores, decidió quedarse.

Yukio Mishima (32) y Truman Capote (32) se conocieron en Tokio corriendo enero de 1957. Nada del otro mundo: una cena, locales de alterne, charla intrascendente y fin de la historia. Llegado el verano fue Mishima quien devolvió la visita a Capote en Nueva York y ahí los diálogos ya subieron de tono. «Me dijo que quería chupar una gran polla blanca —escribió Capote—. (No sé por qué la gente siempre cree que puedo colocarla. No estoy en el negocio, aunque conozco a mucha gente).

Llamé por teléfono a un amigo mío y salió con Mishima, pero Mishima ni siquiera me llamó para darme las gracias, y además se fue sin pagarle al muchacho». Siguiendo ese hilo conductor, el poeta Allen Ginsberg contaba a Gore Vidal cómo «solía chupársela de vez en cuando» a su admirado amigo Jack Kerouac. «A Jack le gustaba tener compañía en la cama —desvelaba Ginsberg—, pero no le gustaba tanto el sexo con los hombres. Me la chupó una vez para ver qué se sentía. No le gustó».

Pero dejemos de lado lo psicotrópico y ahora vayamos a lo psicodélico, con Mishima de nuevo. Tennessee Williams le hizo en Nueva York una recepción antológica, reclutando un batallón de geishas y un centenar de travestis vestidos de geishas por si las auténticas no eran de su timbre. Hasta el mismo Tennessee se disfrazó de geisha, por guardar las apariencias. Truman Capote, que estuvo allí —¡cómo no!—, aseguró haber asistido a la fiesta más extraordinaria nunca antes vista: «Era el primer contacto de Mishima con el mundo occidental y comentó: “No pienso volver nunca más al Japón”». El segundo encuentro entre Mishima y Tennessee se produjo en 1970, esta vez sin geishas por el medio, pero sí con buitres por los flancos, y es que mientras uno ya planeaba por entonces quitarse la vida, el otro remaba por pegarse a ella viajando hacia Bangkok para operarse de un tumor en el pecho por el cirujano del rey de Tailandia. Tennessee aprovechó una escala de su barco en Yokohama para visitar a su *alter ego* japonés y para ello se convino una cena en el hotel donde se alojó esa noche. «Algo me dice —contaba Tennessee en sus *Memorias*— que en ese momento [Mishima] tenía decidido ya el harakiri que puso fin a su vida uno o dos meses más tarde, mientras yo me encontraba aún en Bangkok. La tensión y la gravedad que observé en su talante cuando entró en el bar del hotel me hace pensar que tenía ya resuelto aquel acto (...). Me conmovió el que su mayor preocupación fuese mi consumo de alcohol (...). Al día siguiente me telefoneó para recomendarme que vigilase la bebida».

Con parecida preocupación se quedó Albert Camus (35) tras el encuentro que mantuvo con José Bergamín (53) en Río de Janeiro con motivo de unas conferencias que el francés impartía por Chile y Brasil en agosto de 1949. La anotación de Camus en su diario lo dice todo: «Bergamín: mi tentación más profunda es el suicidio. Y el suicidio espectacular».

Cuando Henry Miller (49) conoció a John Steinbeck (39) no supo si colocarlo entre las coliflores del huerto o entre las manzanas de la pomarada. En resumen: no lo tenía suficientemente catado. Así es como trasladaba su desconcierto a su amiga y confesora Anaïs Nin en una carta de 24 de junio de 1941: «Steinbeck mismo no sé si me agrada; en cierto

sentido se parece a [Blaise] Cendrars: susceptible, etc. Una mole enorme que te hace pensar en un pescador mar adentro y que se esfuerza al máximo para lograr que todo sea agradable para los huéspedes».

James Joyce y Gertrude Stein se conocieron en una fiesta organizada por Sylvia Beach. Cuando estuvieron frente a frente fue como si estuvieran viendo una corrida de toros apoyados de codos en el burladero y jugueteando con un palillo en la boca a la espera de la muerte del quinto para irse a casa. Gertrude a Joyce: «Después de tantos años». Joyce a Gertrude: «Sí, y nuestros nombres siempre vinculados». Gertrud a Joyce: «Vivimos en el mismo *arrondissement*». Y ahí se acabó la cosa porque Joyce ya no supo qué decir.

Para Paul Bowles Tánger era un paraíso terrenal dotado de todos los servicios y suministros necesarios, que eran los espirituales. Allí se instaló junto a su mujer en el año 1947 y allí recibió a amigos y camaradas hasta morir en brazos de la ciudad —y con ello una parte de Tánger en los brazos del escritor— un 18 de noviembre de 1999, a los 88 años. Cuando, completamente drogado, William Burroughs (40) recaló en la ciudad en 1954 solo fue para molestar, al menos a Paul Bowles (43), con el cual la conexión fue prácticamente nula. «La única vez que vi a Paul Bowles no se mostró muy cordial. Desde entonces no ha hecho nada para entablar relaciones. Quizás se figura que el trato con un drogadicto notorio puede causarle problemas. Y como Tennessee Williams, Capote, etc., son amigos de Bowles no puedo verlos, naturalmente, cuando pasan por aquí». Dos años después Burroughs escribía a su amigo Allen Ginsberg: «Tánger es la ciudad de mis sueños», lamentando tan solo que por allí ya se lo conociera por un seudónimo posiblemente ganado a pulso: «Apaleador de maricas».

5

EBRIEDADES A FONDO PERDIDO

Corría el año 1781 y a sus 20 años Friedrich Schiller era un cirujano de tercera destinado en Stuttgart a un regimiento militar de tercera con un sueldo de tercera que apenas le daba para comer, aunque sí, por suerte, para beber, lo que empezó a hacer por pura desesperación en una taberna llamada Los bueyes, donde siempre tenía a sus amigotes a tiro de vaso. Él quedaba con ellos. Unas veces llegaban; otras no. En estos casos, Schiller les dejaba sobre la mesa amables notas como esta: «Menudos elementos que sois. He estado aquí y ni rastro de Petersen ni de Reichenbach. ¡Hostia mil veces! ¡Id todos al diablo! Estoy en casa si me queréis buscar. Adiós, Schiller». Se notaba que el hombre andaba con los nervios a flor de piel y la piel era la de un cardo borriquero. Si a ello sumamos que acababa de terminar su primera obra literaria, *Die Räuber* (*Los bandidos*), y estaba buscando editor ya hallamos la incógnita de la ecuación, en la que aún no se incluía la fama que iba a alcanzar solo unos meses después, cuando en enero de 1782 se estrenara la obra en el Teatro Nacional de Mannheim. A Schiller no le gustaba poner puertas al campo. Molestaban. Y ya no digamos las de casa. Cuando llegaba de noche al mísero cuchitril donde vivía solía abrir la suya de una patada cuando no encontraba la llave. También solía llevar alguna manzana podrida en el bolsillo de la chaqueta cuando escribía. Decía que estimulaba su inspiración. Así empezó a forjarse la leyenda.

Edgar Allan Poe vino al mundo básicamente con dos objetivos: escribir y beber, dos aficiones que, consumidas ambas en elevadas dosis, generaban consecuencias muy diferentes. Corría el 16 de octubre de 1845 (36) cuando fue invitado por el Lyceum de Boston para dar lectura pública a algún poema inédito. Como para entonces ya estaba tan enrolado con el alcohol como con sus relatos en prosa fue incapaz de escribir algo nuevo, de manera que trucó su poema *Al Aaraaf* cambiándole el título y dio al público gato por liebre, solo que, demasiado conocido como era Poe para entonces, el auditorio detectó la farsa y montó en cólera, al igual que la prensa de Boston al día siguiente.

Un año después un periodista le enviaba un cuestionario que Poe respondió a su albur y en completa desconexión con lo que se le preguntaba: «Hace seis años una mujer a la que amaba como nunca ha amado un hombre se rompió, cantando, un vaso sanguíneo. Su vida se vio en una situación desesperada. Le dediqué un adiós para siempre y padecí toda la agonía de su muerte. Ella se recuperó parcialmente y de nuevo concebí esperanzas. A finales de año el vaso volvió a romperse. Volví a vivir exactamente la misma escena. Más tarde, al siguiente año, sucedió de nuevo. Y una vez más, y otra, a intervalos variados. Y cada vez vivía todas las agonías de su muerte, y a cada retorno de su enfermedad la amaba todavía más y me aferraba a su vida con tenacidad cada vez más desesperada». En realidad, la encuesta iba de en qué momento había surgido su afición por el alcohol, así que Poe solo trataba de disfrazar una adicción proscrita con otra prescrita por Dios desde el altar. Los vasos de Virginia ya no volvieron a romperse nunca más el 30 de enero de 1847.

Para Scott Fitzgerald la bebida no fue su perdición, sino la oportunidad para encontrarse a sí mismo cuando una excesiva sobriedad lo despersonalizaba colocándolo a la triste altura del común de los mortales. En tales casos refutaba la teoría de Darwin de que el hombre venía del mono para defender que, de vez en cuando, también venía del ganso, encarnando él como nadie ese hibridismo zoológico. Cuando el nivel de alcohol rebasaba su línea de flotación gustaba de extravagancias tales como «levantarse de la mesa, bajarse los pantalones y mostrar la polla» (Joseph Hergesheimer) o «meter su automóvil en el edificio de un banco» (H. L. Mencken). A fin de cuentas, la vida en sociedad no era sino una sucesión de pantomimas y la clave estaba en repetirse lo menos posible, aunque eso sí: siempre con la misma compañera.

Ernest Hemingway decía de su amigo Scott que cuando lo conoció «era muy guapo», si bien, a medida que bebía, su rostro «cambiaba un poco», hasta que al final «la piel se le apergaminaba y la suya parecía la cabeza de un muerto». A lo anterior y para compensar añadió que «podía ser puñeteramente encantador cuando estaba sobrio». En el verano de 1931 su esposa Zelda fue internada en la clínica del doctor Forel, en Valmont, cerca de Montreaux, con el objeto de controlar su cuadro de esquizofrenia. El doctor fue muy claro con Scott en una carta, llamando pan al pan y vino al vino, ahora más que nunca, ya que la eventual curación de su mujer solo podría venir de un abandono total del alcohol por ambos, incluyendo el manjar de Baco. Fitzgerald no podía creer lo que estaba leyendo. ¿Dejar de beber? ¿Aquel médico estaba de broma? No sabiendo abordar la cuadratura de semejante círculo, se negó en redondo, y así se lo hizo saber al galeno a

vuelta de correo: «Acepto dejar de beber por completo durante seis meses y ver qué pasa, incluso prolongar el experimento si tiene éxito; solo un cerdo se negaría a eso. Me comprometo a renunciar para siempre a las bebidas fuertes. Pero no puedo prescindir del vino de forma permanente. Mi visión del mundo en su aspecto más brillante es tal que la vida sin el consumo de sus cosas agradables me resulta imposible (...). Medio litro de vino al acabar la jornada es uno de los derechos del hombre (...). Descubrí que una cantidad moderada de vino me transformaba literalmente (...). Esperaba con placer la cena, en lugar de mirarla sin apetito, y la vida ya no se me antojaba una pirueta sin alegría con la que tenía que entretener a una mujer cuyos gustos diferían cada vez más de los míos (...). El vino se convirtió para mí en una necesidad; me ayudaba a soportar sus largos monólogos sobre los pasos de danza, monólogos que se alternaban con una mirada al vacío al menor intento de conversación civilizada (...). Todos mis valores humanos desaparecerían si me condenase para toda la vida a un ascetismo para el que no soy apto ni por costumbre, ni por temperamento, ni por las circunstancias de mi oficio».

Sea como fuere, en septiembre de 1931 Zelda cursó alta en el sanatorio y los Fitzgerald se instalaron en Montgomery (Alabama), donde se compraron un gato persa al que llamaron Chopin. Ni arrancando al gato sus siete vidas hubiera arreglado Scott una décima parte de la suya. Llegado el año 1935 tocó fondo, recluyéndose en una posada de Carolina del Norte para reponerse de una tuberculosis. Zelda, para variar, contaba moscas en la ventana de otro sanatorio mental, sin separarse de una Biblia que recitaba de rodillas a todas horas. Scott no cumplió lo prometido y siguió bebiendo como un cosaco; era un duelo de refugios, el alcohólico y el literario: cuando no le acogía uno lo hacía el otro. Un periodista del *New York Post* acudió a hacerle una entrevista que Scott leyó días después. Se le tenía por un «autor de éxito». ¿Autor de éxito? Rio a carcajadas. Uno de los fondos que había tocado era, precisamente, el de la creación literaria y Scott no era capaz de zafarse de los barros abisales. Terminada la lectura del reportaje trató de enmendar aquel error biográfico suicidándose —sin éxito— con un frasco de morfina, para que, al menos, los periódicos dijeran de él la verdad.

Lawrence de Arabia discrepaba con Fitzgerald en lo del vino, que aborrecía, pero ante una botella de ginebra le regurgitaban los fundamentos de su existencia y era como si le hubieran quitado la venda ante el Taj Mahal: «Tiene la limpidez más hermosa que existe en la tierra», aseguraba.

Joseph Roth podía haber escrito mucho más y mejor si el alcohol no hubiera interferido en sus planes. Stefan Zweig fue testigo de su descenso a

los infiernos a causa de aquel compañero de armas. En 1935, solo cuatro años antes de su muerte, lo daba por perdido: «Se ha convertido en un borracho a la rusa, es decir, sin límites. Habla ya como un iluminado». Sin embargo, tuvo Roth de iluminación la suficiente como para concluir una novela que tituló a modo de epitafio *Die Legende vom heiligen Trinker* (*La leyenda del santo bebedor*), en la que narra las vivencias de Andreas Kartak, un vagabundo que vive bajo los puentes del Sena y recibe un día doscientos francos con el compromiso de devolverlos en cuanto pueda a Santa Teresita de Lisieux.

En julio de 1927 William Faulkner (29) se vio en la necesidad de pedir —y obtener— un adelanto a su editor, Horace Liveright, por su futura novela *Flags in the Dust* (*Banderas sobre el polvo*), básicamente para subvenir una afición que le acompañaría fielmente hasta la tumba. «Había comprado veinticinco galones de whisky —le explicó—, los había traído a casa y enterrado en el jardín». Hasta ahí todo bien, solo que dos días después Faulkner se fue a Memphis para probar suerte con unas apuestas y perdió 300 dólares que pagó a golpe de talón, un golpe del que quiso recuperarse revendiendo aquel comodín que atesoraba bajo tierra. «Regresé, pues, a casa —seguía explicando a su editor— y me encontré con que uno de nuestros negros había olido el whisky, lo había desenterrado todo y vendido (...)». Al editor seguramente le encantó la historia, pero rechazó el manuscrito y Faulkner se las vio y deseó para devolverle el anticipo recibido de 200 dólares. Carta llorona a su editor de febrero de 1928: «Me parece que voy a vender mi máquina de escribir y a ponerme a trabajar, aunque bien sabe Dios que es un sacrilegio malgastar en frivolidades el talento que poseo». Rogando le devolviera el original para probar suerte con otros editores así lo hizo el señor Liveright, detalle que mereció el agradecimiento del escritor en una carta de marzo de 1928: «He avanzado en una novela que, de continuar como hasta ahora, estará terminada en ocho semanas. Acaso sea de su agrado». Se trataba de *Twilight*, que, finalmente, se titularía *The Sound and the Fury* (*El ruido y la furia*).

Ya dijo Amedeo Modigliani que la verdad nos está esperando —parece ser que a todos— en el fondo de una botella, aunque no dijo a partir de cuántos grados ni de cuánto tiempo de espera. Pero para algunos no era solo la verdad la que estaba emboscada allá abajo, braceando en el poso. La solidaridad también reclamaba su hueco, su burbuja. Paseaba Hemingway por París junto a su secretaria en el año 1959 o 1960 cuando, parando delante de la casa donde Joyce había vivido, evocó la de veces que había tenido que llevarlo hasta allí tras una noche de juerga, ayudándolo a subir

las escaleras hasta depositarlo, por fin, en el recibidor. Hem recordaba divertido las muy injustas palabras de Nora al abrirles la puerta: «Vaya, ahí viene James Joyce, el escritor, otra vez borracho como Ernest Hemingway». Su secretaria, que por entonces contaba 19 primaveras, sonreía complacida. Carta a esta fechada el 30 de octubre de 1959 a bordo del *Liberté*, camino de Cuba, casado y enamorado como estaba con Mary Welsh, su cuarta y última esposa: «Siempre te amo tanto al despertar como por la noche cuando me acuesto. Te vi muy claramente en plena noche, en la parte clara y también en la oscura (...). Pensaré en cómo suena tu voz cada vez que dices "nosotros"».

Pero el mismo Hemingway no estaba para hablar. La bebida, de alguna manera, siempre estuvo presente en sus desastres personales, como el accidente que sufrió en una cacería de alces por Montana junto a su amigo John Dos Passos (33) en el otoño de 1929. Conducía Hemingway (30) su Ford con una dosis de whisky circulando por su organismo cuando el automóvil volcó en una cuneta, con la consecuencia de que, mucho antes de preguntarse entre sí los ocupantes quién estaba herido, se ocuparon de verificar quién conducía realmente el Ford, pregunta de la que el pobre Dos Passos salió muy mal parado. «Todo el mundo me echó a mí la culpa debido a mi miopía, pero puedo jurar que era Hem quien conducía», explicaba en sus memorias muchos años después. El caso es que todos salieron arrastrándose del coche, que había quedado boca abajo, haciéndolo Hemingway con una fractura múltiple en un brazo que lo mantuvo varias semanas en el hospital.

Poco después del alta y a causa de unos reflejos diezmados por el alcohol, se pegaba accidentalmente un tiro en la pierna apuntando a un tiburón cuando, en realidad, había salido a pescar peces aguja en su bote. Dos Passos, que no ganaba para disgustos cada vez que salía de caza o pesca con él, fue quien lo acercó al hospital. Hemingway jamás bailaba con la más fea si de bebidas hablamos; él era un bebedor con clase, y del mismo modo que se había formado como lector de puntería también lo había hecho como bebedor de calibrado perfecto. Esto viene a que una conocida marca de whisky le ofreció 4.000 dólares y whisky gratis de por vida a cambio de la cesión de su inconfundible imagen para plasmar en la etiqueta de sus botellas, oferta que Hem declinó con este comentario: «No bebería de este brebaje por cuatro mil dólares. Tengo mi marca preferida».

A Joyce le dabas vino blanco y era la palanca con la que movía el mundo. En cuanto al tinto, solo era agua cenagosa cambiada de color. De hecho, en su léxico atrabiliario estaba redenominado como «bistec licuefacto». Sin embargo, el vino blanco, a juicio de su gaznate, era

«electricidad». En su *Portrait of James Joyce* (*Retrato de James Joyce*), Padraic Colum desvelaba cómo para Joyce no había mejor regalo que reunirse al final del día con los amigos para beber vino, evitando hacerlo antes, cuando el sol estaba descendiendo, ya que, a su juicio, el vino era la luz solar y el Creador del universo se había manifestado en forma de vino, como no podía ser de otra manera. Estaba un día probando un vino blanco suizo en compañía de su amigo Ottocaro Weiss cuando le puso a este delante el vaso medio vacío y le preguntó a qué le recordaba. El amigo contestó que a orina. Joyce bendijo su conexión de pensamientos con esta ocurrencia en italiano: «*Sí, ma di un'arciduchessa*». A partir de ese día Joyce llamó «la Archiduquesa» al vino blanco y, de hecho, así es como aparece nombrado en su *Finnegans Wake*. Joyce tenía la virtud de permanecer en el recuerdo de quien en algún momento de su vida le había tenido aprecio, solo que casi nunca se hallaba en estado de firme bipedestación. Ezra Pound, quien durante su largo internamiento en el Hospital Psiquiátrico de Santa Isabel disfrutaba alguneando y ninguneando escritores y escritorzuelos ante sus cada vez más numerosas visitas, apenas recordaba de Joyce otra cosa que su afición a la bebida. «Nadie es agradable cuando está obnubilado por el alcohol», afirmaba. Otra ancla amable la clavó en una escena parisina con Joyce tratando de derribar a patadas un candelero.

Marguerite Duras se pasó toda una vida escribiendo y la mitad de ella bebiendo, aunque a veces parecía que hubiera querido que fuera al revés. Una tarde de 1990 descubrió que andaba por los 76 años y lo celebró bebiendo en el tapón de una botella varios litros de whisky mientras recitaba de memoria, uno tras otro, pasajes del Eclesiastés. «El alcohol ha sido creado para soportar el vacío del universo —escribió a los 70 años en *La vie matérielle* (*La vida material*)—, la oscilación de los planetas, su rotación imperturbable en el espacio, su silenciosa indiferencia hacia vuestro dolor». Duras fue coherente con su credo, aunque no condescendiente con su hígado. Escribiendo en 1982 su novela *La maladie de la mort* (*El mal de la muerte*) se bebía una media de seis a ocho botellas de vino diarias, una plusmarca que la llevaría a hacer una cura de desintoxicación durante tres semanas para saltar del borde de la muerte al felpudo de su casa en una pirueta desesperada. No, no fue nada fácil ayudarla a deslindar lo que veía de lo que visionaba cuando se pegaba al cristal de la ventana en el hospital y disfrutaba con el trote de los venados ocupando el lugar de los coches en la calzada, o cuando se quejaba por los peces nadando en las botellas de agua que las enfermeras vestidas de esmoquin le dejaban en la mesita, buena excusa para pedirlas de alcohol,

por aquello de garantizarse su seguridad.

Ya en casa, tras el alta, su compañero sentimental, Yann Andréa, homosexual macerado en un amor ahora confuso y treinta y siete años más joven que ella, escuchó una noche revuelo en la habitación de Marguerite. Entró y se la encontró vestida con un camisón que casaba fatal con aquellas botas altas de tacón, y mucho peor con el paraguas con el que trataba de ahuyentar aquellos gatos, leones e hipopótamos que aseguraba haberla tomado con ella, celosos de su fama, o del paraguas. El caso es que Yann le siguió la corriente y la ayudó a defenderse: nueve años atrás le había prometido estar junto a ella en las Duras y en las maduras y sentía que no había mayor honor que separar quirúrgicamente su apellido de sus fantasmas con las menos cicatrices posibles. En sus escritos y cartas ella siempre lo trataba de usted, incluso siendo ya pareja, si bien se pasaba al tuteo en cuanto Yann entraba por la puerta. Ya lo dijo Rilke: «Cercano es solo lo interior; / todo lo demás lejano». Sus últimas palabras antes de morir fueron para él: «Lo quiero. Adiós».

6

INOCENCIAS DE TRESCIENTOS SESENTA GRADOS

El primer hijo de Nathaniel Hawthorne y Sophia Shaw fue como si hubiera nacido de repente, y es que no tenían nada claro qué nombre ponerle, llegando a emplear todo un año en decidirse hasta desembocar en el de Julian. Hasta entonces lo fueron llamando —bien de forma sucesiva, bien en unidad de acto— «troglodita», por pasarse los últimos nueve meses en aquella especie de caverna que era el útero, «príncipe negro», por su pelo y color oscuro de la tez, y por último, «fardo de tela», por los meses que se había pasado envuelto en pañales.

Susy se desesperaba con su papá. Cuando pusieron en casa una alarma contra los ladrones él no paraba de abrir la ventana de la habitación para ver si la alarma sonaba, pero siempre sonaba antes, cada vez que entraba en la habitación, así que algo iba rematadamente mal. Entre Susy y mamá trataban de explicarle que si seguía entrando en la habitación con la alarma conectada nunca podría saber si sonaba al abrir la ventana: «Fue en vano. Papá no lo entendía, y cada vez se ponía más impaciente con mamá (...). Tiene la mente de un autor exactamente: algunas de las cosas más sencillas él no puede entenderlas». Así es como Susy Clemens recogía en su diario, desesperada, la desesperación heredada de papá, Samuel Clemens, más conocido como Mark Twain.

Uno de sus mejores amigos fue Joe Twichell, quien se sentía fascinado por la puerilidad de Mark, destacando su afición a lanzar palos y piedras a los torrentes de las montañas. Una vez que vio a Twichell tirar un palo a un arroyo echó a correr ribera abajo en su persecución «tan velozmente como podía —escribía Twichell a su familia—, moviendo los brazos y gritando en un arrebato de éxtasis, y cuando algún pedazo de madera caía en un salto de agua y volvía a aparecer a la vista, en la corriente, más abajo, se ponía a saltar y a dar gritos. Luego me dijo que no se había excitado tanto desde hacía tres meses». Corría el verano de 1877 y Twain era aún un niño de 41 años.

Dostoievski era severo en trazos como una talla románica, pero hasta

un tipo tan adusto como él se permitía de vez en cuando una suelta de globos, organizando bromas intrafamiliares —las únicas que toleraba— con las facturas de sus deudas sobre la mesa y con su esposa Anna embarazada del cuarto hijo. Con tales agravantes tuvo su mérito verlo entrar un día en el salón temblando de los pies a la cabeza tras haber visto un ratón en su cama, obligando a su esposa a revisar concienzudamente toda la habitación hasta dar con la risa de su esposo al grito de «¡Inocente!». Ocurría un 1 de abril, equivalente en Rusia a nuestro 28 de diciembre.

La inocencia en Iván Turguéniev (59) era una ecuación compleja donde también participaban la bondad, la comprensión y la resignación, de manera que no se podía separar uno de sus elementos sin desgarrar los otros. Resulta buen ejemplo de ello lo que escribía por carta a su amigo Gustave Flaubert un 8 de agosto de 1876: «He echado a mi administrador, que me ha robado algo así como 130.000 francos, lo que supone una parte importante de mi fortuna [en realidad, nada menos que una cuarta parte]. ¡Cómo habré sido tan tonto! Por pereza, me he desentendido confiando ciegamente, aunque al mirar ese rostro dulzón y barbudo sintiera que pertenecía a un pillo. En fin, mala suerte, y que digiera mi dinero». ¡Sin más! ¡Borrón y cuenta nueva! Para él y, sobre todo, para el administrador.

Si ya hace falta valor para decir la verdad, no digamos el valor que hay que echarle para ser sincero donde ellos, los escritores, ponían el último libro y ellas, las lectoras, la última palabra. El problema de alguno al poner las cartas boca arriba era que solo se veía sarro y caries. Como en aquella época no había *photoshop* ni redes sociales para posibilitar perfiles falsos, tampoco había forma de trucar el aspecto con que la Providencia, para bien o para mal, te había arrojado al mundo. Antón Chéjov no se anduvo con tapujos a la hora de cortejar a Olga Knipper, si bien parece que errando los manuales, dejando el de seducción para el final si los demás no daban resultado, y es que poco antes del enlace prometía a su mujer la luna, sí, pero la de los escaparates. Carta de 16 de marzo de 1901 (41), dos meses antes de la boda: «Mi salud va volviéndose completamente la de un anciano, lo cual hace que con mi persona recibas, dicho sea de paso, no un marido, sino un abuelo (...). He abandonado completamente la literatura, y cuando nos hayamos casado te ordenaré que dejes el teatro y vivamos juntos como plantadores». De hortalizas y verduras... Aunque parezca mentira, la boda se celebró el 25 de mayo en la mayor intimidad.

Franz Kafka siguió la dudosa estrategia de Chéjov cuando, en plena tarea de seducción, escribía a Milena: «Estoy mentalmente enfermo, la enfermedad de los pulmones no es más que un desbordamiento de la

enfermedad mental (...). Tengo treinta y siete [años], casi treinta y ocho, casi le llevo una vida entera, una breve generación, casi tengo el pelo blanco de antiguas noches y antiguos dolores de cabeza (...). Las tres historias de noviazgo tuvieron un rasgo común: que fui total e indudablemente culpable de todo (...). La torturé durante casi cinco años (...). Ella únicamente sufría, en cambio yo hería y sufría». La descripción fue tan convincente que Milena desapareció con lo puesto y la carta no acabó de milagro en manos de la Policía Municipal de Praga... El problema de Kafka era que su inocencia estaba ligada a su hipersensibilidad, crujiéndole como un zapato estrecho al caminar; en su caso, al respirar. Había que verlo todo salobre por dentro de las lágrimas que se tragaba mientras rogaba por carta a su amada Milena que retirara de su última carta una frase que le destrozaba, la de «que te vaya bien, Franz». Súplica: «¿No podrías, Milena, retirarla de algún modo, retirarla explícitamente (...), en su totalidad?».

Corre el mes de abril de 1920 y Fernando Pessoa, a sus 19 años, ya no es ningún niño, pero ha de volverse como tal si quiere entrar en el reino de los cielos, cuyas llaves ya no tiene en su poder San Pedro, sino una joven llamada Ofélia Queiroz, de la que Fernando está enamorado hasta las trancas. Los amantes preferirían no mantener en secreto su noviazgo y hacer de él un quinto viento para soplarlo a los otros cuatro, pero los padres de Ofélia la matarían de enterarse. Literalmente. Testimonio de Ofélia años después, cuando las aguas volvieron a su cauce, que siempre era mejor que ver llegar la sangre al río: «Yo iba a la ventana y, a la hora convenida, él aparecía. Pasaba por la acera de enfrente, muy discretamente, como además procedía en todo, y disimuladamente me hacía visajes y me tiraba besos. Después, se iba calle abajo subiendo y bajando los escalones de todas las puertas a saltitos, solo para hacerme gracia. El lunes, cuando nos encontrábamos, comentábamos la escena y nos reíamos mucho». Delicioso.

Pero Ofélia necesitaba por entonces un hombre hecho y derecho y no un saltimbanqui, de manera que, evidenciado el declive de la relación en el mes de noviembre de ese mismo año, el muchacho que era Pessoa se buscó una estrategia del hombre que aún no había llegado a ser, y para demostrar a la chica lo loco que estaba por ella le anunció que iba a internarse en un sanatorio psiquiátrico aprovechando las facilidades que daba para ello a cualquier ciudadano portugués un decreto de 11 de mayo de 1911. Obviamente, ella le dejó un mes después, por carta y en legítima defensa, de manera que Pessoa ya no tuvo necesidad de hacerse hombre a marchas forzadas ni de acogerse a ningún decreto de orates, al menos hasta marzo de 1925 en que murió su madre y decidió delegar en profesionales la

gestión de su devastación.

T. S. Eliot terminó distanciándose y escondiéndose un poco de su principal obra, *The Waste Land* (*La tierra baldía*), en la que no vio un simple poemario, sino «el desahogo de un rencor personal contra la vida», siendo una buena opción escribirla en lugar de quitársela. De hecho, estaba casi convencido de que ese gran poema de 434 versos era una obra dirigida a adolescentes, así que se sumía en el desconcierto cuando le decían que era muy complicada de entender. Cuando en una charla a unas estudiantes en el año 1933 (51) les afirmó que su poesía era «simple y directa» aquellas se echaron a reír.

Fulgura el mes de octubre de 1950 cuando Simone de Beauvoir (42) cobra sus primeros derechos de autor por su ensayo *Le deuxième sexe* (*El segundo sexo*). Cheque en mano, lo primero que hace es anunciar al poeta norteamericano Nelson Algren que se ha comprado... ¡su primer tocadiscos! «He elegido uno estupendo, casi tan grande como un armario». Esa noche lo estrena junto a Sartre. La música elegida son unas piezas de jazz y un cuarteto de cuerdas de Béla Bartók. En la mano de Sartre la mano de Simone; en la otra un zumo de frutas. Seguramente la pareja invitó en algún momento a Camus a escuchar aquella refriega de notas. Y seguramente Camus, tal como era su costumbre, dejó el coche aparcado sin echar el seguro a las puertas. Dando un paso más que Rousseau, pero en dirección al precipicio, estaba convencido de que el ser humano era bueno por naturaleza y desconfiar de él era ir a contrapelo de las reglas de la naturaleza. Conclusión: «Si alguien me lo roba será porque lo necesita», argumentaba.

William Faulkner (48) dio palmas como un niño con zapatos nuevos cuando cayó en sus manos un cronómetro. Carta al poeta estadounidense Robert K. Haas el 16 de enero de 1946: «Ojalá pudiera decirte cuánto disfruto de tener un cronómetro, la satisfacción que me produce el poseer y utilizar un instrumento de primera clase, a pesar de que de momento su principal utilidad sea anunciarme cuándo debo coger el coche para ir a la ciudad a recoger a mi hija a la escuela. También lo utilizo para cronometrar a una nueva yegua, un bonito y ligero caballo, una ganga que compré en California el otoño pasado». Por cierto, en esa misma carta daba cuenta, un tanto alarmado, de una noticia extremadamente preocupante: «Oí por la radio que tengo una depresión nerviosa».

Isak Dinesen. Uno de sus juegos preferidos entre amigos era el de confesarse por turnos el peor pecado a los ojos de Dios o de los hombres; era indistinto. A ella le complacía aquel pinzamiento de mejillas al contar el suyo, cuando sedujo a un camarero guapísimo en el barco que la llevaba

a Dinamarca en 1915 (30), aun sabiendo que le iba a transmitir la sífilis, experiencia órfica que compensó organizando en París el tratamiento médico adecuado para curarse, algo que finalmente, para su desgracia, no logró.

El año 1934 fue una lluvia de tréboles de cuatro hojas para Robert Graves (39), con su *Yo, Claudio* recién concluido y ya apuntando a *best seller*. Uno de los juegos que por entonces practicaba en su casa de Deià era el «tiro a la ensaimada», que consistía en colgar diez ensaimadas de una cuerda tendida entre dos árboles y acribillarlas con flechas que el propio Graves había fabricado junto con el arco.

Saint-Exupéry no llevaba nada preparado cuando se declaró en matrimonio a una prácticamente desconocida para él Consuelo Suncín. Miento; para ser exactos sí llevaba algo preparado: su plan de vuelo, porque la petición la descolgó a los mandos de una avioneta. La fase inicial fue pedirle que lo besase, a lo que ella se negó, echándose él a llorar. «Claro —se quejó—, como soy gordo y feo nadie me quiere ni me besa». La protesta surtió efecto.

7
MANIÁTICOS Y EXCÉNTRICOS

COLECCIONISMOS A DESTAJO

Agatha Christie fue muy comedida con las cosas que se iba llevando a casa, ya que solo coleccionó una única especie y un solo ejemplar de esa especie, cayendo en un fetichismo inocuo. Ello se debió a *La ratonera*, obra teatral que el 13 de septiembre de 1957 alcanzaba las 1.998 funciones, convirtiéndose así en la obra más representada de la historia teatral de Inglaterra. Lo ocurrido fue que, al final de una de ellas, un admirador le regaló un ratoncito de plata que ella guardó en su bolso y conservó hasta el final de sus días, convirtiéndose casi en objeto de culto, hasta el punto de que, en momentos de gran tensión, corría a acariciarlo para poder calmarse.

A Boris Pasternak le ocurrió lo mismo con una cartita de apenas unas líneas que Rilke le escribió en 1926; ejerció sobre él tal fascinación que cuando murió treinta y tres años después se le halló en su cartera con esta anotación: «Lo más querido para mí». Supongo que algo parecido le ocurrió a Albert Camus cuando tras obtener el Nobel en 1957 recibió la bendición de su papá literario en un telegrama de apenas media docena de palabras: «Saludamos al alma que constantemente se busca y se interroga». Autor: William Faulkner.

Se lo contó Georges Simenon a Henry Miller en Cannes, interviniendo ambos en el famoso Festival de Cine, el primero en calidad de presidente y el segundo como miembro del jurado. Le contó que adoraba las pipas, que siempre llevaba una empotrada en la boca, estuviera encendida o apagada, y que cuando se iba de viaje siempre metía en la maleta unas dieciocho o veinte. A Miller aquella información le entró por un oído y le salió por el otro, al igual que todas las películas que debía visionar, y es que él iba a Cannes a lo que iba. Se lo confesó a su amigo Brassaï cuando apareció por allí: «En cuanto a distracciones me prometieron el oro y el moro: Brigitte Bardot, la Lollobrigida, Sofía Loren y la tira. Solo me han servido viudas. Y de cierta edad».

Truman Capote coleccionaba pisapapeles. Siempre los llevaba con él dentro de la maleta, de hotel en hotel, para despertarse por las mañanas,

verlos y experimentar «una sensación familiar». Dejó de coleccionarlos, finalmente, por un motivo que no termina de encajar con los cuatro o cinco millones de dólares que se le calcula ganados con su novela *A sangre fría*: «Ya no los colecciono porque son muy caros. Pero tengo una colección fabulosa».

Sin embargo, en esto del coleccionismo era Stefan Zweig quien se erigía como sumo sacerdote. Si en las fotografías aparece tan delgado es porque se ahorraba en comida el dinero necesario para adquirir reliquias de cadáveres famosos. Su favorito era Beethoven, y para un rey como él qué menos que hacerse con la joya de su corona. Carta a la editorial Insel de marzo de 1925 (44): «Ahora en Viena he comprado para mi casa, directamente de los herederos —aunque por mediación de un comerciante —, algo único: el famoso escritorio de Beethoven —en el que también se encontró la carta a la amada inmortal—». Se refería a la familia Von Breuning, a la que también arrancó un violín, un pupitre plegable, una caja de caudales y una brújula, todo perteneciente al sordo de Bonn. Seis años después adquiría cuatro cartas originales de Mozart dirigidas a su prima Bäsle, por su doble originalidad, plagadas como estaban de aquellas referencias escatológicas tan del gusto del compositor.

Arthur Schnitzler escribía en su diario, un tanto mosqueado, que Herr Zweig —al que había conocido hacía poco, refiriéndose a él como «un joven escritor muy simpático y listo»— había adquirido una carta suya «muy privada» de la que él mismo desconocía anduviera rulando por ahí, expuesta al veneno de las malas lenguas. Aun así, terminó regalando al comprador el manuscrito de su obra teatral *Der Ruf des Lebens* (*La llamada de la vida*), tributo al que Zweig correspondió enviándole, a su vez, un autógrafo de Goethe adquirido exprofeso para él en una subasta. Tampoco tuvo Zweig reparo alguno en escribir a Emil Ludwig para pedirle, por caridad, algún original que guardar en su armario de hierro junto a los «manuscritos de escritores que me son queridos». Su favorito de entonces era el poema de Goethe *Canción de mayo*, que había enmarcado y colgado en una pared bien visible, cerca de una pluma de oca protegida por un cristal, también de Goethe.

Cuando en 1911 Zweig (29) viajó a Estados Unidos ya era lo suficientemente conocido como para que alguien como el pianista Ferruccio Busoni le regalara una de sus composiciones para piano, la titulada *Indianisches Erntelied*, con esta dedicatoria: «Esta obra se puso por escrito expresamente para el señor Stefan Zweig, para que se acuerde de América y de Ferruccio Busoni». Dos años después, en marzo de 1913, nuestro escritor se paseaba por París con su admirado Rainer Maria Rilke

(38), al que en un apunte de su diario describía con esta irradiación braquial, más que solar: «La impresión que Rilke causa es la de un niño. Su cara no destaca en absoluto, tiene la nariz hinchada, como una patata, los ojos planos y claros, anchos labios sensuales. Únicamente sus manos son muy delicadas». Algo es algo. Zweig no se fue de París sin algo del checo, como era de esperar, arrancándole con afecto y sin anestesia alguna el manuscrito de *La canción de amor y muerte del alférez Christoph Rilke*. Llegó enero de 1919 y para celebrar el final de la guerra Zweig adquirió por 4.000 coronas austriacas un folio doble original de la segunda parte del *Fausto* de Goethe. Así de emocionado se lo contaba a Anton Kippenberg, editor de Insel, además de redomado coleccionista de manuscritos: «Querido profesor, entenderá usted que yo, mientras lleven suela mis zapatos, tardaré en desprenderme de este folio». De lo que sí se desprendió sin dudarlo fue de las regalías obtenidas por la adaptación teatral de la comedia de Benjamin Jonson, *Volpone o el zorro* (1606), que le sirvieron para adquirir manuscritos de compositores como Scarlatti, Bach, Mozart, Schubert o Chopin, además de un borrador de Montesquieu, dos poemas de *Las flores del mal* y un dibujo de Goethe.

DE FETICHISMOS Y CÁBALAS

Ernest Hemingway nunca habría llegado a reunir tantos cuadros como Gertrude Stein en su casa de París, pero en el escaso arte que adquirió no puso menos ardor que aquella. John Dos Passos recordaba sus tribulaciones cuando se le metió entre ceja y ceja que debía comprar *La masía*, de Joan Miró. Así lo narra en sus memorias: «Tuve que correr de un lado para otro reuniendo el dinero. Siempre estábamos prestándonos dinero unos a otros. Descubrió que podía comprar el cuadro por dos mil o quizás tres mil francos (que eran muy pocos dólares al cambio de entonces) y estaba excitadísimo temiendo que alguien se lo quitase». De cualquier manera, su talante supersticioso le facilitaba enormemente las cosas, ya que las esenciales las llevaba siempre encima y eran algo menos costosas, sobre todo las que se procuraba cuando cubría sus apuestas deportivas, tal como se lo demostró en España a su secretaria, sacando de los bolsillos un pañuelo de lino sucio, una navaja oxidada, un trozo de cordel, una castaña pilonga y una piedra.

Con eso de que Jorge Luis Borges llevaba lo cabalístico tan arraigado en el pecho no era de extrañar que se dejara poseer por el influjo de los números. Su predilección eran el 3 y sus múltiplos, siendo habitual escucharlo hablar sobre las propiedades mágicas del 3, el 9 y el 33. Cuando

un avión despega hay quien se encomienda a la Santísima Trinidad haciéndose la señal de la cruz; Borges, más discreto, optaba por dar tres suaves golpes de nudillo en el reposabrazos para asegurarse de que Dios se congraciase con el piloto y la vida continuara.

Samuel Butler Yeats estaba convencido de que para tomar las decisiones más importantes de la vida había que consultar el horóscopo, y así se lo trasladó a Leonard Woolf, tratando de implicarlo en sus teorías. Sin embargo, el origen de tal convicción ya invitó a dejar a un lado la risa y centrarse, como buen cristiano, en las aptitudes mentales de Yeats, en especial cuando le explicó que una noche vio salir una percha de su armario y pasearse a los pies de su cama, haciendo lo mismo la noche siguiente, pero en esa ocasión con una chaqueta colgando, llegando la cosa a su punto culminante en la noche siguiente, cuando lo que emergió de una de las mangas ya fue una mano. Puede pensarse que a Yeats le faltaba un verano, el mismo que le hubiera prestado Pessoa, a riesgo de no encontrar para él después donante alguno. A lo largo de su vida, el autor del *Libro del desasosiego* confeccionó centenares, quizás miles de horóscopos, de parientes, de amigos, y hasta de «personajes estelares de la humanidad» como Napoleón, Victor Hugo, Shakespeare o Chopin. En un flagrante acto de amor hacia la humanidad incluso sopesó abrir una consulta como astrólogo en Lisboa.

Las aventuras nocturnas de Charles Dickens eran menos temibles que las de Yeats y tenían mucho que ver con su cama, ya que si no estaba orientada en sentido norte-sur le resultaba difícil saber al día siguiente por dónde quedaban el este y el oeste. Las cosas no se le ponían mejor cada vez que se alojaba en un hotel, ocupándose de modificar inmediatamente todo el mobiliario de la habitación para dejarla a su gusto.

Donde Yeats y Pessoa ponían horóscopos para conocer por dónde los iba a guiar la Providencia ponía Julio Verne un planisferio para colocar los personajes de su siguiente novela. Eso es lo que tenía en su despacho y le era aún más imprescindible que la bujía de la lámpara: un planisferio en forma de palmera de fuegos artificiales surcada por rayas rojas y azules con las que Verne señalaba los itinerarios que ya había recorrido, de manera que cuando iniciaba una nueva novela consultaba la palmera, ponía una chincheta en un lugar libre de marcas y se documentaba con todo lo que se hubiera publicado hasta conocer a fondo la región escogida.

Nuestro Juan Ramón coleccionaba algo hoy tan poco de moda como papel. Papeles, más bien. De todo tipo. Pero no por una anomalía del comportamiento. Nada que ver con el síndrome de Diógenes, sino con el de cualquier emperador romano tirando de pulgar en el circo. Es en el

fragmento 5 de su libro *Tiempo* donde desvela su gusto por romper papeles. «He comprendido al fin por qué guardo yo tantos periódicos, cartas, libros, revistas. Por el gusto de condenar y de salvar. Para mí es un placer único romper papeles: los rompo durante una hora cada día (...)».

EL ZAPATO DE BLANCANIEVES: LA OBSESIÓN POR LO PRECISO

Toca ahora hablar de la obsesión por la palabra justa, por esa pieza que debe encajar al milímetro en el puzle a riesgo de hacer explotar ese miligramo de paciencia que todo escritor porta en esa ojiva nuclear que es su cabeza. La diferencia entre la pieza justa y la pieza ajustada no es baladí. Un mecánico puede dar con la tuerca justa para acoplar en la dirección de su vehículo, pero como no la ajuste bien, al negocio de pompas fúnebres le sale redonda la negligencia, así que me parece muy pertinente la distinción que hacía Mark Twain entre la palabra casi perfecta y la perfecta: «Es la diferencia entre la luciérnaga y el rayo».

No sé si por puntería literaria o, en el fondo, por aquello de irse desnudo como los hijos de la mar, el caso es que cuando Goethe se fue a vivir a Weimar un día de 1775 se llevó el menor equipaje posible, coronado por su manuscrito de *Fausto*, en el que ya no admitía una sola hoja más. Le explicaba a Eckermann en sus *Conversaciones* cómo lo había logrado: «Lo había escrito en papel de carta sin tachar ni una línea, pues me guardé de anotar una sola frase que no fuera buena y no pudiera quedarse tal como está».

Resabida es la obsesión de Flaubert por meter cada palabra en una horma y ajustarla hasta oírla chillar pidiendo clemencia. Este pasatiempo colmó de admiración a Henry James, quien se relamía con esas cartas que «a veces atestiguan que le ha costado tres días llegar a la frase que buscaba, poniendo como rasero su ideal de lo bien hecho». Flaubert se pasaba horas, cuando no días, aferrando el hilo de Ariadna para dar con la salida de sus laberintos. Obsesionado como estaba con el estilo, llegó a definirlo como «el sudor del pensamiento», hasta el punto de preocuparle bastante más que la temática cuando comenzó su *Bovary*. Se las prometía muy felices tras las primeras cuatro páginas al haber dado con la clave tan buscada: «Desde que se hizo el estilo creo que nadie lo ha trabajado tanto como yo», escribió. Sin embargo, el progreso era muy lento, logrando solo seis o siete páginas por semana, acuciado por la sospecha de haber dado solo con el tono, pero no con el dichoso talismán estilístico. Terminó edificando un mamotreto de 1.800 hojas garrapateadas por el anverso y el reverso,

ahorrador como era, y es que, habiendo escrito la obra entera por el anverso, Flaubert la revisó al completo y decidió reescribirla por el reverso. Para muestra un botón que ha hecho historia: el martes 4 de abril de 1854 (32) remataba, por fin, un párrafo que llevaba intentando escribir desde el viernes. Conclusión del autor: «Este libro me agota, estoy gastando en él lo que me queda de juventud». Aun cuando ya había escrito las obras que le harían inmortal y era una celebridad en toda Europa, las dudas y el perfeccionismo seguían siendo para Flaubert el látigo con que marcaba, cual metrónomo, cada segundo de inspiración. Carta a su amiga George Sand: «Ya no sé cómo hay que hacer para escribir; solo consigo expresar la centésima parte de mis ideas después de infinitos titubeos».

Para un juez no debe de ser lo mismo interrogar a un chorizo que a una longaniza de Avilés. Con el chorizo tira de lenguaje tabernario y el acusado le entiende a la primera, pero con la longaniza el lenguaje ha de ser lo más preciso y escrupuloso posible. Cuando, tras su refriega con Rimbaud, Verlaine fue llevado a juicio Su Señoría le preguntó si era «*sodomista*», momento en que el poeta le corrigió amorosamente: «Se dice sodomita, señor juez».

La precisión gramatical era para Dostoievski un octavo sacramento encubierto. Tras asumir en 1873 la dirección del semanario *El ciudadano* se comportó durante el año largo que estuvo a su frente como un sabueso a la caza de erratas tipográficas y alteraciones —por leves que fueran— de los artículos de su autoría que entregaba a redactores y correctores para su publicación, prohibiendo el cambio de una sola coma con el argumento de que él jamás usaba «comas superfluas». La exigencia de obediencia ciega a sus mandatos le valió un mote del que, posiblemente, se sentía orgulloso: Escupefuego. La lectora de pruebas del periódico recordaba años después que Dostoievski «reía muy rara vez», como también evocaba la peculiar forma en que apagaba sus cigarrillos —los fumaba a quemarropa— en la lata de sardinas que usaba como cenicero. Cuando la joven le confesó que ella, a sus 22 años, también quería convertirse en escritora Dostoievski frunció el ceño y dijo: «En todo el mundo solo hay una autora que merezca ese título, y es George Sand. ¿Cree realmente que puede alcanzar su misma altura?». La joven no volvió a sacarle el tema. Él mucho menos.

Estoy seguro de que cada vez que el editor enviaba desde la imprenta unas galeradas a Julio Verne le adjuntaba un calendario del año siguiente para que, al menos, no se las devolviera corregidas en el año de más allá, y es que el escritor las aprovechaba para reescribir capítulos enteros, con devoluciones, reenvíos y sucesivas devoluciones hasta en ocho y nueve ocasiones. Eso sí, cuando la obra estaba publicada ya no leía una sola línea,

olvidándose de ella por completo. Bien podemos hacernos una idea de la cacografía que Verne devolvía si tenemos en cuenta que lo escribía todo a pluma, incluso después del año 1896, cuando la letra se le fue deformando por calambres en la mano. En una carta a su editor daba cuenta de ello: «¿Quién sabe si no acabaré escribiendo a máquina? Me resultaría muy fastidioso porque, en general, todos los detalles se me van ocurriendo a vuelapluma». No puedo pasar por alto la obsesión de Constantino Kavafis por los detalles en sus poemas, insertando reglas aritméticas a cuestiones históricas sin perdonar décimas ni centésimas. Un ejemplo es su poema *Reyes alejandrinos*. En él Cesarión va vestido de «seda púrpura» porque, según explica el autor, «en aquel tiempo cada pieza de esta clase valía a tantos miles de dracmas». Kavafis lo tenía todo bien estudiado, y no habría dudado en hacer de oráculo de Delfos para, más que adivinar el futuro, saber escoger sin error entre la coma y el punto y coma. El famoso botánico Yannis Sareyannis le echó en cara un imperdonable anacronismo floral como era la presencia de rosas en la mesa de Filipo V de Macedonia el día en que le informaron de la derrota de Antíoco III por el Imperio romano en Magnesia, batalla que se libró en Anatolia en el mes de diciembre, y dado que ya en aquella época las noticias se transmitían con cierta fluidez gracias a un sistema de telegrafía ya descrito al detalle por Polibio, aquella cena debió de celebrarse hacia diciembre (de 190 a. C.) o enero (de 189 a. C). Kavafis meneó la cabeza con misericordia y pagó con historia la historia del botánico, apuntándole en una carta que para un rey como Filipo, con su capacidad de disposición, «era fácil lograr esas flores en invierno. Aparte de esto, esas flores se importaban en invierno de Egipto. Sabemos de rosas egipcias importadas a Italia en invierno. En el siglo primero, en Italia, gracias al desarrollo de su agricultura, llegó a hacerse independiente y tuvo sus propias *rosae hibernicae*».

Si Kavafis sabía todas aquellas cosas era porque su trabajo de funcionario le dejaba mucho tiempo libre para leer e informarse. Iniciada su andadura como copista libre de sueldo en el año 1888 en la Oficina de Riegos de El Cairo, se ocupaba de copiar a mano las cartas que le redactaban, ya que los mecanógrafos no se estilarían hasta unos años después. Si para sus superiores Kavafis fue un trabajador modelo, para sus subalternos fue un modelo de rompehuevos a prueba de cualquier cascarón. Dio cuenta de ello quien trabajó a sus órdenes durante los ocho años anteriores a su marcha en abril de 1922 (59), sustituyéndolo ya en calidad de mecanógrafo: «Kavafis corregía no solo nuestras cartas, sino también las de otras oficinas. Podía corregir una y otra vez la misma carta insistiendo pedantemente en los signos de puntuación. Tenía un despacho aparte de

nosotros. Cuando le llegaba una carta para que mirara si estaba correctamente escrita no la corregía a mano ni mandaba llamar a la persona que la había escrito. Enviaba unas notitas desde su oficina a las otras y en ellas escribía: "Por favor, pase a verme. Por favor, telefonéeme". El empleado se presentaba y él le mostraba que había olvidado una coma. Le devolvía la carta, le mandaba a otra habitación para que corrigiera el error y luego había de volver y entregarle la carta con la coma en su lugar. Mi antiguo colega Constantin Naggar no quiere oír hablar de Kavafis (...). Era muy listo. Llenaba su mesa de carpetas que abría, y llenaba su mesa de papeles, para dar la impresión de que estaba sobrecargado de trabajo; luego, cuando llegaba la hora de salir nosotros, los recogía y los volvía a poner en su sitio. "Estoy muy ocupado", repetía una y otra vez por teléfono (...). No confiaba en nosotros, en sus asistentes. Guardaba la carpeta con los documentos en una caja que había en la pared y llevaba la llave consigo. Pero por la mañana, cuando él se retrasaba y nos dejaba sin nada que hacer, tenía que mandarnos la llave por medio de Mirgani, su sirviente (...). Su sirviente Mirgani venía a menudo, casi cada día, a veces con la llave que he dicho y a veces por asuntos relacionados con la compra. Antes de comprar un pollo lo subía y lo mostraba a su amo para que este diera su aprobación, y la oficina se llenaba de cacareos. Kavafis examinaba sus alas con todo cuidado y a veces se quedaba con una pluma para comprobar luego si le habían cambiado su pollo. Era muy avaro. A veces hacíamos alguna colecta por motivos de caridad entre nosotros. Nunca contribuyó ni con un ápice: "Tengo tantas obligaciones, tengo tantas obligaciones", repetía». Hasta aquí el testimonio del señor Manolis Khalvatsakis. ¿Moraleja?: cuando un rompehuevos se vuelve de espaldas hay quien aprovecha para hacerse una tortilla...

Si ya llevaba tiempo hallar la palabra justa no digamos buscar su definición más precisa y apropiada, y no de una sola, sino las de todo un idioma. Cuenta André Maurois en sus *Memorias*, francamente desolado, que cuando en el año 1939 dejó temporalmente la Academia para incorporarse al ejército andaban por la palabra *agresseur*. Pues bien: «Ahora, después de siete años, están en la palabra *ardeur*. A este paso, se necesitará un siglo para terminar la nueva edición» (entrada de 25 de julio de 1946).

J. D. Salinger compartió con Kavafis aquella caja de Pandora donde no se encerraban los males, sino comas, puntos, tildes y paréntesis. El estadounidense supervisaba la exactitud ortográfica de las galeradas no con la precisión de un entomólogo ante la lente de su microscopio, sino con la rabia de un francotirador ante un punto de mira, clamando por un gatillo

para su índice con la misma pasión con que Ricardo III pedía un caballo a cambio de su reino. En una entrevista concedida por su editor William Maxwell para la televisión en 1995, recordaba los estallidos de indignación de Salinger al descubrir una coma sobrante en uno de sus libros. «Montó un gran escándalo», aseguró, como también que no paró de dar la brasa hasta que la coma de marras desapareció de todos los ejemplares en la siguiente edición.

Estaba Nabokov sumido en su relato autobiográfico *Habla, memoria* cuando a bordo de un tren se le enquistó el nombre exacto de esos acordeones negros que actúan como conectores entre vagón y vagón, de manera que envió a su mujer a la biblioteca de Widener, en Harvard, para consultar toda la bibliografía disponible. Véra regresó a casa con las manos vacías, así que la cosa se quedó en «fuelles de conexión».

Ernest Hemingway no se habría complicado la vida con los fuelles de conexión; lo habría arreglado con «unas gomas» y punto. Adoraba la economía de palabras. Con ella siempre salían las cuentas, y ya no digamos las palabras. De hecho, para abrirse paso en sociedad le valía con un par de expresiones de las que dio buena cuenta Scott Fitzgerald, que lo acusaba de llevar en el buche un saco de clichés. Sus favoritas eran, a decir de Scott: «¡*Parbleu*!» (traducción del francés: «¡Y qué!») y «Sí, no tenemos bananas». No entraban las bananas, precisamente, en las denominaciones de origen con que Agatha Christie santificaba su mesa a la hora de comer. La escritora gustaba de combinar en sus cartas las palabras humildes con las altaneras, escribiendo con mayúsculas las palabras Hotel, Cuarto de Baño o Bañera, además de sus alimentos favoritos: Caviar, Jamón, Pastelillos de hojaldre con Bechamel, Langosta...

CON ÁNIMO DE MOLESTAR

A Marcel Proust le resultaba deliciosamente inevitable llegar tarde a tinglados, cenas y convites de variopinto pelo. Era su forma de seguir siendo él mismo y de conseguir que no lo confundieran con el que podría llegar a ser con un poco de educación que pusiera. En su libro *Mi amigo Marcel Proust* Maurice Duplay desvelaba su incorregible costumbre de retrasar su llegada a cualquier evento al que hubiera sido invitado, primero por sus muchas dudas a la hora de vestirse de un modo u otro, operación que luego llevaba con la lentitud de un proceso de descontaminación de amianto, y segundo, por las numerosas paradas que hacía en la calle conversando con su acompañante de turno, una desesperante parada por cada ocurrencia que le venía a las mientes, de manera que cuando llegaba a

su destino lo usual era que ya no quedaran invitados dentro y los anfitriones ya estuvieran con un pie en la cama, lo que no le impedía ser finalmente recibido, unas veces con desgana y las demás con ira. Pero se trataba de Proust. Se trataba de un mago. «Despertaba a aquella gente adormilada, se ganaba a aquella gente hostil —cuenta Duplay—. El importuno se trocaba en personaje fascinante. Cuando se despedía, a eso de las tres, todos lo instaban a que se quedase un rato más».

Al menos, cuando Proust lograba llegar a las casas había un anfitrión que atendía al timbrazo, lo que no siempre ocurría en la casa parisina de Jean Cocteau, quien terminó colgando en el recibidor una enorme pizarra donde los amigos dejaban sus mensajes cuando él no estaba. Quien un día llamó a la puerta con la suerte de cara fue un joven veinteañero llamado Paul Bowles. Más que la pizarra de la entrada, lo que le impresionó de allí fue el movimiento de manos de Cocteau durante las dos horas que duró la visita, franja horaria en la que Bowles apenas pudo meter baza: «Parecía una coreografía perfectamente ideada para marcar el ritmo de su conversación», recordaba décadas después en sus memorias, si bien lo más sensacional habría de llegar cuando Cocteau, sin previo aviso, se tiró al suelo y empezó a arrastrarse como un oso, iniciativa a la que Bowles no le halló explicación alguna, en especial porque Cocteau tampoco se la dio.

Antonin Artaud no solo fue escritor, ya que también hizo pinitos como actor teatral. Uniéndose con 26 años a la compañía de Charles Dullin, este y su esposa, consternados por la indigencia de Artaud, le dieron alojamiento en su casa durante unos meses del año 1922. Al principio la convivencia fue moderadamente aceptable por ambos bandos, pero Artaud terminó rompiendo aguas en la paciencia del matrimonio a base de ensayar sus roles a altas horas de la noche o al despertar al anfitrión de madrugada para leerle algo recién escrito. Sin embargo, la gota que colmó el vaso no salió de su cerebro, sino de su vejiga cuando fue sorprendido orinando sobre la alfombra del salón, acto de integración familiar que Artaud justificó señalando a los seis perros del matrimonio, los cuales le habían marcado el punto favorito de la casa. El invitado entendió que si ellos podían, él también. Se equivocó y el matrimonio Dullin le ayudó a hacer la maleta para luego enseñarle el camino a las farolas.

Aquello no le importó; su poder de seducción era aún más enérgico que su poder de micción, o al menos eso creía él, de manera que pronto apuntó más alto, concretamente a Adolf Hitler, a quien envió varias cartas de agradecimiento por haber invadido Polonia y dar así inicio a una guerra mundial que, por fin, pondría un poco de orden en el mundo. Artaud terminó mendigando por las calles y exigiendo a cada transeúnte cinco

francos como justa compensación por sumirle en la «mierda con el paso de los años», les reprochaba, ayudado de una navaja automática que no dudaba en sacar para animar a los indecisos. Por lo demás, le carcomía la incertidumbre acerca de si él sería uno de los elegidos para morar en el reino de los cielos, dado que la tierra iba a resultar inhabitable en breve por culpa de una bola de fuego de próxima aparición cuyos efectos Artaud lograría evitar al morirse entre las cuatro paredes de un manicomio en 1948, sin más fuego que el de la cerilla encendida por el nacionalsocialismo alemán en 1933.

LAS MANÍAS COMO ANZUELO PARA LAS MUSAS

Edgar Allan Poe escribía en estrechas tiras de papel que luego enrollaba, siendo de tal longitud que para desenrollarlas pedía a su esposa que echara a rodar el rollo desde un extremo de la habitación mientras él llegaba al otro extremo con el suyo, quedando la obra en medio, como una sábana santa. James Joyce también tiraba de tiras, aunque más parecidas al confeti, dado que cada brote de inspiración que le asaltaba siempre se lo tomaba como una celebración, de ahí que llevara los bolsillos del abrigo repletos de tiras de papel donde iba escribiendo en anversos y reversos lo que su *daimon* interior le iba dictando, apretando las notas cuanto más apretaba la inspiración y pasándose al modo diagonal cuando el horizontal ya no daba para más. Dickens optó por algo semejante a la hora de escribir, al menos en la época en la que simultaneaba *Los papeles póstumos del Club Pickwick* con *Oliver Twist*, tirando de una letra minúscula con la que llenaba todo el folio previamente doblado para luego cortarlo por la mitad. A estas mitades las llamaba «papelitos», entregando al editor unos noventa y cinco al mes, mes que Dickens dividía por quincenas, destinando una quincena a cada título.

Walt Whitman necesitaba unos bolsillos más amplios que los de Joyce, y es que adoraba cuantos libros caían en sus manos que fueran dignos de lectura, hasta el punto de que, por no interrumpirla cuando tenía que salir de casa, rompía las hojas y las metía en el bolsillo del abrigo para seguir leyendo en sus paseos por el campo.

Las camas también tenían su punto. A Dumas padre le inspiraba escribir metido entre las sábanas, especialmente cuando se hallaba hospedado en el Hôtel des Princes de París. Fue testigo de ello Hans Christian Andersen, quien se chivó de aquella costumbre en su autobiografía: «Me solía recibir en cama, aun después del mediodía. Rodeado de papeles, de plumas, de tinteros, trabajaba en su último drama».

Por su parte, Walt Whitman se pasó casi todo el año 1889 metido en su dormitorio, peregrinando de la cama al escritorio y viceversa, autorizado por la pésima salud que arrastraba a sus 69 años. El doctor William Osler, de Filadelfia, lo visitó allí y quedó aterrado: «Las revistas y periódicos, apilados a una altura mayor que la del escritorio, cubrían todo el suelo, tanto que tuve que abrirme paso pegado a la pared para llegar al escritorio». Truman Capote también escribía mucho en la cama y siempre a mano, haciendo dos versiones de todo: primero en papel amarillo, después eso mismo en papel blanco y, ya a máquina, la versión final. «Después nunca cambio una palabra», aseguraba.

También Hemingway tenía gran predilección por la cama, hasta el punto de que sus amigos le habían puesto nombre y todo: *lit royale*. Daba fe de ello John Dos Passos en su autobiografía: «Nunca he conocido a ninguna persona de constitución tan atlética que se pasara tanto tiempo en la cama». Quizás había que indagar un poco en el pasado de Hem para entender su presente. Durante una buena época lo de la ergonomía fue un chiste para él. De humor negro. En Finca Vigía, su casa en Cuba, había adoptado una curiosa forma de escribir, a lápiz y de pie ante un tablero parecido al de los arquitectos. Prescripción médica tras un accidente de automóvil sufrido en 1930. En cuanto a lo del lápiz era una idea «condenadamente buena», aseguraba. «Frena a un individuo. Se tiene la impresión de estar haciendo un cuadro con palabras. Y la otra finalidad del lápiz también es buena; se puede borrar y pulir. Así se consigue la palabra adecuada». Sin embargo, cuando llegaba un diálogo tomaba asiento y lo escribía a máquina; para optimizar las ideas a mayor velocidad, decía. Había una deriva con la que siempre se llegaba a puerto: escribir, escribir, escribir sin parar, sin importarle que buena parte de su producción se quedara en virutas de taller, esparcidas en el limbo de los cajones. Todo servía a la causa de la escritura y, además, «mis libros sin publicar serán la herencia que dejaré a mi familia». Creo que con los publicados les fue bastante mejor...

Paul Bowles también terminó visionando las sábanas como una mortaja que ya no podía tardar en llegar. Por entonces, a sus 78 inviernos, le daba igual casi todo; al cabo de los años uno ya rebaja de grado el trascendentalismo de las preguntas y se limita a permutar el «porqué» por el «hasta cuándo», en concreto hasta cuándo duraría la ignominiosa rutina de comer en la cama cada día por culpa de una maldita simpatectomía. «Ahora, al cabo de casi tres años, continúo haciéndolo», escribía en su *Diario*, dejada muy atrás la enfermedad, pero ya no la costumbre de hacer y deshacer su vida atado a un colchón

Para Proust la higiene no solo había que ejercitarla, sino también calcularla matemáticamente. La tenía especialmente tomada con el agua, cuya temperatura debía estar invariablemente a cincuenta grados para no morirse de frío ni tampoco quemarse en sus abluciones; el problema era que como Céleste, su aya, desconocía a qué hora le daba por lavarse el amo ese día, debía tener encendido el fuego de la cocina con agua hirviendo a todas horas. Al amo le ocurría lo que a Joyce, que nunca se lavaba con jabón, y su ropa interior debía estar, previamente a su puesta, templada en el horno de la cocina. Los pañuelos de nariz, por ásperos, no debían ser nuevos, sino usados, aunque no se sabía antes por quién. Como el amo siempre tenía frío, incluso en verano, Céleste debía calentar bolsas de agua que luego le colocaba alrededor del cuerpo cuando se ponía a escribir. Además, como el amo no soportaba los timbrazos del teléfono, razón por la cual había dado de baja la línea tiempo atrás, Céleste se pasaba el día subiendo y bajando a un café cercano para dar y recibir señales de vida del amo en su cabina telefónica. En su libro *Monsieur Proust*, Céleste Albaret recordaba a su amo dedicando en casa a las damas de alta sociedad ejemplares de *Por el camino de Swann* mientras murmuraba desencantado: «No los leen. De todas formas, si los leyesen tampoco los comprenderían».

Una de las —seguramente— muchas manías de Miguel de Unamuno solía exhibirla en las cafeterías, y de ella dio buena cuenta César González-Ruano, al que, salvo los exabruptos, no se le escapaba nada. «Tomaba, por ejemplo, una taza de café. Pues bien, apartaba un terrón de azúcar, revolvía el resto, lo tomaba a pequeños sorbos haciendo ruido... Luego, cuando la taza estaba vacía, echaba el terrón reservado y un poco de agua, revolvía aquella porquería y la apuraba de un trago». No estaba González-Ruano para sacar los colores a nadie cuando él mismo era una mezcla del arco iris entero. Así es como un día confesó al escritor Jesús Pardo su costumbre de sisar en las casas —salvo en las de sus amigos, precisó— lo que Pardo escuchó aterrado, teniendo como tenía alojado en la suya a Ruano por aquellos días. Una vez comprobado lo buen hombre que era Pardo, al asegurarle que no acudiría a la Policía, cogió carrerilla González-Ruano y, en el colmo de la camaradería, le contó con pelos y señales cómo se había desarrollado la —por desgracia— última visita girada a la novia de su hijo, una moza de buen ver que había empezado por llamarle don César para terminar con un agridulce «abuelito». Contratada para limpiar en una casa bien de Londres, allí recibió un día la chavala a su futuro suegro aprovechando que los dueños se habían ido al campo, básicamente para hablar de sus planes de futuro con su hijo, un futuro que se fue por el sumidero cuando, al servirle el té, dejó al descubierto sus muslos por

descuido, y por descuido se desmadró la cosa en el sentido más procaz de la palabra. No perdió Pardo la oportunidad de llevar semejante caramelo a su libro de memorias *Autorretrato sin retoques*: «Me puso de un cachondo...», le contaba González-Ruano, tras lo cual —relataba Pardo— «se desabrochó la bragueta y se masturbó como un loco ante los ojos espantados de ella. [La chica] acabó saliendo a todo correr a la calle, hasta encontrar un taxi».

DO NOT DISTURB!

La necesidad de no ser molestados en sus arrestos domiciliarios y de convertir el interior del cráneo en una fortificación de corcho era común a la mayoría de los escritores. No, los ruidos no eran bienvenidos: impedían escuchar el crujido de los pasos de las musas al aproximarse.

Cuando con 29 años Henry David Thoreau se construyó una cabaña cerca del lago Walden (Concord, Massachusetts) para poder escribir aislado del mundo no colocó en ella más de tres sillas, no solo por las reducidas dimensiones de la cabaña, sino también por las reducidas dimensiones de sus necesidades afectivas. Así es como decía que una silla era «para la soledad, dos para la amistad, tres para la sociedad» (*Walden*, cap. 6. Visitas). Nunca hubo espacio para una cuarta. Teniendo en cuenta que Thoreau y su amigo Ralph Waldo Emerson vivían a medio kilómetro de su casa, más «otros dos o tres amigos en el pueblo [Concord]», aseguraba tener con ello más que cubierto el cupo de compañías.

Dostoievski no fue en su juventud culo de asiento mullido. Tanto en su época de estudiante en la Academia de Ingenieros de San Petersburgo como en los años que siguieron a su salida se le pueden calcular no menos de veinte domicilios diferentes, preferentemente haciendo esquina y cerca de una iglesia, condición esta inexcusable. Para Dostoievski la gente no era ningún problema, salvo cuando no respetaba una distancia de en torno a los cincuenta metros. En su *Diario de un escritor* cuenta cómo cuando viajaba en tren siempre se llevaba con él un montón de libros y periódicos para así no tener que hablar con sus compañeros de vagón. La intrascendencia del prójimo...

Para actos de amor, Proust ya tenía los que surgían bajo su pluma; los demás le sobraban, mucho más si provenían del otro lado de la pared. Cuando en mayo de 1919 (48) se mudó a un piso en la rue Laurent-Pichat logró por fin ese silencio tan añorado para trabajar, pero eso solo se hacía posible mientras sus vecinos reparaban fuerzas entre desenfreno y desenfreno. Incapaz de llamarles la atención, a Marcel solo le quedaba

desahogarse por carta al escritor Jacques Porel: «Los vecinos del otro lado del tabique hacen el amor todos los días con un frenesí que me da envidia. Cuando pienso que para mí esa sensación es más débil que beberme un vaso de cerveza fresca envidio a la gente que puede lanzar gritos tales que la primera vez pensé que se trataba de un asesinato, aunque muy pronto el grito de la mujer, repetido en una octava más baja por el hombre me tranquilizó al respecto».

Henry Miller. París. Anda escribiendo sus *Trópicos*. Odia que lo molesten mientras teclea con furia en la máquina de picar. La vida es corta y los trópicos largos, aunque por suerte son solo dos, de lo contrario abordaría el horóscopo completo. En su aritmética obligada las visitas están de más. Incluyendo a los amigos. En la puerta cuelga por la parte de afuera cartelitos para que los distraídos se den por enterados: «Si tienes que llamar, llama después de las once de la mañana». Otro: «Estoy fuera, posiblemente por una quincena». Pero si llamabas después de las once tampoco te abría. Y no, no estaba fuera; siempre estaba dentro, dentro de su obra, de su espíritu imbatible y de su inspiración ingobernable. El signo de cáncer había supuesto un signo para los nuevos tiempos literarios. El de capricornio ya estaba próximo a arribar; era la bala en la recámara para rematar todo lo que el cáncer había dejado vivo.

PREFIRIENDO LA INJUSTICIA AL DESORDEN

Es bien conocida la patada con que Goethe despidió a la Justicia por decir que prefería mucho más el orden. El amor por el orden de muchos escritores solo podía merecer una recompensa en el cielo, porque, lo que se dice en la tierra, constituía una tortura para los que estaban alrededor.

Lewis Carroll era extremadamente severo con el orden de las cosas, sujetas en sus vidas anteriores a alguna evolución kármica que se escapaba a los demás. Su sobrina, Violet Dodgson, tuvo la oportunidad de auscultar de cerca aquella enfermedad, revelando que el mayor reproche que recibió de tío Lewis fue cuando un día se dejó un libro abierto boca abajo sobre una silla. Tío Lewis también llegó a escribir al gerente del Covent Garden para proponerle una mejora en la llegada y salida de los carruajes en las tardes de concierto o de teatro para evitar atascos y concentraciones. Ni siquiera se libraron las pistas de tenis de su hambruna intervencionista, considerando injustas las reglas de los torneos sobre hierba, llegando a proyectar un reglamento para mejorarlas. Aún dos años después escribía a *La Gazette* una carta titulada *Las falacias de los torneos de tenis sobre hierba*, publicada el 1 de agosto de 1883 y completada días más tarde con

un panfleto que llevaba por título *Los torneos de tenis sobre hierba: método correcto de conceder premios*. Como buen inglés adoraba el té, y ya no digamos sus prolegómenos; su forma de prepararlo era harto peculiar, paseándose con paciencia por la salita tetera en mano mientras la agitaba durante diez minutos exactos para lograr la mezcla adecuada. Ya había empezado a escribir cosas raras en 1860, cuando apareció su primer libro, que nada tenía que ver con la literatura fantástica, prefiriendo hacer más feliz a la humanidad traduciendo a lo largo de 154 páginas parte del álgebra de Euclides y desarrollando a lo largo de otras 19 páginas fórmulas de trigonometría plana con símbolos en lugar de palabras, todo ello con el fin de expresar las «razones trigonométricas». Por suerte para todos, apareció Alicia poco después y le mostró el único país que merecía la pena.

La obsesión de Proust por la higiene personal llegó a ser preocupante, no tanto para él como para los demás. Su pánico al contagio de los gérmenes era tal que, de anfitrión modélico, pasó a convertirse en anfitrión ridículo, recibiendo a sus visitas tendido en la cama y enfundado en unos guantes que no se quitaba hasta que se iban. Ese mismo pánico le llevaba a abrir la correspondencia con las cautelas propias de un artificiero en un cuidadoso proceso de descontaminación, depositando las cartas en una caja rellena de formol antes de abrirlas para culminar la tarea con las debidas garantías introduciendo el pliego en esa misma caja antes de proceder a su lectura. Cuando un 13 de mayo de 1921 (49) invitó a Gide (51) a visitarlo en casa lo recibió en una habitación donde «se ahogaba uno» del calor que hacía, según trasladó este a su *Diario*, y eso que acababa de salir de otra estancia mucho más caliente donde Gide había resistido despierto a duras penas.

Bertolt Brecht estaba obsesionado por dejar a la posteridad manuscritos limpios y sin tachaduras, inventando para ello una técnica a la que denominó «*pegatología*», consistente en cortar en tiras las líneas limpias e ir pegándolas en un segundo manuscrito limpio que, en realidad, era el primero, pero sobre las líneas tachadas. Su compañera del alma, Ruth Berlau, alucinaba literalmente: «No sé si con este método ahorraba realmente tiempo, porque era un trabajo artesanal (...). En esto era un tiquismiquis. Cuando sobraba alguna línea en una página, la cortaba y la pegaba en una hoja limpia que añadía a la página anterior. En la nueva página dejaba el margen superior y pegaba la línea que había cortado. Pegaba otra página en blanco y la cortaba por abajo, justo al mismo nivel que las anteriores. Me resulta difícil describir este procedimiento. Habría que ver los manuscritos». Y tanto.

8

LA DURA DESPEDIDA DE LA VIDA

ÚLTIMAS PALABRAS ANTES DEL ÚLTIMO PORTAZO...

Goethe dedicó toda su vida a reunir fuerzas para dejarlas morir una a una el último de sus días en una especie de suicidio colectivo. Fue ese el momento en que pidió luz, más luz, reclamo que su amigo el canciller Franz von Müller se aprestó a cumplir. Así lo contaba este en una breve nota que hizo llegar a Bettina Brentano: «La última cosa que pidió fue más luz; una media hora antes de su muerte ordenó que abrieran las ventanas con el fin de que entrara más luz». Sin embargo, no fueron esas sus últimas palabras, sino las penúltimas, como tampoco fue la de la luz su última petición, y es que, a punto de extinguirse, sintió cómo la mano de su nuera Otilia se desasía de la suya creyéndolo muerto, momento en que el moribundo la apretó y murmuró: «¡Vamos, mujercita! Deja que retenga un momento más tu querida manita». Goethe siempre había manejado perfectamente los tiempos. En efecto, solo dispuso de un momento.

Lord Byron se fue a lo tonto con 36 años, arañado de aventuras por una ilusión que empezó siendo un juego y terminó convirtiéndose en el descarrío de una obsesión. Su muerte no dejó solo la forja de un mito rebasado por lo literario, sino también, como mandan los cánones, un cadáver hermoso. Comentario del doctor Millingen y otros tres médicos que practicaron la autopsia al poeta: «No pudimos evitar quedarnos inmóviles, en silencio (...), admirando la perfecta simetría de su cuerpo que podía haber competido con el mismísimo Apolo». Ya agonizante en su lecho de muerte en Missolonghi, lord Byron abría los ojos y decía estas últimas palabras: «*My God. I fear his Lordship is gone*». Podría traducirse como: «Dios mío, me temo que el señor ha muerto».

Debió de ser hacia 1840 o 1841. Está en un restaurante de Roma comiendo con su amigo el pintor Abraham Constantin cuando, en un momento dado, quiere pedir algo tan sencillo como un vaso, pero la palabra no le sale, se escabulle, le araña la laringe y ofende a los millones de ellas que en todos esos años han brotado sin esfuerzo. Sabe que ha empezado a morirse y solo pide que sea muy despacio, ya que aún no ha escrito todo lo

que la inspiración le lleva dictado. Tiene publicadas algunas cosas, como *Rojo y negro*, pero no es suficiente. Sí, Stendhal comienza a morirse en esos dos colores, con predominio gradual del segundo...

La salud de Honoré de Balzac empeoró súbitamente en el año 1849; el 29 de noviembre anotaba en su diario que, a lo sumo, podía subir los veinte escalones que llevaban a su apartamento, «pero tres escalones más no podía». Y así llegó el 10 de agosto de 1850, día en el que dijo estar convencido de que se iba a morir. Los gritos se oían por toda la casa: «¡Que llamen a Bianchón! ¡Bianchón me salvará!». El tal Bianchón nunca acudió. Porque no existía. Solo era un personaje más de los 2.472 que, según el paciente cómputo del bibliotecario Marcel Bouteron, pululaban por *La comedia humana*. Médico de profesión, Bianchón no apareció. La parca sí, ocho días después. Balzac tenía 51 años.

Henry David Thoreau dio su adiós a los 44 años conectado a la naturaleza a la que tanto había servido y de la que tanto había recibido. Sus últimas palabras fueron: «Ahora viene buena navegación», seguidas de dos palabras sueltas, a modo de coda integradora: «Alce». «Indio».

Charles Dickens lleva unas horas sumido en honda confusión mental. Se siente mal, muy mal, y su viuda oficiosa, Georgina Hogarth, presiente que algo va a suceder. Le pide que se tumbe un rato y Dickens accede, pero lo hace desplomándose. Antes ha logrado decir: «Sí, en la tierra». Se va con 58 años.

Edgar Allan Poe abandonaba definitivamente la bebida un 7 de octubre de 1849, a los 40 años. A las cinco de la madrugada, momentos antes de expirar, dedicó sus últimas palabras al único ser que no se había interferido en su vida: «Dios se apiade de mi alma».

En marzo de 1866 Baudelaire sufre una hemiplejia que le paraliza el lado derecho del cuerpo. Entre otras cosas, ya no volverá a hablar. Las últimas palabras que logra farfullar son: «No» y «No, quita, quita». También: «Rediós». Muere el 31 de agosto de 1867 con 46 años.

Iván Turguéniev tuvo suerte de morirse en el año 1883, a los 62, para no tener que ver cómo veintisiete años después lo hacía su amor platónico, la soprano Pauline Viardot. En abril de 1882 el escritor sufría los primeros síntomas de un cáncer de médula que habría de conducirlo a la muerte por el carril lento un año y medio después. Para vencer los dolores se le hubo de suministrar una medicación que atemperaba el sufrimiento del cuerpo, pero, a la contra, espoleaba las fantasías de la mente, hasta el punto de tener que recibir tratamiento psiquiátrico. Alphonse Daudet informaba a los hermanos Goncourt que el neurólogo Jean-Martin Charcot estaba haciendo lo que podía con el buen Iván, si bien sin obtener resultado alguno:

«Continuamente se veía atacado por soldados asirios que le querían arrojar a las piernas un bloque de piedra de las murallas de Nínive», les contaba cariacontecido.

George Sand, antes de las pertinentes palabras de despedida a sus hijos, brindó las penúltimas no a las praderas de Nohant, ni a los árboles entre los que otrora paseara con Liszt o Flaubert, sino a la despensa de la cocina: «Dejad verdura». Lo pidió a los 71 años.

Flaubert no aprovechó sus últimas palabras para hacer un último acto de magia, ya que se le colgó de la boca un topónimo y ya no supo salir de él, si es que hacemos caso a su criada, testigo del derrame cerebral que lo condujo a la muerte sin darle un momento de tregua: «Ruan... No estamos lejos de Ruan... Hellot... Los conozco a los Hellot». Ruan era la localidad más cercana a Croisset, donde él vivía. En cuanto al enigma de Hellot fue su buen amigo Guy de Maupassant quien se encargó de resolverlo. Era un médico de Ruan.

Corría el año 1889 cuando en Camden (Nueva Jersey) se inauguró un nuevo cementerio: Harleigh, en las afueras de la ciudad. Su director ofreció a Walt Whitman una parcela gratis en cualquier trozo de tierra que escogiera a cambio de «un poema sobre el lugar», trueque que Whitman aceptó encantado, solo que la Providencia cumplió con Whitman al llevárselo en marzo de 1892, pero no Whitman con la gerencia, a pesar de lo cual su cuerpo fue enterrado allí donde había elegido: la ladera de la colina que descendía hasta Cooper's Creek. No fuera a ser que aún quedaran versos inéditos en el poeta, se le extrajo al cadáver el cerebro para analizarlo en la Sociedad Antropométrica Americana, fundada para estudiar cerebros de alto nivel, comprobándose que el suyo se trataba de un cerebro anormalmente grande, pero solo hasta que al ayudante del laboratorio se le cayó al suelo y lo destrozó, dejando desparramados heptasílabos y alejandrinos por doquier. Mejor suerte tuvo Turguéniev cuando, a su muerte en 1883, le extrajeron el cerebro de una sola pieza para pesarlo, arrojando un resultado de 2.021 gramos, muy superior a la media.

Robert Louis Stevenson se fue a los 45 años con la mirada puesta en Fanny, su mujer, como no podía ser de otra manera. Vailima, Samoa, un 3 de diciembre de 1894. Un día como otro cualquiera, diferenciado solo de los anteriores en que es el último. Robert cuenta a Fanny que tiene proyectada una gira de conferencias por Estados Unidos aprovechando el vigor que su organismo, siempre enfermo, le concedía por aquella época a modo de tregua. Un año antes Stevenson escribía a su amigo George Meredith: «En catorce años no he disfrutado un solo día de auténtica salud; me levantaba enfermo y me acostaba rendido, pero hacía mi trabajo sin

pestañear. He escrito en la cama y fuera de la cama; he escrito con hemorragias; he escrito desgarrado por la tos; he escrito con desvanecimientos de debilidad (...)». Heroico, sin duda, pero todo héroe, salvo en los tebeos, tiene su final, y por ese final apostaba algún día, si bien inflado como una bandera en toda su apoteosis, y es que Stevenson hubiera querido tener un reino por un día para morir a lo grande, como lo hizo Jorge V de Inglaterra un 20 de enero de 1936 tras preguntar a su secretario cómo se encontraba el Imperio, tranquilizándole este con las últimas palabras que el rey escuchó: «El Imperio, señor, se encuentra bien». Así lo explicaba Stevenson en una de sus cartas: «Si al menos pudiera asegurarme una muerte violenta, ¡qué hermoso triunfo! Yo quiero morir con las botas puestas (...), morir ahogado, de un disparo, cayendo de un caballo..., sí, hasta morir ahorcado, antes que pasar por esta disolución lenta».

Y ese día llegó. Y nada tuvo que ver con su sueño de ínfulas triunfales. Deseando el matrimonio cenar ese día una ensalada con un buen tinto de Borgoña, estaban charlando animadamente en la bodega mientras Fanny elegía la botella apropiada cuando el rostro de su marido se contrajo y, llevándose las manos a la cabeza, preguntó: «¿Qué es esto? ¿Tengo una expresión extraña?». Fueron sus últimas palabras. Acto seguido caía de rodillas junto a su mujer para morir cuatro días después sin recobrar la conciencia y con la cabeza reposando en un almohadón regalo del hijo de Percy B. Shelley. Los jefes samoanos lo enterraron en lo alto de una colina donde se prohibió para siempre el uso de armas de fuego para no espantar a los pájaros cuyos trinos tanto bien habían hecho en vida a «Tusitala», como así lo llamaban en la isla: «El que cuenta historias». Fanny dejó este mundo para incorporarse al de su marido veinte años después, abatida, como él, por un derrame cerebral. En la placa de su tumba figuran grabados los versos que Robert escribiera para ella: «Maestra, amorosa amiga, esposa, / auténtica compañera en el viaje de la vida».

Oscar Wilde murió a los 46 con un golpe de gracia en la boca. No me refiero al garrote vil, sino al garrotazo satírico con el que, tendido en la cama, se despidió de sus acreedores en un hotel de la Rue des Beaux-Arts al recibir una última factura impagada: «Muero por encima de mis posibilidades», se dice que dijo.

Al final de su vida pudo Antón Chéjov, por fin, responder a las cuestiones más espinosas de la existencia. Carta a su esposa Olga el 20 de abril de 1904, tres meses antes de morir a los 43 años: «Me preguntas: ¿qué es la vida? Es como si me preguntases: ¿qué es una zanahoria? Una zanahoria es una zanahoria y no sé más de ella». Pero llegó el 15 de julio de 1904 y, mientras agonizaba en su cama, hizo un repaso mental a

cuestiones pendientes, encontrándose con una más que insultante, como era el mucho tiempo que llevaba sin beber champán, así que se hizo servir por su médico una copa, la apuró y, volviéndose del lado derecho, se dispuso a morir, lo que logró unas horas más tarde. Sus últimas palabras fueron: «Hace tiempo que no bebo champán».

Katherine Mansfield no pudo determinar —¡obvio!— el momento exacto de su muerte, pero sí el momento exacto en que empezó a morirse con Shakespeare y sangre en la boca, un colutorio al alcance de muy pocos. Fue en la mañana del 19 de febrero de 1918 (29), al pegar un salto a la cama desde la ventana tras abrir los postigos mientras recitaba al de Stratford: «He aquí la dulce alondra, cansada de reposo». Lo que ocurrió después ya lo llevó a su *Diario*: «El salto me ha hecho toser —he escupido —, tenía un gusto extraño, era sangre de un rojo vivo. Desde entonces he seguido escupiendo cada vez que toso». La percepción de que la muerte estaba ahí, agazapada en el interior de una burbuja más grande que las otras, le provocaba temblores, aunque Kathy se esforzó en hacernos creer que era una cuestión de decencia literaria, más que de temor a la muerte en sí: «Y mi trabajo no estará terminado. Esto es lo que importa. Sería intolerable morir... dejar fragmentos, esbozos..., nada verdaderamente acabado». Solo trataba de mentirse a sí misma, sin lograrlo; el tiempo terminó poniendo la burbuja grande a la cabeza y el resto de ellas como furgones de cola. Entrada del 17 de diciembre de 1919: «Durante dos años he estado obsesionada por el miedo a la muerte. Este miedo ha ido aumentando, ha ido aumentando, se ha vuelto gigantesco, y esto era lo que me hacía agarrar a la vida con tanta fuerza. Desde hace días ha desaparecido, ya no me atormenta. La muerte me deja completamente fría».

Pero días después esa temperatura desciende y, más que un fenómeno literario, Kathy parece más bien un fenómeno atmosférico, una sucesión de gotas frías. Entrada del 8 de enero de 1920: «Espantosa sensación de aislamiento. Me moriré si no consigo evadirme. Asqueada, débil, helada de tanto padecer. De una manera u otra tengo que sobrevivir a este horror». Tres días después: «He acabado mi novela (...). Estos son los peores días de toda mi existencia». Poco a poco, las entradas del diario cobran la apariencia de salidas... La de 20 de febrero de 1920 es el anticipo de una despedida: «Hoy presiento que me moriré pronto y de repente; mas no de tuberculosis». La «salida» del 10 de octubre de 1922 ya es una declinación del verbo apagarse: «Mi espíritu está medio muerto. La fuente de mi vida ha menguado tanto que está casi seca. Todos los progresos de mi salud no son más que ficción, comedia». John M. Murry, en su día marido suyo, estaba a su lado cuando murió el 9 de enero de 1923: «De repente un gran

chorro de sangre salió de su boca. Parecía asfixiarla. Musitó: "Creo..., creo que me voy a morir"». Lo hizo pocos minutos después, con 34 años.

Joseph Conrad se fue a los 62 años deslizándose desde una butaca al suelo mientras gritaba: «¡Aquí!», o quizás «¡Aquí estás!», no refiriéndose precisamente a su mujer, que trajinaba en la habitación de al lado, perdiéndose aquella inquietante visita invisible.

La agonía de Chesterton. Punto, raya, raya, punto, punto. La Parca contactando con la presa en morse, llevándoselo y devolviéndolo en una especie de baile de San Vito, entrando y saliendo de un estado permanente de inconsciencia hasta que ya nadie le abrió la puerta. El último momento de lucidez lo aprovechó para despedirse de las dos personas más importantes para él: su mujer, Frances, y su secretaria, Dorothy, a quien quería como la hija que nunca tuvo. A la primera le dijo, «Hola, cariño». A la segunda, «Hola, querida». En esas tres palabras se concentraba la película de su vida, sin necesidad de más fotogramas. Su buen amigo Bernard Shaw escribió a la viuda: «Me parece lo más ridículo del mundo que yo, dieciocho años más viejo que Gilbert, esté sobreviviéndolo descorazonadoramente». La viuda siguió a Gilbert dos años después, incapaz de desactivar la pena sin errar el color de los cables. Bernard Shaw se preguntó entonces: «¿De qué murió Frances? ¿De viudedad?».

Petrarca afirmaba que cada cuatro años sucedía algo importante en su vida. Fernando Pessoa, por su parte, añadía uno más. Precisamente, sus últimas palabras rodaron de los labios en un año terminado en cinco; las dirigió a la enfermera que le atendía en el hospital del Barrio Alto lisboeta donde estaba ingresado tras sufrir un cuadro de *delirium tremens* asociado a cólicos hepáticos. «Déjeme mis gafas». Así de simple. Quizás necesitaba más luz, como Goethe. Con ella o sin ella, pudo escribir su última frase: «No sé lo que el mañana me traerá». Moría minutos después, abrazado al presente.

Scott Fitzgerald se fue a los 44 años mientras dictaba su última novela a su secretaria y compañera Sheila Graham, debilitado por un cuadro de preocupantes desvanecimientos sufridos en los días anteriores asociados a una insuficiencia cardíaca. Comía una barrita de chocolate mientras esperaba al médico cuando, súbitamente, se puso de pie, se apoyó en la repisa de la chimenea y se desplomó sin vida.

Visto lo visto, no había nada como morir con las metáforas puestas, de orgía en orgía con las musas hasta el aliento final. Kavafis, al parecer, lo logró. Se dice que estaba agonizando cuando pidió a su amigo Rika Singopoulos que acudiera presto a la biblioteca municipal para consultar un dato de cuya fiabilidad histórica dependía su último poema. En junio de

1932 (68) le había sido diagnosticado un cáncer de laringe que el poeta sobrellevaba con el pánico agarrado a un platillo y la apostura de pie en el otro, de ahí que pesara más esta que aquel cuando, mudo ya para el resto de sus días tras la práctica de una traqueotomía, le fue ofrecida una laringe de metal que rechazó flemático, prefiriendo comunicarse con sus semejantes a través de notas manuscritas, como Beethoven. Transcurrió su convalecencia en una clínica de la Kifisia ateniense en la que los objetos más perversos no eran el gotero de suero o los apósitos de la papelera, sino las montañas que se veían a través del ventanal: «Me molestan», aseguraba. Llegado el mes de octubre regresó a su casa de Alejandría, donde mantuvo a raya la *forza* del destino, pero solo hasta la primavera siguiente, en que se derrumbó. «Solo una vez —testimonió su amigo Rika Singopoulos— lloró Kavafis a lo largo de su horrenda enfermedad. Fue el día en que iba al hospital. Le llevamos una maleta pequeña para que cogiera algunos papeles, cogió las dos carpetas en que estaban sus poemas y unas pocas mudas que necesitaba. Cuando vio la maleta las lágrimas le vencieron. Intentamos calmarle en aquel momento desgarrador en que dejaba para siempre su casa. Tomó el cuaderno y escribió en él: “Compré esta maleta hace treinta años, apresuradamente, una tarde, para irme a El Cairo en busca de placer. Era yo fuerte y joven, entonces, y no mal parecido”. Murió a las dos de la madrugada el día en que cumplía 70 años.

Si morirse ya es la peor cuesta arriba que existe, más difícil es hacerlo dejando aquí abajo descendencia tras haberla visto crecer tan solo en estatura y no en todo lo demás. El hijo de William Butler Yeats recordaba que cuando los médicos le dieron a su padre tres años de vida tras diagnosticarle una afección cardíaca comentó a su esposa: «Es una deshonra para la familia que haya de morirme tan pronto».

Malaparte. La habitación 32 de la clínica romana Sanatrix es una de las más famosas del mundo por el ilustre personaje que en ella agonizó durante meses, convirtiéndola en un circo por donde pasaron toda suerte de trapecistas, fieras, payasos y dispensadores de refrescos, incluyendo algún domador, como el padre Felix Morlion, polémica figura religiosa de la época, que entró en la habitación exigiendo a su morador, Curzio Malaparte, la conversión al cristianismo y la expiación de sus pecados para así evitar la condenación eterna. El hermano del escritor lo echó al pasillo sin contemplaciones. El agregado de Prensa de la embajada de Polonia, Tadeusz Breza, reprodujo lo que escuchó decir al papa Pío XII cuando se enteró del incidente: «A Malaparte no se le puede convertir por el miedo».

ARRANCÁNDOSE LA VIDA

La principal tentación para Emil Cioran era la de existir, pero para muchos de sus colegas la tentación más tentadora era dejar de hacerlo, decidiendo irse por la propia mano y no por la de la Providencia o la del azar, según la religiosidad de cada cual. En definitiva, que la tentación no vivía arriba, sino bajo tierra, y es que había escritores tan deseosos de abrazar la muerte que las cosas no parecían decirlas a título personal, sino a título póstumo.

Una vez tomada la decisión de suicidarse, Heinrich von Kleist acordonó visualmente la escena y descubrió lo deprimente que resultaba hacerlo en solitario, así que convenció a su buena amiga Henriette Vogel —afectada por un carcinoma incurable— para acompañarle en el viaje tirando de una labia de la que ni el mejor leguleyo habría sido capaz. La partida de Kleist carecía de mérito suficiente: se iba sin dejar atrás nada ni a nadie, pero sí Henriette, nada menos que un marido y una hija. Todo sucedió a orillas del lago Wannsee, cerca de Berlín. Los cuerpos fueron descubiertos por la doncella de la posada donde los suicidas habían pasado la noche, a unos cientos de metros de allí. La mujer había cruzado risas y bromas con la pareja como si la vida fuera para largo y no, en realidad, para arriba. Cuando al día siguiente se acercó al paraje para llevarles bebidas (café y ron) todo aparentaba ser normal: estaban cogidos de la mano y se llamaban «mi niño» y «mi niña». Minutos después se pegaban un tiro.

A Gérard de Nerval se lo encontraron paseando por las calles de París un 20 de enero de 1855 (46) descuidadamente vestido y con un cordón que él aseguraba pertenecer tanto a *madame* de Maintenon como a la reina de Saba. En la mañana del 26 de enero fue descubierto colgado de un barrote de hierro usando aquel mismo cordón que en las manos no valía gran cosa, pero ceñido alrededor del cuello ya procuraba una parcela en el reino de los cielos. Llevaba puesto un sombrero de copa. Si había algo que Nerval no puso nunca en duda era que el último tránsito había que hacerlo con elegancia.

El poeta Mário de Sá-Carneiro se quitó la vida un 26 de abril de 1916 tras venir avisando desde hacía tiempo, aunque sin reunir la suficiente audiencia. Carta a Fernando Pessoa el 31 de marzo de ese año: «A menos que ocurra un milagro, el próximo lunes 3 de abril tu Mário Sá-Carneiro tomará una fuerte dosis de estricnina y desaparecerá de este mundo (...). He dado ya lo que tenía para dar». Carta del lunes 3 de abril: «Hoy me mataré arrojándome al metro (más bien en la línea Norte-Sur) en la estación Pigalle». El 18 de abril aún escribía a Pessoa una carta rogándole que le escribiera —«te lo suplico de rodillas»—, si bien por entonces Pessoa andaba centrado en los cuidados de su madre tras sufrir un derrame cerebral. El día 26, no recibiendo respuesta de Dios ni de los hombres, Sá-

Carneiro se ponía un elegante esmoquin y, a punto de cumplir los 26, soplaba hacia atrás todas las velas ingiriendo el contenido de cinco frascos de estricnina. Pessoa se limitó a llorarlo y a increparlo dulcemente por haberlo confundido con los Reyes Magos cuando recibió una carta en la que su amigo le rogaba que en su entierro llamasen a payasos y acróbatas, reclamando además que un caballo enjaezado al estilo andaluz tirase de su ataúd. Pessoa se quedó con los brazos colgando. Ni su fama ni su dinero daban para tanta algarabía...

Vladimir Mayakovski encarna la predicción infalible de un poeta visionario, habiendo escrito en el año 1916 un poema titulado *El hombre*, donde puede leerse este verso: «Mi corazón busca el balazo y la garganta delira con una navaja». Se suicidó el 14 de abril de 1930 con el método más infalible de los dos, al dispararse una bala en el corazón. Tenía 36 años.

El checo Ernst Weiss se suicidó el 15 de junio de 1940 en la habitación de un hotel no bien los alemanes entraron en París, sin que de nada sirviera el visado para Estados Unidos que Thomas Mann y Eleanor Roosevelt habían obtenido para él. Uno de los escritores que más lamentaría su muerte sería Stefan Zweig, quien se dolía de que al final se fueran «¡siempre los mejores! ¡Siempre los más honrados!», empezando por él mismo, que puso fin a su vida el 22 de febrero de 1942, a sus 60 fértiles años, por negarse a presenciar el triunfo de un nazismo que para entonces ya le había calado hasta los huesos.

Zweig era otro que venía avisando desde antiguo y sin género de duda. Carta de diciembre de 1918 a Romain Rolland desde Suiza: «Hay momentos en que me pregunto si vale la pena seguir viviendo durante los próximos veinte años». Zweig odiaba a Alemania por causar la guerra y a los judíos de Austria por lucrarse valiéndose de ella. Así pues, se veía como un ejemplar de lo más pintoresco, engranada la marcha atrás en una huida hacia delante un tanto desconcertante, al ser «un judío austriaco autor en lengua alemana». En fin, Zweig superaría el final de la Primera Guerra Mundial, pero ya no el principio de la Segunda. Carta fechada el 22 de julio de 1941 (59) desde Nueva York al coleccionista de manuscritos Heinrich Eisemann: «Me siento extraordinariamente cansado y deprimido, las dificultades son cada vez mayores». Un mes después ya estaba instalado en Brasil, junto a su compañera Lotte, de 33 años, quien compartiría con él el único antídoto sensato para tanto sufrimiento, aquel cáliz lleno hasta las heces del barbitúrico Veronal. Desde allí escribía a Eisemann: «Ya no pienso en libros ni en autógrafos, todo eso pertenece a una vida anterior que nunca volverá, una vida donde la belleza tenía su valor y yo tenía

tiempo y ocio para disfrutar de ella». Uno de sus últimos escritos antes de morir se titulaba *Disposiciones sobre mi perro*, un *yorkshire* de un año que le habían reglado en su último cumpleaños, tres meses atrás.

Días después de su muerte, Friederike, su exmujer, recibía del escritor una carta fechada el mismo día de su fallecimiento en la que culpaba a la guerra de su decisión, anteponiendo la fatiga a la cobardía para justificar un final que no buscaba honrarlo, sino excarcelarlo: «Te escribo estas líneas en mis últimas horas. No puedes imaginarte cuán aliviado me siento desde que tomé esta decisión (...). Ten coraje, ahora que sabes que estoy tranquilo y feliz. Con amor y amistad, Stefan». Thomas Mann fabricó una teoría propia acerca de su suicidio. Personalmente, desconozco si se reservaba alguna información privilegiada o, más bien, una tendenciosidad sin privilegio alguno. En una carta de 25 de febrero de 1942, con el cadáver de Zweig aún caliente, escribía a la periodista y filántropa Agnes E. Meyer: «Yo sospecho que en ello ha intervenido el sexo y que era inminente algún escándalo. Él corría peligro en ese aspecto». Nada hay como embarrar la tierra para hacer más fácil la excavación de una tumba.

Lamentación de Virginia Woolf en su *Diario*: «[La muerte es] la única experiencia que nunca describiré». Estoy convencido de que pudo describirla, pero se llevó con ella el resultado. Se fue río adentro un 28 de marzo de 1941, a los 59 años, tras haberlo intentado años antes sin poner la pericia suficiente. Ese día dejó escritas dos cartas, una dirigida a su marido y otra a su hermana Vanessa. La de Leonard terminaba así: «No creo que dos personas pudieran haber sido más felices de lo que nosotros hemos sido». Últimas palabras de la carta a su hermana: «He luchado, pero ya no puedo más». Leonard enterró sus cenizas al pie de uno de los dos olmos que tenían plantados en el jardín, llamados Leonard y Virginia. En enero de 1943 un vendaval arrancó uno de ellos. El otro se secó diez años después.

Las parejas de antónimos a veces son parejas muy mal avenidas, rompiendo relaciones de la noche a la mañana cuando ya no soportan la tensión de su antonimia. Bien/mal, todo/nada, frío/caliente, y tantas otras que desembocan en esa última antonimia en la que todas las demás se apagan: vivo/muerto. Klaus Mann, hijo de Thomas, escribía por carta un 20 de mayo de 1949 (42) desde Cannes: «No me va mal del todo: intento escribir». Al día siguiente se suicidaba ingiriendo una dosis mortal de barbitúricos. Hay voluntades que también están predestinadas, precisamente porque hay instintos que no se llevan en la torrentera de la sangre, sino crucificados en las neuronas. Ya a los 11 años Klaus había escrito una obrita teatral titulada *La tragedia de un muchacho*, sobre el suicidio de un escolar con el que, sin duda, él ya se identificaba por

entonces, sin que nunca le abandonara la atracción de la muerte propia como un momento culminante y pleno de significado, como un acto de liberación estético y mayestático. De todo ello gustaba hablar con el escritor estadounidense Julien Green en París corriendo el año 1932: «Él —recordaba Green— opinaba que la muerte tenía que ser algo magnífico, el momento más bello, ese gran momento en que uno sale de sí mismo».

Cesare Pavese se quitó la vida a los 42 años tumbado en la cama de la habitación de un hotel, eligiendo como última alocución al mundo unas instrucciones de corte un tanto moralizante que dejó por escrito: «Perdono a todos y a todos pido perdón. ¿Está claro? No cotilleéis mucho». Lo hacía un 27 de agosto de 1950 ingiriendo una dosis mortal de barbitúricos. Nueve días antes escribía sus últimas palabras en su diario, asemejándose en tal punto a un manual de instrucciones para los que quisieran emularle: «Basta un poco de valor (...). Parecía fácil al pensarlo. Y, sin embargo, lo han hecho mujercitas. Se necesita humildad, no orgullo. (...). Todo esto me da asco. Basta de palabras. Un gesto. No escribiré más».

En la familia Hemingway suicidarse era una especie de tradición que pasaba de padres a hijos. Además de Ernest también pusieron fin a su vida su padre, dos hermanas y una nieta. En su hacienda Finca Vigía de La Habana se encontró un legajo de cartas atadas con una goma y esta nota: «Para quemar en caso de que fallezca». Eran las cartas escritas a golpe de ira y rabia que no habían sido enviadas, a la espera de su enfriamiento para saber si su destino debía ser la papelera o la estafeta de correos.

No, no se puede entender que en agosto de 1970 Kimitake Hiraoka (45) esté felizmente tirado en la playa con su maravillosa esposa y sus dos hijos pequeños de nueve y once años. Escucha música pop y lleva un traje de baño ajustado con grandes hebillas en las caderas. Todo muy moderno, muy occidental, muy fotogénico. En un momento dado uno de los niños toma a papá el pelo por lo del bañador. «¿Por qué no haces un *striptease*, papi?», le propone divertido. Papá celebra la ocurrencia con una risotada. Después se mete en el mar con el pequeño, se tumban en una colchoneta y respiran tiempo sin que el tiempo ofenda ni desgaste. Todo apunta a la necesidad de seguir viviendo no eternamente, eso es imposible, pero sí ininterrumpidamente, aunque todo aquello no sea más que la cartografía de un trampantojo del que cada día arranca una capa, porque Kimitake Hiraoka ya ha resuelto quitarse la vida el 25 de noviembre, y así lo hace. Con una daga se abre el bajo vientre siete centímetros y medio, los intestinos fluyen desencadenados por fin de su mazmorra y, finalmente, es decapitado tras dos intentos malogrados. Kimitake Hiraoka era el nombre que se le puso tras nacer de su madre biológica, y Yukio Mishima el que

Kimitake se puso cuando a los 16 años se produjo su segundo nacimiento, esta vez de la literatura.

SUICIDIOS SIN MANUAL DE INSTRUCCIONES

En algunos la cosa se quedó en una intención más impertinente que pertinaz, pasándoles por la cabeza, pero solo para despeinarla un poquito...

El 19 de noviembre de 1952, recién cumplidos los 20 años, a Sylvia Plath le saltaban todas las alarmas, escogiendo a la de siempre para desactivarlas. Carta de ese día a su madre: «¡Estoy verdaderamente preocupada por mi estado mental!... Dios mío, mi vida es un lío. Y sé que me estoy volviendo loca. Todo es vacío, absurdo. Esto no es enseñanza. Es el infierno». En julio de 1953 Sylvia cometía el error de hacer una visita a su madre sin llevar falda larga, quizás por la época del año. Así testimonió Mrs. Aurelia aquel encuentro, en las *Letters Home* —que recoge la correspondencia de la poeta con su familia— recordando las piernas de su hija plagadas de cortes en un intento frustrado por quitarse la vida: «¡Solo quería ver si tenía agallas!», le explicó Sylvia emocionada. Finalmente, las tuvo, pero no en la cantidad suficiente. Se encontraba demasiado sola, y para un acto de insubordinación como aquel, más que compañía, necesitaba acompañamiento. Era distinto. Si no que se lo preguntaran a Kleist. El caso es que Sylvia tomó las manos de su madre y le dijo: «¡Hagámoslo juntas!». Y su madre le dio la razón, con tal de proveerle de alguna, así que se la llevó de la mano a un hospital psiquiátrico para recibir unas cuantas descargas de voltios que Sylvia asumió con deleite si servían para que aquello acabara como tenía que acabar: despertando al resto de las agallas dormidas. Aquella experiencia se trasmutó en un poema donde rabiaba: «Algún dios me agarraba por las raíces del pelo. / Y en sus voltios azules chisporroteaba». Al terminar una de estas sesiones dejó escrita una nota a su madre: «Salgo a dar un paseo largo. Volveré mañana».

El primer inciso era verdad; el segundo, el texto de su esquela. Ingirió el contenido de un tubo de somníferos y se echó a morir ocultándose debajo de la cama de su habitación en el hospital, donde perdió el conocimiento durante dos días hasta que allí la encontraron, en estado agónico. Su desaparición durante aquellas cuarenta y ocho horas hermanó a casi todos los rotativos: «Bella joven de Smith desaparece en Wellesley». Su proceso de recuperación fue largo y tortuoso, con tratamientos insulínico y electroconvulsivo que la dejaron para el arrastre, debiendo reaprenderlo casi todo, comenzando por las letras del abecedario. Se le enseñó cómo era la «a» y cómo la «n», y cuando un día pudo sumar la «d» para formar la

palabra *and* el abecedario echó de nuevo a andar tropezando por todas las esquinas de la desesperación, formando cada día una palabra nueva para congraciarse con la vida como si fuera una torpe extranjera recién llegada.

Pero eran tantas cosas a las que regresar que tantos caminos de vuelta solo formaron un laberinto del que Sylvia prefirió salir hacia arriba. Era lo más práctico. Sumó motivos para no hacerlo, pero la cuenta le dio negativo: dos hijos pequeños incapaz de mantener, una obra literaria que no acababa de imponerse, tendencias suicidas siempre latentes y no resueltas, el abandono de aquel emperador que había sido su marido... Le puso a todo ello solución metiendo la cabeza en el horno de la cocina y abriendo la espita del gas, previa ingesta de un puñado de somníferos. Antes se preocupó de cubrir con toallas mojadas las rendijas de las puertas para que el gas no alcanzara a sus pequeños, de quienes se había despedido dejando dos vasos de leche junto a sus camas, para que ese día, además de no pasar pena, no pasaran sed.

Isak Dinesen trató de suicidarse en una época de especial disturbio interior para ella, con su granja africana vendida al no poder afrontar el pago de la hipoteca y su amante Denys Finch Hatton alejado de su vida para siempre, una pinza cuyo dolor no quiso soportar. Se cortó las venas en casa de unos amigos, previas disculpas que dejó escritas en una nota. A pesar de toda la sangre que perdió, Isak siguió viviendo. Corría el año 1930, tenía 45 años y su *Out of Africa* estaba muy cerca de ser concebida.

También Paul Valéry accedió a la lista de aquellos que un día quisieron suicidarse, pero no lo suficiente como para tener que morirse y perder con ello la posibilidad de volver a intentarlo algún día. La información es de primera mano y viene de la librera más famosa: Sylvia Beach. De joven el poeta malvivió en Londres durante una temporada, arriscado en un cuchitril infecto, sin dinero, sin aspiraciones y con la inspiración más aspirada que los ácaros en casa de un alérgico, roto por dentro y desganado por los cuatro costados, de manera que no le quedó más remedio que suicidarse. Lo que ocurrió fue que al abrir el armario para coger la pistola se cayó a sus pies un libro. Años después Valéry solo recordaba, y con vaguedad, el nombre del autor, algo así como Scholl, *no sé qué* Scholl, decía. Consecuencia: se divirtió tanto con su lectura que le regresaron las ganas de vivir. Sylvia buscó denodadamente algo del tal Scholl en los catálogos disponibles de su librería, pero no encontró nada de nada.

Los Woolf eran más derrochadores; no tenían una pistola cargada en el armario, como Valéry, o sobre la mesita de noche, como Katherine Mansfield, sino el depósito de su coche lleno para encerrarse con el motor

arrancado en el garaje y dejarse ir con los pulmones cargados de monóxido de carbono. Así fue como diseñaron su propia muerte en 1940, un año en el que los alemanes amenazaban con irradiar los tentáculos de su esvástica a lo largo y ancho de Europa, fratricidio que los Woolf no estaban dispuestos a presenciar, por no hablar de que la Oficina de Seguridad Central de Heinrich Himmler había elaborado una lista de judíos a detener en cuanto la ocasión lo propiciara, en la que el nombre de Leonard Woolf figuraba escrito con letras de oro. Apunte del 9 de junio en el *Diario* de Virginia: «Campos de concentración. De modo que a nuestro garaje». Unas líneas después: «Eso ocupa mis pensamientos en segundo plano detrás de corregir *Roger* [la biografía de su amigo Roger Fry que por entonces escribía] y jugar a los bolos (...). Otra reflexión: no tengo nada de ganas de irme a acostar al mediodía; esto en referencia al garaje».

Recién divorciado de Mia Bernoulli, su primera esposa, la segunda mujer de Hermann Hesse, Ruth Wenger, demostró ser muy buena en la carrera de relevos cogiendo con fuerza el testigo de su predecesora. La discordia pronto empezó a ser la marca de la casa, pero tal como los gatos suelen marcarla. Poco tiempo había transcurrido desde que Ruth y Hermann pisaran el altar cuando este intentó suicidarse, y es que lo poco de matrimonio que había catado le causaba los mismos retortijones de aquel primero del que ningún lavado de estómago le había sanado todavía. Se encontró a su lado, por toda compañía, un tubo vacío de Veronal. La pregunta de Ruth en el hospital fue muy simple: «¿Por qué lo has hecho?». Respuesta de Hesse, saliéndose por la tangente: «Me quería morir porque ya no me quieres». Esto no se lo creía nadie. Era más creíble la muerte como fuga subrepticia teniendo en cuenta que días antes había escrito a su amigo Hugo Ball: «Estar casado, que ahora debo aprender de nuevo, todavía no me sienta bien. Me dan ganas de salir corriendo, de marcharme a alguna parte a vivir solo».

Borges siguió los derroteros de Valéry a la hora de intentar suicidarse con un coeficiente de intención tan bajo como el perfil de algunos políticos. El primer ensayo lo llevó a cabo en 1934, a los 35 años, aprovechando la depresión por el abandono de su antigua amante, Norah Lange. Entró en una tienda de objetos varios donde lo mismo vendían revólveres que relojes de cuco y, no interesado en lo segundo por saber sobradamente que su última hora había llegado, se decantó por lo primero, solo que en el último momento le tiró más una Victrola preciosa que arraigaba en una estantería y, no disponiendo de plata suficiente para comprar las dos cosas, terminó por invertir mejor su dinero y su vida llevándose el fonógrafo y la vida a casa. Pero meses después, cansado de la Victrola y desesperado por un

insomnio que cada noche le visitaba de punta en blanco, decidió poner fin a sus días en febrero de 1935, esta vez de verdad, para lo cual se hizo con dos artilugios indispensables: una pistola para pegarse un tiro y una botella de ginebra para darse ánimos. Alquiló una habitación en un hotel, se quitó los zapatos, bebió la ginebra, escribió unos versos y el único gatillo que logró accionar fue el de los lagrimales, desamparado en su pinche cobardía. Lo único que logró el suicidio fue perseguirlo durante años en forma de idea con las piernas demasiado cortas, sin llegar nunca a alcanzarlo. Todavía en julio de 1982, a sus 82 años, quiso el maestro suicidarse en la habitación de un hotel madrileño, estando casado con María Kodama. Llenó de agua hirviendo la bañera, pero al meter un pie y comprobar lo mucho que quemaba cambió rápidamente de idea y postergó el extravío para otro día en el que los biorritmos estuvieran más distraídos y el agua no tan caliente. Llevó el pie vendado durante varios días.

No tenía ningún sentido que Albert Camus pretendiera quitarse la vida en junio de 1948 (34), célebre y aclamado como era tras la publicación de *L'Étranger* (*El extranjero*) en 1942 y *La peste* en 1947, y aún menos viéndolo embarcarse rumbo a Latinoamérica para disfrutar del continente durante dos meses buscando placer, distracción y aprendizaje. Saltó a cubierta en el puerto de Marsella tras despedirse de sus hijos, Jean y Catherine, e inició su viaje con Río de Janeiro como puerto de destino. En la travesía lo fue anotando todo —es lo que tenía ser escritor—, incluso la necesidad de quitarse la vida —es lo que tenía ser, además de escritor, existencialista—: «Por dos veces, idea de suicidio. La segunda vez mirando de nuevo al mar. Las sienes me arden horriblemente. Creo que ahora comprendo cómo se mata uno». Cuando en 1949 el compositor Dimitri Shostakovich hizo escala en Frankfurt de camino a Estados Unidos para hacer forzada apología del régimen soviético, lo primero que le preguntaron los periodistas (lo llamaban Shosty) fue si le gustaban más las rubias o las morenas. Cuando el 15 de julio del año anterior Camus llegó al puerto de Río una horda de periodistas lo abordó en el barco para preguntarle si era o no existencialista. Periodismo en estado puro según cada país. Por la noche un actor negro acompañó a Camus a un *dancing* y bailaron samba.

¡Quién diría que pocos meses antes se afanaba en quitar a otros de la cabeza la lóbrega idea, quizás para apropiarse de ella! Corrían los últimos meses de 1947 cuando uno de sus amigos de Argel, Jean Daniel, lo fue a visitar a la editorial Gallimard en París, donde Camus tenía despacho propio. Este le pidió que esperara a terminar una carta urgente dirigida a un admirador desconocido, a quien debía convencerle de que quitarse la vida

era el último recurso de un hombre cobarde. Cuando metió el pliego en el sobre salió, por fin, a buscar a su amigo: «Ya van diez esta semana», se excusó.

UNA DE DUELOS: EL HONOR BAJO TIERRA

Casanova tenía un corazón tan grande que lo mismo le servía para arrancar la honra a todas las mujeres que se le ponían por delante que para congraciarse con todos los hombres que lo deshonraban por detrás. Uno de estos fue un general con el que el seductor se batió a pistola, contando en sus *Memorias* cómo «le agujereé el vientre, pero curó en tres meses, de lo que me alegré mucho. Es un buen hombre».

Pushkin necesitaba de los duelos como una rana las piedras para ir saltando de una margen del río a la otra, si bien, para desgracia suya, el poeta los iba resolviendo sin morirse, de ahí que el aburrimiento le hiciera esperar el siguiente con la indiferencia de un tendero esperando por la entrada de algún cliente. Así lo demostró con un joven poeta de apellido Kukhelbecker, ofendido por unos epigramas atribuidos a Pushkin que corrían como la pólvora por el Ministerio de Asuntos Extranjeros, en el que ambos trabajaban en el otoño de 1818. Retado Pushkin a duelo con pistola, agració la suerte al ofendido con el turno del primer disparo, que fue a fallar mientras el ofensor comía tranquilamente unas ciruelas pasas, apenas pendiente de lo que sucedía enfrente. Tocándole después disparar a Pushkin este evitó hacerlo con la falsa excusa de que la nieve había obturado el cañón de su pistola, de manera que la arrojó al suelo y corrió a abrazar a Kukhelbecker felicitándose por que ambos siguieran vivos, inesperada noticia que celebraron tomándose un té en la Nevsky Prospekt. Finalmente, Pushkin pagaría con la vida el deshonor de su mujer tras hacer la corte a sus espaldas al barón Georges d'Anthès, cuñado del poeta desde que se casara con su hermana. El consecuente duelo tuvo lugar a pistola y a muerte. La bala del barón atravesó los intestinos de Pushkin, alojándose en su columna vertebral. Murió dos días después en su casa entre dolores terribles, tras despedirse de sus amigos, de su mujer y de sus cuatro hijos. Sus últimas palabras llegaban a los 37 años y eran dirigidas al doctor Dahl, cuya mano se resistía a soltar: «La vida ha terminado... No puedo respirar..., me ahogo».

Visto está que tener un duelo incrustado en el *curriculum vitae* sumaba en la época tantos puntos como hoy saber idiomas o tener permiso de conducir. Mark Twain también salió un día a buscar el suyo, ya que a sus 29 años se le iba a pasar aquel arroz si no se daba prisa. La presa elegida

fue el director del diario rival, el *Union* de Virginia, en insana lid con el suyo, el *Enterprise* de Virginia City. Con esta naturalidad lo cuenta en su *Autobiografía*: «En aquellos viejos tiempos batirse en duelo empezó de repente a convertirse en una costumbre en el nuevo territorio de Nevada, y para 1864 todo el mundo estaba deseando tener una oportunidad de practicar aquel nuevo deporte». La cita fue al día siguiente de producirse el desafío. Hora: cinco de la madrugada. Obstáculos: uno insalvable para Twain, y es que no sabía empuñar una pistola, así que comenzó a identificarse con ella hacia las cuatro. «Tendría que emplear una hora en practicar con el revólver y averiguar con qué extremo del arma debería apuntar al adversario». Finalmente, un feliz equívoco hizo que ninguno de ellos tuviera que empuñar otra cosa que la llave del periódico para iniciar la jornada de trabajo.

Quizás el duelo más extravagante en la historia de la literatura fue el que unió espalda con espalda a quienes tantas veces habían estado pecho contra pecho en cordial camaradería. Me refiero al duelo en el que se aventuraron Tolstoi y Turguéniev por un estúpido cruce de acusaciones y retractaciones disparadas en cartas recibidas a destiempo. Elegida la pistola para darse muerte, la noche antes Tolstoi se la pasó en vela, azuzado por los nervios y por la expectación, nada que ver con la noche siguiente, ya que Turguéniev, necesitando el resto de su vida para seguir escribiendo y cortejando a la cantante Pauline Viardot, había terminado por ofrecerle sus disculpas. Envalentonado, esta fue la orgullosa respuesta por carta de Tolstoi: «Usted me tiene miedo. Yo le desprecio y no quiero saber nada más de su persona». Corría mayo de 1861, lo que quiere decir que, de haberse celebrado el lance y haber muerto Tolstoi, nos habríamos quedado sin baratijas como *Guerra y paz*, *Anna Karenina*, *La muerte de Iván Illich* o *Resurrección*. Días después Tolstoi echaba mano de su *Diario* para rebajar el odio: «He tenido con Turguéniev una pelea notable y definitiva. Es un canalla, pero creo que con el tiempo terminaré por perdonarlo». Tres meses después lo que era creencia ya se había trasmutado en piedad: «Lo ofendí, perdóneme; no soporto la tristeza de tenerlo como enemigo», le escribía por carta.

Para Marcel Proust, honor y letra iban juntos, no habiendo mejor forma de defender la primera que con la espada inservible de la segunda. Así es, hasta Proust tuvo su duelo propio, fruto de una ofensa llevada a cabo por Jean Lorrain como autor de una publicación fechada el 3 de febrero de 1897 en *Le Journal* comentando la recién aparecida primera novela de Marcel, *Los placeres y los días*, en la que el crítico descolgaba por la fachada de atrás subrepticias referencias a la relación que el autor

mantenía con el también escritor Lucien Daudet. El duelo se celebró el 6 de febrero de 1897 (25). Armas: dos pistolas. Lugar: el bosque de Meudon, a las afueras de París. Hora... ¡Ay, la hora! Ahí estaba el problema, todo el problema para Proust, ya que su máxima preocupación, según confesó a su amigo Robert de Montesquiou, era tener que madrugar para vestirse y salir de casa, así que suspiró aliviado cuando sus testigos lograron que el lance se dejara para la tarde. Llegado el momento los duelistas se alejaron veinticinco pasos, se dieron la vuelta y consumaron el simulacro disparando cada cual al otro con una puntería manifiestamente cristiana, salvo en lo del amor al prójimo, ya que se fueron sin darse la mano. Muerto Proust años después, el escritor Paul Morand se ensañaba con los biógrafos por desdoblar su imagen tal como si fuera un pañuelo de damisela y no como lo que era en realidad: una cota de malla guerrera. Morand se afanaba en recordarles el coraje y la autoridad que Proust imponía allá donde iba: «Te miraba directamente a los ojos, con un aire un tanto desafiante, como D'Artagnan, con la cabeza erguida. Era muy valiente». Aún en 1920 el belicoso Proust le seguía cogiendo gusto a los duelos cuando retó al crítico Paul Souday por usar la palabra *feminine* para comparar su estilo literario con el del duque de Saint-Simon. Esta fue la nota que le hizo llegar: «De femenino a afeminado no hay más que un paso. Los que fueron testigos en mis duelos te dirán si soy blando como un hombre afeminado».

El joven Onofrio Solari Bozzi contaba cómo con 16 años había servido de adversario a un casi cincuentón Malaparte para practicar esgrima dos días antes del que fuera el último duelo del escritor. «Durante dos días seguidos estuvo entrenándose conmigo, mostrando que con cerca de cincuenta años podía hacer frente a un joven que tenía un tercio de su edad. Me sorprendió su agilidad, la agresividad de sus saltos, la precisión y presteza de sus fintas y estocadas. En dos ocasiones me saltó el arma de la mano (...)». Finalmente, el ofensor salió por patas tras confesar a un maestro de armas el día antes del duelo su terror a enfrentarse con «el italiano ese».

Lo cierto es que Curzio Malaparte fue un maniático de los duelos, celebrando en torno a veinte, de los que en un puñadito salió malherido. Pero en el retado al político Pietro Nenni lo herido, aparte de su honor, fue su orgullo, ya que, a punto de empezarlo, Malaparte se desmayó, ocurrencia que todos allí rieron al tomarla por cobardía, si bien la realidad era bien distinta: lo que le había derribado era el hambre. Así lo explicaba años después: «Era el ayuno prolongado. En aquellos tiempos los fascistas pasábamos mucha hambre». Malaparte era de porte distinguido, bravo de carácter y de intelecto brillante; con tales dones tenía la suerte tan de cara

que se daba de bruces con ella, normalmente para encontrarse entre los brazos de una mujer. Una de sus amantes más onomásticas, de las de celebrar de ellas hasta los cabos de año, fue la romana Roberta Masier, a la que sus padres habían hecho con suma dulzura, reservando la ira para su hermano, quien tras considerar que el tal Malaparte denigraba el apellido de su familia le retó a duelo con espada. Resultó vencedor Malaparte, si bien quedó levemente herido.

9

SACUDIENDO LOS ÁRBOLES GENEALÓGICOS

MADRE SOLO HAY UNA (GRACIAS Y DESGRACIAS DE LA CONTABILIDAD)

Ciertamente, críticos literarios hay muchos, pero más cierto es que madre solo hay una, por muy crítica que sea, en cuyo caso se convierte en madre y media. La media sirve para exprimirla. Cuando Marguerite Duras dio a leer a la suya la novela que en 1950 (36) la encumbró a la fama, *Un barrage contre le Pacifique* (*Un dique contra el Pacífico*), su mamá la llamó embustera, traidora y obscena porque en el libro no la dejaba muy bien parada. Esto no quita que Duras se sintiera obligada para con ella con independencia de distancias y estaciones, y así es como un día viajó a París desde Onzain (Valle de Loira), donde vivía, con el único propósito de freírle un bistec; el argumento materno era que su hija le encontraba el punto a la carne como nadie...

La madre de Sartre llenó de diques la lectura de *Les Mots* (*Las palabras*) cuando su hijo se la dio a leer. Terminada la ordalía la mujer cerró el libro, se quitó las gafas y sentenció: «*Poulou* no ha comprendido nada de su infancia». Parecido dardo lanzó doña Anne-Charlotte-Laure, señora de Balzac, cuando su hijo Honoré publicó *Clotilde de Lusignan* en el año 1822, confesando un tanto desolada a su hija Laura que su hermano había dado a luz un bodrio. Algo menos explícita fue Johanna, la madre de Arthur Schopenhauer, cuando su hijo le dio a leer su última obra con un título abominable, *Über die vierfache Wurzel des Satzes vom zureichenden Grunde* (*Sobre la cuádruple raíz del principio de razón suficiente*), por culpa del cual predijo que no iba a vender un solo ejemplar, ya que el ciudadano de a pie lo iba a confundir con un tratado de farmacia. Johanna no iba desencaminada, teniendo en cuenta que de los quinientos ejemplares que Arthur publicó a su costa en la primera edición solo se vendieron ciento cincuenta, cifra que debió de causar no poco asombro a la señora.

Pero una cosa era proteger y otra mimar. La madre de Turguéniev era mucho más de lo primero que de lo segundo. Cuando siendo niño vio cómo su hijo se peleaba con otro muchacho hizo que los separaran y después

mandó azotar al desconocido. La tal señora Varvara Petrovna era rica y poderosa, gustaba mandar y tenía un genio salpicado de una intransigencia más corrosiva que el sulfuro. Tomó gusto a eso de los castigos ejemplares y a dos de sus sirvientes que un día no se inclinaron ante ella al pasar no los hizo azotar, pero sí hizo que los mandaran a Siberia, a donde al menos llegaron sin un rasguño. Cuando la señora Petrovna pasó a mejor vida Turguéniev no tenía claro si condolerse o celebrarlo, así que tiró por la calle del medio escribiendo a los 35 años su primera novela, *Dimitri Rudin*, que en realidad era una biografía encubierta de su progenitora.

A lord Byron debió de pesarle de por vida —la única ventaja de tener una vida corta es que los remordimientos pesan lo mismo, pero por menos tiempo— las frivolidades con que despachó la última carta que, sin predecirlo, iba a escribir a su madre corriendo el mes de julio de 1810 (22): «Aviso a usted que hace ya tiempo que soy enteramente vegetariano; no como carne ni pescado (...)». Esto era así hasta el punto de que había jornadas en las que solo se alimentaba de agua mezclada con vinagre para mantener su esbeltez. Solo unos días después le llegaba al lord la noticia de su muerte causada por una apoplejía. A pesar de la frialdad y del distanciamiento que había caracterizado su relación, el poeta dejó caer ante el cadáver la perla más emotiva de la que hasta el momento había sido capaz (suele suceder...): «Contemplando la masa inerte que fue el ser del cual he nacido yo me pregunto si realmente existió y si ella ha dejado de existir (...). No tenía más que una amiga en el mundo y la he perdido».

Balzac era uno de los que no estaba dispuesto a asumir el cuarto mandamiento más allá de la mitad, y es que al otro lado de su padre solo se hallaba el vacío. «Yo nunca he tenido madre —escribía—. Me odiaba ya cuando vine al mundo y enseguida me entregó a la crianza de una nodriza. Entre los siete y los catorce años solo la vi dos veces. De los catorce a los dieciséis la veía los domingos. Mi padre decía en mi presencia que en la vida yo no tendría peor enemigo».

Con su mamá a Rimbaud le ocurrió precisamente lo contrario: que se veían demasiado, tanto que *madame* Vitalie dio a su hijo un ultimátum. Arthur estaba hecho un manojo de nervios cuando reprodujo sus palabras en carta del 28 de agosto de 1871 (16) a su amigo Demeny: «O encuentras un empleo para tal fecha, me dijo, o te largas». No todos tienen la suerte de que mamá les ponga la independencia en bandeja, aun cuando a *madame* Vitalie tan poco le costaba mantener al niño; de hecho, en una de sus primeras cartas a Verlaine, se quejaba de que su madre solo le daba diez céntimos los domingos para pagar su silla en la iglesia. Si aquellos diez céntimos eran el coste de oportunidad que requería soportar a una madre, a

Verlaine debió de parecerle una ganga. La suya había pasado por tres abortos cuando tuvo el cuarto, que fue él, aunque su madre por entonces no lo supiera. Con el nacimiento de Paul la alegría de doña Elisa fue inmensa, tanto que iba de un lugar a otro con Paul y sus tres hermanos, a los que nunca abandonaba en aquella ficción de comunidad familiar. Paul iba en carricoche; los hermanos, fetos todos ellos, en frascos de formol que mamá trasladaba en cajas llenas de algodones cada vez que a su marido, militar de profesión, le daban un nuevo destino. Un día de 1869 Paul (25) llegó borracho a casa y exigió a su madre la entrega de 40.000 francos que había heredado de su marido, fallecido en 1865 y que le pertenecían a él en toda regla. Negándose doña Elisa al pago, se abalanzó su hijo sobre ella y bien pudo estrangularla del todo si no hubiera sido por la providencial intervención de la sirvienta, que los separó. Como represalia, Paul destrozó en sus frascos a sus atónitos hermanos, que ya jamás volvieron a ser lo que eran.

La madre de Oscar Wilde no se deshacía en elogios hacia su niño, sino en confecciones y encajes, ya que lo vistió de niña hasta los 6 años, no por las razones que llevaron a la señora Rilke a hacer lo mismo con su hijo Rainer Maria, para aliviar el fracaso de no haber sido niña, sino porque en la Irlanda de la época era habitual vestir de niña a los hijos varones para defenderlos de las brujas, extendida como estaba la leyenda de que estas solo se llevaban a los niños. Como a mamá Verne le hubiera gustado vestir a su hijo Julio era con unos simples pañales. Le hubieran resuelto la vida a sus 26 años. De ello daba preciso testimonio Julio a *madame* Sophie por carta del 25 de noviembre de 1854, describiendo las diarreas que padecía, con el oprobioso resultado de que el recto se le salía, de manera que la solución pasaba por una operación para «librar de graves inconvenientes a un joven cuya intención es alternar en sociedad y no en suciedad. Porque, por decirlo de una vez, el culo no me cierra bien».

Lajos Zilahy estaba dentro de ese grupo en el que la opinión de mamá valía mucho más que la de unos críticos que ni le hacían la comida ni le zurcían los calcetines. Cuando en 1914 (23) publicó su primer libro lo hizo encuadernar «muy hermoso y lo puse ante mi madre». La señora no se preocupó de saber de qué trataba. Le dio unas cuantas vueltas entre las manos y dijo que aquello, fuera lo que fuera, estaba muy bien, pero que nunca sería un hombre «como Dios mandaba» hasta que no hubiera aprobado su doctorado de Derecho. Su hermana Olga reaccionó bastante mejor pocos años después, cuando se estrenó con tal éxito *La cierva blanca* en el Teatro Nacional de Budapest que, *ipso facto*, sacó de la Escuela Politécnica a su hijo y lo matriculó en la facultad de Derecho para ver si se

le pegaba algo de su tío Lajos.

Muy distinto fue el caso de otros cordones umbilicales, deshilachados por las garras de la indiferencia, como el de Hermann Hesse, quien cuando perdió a su madre con solo 59 años ni se enteró. Se sentía de ella irreparablemente distante y la muerte solo vino a marcar las distancias definitivas, a hacérselo más fácil. De hecho, no acudió a su entierro. Posiblemente estuviera ocupado escribiendo historias acerca de personas más útiles, que nacían y morían a su voluntad y no a traición como ella.

Knut Hamsun también fue de los que rompieron toda relación con sus madres no bien estas rompieron aguas. En enero de 1919 (59), a poco más de un año de obtener el Nobel de Literatura, el noruego no estaba para perder el tiempo acudiendo al entierro de nadie, así que cuando le dieron la noticia de la muerte de su madre con 89 años escribió una nota a la familia anunciando la imposibilidad de acudir al funeral. Quizás se trataba de evitar un factor de discriminación selectiva, por la descortesía en la que había incurrido su padre doce años atrás muriéndose en Nordland y no algo más cerca de Oslo, declinando la invitación de su madre a acompañarla en aquellos duros momentos con el pretexto de una conferencia que debía impartir seis semanas después en la Sociedad de Estudiantes noruega.

A Paul Cézanne la muerte de su madre también lo cogió a contrapié y fue gracias a Rilke como supimos de qué pie cojeaba el pintor, afirmando el poeta admirarlo en lo mayúsculo al pirarse el entierro de su madre argumentando lo mucho que ese día tenía que pintar. Al final nada había más seguro que trucar el árbol genealógico y trasplantar brotes de otros troncos. Lo sé, sé que es un galimatías, pero el resultado era todo un éxito; solo había que escuchar a George Sand dirigirse a Alejandro Dumas (hijo) como «querido hijo» y este tratar a la Sand de «mamá».

Al menos todos ellos respetaban los metros cuadrados a que sus madres tenían derecho en el hogar familiar. Todos..., salvo Friedrich Hölderlin. Lo suyo con la mujer que le dio la vida fue la parábola del hijo pródigo al revés, como una recitación diabólica. Más bien se marchó como hijo pródigo y regresó un tono por debajo de la escala amoral: como hijo descastado. Abandonando Alemania para buscar en Burdeos referentes literarios que lo convirtieran en un hombre de letras, regresó de súbito a su casa de Nürtingen convertido en un adefesio y pelado de dinero. Limitándose su madre a preguntar algo tan pertinente como era dónde diablos se había metido todo aquel tiempo, el poeta reaccionó echándola de casa. Los testigos afirman haber visto a Frau Johanna recorrer las calles gritando: «¡El Hölder se ha vuelto loco!».

Algo así debió de pensar la atribulada madre de Hans Christian

Andersen cuando a los 14 años su hijo decidió marcharse de la casa familiar en Odense para recalar en Copenhague y ganarse a pulso la vida con un par de bíceps a medio hacer. Mamá renunció a retenerlo, pero, incapaz de asumir la incertidumbre de su futuro, se gastó parte de sus ahorros en una pitonisa para que con la ayuda de unas cartas y el poso de un café visionara si los pasos de su hijo iban a ir calzados o descalzos. Lo que la adivina vio y trasladó a doña Anne Marie lo cuenta Andersen en su autobiografía, *El cuento de mi vida*: «Su hijo será un gran hombre y día llegará que por él será conocido Odense en todo el mundo». Al menos en el primer inciso sí acertó.

Curzio Malaparte se independizó de sus padres a los 16 años y reorientó sus aprecios a territorios bien alejados del hogar: odiaba a su padre por su talante un tanto basto y, además, por ser feo. En cuanto a su madre, terminó cargando con ella de fonda en fonda, si bien hospedándola siempre en la habitación más alejada de la suya y procurando no mostrarla al resto de huéspedes. Como escritor le rindió un más que discutible tributo literario al dedicarle una novela titulada *Mamma marcia* (*Madre podrida*).

Marguerite Duras no tuvo ni la suerte ni el arrojo de Malaparte cuando a sus 16 años, en lugar de salvar el pellejo, apostó por quedarse en el hogar para entregárselo a su madre y a su hermano mayor, Paul. Más que trío decidieron formar tridente, con una función muy concreta: pinchar en el hueso. Mamá y Paul decidían la hora; Marguerite, el hueso. Mamá y Paul adoraban pegar a Marguerite, y Marguerite disfrutaba viendo cómo disfrutaban. Una reciprocidad mucho más próxima a un juego psicológico que al cilicio cristiano. Este disfrute no tenía nada que ver con el placer, sino con la decencia y la docencia: Marguerite sentía que aprendía a tener respeto por lo que los demás decidieran hacer con ella. Y, además, estaba la decencia: sentía que se lo merecía, aunque a saber por qué motivo. Realmente, era un suministro intravenoso complicado. Como ya se ha dicho, por entonces Marguerite estaba en plena relación con un chino feo, rico y bastante mayor que ella, por cuyos besos sentía asco para así no tener que sentir pánico. Sí, todo era muy complicado en su enmascarada adolescencia. Por eso llevaba los desgarros a su diario, para echarlos sobre la mesa de operaciones e intentar recomponerlos, cuando no para hacer una necropsia: «Se turnaban para pegarme. Cuando mamá no me pegaba de la forma que él quería él le decía "espera", y tomaba el relevo. Pero ella lo lamentaba enseguida porque cada vez le parecía que me iba a matar. Ella lanzaba unos gritos espantosos, pero era difícil detener a mi hermano. Un día él cambió de táctica y me tiró contra el piano, me golpeé la sien con el canto del mueble y me costó levantarme». Los insultos favoritos de Paul

eran perra, basura y puta asquerosa, que Marguerite asumía con la disciplina de un cerebro de rendimiento descalabrado. Pero estaba claro que mamá la quería mucho más que su hermano, y Marguerite ofrecía un detalle inapelable para convencerse: «La diferencia entre las palizas de mi madre y las de mi hermano era que estas hacían mucho más daño».

Algo de este mismo tufo llegaba a la pituitaria de Hemingway con los envíos postales de su madre. Los únicos regalos de ella que tuvieron algún sentido para él ya quedaban muy atrás, porque eran los que le dejaba dentro del calcetín por Navidad, pero el resto ya fue para devolver a portes pagados, para mayor seguridad. Su amigo Dos Passos estaba con él cuando abrió uno de ellos, y no, lo peor no era aquella tarta de chocolate ni aquellos lienzos que ella misma había pintado representando el Jardín de las Delicias, sino el fusil con el que su padre se había suicidado poco tiempo atrás. Puedo imaginarme su reacción a la vista de lo que Dos Passos dejó consignado en su autobiografía: «De todos los hombres que he conocido Hemingway es el único que realmente odiaba a su madre».

La relación de Truman Capote con su madre nunca fue fácil: demasiado carácter, demasiados amantes, demasiadas oscilaciones entre atenciones sin medida y desatenciones bien medidas... La distancia de seguridad definitiva entre ellos se remonta a la adolescencia de Truman, cuando viviendo en Greenwich (Connecticut) su madre lo metió un día en el coche y tiró millas hasta llegar a Nueva York. No, no era un viaje de placer, le aclaró, sino un viaje para reponer fuerzas, en concreto la fuerza viril que le faltaba al crío. Esta es la escena tal como Truman la recordaba años después en uno de sus apuntes autobiográficos: «Te llevo al doctor Murphy. Creo que eres homosexual y quiero que te ponga algunas inyecciones de hormonas masculinas». Aterrado, Truman le pidió que parara el coche de inmediato, pero ella se negó. La salud de su hijo era para mamá lo primero, pero para Truman, sano como se tenía, era la sinceridad: «Eres idiota y te voy a decir una cosa: soy homosexual y no me vas a llevar al doctor Murphy, con quien te has estado acostando desde hace dos años». Entonces, «ella se volvió hacia mí y me dio un tortazo con todas sus fuerzas. Yo me limité a mirarla y le dije: "Como lo vuelvas a hacer te parto la cara". Después de esto no volvió a importunarme acerca del tema, pero se lamentaba ante todo el mundo de mi homosexualidad». Truman no exageraba. Cuando su madre estaba entre amigos siempre buscaba un hueco para justificar los errores de su hijo, como toda buena madre, pero a su manera: «Bueno, mi hijo es mariquita», lo disculpaba. Era una de sus frases favoritas, recordaba Truman, asqueado. Mientras tanto, él trataba de no llevarle la contraria, como todo buen hijo. Había un chico de 16 años,

guapo y atlético. Para Truman, un bombón. «Todos, chicos y chicas, estaban locos por él. Y lo chusco del caso es que me eligió a mí. Solíamos ir en su coche y besuquearnos, y en una ocasión nos masturbamos el uno al otro. Finalmente me dijo que ya estaba bien de aquello, me agaché y se la chupé».

Scott Fitzgerald respiraba mejor por sus heridas que por sus fosas nasales, y una de sus favoritas, por donde entraba la mayor parte del azufre del pasado, era la que sus padres le habían infligido. En definitiva, la peor parte que Scott llevaba de su cuerpo, era, con mucho, su cordón umbilical. Carta a su editor Maxwell Perkins de febrero de 1926 (29): «Mi padre es un imbécil sin remedio y mi madre una neurótica medio loca que sufre una preocupación obsesiva patológica (...). No bien reparé en esto tuve sobrados motivos para aspirar a ser el mejor escritor de América (...)».

POR MI HIJA... ¡HIERO!

La circunstancia más complementaria de Pearl S. Buck se llamaba Carol y era su hija. Viajan en un trasatlántico en una larga travesía que la madre aprovecha para escribir un largo relato que se titulará *Habla una china*, del que lleva escritos medio centenar de folios coronados con el membrete *Express*, que es el nombre del barco, una obra con la que habrá de ganar el premio Mercury de literatura, en Shanghái. Corre el verano de 1924, Pearl tiene 32 años y lleva a su hija desde el norte de China a Estados Unidos para que sus más reputados médicos obtengan de ella un diagnóstico que mamá lleva años deseando no saber. Carol tiene 4 años y padece un retraso mental que mamá vive como un drama desde que se le hizo evidente. Ojalá pudiera tener más hijos, para así devolverle al destino la burla, pero el destino le ha hecho el nudo doble al dejarla estéril tras el parto. Aquel diagnóstico aún tardará un cuarto de siglo en ser catalogado científicamente: una forma de degeneración cerebral congénita llamada fenilcetonuria. Para entonces a mamá ya le habrán dado el Nobel de Literatura por toda su obra y el Pulitzer por *The Good Earth* (*La buena tierra*), pero estos premios no repararán la afrenta: no habrán sido cosa del destino, sino de unos señores reunidos en Estocolmo y otros haciendo lo mismo en Nueva York.

La relación entre James Joyce y su hija Lucia fue muy buena hasta que papá se murió. A partir de ahí la chica no entendió nada, y antes la verdad es que tampoco. A papá lo que le encantaba, según su hija, era exclamar. De hecho, cuando era pequeña y sus desórdenes mentales aún quedaban lejos, lo llamaba *L'Esclammadore*. Pero cuando Lucia creció las tornas

cambiaron y quien gritó a los cuatro vientos hasta arrancar a Salomé los siete velos fue ella. En carta del 11 de noviembre de 1932 (50) Joyce trasladaba a su mecenas Harriet Weaver su desconfianza hacia la aptitud de los terapeutas para recomponer la cabeza de su hija, de ahí que se hubiera pasado al plan B entregándole cuatro mil francos para comprarse un abrigo de pieles, «porque creo que esto le hará más bien a su complejo de inferioridad que el que pueda hacerle una visita al psicoanalista», argumentaba peregrinamente en su lucha por recuperar a su hija hasta que todo su dinero y su imaginación se agotaran. Uno de los médicos trató de pasar a la historia prescribiéndole agua de mar para su curación. No para tomar las aguas. Para beberla.

Aquejada de paranoia y desórdenes mentales, Joyce terminaría poniéndola en manos de Carl Gustav Jung en septiembre de 1934, a quien Lucia bautizó como «gordo suizo materialista» que solo trataba de apropiarse de su alma, además del dinero de su padre. Con anterioridad, hasta diecinueve médicos habían fracasado en su intento de abrir un tragaluz en aquella cabeza, algo que tampoco Jung logró, acabando harto de los dos, hasta el punto de comentar en 1953 al biógrafo de Joyce, Richard Ellmann, que padre e hija eran como dos personas que se dirigieran al fondo de un río: la una cayendo, la otra buceando. A Joyce aquel fracaso no le extrañó; sabía que era un último cartucho a disparar, pero mojado, y que ni siquiera serviría de bengala para orientar a la chica en aquella oscuridad. Sostenía que un hombre tan incapaz para comprender su *Ulises* difícilmente estaba en condiciones de poder comprender a su hija. Por su parte, Jung tenía a Joyce por un esquizoide de libro, cuando no directamente por un esquizofrénico en alguno de sus capítulos. Lo dicho: Lucia y papá eran como uña y carne, hasta que papá partió hacia mejor vida y Lucia reaccionó como lo que era: una chiflada. «¿Y qué hace ese idiota bajo tierra? —preguntó a voces en su entierro—. ¿Cuándo se decidirá a salir de ahí?».

Tampoco las hijas de John Milton se lo pusieron nada fácil a su padre, para quien aquellas eran demonios los siete días de la semana y a jornada completa, opinión que ni siquiera cambió tras quedarse ciego. Era como si oliera sus silenciosas conspiraciones. Tras la muerte de su segunda esposa, Katherine, se casó el poeta a los 55 años con la tercera y última, Elizabeth, de 24. Su primera mujer, Mary, le había dejado tres hijas con el temple de tres armas arrojadizas a las que el padre gustaba tener envainadas y bien lejos, indiferencia lindante con una animadversión que ya se hizo ver en su testamento, al dejarles tan solo la dote que no había llegado a recibir de su suegro. Así se expresaba: «A las poco amables hijas que de ella he tenido

(...) porque han sido muy irrespetuosas para conmigo».

LOS MANN: PARA ECHAR DE COMER APARTE

Los hilos familiares de los Mann estaban más enredados que los del telar de Penélope esperando a Ulises bajo un trastorno obsesivo compulsivo. Cuando nació el quinto hijo de Thomas —una niña, Elisabeth— este desarrolló hacia ella un afecto y unos cuidados que rayaban lo enfermizo, aunque la raya ya fue de trazo grueso cuando un día le tocó cambiar los pañales por no tener en casa quien se ocupara de la vil tarea. Apunte en su *Diario* del 11 de septiembre de 1918 (43): «Terrible —hasta acabar agotado— mi zozobra con la niñita ayer por la tarde: la niñera de vacaciones, Katia haciendo unos recados, yo solo con el ser querido, la hijita mojada y húmeda, pero sin saber cómo proseguir, mientras ella chillaba de manera estremecedora, probablemente impresionada por mi desvalimiento».

Resulta divertido hablar de la impericia puericultora de Herr Mann para con la pequeña Elisabeth, pero ya no tanto abordar el desorden de sus afectos —rayanos en lo prohibido— hacia su hijo Klaus. Algunas anotaciones en su *Diario* así lo corroboran, sin tapujos y sin cifrados en clave: «Ayer por la noche vi luz en el cuarto de los niños, a través de la puerta de cristal cerrada (...) Observé a Eissi [Klaus] tumbado y maravillosamente desnudo en su cama» (20 de septiembre de 1918). «Fascinado por Eissi, terriblemente guapo en el baño. Me parece muy natural enamorarme de mi hijo (...). Eissi estaba tumbado en la cama, leyendo, con el torso moreno descubierto, cosa que me perturbó» (25 de julio de 1920). «Sorprendí a Eissi totalmente desnudo ante la cama de Golo, haciendo tonterías. Fuertemente impresionado por su cuerpo adolescente y brillante, me sentí trastornado [aquí sigue una omisión de los editores...]» (17 de octubre de 1920).

Veintinueve años después Klaus se suicidaba con los fervores de su padre ya redireccionados desde tiempo atrás a otros cuerpos de culto. El 21 de mayo de 1949 se hallaba Herr Mann junto con su mujer en una gira de conferencias por Estocolmo cuando fue informado por telegrama de la muerte de su hijo en Cannes nueve meses después de haberlo intentado cortándose las venas tras abrir la espita del gas. El matrimonio quedó destrozado, aunque no le cogía por sorpresa. Deliberaron sobre qué decisión habían de tomar, si traicionar aquel último lazo familiar que era el entierro de un hijo o mantener el nudo que ataba a Thomas a sus contratos profesionales. Finalmente sopesaron el grueso de cada ética y optaron por

no faltar al compromiso con los vivos. Por entonces la familia ya estaba tan desguarnecida que al entierro solo acudió el hermano pequeño tras abandonar un crucero a la mitad. Ante la tumba agarró su viola y tocó un largo.

EN EL NOMBRE DEL PADRE

Ya a sus 5 años tenía Paul Bowles un fiel centinela que no le quitaba ojo en las comidas: su padre. Mucho más preocupado de su alimentación que de sus deberes escolares, el hombre le obligaba a masticar cuarentas veces exactas cada bocado antes de tragarlo, para así favorecer el bolo alimenticio y no desviarse de las teorías de un tal doctor Fletcher, de manera que cuando Paul no cumplía a rajatabla el cómputo su padre le lanzaba la servilleta a la cara y le ordenaba: «¡Fletcheriza!». Solo tres años después, aquel niño echaba por vez primera el cerrojo a la puerta de su habitación como primer reclamo de confidencialidad. Craso error. Su padre le obligó a abrirla ante la sospecha de que el pecador hubiera comenzado antes de tiempo prácticas impropias, pero lo único que descubrió esparcidos por la cama fueron dibujos de casas. A Paul aquello no le valió de nada: creyendo su padre mucho más en pinitos onanistas que en pinitos artísticos, recibió el hijo tal paliza que redujo sus aspiraciones de intimidad a un sórdido deseo de matar. Así es como décadas después el escritor recordaba en sus memorias que, por mucho que aquella fuera la única vez que su padre le había pegado, «me prometí a mí mismo consagrar mi vida a destruirlo, aunque el conseguirlo supusiera mi propia destrucción».

En el hogar de la familia comandada por John y May Joyce se tenía una trinidad para rogar y otra para darle con el mazo: la que formaban la sangre, el sudor y las lágrimas, en especial cuando la señora Joyce tuvo que agonizar durante cuatro meses entre las cuatro paredes de su habitación. Su marido, borracho perdido sin ganas de encontrarse por lo general antes de la medianoche, llegó a culpar a su pobre esposa de su afición a la bebida, que tan necesaria le era para olvidar el dolor que se avecinaba. Un día, además de la razón, perdió el señor Joyce la paciencia y, llegando a casa ebrio hasta las trancas, dio solemne aviso a su mujer: «Estoy terminado —gritó—. No puedo más. Si no te puedes curar muérete de una vez. Muérete y vete al diablo». Presenciando aquel disparate su hijo mayor, Stanislaus, llamó «cerdo» a su padre y a un palmo se quedó de un puñetazo de no haber intervenido James, quien encerró a su padre en una habitación de la que huyó descolgándose por la ventana como un mono, aun siendo un segundo piso, penosa sucesión de fotogramas que Stanislaus y su hermana

Eva recordaban sin ninguna amabilidad años después. La señora Joyce complació a su esposo muriéndose poco después a la irresponsable edad de 44 años.

La relación entre el santurrón Georges Bertrand de Beauvoir y su hija Simone era realmente buena, pero solo hasta que su hija le confesó con quién estaba amancebada. Amortajada, para él. No daba crédito a que su hija confiase su futuro a un tipejo feo, bizco y tan poco galopante como el Sartre aquel, sobre todo cuando conoció más a fondo los detalles del individuo. El vaticinio del señor Bertrand fue para Simone más funesto que la peor predicción de Nostradamus: «Nunca serás más que la puta de un gusano».

Simone pudo dar gracias a que los desmanes de su padre se quedaron en predicciones estériles, porque los del señor Chéjov para con su hijo Antón abarcaron todo el espectro del maltrato infantil, y es que, de niño, el escritor vivió literalmente aterrorizado por su culpa, por su gran culpa. Carta a I. Cheglov de 8 de marzo de 1892 (32):«Recuerdo que empezó a enseñarme o, mejor dicho, a pegarme, cuando yo no tenía más que cinco años. Cada mañana, al despertarme, lo primero que pensaba era: "¿Me pegará hoy?"». Pero la sangre era la sangre. No la que corría por fuera, sino la que lo hacía por dentro, que era mucha más, así que, tras cada paliza, Antón hacía cardenal y cuenta nueva. Prueba de ello es la carta que a sus 17 años, un 29 de julio de 1877, escribía a su primo Miguel Chéjov: «Mi padre y mi madre son para mí seres únicos en este mundo y jamás ahorraré esfuerzo alguno en favor de ellos. Si llego a tener estudios, será obra de ellos, será la obra de esas buenas personas. Su amor ilimitado por sus hijos los coloca por encima de todo elogio, borra todos sus defectos, que quizás deban su aparición a una vida excesivamente dura». Madera de mártir a prueba de todo agente xilófago.

Por suerte, también había paternidades que llevaban premio dentro... El señor Thomas Stevenson empezó a amar a su hijo Robert Louis prácticamente desde las cenizas en que se iba a convertir cuarenta y cuatro años después de haber nacido. Compartido ese amor con la pena por verlo siempre tan frágil de salud y encadenando enfermedades con mayor soltura que endecasílabos, cuando Robert Louis arribó a Estados Unidos en 1879 para labrarse la gloria y allanar su matrimonio con la estadounidense Fanny van de Grift, su padre le envió un telegrama anunciándole el envío de doscientas libras esterlinas anuales para que nunca le faltara pan con el que alimentar a veinte familias completas. Solo un mes después se casaba su hijo en San Francisco con Fanny, divorciada y con descendencia, «la decisión más acertada que tomé en la vida», aseguraba el escritor en 1892,

dos años antes de morir. Y por detrás su padre, siempre su padre: «Lo quiero más que a nadie, con la sola excepción de Fanny». Por su parte, el afecto del señor Stevenson por su nuera fue tal que, antes de morir, hizo prometer a su hijo que nunca publicaría nada sin la aprobación de aquella.

James Joyce no lamentó tanto la muerte de su padre como el hecho de que nunca hubiera ganado un concurso en toda su vida. Cuando James ingresó en el University College y tuvo que declarar en el cuestionario la profesión de aquel, no se lo pensó dos veces para ocultar la que figuraba en sus nóminas —funcionario de aduanas— y estampar la profesión de sus sueños: participante de concursos. Y es que la mayor aspiración de John Joyce en la vida había sido la de ganar algún concurso, fuera de lo que fuera. Padre e hijo se llevaban estupendamente, teniendo en cuenta que James había heredado de él lo peor de sus defectos y lo mejor de sus excesos. James escribió su primera obra importante en el verano de 1900 (18), una pieza teatral que tituló *A Brilliant Career* (*Una carrera brillante*) y que dedicó a su propia alma para así alegrarla por un día. Cuando su padre leyó la dedicatoria exclamó: «¡Por San Pablo!».

Ernest Hemingway depositó grandes esperanzas en su hijo Gigi; primero, porque con 9 años había ganado un concurso de tiro al pichón compitiendo con tiradores profesionales; segundo, porque cuando se ponía a imaginar se le hinchaba la misma vena que a papá, si bien lo máximo que aportó Gigi al apellido familiar fue la deshonra, y es que tras el concurso de tiro probó suerte con uno de relatos convocado por el internado donde estudiaba, llevándose el primer premio ante el orgullo de su padre, pero solo hasta que este vio publicado el texto en la revista del colegio y descubrió que, palabra por palabra, era un plagio de un relato de Turguéniev, lo que motivó dos tercios de una cólera cuyo tercio restante se lo llevó el director del colegio, por no haber leído lo suficiente al novelista ruso... Con quien al final se llevó papá de maravilla fue con Jack, su hijo mayor. Una de las visitas que este le hizo fue a Finca Vigía, en La Habana, corriendo el año 1955. Sacaron del armero unas escopetas, se hicieron con varias jarras de Martini y, apostándose en la torre situada encima del despacho del escritor, compitieron por ver quién abatía más buitres, eliminando a unos cuantos del límpido cielo caribeño. Cuando se aburrieron bajaron al salón a ver *Casablanca* aprovisionados de los martinis sobrantes. Los dos terminaron borrachos y llorando a lágrima viva cuando coincidieron en lo increíblemente bella que era «la sueca», refiriéndose a Ingrid Bergman.

¡Lo que Eric Blair hubiera dado por vivir algo así con su padre! Cuando Mr. Richard murió a los 82 años su hijo le colocó un penique en

cada ojo para pagar los servicios de Caronte al cruzar el Hades. Cuando tras el entierro su amigo Richard Rees le preguntó qué había hecho después con ellos él le contó que los había arrojado al mar, incapaz de volver a guardárselos en el bolsillo. De la misma forma que la mamá de *Poulou* juzgó que su pequeño de 59 años no había entendido nada de su infancia cuando terminó de leer *Las palabras*, por el mismo camino derivó Mr. Richard cuando vio cómo su hijo, policía de profesión, arrinconaba unos atestados repletos de historias verdaderas para derrochar su talento escribiendo historias de mentira. Eric Arthur Blair (más conocido por su sobrenombre, George Orwell) fue miembro del cuerpo de la Policía Imperial Británica en Birmania desde noviembre de 1922 a noviembre de 1927, siendo en esta última fecha cuando, aprovechando un permiso de estancia temporal en Inglaterra, renegó de profesión y país para apostarlo todo a la carta de la literatura, renunciando con ello a un sueldo de 660 libras anuales para abrazar la misma pobreza que San Francisco de Asís y cambiar el ánimo de lucro por el desánimo más flagrante del mundo: el literario. Al menos, así lo creía su padre, quien, sin entender nada de aquella decisión, lo llamó diletante, desarrollando hacia la carrera literaria de su hijo una incredulidad que alimentó hasta el final de sus días, si bien el azar vendría a reparar el error en el tiempo de descuento, cuando llegó a los oídos del viejo una crítica literaria del *Sunday Times* en la que se calificaba a su hijo de «brillante». Carta de George Orwell al escritor Geoffrey Trease de 7 de mayo de 1940 (37), refiriéndose al interés de su padre por aquella reseña: «Quiso verla, mi hermana se la leyó y poco después perdió el conocimiento (...). Me alegra que al final no se haya sentido tan desilusionado de mí como antes».

También John Dos Passos adoraba a su padre. De los objetos que con más diligencia guardaba eran las cartas que le escribió durante sus últimos ocho años de vida, además de una copia de su singular y hasta jocoso testamento, fechado un 19 de junio de 1914, en el que invitaba a su funeral a todo el mundo con la manda de organizar una fiesta al aire libre si el tiempo lo permitía, donde no faltaran la cerveza y el ponche. Nada que ver con el padre de su padre, ¡todo un carácter! El propio escritor relató en sus memorias, *Años inolvidables*, cómo su padre le había contado que si al abuelo no le gustaba cómo había sido preparado un plato en un restaurante abría la ventana y lo tiraba a la calle.

El recuerdo más intenso que Samuel Beckett tenía de su padre, William, al que adoraba, estaba ligado a uno de los momentos más tensos de su infancia. William está metido en el mar, con los brazos en alto a la espera de recibir en volandas a su hijo, que, sin paracaídas a la espalda ni

salvavidas a la cintura, tiembla en lo alto de las rocas de Sandycove, al sur de la bahía de Dublín. «Salta. Confía en mí», le dice desde abajo aquel aparejador de profesión, que de cimientos y cálculos de estructura sabe lo que no está escrito. «Salta. Confía en mí», repite una y otra vez, tantas veces por cada tantas dudas que, ya al final de su vida, Samuel seguía durmiéndose con estas palabras rielando en sus oídos, y no sin razón. Dudo que un padre pueda hallar fórmula más afortunada para cambiarle la vida a un hijo cuando ambos entienden a la par que la vida es mucho más que aprender a nadar.

10

AMIGOS PARA SIEMPRE... Y ENEMIGOS PARA TODO LO DEMÁS

AMISTADES DE USAR SIN TIRAR

Nathaniel Hawthorne (52) no tenía nada claro cómo describir en su diario un día de noviembre de 1856, tras la visita de tres días que le hizo su buen amigo Herman Melville (37). Viajando este a Inglaterra tras empaquetar a su mujer y a sus hijos camino de Boston, su primer destino fue ir en busca del ya famoso autor de *La letra escarlata*. Sospechando este nada más verle que buscaba, sobre todo, un hombro sobre el que llorar, lo invitó a quedarse una temporada con él y su familia bajo régimen terapéutico estricto. *Diario* de Hawthorne: «[Herman padece] ataques neurálgicos de cabeza y en las piernas, y sin duda los ha sufrido por su continua dedicación a la escritura, que no ha cosechado últimamente muchos éxitos, y sus obras, desde hace ya tiempo, indicaban el enfermizo estado de su mente». A Hawthorne le era dado hablar con esta autoridad si tenemos en cuenta que *La letra escarlata* (1850) había logrado vender en diez días lo que *Moby Dick* (1851) en tres años... La desgana vital de Melville en aquellos días quedaba delatada por el fardo con que se presentó en la casa, integrado por un camisón de dormir y un cepillo de dientes. Tiempo después de la separación Melville informaba por carta a Hawthorne que ya podía abandonar el mundo con más satisfacción tras haber llegado a conocerlo.

Somerset Maugham y Charles Chaplin pasean juntos una noche por las calles de Los Ángeles. Somerset ya tiene declarado en algún medio que su amigo está tocado con «un espíritu bullicioso» y que «lo tiene a uno riendo durante horas enteras». Hablando y hablando se adentran en las zonas más deprimidas de la ciudad, salpicadas de sórdidas casas y tétricas tiendas en las que no parece venderse ni humo. Somerset ve cómo el rostro de Chaplin se ilumina y, de repente, llega la confesión: «Oiga, esto es la verdadera vida, ¿verdad? Todo lo demás es pura filfa». No se mostraba Chaplin tan trascendental departiendo con Thomas Mann cuando vivían en California y coincidían en la casa de algún amigo común. Según Katia Mann, Thomas no se cansaba nunca de escuchar a Charlie. «Mi marido se reía hasta

saltársele las lágrimas, y continuamente tenía que secarse los ojos».

Gore Vidal tenía amigos de todas las condiciones, de todas las edades y de todos los colores, incluyendo el color de sus casas, y la Casa Blanca no iba a ser una excepción. La habitaba uno de sus mejores amigos, John F. Kennedy, de quien Vidal recordaba cómo ya en el año 1958, siendo senador por el estado de Massachusetts, había empezado a referirse a sí mismo como Kennedy, en tercera persona, aburrido quizás de la primera. Gore sufría por la columna del presidente como si fuera suya, arrasada por unos dolores que ni siquiera le permitían agacharse y recoger algo del suelo; una vez lo intentó con una caja de latón, pero Gore se anticipó y la puso en sus manos. Kennedy le explicó que era un regalo que Jruschev le había hecho en Viena en junio de 1961 durante un encuentro para tratar la cuestión de Cuba: «El regalo más cutre que haya hecho un jefe de Estado a otro», apostilló.

También Truman Capote dejó impresa su huella en la Casa Blanca, solo que se hacía difícil identificar si era la de un humano o la de un zorro. Su amistad con JFK y su mujer Jacqueline ya venía de mediados de los años cincuenta, cuando JFK aún era gobernador de Massachusetts. Capote intimó con todo el clan Kennedy, pero su compañera de juegos favorita era Jacqueline, y su juego favorito desollar a propios y extraños a golpe de confidencia, a veces tumbados junto a la piscina donde John Fitzgerald se bañaba desnudo sin pudor alguno. Truman no se resistió a inmortalizar la escena, y es que cuando algo no se entiende no hay nada como escribirlo en la pizarra: «Lo que no entiendo es por qué todo el mundo decía que los Kennedy eran tan sexys. Sé mucho de pollas (he visto un montón) y si hubiese empalmado todas las de los Kennedy habría salido una buena». Capote en estado puro.

AMIGOS DE TAPADILLO

Era como levantar el velo a un ente societario y comprobar que nada era lo que parecía ni el capital social todo el que estaba declarado. En el mundo jurídico ello conduce a la condena de la sociedad velada; en el literario, a la condena a entenderse, siquiera de cara a la galería, dando por hecho que la hipocresía es la galería más larga del mundo.

En las tertulias que George Sand organizaba en su casa de Nohant todos eran bienvenidos, si bien unos más que otros. André Maurois se llevó las manos a la cabeza cuando, leyendo el diario de Delacroix, se topó con esta entrada: «Esperábamos a Balzac, que no ha venido, lo cual no me enoja. Es un charlatán». Es de agradecer la réplica enojada de Maurois en

sus *Memorias*, preguntando al pintor en la distancia cómo era posible estar esperando a Balzac, ¡a Balzac nada menos!, y alegrarse de que no apareciera.

Hay amistades presuntas que corren el riesgo de pasar como expresas si alguien no grita a su paso que el emperador está desnudo. La de H. G. Wells y Henry James bien pudo llegar a ser una de ellas si Anthony, el flamante hijo de Wells y la escritora Rebecca West, no la hubiera colocado en el sitio adecuado, sacándola del cajón de los gemelos para meterla en el de los calzoncillos. Así fue como aclaró que, lejos de ser una Arcadia, aquella relación había sido más bien un barrizal cuya humedad James se encargaba de mantener a base de prepotencia hacia todo bicho literario viviente en cincuenta libros a la redonda, empezando por su padre. «Nunca fueron amigos, y por una razón bien sencilla: los sentimientos que albergaba James hacia mi padre debieron de ser muy parecidos a los que debió de tener Balaam para con su asno después de que este le hablase (...). Muy al principio de su relación, James pasó a ser una figura que tanto mi padre como mi madre se tomaban a chirigota».

Virginia Woolf y Katherine Mansfield pusieron todo su empeño en hacerse amigas y lo lograron a costa del corto plazo que la Providencia concedió a la segunda para disfrutar de este mundo. Virginia admitió a Katherine en el reino literario como una advenediza prometedora, algo así como un trabajador con contrato en prácticas, si bien al final no tuvo más remedio que admitirla en la torre del homenaje portando su propia antorcha y emitiendo luz propia. Diario de Virginia un 12 de marzo de 1922 (40), tras la aparición de *Fiesta en el jardín* de Mansfield (33): «Ah, he encontrado la manera perfecta de ponerla en su lugar. Cuanto más la elogian más convencida estoy de que es mala». ¡Ah, la eterna rivalidad literaria eclipsando la conjunción planetaria de la amistad! Quizás V. no hubiera escrito lo que escribió de saber que, por entonces, K. se moría de tuberculosis minuto a minuto, esputo a esputo, con todos sus sueños apagándose a la velocidad de la tos.

Si es que había sinceridades con billetes únicamente de ida y ocupando asientos de tercera, como la que amartilló Franz Kafka para disparar al otro Franz de moda, Werfel. De ella dio testimonio Dora Diamant, abrumada testigo de cómo Werfel leyó a Kafka partes de una novela que acababa de publicar, de cómo Werfel se marchó de aquella casa con dos cebollas por ojos y de cómo Kafka, completamente desolado y también con lágrimas en los ojos, clamó al cielo de la boca de Werfel: «¿Cómo puede haber algo tan espantoso?». Werfel solo había acertado cuando dobló los pliegos, los guardó y se marchó.

JUEGO DE TRONOS

Goethe no disponía de mucho tiempo para hacer amigos, pero cuando intuía cierta potabilidad del agua se pedía para él todo el bebedero. Más o menos así se lo dejaba caer a Eckermann en una de sus radiantes conversaciones: «Mi relación personal con Wieland siempre fue muy buena, sobre todo en la primera época, cuando lo tuve solo para mí. Sus relatos breves los escribió a instancias mías. Pero cuando Herder llegó a Weimar, Wieland dejó de serme fiel. Herder me lo arrebató, pues la atracción personal de ese hombre era muy grande». Schiller fue el único al que no exigió tributo de pontazgo, tendiendo hacia él cuantos puentes fueran necesarios para tenerlo siempre a su diestra. No hubo al inicio sino tan solo una vigilancia desde lejos, un olisquear el aire para ver dónde estaba y qué estaba haciendo, hasta que un vendaval desplazó fútiles aires y los empujó a un abrazo que duró de por vida. Aún veintitrés años después de la muerte de Schiller, escribía Goethe al consejero de Estado Franz Schultz un 19 de enero de 1829: «No sé lo que hubiera sido de mí sin el estímulo que Schiller me aportó». Friedrich Schiller moría el 9 de mayo de 1805; habiéndolo visto Goethe por última vez once días atrás, cuando le dieron la luctuosa noticia afirmó hallarse «privado de la mitad de sí mismo».

Para Proust el amor al prójimo no era una cuestión de temperatura, sino de hitos cronológicos, ya que, cuando amaba, lo hacía con un reloj en la mano, incluso con un calendario de pared para los más afortunados. Élisabeth de Gramont, duquesa de Clermont-Tonnerre, autora de dos libros sobre el novelista, confesaba a Philippe Jullian lo que este llevó luego a su *Diario íntimo* un 15 de junio de 1941, veintiún años después de la muerte del escritor: «¿Proust? Encantador, pero sin el menor corazón; veía a la gente durante un mes y luego la abandonaba como un limón exprimido». Otras veces, la amistad ya era una carrera con más forma que fondo, medida con el pulgar sobre el pulsador de un cronómetro. Confesión biliosa de Cocteau a Lucien Daudet: «Marcel es como Anna de Noailles, no tiene corazón. Olvida a la gente que quiere a los cinco minutos». Réplica de Daudet: «Marcel es genial, pero es un insecto atroz». Su padre, Alphonse Daudet, elevaba la apreciación entomológica de su hijo a la demonológica: «¡Marcel Proust es el diablo!».

Complejo de marioneta tenía Paul Bowles cuando a sus 20 años Gertrude Stein convirtió su vida en París en un fabuloso teatrillo lleno de experiencias chispeantes y personajes ilustres que hasta entonces él solo había visto en cartón piedra o en papel cuché. Tanto ella como su

compañera Alice Toklas adoraban la compañía del escritor, por mucho que ambas hubieran manifestado su sorpresa el día que lo conocieron en la casa parisina de la pareja: «Por tus cartas te creía un anciano, un caballero de 75 años como mínimo», le espetó Stein cuando la criada le hizo pasar al salón. «Y muy excéntrico», añadió Toklas, desenfundando. Semanas después y con la confianza como bandera, Gertrude lo llamaba «salvaje manufacturado» al recibirlo en la estación de Culoz (Ain, Ródano-Alpes), camino de su casa de Bilignia, donde Paul había sido invitado a pasar unos días. Una de las imposiciones en la casa era el baño de por las mañanas, que Bowles evitaba para preservar su salud, al limitarse a un balde y una jarra de agua fría. De esta infracción fue advertida por la criada la señora de la casa, a la que no sorprendió el acto de desobediencia, teniendo como tenía a los estadounidenses por las personas más sucias del mundo, decía. «A partir de entonces —cuenta Bowles en sus *Memorias de un nómada*— decidió quedarse a la puerta de mi dormitorio por la mañana, gritando con voz grave y melodiosa: "¡Freddy! [Gertrude le llamaba Freddy, a saber por qué] ¿Te estás bañando?". Yo hacía los ruidos adecuados y contestaba que sí, que lo estaba haciendo. "No oigo nada", insistía ella tras un breve silencio. "Bueno, pues me estoy bañando"». Tras Bowles le llegaba el turno a Basket, el enorme perro de lanas blanco que tenía la pareja. «Se encargaba de ello Alice Toklas, que dedicaba una hora a la tarea. Lo hacía casi como si fuera un bebé y el perro chillaba y lloriqueaba todo el rato».

Gertrude Stein poseía la fuerza centrífuga de las lavadoras y la centrípeta del pasapuré, de manera que todo aquel que entraba en su vida era para crecer a su lado o para alejarse triturado en aquel juego de pulgar de emperadores que ella y su compañera Alice Toklas perfeccionaban a la par. Stein tenía una buena relación con Ezra Pound y de vez en cuando lo invitaba a su casa, si bien cada visita suponía una pérdida de rentabilidad, ya que el poeta siempre terminaba rompiendo alguna cosa: un día una lámpara, otro la pata de una silla de la que el poeta se cayó haciendo el tonto; y así un estropicio tras otro, una quijotada tras otra. Para cuando Pound pidió visitarlas de nuevo Gertrude ya era un vaso colmado de gotas, de ahí que se escudase en que a Alice le dolía una muela, sin contar con que, además, precisamente ese día se iban a coger flores silvestres por algún paraje remoto, le dijo. Pound leyó entre líneas y descargó su bilis cuando en una publicación describió a Gertrude como un «viejo trasto de tripas», mientras que Gertrude se refería a Pound como un «charlatán pueblerino». Cuando el escritor Sherwood Anderson la conoció en su casa en 1921 la llevó a su diario de cuerpo entero, en lugar de por partes: «Una mujer fuerte con piernas como columnas de piedra, sentada en una

habitación llena de cuadros de Picasso». Las intenciones de Hemingway cuando la conoció con 23 años, teniendo ella 48, eran bastante ambiguas, si bien fue despejando las dudas con el paso de los años. Carta a su amigo W. G. Rogers: «Siempre deseé follarla y ella lo sabía; era una sensación muy saludable y tenía más sentido que gran parte de las conversaciones».

Todos los grandes escritores estadounidenses de aquella época pasaron por la Rue de Fleuru, incluido Scott Fitzgerald, a quien Hemingway llevó a su presencia en 1925, tras la publicación de *El gran Gatsby*, si bien el libro por el que le felicitó la anfitriona fue *Al este del edén*. Scott le dio las gracias, pero Gertrude le dijo que no se precipitara porque su sentido oracular le decía que su gran obra aún estaba por llegar. Ocho años después Fitzgerald le mandaba un ejemplar de *Suave es la noche* con esta nota manuscrita: «¿Es este el libro que me pidió?». Tampoco Sylvia Beach perdió la oportunidad de describir la impresión que se llevó al conocer al tándem Stein-Toklas la primera vez que cruzó el umbral de su librería. Alice le recordó a una gitana, mientras que *madame* Stein «era una cría, una especie de niña prodigio».

James Joyce y Samuel Beckett fueron muy buenos amigos, llegando el segundo a ajustarse como un guante al primero. Literalmente, porque Beckett decidió calzar el mismo número de zapatos que Joyce, a pesar de venirle pequeños. También fumaba sus mismos cigarrillos y hasta se arrellanaba en los sillones con su misma pose. Beckett también cedió a Joyce sus ojos cuando los de este ya no dieron para más y necesitó un amanuense a jornada completa para dictar los capítulos de su *Finnegans Wake*, algo a lo que Beckett se brindó de mil amores, pero ni uno más, y menos el que Lucia Joyce, la hija desequilibrada de James, le dedicó con más acoso que alborozo, llegando el escritor a correr por la casa delante de la chica como un espontáneo delante del toro. La consecuencia fue que Beckett prefirió mucho más trotar al aire libre que por la casa de un amigo y se largó, salvaguardando así la amistad con Joyce, pero también su propia integridad física, una prevención en modo alguno descabalada teniendo en cuenta que por entonces Lucia empleaba las horas muertas en lanzar sillas a la cabeza de su madre Nora en unos accesos de ira que, visto lo visto, solo Beckett supo cómo atajar. A pesar de la chica, este aguantó junto a Joyce los trece últimos años de la vida de este, viéndose a menudo y saliendo a pasear sin decirse una palabra, tal como el propio Beckett informó al biógrafo de Joyce, Richard Ellmann. Este intercambio de mudas confesiones lo llevaría Beckett a su obra *Ohio impromptu*, donde describe los paseos que daba junto a Joyce a lo largo del Sena hasta la Ile des Cygnes: «Sin decirse en ningún momento ni una sola palabra llegaban a ser

una sola persona». Ser amigo de Joyce implicaba una concesión, como era la de permitirle el ensimismamiento. Para salir a dar una vuelta con él había que llevar bien hecha la lazada en las cuerdas vocales. Lucie Léon, esposa del que fuera gran amigo de James en su última época, testimoniaba cómo, refugiados en St. Gérand-le-Puy tras su huida de un París ocupado por los nazis, paseaban del brazo Joyce y su marido Paul por las tranquilas calles del pueblo para terminar casi siempre sentados en un tronco talado, donde rara vez abrían la boca.

DESTINADOS A ENCONTRARSE

Thoreau y Emerson. Henry David Thoreau, graduado por la Universidad de Harvard en el año 1837, trataba un 20 de abril de 1841 (23) de ganarse la vida sin hacer ascos a ningún trabajo: «Hoy me he ganado setenta y cinco centavos sacando estiércol de un gallinero y ha sido una buena cosa» (*Diario*). Le llegó la salvación ese mismo mes a través de su admirado Ralph Waldo Emerson (37), quien le propuso que se fuera a vivir con su familia para ayudarle con las cosas del querer, que por entonces eran el cuidado del jardín y el arte de injertar manzanas. Thoreau no dudó en responderle que sí, y así fue como aterrizó en el clan Emerson con el propósito de quedarse un tiempo en su casa y para siempre en sus corazones, logrando ambas cosas.

Thoreau nació como escritor un 22 de octubre de 1837, cuando empezó su famoso *Diario*, se cree que estimulado por Emerson. Desde el principio tuvo diáfano que lo práctico debía ser el alfa que rigiera su vida para lograr el omega: «Busco una buhardilla. No hay que molestar a las arañas, ni barrer el suelo, ni procurarse leña». Seguía así el consejo de Emerson, impostado por entonces en sus conferencias sobre *Cultura humana*: «Quedaos a solas. (...) Mirad por tener una habitación para vosotros mismos, aunque vendáis vuestro abrigo y tengáis que enrollaros en una manta. (...) Llevad un diario (...)». Todo empezó con una relación de vecindad en la ciudad de Concord, donde Emerson asentó sus reales al comprar en el año 1835 lo que hoy se conoce como un casoplón, con el propósito de transformar a los estadounidenses desde aquel epicentro y provocar en ellos un terremoto cultural. Empezó el experimento por aquel original y algo extravagante vecino llamado Henry David Thoreau, al que regaló una entrada para asistir el 6 de diciembre de 1837 a una conferencia que impartía en el Templo Masónico de Boston, a una distancia de diecinueve millas que Thoreau recorrió andando. Alguien comentó a Emerson aquella proeza y este propuso a su vecino que, a partir del día

siguiente, sus pasos desembocaran en las charlas literarias que organizaba de cuando en cuando en su casa. En febrero de 1838 Emerson escribía acerca de su ya amigo: «(...) Parece tener una inteligencia tan fresca y erguida como ninguna otra que yo haya conocido (...). Está tocado por la rebelión».

La convivencia de Thoreau con la familia Emerson duró dos años, y a quien primero se metió en el bolsillo fue a Lidian, la mujer del anfitrión, cuando fabricó para sus gallinas unos zapatitos de cuero a fin de que no estropearan el jardín recién sembrado. El 30 de mayo Emerson se carteaba con Thomas Carlyle dándole razón del nuevo miembro de la familia: «Trabajamos juntos en el jardín y yo crezco con fuerza». La nota curiosa es que apenas hablaban entre ellos, ni siquiera en el periodo que compartían casa cuando Emerson no estaba de viaje. Carta de Thoreau a Emerson tras cinco años de amistad: «Nos comunicamos como las madrigueras de los zorros, en silencio y a oscuras, bajo tierra».

Cuando el dueño de la casa partió en los primeros meses de 1843 para impartir una serie de conferencias por el país, Thoreau se quedó al frente de la familia y Lidian no hizo ascos a su hijita Edith cuando empezó a llamarlo «papá». Sin duda, aquella receta familiar era la mejor de todas las recetas, y Thoreau estaba en su salsa. A aquella casa llegaba tanta gente que la cocinera no tuvo más remedio que colgar un cartel en la puerta principal: «Esta casa no es un hotel», lo que logró atraer a más gente todavía una vez salvadas las equivocaciones. Uno de ellos era Nathaniel Hawthorne, que por muy autor de *La letra escarlata* que fuera se había pasado cavando estiércol por la zona durante ocho meses, dejando este testimonio en su diario: «Nunca una pobre ciudad rural se había visto invadida por semejante variedad de raros mortales, extrañamente vestidos y de inquietante conducta». Mientras tanto, Hawthorne se entretenía con otras cosas, sobre todo por el verano, una estación que no le inspiraba para escribir, aguardando como agua de mayo el agua de otoño. Así es como entre acarreo y acarreo de estiércol escribía: «Odio toda forma de trabajo, pero el de las manos no tanto como el de la cabeza». En cuanto a la calidad de su adrenalina era lo suficientemente pura como para soportar a Emerson, pero solo a tiempo parcial, y así es como en sus cartas se refería a él como «uno de esos párrocos aburridos (...), dotado para aumentar las existencias de sermones manuscritos, de los que debe de haber ya en el mundo cantidad más que suficiente».

Thoreau también se llevó su retrato en aquella aguda pinacoteca donde Hawthorne repartía brochazos a diestro y siniestro, describiéndolo como «más feo que un pecado» y, por coherencia, rústico y tosco en todo lo

demás; solo dulcificó sus impresiones cuando supo que era un avezado navegante cuyas dificultades económicas lo llevaron a plegar velas y a venderle su barco por el ridículo precio de siete dólares. Lo primero que hizo el nuevo propietario fue borrar el nombre anterior, de resonancias satánicas, Musketaquid, y rebautizarlo como Pond Lily. No era una buena época para Thoreau, sin duda; y es que, por mucho que Emerson lo admirara y lo quisiera como a un hijo, renunció a seguir publicándole poemas en *Dial*, la revista por él fundada en septiembre de 1839, noticia que le trasladó en una carta de octubre de 1842 en la que Emerson puso una cuidada colección de metáforas para herir lo justo su sensibilidad: «Su defecto es que el oro no fluye con pureza, sino que arrastra demasiada escoria. El tomillo y la mejorana no se han convertido en miel; la asimilación es imperfecta». Thoreau se quedó del herbolario con lo que mejor se entendía y, después de aquellos cinco ilusorios años dedicados a versificar paisajes, el poeta que había dentro de él quedó tocado y hundido.

Flaubert y sus amigos no se andaban con remilgos ni delicuescencias al final de las cartas que se escribían, en las que prescindían de abrazos y de afectos para optar por algo bastante más socarrón. Una carta de Flaubert a su amigo Louis Bouilhet terminaba con un «te aprieto las pelotas», mientras que una de Maxime Du Camp a Flaubert lo hacía de forma algo menos dolorosa: «Te beso los cojones». Pero era George Sand a quien Flaubert se cuidaba mucho de ofender, y es que cuando la Sand estaba a tu lado era llevadera como la pelota de un escarabajo, pero si la tenías enfrente ya se convertía en un pelotón de fusilamiento. Fue en 1866 cuando Flaubert y ella se hicieron amigos para siempre, estableciendo entre ambos una adoración mutua —los dos eran ya sobradamente famosos— y la complicidad del haz y el envés de una hoja. Daban paseos, salían juntos de excursión, se leían mutuamente sus obras hasta las dos de la madrugada y cuando la vista se cansaba encendían cigarros y fumaban hasta las cuatro. Flaubert llegó a confesarle que jamás había sentido nada parecido por alguien. «Había momentos en que debía retenerme para no besuquearla como un niño grande», escribió. Flaubert poseía encanto, pero de irradiación selectiva, exhibiéndolo en circunstancias excepcionales. Una de ellas fue en la Pascua de 1873, cuando George Sand (68) le invitó junto a Turguéniev (52) para soltarse la melena en una pequeña fiesta. Pues bien, Flaubert (51) demostró tenerla más larga cuando llegó disfrazado de bailarina andaluza y abordó con tanta ilusión como esmero un brioso fandango, solo que... «[Flaubert] es muy cómico, pero se ahoga a los cinco minutos» (Sand, *Diario*, 13 de abril de 1873). Mensaje del náufrago Flaubert a Sand en una botella el 23 de abril de 1873: «Solo hace cinco días

que nos separamos y ya la echo a usted de menos como una bestia». Sin duda, la señora Sand tenía la virtud de sacar a Flaubert el animal que llevaba dentro, solo que la mitad de aquella bestia se murió con su amiga. Carta de Flaubert a Turguéniev un 25 de junio de 1876, dos semanas después del óbito: «La muerte de la pobre mamá Sand me ha causado una pena infinita. Lloré en su entierro como un becerro».

Era innegable que el escritor se había enamorado de la mujer equivocada, pero también de la más dotada de paciencia; puso a prueba su capacidad de resistencia leyéndole durante varias horas 130 páginas de su *Salambó*, de manera que, superada la prueba, fustigó años después al resto de su familia leyendo su *San Antonio* a lo largo de varias jornadas que iban desde las tres hasta las seis de la tarde, con un descanso trepanador —perdón, reparador— de tres horas para proseguir la retahíla desde las nueve hasta las doce de la noche.

Como a Ivan Turguéniev lo quería por igual, Flaubert también le hacía regalos parecidos: «Ayer pasé un buen día con Turguéniev, a quien leí las 115 páginas de *San Antonio* que tengo escritas, después de lo cual le he leído poco más o menos la mitad de las *Últimas canciones*». Retorcido como era, Flaubert le agradecía tales atenciones poniéndole apodos y a caldo, pues si, de un lado, le llamaba secretamente «el moscovita», de otro, desahogaba con los íntimos su exasperación por verlo siempre pegado al miriñaque de Pauline Viardot, la cantante, sustrayendo con ello la posibilidad de visitarle tan a destajo como su arte imponía. «Te confieso que "el moscovita" empieza a fastidiarme con su blandura», escribía a su sobrina Caroline Commanville en septiembre de 1873. Así las cosas, no le quedó otro remedio que buscar los puntos fuertes del ruso para no destensar el lazo que le unía a él y pareció hallarlos al cabo de tres años, a tenor de la carta enviada a su sobrina el 11 de septiembre de 1876 en la que aludía a sus interminables discusiones acerca de la manera de preparar el pollo.

D. H. Lawrence (30) y Aldous Huxley (21) se conocieron en Londres en el año 1915. El ensamblaje fue como el papel de calco cuando se escribe encima y, de repente, parece que el alma de las palabras se refracta. Volverían a encontrarse muchos años después, en Florencia, cada cual con su respectiva esposa, siendo allí, en la ciudad de las piedras preciosas, donde ya se maniataron, hasta el punto de irse a vivir a dos chalets contiguos en Les Diablerets (Suiza) corriendo enero de 1928, donde trazaron numerosos proyectos en común que la muerte de Lawrence truncó dos años después. Igor Stravinski llegó a afirmar que el único ser humano al que Huxley había respetado de verdad era Lawrence.

Truman Capote tenía amigos sobre traviesas y amigos atravesados.

Los primeros iban sobre ruedas; los segundos eran los que ponían los palos. Entre aquellos se hallaba Harper Lee, cuya amistad fue uno de los principales regalos de su infancia. El padre de Harper era abogado y de niños ambos se escapaban al Juzgado para verlo actuar en estrados. «Íbamos a los juicios en vez de ir al cine», recordaba Truman años después. Harper había estudiado Derecho y trabajado junto a su hermana en el bufete de su padre; en cuanto a Truman, siempre sostuvo que de no haber sido escritor habría orientado todos sus circuitos a los estrados, sin caberle ninguna duda de que habría sido un abogado estrella, pero entonces nosotros no tendríamos a Audrey, y seguiríamos desayunando cereales en lugar de diamantes... Tan solo había un pequeño hándicap que destapó en su apunte autobiográfico *Los perros ladran*, y es que «mi voz, a menudo definida como "chillona e infantil" (entre otros calificativos) habría sido un obstáculo».

Anaïs Nin era una consumada amanuense de pensamientos ajenos: taladraba las cabezas interesantes, hurgaba dentro y luego escribía sobre lo descubierto. Arrimarse a Anaïs era obligarse a decrecer en alguna otra parte para crecer junto a ella, y fuera lo que fuese lo que uno dejara perdiendo, era seguro que salía ganando. Conoció a Truman Capote y a Gore Vidal por la misma época, pero solo con Vidal prendió la mecha, de manera que en diciembre de 1945 ya era una amistad bien trabada, a tiro de consolidación, una amistad que desechó los trucos de magia para quedarse solo con la magia. Pronto llegan las confesiones. Él le desvela que su demonio es el orgullo y la arrogancia, pero puede estar tranquila porque ella nunca va a verlo, le asegura. Es miope y depresivo, advierte Anaïs, y se aventura con una primera definición: «Un chico sin edad que habla como un viejo». También es un animal satírico, y lo que mejor se le da en ese circo es imitar a Roosevelt y a Churchill. A Anaïs le resulta simpático, sobre todo cada vez que descuelga el teléfono y dice: «Aquí *troubadour* Vidal». Cuando se acumulan las suficientes confesiones ella descubre un día su mano descolgada entre las de *troubadour* «y empezamos el viaje de nuestra amistad como dos niños sin amor que se han educado por sí solos», escribe en su diario diapasónico, buscando siempre el tono propio en el tono de los demás.

No tuvo Anaïs tantos remilgos catorce años antes, cuando su recién conocido Henry Miller la invitó a irse con él a la Rue Blondel 32 de París. Ella pregunta con curiosidad qué hay allí y él responde con naturalidad: «Putas». Y se van de putas. «Las putas de Henry —anota Anaïs en su diario—. Siento curiosidad y simpatía por las putas de Henry». Se van en taxi al burdel y, una vez allí, Henry negocia el precio con dos de ellas. Se

introducen los cuatro en una habitación y ocurre que el disfrute de la carne no es para los visitantes, sino solo para las visitadas. El disfrute de los otros es visual; sienten que tienen dos globos de colores en las cuencas que se inflan y desinflan mientras las mujeres se reducen a un guiñapo de carne donde lo que más llama la atención de Anaïs es el enorme pene que una de ellas se ata a la cintura para demostrar quién manda allí. Corre febrero de 1932 y Henry (31) está casado con June, su segunda esposa. Es una relación abierta, abierta por la cremallera de la bragueta de Henry. Le daría igual de haber sabido que solo un mes antes Anaïs estaba besando la boca de June con la complicidad de una June que soñaba con aumentar de grado penal y pasar de la complicidad a la autoría, lo que pronto conseguirían en aquella fantasía aritmética de pasar de ser dos mujeres a ser una suma de efervescencias. Años después Anaïs sería psicoanalizada por su amigo Otto Rank y este la tranquilizaría al respecto: que no, que no era lesbiana, que lo único que había hecho era proyectar en otros el perfil seductor heredado de su padre, el pianista Joaquín Nin.

Papá es muy nombrado por Anaïs en su diario, a pesar de tratarse del ser vivo más arrogante del mundo. La hija plasma un recuerdo de sus 10 años, cuando aquel alquiló un castillo propiedad de Gabriele D'Annunzio para pasar unos días en familia. Cerca de allí vivía el escritor, al que Anaïs recordaba con asombro años después, aquel que decía preferir una cita con la música a una cita con una mujer, por mucho que una vez se citara con una mujer y la convirtiera en la flagrante melodía de su carne. También Rank es muy citado en el diario. Anaïs advierte que, de cada dos frases que dice, una siempre empieza por: «Tengo una idea».

Pero volvamos al burdel. Cuando salen de allí Henry coge aire y asesta un golpe de vanidad vencida: «Hasta ahora no había conseguido nunca la amistad de una mujer inteligente. Todas las demás mujeres eran inferiores a mí. A ti te considero mi igual». Henry confiesa a Anaïs que le gusta prodigarse en una maldad controlada hacia los demás; le cuenta gamberradas varias y se complace molestándola, hiriendo su sensibilidad de cabritilla perdida en el monte. Su broma preferida es pedir dinero a un amigo y después gastarse la mitad enviándole un telegrama. El mensaje subliminal es: desprecio tu dinero y me la trae floja tu generosidad.

A la postre, la amistad entre Anaïs y Henry fue de corte y confección epistolar, descollando el alud de cartas que el americano escribió a la francesa durante su periplo automovilístico por Estados Unidos entre 1940 y 1941. Pensamientos profundos unas veces, a vuelapluma otras, y entre líneas, como de tapadillo, las funciones haciendo el miembro, cuando no deshaciéndolo... Carta de 5 de marzo de 1941 desde Detroit: «Físicamente

me encuentro bien y orino con moderación (...)». Tres días después, esta vez desde Chicago: «Me encuentro estupendamente; la vejiga parece estar normal ahora. Y estoy acalorado todo el día. Hasta sudo. Tendré que ir a un podólogo para que me trate los pies: sudo demasiado». Dos meses después, desde el Gran Cañón de Colorado: «He abandonado todas mis medicinas hace unos tres días y, cosa curiosa, me siento mejor y orino menos». También el 8 de junio de 1941 desde San Francisco, recién llegado de Hollywood: «Como era de esperar, sin duda, después de comer una ensalada he cogido una diarrea. Aún la estoy soportando, pero ya se me está pasando». A veces era capaz de superar su polifonía escatológica y centrarse en lo que había alrededor, empezando por su paisanaje. Así desataba con Anaïs en esa misma carta sus remembranzas tras su paso por México: «En Tijuana, en los bares, las mujeres son duras y suaves a un mismo tiempo. Putas, por supuesto. Pero de las violentas. Y los hombres parecen asesinos, carniceros, bandidos. Esto le hace a uno estremecer». La consideración epistolográfica del americano hacia la francesa ya venía de antiguo, confundiendo la cortesía con una curva en la que se podía derrapar a sus anchas y sin el cinturón puesto: «He tenido unos extraños sueños homosexuales. Los escribiré para usted. Mujeres a quienes les crecían puerros en sus órganos» (carta de 17 de enero de 1933).

Dos meses después surge la amistad entre Anaïs y su terapeuta, el doctor René Allendy, que la lleva psicoanalizando desde mayo de 1932. Con el tiempo han llegado a lo que Freud denomina «neurosis de transferencia» y ahora Anaïs no sabe vivir en sus pensamientos lejos del doctor. En un ascenso de peldaño le invita a cenar a su casa, eso sí, junto a su esposa y el escritor Antonin Artaud, amigo de Anaïs y paciente del doctor Allendy. Anaïs y Artaud se tratan de usted mientras hablan de todo, en especial de sus alucinaciones, las de ambos. Son muy distintas para cada uno. Anaïs dice ser feliz con las suyas, no le quitan el sueño ni los sueños; sin embargo, a Artaud se lo quitan todo. Ella recoge en su diario sus palabras: «Yo no puedo decir lo mismo. Para mí son una tortura. Hago esfuerzos sobrehumanos por despertar». Por entonces escribía Artaud un libro sobre Heliogábalo y se disculpaba con Anaïs por no dedicar a su amiga el tiempo que merecía, andando como andaba por las bibliotecas buscando datos sobre astrología caldea... Entrada de mayo de 1933: «Siento una piedad inmensa por Artaud, porque siempre sufre. Es la oscuridad, la amargura de Artaud lo que quiero curar. Físicamente no podría tocarlo, pero amo la llama y el genio que hay en él».

Artaud (36) termina su libro y se lo dedica a Anaïs, a quien los astros la han señalado como su amor platónico. Un día la engalana con esta frase

de fiesta: «La diferencia entre tú y las otras mujeres es que tú inhalas dióxido de carbono y exhalas oxígeno». Dado que los grandes amores casi siempre empiezan por las rótulas, Antonin pone una mano en la rodilla de Anaïs y la joven se respiga, no por el gusto, sino por el gesto. Hay vocales que separan hemisferios y duelen más que una hemorroide sangrante. En la noche posterior a la visita de Artaud, Anaïs sueña que la penetra y no le resulta divertido, al menos en la vida real. Se citan en la *brasserie* La Coupule y allí, por fin, se besan. Anaïs lleva a su diario la sensación, más infausta que fáustica: «Ser besada por Artaud era ser arrastrada hacia la muerte». Al salir cogen un taxi. Ya en marcha, Artaud se fija en los transeúntes y no, no les desea nada bueno: «Pronto vendrá la revolución —anuncia entre dientes sin quitarles ojo—. Todo esto será destruido. Hay que destruir el mundo. Está corrompido y lleno de maldad. Está lleno de momias». Dicho lo cual baja la ventanilla y escupe a la gente mientras grita sus consignas sin pedir nada a cambio, solo que se dejen escupir un poco. Aquello a Anaïs no le importa: es Artaud en estado puro, en estado duro.

Él le escribe largas cartas en las que desvela que su necesidad ya no es madre de la virtud, sino que es Anaïs la duramadre de todas sus necesidades, y le tiende sus recuerdos. Todos. Hasta los ancestrales: «Tengo un nombre que me dio mi madre cuando yo tenía cuatro años y por el cual me llaman mis íntimos: "Nanaqui"». Anaïs temblaría de pavor un día que fue diferente a los demás, el día que Artaud le dijo: «Entre nosotros podría producirse un asesinato». Antonin Artaud nunca resultaba más creíble que cuando dejaba de creer en todo.

En agosto de 1937 Anaïs (34) conoce a Lawrence Durrell (25) en el estudio de Henry Miller, amigo de ambos. El acoplamiento espiritual es instantáneo. Finta de Anaïs en su diario: «Sentí la amistad de repente, sin apenas necesidad de hablar». Parece como si lo conociera desde hace «mil años», a ese hombre lleno de un niño por dentro que aparenta tener «la enfermedad de la nieve (la enfermedad inglesa de la impersonalidad)». Él la visita a menudo en la gabarra que Anaïs tiene atracada en el Sena y que es su hogar desde hace años, se sienta en el suelo «como un hindú» y les habla, a ella y a Henry, que también se encuentra allí. «Das miedo, Henry —afirma Durrell—, da miedo ver cómo cortas el cordón, el cordón umbilical de lo que escribes (ni piedad ni amor)». Durrell está casado, pero sin dar la espalda a su matrimonio se pone de perfil para entronizar a su reina secreta y de forma incondicional brinda a Anaïs su apostolado: «Es dulce tu forma de extender las alas. Todos nos encaramamos para ponernos bajo su protección. No sé cómo lo haces. Debes [de] tener la envergadura de un albatros».

DE AMIGOS QUERIDOS Y AMIGOS REÑIDOS

Tolstoi y Turguéniev nunca tuvieron muy claro si los amores más queridos eran también los más reñidos, ya que, entre ellos, reñir era una necesidad permanente y quererse una aspiración rematadamente metafísica. Presentemos algunas entradas en el diario de Tolstoi (28) de febrero y marzo de 1857 —nótese el equilibrio en las paladas de cal y de arena—: «Comí con Turguéniev [38]. Es vanidoso y mezquino». «Pasé tres horas muy agradables en casa de Turguéniev». «Turguéniev no cree en nada, y esa es su desgracia. No ama, sino que ama amar». «Otra agradable velada en casa de Turguéniev, delante de la chimenea y bebiendo una botella de vino». «¡Turguéniev es aburrido! ¡Dios! Nunca ha querido a nadie». «Durante la comida le dije que es superior a mí». «Fui a casa de Turguéniev. Es un hombre frío e inútil». «Lo respeto, lo estimo, puedo decir que hasta lo quiero, pero no le tengo ninguna simpatía». «Turguéniev está viejo». «Fui a casa de Turguéniev, ya no conversa, habla sin ton ni son. No cree en nada». El exponente de una amistad pasada de frenada para acabar pasada por el pasapuré. ¡Quién iba a sospechar algo así al principio, cuando Tolstoi llegó a París el 9 de febrero de 1857 y Turguéniev se lo quedó entero para él, guiándolo más por los bajos fondos que por los altos, llevándolo de fiesta en fiesta y de mujer en mujer! Sin embargo, solo ocho días después Tolstoi escribía en su diario: «Cena con Turguéniev. Es, sencillamente, un presumido y un mezquino». Y llega el 1 de marzo, con pocos, muy pocos días por el medio para que Tolstoi haya hecho un examen de Turguéniev mínimamente fiable, aunque sea tipo test: «Turguéniev es un aburrido (...). Casi nos hemos peleado».

¡Qué diferencia de carburación la de Tolstoi cada vez que arrancaba motores para acercarse a su amigo y secretario particular, Vladimir G. Chertkov! Habiéndose conocido en la escuela de Yasnaia Poliana en el otoño de 1883, teniendo Tolstoi 55 años y Chertkov 30, su conexión fue completa e inmediata, sin fisuras en actitudes ni en ideales, de manera que pronto se transformaron en dos vasijas necesitadas de decantación recíproca. Sorprende la anotación de Tolstoi en su diario a los seis meses de conocerse: «Él y yo somos asombrosamente uno». Ni su esposa Sofía había merecido en los veintiún años de matrimonio semejante agasajo. En fin, más sorprende la carta que Tolstoi le escribe el 7 de noviembre de 1884, tras un año de estrecha relación espiritual: «Quisiera vivir contigo y, si seguimos vivos, viviré contigo. Nunca dejes de amarme como yo te amo».

Turguéniev no llegó a tan tiernos arrebatos con Émile Zola, pero, sin

duda, la amistad con el francés debió de ser un respiradero, haciendo de ella virtud, pero también negocio, ya que en la década de 1870 Zola no solo era famoso en Francia, sino también en el país de los zares, aunque con el oficio y el beneficio detenido en la frontera de Francia, ya que las traducciones de sus libros al ruso estaban al mismo nivel oficioso que la prostitución y esto le ocasionaba un lucro cesante considerable que Turguéniev, con un pie siempre en Moscú y el otro en París, vendría a reparar proponiéndole ser su agente literario para Rusia, alianza que desembocaría en un contrato editorial corriendo el año 1874, contando el autor 33 años.

A Hemingway le ocurría un poco lo que a las naves espaciales, ya que a medida que ganaba altura iba desacoplando amistades con la misma facilidad que el cohete desacopla sus fases de camino a los astros, soltando lastre para ganar antes los cielos. Hem no tuvo pudor para decir de Gertrude Stein, su inicial mentora y sacerdotisa de tantos, que había hecho relativamente bien las cosas hasta que le llegó la menopausia, momento en el cual perdió «todo sentido del gusto», al ser incapaz de distinguir un cuadro bueno de uno malo o un escritor valioso de uno inválido. A Hem le hizo mucha gracia saber que la señora Stein (60) andaba dando conferencias por Estados Unidos a finales de 1934. La revista *Esquire*, en la que él colaboraba, le propuso un artículo al respecto, pero él lo rechazó con un argumento tan cristiano como era no querer «darle bofetadas a la vieja puta cuando se lo estaba pasando en grande convertida en una gran figura literaria en Estados Unidos».

Tampoco William Faulkner se libró del rodillo de Hem, un rodillo en permanente rodamiento. Todo se debió a lo de siempre, a la manía de confeccionar listas cerradas, que son las que más gusta cargar al diablo, sobre todo cuando están llamadas a leerse en una conferencia multitudinaria, como fue la que Faulkner impartió en la Universidad de Mississippi en la primavera de 1947 (49), previa selección de los escritores contemporáneos más exitosos, no olvidándose de Hemingway, por supuesto, pero dejándolo en la cola tras Thomas Wolfe, John Dos Passos y Erskine Caldwell, además de él mismo, por supuesto. Este inventario envenenado se publicó en los periódicos y Hemingway se lo tomó como un insulto personal que le devolvió en el año 1954, cuando Faulkner, laureado con el Nobel cuatro años atrás, publicó *La fábula*, novela a la que Hem se refirió como lo haría un proctólogo maleducado, tildándola de «mierda impura y diluida». Además de ello, como el uso de su apellido le generaba halitosis, empezó a referirse a Faulkner como «ese viejo y melifluo bebedor de alcohol ilegal».

Una de las especialidades de Hem era la de hacer amigos al revés, empezando por el final, por la diatriba. Así ocurrió con el poeta y abogado de aseguradoras Wallace Stevens, con quien terminaría dirimiendo sus diferencias literarias al estilo del Far West, y es que corría el mes de febrero de 1936 cuando, en una de ellas, se liaron a puñetazos, con el resultado de que Stevens, de 56 años, se fracturó la mano contra la mandíbula del joven de 35. Aun cuando los huesos suelden mucho antes que los enojos, terminaron reconciliándose.

Con Dos Passos, Hemingway forjó una amistad tan sólida que difícilmente uno podía pensarse que se viniera abajo. Pero se vino. Un busto de escayola que presidía el vestíbulo de la casa de los Hemingway en Cayo Hueso (Florida) fue el detonante. «Era un busto horrible —cuenta Dos Passos en su autobiografía—. Parecía estar hecho de jabón. Soltamos [él y su mujer] la carcajada nada más verlo. No nos cabía en la imaginación que Ernest se lo tomara en serio». El caso es que Dos Passos adquirió la solapada costumbre de acertarle con su sombrero desde lejos en cada visita, hasta que «Ernest me sorprendió un día, y después de lanzarme una mirada de pocos amigos retiró el sombrero de la cabeza del busto. Estuvo enfadado el resto del día. Nadie hizo ningún comentario, pero desde entonces las cosas no volvieron a ser como antes».

André Breton sucumbió a la amistad y admiración de Paul Valéry en su juventud, pero vendió todos los originales de sus cartas a un comprador de libros raros el mismo día que Valéry ingresó en la Academia Francesa, lugar este en el que, según Breton, la prostitución intelectual hallaba perfecto acomodo. Ser o no ser, esa era la cuestión, solo que Breton, por centrar el mandato, anudó al infinitivo su adjetivo favorito: radical. Uno de sus entretenimientos favoritos era pixelar cualquier símbolo religioso que, por error, llegara rodando a sus pies. Así fue como la cólera de Aquiles se quedó en unos pucheros al lado de la suya cuando descubrió en el cuello de la esposa de René Magritte un crucifijo, afrenta de suficiente entidad como para dejar al pintor al borde de la expulsión del grupo.

Creador del círculo surrealista, Breton no admitía imposturas desde fuera ni descréditos desde dentro. Louis Aragon no pareció entender el mensaje que el jefe había situado a las puertas de su casa tal como Platón lo había puesto a la entrada de la suya, y es que, así como el griego había negado la entrada en la academia a quien no fuera geómetra, el francés la prohibía a quien no estuviese a su altura. Mientras Breton escribía su novela *Nadja*, Aragon alumbraba a escondidas desde hacía cuatro años su propia novela, un aluvión de 1.500 páginas titulado *La defensa del infinito*, sin sospechar que para ese infinito no había defensa alguna, y menos con el

pusilánime Aragon sirviéndole de escudero. Dado que Gallimard, el editor, ya había dado su bendición a la obra, Aragon presentó al círculo la criatura leyendo varios pasajes. Craso error. La desaprobación fue general, con Breton a la cabeza, de manera que el infinito aquel redujo considerablemente sus tiempos al quedar literalmente reducido a cenizas cuando su autor lo lanzó a la chimenea de su habitación en un hotel que daba a la Puerta del Sol madrileña.

Aragon nunca les perdonó aquel desaire, tildando de «idiotas» a todos sin excepción en un fragmento que tituló a golpe de fantasía: *Le Con d'Irene* (*El coño de Irene*). Estaba claro que el bueno de Aragon no daba la medida para durar en aquella jaula de grillos. Le echaba poco artificio y le sobraba ese sexto sentido allí prohibido como un anatema: el del ridículo. Terminó marchándose a Rusia con su esposa, Elsa Triolet, amparado en dos razones fundamentales: una, económica, dado que el matrimonio vivía de los collares que Elsa confeccionaba a mano y que el poeta vendía o trataba de vender por las tiendas de moda; otra, ideológica, para recibir en pleno rostro las bocanadas del auténtico comunismo y no aquel trasunto descafeinado que se olisqueaba por París. Por entonces Aragon se afanaba en una novela escrita lo suficientemente lejos del círculo surrealista como para impedir su mutilación. Su título no lo hacía apto para niños: *Les aventures de Jean-Foutre la Bite* (*Las aventuras de Don Juan Lapolla Tiesa*).

SCOTT VS. ERNEST

Saturados por los vapores del alcohol norteamericano, Scott Fitzgerald (28) y su mujer Zelda (23) se instalaron en París en mayo de 1924 para cambiar de aires —de vapores, en su caso— y dejarse mecer en los vaivenes de los vicios de la ciudad de la luz. No les fue nada mal. De luz apenas captaron un par de fotones, pero las juergas las apuraron todas hasta las heces. Llegada la primavera de 1925 Scott resumía así la cosa: «Mil fiestas y ningún trabajo». Un peso gozoso gracias a su contrapeso. Allí fue donde, en junio de 1925, conoció a Ernest Hemingway (25). Ocurrió en el bar Dingo y el flechazo fue mutuo e instantáneo. Ernest se quedó con los labios de Scott —«puestos en la boca de una mujer serían los de una beldad», aseguraba—, como también con sus piernas, pero para descatalogarlas: «Con unas piernas normales tal vez habría podido ser cinco centímetros más alto». Por su parte, Scott puso a prueba la paciencia de Ernest con la marca típica de la casa: su descaro, haciendo volar en desbandada, a la par que las copas, preguntas seriamente reñidas con el derecho a la intimidad

del recién conocido, entre ellas la de si se había acostado con su mujer antes o después de casarse, a cada una de las cuales Hemingway contestaba invariablemente: «No lo sé, no lo recuerdo». La cosa terminó con Scott metido en un taxi con la dirección de su casa facilitada al chófer por Hemingway, ya que el viajero no tenía nada claro dónde vivía.

Rara amistad la suya, dada la disparidad de vidas, de caracteres y de estilo que cada cual tenía a la hora de pecar. Empezaron admirándose sin medida y acabaron compadeciéndose lo justo: Hemingway de Fitzgerald porque era un borracho sin remedio; Fitzgerald de Hemingway por lo poco que se parecía a él, a pesar de llevar los dos metido por el anular no una alianza matrimonial, sino el culo roto de una botella de whisky. Las cartas de Ernest a Scott en esa primera época se parecen a las escritas por cualquier niño maleducado un 5 de enero... «Joder, me estoy poniendo sentimental por lo cojonudo que eres. Dios, cuántas ganas tengo de verte». Fitzgerald, tan manirroto en sus minutos de abstemia como en sus horas de ebriedad, celebraría aquella carta al estilo de los Reyes Magos, enviándole a Hem cien dólares a vuelta de correo. Uno ya había escrito por entonces *Fiesta*; el otro *El gran Gatsby*.

Fue nueve años después de *Gatsby* cuando Scott dio a luz su segundo gran éxito, *Suave es la noche*. Ansioso por conocer el parecer de su amigo, la respuesta de este lo fue a la gallega: «Me gustó y no me gustó», criterio este que iría ganando mayor amplitud geográfica hasta confesar a Maxwell Perkins, editor de Scott, que la novela le gustaba cada vez más, pidiéndole que así se lo trasladara a su autor. Carta de Hemingway a M. Perkins: «Es extraordinario hasta qué punto es excelente el libro. Casi todo él es superior a lo que había escrito antes». Cuando Scott recibió la noticia pegó la frase de Hem en su libro de recortes de frases importantes al servicio de la autoestima cuando esta se perdía por el camino, que era muy a menudo. Así ocurrió un día de septiembre de 1933, cuando, abatido por la creciente psicosis mental de Zelda y el fracaso en ventas de *Suave es la noche*, escribió en su diario: «Si al menos me muriese, Scottie [su hija] y Zelda recibirían el dinero del seguro y eso sería un gran alivio para todos». Aspiración esta que tenía a tiro de piedra —de mármol más bien, que de él suelen estar hechas las lápidas— teniendo en cuenta que, por entonces, pasaban por su esófago hasta treinta y siete cervezas diarias.

Por lo demás, la amistad entre los dos escritores andaba en declive, poniendo Scott los asideros y Ernest las zancadillas. Ensanchó este aún más la grieta con un proyecto poético cuyo título no dudó en enviar a Scott como ejercicio de calentamiento: «Versos para leer al echar las pelotas de Scott Fitzgerald al mar desde Eden Roc». En cierta forma, Hem siempre

tuvo en el punto de mira a su vulnerable amigo; uno de los disparos más certeros fue el que Scott recibió desde *Las nieves del Kilimanjaro*. Carta a Ernest tras su traumática lectura: «Querido Ernest: por favor, no hables de mí en tus libros (...). Me costó una noche de insomnio (...). Es un bello relato, uno de los mejores que has escrito, aunque eso del "pobre Scott Fitzgerald, etc." más bien (por no decir algo peor) me lo haya estropeado». Ernest admitió a trámite el escrito de queja y para la edición del otoño de 1938 «el pobre Scott» se había convertido en «el pobre Julian»... Scott profesaba hacia Ernest una admiración irredenta, hasta el punto de que en una carta de 1 de junio de 1934 le confesó haberse visto obligado a dejar de leerlo durante un año y medio mientras escribía la última versión de *Suave es la noche* por temor a que sus ritmos particulares contaminasen los suyos mediante un proceso de infiltraciones. El canto de cisne de Scott para con Ernest fue una última carta del año 1940, que aprovechó para devolverle el cumplido por su lejana *Suave es la noche* felicitándole por su éxito con *Por quién doblan las campanas* (1940), llegando a compararlo nada menos que con Dostoievski: «Te envidio mortalmente, dicho sea sin ironía».

El problema de Scott radicaba en que era rematadamente original, cuando no compulsivamente extravagante. Un joven escritor canadiense de 26 años llamado Morley Callaghan, amigo de Hemingway desde hacía seis años y contrincante de boxeo en el *ring*, tuvo ocasión de comprobarlo cuando, aconsejado por Maxwell Perkins (el editor de Fitzgerald) fue a visitar a este a su casa en París. Scott lo recibió con amabilidad y tiró de manual de cortesía en sus postulados más básicos, pero su línea de flotación siempre estaba a merced de cualquier bala perdida, y aquí su dignidad también resultó malherida. Cuando Scott le leyó un capítulo del manuscrito de *A Farewell to Arms* (*Adiós a las armas*), que Hemingway le había prestado para conocer su opinión, y Morley lo escuchó como quien oye llover, asumió Scott la ofensa del propio autor y su ira entró en combustión: «Esto no parece impresionarle mucho, ¿verdad, Callaghan? —le espetó—. Me pregunto qué es lo que puede impresionarle. O tal vez ya lo sé». Para demostrárselo, el anfitrión se arrojó al suelo, apoyó la cabeza en la alfombra e intentó hacer el pino sin conseguirlo, cayéndose de espaldas, ebrio como estaba. Tras ayudarlo a ponerse en pie, su invitado puso pies en polvorosa y ese mismo día comunicó por carta al señor de la casa su intención de no volver a verlo.

Pero no era tan fácil renunciar para siempre a alguien que había escrito *The Great Gatsby*, de manera que Callaghan terminó excavando aquella tierra que había puesto de por medio y los encuentros volvieron a producirse, uno de ellos con el matrimonio Hemingway, en el restaurante

Prunier, donde Ernest y Morley, tras un copioso almuerzo, decidieron cambiar los cubiertos por los guantes y se fueron a boxear al American Club, donde el pintor Joan Miró les había arbitrado semanas antes, si bien quien ahora tenía el cronómetro en la mano era el atolondrado Scott, más pendiente de los golpes y los saltos de los púgiles que del reloj, de manera que, olvidando detenerlo a los tres minutos, lo hizo a los cuatro, propiciando una remesa de golpes de Morley a Ernest que lo dejaron tendido en el *ring*. La iracundia de Hem no se hizo esperar: «¡Cristo! —gritó a Scott—. ¡Si querías ver cómo me pegaban dilo claramente, pero no nos vengas ahora con que no lo has hecho a propósito!». Después de aquel día la amistad entre ellos no volvió a ser la misma, sin que mejorara las cosas, ciertamente, el número del *New York Tribune* haciéndose eco del combate para ridiculizar la actuación de quien, entre las armas a las que había dicho adiós, ya podían incluirse unos guantes de boxeo...

TRAVESÍAS CON TURBULENCIAS

Había hitos literarios de los unos que los otros recibían con un bostezo, y si no que se lo pregunten a Truman Capote, cuando, invitado a pronunciarse sobre *Moby Dick*, repasó lo que ponía su certificado de defunción: «Me aburrió mortalmente». De la misma sinceridad tiró William Wordsworth en 1820 cuando Edward J. Trelawny, buen amigo de Byron, le preguntó qué opinaba de Shelley como poeta. La respuesta se reveló como arma de doble filo: «Nada». Wordsworth logró fundir los dos filos en uno cuando agregó que si un poeta no había escrito un buen poema antes de los 25 años es que no servía para el oficio, y al final, para que aquello se pareciera de verdad a una lanza, añadió la punta, la puntilla más bien, cuando se refirió a Shelley como «melenudo y parásito».

Trelawny debió de montar en cólera, dada su adoración por Shelley, de cuya incineración él mismo se había encargado, arranque este que a Byron le tenía no poco preocupado, ya que siendo aquel su compañero de aventuras en Grecia no le faltó ocasión para recordarle que, de morir en el viaje, ni se le ocurriera «asarlo a la parrilla» como había hecho con el bueno de Shelley. Lo cierto es que Trelawny no se quedó para analizar la esperanza de vida del lord, abandonándolo no bien el barco atracó en la Cefalonia griega. La causa, inapelable, quedó consignada por escrito: «¿Podía yo dilapidar mi propia vida ligado a semejante imbecilidad?». Así pues, Trelawny, ya en tierra, se lanzó en busca de su tiempo perdido y lo encontró en Atenas, donde se compró un harén de entre doce y quince odaliscas.

La moraleja —o, al menos, una de ellas— es que la vida es demasiado corta como para perder algunos gramos de ella trasvasándolos al recipiente inadecuado. Edgar Allan Poe contaba con un buen puñado de amigos al final de su vida, quemador en mano todos ellos para dorarle la píldora al amparo de una fama que tan tarde le había llegado. Presumo que apenas le valían a Poe lo que la suma de todos ellos costaba: cero. Y es que tenemos el impagable testimonio del médico que lo atendió en sus últimos días de vida, el doctor Morgan, quien describió su violenta reacción cuando le dijeron que, una vez curado, volvería a ver a todos sus amigos, respondiendo Poe que, entonces, más valía volarse el cerebro.

Paul Verlaine solo trataba de superarse —tanto en lo malo como en lo bueno— cuando estaba con su inseparable Arthur Rimbaud. Llegados a Francia en el año 1873 tras una larga estancia en Londres, ambos se propusieron mejorar su inglés por separado, Verlaine en París y Rimbaud en su casa materna de Charleville. Se ve que en Londres no se habían aplicado lo suficiente, prefiriendo pasar el tiempo haciendo ejercicio; uno de sus favoritos consistía en envolver un cuchillo en una toalla y acometerse con las puntas asomando por el embozo. En cuanto uno hería al otro tiraban las armas y se iban al pub más cercano a reponer adrenalina. Mucho más que el idioma inglés, lo que perfeccionaron en Londres fue el grueso de sus discusiones; así fue como en julio de 1873 ponían los primeros mimbres de la ruptura definitiva.

Ocurrió más o menos así. Es Paul (29) quien está haciendo la compra; Arthur (19) lo ve desde la ventana caminando en dirección a casa con una botella de aceite en una mano y un pescado en la otra y se ríe de él desde allí, lo que exaspera enormemente al recadero, tanto que, no bien entra en casa, le cruza la cara a Arthur usando el pez a modo de guante, le dice que ya no le aguanta más y se larga con lo puesto al puerto de St. Katharine, desde donde zarpa a Amberes. Aún se verán cinco días después en Bruselas, siendo Rimbaud quien en esa ocasión quiere marcharse, lo que Verlaine trata de impedir con el famoso balazo en el brazo, por encima de la muñeca. Verlaine aún dispara una segunda vez, pero Rimbaud se aparta a tiempo y la bala se aloja en la pared. Resultado: Verlaine sale huyendo consternado y Rimbaud lo denuncia a la Policía, dando lugar a un proceso que culmina con una condena a dos años de prisión y 200 francos de multa. Fin de la historia; inicio de la leyenda.

TERAPIAS DE GRUPO

En el número 240 de la Rue du Faubourg Saint-Honoré, apartamento parisino de Flaubert, llegaron a formar tertulia literaria nada menos que

Zola, Turguéniev, Edmond de Goncourt, Charpentier y Henry James, además del propio anfitrión. Teniendo James por entonces 32 años, la mucha luz que lo guio hasta allí para conocer al autor de *Madame Bovary* no le cegó a la hora de escribir a su hermano William: «Tanto talento, tanta ingenuidad y honradez y, sin embargo, tanta frialdad y sequedad». Cuando se cansaban de hablar de lo divino se trasladaban todos al café Magny para rendir cuentas de lo humano, de tal manera que en el año 1863 uno podía acodarse en la barra y ver reflejados en el espejo, sentados alrededor de una mesa, a Turguéniev, Zola, Alphonse Daudet y a los hermanos Goncourt, a quienes se unía de vez en cuando George Sand.

Es un 28 de marzo de 1880. Viajan en tren en plan muchachada desde París a Roven, ya que deben visita a Flaubert, una visita relámpago, de cribar solo oro, para comer bien, criticar mejor y dormir siesta a espuertas. Son Edmond de Goncourt (57), Zola (39), Louis Charpentier (19) y Alphonse Daudet (39). A Goncourt le asombra una cosa y no es el paisaje. Lo deja recogido en su *Diario*: «La cantidad de veces que el autor de *Naná* [Zola] mea o, por lo menos, intenta mear, es inimaginable».

Ahora vayamos rodando hacia atrás, concretamente al año 1815. Están reunidos lord Byron, Percy B. Shelley y Mary Shelley. Nada del otro mundo iba a decir, pero me habría equivocado. Es Byron quien lo propone, sabedor de que a Percy le apasiona lo sobrenatural: «Cada uno de nosotros escribirá una historia de fantasmas». El repaso que Mary da a los otros es descomunal. Escribe un libro titulado *Frankenstein*.

Tres gigantes literarios y, además, buenos amigos, a pesar de los temperamentos y pudores tan distantes, con radios de acción de longitudes tan dispares. En una visita que Gorki (33) y Chéjov (41) hacen a Tolstoi (73) en la villa donde este pasa el invierno de 1901, ubicada en Gaspra (Crimea), se habla de cuestiones elevadas hasta que Tolstoi saca el rasero y coloca los temas a la altura de las botas de un mujik. En su libro sobre Tolstoi, recordaba Gorki cómo paseando por los jardines de la villa se complacía el conde en sacar los colores al integérrimo y algo gris Chéjov, entre otras cosas preguntándole si había «puteado mucho de joven». Según Gorki, el buen Antón se mesó la barbita, sonrió y, mirando al mar, farfulló unas palabras incomprensibles. Fuera lo que fuera lo que Chéjov le dijo, la réplica de Tolstoi se entendió a la perfección: «Yo fui un putero incansable». Los ejercicios de sinceridad para con sus amigos eran un tanto descarnados, y los pelos que no tenía en la lengua eran los que necesitaba en la cabeza de aquellos para tirarles de ellos hasta sentirse en paz consigo mismo.

Inaugurada su amistad con Chéjov en 1895, en 1901 Tolstoi ya se

juzgó con el suficiente sentido común como para espetarle: «Las obras de Shakespeare son bastante malas, pero las suyas son aún peores. Mi querido amigo, le ruego que deje de escribir obras de teatro». El testimonio es de su hija, Sofia Tolstoia. Yo le pondría algo de pompa a la cosa y la llamaría «biodiversidad literaria con pacto de no agresión ecosistémica». Les pongo un ejemplo sin abandonar el trío. ¿El cepo? *El tío Vania*. Tolstoi acude a ver la obra un 28 de enero de 1900. Anotación en su diario al llegar a casa: «He ido a ver *El tío Vania* y me he indignado». ¿La culpa? ¡De quién sino del doctor Astrov, un personaje, a su gusto, pésimamente resuelto por el autor! En el ángulo opuesto las impresiones de Gorki, trasladadas por carta al autor: «Hace algunos días vi *El tío Vania*. Lo vi y lloré como una buena mujer, volví a mi casa aturdido, trastornado (...). Me parecía como si una sierra embotada me hiciera pedazos. Sus dientes muerden el corazón y, bajo su mordedura, el corazón se contrae, gime, se desgarra». En las consideraciones de Tolstoi quizás subyaciera la afición por el adulterio que imputaba a Chéjov, eso de acostarse con Dios a la par que con el diablo, convencido como estaba Tolstoi de que Chéjov habría llegado a ser mejor escritor de no perder el tiempo con la medicina, dato que Chéjov se ocupaba de refutar, creyente como era de la economía circular aplicada a la creación literaria; así es como en 1888 escribía a su amigo Alekséi Suvorin que la medicina era su esposa legítima y la literatura su amante, de manera que «cuando una me aburre, me voy a pasar la noche con la otra».

En el fondo, el conde Tolstoi era un secreto admirador de la obra de Chéjov, tanto como una de sus hijas, Tatiana Lvovna, que estaba secretamente enamorada del amigo de papá. En una carta de 30 de marzo de 1899 la mujer de 34 años escribía al hombre de 39: «Su *Dúshechka* es encantadora. Mi padre la ha estado leyendo cuatro tardes seguidas y dice que gracias a esta obra ahora es más inteligente (...). Siempre me ha sorprendido que los escritores conozcan tan bien el alma femenina». Pero para Chéjov el alma femenina era un cajón de sastre donde entraban todas las virtudes de las santas y todos los pecados de las perdidas. Y las rameras japonesas tenían allí su hueco. Lo hechizaban. Se dejaba caer por Blogovéschensk (óblast de Amur) para conocer a fondo y de primera mano el exquisito tratamiento que tenían para con los hombres. En carta desde aquella ciudad a su amigo Alekséi Suvorin un 27 de junio de 1890 le contaba cómo la ramera «en el acto demuestra una habilidad admirable, hasta el punto de que parece que, más que poseerla, participas en una carrera de caballos de la escuela superior. Cuando uno se corre, la japonesa, con los dientes, se saca de la manga un pedazo de algodón, le coge el pene y se lo limpia mientras el algodón cosquillea su vientre».

Amanece un 3 de noviembre de 1920 cuando André Gide (50) es invitado a comer con Paul Valéry (49) y Jean Cocteau (31). La velada promete ser interesante, pero Gide jura que ha sido un desastre. «Apenas había intercambiado tres frases con ellos y ya estaba exasperado», cuenta en su *Diario*, resultándole patético ver cómo los otros dos rivalizan intercambiándose frases ingeniosas como si fueran guantazos en un duelo de palabras, convirtiendo la sobremesa en «esa especie de paradoja de salón» que Gide dice estar ya muy mayor para aguantar. Soporta estoicamente cómo trituran a Henri de Régnier, a *madame* de Noailles o a Henrik Ibsen... Cuando le toca el turno al novelista Octave Feuillet la sentencia de Valéry es: «¡Un pelmazo!». Gide pasa del aburrimiento al cabreo y Cocteau, que percibe ambos estados, le sale con que el primero lo acepta, pero el segundo le repatea. «¡Estás de un humor execrable!», remata, por si Gide no se había dado cuenta.

La amistad entre Gide y Valéry ya venía de antiguo. El 4 de julio de 1909 Gide giraba visita obligada al hogar de los Valéry para conocer de primera mano el estado de Jeannie, esposa del poeta, pendiente de una delicada intervención quirúrgica. Edgar Degas (74) estaba a su lado consolándola, o fatigándola más bien, según apreció Gide, ya que entre lo duro de oído que era el pintor y lo blanda de voz que era la señora no se ponían de acuerdo entre lo que una hablaba y el otro escuchaba. De repente, Degas se puso a despotricar contra los pintores que pintaban del natural, los llamados paisajistas. Los tildó de bromistas y de sinvergüenzas y se prestó a darles su merecido sin consideración alguna hacia el código penal francés, dando fe Gide de cómo levantó su bastón, cerró un ojo y, apuntando a los muebles de la casa, dictó su sentencia terrible: «Cuando me tropiezo con alguno en el campo siempre me dan ganas de pegarle un tiro. ¡Pim, pam!». Luego descargó el bastón y se centró de nuevo en la enferma, pero mirando de reojo a Gide, como si él fuera el culpable: «El día en que se empezó a escribir Inteligencia con mayúscula la pifiamos —sentenció de nuevo—. No hay Inteligencia; se tiene la inteligencia de esto, de lo otro».

En el año 1950 confluían en Taormina Truman Capote (26), André Gide (80) y Jean Cocteau (61), siendo la principal distracción de Capote el acecho morboso a los otros dos, enemistados como andaban desde hacía años. De su ardua labor de vigilancia nos dejó algunas pinceladas en su libro *Los perros ladran*, donde Capote desvela la costumbre que tenía Gide de beber «a sorbitos una botella de agua salada recién cogida del mar», aunque la escena triunfal sea la de Cocteau acercándose a Gide cuando este se encontraba sentado en una plaza ensimismado en sus pensamientos, momento en el que Cocteau le pasa el brazo sobre los hombros, le acaricia

rodillas y manos e incluso le besa «las apergaminadas mejillas de mongol», siendo en ese fotograma donde Gide le corta el rollo: «Estese quieto. Estropea el paisaje».

George Davis, redactor de la revista *Harper's Bazaar*, tenía una vieja residencia en Brooklyn Heights destinada a hospedar personajes sin techo del arte. (Nota: con lo de «sin techo» me refiero a aquellos artistas que tenían el cielo como límite). Como demostración de que los astros no solo se alinean en el universo hubo una época en la que, trazando un eje de ordenadas, coincidieron el propio Davis en la primera planta, Paul Bowles y su esposa en la segunda, el compositor Benjamín Britten, el poeta W. H. Auden y el tenor Peter Pears en la segunda, y Golo Mann (hijo de Thomas) en la buhardilla. Las reuniones de comunidad debían de ser gloriosas. El encargado de anunciar la comida cada día, presidiéndola, era Auden, quien al comienzo recordaba las dos prohibiciones por antonomasia: hablar de política y discutir.

Es enero de 1959 e Isak Dinesen (73) emprende, ya al final de su vida, una gira por Norteamérica. En la cresta de la fama como está, la enfoca, más que nada, como un viaje de placer, nada que ver con aquel viaje a Berlín dieciocho años atrás en calidad de delegada del Gobierno británico, enviada por Churchill para tratar de convencer al Tercer Reich de que los exterminios solo eran justificables entre una colonia de hormigas sin trabajo y un oso hormiguero con hambre. En Nueva York es recibida en loor de multitudes, descollando entre los distintos homenajes que recibe el de la Academia Norteamericana, que le dedica su cena anual el 28 de enero. Allí la sientan junto a la escritora Carson McCullers (41), que la admira desde que veinte años atrás leyera *Memorias de África*, mientras que Dinesen admira a McCullers desde que cayera en sus manos *The Heart Is a Lonely Hunter* (*El corazón es un cazador solitario*), leído y releído hasta la saciedad. Sin duda todo aquello está muy bien, pero a quien realmente quiere conocer la autora de *Memorias de África* es a... ¡Marilyn Monroe (32)! ¡Quién si no! La actriz acababa de rodar *Con faldas y a lo loco* y se hallaba en su cota más alta de celebridad, sostenida en la cúspide, eso sí, por su marido Arthur Miller (43), quien, cenando precisamente en la mesa de al lado, asumió el papel de Aladino sin lámpara maravillosa, pero sí con esposa, para cumplir el deseo de la en su día baronesa von Blixen, fijando una comida para el 5 de febrero en la casa de McCullers. Allí Miller preguntó a Dinesen por su popular hábito de mantenerse a base de uvas, ostras y champán desde hacía años, respondiendo la escritora que simplemente se limitaba a comer las cosas que le sentaban bien, y punto. (Un inciso. Me pregunto si la baronesa no habría adoptado tal costumbre

tras leer a Hermann Melville. El propio Miller —ahora Henry, no Arthur— declaraba hacerlo así a su amiga Anaïs Nin en carta de 4 de diciembre de 1934: «Cada día bebo *champagne nature* en mis comidas. He tomado la idea de Melville». Se refería a su libro *Pierre*, en el que uno de sus personajes aconseja comer ostras con champán para permitir al cuerpo resucitar). En fin, ni Miller (Arthur), ni McCullers. La fascinación aquella tarde se la llevó Marilyn, y así es como dos años después, meses antes de su muerte —Marilyn y Dinesen morirían con un mes de diferencia—, Isak escribía a Fleur Cowles: «No es que sea bonita, aunque por supuesto lo es casi de un modo inverosímil, sino que irradia al mismo tiempo una vitalidad sin límites y una especie de increíble inocencia. Me recordó a un cachorro de león que me trajeron en África mis criados nativos».

Hay elementos químicos que por separado son más inofensivos que una oveja, pero si los introducimos en una ecuación química y balanceamos los reactivos hasta que derivan en productos la cosa cambia. Por separado, los elementos Gore, Truman y Tennessee no se estropeaban ni las uñas, pero cuando coincidían dentro de una probeta lo que causaban era una catástrofe medioambiental. Comienzos de 1948. Apartamento de Tennessee Williams (36). Gore Vidal (22) y Truman Capote (23), seguramente bebidos, empiezan a tirarse los trastos a la cabeza, es decir, a criticarse a la recíproca su talento literario. Del uno al diez cada cual desenvaina un uno y lo usan como arma arrojadiza. Uno dice que tiene más talento que el otro, y más originalidad, y más coherencia, y más estilo, y más ética creativa («tú lo único que sabes es fusilar los temas y los argumentos de Zutano, de Mengano», y cosas así). La efervescencia es tal que ni siquiera Tennessee se atreve a meter un dedo; lo necesita para humedecerlo y saber de dónde viene el viento, entre otras cosas. Quiere a los dos por igual, quizás un poco más a Gore. Consecuencia: «Desde entonces Gore y yo no volvimos a ser amigos —Capote *dixit*—. Tennessee se limitó a sentarse de nuevo con una risa sofocada».

El competitivo Capote disfrutaba de lo lindo entrando en las bibliotecas públicas de condados de segunda para revisar las fichas y comprobar si sus títulos superaban en préstamo a los de Gore Vidal y Norman Mailer, si bien al final se conformaba con que el funcionario de turno no se olvidara de incluir en el catálogo *In Cold Blood* (*A sangre fría*), y ya no digamos si lo hacía con *The Muses Are Heard* (*Se oyen las musas*), que decía ser, en realidad, el libro preferido de toda su producción, por mucho que la estrella en lo alto del árbol fuera el otro. Entrevista con el periodista Lawrence Grobel: «Cada vez que cojo *A sangre fría* lo leo de cabo a rabo, como si no lo hubiera escrito yo. No cambiaría ni una coma».

La amistad que unía a Simone de Beauvoir, Sartre y Camus los llevó a citarse para comer una vez por semana a lo largo de diez años, pero solo hasta que las costuras de aquel corsé de hechura comunista que mantenía a los tres erguidos como escobas reventó por culpa de uno que había engordado más que los otros, escorándose hacia el acomodamiento burgués y terminando por asimilarse al recogedor de la basura. Tal fue el reproche que la pareja Beauvoir/Sartre hizo a Camus, lo que generó un combate dialéctico con incriminaciones y recriminaciones en una sucesión interminable de cartas cruzadas como las tibias en una bandera de piratas. Por lo demás, el excesivo celo de Simone a la hora de hilvanar la vida sexual de Camus no contribuyó a mejorar las cosas. Contaba este a su amigo Charles Poncet cómo un día Simone le reveló que una amiga suya quería acostarse con él. «Le contesté que en esa materia solía elegir yo solo. Es una humillación que una mujer como ella no olvida fácilmente». Y, ciertamente, no lo olvidó. Que a Beauvoir le dieran el premio Goncourt en 1954 por *Les mandarines* (*Los mandarines*) le vino de perlas porque su aburguesado amigo estaba allí encarnado —y desalmado— en un personaje odioso que la escritora no se molestó en pixelar.

La mitad de las aguas volvieron a su cauce el 3 de enero de 1960, cuando Camus perdió la vida a los 46 años en un accidente automovilístico y Sartre, tan dolido como desconcertado, escribió una nota necrológica para el *France-Observateur* en la que trataba de justificar la acidez de sus estómagos: «Él y yo estábamos peleados: una pelea no es nada, únicamente es otra forma de vivir juntos». Lo absolvió del todo tras hacer cuentas diez días después de su muerte, confesando a un joven llamado Patrice Cournot: «Camus nunca me hizo cabronadas, al menos que yo sepa, y yo tampoco se las hice». Si esto era así, «la profesora» ya podía devolver a los dos a sus pupitres.

Para Sartre, las cosas con Marguerite Duras no le fueron mejor que con Camus cuando estaba vivo. Por mucho que Duras en los años cincuenta ya fuera una escritora consagrada, buscaba publicar sin mirar con quién porque el pan de cada día era más caro que el del día anterior y cada día resultaba más complicado ganarlo. Así es como, venciendo la repugnancia que sentía hacia el filósofo, le sugirió la inclusión de unos relatos suyos en la revista *Les Temps Modernes*, de la que él era director. Todo apunta a que Sartre se la tenía jurada cuando le respondió así de expeditivo: «No puedo publicarla. Escribe usted mal. Pero no soy yo quien lo dice. Tiene que escribir mejor; de lo contrario nunca publicará en *Les Temps Modernes*». A Duras no le cupo la menor duda de que detrás de aquel enano autómata estaba Beauvoir, manipulándolo como una marioneta.

Cuando a Sartre y Camus se les unía Arthur Koestler pintaban bastos para ver qué dos se quedaban con el papel de catetos y quién con el de hipotenusa. En mi tierra, cuando tres amigos se reúnen para beber a lo grande acaban cantando el «Asturias, patria querida»; sin embargo, cuando aquellos tres lo hacían no acababan cantando «La Marsellesa», sino batiendo espuelas sobre el rosario de la aurora. Estaban una noche en un cabaré ruso de París, junto a Beauvoir, todos en conjuntivo estado de ebriedad, cuando Sartre no tuvo ocurrencia más feliz que entrarle a la mujer de Koestler, bella hasta las trancas, tentativa que su marido trató de frenar lanzándole un vaso a la cabeza que se estrelló sin pena ni gloria en la pared. Ante la deriva de la reunión todos optaron por marcharse, menos Koestler, que se quedó apurando los posos, tras lo cual subió gateando las escaleras del local para encontrarse de bruces con Sartre dando tumbos por la acera. En aquel torbellino de eses, Koestler esperó por la adecuada y se lanzó sobre él con el alfabeto entero para pegarle, lo que Camus evitó tirándole del brazo y recibiendo como tributo el puñetazo que iba dirigido a Sartre. Cuando Camus trató de devolvérselo todos se abalanzaron sobre él para proteger a Koestler, lográndolo. Un vez restablecida la cordura general el trío Beauvoir-Sartre-Camus montó en el coche de este dejando a Koestler y a su mujer tirados en la calle mientras trataban de recordar por dónde se iba a su casa.

11

FRENTES LITERARIOS Y FRENTES DE BATALLA

GUERRAS A CAPRICHO

En mayo de 1829 el fogoso Pushkin (29) viajó de Moscú a la georgiana Tiflis para unirse al Ejército ruso y luchar contra el Imperio otomano, lo que hizo con irracional valor, abriéndose paso a sablazos montado en su caballo sin nada más que deber al mundo, por tener la práctica totalidad de su obra a él entregada. Su arrojo llegó al extremo de que el general Paskevitch, presenciando aquel comportamiento poco menos que suicida del por entonces ya insigne poeta de la madre Rusia, movió cuantos hilos pudo para enviarlo a la retaguardia y permitir que se muriera de viejo a golpe de laurel y no sobre el fango a golpe de sable. El caso es que nada gustó aquel arrebato del indócil Pushkin al emperador Nicolás I, quien hubo de recordarle que poco antes de su partida le había encargado —y Pushkin aceptado— escribir una Historia de Rusia contra una remuneración de ocho mil rublos anuales de los que aquel chiflado vivía tal como si ya los hubiera gastado.

George Orwell echaba de menos coger un rifle desde que él mismo se comprara el primero a los 10 años en el Rifle de Salón —«Nadie me hizo preguntas», se justificaba mucho tiempo después—, de manera que entre todos los conflictos bélicos que tenía a mano eligió la guerra civil española, saltando dentro de ella un 1 de mayo de 1937 (33) para luchar durante ciento quince días en el frente de Aragón. Allí la bala de una Mauser le acertó de pleno en el cuello al salir de su refugio para relevar de la guardia a un soldado norteamericano, de manera que estuvimos a un milímetro de quedarnos sin *1984* y sin *Rebelión en la granja*. Esa era la distancia exacta a la que la bala pasó de la carótida.

Ya lo dijo Lope de Vega en su soneto 126 de *La hermosura de Angélica*: «Eso es amor, quien lo probó lo sabe». Lo que Hemingway se sabía al dedillo —de hecho, se casó cuatro veces— era que los amores queridos eran los más reñidos, así que en los años treinta se fue adonde más riña había, que era en España, alistándose como soldado raso en el Ejército republicano junto a otros miles de jóvenes llegados desde tantos otros

países para emular las hazañas de Byron en Grecia. Pero si algo aborrecía el americano era ir con las manos vacías allí donde se le necesitaba, de manera que, una vez preparado el petate, pidió un préstamo de 40.000 dólares para adquirir una flota de ambulancias que puso a disposición de su nuevo Ejército. Así fue como voló de Cuba a España y se coló en primera línea de batalla en calidad de corresponsal extranjero para la North American Newspaper Alliance. Tras abandonar la guerra de guerrillas en las montañas limítrofes con Madrid, Hemingway se fue a luchar a la capital, donde pronto fue conocido como «El General». Los republicanos perderían la partida, pero, paradójicamente, la fortaleza de los ideales tanto más intacta quedó cuanta más metralla soportaron. «La época en que creíamos que la República iba a salir vencedora fue la mejor época de nuestras vidas», escribiría más adelante. Una vez autodesterrado de España emprendía la escritura de *Por quién doblan las campanas*, concluyendo el manuscrito en una habitación del quinto piso del hotel Ambos Mundos, en La Habana, tras dieciocho meses de *liason* con la máquina de escribir. Para celebrarlo se bebió un vaso de agua helada, se comió un trozo de pan e hizo una aclaración: «No es la guerra civil lo que he descrito aquí. Es todo lo que he logrado aprender en España durante dieciocho años».

Quien no podía escribir si no contaba con acción era T. E. Lawrence, el de Arabia. Sus elecciones y planteamientos no eran precisamente de los que figuran en el orden del día de una junta vecinal, y es que Lawrence pasaba por completo de los antónimos convencionales. Para él eran test de manual de puericultura. No se le podía preguntar si le gustaban más las rubias o las morenas, o si el agua de la bañera estaba a gusto del señor. A Lawrence le consumía por dentro un fuego similar al de Byron cuando se hizo al mar para salvar a los griegos de los turcos, de manera que su interrogante favorito era desplegar ante él un mapa del mundo y decidir a qué rey había que derrocar. En 1929 le confesó al historiador militar Basil Lidell Hart que había estudiado el arte de la guerra desde los 16 años para adquirir la suficiente formación que le facilitara liberar algún pueblo en el futuro, habiendo llegado ese futuro soñado y eligiendo al pueblo árabe como el más adecuado a tal fin, aunque George Bernard Shaw confirmara que, en un principio, el hombre andaba indeciso entre liberar a los árabes o a los irlandeses, sin descartar empezar con unos y seguir con los otros si sobrevivía.

ABRAZADOS A LA PRIMERA GUERRA MUNDIAL

Para intentar asfixiarla, pero sin éxito. Por desgracia, la Gran Guerra dio

tantos muertos como héroes, aunque hubo quien hizo oídos sordos a la muerte por llevar mejor que ella las cuentas. Me refiero a Guillaume Apollinaire, por cuya valentía, rayana en la temeridad, Gertrude Stein se quitaba el sombrero que llevaba puesto en la cabeza de Alice Toklas. La americana disfrutaba cantando ante sus amigos las gestas del poeta y dramaturgo italiano nacionalizado francés, quien, destinado a la sección de Artillería por el Ejército francés, no le pareció esto suficientemente peligroso y solicitó, obteniéndolo, un hueco en el cuerpo de Infantería. Consiguió lo que tanto anhelaba cuando en una de las incursiones fue gravemente herido en la cabeza, hasta el punto de haber sido necesaria la extracción de una parte del cráneo. Ocurrió estando sentado en la trinchera, mientras leía su columna en el diario *Le Mercure de France*; la explosión de una granada soltó una esquirla que le traspasó el casco y se le incrustó en la cabeza. Dos meses después era operado con éxito para su supervivencia, pero no para su producción poética. En su convalecencia fue a visitarlo André Breton, encontrándolo profundamente abatido. «Aún no puede escribir», escribió a su amigo André Paris.

Robert Graves combatió con 20 años en la Primera Guerra Mundial, siendo destinado a Francia, concretamente a una zona casi limítrofe con la frontera belga. Se dejó caer allí con una especie de complejo de gato con sus siete vidas a cuestas, sin demasiado coste de oportunidad por perder una o alguna de ellas. Carta a sus padres desde el frente en el verano de 1915: «Mañana vamos a unas trincheras bastante sensacionales; espero que sea por poco tiempo: la excitación inicial del bautismo de fuego pasa pronto y el gozo que produce disparar a los alemanes gordos, aunque dulce, rara vez dura mucho tiempo. Hay constantes ráfagas de disparos de ametralladora de un lado a otro, como el riego en un jardín». El 19 de septiembre trataba de ser más preciso con el bisturí a la hora de sajar la preocupación de sus padres, según contaba en *Goodbye to All That* (*Adiós a todo eso*): «Las trincheras temblaban enormemente y el humo cubría las trincheras alemanas. Los obuses pasaban sobre nuestras cabezas continuamente; teníamos que gritar para que nuestros vecinos nos oyeran». Así es como recordaba la espera durante dos horas de la orden de ataque, finalmente abortada, que, sin duda, lo hubiera llevado a una muerte segura: «Tenía la boca seca, los ojos desenfocados y las piernas me temblaban. Encontré una botella llena de agua de ron y me debí de beber un cuarto de litro; me calmó y mi cabeza permaneció alerta».

Finalmente, la suerte le fue esquiva. O no. Corría el mes de julio de 1916 cuando en la batalla de Somme fue herido gravemente por un obús alemán caído a tres metros de distancia, con estallido de metralla que le

perforó el pecho provocando un orificio con entrada y salida. Fue llevado a una sala de curas y allí se le dejó agonizando mientras el médico elaboraba un informe especificando las circunstancias de su muerte y el coronel al mando escribía una carta de pésame a su familia. Sin embargo, contra todo pronóstico Graves se decantó por la vida y al día siguiente fue trasladado a un hospital de Ruan donde solo él apostó por una recuperación poco menos que milagrosa. En su parte de admisión el médico responsable había anotado: «Caso sin esperanza».

John Dos Passos pasó una parte de la Primera Guerra Mundial en París conduciendo una ambulancia y participando en la ofensiva de Verdún. El sentimiento de pánico seguramente tenía su propio código, pero en un área cerebral extirpada. Anotación en su diario de 27 de agosto de 1917 (21): «Cuando cae un obús quiero que caiga otro más cerca, todavía más cerca. Siento la necesidad de embriagarme más y más con un buen bombardeo. A cada momento quiero volver a jugarme el todo por el todo con la Muerte, y mientras dura me siento más vivo que nunca, siento que nunca he vivido hasta ahora». Años más tarde, contaba en sus memorias cómo «estaba en la línea de fuego de una batería de grandes cañones. Cada vez que disparaban se tenía la impresión de recibir un golpe en la cabeza con una cachiporra».

El paso de Giuseppe Tomasi di Lampedusa por la Primera Guerra Mundial fue el de cualquier bailarina del Bolshói, ya que, integrado en el cuerpo de Infantería italiano, resultó capturado por las tropas bosnias y encerrado en un campo de prisioneros donde se le trató con suma amabilidad por la administración austriaca, hasta el punto de permitirle largos paseos por Viena con el compromiso de regresar al campo al atardecer. El enclaustramiento se prolongó durante varios meses, hasta que su segundo intento de fuga resultó todo un éxito. En cuanto al primero solo decir que le detectó el sistema de alarmas del campo y a Lampedusa lo molieron a patadas.

Por su extraordinario valor Curzio Malaparte fue nombrado comandante de la Brigada de los Alpes en agosto de 1917 (19), entrando en combate como soldado raso para luchar valerosamente durante dos años en el frente de los Dolomitas. La carta escrita desde allí pone los pelos de punta: «(...) Las condiciones del terreno son muy difíciles y tenemos que atacar a bayoneta. Los austriacos intentan a veces contraatacar, pero nosotros los repelemos causándoles gran número de bajas. El problema es que tienen muchas ametralladoras. El otro día salí de la trinchera a recoger el cadáver de un teniente del cuerpo de ingenieros. Estaba oscuro como boca de lobo, pero ellos me localizaron y las balas me pasaban silbando a dos dedos de la cabeza. Entonces el coronel me llamó diciendo que no

quería sacrificarme. Otra vez será». Sin embargo, peor resultó la batalla librada el 15 de julio de 1918 en las laderas de la montaña de Reims intentando repeler a duras penas el ataque de los alemanes, armados con dos mil piezas de artillería en un frente de apenas cinco kilómetros. «Fue una carnicería. Sentados en la hierba, pegados a los árboles, en un terreno sin trincheras ni refugios, nos dejábamos matar fumando cigarrillos uno tras otro. (...). Rechazamos diecinueve ataques alemanes y lanzamos siete contraataques con arma blanca. Yo estaba al mando de la 94ª Sección de lanzallamas y las granadas que los soldados alemanes llevaban al cinto estallaban al contacto con las llamas. Por error los artilleros ingleses y franceses abrieron también fuego contra nosotros, pero no cedimos un palmo». Malaparte sobrevivió y el Ejército italiano le concedió la medalla de bronce al Valor.

Ernest Hemingway tuvo ocasión de participar en las dos guerras mundiales, pero fue en la Primera donde se metió hasta las trancas; de hecho, se le tiene por el primer americano herido en Italia corriendo el 7 de julio de 1918, contando 18 años. Destinado a Milán, en las trincheras le adoraban. Tenía sonrisas para todos. Y cigarros. ¡Cigarros americanos! Todo un sello de identidad con el que exportar un ribete de su patria. Solo faltaban unas tazas de café y Hemingway se ocupó de ellas, por supuesto. Estaba llenando su cuenco a un soldado cuando aquel trampantojo de zarzuela dio paso a la guerra de verdad al estallar junto a ellos una granada de mortero lanzada por un batallón austriaco, provocando la muerte al soldado y a Hemingway gravísimas lesiones en las piernas. Se arrastró hasta la trinchera más cercana y por el camino aún le alcanzaron dos proyectiles de ametralladora en la pierna derecha. Finalmente se puso a salvo y fue llevado al Hospital Militar de Milán, donde convaleció durante tres meses, noventa días de los cuales cuatro se debatió entre dos vidas, la de acá y la de allá. Los cirujanos le extrajeron de ambas piernas más de doscientos fragmentos de metralla tras pasar por el quirófano una docena de veces, proponiendo la amputación de la pierna derecha, a lo que el escritor se negó en redondo, desoyendo la advertencia de que, entonces, nunca más volvería a caminar. Pero Hem lo logró, con tesón y una prótesis de platino que llevaría por el resto de sus días. «Es mucho mejor que la antigua», aseguraba satisfecho. Abandonó el hospital hecho un despojo que apenas logró enderezar y parecer otra cosa cuando el Gobierno italiano lo condecoró con la Cruz de Guerra y la medalla de plata al Valor Militar.

SALVADOS DE LA PRIMERA, EMPOTRADOS EN LA SEGUNDA

Corre el año 1943 y Alberto Moravia (36) y su esposa Elsa Morante (31) huyen de Italia por todos los recovecos imaginables para ponerse a salvo del fascismo, esperando un día tras otro la liberación de Italia por los ingleses, una liberación que no llega porque los ingleses tampoco lo hacen. Lo de llegar. Tras descartar varios escondrijos por no ser seguros o por no ser admitidos como huéspedes, encuentran refugio en una casita perdida en la garganta de un valle cerca de Fondi donde viven durante meses sentados en un camastro hecho de tres tablones montados sobre dos caballetes, con suelo de tierra batida que se inunda al llover y sin otra ocupación que leer los dos únicos libros que tienen allí: la Biblia, esta al completo, y *Los hermanos Karamazov*, esta por partes: «Ante la falta de papel higiénico usamos la novela de Dostoievski», contaba de viejo a su biógrafo, Alain Elkann. Para estar más seguros y evitar las sorpresivas redadas de los alemanes subían a lo alto de la montaña y se quedaban allí todo el día. «Al caer el sol bajábamos deprisa, rodando entre las piedras. Habíamos tardado tres horas en subir y al bajar en media hora estábamos en casa». A punto estuvieron el escritor y su mujer de perder la vida cuando en su peregrinaje de fugitivos caminaban por la carretera que atraviesa la llanura de Fondi «y un Spitfire inglés nos apuntó decidido a matarnos. Se nos vino encima descargando sus ametralladoras; nos salvamos porque pudimos echarnos en una zanja (...). No se contentaron con esa primera incursión. El avión llegó hasta el fondo del valle y luego volvió, siempre con la sana intención de matarnos. Y nos volvimos a salvar echándonos en la zanja».

Haciendo la guerra y no el amor también se podían escribir obras brillantes, con olor a pólvora y sabor a adrenalina, y si no que se lo hubieran preguntado al sargento J. D. Salinger en junio de 1944 (25), mientras escribía retazos de su *Guardián en el centeno* en mitad de la batalla de Cherburgo, recién desembarcado en Normandía, tratando de expulsar a los alemanes a la par que trabajando como contraespía para el Gobierno de Estados Unidos con el mandato de seleccionar a quién debía o no interrogar entre los enemigos caídos. Quizás Salinger no habría conocido los campos de centeno con el rigor de un agrimensor si antes no lo hubiera hecho con el campo de batalla. Así es como el 12 de junio de 1944 escribía a su editor que se encontraba «demasiado ocupado para continuar con el libro en este momento». Con lo del libro se refería al germen del *Guardián*; con lo de la ocupación, a matar alemanes, esquivar obuses y abrazarse a los árboles justo antes del estallido de las bombas sobre las copas, evitando así la letal incrustación de las ramas en la carne. La estadística jugó a su favor: de los 3.080 soldados estadounidenses que desembarcaron con él solo sobrevivieron 1.130 Aún en el invierno de 1944

habría de vivir un infierno en el bosque de Hürtgen, al este de la frontera belga-alemana, donde Salinger escribió una breve autobiografía por si el fuego alemán le acertaba en el mismo centro neurálgico que el fuego literario. De los 3.080 soldados que formaban parte de su regimiento solo 563 lograron salir con vida, Salinger entre ellos. Una vez más su ángel de la guardia demostraba tener no se sabe si más tablas o más plumas que el ángel de la muerte.

Lo de Paul Bowles con la Segunda Guerra Mundial fue un violento rasgado de vestiduras, y es que, cuando los japoneses atacaron Pearl Harbor en diciembre de 1941, fue tal su onda expansiva en el corazón de los americanos que Bowles, nacido en Nueva York treinta años atrás, se levantó de su silla de un salto y abandonó México para dar por Estados Unidos hasta la última gota de sangre. El problema fue que el psiquiatra que le exploró advirtió que la sangre aquella la llevaba toda en la cabeza, así que lo declaró «no apto» con un diagnóstico demoledor para su autoestima: «Personalidad psicopática». Bowles lo había puesto a huevo al confesar que era incapaz de pegar ojo en un dormitorio lleno de hombres porque cualquier día podrían convertirse en sus enemigos, matándole mientras dormía. La tara tenía su explicación freudiana, le explicó al doctor, ya que de niño cerraba con llave la puerta de su habitación durante la noche para evitar que sus padres lo mataran, costumbre que mantenía a sus 82 años, a pesar de que Jane, su mujer, llevaba veinte años muerta.

Hemingway es un caso aparte, ya que el pundonor que le sobró en la Primera Guerra lo guardó intacto para derrochar en la Segunda y las que aún pudieran llegar detrás. Para él los periodos de entreguerras eran tiempo perdido, cuando no tiempo muerto, de manera que, a las puertas de la Segunda, la resurrección de la carne no le vino a través de la palabra bíblica, sino de la primera bomba caída sobre Pearl Harbor. La forma que tuvo de servir a Estados Unidos una vez declarada la guerra con Japón y Alemania fue peculiar, haciendo de la ficción realidad para superarla en forma de parodia, una parodia que llegó a obtener el plácet no solo del embajador de Estados Unidos en Cuba, sino incluso de su Servicio de Información. Así fue como su inofensivo barco pesquero, el Pilar, pasó de ser cabeza de ratón a cola de león y se convirtió en un barco más de la Armada norteamericana con un fin muy concreto previamente planificado: atiborrarlo de explosivos para luego lanzarlo contra algún submarino alemán de los muchos que se ocultaban en las aguas del Caribe, a ser posible con Hem y sus nueve hombres arrojándose al mar a tiempo. Lo cierto es que el plan no salió adelante, pero la colaboración estratégica del Pilar fue innegable, con Hemingway a la cabeza, cantando la situación

exacta de varios submarinos nazis que así pudieron ser bombardeados desde el aire y destruidos.

Ya se sabe cómo era Hemingway, nacido de madre presuntamente humana y con un órgano específicamente destinado a la adrenalina ubicado más cerca de los genitales que del cerebro; así es que pronto aquellas batallitas navales se le parecieron mucho más a pícnics marinos, prefiriendo saltar a tierra y comprobar de dónde venían los tiros para ponerse de nuevo los guantes de boxeo y volverlos del revés, lo que ocurrió en 1944 (45). Consultando los partes de guerra desechó las zonas donde solo se podía echar una cana al aire y optó por una donde pudiera echarse la cabellera entera: Normandía, en cuyo desembarco intervino en calidad de corresponsal del *Colliers*. Montó en cólera cuando supo que se le tenía prohibido intervenir en unidades de Infantería, si bien el enfado le duró lo que tardó en desobedecer la orden y hacer la guerra por su cuenta, colándose de tapadillo en la Cuarta División del Primer Ejército de Infantería para disfrutar del espectáculo en primera fila de butacas sin perder de vista el culo de una sola bala. La aventura culminó junto a Salinger en el bosque de Hürtgen, de la que ambos salieron milagrosamente más vivos que coleando. De allí Salinger tiró para casa, pero Hem decidió comprobar si, además de en París, también había fiesta en otras zonas, de manera que siguió la ronda con la misma División hacia Schnee-Eifel, en la frontera germano-belga, y Luxemburgo. Sus compañeros periodistas lo recordaban así: «No llevaba armas, sino solo su lápiz y alguna cuartilla emborronada. Sus armas consistían en dos cantimploras, la una llena de ginebra inglesa y la otra con vermut seco francés. Ambos licores, mezclados, constituían el *martini rápido Hemingway*». Sorbo a sorbo se encontró de repente con el trago de París, donde se puso al frente de la Resistencia francesa con un grupo de maquis, acopiando tal cúmulo de datos sobre los emplazamientos alemanes en la capital que la Office of Strategic Services norteamericana aceptó sus informes como claves a la hora de liberar París tras la entrada del general Leclerc, quien de Hemingway se quedó mucho más con sus planos que con sus libros, ya que si estos ayudaban a salvar del aburrimiento, los otros habían servido para salvar centenares de vidas y reducir a la mitad el tiempo de liberación de la capital.

12

CON LAS PASIONES A CUESTAS

¡PIES, PARA QUÉ OS QUIERO!

Apenas hay ejemplos de escritores con pasiones ecuestres, pero pedestres los hay a patadas. No sé qué hubiera opinado Rimbaud de esa especie de aporía con la que salió Antonio Machado al defender que no hay caminos *a priori*, sino *a posteriori*. Con solo 23 años el francés ya se había ganado el pan de todas las formas imaginables, había dado con sus huesos en trece países y llevaba recorridos más de 51.000 kilómetros, muchos de ellos a pie, facilitándole la supervivencia los varios idiomas que dominaba, entre ellos el ruso. Su natural aventurero tenía muy poco de natural y mucho de sobrenatural, sobre todo desde que había dejado de rimar con versos y se había pasado a hacerlo con cifras de varios dígitos, rayando lo alejandrino, ello tras decidir que se ganaba bastante más pasta traficando con armas en Etiopía que haciéndolo con metáforas en una buhardilla parisina. Tiene muy poco de poético el viaje que hizo a El Cairo en el verano de 1887 para colocar 16.000 francos en el Credit Lyonnais al 4 por ciento de interés anual, más o menos por la misma época en la que fue arrestado en Massawa portando dos letras de cambio por valor de 7.500 dólares. Mientras tanto y para guardar las apariencias, quizás con la esperanza de que su correspondencia fuera interceptada por agentes del Gobierno, escribía a su madre pidiéndole un préstamo de 500 francos con la excusa de lo mal que le iban las cosas...

Henry David Thoreau no le iba a la zaga. Sus caminatas diarias duraban entre tres y cuatro horas, lápiz y cuaderno en mano, al que trasladaba todo tipo de ocurrencias y pensamientos que al día siguiente llevaba a su *Diario*. Tenía a Emerson fascinado: «De manera uniforme, la longitud de sus pasos determinó la longitud de sus escritos». La ecuación de Emerson era del todo cierta. Entre 1852 y 1853 su *Diario* recoge 1.253 páginas de anotaciones, a las que hay sumar más de 500 páginas de notas para sus *Libros Indios* y dos nuevos borradores de su obra *Walden*. Todo un coloso de la bipedestación escribiente.

A Charles Dickens le ocurría que, a veces, la inspiración no lo pillaba

trabajando, sino caminando. Sus recorridos a paso rápido de veinte y hasta treinta kilómetros eran proverbiales. Ya en una carta de septiembre de 1854 (42) había escrito a su biógrafo John Forster: «Si no pudiera salir a caminar rápido y lejos más me valdría explotar y perecer». Los primeros síntomas de gota, aparecidos a partir de 1865, limitarían aquella sana actividad, pasando noches enteras de «insomne agonía». Se superó a sí mismo en octubre de 1857 cuando, ya enamorado hasta las trancas de la joven Ellen Ternan —a la sazón de 18 años—, el escritor mantuvo una rampante discusión con su mujer, Katherine, tras la que se fue caminando desde el hogar familiar (Tavistock House, en el condado de Devon) a su casa de campo (Gad's Hill Place, en el condado de Kent), ubicada a unos cincuenta kilómetros de distancia, caminata que emprendió durante más de siete horas sin detenerse, tal era la carga de adrenalina que llevaba repartida por todo el cuerpo. «Caminé kilómetros y kilómetros sin cansarme, dando cabezadas y soñando sin parar». Y no precisamente con su mujer, con quien llevaba veintiún años de una trazabilidad conyugal reventada que ni siquiera los diez hijos que tenían en común eran capaces de recomponer. En realidad, Charles no podía ni verla, literalmente, siendo hasta tal punto un suplicio su vida en común que había ordenado a su doncella que hiciera levantar un tabique en mitad de la habitación para separar ambas camas y así perderla de vista incluso a oscuras.

Para Balzac los paseos nocturnos eran poco menos que medidas en defensa propia. No es que tuviera algo contra los rayos UVA o la fotosíntesis, pero las deudas acumuladas por entonces le imponían esa partición de horario bíblico según la cual hay un tiempo para reír y otro para llorar. Su amigo, el poeta Joseph Méry, se lo encontraba a menudo paseando de noche por las calles de París, hasta que un día le preguntó el porqué de aquella afición. Entonces Balzac sacó un almanaque de bolsillo y le aclaró que en aquella época el sol nunca salía antes de las 3.40 horas de la madrugada. «Estoy perseguido por deudas de los agentes del Tribunal de Comercio y obligado a ocultarme durante el día en casa de mis amigos, por lo cual me dedico a pasear por la noche para estirar las piernas, pues según nuestras leyes no puedo ser detenido antes de la salida del sol». A la vista estaba el rendimiento sacado de los años pasados en la Facultad de Derecho...

Pocas cosas de lo literario podía Turguéniev enseñar a Flaubert, pero de buenas costumbres tenía su zurrón lleno, empezando por lo que era una sana afición a pasear, tratando de convencerlo de que la pereza era el enemigo más fiable, ya que siempre atacaba de frente. En 1852 (34), Turguéniev fue detenido y encarcelado durante un mes por publicar en la

Gazeta de San Petersburgo un artículo necrológico sobre Gogol. Veintisiete años después aún recordaba los amplios beneficios de aquel encierro en carta dirigida a Flaubert: «A usted no le gusta pasear, pero hay que esforzarse. Yo he estado una vez preso —guárdeme el secreto— durante más de un mes. La celda era pequeña, el calor asfixiante. Dos veces al día llevaba ciento cuatro cartas de baraja, una a una, de un extremo a otro de la celda. Esto hacía doscientas ocho vueltas, cuatrocientas dieciséis al día; la celda tenía ocho pasos de largo, esto hacía tres mil trescientos, cerca de dos kilómetros. Qué, ¿le da ánimos este cálculo de ingeniero?». Ese mes, además de para reforzar los pulmones, lo aprovechó para aprender polaco. Por entonces, ya dominaba el español, entre otros idiomas, hasta el punto de proponerse traducir el *Quijote* al ruso.

A Marguerite Duras le gustaba pasear por lugares donde sabía que no la iban a robar, así que el más seguro, además de la *gendarmerie*, solo podía ser el cementerio de Père Lachaise, que es donde estaban enterrados sus amores platónicos. No, no Balzac, Molière o Éluard, nada de rivales ofensivos en el duelo diario por la gloria, sino los grandes generales del Imperio, entre cuyas tumbas Duras se paseaba durante horas bisbiseando sus gestas. Su tumba favorita era la estatua yacente de Victor Noir, a pesar de haberse quedado en periodista, a cuyo lado se sentaba para hablarle y, de paso, como muchas otras miles de mujeres a modo de fértil amuleto, tocar con fruición sus genitales de bronce, convirtiéndolo entre todas en el hombre más sobado del cementerio, a la par que el más revuelto en la tumba, por estar disfrutando de aquello con mucho menos placer del que hubiera gozado estando vivo.

MAPAMUNDIS COMO ALFILETEROS

La pasión por viajar fue una constante obsesiva en la mayoría de los escritores, ahítos de mundo interior hasta empapizarse y necesitados de escupir ese remanente metafísico para marcar sus hitos biográficos en el mayor número de lugares posible. Kierkegaard lo formuló como una imposición en su *Diario íntimo*: «Soy poeta: he de viajar». Heinrich von Kleist, por la misma razón, desparramó sus pretensiones ecuménicas en no pocas de sus cartas, si bien lo que terminó pidiendo a Santa Claus fue una casa verde. En carta a su novia Wilhelmine von Zenge de abril de 1801 (23) confundía de esta forma la voluntad divina con la lámpara de Aladino: «¡Ay, Wilhelmine, si el cielo me concediese una casita verde dejaría contento todos los viajes, toda la sabiduría y toda la ambición!». Y vuelta a empezar: «Si Dios me concediese lo que más deseo, una mujer, una casa propia y libertad». Viajar era la prerrogativa, y si en algún momento los

recursos no lo permitían siempre quedaba exprimir como un limón la imaginación. George Santayana lo tenía claro: «Viaja, pues, me dije a mí mismo, viaja al menos de pensamiento; si no, vas probablemente a morir como un asno».

En el arte de cautivar, Venecia se llevaba la palma. Cuando Charles Dickens la pisó sintió que se le clavaban en el alma hasta las blasfemias de los *gondolieri*, sin posibilidad ni necesidad de cura. Carta a su amigo John Forster el 12 de noviembre de 1844 (32): «Es algo que te conmovería hasta las lágrimas. Nunca antes vi nada que temiera describir. Está más allá de las palabras o la escritura, casi más allá del pensamiento». Chéjov la pisó en marzo de 1891 (31), sintiendo que lo hacía en un barreño de cemento del que no podía despegar los pies, a donde se le había caído el alma. Su hechizo fue inmediato, y así se lo hizo saber por carta a su hermano Iván: «En mi vida he visto una ciudad más notable que Venecia. Es un encantamiento, un deslumbramiento, una alegría continua de vivir. Me paso el día en góndola (...). Experimento esta soportable belleza y gozo de ella. Merejkovski, a quien encontré aquí, está loco de entusiasmo (...). Uno querría quedarse aquí para siempre».

Dmitri Merejkovski, novelista y ensayista ruso, no parecía ser, sin embargo, de la misma opinión: «No advertí en él [Chéjov] ningún entusiasmo. Incluso me sentí un poco ofendido por ello. Él se ocupaba de pequeños detalles inesperados que a mí me parecían totalmente desprovistos de interés: el guía y su cabeza particularmente calva, la voz de la violetera en la Plaza de San Marcos, el son de campanas (...)». Su amigo Alekséi Suvorin, quien ofició como compañero de viaje, nos dejó este recuerdo: «El arte: estatuas, cuadros, iglesias, le interesaban muy poco (...). Venecia le cautivaba por su originalidad, pero mucho más por su vida y sus serenatas que por el Palacio Ducal». Aún el 23 de marzo de 1895 escribía Chéjov a Suvorin, refiriéndose a Venecia: «Vuelvo a verla cerrando los ojos». En definitiva: «Todo aquí es maravilloso. El que no ha visto Italia, no ha vivido» (carta a su prometida Olga Knipper el 29 de enero de 1901). Carta a la misma cuatro días después: «¡Qué país tan maravilloso! ¡Un país asombroso! No hay aquí un solo rincón, un solo palmo de tierra que no resulte altamente instructivo».

Parecidos elogios le suscitaron Francia y los franceses, a los que tildaba de «pueblo excelente» tras la comprobación que hizo sobre el terreno en un viaje de abril de 1891. La hinchazón por lo galo seguía su curso en septiembre de 1897, cuando viajó a Niza para pasar el invierno, comentando por carta a su hermano Iván lo muy sorprendido que le dejaba la cortesía de los franceses: «Al montar en un tren hay que saludar; no se

puede entrar en un almacén sin dar buenos días; incluso al dirigirse a los mendigos hay que decir señor o señora».

Stendhal solo aspiraba a ser dueño de una camisa para venderla y poder viajar a Italia; lo logró en septiembre de 1811 (28), recorriéndose Florencia, Milán, Nápoles y Roma y asegurando no haber experimentado en ninguna de esas ciudades mayor conmoción que cuando escuchó cantar los pájaros en el Coliseo.

Roma, la ciudad eterna, la ciudad del último impulso para arribar al cielo al primer intento... Si en algo coincidían Goethe y Alberto Moravia era en su predilección por las romanas. El italiano les dedicó su novela cumbre, con alusión expresa en el título para que no se hicieran las suecas; por su parte, el alemán les dedicó sus pensamientos, que no era poca cosa. Arribando este a la ciudad del Coliseo el 28 de octubre de 1786 (37) poco tardó en escribir a su amigo J. D. Falk: «Las romanas son las criaturas más encantadoras que he visto nunca». Cuarenta y dos años después aún revelaba a Eckermann en sus conversaciones que solo en Roma había experimentado lo que era ser un hombre en toda la dimensión de la palabra.

Salvando las distancias en el tiempo, tenemos a Tennessee Williams viajando en 1970 (59) de Estados Unidos a Bangkok para operarse de un presunto tumor en el pecho por el presunto cirujano del rey de Tailandia, a la sazón Rama IX. No bien había llegado a su hotel una nube de periodistas lo abordó en el *hall* para pedirle una rueda de prensa, a la que Tennessee se brindó divertido. La primera pregunta fue, según él, impactante: «Mr. Williams, ¿es cierto que ha venido aquí a morir?». Él soltó una carcajada y aclaró que, de escoger una ciudad para algo así, optaría por Roma, «y no porque se encuentre allí el Vaticano —precisó—, sino porque esa ha sido siempre mi ciudad favorita». Al final, ni el cirujano era el cirujano real, ni el tumor era un tumor, sino una ginecomastia de las glándulas mamarias, típica en los alcohólicos de altos vuelos. Estaba claro que en lo de morir se podía optar entre mil maneras distintas, pero cuando se era americano y se estaba muy viajado siempre se escogía el mismo lugar —palmo arriba, palmo abajo— sobre la bota de Italia. A sus 57 años Mark Twain lo tenía suficientemente claro: elegía el cielo de Florencia, ya que dudaba fuera admitido en el otro, el registrado a nombre de Dios.

Rudyard Kipling aprovechaba sus viajes por Oriente para definir sus preferencias antropológicas, aunque con tesis cercanas a la selección eugenésica un tanto impropias de un hombre de mundo como él. Viajando de Indochina a China tuvo piedad de los chinos de Hong Kong, pero ninguna de los chinos de Cantón, ello por culpa de algún matiz morfológico que les hacía merecer la extinción. Así lo explicaba en carta del año 1889

(23): «Es preciso matar a esta gente porque no se parece a ningún otro pueblo de los que conozco. Mirad sus rostros. Nos desprecian». Por suerte, aquel fuego se rebajó tras el enlace con su novia Caroline, a partir del cual Kipling se dedicó a ver mundo en lugar de a tratar de controlarlo purgando una parte de su civilización.

El viaje de novios fue, finalmente, como el de toda pareja que se precie, llegando hasta donde alcanzó el dinero, si bien la previsión inicial era dar la vuelta al mundo partiendo de Londres con destino a Canadá para pasar después a Japón y allí tirar de largo. El caso es que la aventura se terminó en Yokohama, y de la forma más tonta, que es adonde algunas veces conducen los excesos de prevención. Entrando Kipling por la mañana en su banco reclamando los fondos justos para subvenir sus próximos desplazamientos, el director de la sucursal le sugirió *sotto voce* dejar limpia la cuenta, a lo que Kipling se negó por no querer llevar encima tanto dinero de una sola vez, quedando en volver por la tarde para disponer del resto. Rudyard cumplió su palabra, pero el director también cumplió su vaticinio encubierto; así es como el escritor se encontró con la puerta cerrada y, colgado en ella, un cartel de clausura permanente. Resultó que el banco había quebrado a mediodía, de manera que en aquel momento Kipling era tan rico como billetes tenía en la caja fuerte de la habitación de su hotel. El matrimonio suspendió el resto del viaje y, regresando a Estados Unidos, se instaló en Nueva Inglaterra para sentar las bases de su unión desde ese número eternamente prometedor que es el cero. Para hacer más creíble el proyecto Caroline y Rudyard bautizaron su matrimonio con el nombre de «Comité de Medios y Arbitrios». No les sirvió de mucho.

Viajero impenitente fue Stefan Zweig, y uno de los países que mejor ergonomía espiritual le procuró fue precisamente el nuestro. A finales de marzo de 1905 (24) revelaba por carta al escritor Franz Karl Ginzkey: «Usted quería saber algo de España. Es espléndida, eso es todo lo que puede decirse al respecto en una carta». Lo de Londres ya fue otro cantar. Lleno de gallos. Si es que recalar en Londres era lo más parecido a un aterrizaje forzoso donde lo mejor que uno podía hacer era arrancar la mascarilla de oxígeno para llevársela puesta al salir. Carta a Ellen Key a finales de mayo de 1906: «Vivo aquí, en Londres, un poco a desgana, porque me gusta mucho el sol, y cuando el cielo está cubierto noto como si tuviera un anillo de plomo alrededor del corazón. Tampoco he intimado con mucha gente: aquí son, además, fríos, circunspectos y muy poco cordiales».

Cinco años después Zweig visitaba Estados Unidos, siendo Nueva York la ciudad que le produjo mayor choque emocional, si bien por

muchos monumentos, museos y plazas que hubiera, lo primero por lo que le preguntó al recepcionista de su hotel en Manhattan fue dónde quedaba la tumba de Walt Whitman, a quien Zweig veneraba de antiguo.

EL AMPARO DE LAS IDEOLOGÍAS

¿Monarquía o República? Ahí estaba la cuestión...

El objeto de devoción de Balzac era Napoleón Bonaparte, habiendo llegado a hacer negocio a su costa al reunir sus frases más memorables y componer con ellas un folleto. Logró recoger quinientas y el volumen se lo vendió por 4.000 francos a un sombrerero aspirante a la Legión de Honor. Fervor era lo que Goethe sentía por el emperador francés, según le confesó a Eckermann un 11 de marzo de 1828, siete años después de su muerte, asegurando estar dotado de una «iluminación perpetua» gracias a la cual «su destino fue de una brillantez como el mundo no la había visto jamás y como posiblemente el mundo no la volvería a ver después de él». El escritor lo había dado todo en la entrevista que mantuvo con el emperador en Erfurt el 2 de octubre de 1808 (59), encuentro en el que a Goethe le quedó la fascinación por todo un dios y a Napoleón el hechizo por todo un hombre, blasonando al poeta con una frase que Talleyrand se apresuró a consignar en sus *Memorias* y que no se escuchaba desde que salió de la boca de Poncio Pilato: «He aquí un hombre». Dos semanas después Goethe recibía la Legión de Honor de quien dos semanas antes le confesaba haber leído siete veces su *Werther*, la primera de ellas durante su campaña en Egipto.

Bien lejos de ese fervor estaba Antón Chéjov, ya que lo que para Balzac y Goethe era escalofrío, para el ruso era retortijón. Carta a su amigo Alekséi Suvorin de 25 de octubre de 1891: «Cada noche me despierto y leo *Guerra y paz* (...). Los únicos fragmentos que no soporto son aquellos en los que aparece Napoleón. Desde que Napoleón aparece me invade inmediatamente un malestar y también una serie de mecanismos que me lo hacen aparecer más estúpido de lo que era en realidad».

Convicto en la prisión de Reading, Oscar Wilde tuvo tiempo de analizar durante dos años no solo lo divino y lo humano, sino también lo que aleteaba por el medio: la monarquía. Sus conclusiones fueron tan positivas que, cuando fue excarcelado, de las primeras cosas que hizo fue colgar una fotografía de la reina Victoria en su habitación. «Todos los poetas deben contemplar el retrato de su reina cada día», declaró en una ocasión, añadiendo que guardaba hacia ella tal admiración que no le hubiera importado contraer matrimonio con Su Majestad.

Mark Twain, sin embargo, no rendía culto a la monarquía, sino cultivo, de los que se ponen bajo la lente del microscopio para ver si el mal es de los que se van o de los que se quedan. El americano la tenía por «la más grotesca de todas las estafas jamás inventadas por el hombre», juzgándola como cosa anticuada en cuyo trono sentaba sus reales un señor emperifollado que no era muy distinto al jefe de una tribu «con una argolla en la nariz, plumas en la cabeza y el vientre pintado de azul».

Lo de la organización política le traía al pairo a Juan Ramón. Solo aspiraba a que, gobernara quien gobernara, lo hiciera en silencio para permitirle trabajar concentrado. Proclamada la II República en España el 14 de abril de 1931, no pasó un día cuando el de Moguer (49), que vivía en el barrio de Salamanca, se hizo con una bandera republicana para hacerla ondear en su balcón no bien se notara la primera algarada callejera, «a ver si así me libro de las primeras piedras», argumentaba. Lejos de arrogarse con ella signo político alguno, tan solo trataba de contrarrestar a la desesperada la diacrónica ocurrencia del propietario del edificio al esculpir un escudo monárquico en la fachada, marcando así con la sangre del cordero el lugar donde hacer dentro más sangre todavía.

El fascismo fue un movimiento de ida desgarradora y de vuelta desgarrada: empezó poniendo la bala donde ponía el ojo, pero al final de la película la bala se dio la vuelta y le entró por el ojete. La historia de la literatura tiene, como todas las historias, sus propios ojeadores.

Hubo una época en la que Knut Hamsun verificaba la salud de su alma en función de los valores analíticos que el régimen nazi arrojaba, normalmente usando la sangre de los demás. Fue un borrón con difícil cuenta nueva el abierto coqueteo que el escritor profesó con el Tercer Reich y, en especial, con todos los insectos que formaban su plana mayor, quizás como proyección coherente del culto que rendía a Alemania y a todo lo alemán, ciego a la evidencia de la deriva autoritaria que se expandía ante sus narices. Prueba de su postración al régimen es la respuesta que dio en 1934 (75), con Hitler ya en el poder, a la War Resisters' International, organización dedicada a recabar apoyos de ilustres personalidades con el fin de presionar al régimen nazi para restaurar los derechos fundamentales. Duele. «Cuando el Gobierno (alemán) ha tenido que recurrir a los campos de concentración, tanto usted como el mundo entero deberían entender que tiene sus buenas razones para hacerlo». Ya medio año antes Hamsun había escrito en un artículo periodístico: «Así que, gracias, yo me quedo con el fascismo. Algún día y de algún modo el fascismo también entrará en Noruega».

Ezra Pound escoró hacia el fascismo sin medir las consecuencias y lo pagó caro. Sus convicciones políticas hicieron el pastel y su ingenuidad puso la guinda. Aquella deriva errática hacia la perdición fue aventurada por algunos, entre ellos James Joyce, huido de París a Zúrich a finales de 1940 deplorando el advenimiento de un nazismo que los fascistas trataban de hacer pasar por adviento. Ya en una carta a su mecenas Harriet Weaver del 28 de julio de 1934 pronosticaba la gangrena que la herida del nacionalsocialismo alemán iba a infligir más pronto que tarde a Europa: «Me temo que el pobre señor Hitler va a tener muy pocos amigos en Europa, aparte de mis sobrinos, los señores Lewis y Pound».

Wyndham Lewis había publicado en 1931 un libro titulado *Hitler* para situar al nazismo en la cumbre que le estaba reservada por la historia, mientras que Pound engrasaba la maquinaria fascista a golpe de ideal con Mussolini como mascarón de proa. Viviendo en Roma, tuvo Pound la oportunidad de dirigir e intervenir en un espacio radiofónico para Radio Roma, con alocuciones de siete minutos diez veces al mes, a razón de 17 dólares cada una; las empleó en concienciar a la nación de Estados Unidos manipulando una conciencia que ya tenía bien formada y lanzando a diestro y siniestro vítores fascistas desde enero de 1941 hasta julio de 1943, lo que derivaría en una acusación de traición al país, penada con la muerte. Odiaba sin género ni número de duda a su presidente, Franklin D. Roosevelt, tanto que ese odio, tendido de una ribera a otra, podría detener el río Potomac, según decía. Su calificativo más suave para el presidente era «vientre de cerda». Cuando lo maldecía impostaba a su habla un crudo acento judío y se mordía el pulgar. En la emisión del 30 de marzo de 1942 (56) lo calificó de «ridícula marioneta que gesticula y se desgañita para divertir a los niños y enviar a los muchachos a las trincheras». Coincidiendo sus últimas andanadas radiofónicas con la caída de Mussolini, Pound no se quedó para verlo. El complejo de Eratóstenes no iba con él.

Así pues, se hizo con una mochila, unas botas y un mapa y puso pies en polvorosa hacia el norte, recorriendo unas seiscientas millas que diversificó durmiendo donde podía y comiendo de lo que le daban hasta llegar al sur del Tirol, donde vivía Mary, su hija adolescente. Tras pasar con ella unas semanas volvió a Rapallo (Génova) para quedarse con Dorothy, su mujer, siendo detenido por dos partisanos italianos y conducido en mayo de 1945 a un centro disciplinario norteamericano ubicado en Pisa, donde fue confinado en una jaula de seguridad junto a otras ocupadas por condenados a muerte. La jaula tenía por techo un papel de alquitrán que no impedía el paso de la lluvia ni de la luz de un reflector

que iluminaba su interior día y noche. Pound se pasaba la mayor parte del tiempo tirado en el suelo de cemento, protegido por seis mantas. Permaneció en tales condiciones durante tres semanas, tras las cuales fue llevado a una tienda dentro de la zona médica. Allí se pasó cinco meses tirado en un catre, al que se arrimó tiempo después una mesa donde, por fin, pudo escribir. Fue sobre esa mesa donde surgieron los *Cantos Pisanos*, a juicio de Hemingway los más valiosos de sus *Cantos*.

En noviembre de 1945 Pound fue trasladado a Washington para recibir la acusación formal de traición a Estados Unidos, que llevaba en guerra con Italia desde el 11 de diciembre de 1941. Ya en prisión trató de proseguir allí su labor de conversión de los buenos en malos y de proselitismo con los malos a los que no hubiera podido convertir en más malos todavía, así que pidió una gramática de georgiano para aprender el suficiente idioma como para enseñar a Stalin, a través de largas cartas, el camino correcto hacia el fascismo, peregrinaje en el que estaba dispuesto a ayudarlo. Por entonces, el activo económico que Pound tenía declarado era de 23 dólares, dato que, una vez hubo trascendido a la opinión pública, derivó en numerosas ayudas económicas. La aportación a la causa de Robert Graves fue altamente significativa, limitándose a pedir públicamente que Ezra Pound fuera condenado a muerte y colgado.

Lejos de eso, el poeta fue internado en un hospital para una evaluación psiquiátrica solicitada por su abogado, siendo declarado loco por cuatro profesionales en un dictamen ratificado por el doctor Marion King, director médico del Servicio de Sanidad Pública de Estados Unidos, quien caracterizó a Pound de «persona sensible, excéntrica y cínica», sujeta a «un estado paranoico de proporciones psicóticas que le impide hacer frente a un juicio». Sobre estas bases el jurado declaró a Pound «enfermo mental», siendo eximido de todo proceso e internado en el Hospital Santa Isabel de Washington, donde durante el primer año y medio prácticamente no habría de ver la luz del sol. Las visitas de su esposa Dorothy solo se permitieron varios años después.

En su enclaustramiento Pound fue un interno atiborrado de privilegios. Su habitación estaba acondicionada a modo de gabinete y daba a un jardín, recibía visitas y regalos, sin imposición de horarios para entrar ni salir, y entre las cajas que abría había golosinas, quesos e incluso caviar que repartía entre sus amigos cuando el cuerpo le pedía un pícnic. En los años cincuenta pocos podían vanagloriarse tanto como quienes habían visitado al gran Pound en su celda de Santa Isabel. Tras doce años de reclusión podía decirse que Pound tenía un hogar, hasta el punto de que cuando cumplió su condena aún tardó tres semanas en irse de allí. Cogió un barco que zarpaba

a Italia y, haciendo escala en Nápoles, recibió desde cubierta a los numerosos periodistas con el saludo fascista. La memoria anatómica era difícil de curar. Una de sus primeras declaraciones al pisar tierra firme fue para anunciar que América no era más que un manicomio enfermo. Visto estaba que la edad pasaba por el león, pero no por sus zarpazos, y Pound seguía utilizando su odio a modo de cortina de humo para sofocar a toda una nación.

La sombra de Mussolini era tan alargada que ya tenía recorrido propio, con su estación de tren, su tabla de horarios, sus consignas y su cantina. A Curzio Malaparte aquel tren le pasó por encima. Es lo que tenía jugarse la vida entre andenes sin medir distancias ni psicopatologías. La relación del escritor con el dictador fue una especie de vals lleno de pisotones producto de una orquesta ebria de sangre. En los años veinte del pasado siglo Mussolini acogió entre sus brazos a este hijo para terminar expulsándolo de Italia en 1929, si bien, viviendo este a pleno rendimiento en Londres, recibió del dictador en el año 1933 una carta de amor en la que le invitaba a regresar a casa, donde sería perdonado de pecados y redimido de traiciones, a lo que Malaparte accedió no por confianza hacia el lobo, sino por terca solidaridad con las ovejas. Resultado: poco después de pisar suelo italiano fue detenido, procesado y condenado a un confinamiento de cinco años de isla en isla. Tras cumplir su pena lo de la libertad fue un caramelo envenenado, ya que Mussolini no le permitió salir de Roma, por tenerlo vigilado, y hasta lo metió en la prisión de Regina Coeli unos días coincidiendo con la visita de Hitler, por si Malaparte ponía lo peor de su apellido atentando contra lo mejor del Führer, que era su corazón. El dictador terminó enviándolo a África oriental a finales de 1938 (40), pero solo hasta el verano de 1939, cuando Malaparte regresó a su patria con el objetivo de salvarla de la bestia y de su política errática ante una guerra mundial que tenía en su punto de mira la yugular de aquella.

Como no hay mejor ataque que una buena defensa Malaparte fundó una revista —*Perspectiva*— para darle a Mussolini por delante y, después, con un libro —*Il sole è cieco* (*El sol está ciego*)—, para darle por detrás. La patada, se entiende. Dolorido más en su orgullo que en sus extremidades, el dictador montó al escritor en un bombardero y lo envió a luchar por Italia en Grecia, un tablero que Malaparte se tomó mucho más de juego que de guerra, de ahí que fuera remitido al frente ruso a disparar por y para el fascismo, desde donde pronto lo manumitieron los propios alemanes, hartos de aquel escritor cañero que había llegado a sus filas como inofensivo grano en la nalga y se iba como hemorroide sangrante, de lo muy a parir que en sus crónicas periodísticas ponía a Alemania y todo lo que cabía

dentro de ella.

Así fue como Malaparte regresó a Italia por enésima vez, esta en calidad de espectador privilegiado, para ver el declive de aquel imperio de mentira que era un fascismo que solo entraba en unos pantalones cortos. Pero no se terminaron ahí sus peripecias bélicas. Lo suyo siempre era una transición, *a work in progress*, y es que, recién terminada su novela *Kaputt*, un día de septiembre de 1943 llamaron a la puerta de su casa en Capri y se encontró con unos oficiales estadounidenses que venían a pedirle un autógrafo, concretamente el que tuvo que estampar al entrar en la prisión de Poggioreale hasta quedar constatada su desvinculación completa del fascismo. Probada esta, el oficial jefe le pidió un autógrafo de verdad para sus hijos y le propuso trabajar para el Gobierno de Estados Unidos como integrante del Servicio de Información en Italia, país cuyos entresijos visto estaba que Curzio conocía como nadie, de manera que sacó la tabla aritmética y, por la cuenta que le traía, aceptó.

También en el comunismo hubo quien imprimió sus rodaduras, las típicas de un recorrido circular, para no salirse de la línea marcada por el partido...

Si los escritores tenían buena mano para escribir, Fidel Castro la tenía para los escritores, sobre todo aquellos que escoraban del lado comunista, que eran casi todos, y ya no digamos si además hacían propaganda de la tendencia en pro del bien común. Así como Rilke aborrecía «las cosas que venían de América», a Fidel no le suponían problema alguno, teniendo en cuenta que de cada diez hombres que daba aquella tierra uno era escritor y de cada dos mujeres las dos eran rubias. Los ideales de sus hombres eran los de la revolución, pero la ropa ya era de Graham Greene. Esa fue la contribución material del escritor a los guerrilleros de Sierra Maestra. En una de las varias ocasiones que se vieron, el obtuso Fidel no preguntó a Graham en qué nueva novela andaba enredado, sino qué chinga dieta seguía para tener toda aquella apostura. La respuesta no le sirvió de mucho: «Comer de todo». Castro admiraba enormemente a Greene, no por haber escrito *El tercer hombre*, eso le daba igual, sino por haber jugado a ser Dios y ganar. Y no precisamente con dados. No era ningún secreto, ni siquiera en la isla de Cuba, que aquel chiflado inglés había jugado a la ruleta rusa en cuatro ocasiones, llegando a disparar dos veces en una de ellas. «¿Qué es lo que tanto le atrae a usted de mí?», debió de preguntarle Greene, porque la respuesta del otro fue tal que así: «¡Usted ya debía estar muerto!».

Henry Miller tuvo bastante más suerte que Greene porque no llegó a hablar nunca con el dictador; tan solo le oyó dar la nota en el mostrador de

un hotel neoyorkino, exigiendo pagar un puñado de habitaciones con un puñado de bonos del Tesoro cubano. El caso es que, según cuenta Miller en su autobiografía, terminó largándose con su séquito a un económico hotel del Harlem. El otro gran icono literario de Fidel, además de Graham, fue Ernest Hemingway, a quien el dictador visitó corriendo el año 1960 en Finca Vigía, la heredad del escritor en La Habana, para presentarle sus respetos, además de para fisgar, todo ello unos meses antes de que el escritor huyera de la isla con lo puesto. El guerrillero se declaró allí rendido admirador de su obra, de toda su obra, y muy en especial de *Por quién doblan las campanas*, confesándole que la estrategia empleada por los guerrilleros en su historia había inspirado sus tácticas guerreras en Sierra Maestra preparando la revolución que había derrocado el régimen de Fulgencio Batista en enero de aquel mismo año.

H. G. Wells dio una vuelta de tuerca a su necesidad de salvar el mundo y solicitó, obteniéndola, una entrevista con Stalin en el Kremlin, la cual se desarrolló bajo el riguroso escrutinio de un intérprete sacado del Ministerio Soviético de Exteriores, ya que Stalin, al contrario que Lenin, no sabía inglés. A los cuarenta minutos de entrevista Wells hizo amago de levantarse, incómodo por el tiempo que estaba robando al dictador, a lo que este le rogó que se quedara, por lo mucho que le estaba complaciendo la visita de un escritor tan ilustre como él, pidiéndole que la llenara como quisiera hasta completar tres horas. Wells se envalentonó y, a riesgo de ser prendido y encarcelado, sugirió a la bestia cómo debía manejar las riendas de su Gobierno para evitar errores del pasado y, de paso, abrir un canal de entendimiento con Estados Unidos. A pesar de haber escrito *La máquina del tiempo* y poder ver el futuro, Stalin desoyó las fantasías de Wells y prefirió seguir escribiendo el pasado de Rusia, con cadáveres de verdad y súbditos de mentira.

Karl Marx: ¿complejo vitamínico o caramelo envenenado? ¡No había término medio! A Chéjov hablar de Marx le venía muy bien porque así podía concentrarse en todo lo demás, al margen de su importancia. El escritor Aleksandr Kuprín recordaba los volantazos que aquel pegaba en sus conversaciones para abandonar las vías muertas, la de Marx a la cabeza. Así, en una reunión en la que se estaba hablando del neomarxismo, Chéjov los interrumpió para hablarles de un mundo mejor: «Escuchad, ¿habéis estado alguna vez en una cuadra? Id sin falta. ¡Es muy interesante!».

George Bernard Shaw bebía los vientos por Marx, y es que, tras reconocer que su perdición en la vida había sido una timidez que le había

abocado a una ignorancia permanente, todo había cambiado cuando Marx entró y se limitó a encender la luz. «Fui un cobarde hasta que Marx me hizo comunista y me proporcionó una fe» (*Autobiografía crítica*). Estas cosas a Bertolt Brecht le hacían una gracia tremenda. Cuando en 1927 (29) la revista *Filmkurier* le envió un cuestionario entre cuyas preguntas se hallaba la de en qué momento de su vida se había reído con más ganas, no vaciló a la hora de contestar: «Cuando me dijeron que Shaw era socialista». Chesterton tuvo más suerte que Shaw, ya que Brecht no alcanzó a reírse de él, quizás por distracción, y es que declaró haberse hecho socialista no por convicción, sino por un desplazamiento de pesos, podríamos llamarlo, como cuando pones toda la carga en la popa para no hundirte por la proa o toda ella en la proa para no hundirte por la popa: «Me consideraba socialista porque la única alternativa a ser socialista era no serlo. Y no ser socialista era algo absolutamente espantoso».

Por su parte, André Gide consideraba que el prestigio de Marx se debía al hecho de que nadie entendiera lo que escribía, comparándolo a una misa en latín. Tras atragantarse con cuatro volúmenes de *El Capital* sabía de lo que hablaba y, sobre todo, de lo que tosía: «Allá donde uno no entiende, se inclina. Es un magma confuso donde uno recorre una línea tras otra, después una página tras otra y no se consigue encontrar frase alguna que dé en el blanco y que destaque». Epítome: «En los escritos de Marx me ahogo. Les falta algo, no sé qué ozono, indispensable para la respiración de mi espíritu».

A quien Mark Twain no podía entender era a los comunistas, salvo que algún día alguien lo convenciera de la utilidad del comunismo, ideología que el escritor tildaba de «idiotez», por sentar sus bases en la división de la propiedad para luego no saber qué hacer de provecho con sus trozos. James Joyce, que era un lector empedernido, se puso los guantes de fregar para leer *Das Kapital*, por lo que tuviera que limpiar alrededor avanzado el libro; por suerte para él no pasó de la primera frase: afirmó haberle parecido tan absurda que devolvió de inmediato el libro a quien se lo había prestado.

La dislocación que Hermann Hesse veía entre Marx y él mismo no era tanto de fondo como de forma, y así es como en una carta de 19 de enero de 1954 (76) marcaba las diferencias con el pensador: «Marx quiere transformar el mundo; yo, en cambio, al individuo particular. Él dirige a las masas, yo a los individuos». Scott Fitzgerald no convirtió las obras de Marx en una sesuda propedéutica; se limitó a leer compulsivamente *El capital* mientras escribía *Tender is the Night* (*Suave es la noche*) y eso le bastó; por su parte, Zelda se mantuvo abstraída con la lectura de filósofos

cosmológicos, de manera que «los momentos más extraordinarios del día son cuando los mezclamos», escribía esta a un amigo.

Empezábamos este apartado preguntándonos qué es lo que daba Marx a los escritores para concitar tanta atención y arriesgar a su favor tanta inversión ideológica, pero... ¿y si hiciéramos la pregunta al revés? ¿A qué escritor apreciaba Karl Marx hasta el extremo de ver en sus enfoques un trasunto de su doctrina socialista? Sí, ¡ese mismo! Hasta tal punto Charles Dickens trataba en sus artículos periodísticos y en sus novelas de canalizar el factor humano y la sensibilidad social hacia la lucha de clases de los trabajadores que el propio Marx comentó a Friedrich Engels que Dickens «había proclamado más verdades de calado social y político que todos los discursos de los profesionales de la política, agitadores y moralistas juntos».

NEGATIVOS (FOTOGRÁFICOS)

Una de las pasiones de Oscar Wilde fue la fotografía. Tras abandonar la cárcel de Reading se convirtió en un hombre nuevo, pero lo nuevo lo circunscribió a la religiosidad, ya que los vicios de antes los mantuvo todos. Así es como se convirtió al catolicismo y a poco más, entre otras cosas al arte de la fotografía. De entre los muchos modelos que la naturaleza le ofrecía escogió las vacas, descubriendo que «a las vacas les gusta mucho ser fotografiadas y, a diferencia de la arquitectura, no se mueven».

En el caso de Lewis Carroll la fotografía le ofrecía la oportunidad de mantener y sofisticar su turbadora pasión por las niñas, siendo la fotografía infantil su otra gran pasión, junto a Dios y la literatura. Sus modelos favoritas fueron tres hermanas púberes de las que las dos mayores, Annie y Frances Henderson, pasaron a la historia de su estudio fotográfico por romper toda costra de pudor y ayudar a Lewis a dar un paso de gigante el 21 de mayo de 1867 (35), once años después de adquirir su primera cámara. La hija de Annie acrisolaba muchos años después los recuerdos de su madre aquel día glorioso para el señor Carroll: «Annie y Frances habían ido a visitarlo con su padre y pasaron la tarde disfrazándose. Al oírle decir que le gustaría mucho fotografiarlas desnudas, inmediatamente se escondieron debajo de la mesa, que estaba cubierta con un mantel que casi llegaba hasta el suelo, y salieron sin nada encima, con gran regocijo de su anfitrión». Al parecer, su madre no puso ningún reparo a aquella vuelta de tuerca; consideraba un privilegio que alguien tan famoso como Lewis Carroll reparara precisamente en sus niñas para dar rienda suelta a sus

fantasías. Carta de L. Carroll a un tercero: «La señora Henderson trajo a Annie y Frances (...). Me sorprendió descubrir que estaban dispuestas a desvestirse todo lo que yo quisiera, y que les encantaba que yo les permitiera corretear desnudas. Fue un gran privilegio tener como modelo a Annie; un rostro muy lindo y una buena figura (...)».

Dos años después las dos hermanas seguían posando para él: «Tomé cuatro retratos de ellas, en su mayor parte con su atuendo favorito de ropa: nada de ropa». Aquella sesión duró tres horas. Un año más tarde la señora Henderson corrió parte del velo societario y consideró que sus dos hijas ya estaban bastante creciditas como para seguir posando como ella y el señor Carroll las habían traído al mundo con diez años de diferencia, así que no tuvo reparos en ofrecerle a la hija que le quedaba, de un año y medio de edad. Respuesta del fotógrafo: «Muchas gracias por la promesa de otra modelo en el futuro; cuatro o cinco años a partir de ahora será tiempo suficiente. Confío en que la traerá un año antes de que alcance la edad límite, dentro de la cual estará disponible». Dicho y hecho. Cuatro años después las mismas Annie y Frances le llevaban a su hermanita de cinco años y medio, Lilian, pero para entonces Lewis Carroll ya había abandonado la fotografía, si bien no por ello desperdició aquella oportunidad, aprovechando para hacer varios bocetos de la niña desnuda. Carta de 2 de julio de 1885: «Tenía un cuerpecito encantador y era una modelo muy paciente. Hice cuatro estudios de ella».

Solo un mes y algunos días antes de su muerte, el 20 de noviembre de 1897, escribía en su *Diario*: «Un día delicioso. Estuve una hora y cuarto (con la señorita Gertrude Thomson) y su pequeña modelo..., una niña muy mona y agradable, de trece años de edad. Intentamos un esbozo rápido de ella tumbada». Cuando el escritor encargó a *miss* Thomson las ilustraciones de hadas desnudas a plasmar en su obra *Tres ocasos y otros poemas* le trasladó por carta de 27 de febrero de 1893 esta lamentación: «Hubiera preferido que todos los duendes fueran chicas (...). Pues confieso no sentir admiración por los dibujos de muchachos desnudos. Se tiene siempre la impresión de... que necesitan ir vestidos, mientras que uno se pregunta ¡por qué las encantadoras formas de las niñas han de estar siempre tapadas!».

Carroll fotografió niñas desnudas de forma compulsiva a lo largo de trece años, si bien ordenó a sus albaceas la destrucción a su muerte de todos los revelados y negativos referidos a esa «fase sensible». Aun así, cuatro de las fotografías se conservaron y han salido a la luz pública, si bien revelando una desnudez pudorosa y sin aparente ánimo de alteraciones nerviosas por parte de su autor.

Cuando Carroll no estaba temblando en la cámara oscura o perdido en

el País de las Maravillas se ponía a inventar artilugios. Como su creatividad no entendía de manecillas horarias la inspiración gustaba de visitarle a horas intempestivas, ansiosa de trasvasar, sin distinguir entre lo nocturno y lo diurno. La visita nocturna la afrontaba Carroll con alevosía, dada la gélida temperatura que había de soportar en la habitación del *college* donde vivía, así que se trataba de «poder hacer breves memorandos a oscuras, sin la molesta necesidad de tener que levantarse y encender una luz (...). Hoy se me ocurrió la idea de recortar cuadrados en una cartulina y crear un alfabeto, en el que cada letra estuviese formada por líneas paralelas a los bordes del cuadrado y puntos en los ángulos. Inventé el alfabeto y llevé a cabo el enrejado de dieciséis cuadrados. Funciona bien» (*Diario*, 24 de septiembre de 1891). Publicó su descubrimiento el 29 de octubre, manifestando su renuncia a patentarlo e invitando a que cualquiera lo hiciese. «Lo único que tengo que hacer si me despierto y se me ocurre algo que quiero anotar es extraer de debajo de la almohada un librito de anotaciones que contiene mi nictógrafo, escribir unas cuantas líneas o incluso algunas páginas, sin sacar las manos de la cama, reponer el librito bajo la almohada y volverme a dormir».

DOSTOIEVSKI O EL JUEGO COMO SUMA DE JUGARRETAS

La pasión por el juego convirtió a Dostoievski en un títere de la diosa Fortuna con más vendas en los ojos que la mismísima Justicia. Mayo de 1866. Fiódor (44) y su segunda esposa, Anna (19), emprenden un largo viaje por Europa en el que la mayor atracción para él es una rueda cromática de dos colores: el rojo y el negro. Su primera parada de postas es Berlín, desde donde Fiódor sigue camino en solitario hasta Hamburgo para probar suerte en la ruleta, pero resulta que la suerte en el juego adora la espalda del escritor: es el lugar del cuerpo donde caben más puñaladas, a excepción del corazón cuando palpita más acelerado que nunca. Carta de 21 de mayo urgiendo a Anna el envío de veinte imperiales: «Debo rescatar el reloj que empeñé, después tengo que pagar la cuenta del hotel y, finalmente, necesito comprar un billete de regreso». En tres días el dinero estaba y ya no estaba en el bolsillo del escritor, un dinero curiosamente muy parecido al gato de Schrödinger. Carta del día 24: «Cometí un crimen, perdí en el juego todo el dinero que me enviaste, todo, hasta el último *Schilling*».

El gato no se quedó ahí. Utilizó una de las seis vidas restantes para resucitar y volver a entrar en parada cardiorrespiratoria, porque meses después, corriendo agosto de 1867 y estando el escritor en Baden-Baden,

Anna hubo de empeñar los anillos y los regalos de boda, además de parte de su vestuario, para pagar las deudas que su marido iba dejando por el camino, tan parecidas a los toscos excrementos de cuya utilidad hablaba Tácito en su *Germania* para seguir el rastro de los alemanes.

Cuando el matrimonio abandonó Alemania y recaló en Ginebra solo quedaban en sus arcas dieciocho francos. Por suerte para la producción literaria de Fiódor, Ginebra era, a su decir, una ciudad tan «tosca, sombría y estúpidamente protestante» que solo podía uno ponerse a escribir, de manera que empezó una nueva novela, *El idiota*. Allí las cosas no le fueron mejor y nada siguió bañándose dos veces en el mismo río, salvo su mala suerte. Carta a Anna el 7 de octubre de 1867 desde Saxon-les-Bains: «Soy un asno... ¡no, peor que un asno! Ayer por la noche, a las diez, tenía una ganancia de mil trescientos francos; hoy no poseo un solo kopek». El mismo soplo cardíaco volvía a despeinar a Anna un mes después, el 18 de noviembre, desde el mismo lugar: «Ania, mi amada, lo jugué, ¡todo! (...). Nunca, nunca más volveré a jugar».

EL PSICOANÁLISIS: ¿666 O 404?

Y es que la disciplina de marras oscilaba entre el número de la bestia o el número del inútil. La mayoría de los escritores tenían la cosa no más clara que el agua, sino más turbia que el Ganges a su paso por Rishikesh. Rilke se negó en redondo a pasar por la baqueta psicoanalítica de Freud a la que le condujo su amante Lou Andreas-Salomé; se preguntaba qué harían entonces sus ángeles sin la protección de sus demonios. Sencillamente maravilloso. Hermann Hesse estaba seguro de que sus ángeles ya tenían la madurez suficiente para defenderse por sí mismos y se centró en rebajar la testosterona de sus demonios poniéndolos en manos del psicoanálisis y, a partir de ahí, que fuera lo que Dios quisiera. El resultado está hoy día en las librerías, reeditándose sin parar: «El psicoanálisis es algo muy importante para mí —declaraba—. Lo conocí en 1913 o 1914. En 1916 (39) me dejé psicoanalizar. El fruto fue, en parte, el *Demian*».

André Breton, sin embargo, tenía tal apego a la psiquiatría y al psicoanálisis que se vio obligado a visitar a Freud en Viena el 7 de octubre de 1921, convencido de que aquel segundo bautismo iba a ser más provechoso que el primero. Sin embargo, la enfermera sabía reconocer a un neurótico de entrada, pero no a un dadaísta, salvo que tuviera los rasgos de un neurótico, de manera que dejó tirado a Breton en la sala de espera junto a una docena de pacientes. La entrevista entre ambos fue decepcionante. A sus 25 años Breton estaba en la flor de la vida, mientras que Freud, con sus

65, había dejado atrás tanta vida como flores, así que despachó a su visita en cuestión de minutos al advertir que nada podía aportarle. Breton también despachó al doctor, pero a su manera, emparedándole con un artículo para la revista *Littérature* en el que lo describía como «un pequeño viejo sin estilo, que recibe a sus pacientes en una oficina miserable digna de doctor de vecindario».

También André Gide cargó tintas sobre el padre del psicoanálisis, esperando que no fuera padre de nada más y que aquella criatura lo tuviera entretenido por el resto de su vida. Consideraba enormemente molesto a aquel médico facineroso que creía «haber descubierto las Américas» con aquella especie de chistera que era el psicoanálisis y de la que, al levantarla, no salía magia, sino podredumbre: «¡Cuántas cosas absurdas en ese imbécil genial!», exclamaba en su *Diario*.

El doctor René Allendy psicoanalizó durante cierto tiempo —y con notable éxito— a Anaïs Nin, pero con Antonin Artaud pinchó en hueso, intentándolo en varias ocasiones sin conseguirlo; Artaud se negaba a colaborar argumentando no serle necesario en tanto no había llegado a perder completamente su equilibrio.

Por su parte, Alberto Moravia no veía más que una pantalla en blanco, sin fotograma alguno, cada vez que le ponían ante el psicoanálisis: «No creo en el psicoanálisis. Creo que el nivel cultural e intelectual de los psicoanalistas es inferior al mío y, por tanto, no puedo confiarme a ellos». Fernando Pessoa rezaba por que el psicoanálisis no se muriera con Freud y este obtuviera los suficientes acólitos como para perpetuar la especie, más que nada por lo divertida que resultaba la ciencia aquella, de la que se cachondeaba abiertamente, en especial cuando metía «ismos» dentro de cubiletes y los barajaba como un trilero a ver por dónde salía el subconsciente. El malabarismo preferido de Pessoa era aquel en el que a Freud le daba por conectar tabaquismo y alcoholismo con onanismo: «De los cinco ejemplares de perfectos onanistas que he conocido —decía—, cuatro no fumaban ni bebían, y el que fumaba abominaba el vino».

Ezra Pound, declarado «loco» por un tribunal civil, estaba en contra de todo tipo de psiquiatría, teniéndola por una perversión de la medicina. Supongo que no sabía nada de esto quien le preguntó por quién se decantaba más, si por Jung o por Freud, a lo que Pound contestó no ser nada fácil la respuesta, al no ser capaz de distinguir entre los distintos contenidos de una cloaca. Los médicos del Hospital de Santa Isabel donde estuvo preso doce años trataron por todos los medios de arrancarle una evaluación psiquiátrica, a lo que el poeta se negó en redondo.

DIARIOS PARA CALZAR RECUERDOS Y MEMORIAS PARA CALZAR LA VIDA

Sabido es que medio mundo puede estar desangrando al otro medio, pero mi dolor de muelas es mi dolor de muelas y punto. Ahí está el sangrante titular en la portada del periódico, pero también, a su lado, el informe de mi odontólogo, pesando lo suyo, con miles de muertos concentrados en la maldita caries. Ahora imagínense un encerado dividido por la mitad con un trazo de tiza vertical, destinada una parte al señor Kafka y la otra al señor Mann (Thomas), cada cual enfrentado a la guerra mundial que le tocó recibir como un inocuo supositorio. Kafka coge la tiza y escribe un 2 de agosto de 1914 (31): «Alemania ha declarado la guerra a Rusia. Por la tarde, escuela de natación». Por su parte, Mann escribe desde California justo treinta y un años después, un 6 de agosto de 1945 (70): «De compras en Westwood: zapatos blancos y camisas de colores. Primer ataque al Japón con bombas en que actúa la energía del átomo fisionado (uranio)». A veces los diarios no los carga el diablo, sino Cándido, el personaje de Voltaire.

Merecedor de una señal de tráfico es el peligro de los diarios dentro de un matrimonio que se habla lo justo y se desdice en lugar de decirse, escribiendo cada cual el suyo y sin guardarlo bajo llave, para mayor alevosía. Ellos así lo han decidido, al menos al principio. Él escribirá el suyo durante 63 años; ella durante 48. Cuando los empiezan solo llevan diez meses casados. Sus plumas no deberían estar mojadas en tinta, sino en miel, pero no es así. Ella escribe en el suyo: «Nuestras relaciones son horribles (...). Siento que todo ha terminado». Después abre el diario de él y se encuentra esto: «Estos nueve últimos meses han sido prácticamente los peores de mi vida». Es lo que Sofía Andréyevna Tolstáya está leyendo en el diario de su marido Lev Nikoláyevich Tolstoi. Los diarios de León y Sofía. O, lo que es lo mismo, del tempestuoso matrimonio Tolstoi.

Escritos cada uno por su lado, a modo de diario de a bordo llevado por un pirata y cada pirata en su bajel, midiéndose de lejos, demorando el abordaje, unos diarios donde el deseo de hacerse el amor iba parejo al deseo de hacerse daño, escritos para perseguirse como el toro y el torero, pero desde plazas distintas, y no sobre arena gruesa, sino sobre el estercolero en que se iría convirtiendo su convivencia año a año, estocada a estocada, cornada a cornada. En febrero de 1896, ante el miedo de que León (67) destruyera por vergüenza sus diarios, Sofía (51) se preocupó de copiarlos. Entrada de esa fecha en el suyo: «Liovochka me ha prohibido copiar sus diarios y estoy furiosa (...). Seguiré haciéndolo cuando no me

vea». No, a León no le hubiera gustado nada leer algunas entradas (por llamarlas de alguna manera) como: «Me ama solo por la noche. Nunca por el día» (enero de 1891). «Ha pasado tanto tiempo lavándose que he pensado que podía estar enfermo, pues en él lavarse es todo un acontecimiento (...). No puedo acostumbrarme a eso. Nunca me acostumbraré a la [su] suciedad y el [su] mal olor» (febrero de 1891).

En esto de los diarios cualquier tiempo pasado no fue mejor, sino más trivial. En la arcádica niñez las preocupaciones estaban de paso porque se iban con el primer soplamocos de tus padres. No hacía falta un prospecto de instrucciones. Todas las piezas encajaban, no porque todo fuera perfecto, sino porque solo eran dos o tres. Lo maravilloso, después, surgía cuando uno podía llevarse emboscado un trozo de la infancia a su juventud y lograba protegerlo como una especie en extinción. Apunte del 23 de marzo de 1893 en el diario de Antón Chéjov, a los 33 años: «Mamá ha soñado con un ganso con un sombrero de diácono. Eso trae suerte. A Mashka le duele el vientre. Hemos degollado un cerdo». Día 24: «Hemos hecho embutido».

Turguéniev se tragó completas *Las confesiones* de Rousseau sin protector gástrico previo. «Eso me ha sugerido la idea de escribir las mías. Después, habiendo contado ya mi vida, no tocaré este cuaderno hasta la edad de cincuenta años y seguramente entonces será para mí agradable saber lo que pensaba y soñaba hoy». Fueron las primeras y las últimas palabras de sus confesiones. El vago Turguéniev no pasó de ahí.

La *Autobiografía* de Mark Twain, comenzada en Florencia a inicios del año 1904 (68), es un caso atípico, ya que puede dividirse en dos partes perfectamente diferenciadas: la primera es una divertida fuente de ocurrencias, anécdotas y chascarrillos que arrancan la risa hasta al motor más gripado, si bien con el paréntesis de la muerte de su esposa el 5 de junio de 1904 —hecho que le obliga a interrumpir su redacción hasta enero de 1906, a causa de la «desolación y la congoja»—, pero la segunda ya es una poza de arenas movedizas, impregnada de un tono fúnebre y patético donde la alegría se ha visto descabalgada por la muerte de su hija Jean el 23 de diciembre de 1909, tras la muerte tiempo atrás de su hija Susy con solo 24 años. Ese mismo día Twain escribe las últimas páginas con los últimos rayos de luz que es capaz de engendrar. Su hábito de vida se ha secado desde la raíz y ya solo queda esperar a que venga la muerte para agostar la memoria y, de paso, todo lo demás.

Twain rememora con dolor la noche de la muerte de la joven. Habían cenado juntos y, siendo la hora de acostarse, su hija se disculpó en la puerta de su habitación por no poder darle a su padre el beso de cada noche: «Me

he cogido un buen catarro y puedes agarrarlo tú también». La encontraron muerta en el cuarto de baño muy de mañana. A Twain solo le quedaría viva una hija de las tres, pero residía en Europa, demasiado lejos para emprender una tercera aventura paternofilial. Con el cadáver de Jean tendido a unos metros Twain escribe: «Setenta y cuatro años tengo desde hace veinticuatro días. Setenta y cuatro años ayer. ¿Quién puede calcular mi edad hoy?». Sí, había una tercera hija, pero ya no le quedaban fuerzas para que mereciera la pena. Demasiado lejos de Connecticut. Las otras dos le quedaban mucho más cerca, así que Mark Twain se reunió con ellas solo cuatro meses después.

La adolescencia de Sylvia Plath empezó a cobrar sentido cuando supo para qué servían los diarios, así que comenzó a llevar uno donde iba anotando, básicamente, los avatares de sus conquistas sentimentales, que eran algo así como la fase REM de su vigilia. Cuatro mozos «me pidieron de salir», ponía, mientras que ella se lo pidió a diecinueve —«7 rehusaron»». «Citas en total=16». Otra de las listas se titulaba: «Chicos que me pidieron que saliera con ellos y no tuvieron suerte». Pero la más eficaz era esta: «Lista de excusas para citas no deseadas». Su campo de experimentación fue el Colegio Bradford, donde estudió el bachillerato superior desde 1947 a 1950, licenciándose a los 17 años.

En su diario, Giuseppe Tomasi di Lampedusa anotaba las cosas más triviales, si bien dotándolas de un peso específico que alteraba su carácter convencional: el tiempo que hacía, el peso que ganaba o que perdía —y es que, consciente en el año 1955 (58), mientras escribía *Il Gattopardo*, de que su peso empezaba a representar un problema, anotaba la información que le proporcionaba la balanza, oscilando entre los 102 y los 104 kilos—, la compra de algunos artículos como unos zapatos, una gorra impermeable o un bidón de parafina. También ponía gran atención en las enfermedades, no se le fuera a escurrir alguna, empezando por las propias, siguiendo por las de Licy, su esposa, y terminando por las de sus perros. Un día Licy resultó «envenenada comiendo una pizza» —sin consecuencias.

Lampedusa combinó la escritura de *Il Gattopardo* con frecuentes incursiones en salas de cine, a razón de dos o tres semanales, clasificando después en su diario las películas a razón de cuatro niveles: *bellisimo*, *mediocre*, *poetico* y *spettacolare*. También se dejaba caer, literalmente, en algún que otro cóctel, pero obligado por las circunstancias, siendo invariable la anotación que después trasladaba a su diario: «En conjunto, aburrido». En cuanto a los apuntes de su esposa, descuellan los del año 1952, copados casi en su totalidad por las enfermedades que atravesó Pop, uno de sus perros, registrando sus dietas, su temperatura y sus medicinas. A

otro perrito lo llamó Sissy porque, según ella, «era un poco mariquita». Ambos, marido y mujer, eran miembros de la Liga Nacional para la Defensa de los Perros.

También las menciones de Thomas Mann a su salud en su diario son harto frecuentes, dejando notarial constancia de sus «muy rebeldes catarros», ampliados a un particular y enjundioso rastro oloroso al hablar de su estreñimiento, de su tendencia a la diarrea y también, rizando el rizo, de la variante diarreica motivada por la ingesta de un medicamento llamado Agarol, evacuación esta última que el autor de *La montaña mágica* hubiera resuelto con la ayuda de un simple protector gástrico. Las trivialidades tenían allí un hueco reservado, tal como si el hombre real fuera la suma de sus pequeños actos cotidianos y lo demás una pose forzada por las circunstancias. Así escribía que un día se había bebido taza y media de café, y que al día siguiente se había comido dos huevos, especificando que «uno de ellos sin la clara», o que había jugado un poco con el perro, y hasta que se había puesto «los calzoncillos de lana».

Scott Fitzgerald pretendió ponerlo todo por escrito para no olvidarse de nada por si algún día dejaba de ser famoso, así que corriendo el año 1922 (26) y ya célebre gracias a su novela *This Side of Paradise* (*A este lado del paraíso*) entró en una papelería de St. Paul y se compró un libro registro con doscientas hojas numeradas para llevar a él todas las experiencias que merecieran sobrevivir tanto a los días de trabajo como al trabajo de los días, con una disciplina que no se alteró hasta el día de su muerte. Lo que no previó es que los apuntes debían soportar tanto las de cal como las de arena, y así es como ya en el año de su estreno lo mismo podía leerse: «Salida con los Hersey. Compra un coche», que: «Mal año. Ningún trabajo. Depresión y lento deterioro con crisis inminente».

EL MÁGICO INGREDIENTE DE LA EMOCIÓN

Para los artistas del siglo XIX la ascensión al Vesubio era como La Meca del montañismo: había que ir a su encuentro al menos una vez en la vida. Si entre los compositores lo hicieron Berlioz y Wagner, entre los escritores fueron Chéjov y Dickens quienes asumieron el críptico encargo de Vulcano, si bien haciéndolo en el momento menos propicio, a juzgar por la mezcla letal de lava y fuego que podía verse al fondo. De los dos fue Dickens quien estuvo más cerca de no poder contarlo. Dado que el exterior estaba cubierto de nieve y hielo el descenso se hizo con oración colectiva a todos los santos de la corte celestial, lo que no sirvió para que dos de los guías resbalaran al interior del cráter, logrando uno de ellos trepar a la

superficie, no así el otro, breve pasto del vórtice. Una vez culminado el descenso todos ellos tenían la ropa rota o quemada. Dickens se contaba entre los chamuscados. Corría el año 1845 (33) y de haber seguido el camino del guía hoy no tendríamos obras como *David Copperfield*, *Tiempos difíciles*, *Historia de dos ciudades* o *Grandes esperanzas*.

Para emociones violentas la que Marcel Proust experimentó con su, felizmente casado, secretario Alfred Agostinelli, contratado en la primavera de 1913 (41) para pasar a máquina el borrador de *Du côté de chez Swann* (*Por el camino de Swann*), por mucho que al joven no le importara otro camino que el que llevaba a los aeródromos. La encarnizada pasión del escritor por él era tal que no dudó en programar la venta de buena parte de sus acciones bursátiles para comprarle un par de detalles tan costosos como el detalle de un cuadro de Van Gogh y otro de Leonardo: una avioneta valorada en 27.000 francos —al cambio, unos 410.000 francos del año 1990— y un Rolls-Royce de 26.200 francos, todo por mantener al muchacho a su lado, seguramente por no haber otro que pasara a limpio su libro con la encantadora torpeza y desgana con que él lo hacía.

Agostinelli, un tanto abochornado y entrando en la misma razón que parecía haber perdido su empleador, le pidió que diera marcha atrás con las compras, si bien Proust insistió en llevarlas a buen puerto en una tierna y eufórica carta escrita el mismo día que Agostinelli pilotaba un aeroplano con el que se precipitaba accidentalmente a las aguas de la bahía de los Ángeles, en Antibes, tras una maniobra errada. El hermanastro pidió a Marcel que pagara un costoso servicio de buzos para localizar el cuerpo y llevarlo a la superficie, no por una cuestión de moral, sino porque el muerto llevaba encima todos sus ahorros, unos 5.000 francos. Unos pescadores encontraban su cadáver ocho días después, con todo el dinero encima, pero tan maltrecho como el cuerpo. Proust valoró en esta ocasión su aportación en 400 francos, una cifra nada despreciable teniendo en cuenta que esta vez se trataba de un ramo de flores. La familia de Agostinelli quedó sumamente decepcionada al comprobar que no eran de plástico. Paradójicamente, la venta de las acciones por las fechas previstas habría sido una jugada atinada, teniendo en cuenta que en octubre de aquel mismo año, un mes antes de la publicación del libro, el desplome bursátil obligaba a Proust a vender todas sus acciones de la Royal Dutch Petroleum para poder pagar la renta de su casa.

Como Graham Greene era un hombre de emociones violentas tenía debilidad por los tambores. No, no los de guerra, ni los de las bandas musicales, ni el tambor de la lavadora, sino por los que se giraban con una bala dentro, a veces incluso dos. Jugó a la ruleta rusa a menudo. La primera

vez fue en Oxford, en mitad del campo, a solas, para no salpicar a nadie en el caso de que la bala se alojase en la recámara adecuada. Pasados unos años lo contaba con esta naturalidad: «Al llegar a un camino un poco apartado sacaba el revólver del bolsillo, daba vueltas al tambor y después de mirar furtivamente alrededor llevaba el cañón a la oreja y disparaba. Lo único que me preocupaba era que mi familia creyera que me había suicidado (...). Cuando un día, ya en Berkhamsted, al llevar el cañón a la oreja y darle al gatillo comprendí que no experimentaba emoción alguna, devolví el revólver al armario y ya no volví a cogerlo».

LA LECTURA, ESE MAR ADENTRO INTERMINABLE

Si había un libro con multitud de adeptos ese era... ¡la Biblia! John Milton la acogió como un manual de primeros auxilios, teniendo en cuenta que consideró la irrupción de su ceguera en 1652, a los 44 años, como un castigo del cielo por no haber amado a Dios lo suficiente, de manera que, para limpiar la corrosión del alma, siguió leyendo la Biblia con el ahínco instalado en los ojos de otro cada día a las cuatro de la madrugada, y en la lengua hebrea, juzgando los salmos como los poemas más bellos jamás escritos y sentenciándolos a ser traducidos al inglés, tarea que asumió con pasión.

En la casa de Baudelaire o en la Lautréamont, la Biblia se usaría para calzar las mesas; en la de Dostoievski para recalzar el espíritu cuando amenazaba con desmandarse. Su esposa Anna reveló en sus memorias que Fiódor nunca se apartó de ella, especialmente cuando estaba desasosegado, momento en el que la abría al azar y comenzaba a leer lo que se topara en la página izquierda. La Biblia era el remanso metafísico que le había ayudado a trasegar los días de prisión siberiana y, ya libre, a aportarle la luz necesaria para despejar no pocas sombras en sus novelas, en especial *El idiota*. En su Biblia tenía insertas 177 señales, de entre las cuales afloraba un mandamiento principal que él consideraba como la clave de bóveda del cristianismo: la compasión, gracias a la cual el príncipe idiota, Mishkin, soporta con valerosa resignación todo tipo de afrentas y humillaciones. Mark Twain también la abría al azar, pero lo justo, como se abre una espita de gas. El caso es que la defendía como un libro «muy interesante», no solo por las «atractivas fábulas», o por sus «historias llenas de sangre» y sus «enseñanzas moralizantes», sino también por su «mucha obscenidad y más de mil mentiras».

Podría pensarse que cuando a sus 20 años Hans Christian Andersen consultó asiduamente la Biblia lo hizo para encantarse con los cuentos y

aventuras del Antiguo Testamento, pero no; lo hacía para purificarse interiormente y doblegar las tentaciones del demonio. Anotación en su diario: «Hoy, desalentado, tomé la Biblia, por si hallaba en ella algún consuelo. La abro al azar y pongo, con los ojos cerrados, el dedo en un pasaje. Pude leer: "La corrupción está en ti mismo, oh Israel, pero tu salud está en mí"». La entrada del día siguiente expresaba el dolor por haber arrancado la pata de una araña y el agradecimiento a Dios por haber sacado buena nota en matemáticas. Diez años después y ya fuerte en poemas y obritas de teatro, le pedía al Altísimo que lo alumbrara de la misma forma para escribir novelas, y así fue como surgió *El improvisador*, con toda la pena y sin ninguna gloria, poniendo el mismísimo Charles Dickens el grito en el cielo cuando, años después, Hans le confesó *sotto voce* lo que había recaudado con aquella malhadada bagatela: «Diecinueve libras»...

La Biblia también hizo conectar como argollas a Hemingway (25) y Dos Passos (28), sobre todo durante el año 1924, fecha en la que frecuentaban los cafés de París con las Sagradas Escrituras en la mano, enredados sobre todo con el Antiguo Testamento, de forma que «nos leíamos el uno al otro trozos escogidos —cuenta Dos Passos en sus memorias *Años inolvidables*—. El cántico de Débora, las Crónicas y el Libro de los Reyes eran nuestros favoritos». Por lo demás, llegar a las palabras siempre era mucho mejor que llegar a las manos: «Nunca quise boxear con él —afirmaba Dos Passos—. Yo tenía las gafas como excusa y ningún deseo de competir con él sobre el cuadrilátero». Sin embargo, aquella amistad fue conociendo con el paso de los años una reducción de velocidad hasta llegar a punto muerto, que es el peor punto de sutura porque no sirve para coser nada. Declaración melancólica en *Años inolvidables* a propósito de Hemingway, a quien terminó reprochando su falta de sensibilidad y empatía hacia el género humano: «Los hombres de letras son más susceptibles que los demás. Son una pandilla de egotistas. Las amistades entre ellos son siempre precarias». Atrás, muy atrás quedaba el no tan eterno agradecimiento que Dos Passos tuvo para con Hem cuando este le presentó a Katherine Smith, con quien aquel se casaría solo cuatro meses después, provocando no poca alegría en el promotor de aquella Arcadia cuando recibió la noticia: «Hazte viejo, Passos. Haz envejecer a Kate», le escribió.

Tampoco Henry Miller podía separarse demasiado de la Biblia, a riesgo de rajársele el alma por lo tirante del cable que lo unía a ella. Su libro predilecto era el Eclesiastés, «una joya», a su decir. Katherine Mansfield se quedaba con el libro de Jonás, en el que andaba enredada allá por enero de 1922 (33) junto a Shakespeare y el libro que cambiaría su vida

un año antes de su muerte, *Cosmic Anatomy and the Structure of the Ego* (M. B. Oxon, 1921). A la edad de 18 años Saint-Exupéry quedó deslumbrado por el Antiguo Testamento, prendándole el Eclesiastés, el Cantar de los Cantares y los Proverbios, hasta el punto de proyectar una tragedia en cinco actos que los unificaba.

Marguerite Duras no pensaba en la Biblia como un mapa para extraviar la inspiración, sino como un calzador existencial. En una entrevista concedida en noviembre de 1990 (76) confesaba que su libro de cabecera seguía siendo la Biblia, reconociendo que cuanto mayor se hacía, mayor era su necesidad de releerla. Samuel Beckett estaba convencido de que Dios no había creado la Torre de Babel para confundir a los hombres, sino para permitirles acercarse a Él desde distintos ángulos, así que se gastó parte de sus cuartos comprándose cuatro Biblias, cada una en un idioma distinto: la *Family Bible*, la *Sainte Bible*, *L'Antico Testamento* y la Biblia de Lutero, bajo las cuales, a modo de salvamanteles, aún introdujo el *Book of Common Prayer*, que consultaba continuamente. Que su madre hubiera pertenecido a la secta de los cuáqueros resolvía parte del misterio.

La pasión por la lectura podía resultar peligrosamente quijotesca si no se sabía dominar a tiempo, sobre todo con ese tiempo que en la niñez se confunde con todo el tiempo del mundo. Fue de niño como Balzac se puso a leer como loco, llegando a entender del ser humano lo suficiente como para escribir a los 12 años un *Tratado de la voluntad humana*. Si había un pecado capital que Balzac hubiera eliminado de la lista ya en aquella época era la pereza.

Como la lectura de la Biblia hubiera impedido a Stendhal zafarse de las alturas y de un no siempre deseado lenguaje celestial, mientras escribía *La Cartuja de Parma* optó por leer a diario el Código Civil francés, a modo de contrapeso terrenal, «para ponerse a tono y ser siempre natural», decía.

Teófilo Gautier calificaba a Gérard de Nerval como una «biblioteca andante», fácilmente identificable por las calles de París gracias a los numerosos libros que compraba al azar y luego encajaba en los bolsillos de su gabán, además de cinco o seis cuadernos de notas y «todo un mundo de papeles pequeños sobre los que traza con escritura fina y apretada las ideas llegadas a su mente durante los largos paseos». Rimbaud, al contrario que el ingenuo Nerval, tenía un truco de rateros para poder leerse todos los libros que le apeteciera. Cuenta en sus memorias Mathilde, la esposa de Verlaine, que cuando su marido preguntó a Rimbaud cómo lograba tener tantos libros entre manos cuando vivía sin un céntimo, este le desveló que se limitaba a cogerlos de los escaparates de las librerías y los devolvía una vez leídos. «Pero entonces —explicaba Rimbaud— empezó a preocuparme

que pudieran detenerme, de modo que los cogía, los leía y luego los vendía». Cuando Mathilde comentó a su marido que su amigo no era precisamente un dechado de honradez Verlaine montó en cólera y la tiró de la cama al suelo, empezando sus caprichos y borracheras a crecer a la par, hasta hacerse hermanos de sangre. En una ocasión se quejó de que el café estaba frío, una falta grave que el poeta castigó lanzando a su hijo de tres meses contra la pared. Escuchando sus suegros el follón desde el piso de abajo entraron en la casa del matrimonio y se encontraron con su yerno intentando estrangular a su hija. En resumen, la vida familiar de Verlaine era una ópera de la que al poeta solo le interesaba el telón si al otro lado estaba salpicado con un poco de sangre.

A Thomas Bernhard le encantaba la filosofía y leer a los filósofos, en especial a su admirado amigo Ludwig Wittgenstein, además de a Nietzsche y Schopenhauer, aunque entendiera bien poco de lo que decían. Llegó a confesar que en la época en que trabajaba en Salzburgo para la Radio Österreich se inventaba todas las citas. Una de sus favoritas era: «Como ya dijo Heidegger...», y al socaire del impenetrable alemán soltaba cualquier zarpazo de producción propia o ajena con total impunidad. Supongo que a fuerza de citarle en falso terminó discriminándolo por la de perlas estúpidas que aquel trasunto de filósofo desgranaba, y así es como llegó a decir de Heidegger que era un «charlatán del mercado filosófico que solo llevaba al mercado género robado (...). Es el filósofo en zapatillas y gorro de dormir de los alemanes, nada más».

La pasión por los libros llevó a Sylvia Beach a concentrar todas sus energías en resucitar a Shakespeare no al tercer día, ya bien lejano, sino al tercer libro, así que desde que empezó a montar las estanterías de su librería en el número 12 de la Rue Odeon, en París, tuvo bien claro que en la vida no había mejor negocio que el organizado por el corazón y los ojos cuando el primero se disponía a sentir y los segundos se ponían a leer, y para ese negocio apostó por una razón social en la que Shakespeare iría a la cabeza y el resto detrás, protegiendo sus espaldas. Con las asiduas visitas de Joyce, Pound o Hemingway, la librería Shakespeare and Company pronto se convertiría en uno de los grandes referentes culturales del París de la primera mitad del siglo pasado. Allí Sylvia Beach empezó vendiendo literatura y terminó vendiendo historia, cuando no haciéndola, a la par que haciendo amigos.

Uno de ellos fue el escritor Jean Prévost, quien en sus visitas dejaba suelto, sin control alguno, su natural circense, consistiendo su pasatiempo favorito en demostrar a la librera de lo que su cabeza era capaz, aunque de forma muy distinta a como el resto de los escritores acostumbraba a hacer.

Así lo recordaba Sylvia: «Solía demostrarlo dando golpes contra una tubería que había en la librería. Nos hacía temblar, a la librería y a mí, pero él nunca se quejaba. Decía que se le podía golpear tranquilamente en la cabeza con una barra de hierro. Una vez Hemingway se rompió el pulgar en un combate de boxeo que organicé entre aquellos dos campeones».

También Paul Valéry la hacía temblar cada vez que se pasaba por allí, pero de risa. Sylvia recordaba el carácter bromista a perpetuidad que desplegaba el poeta en sus visitas de los jueves, camino de la Academia en su reunión semanal. Un día la diosa fortuna hizo coincidir a Valéry con Cyprian Beach, hermana de Sylvia, quien le revolvió la sangre toda con aquella falda de longitud estremecedora, por lo escasa, de manera que, perturbado ante sus piernas, no tuvo el académico más salida que coger un lápiz y, arrodillándose, dibujar en una de ellas una cabeza de mujer coronada con sus iniciales: P. V.

La librería no se dignó a morir con las botas puestas, ya que esas botas eran de los nazis. Produciéndose la liberación de París en agosto de 1944 por los ejércitos aliados las campanas también doblaron por la Shakespeare and Company, obligada su gerente a desmantelarla cuando un oficial nazi le manifestó su deseo de adquirir el último ejemplar que quedaba de *Finnegans Wake*, a lo que Beach se negó aduciendo que precisamente lo reservaba para ella, algo que el oficial agradeció anunciando que desde el día siguiente todo lo que hubiera dentro de aquella librería sería de su propiedad, quedando en regresar con un destacamento para requisar el contenido y escupir en el continente. Sylvia Beach hizo desaparecer todo, incluido el rótulo. Su vivienda particular estaba encima, en el segundo piso, y hasta la casera, que vivía en el tercero, le cedió parte de lo suyo para esconder lo que no cupiera en el segundo piso.

Meses después un *jeep* se separaba de la caravana de la que formaba parte y se detenía ante del local, apeándose de él alguien que había disfrutado lo suyo tiempo atrás entre aquellas paredes. Sylvia Beach estaba en la acera y abrió los brazos para recibirlo. Él la volteó en el aire como el bolo de un saltimbanqui y la besó. Ella rio agradecida y quizás un poco abochornada. Él llevaba una ametralladora colgada del hombro y puesto un uniforme de campaña sucio y ensangrentado que no pensaba quitarse hasta no haber enviado al infierno el último nazi. Cuando la posó en el suelo le dijo que llevaba tantos años en deuda con ella que podía pedirle cualquiera cosa, un deseo de los grandes, de los que rompen las costuras de la imaginación, y ella se lo pidió, y el deseo fue que se deshiciera de los últimos nazis que quedaban apostados en el tejado de la casa de Adrienne, su compañera sentimental, que vivía en el edificio de enfrente. Hemingway

se encogió de hombros. ¿Solo eso? Pan comido para él, y además con posibilidad de vomitarlo después. ¡Todo un regalo! Dio unas órdenes a su compañía, se dispersaron por los tejados y Sylvia Beach oyó los últimos disparos rubricando el final de la guerra en aquella calle. Sueño cumplido. Tras ello Hem y sus hombres montaron en los *jeeps* y se fueron al bar del Ritz a celebrar que para que el sueño de los buenos viviera resultaba indispensable que murieran los sueños de los malos.

Hablando de Hem, en su hacienda Finca Vigía guardaba numerosas cajas de libros. Mary Welsh, su cuarta esposa, llegó a contabilizar 4.663. Salvo el *Who's Who*, él aseguraba haberlos leído todos, a razón de tres diarios. Cuando daba con alguno que le gustaba compraba un segundo ejemplar y se lo regalaba a algún amigo, obligándole a leerlo.

ESCRITORES LEYENDO A ESCRITORES: LUMBRES Y PESADUMBRES

Hay libros que exaltan, que emocionan, que acribillan con sus palabras como balas, que vuelven del revés la piel y erizan el vello hasta el punto de peinar con él los huesos, libros imposibles de olvidar salvo que se haga por vía intravenosa, libros que lo mismo se llevan bajo el brazo que junto al bazo, que se arrebujan en el corazón y enseñan que la diferencia entre el calor y el frío es la misma que la que hay entre ver caer la lluvia y volverla a ver ascendiendo.

Con Shakespeare la idolatría era de seis marchas, la forma más veloz de llegar al paraíso, un bumerán olvidado de su razón de ser justo a mitad de camino. Schiller vertió toda su admiración en el molde del genio inglés, afirmando haber leído de joven *El rey Lear* hasta dieciséis veces. Cuando en 1785 se marchó de Mannheim a Leipzig un conocido le recomendó que se llevara algunas lecturas para el camino, a lo que él le contestó no necesitarlas; el truco era este: «Escribo escenas de Shakespeare y luego las leo».

Isak Dinesen superó a Schiller por cuatro golpes de calor, asegurando a su amigo Truman Capote haber leído esa obra unas veinte veces. «Siempre juzgo a una persona según su opinión sobre *El rey Lear*», le contaba. Creo a la baronesa cuando aseguró que el descubrimiento de Shakespeare a los 15 años había sido uno de los acontecimientos más importantes de su vida. (Nota: yo lo descubrí a los 13 y me convirtió en escritor). A la señora Licy, viuda de Giuseppe Tomasi di Lampedusa, le hicieron una entrevista el 4 de febrero de 1966 para el *Weekend Telegraph* y en ella afirmó que su añorado esposo «nunca salía de casa sin un ejemplar

de Shakespeare en su bolsa con el que poder consolarse si veía algo desagradable», normalmente en ediciones de bolsillo, ya que las de gran formato las reservaba para sus noches de insomnio.

La única razón por la que Katherine Mansfield no llevaba encima durante sus paseos las obras completas del inglés era porque su tuberculosis en fase terminal le impedía darlos. En una carta de junio de 1921 (32) a su amiga Ottoline Morrell aseguraba que por las noches en su mesita siempre había un libro de Shakespeare junto a un abanico negro de muselina y una pistola automática. El primero para defenderse de los calores; la segunda, para hacerlo del *tedium vitae*.

Goethe y Stendhal no llegaron a conocerse en persona, pero sí en un lugar más fiable: sus obras. En marzo de 1818 el francés era un querubín batiendo sus alas en el anonimato, mientras que el alemán batía a su antojo las entrañas de la gloria. Pero a raíz de leer el alemán (66) el diario del francés (35) con su periplo por Italia escribió a su amigo el compositor Carl Friedrich Zelter que tenía entre manos un «extraño libro, de título *Rome, Naples et Florence, par M. de Stendhal, officier de cavallerie*, que estás obligado a procurarte (...). Parece que se trata de uno de esos hombres inteligentes a los que la escoba de la guerra ha zarandeado de un lado a otro como oficial, como empleado o como espía o quizás como las tres cosas a la vez (...). En fin, no solo hay que leer el libro, hay que comprarlo».

Cuando se tiene una cuenta pendiente uno hace por llevarla a la columna del haber lo antes posible para no descuadrar la contabilidad. Ya no digamos si la cuenta es de las llamadas «grandes empresas», por ejemplo, *Los miserables*. En junio de 1873, siendo ya famoso en toda Rusia y con cuatro hijos esperándolo cada día en la desembocadura de su *flumen* creador, Dostoievski (51) fue sentenciado a una estúpida condena de dos días en una confortable celda de una prisión moscovita por hacer referencia al zar en un artículo periodístico sin pedir permiso al ministro de la Corte. El escritor se lo tomó, aparte de como una broma, como un corto periodo vacacional que aprovechó para leer *Los miserables*, publicada once años atrás. Regresó cargado de juguetes para los niños y de elogios para Victor Hugo.

Antón Chéjov no utilizaba *Guerra y paz* para dormirse, sino para despertarse, y es que cuando se desvelaba en mitad de la noche, diezmado por las preocupaciones o por los dolores, abría el libro y se ponía a leer, y a querer ser Tolstoi de mayor, y si se hacía mayor y no lo conseguía, a querer serlo en otra vida... Lo admiraba más allá de lo puramente literario hasta casi tocar lo impuramente sentimental, temiendo más que a nada no su propia muerte, sino la de aquel gigantesco agrimensor de la literatura, tal

como confesaba por carta de 28 de enero de 1900 a M. S. Menchikov, «porque nunca he amado a un hombre tanto como a él», y después porque «sin él no quedaría más que un rebaño sin pastor, un fango informe en el que uno no se podría reconocer». En la misma línea melódica vaticinaba a su amigo Iván Bunin que cuando Tolstoi muriera «todo se iría al garete, incluida la literatura». Tanto era el afecto que Chéjov desplegaba en Tolstoi que a este no le quedaba más remedio que devolverle el sobrante, y así es como León se refería a Antón en carta a Gorki: «¡Qué hombre tan encantador, maravilloso, modesto, silencioso como una muchacha. Sencillamente, maravilloso».

Flaubert lo leyó absolutamente todo, incluyendo la *Naná* de Zola, una novela que trataba sobre la ascensión de una cortesana en la escala social durante el Segundo Imperio. Le impresionó tanto que hasta le quitó el sueño. «¡Dios mío, qué cojones tiene usted!», le escribió un día. El arrebato seguía el 1 de junio de 1874 con carta a Turguéniev: «Hoy mismo acabo de leer de un tirón la última novela de Zola, *La conquista de Plassans*, y todavía estoy completamente aturdido. (...) Hacia el final hay dos o tres cosas soberbias». En el año 1877 era Turguéniev quien tomaba el testigo de aquel aturdimiento, en este caso motivado por *L'Assommoir* (*La taberna*), novela publicada por Zola en forma de folletín desde 1876 y ya en formato de libro al año siguiente. Carta desde París al escritor Mijail Stasyulevich de 9 de febrero de 1877: «*La taberna*, de Zola, está teniendo aquí un éxito extraordinario. Pero es una obra completamente intraducible. Alguien ha contado las veces que aparecen en la novela las palabras: joder, mierda, mear, nalgas, etc. Setecientas veinte veces. Pero su talento es inmenso».

Virginia Woolf encontraba irresistiblemente hechizante la obra de Proust: «¡Ah, si pudiese escribir de esa manera! (...) Difícilmente alguien estimula tanto los nervios del lenguaje en mí: se vuelve una obsesión» (carta de 6 de mayo de 1922, solo seis meses antes de la muerte de Proust). Le andaba a la zaga Charles Dickens, cuyo *David Copperfield* Virginia aseguró estar leyendo por sexta vez corriendo el año 1936, mientras trabajaba en su nueva novela, *Tres guineas*. Carta a su amiga la compositora Ethel Smyth: «Me sumerjo tanto en este libro que no sé lo que hago. Me descubro a mí misma caminando por la Strand hablando en voz alta». Algo muy parecido le ocurrió cuando cayó en sus manos *The Harsh Voice*, de Rebecca West, cuya lectura acogió como la aportación literaria más deslumbrante de cuantas había recibido últimamente, llegando a trasladar su admiración por carta a aquella mujer que reunía «todas las cualidades que me faltan y temo», una carta que no obtuvo respuesta. Ese desdén rajó la autoestima literaria de la remitente, manteniéndola

obsesionada durante un buen tiempo a base de encadenar una especulación tras otra, hasta que West la contestó justificándose con una tediosa enfermedad y proponiendo reparar la descortesía con una invitación a comer, lo que no sirvió más que para cuajar la desilusión, al menos por la parte de Virginia, quien tras varias cenas manifestó sentirse decepcionada con su colega.

André Breton estuvo de *Le Côté de Guermantes* (*El mundo de Guermantes*) más cerca que nadie, todo gracias a la editorial Gallimard y a un contrato en calidad de corrector que le aseguraba libros y alimento por la cifra nada despreciable de cuatrocientos francos mensuales. Uno de los primeros encargos fue leer en voz alta el que era tercer volumen de *Á la recherche* para que su autor, a su lado y a la atenta escucha, pudiera corregir lo que le viniera en gana. Proust recibía a Breton en su casa a unas horas intempestivas, desde las once de la noche hasta primera hora de la mañana, lo que le valía a Breton un plus de cincuenta francos por sesión.El caso es que uno de los dos no hizo nada bien su trabajo y cuando el libro se publicó Proust advirtió más de doscientas potenciales correcciones que el empleado de Gallimard había pasado por alto. Corría octubre de 1920 y el escritor se quejaba al editor de que las pifias cometidas por el «encantador Dadá (...) quitan todo sentido a la frase». A pesar de haber ganado el premio Goncourt con su novela *À l'ombre des jeunes filles en fleurs* (*A la sombra de las muchachas en flor*), cuando Proust quería dar un golpe de autoridad sobre la mesa para recordar a propios y extraños quién era él, no sacaba a colación el referido premio, sino algo para él mucho más importante: el que el gran Henry James hubiera invertido parte del último año de su vida en anotar por doquier comentarios y recensiones en su ejemplar de *Por el camino de Swann*, libro del que no se separaba.

Técnicamente, Alice Toklas no era escritora, pero sí lectora impenitente. Desde que murió su compañera Gertrude Stein, *miss* Toklas se dedicó a leer mucho, a escribir mucho (recetas de cocina, básicamente) y a protestar por todo. Le apasionó la lectura de *The Sheltering Sky* (*El cielo protector*), hasta el punto de escribir a Paul Bowles asegurándole que desde *El gran Gatsby* ninguna otra novela la había seducido tan poderosamente. Coincidía en esto con William Burroughs, impresionado por la técnica narrativa de Bowles al describir el sueño producido por el tifus en uno de los protagonistas, por no hablar del final del libro, que colocaba junto al final de *El gran Gatsby* o del relato de James Joyce, *The Dead* (*Los muertos*), incluido en *Dubliners* (*Dublineses*). Deslumbrado quedó con *Gatsby* T. S. Eliot, escribiendo raudo a Scott para asegurarle que era «el primer avance en novela americana desde Henry James».

Ezra Pound adoraba leer a T. S. Eliot porque buena parte de su confección llevaba cortes de su autoría. Corría el año 1921 (33) cuando Eliot escribía *The Waste Land* a lo largo de sus tres meses de convalecencia en un sanatorio de Suiza tratando de restaurar su equilibrio mental. A su regreso a Londres, despejada por fin la niebla de su cabeza, despejó a manotazos la de la ciudad para dar con la casa de Pound y entregarle el manuscrito con el fin de que lo revisara, tarea que Pound acometió en dos fases: la primera para medir, la segunda para recortar, al considerar que aquella tierra no era lo suficientemente baldía como podría llegar a serlo, de ahí que la roturara con tal apasionamiento que, al final, el texto quedó reducido a la mitad, algo que Eliot le agradeció con sinceridad, ya que él mismo calificaba su poema de «desparramado y caótico». Eliot terminaría publicando la obra con las correcciones de Pound, cuyo nombre, por pudor, no apareció en la portada, pero sí, con honor, en la primera página interior: «Para Ezra Pound. *Il miglior fabbro*!». ¡El mejor herrero!

Cuando Hemingway recibió el Nobel en 1954 escribió por carta que había otros tres escritores que merecían el premio mucho más que él, entre ellos «esa estupenda escritora, Isak Dinesen». Según él, ella era «mucho mejor que cualquier sueco de esos a los que se lo han dado», si bien no perdamos de vista que tanta adulación nacía en parte de la comunión de intereses que ambos tenían por la caza mayor, a lo que podía sumarse el servicio literario prestado por su exmarido, el barón Bror von Blixen-Finecke, a quien Hem había tomado como modelo para su novela *La corta y feliz vida de Francis Macomber*. En una carta de 1 de noviembre de 1954 Dinesen (69) confesaba a Hemingway (55) que aquellos elogios eran para ella un «placer celestial», revelándole la de veces que había imaginado disfrutar junto a él de un safari en África. Lo más cerca que la danesa estuvo de llevarse el Nobel fue en 1961, cuando quedó en tercer lugar con Graham Greene como flamante ganador. Aún en el año 1962 aspiraría a llevarse el galardón, colándose entre los cuatro candidatos finalistas, de los que John Steinbeck se alzó con el codiciado laurel. No hubo tiempo para más ilusiones. La muerte las descalzó todas el 7 de septiembre de aquel mismo año.

En su juventud, Fernando Pessoa eligió como libro más fascinante *The Posthumous Papers of the Pickwick Club* (*Los papeles póstumos del Club Pickwick*), de Dickens: «Míster Pickwick es una de las figuras sagradas de la historia», sostenía. La señora Licy, viuda de Tomasi di Lampedusa, desvelaba precisamente el libro favorito de su esposo: *Los papeles póstumos del Club Pickwick*. «Tenía un ejemplar sobre su mesilla de noche, se lo llevaba de viaje, lo leía continuamente», refería en una entrevista para

el *Weekend Telegraph* el 4 de febrero de 1966.

Robert Louis Stevenson era un lector de tomos y lomos, optando por llenar su equipaje de libros y no de fútiles extravagancias como una muda o un neceser, a las que la gente anormal vivimos aferrados irracionalmente en nuestros viajes. Pero Stevenson estaba hecho de otra pasta. De pasta de papel. Cuando abandonó Inglaterra en agosto de 1879 (28) para hacer fortuna en Estados Unidos se llevó consigo, ocupando buena parte de su equipaje, la *Historia de los Estados Unidos* de Bancroft en seis volúmenes gruesos como troncos. En aquella época el exceso de equipaje no se pagaba con euros, sino con un poso de sabiduría.

George Santayana, ya anciano, padeció un catarro crónico del que se curó convaleciendo en una clínica en Niza, siempre con la ayuda de Oswald Spengler, cuya obra *La decadencia de Occidente* se leyó de cabo a rabo, salvando, eso sí, la parte de las matemáticas, no solo por serle materia esquiva, sino también, decía, por «desconfiar de ella *a priori*», pero sin aportar argumentos *a posteriori*.

James Joyce consideraba *Il fuoco* (*El fuego*), de Gabriele D'Annunzio, la novela más importante desde las de Flaubert, a las cuales, a su decir, superaba. Henry Miller declaraba extasiarse con el primer volumen (*Por el camino de Swann*) de *En busca del tiempo perdido*, hasta el punto de asegurar perder la cabeza y sentirse en llamas, según decía, conteniéndose para no subrayar cada línea. «Este hombre parece quitarme las palabras de la boca», escribía a Anaïs Nin. Cuando recobró el pulso, comentó a su amiga lo espléndida que le había parecido la novela de Saint-Exupéry *Vol de nuit* (*Vuelo nocturno*), salvo las primeras hojas, y es que «el prefacio de [André] Gide no agrega nada al libro. Más le hubiera valido mantener la boca cerrada».

García Márquez perdió la cabeza mucho antes que Miller: a sus 9 años, edad a la que descubrió el hechizo de Sherezade en *Las mil y una noches*. Así lo recordaba: «Yo lo agarré, y había un tipo que destapaba una botella y salía un genio de humo, y dije: "¡Coño, esto es una maravilla!". Esto me fascinó más que todo lo que me había ocurrido en la vida: más que jugar, más que pintar, más que comer, más que todo, y ya no volví a levantar cabeza».

«ANONÁDAME, OH MÚSICA, CON AIRADOS RITMOS»

Es un verso de Rilke, además de un deseo que algunos pedimos cada año a los Reyes Magos. La vida siempre es una apuesta segura, un acierto traducida a cualquier idioma, por mucho que haya quien dijo que sin ella,

sin la música, la vida sería un error. Por lo pronto, el ecosistema literario norteamericano no hubiera sido el mismo sin las *Hojas de hierba* de Whitman, y estas *Hojas*, según confesó su autor, jamás hubieran sido escritas de no haber escuchado ópera. Italiana, para más señas. Walt la adoraba.

Para Katherine Mansfield la falta de música no era un error, sino un nudo de posibilidades. Así lo reflejaba el 23 de marzo de 1914 (25) en su *Diario* tras asistir a un concierto en el Albert Hall de Londres: «Yo debería ser capaz de escribir cosas maravillosas sobre los músicos». Proust no escribió sobre ellos, pero sí destapó el tarro de las esencias en su *Recherche* para pasear arriba y abajo su sonata de un tal Vinteuil. Cuando se alejaba de la literatura escuchaba a menudo música clásica para desterrar sus aflicciones, según aseguraba. Incluso llegó a comprarse una pianola con unos cuantos rollos entre los que, para su desgracia, no se incluía su pieza favorita, el cuarteto para cuerdas número 14 de Beethoven. Adoraba la ópera *Pélleas et Mélisande* de Claude Debussy, escuchándola siempre que se representaba, pero no en el teatro —la pereza era la cuarta letra de su ADN—, sino en casa, acoplándose en las orejas los receptores del teatrófono, muy en boga en aquella época. «Cada noche en que lo representan, por enfermo que esté, me abalanzo sobre ese instrumento, y los días en que no lo representan hago yo de Périer [el barítono que encarnaba a Pélleas] y me lo canto y no duermo ya un instante».

¡Lo que Proust hubiera dado por sentarse ante un piano sin trampas, tal como sí le fue dado a su compatriota André Gide! Entrada de su *Diario* un 6 de julio de 1914 (44): «Trabajo insuficiente; entrego demasiado al estudio del piano». El futuro premio Nobel de Literatura adoraba tocar a Chopin, atreviéndose con sus baladas y sus sonatas si tenía la partitura delante; sin ella, decía, no pasaba del Preludio número 1, que, por cierto, no está nada mal. Pero la música de su tiempo le crujía en los oídos. El poeta Paul Claudel le presentó a Darius Milhaud un 27 de septiembre de 1915, quien, huérfano de abuela, se lanzó a casa de Gide para interpretarle al piano un poema sinfónico recién compuesto sobre unos poemas de Tagore traducidos por el propio anfitrión. Queja de Gide: «No he oído más que ruido».

Una de las pasiones de Aldous Huxley era la música clásica, aunque cuando se enfrascaba en el *Allegro* del Concierto número 4 de Brandemburgo de J. S. Bach no tenía muy claro si se hallaba en la salita de casa o en el patio de butacas del Carnegie Hall. Hay dos formas de escuchar ese *Allegro*: una es concentrado propiamente en la música, y otra, con un punto o puntazo de despersonalización propiciado por una dosis de

LSD. Aldous apostaba, decididamente, por lo segundo, por la diarrea mental; era la forma idónea de seguir hallando recovecos a la pieza y, al parecer, él los halló todos de golpe, revelándosele Bach como «un elemento en el gran Acontecimiento presente, una manifestación a un paso de ser la luminosa felicidad absoluta (...). Era el entendimiento sin conocimiento de todo lo que se percibe a través de un conocimiento especial; era la conciencia no diferenciada (...). Estaba al mismo tiempo aquí, allá fuera y en ninguna parte». En resumen: un guirigay…

Thomas Bernhard era un gran entendido en música. Tocaba muy bien el violín y estaba dotado de una imponente voz que a un tris estuvo de lanzarlo a los escenarios. También fue un ácrata hasta la médula que albergaba una concepción muy poco cristiana de los pilares sagrados de la música. Tenemos varios ejemplos. A su compatriota Gustav Mahler lo tenía por un «compositor mediocre». En cuanto a Beethoven, era un tío «repulsivo y cómico». Por su parte, Johann Sebastian Bach era un «gordo apestoso, ridículo y profundamente penoso». El círculo en forma de orto lo cerraba Mozart, que no se libró de la quema, ya que también había una cerilla para él: «Su música está llena de cursilerías en enaguas y cursilería en calzoncillos».

Por suerte para Balzac, llevaba los suficientes años muerto como para no escuchar semejantes pendejadas... Su pasión por Beethoven solo era comparable a su pasión por los negocios. Carta a su amante Anna Hanska: «Ayer fui a oír la sinfonía en do menor de Beethoven [la Quinta]. Beethoven es el único hombre que me hace sentir envidia. Hubiese querido ser Beethoven antes que Rossini y que Mozart. Hay en este hombre una fuerza divina».

Hubo una época en que García Márquez se imponía ser hombre de un solo libro y, a poder ser, de dos discos, y es que mientras escribía *Cien años de soledad* en México en los años 1965 y 1966 le bastó tener a mano «dos discos que se gastaron de tanto ser oídos: los *Preludios* [para piano] de Debussy y *Qué noche la de aquel día*, de los Beatles». Aclaremos que Gabo dejó de escuchar música mientras escribía porque ponía mucha más atención a lo que escuchaba que a lo que garrapateaba, impidiendo su concentración en aquella fratricida lucha de artes. Aun así, hubo alguna excepción, como *El otoño del patriarca*, novela que sacó adelante escuchando «sin misericordia» el concierto para piano número 3 de Bartók, hasta el punto de poder percibirse las notas en su escritura, según aseguraba. De hecho, cuando le entregaron el Nobel le pusieron de fondo ese concierto. «No sé cómo se enteraron», se preguntaba en sus memorias. Su confidente favorito para izar corcheas allí donde las palabras no

alcanzaban fue su buen amigo Álvaro Mutis. Recordaba Gabo cómo, contando Mutis con 23 años, entraba cada día a las cuatro de la tarde en la sala de conciertos de la Biblioteca Nacional de Bogotá y pedía invariablemente que pusieran el Concierto para violín de Mendelssohn, invencible frente al de Brahms o al de Chaikovski.

Ya anciana, Agatha Christie era una asidua del festival wagneriano en Bayreuth. Asistía cada año junto a su nieto y, juntos, analizaban las partituras de las óperas que ese día se iban a representar. Cuando entraba en la sala Wagner se convertía, inevitablemente, en el palafrenero del castillo y era ella, la reina viva y palpable de la literatura de misterio, quien se llevaba todas las ovaciones y el acoso insufrible de los admiradores. No era de extrañar aquella tendencia en quien, de joven, había aspirado a ser soprano y solo soprano, sin rutas alternativas, abandonando su sueño al comprobar que sus cuerdas vocales no andaban mejor que las maromas de los estibadores portuarios, optando finalmente por ponerse a escribir.

Samuel Beckett adoraba la clásica, en especial todo Beethoven y buena parte de Schubert, con los *Lieder* a la cabeza. Un día de noviembre de 1985 (79) entró en un café acompañado de un matrimonio amigo. Sonó la música de Händel, la de Bach y la de Chaikovski sin protesta alguna por su parte, pero cuando emanaron del altavoz histéricas columnas de azufre se tapó nariz y orejas con urgencia. No, no era *heavy metal*, ni *country* plañidero, sino música de cámara de César Franck. Una vez informado del nombre del delincuente siguió en sus trece: «Demasiado académica», sentenció. Mahler no salía mejor parado; deploraba sus sinfonías, declarándose incapaz de entenderlas. «Hay demasiadas cosas ahí», se excusaba con sencillez, frase esta que también utilizaba para parar en seco la música de Wagner cada vez que trataba de acercársele. Sorprendentemente, también fue incapaz de asimilar a Bach: «Aún no llegué a eso», alegaba quien, sin embargo, era capaz de leer la Biblia en cuatro idiomas diferentes.

MENS SANA...

No era lo habitual, pero a veces ocurría, ocurría que las formas se relajaban hasta el punto, de repente, de encontrarse una haciendo surf (Agatha Christie), soltando el otro *uppercuts* en un *ring* (Hemingway), jugando aquel al *ping-pong* (Henry Miller) o practicando golf el de más allá. ¿Verdad que, al igual que yo, no se imaginan a Oscar Wilde paseándose de *green* en *green* con el palo de golf al hombro? La estampa es real. En la feliz etapa precarcelaria, Constance, su mujer, escribía: «Oscar se ha vuelto

loco por el golf y pasa dos o tres horas en el campo cada día, lo que le sienta muy bien».

Para muchos de ellos las bicicletas fueron una proyección exterior de sus bombeos cardíacos, la sístole y la diástole llevadas al juego de piernas. Cuando a sus 78 años un periodista preguntó a Henry Miller qué secreto albergaba para mantenerse tan en forma, el escritor se lo trasladó en forma de santísima trinidad donde la actividad literaria solo era el cuarto en discordia: ejercitar la pureza del alma, perseverar en el amor —por entonces iba por la quinta esposa, una japonesa treintañera— y practicar el *ping-pong*. A su amigo Brassaï le contaba: «Muchas veces juego una partida con Hoki [su esposa]. Me planto firme sobre mis dos piernas y solo muevo el torso y los brazos». Pero de joven su pasión era la bicicleta, tomándosela mucho más en serio que aquel experimento en fase incipiente como era la literatura, con una mitad metida en probeta y la otra metida a profeta. «De joven pertenecí a un club deportivo, la *Xerxes Society*, y me tiré cinco años entrenándome como un loco. Soñaba con llegar a ser campeón del mundo, campeón olímpico incluso. Sin dejar de pedalear llegamos [desde la Riviera] a la Costa Azul».

Al joven Thomas Mann también le chiflaba ir en bicicleta a todas partes, hasta el punto de que «no daba un solo paso a pie —contaba en su *Diario*—; y aunque lloviese a cántaros todos mis recorridos los hacía en ella, calzado con botas de goma y cubierto con una esclavina de paño tirolés. Con la bicicleta a hombros subía los tres pisos hasta mi vivienda, en la que tenía reservado un lugar propio en la cocina». T. E. Lawrence (el de Arabia) nunca fue tan feliz como cuando en agosto de 1907 (19) se montó en su bicicleta para hacer una gira por los castillos de los cruzados en Francia con la disculpa de escribir una tesis. Tras varias duras jornadas escribía a un amigo desde su hotel cercano a Albi que ya llevaba contabilizados treinta y ocho pinchazos y recorridas mil cuatrocientas millas. Una semana después estas ya eran dos mil. Según sus cálculos era capaz de hacer ciento ochenta millas por día, la equivalencia a doscientos ochenta y nueve kilómetros. La bicicleta era a pedal, hasta que a partir de 1914 parte de sus músculos se rindieron y le pidieron una de motor.

Para Hemingway las bicicletas eran seres inanimados si no se las congregaba en una competición, momento en el que ya se convertían en oscuro objeto de deseo. John Dos Passos lo recordaba así en sus memorias: «Hem estaba loco con las carreras en el velódromo. Solía ponerse una camiseta a rayas como los participantes del Tour de Francia y recorrer los bulevares periféricos con las rodillas a la altura de las orejas y la barbilla en el manillar. A mí me parecía ridículo».

Los sueños más húmedos de Curzio Malaparte tenían que ver con las bicicletas. Normalmente eran inofensivos, hasta que la Coca-Cola los hizo realidad, así que sus gemelos y abductores se echaron a llorar cuando supieron que aquel cuerpo tenía proyectado recorrer Estados Unidos en bicicleta. Pero esto fue mucho antes de que un cáncer anidado en sus pulmones desde la Primera Guerra Mundial por la inhalación de gases tóxicos se lo llevara a los 59 años. No, aquello no era una fantasmada. Cuando años después de su muerte se le preguntó a Giordano Bruno Guerri por aquel proyecto contestó divertido: «¡Patrocinado por la Coca-Cola!».

Ya al margen de las pedaladas, corría el año 1880 cuando Robert Louis Stevenson (37) viajó a Davos (Suiza) con su mujer, su hijastro y su perro para tratar lo que todo apuntaba ser una tuberculosis. En el hotel donde se alojaron pudo el escritor despejar dudas respecto a qué no había sido en otra vida anterior, y es que véase el arte (abstracto) que Stevenson ponía en el billar según un huésped que lo vio jugar: «Fue una actuación memorable. Las bolas volaban enloquecidas de un sitio a otro, dentro o fuera de la mesa, aunque muy pocas veces amenazaban con entrar en una tronera o con acercarse a menos de una distancia de un palmo para hacer una carambola».

El matrimonio Woolf se tomó la cosa más en serio cuando eligió un pasatiempo para abstraerse del mundanal ruido literario, decantándose por los bolos. Les apasionaban, hasta el punto de jugar —según los cálculos más prudentes— unas mil doscientas partidas desde el primer abordaje en el año 1935. Respecto a cuál de los dos contendientes había conquistado más victorias podemos afirmar que la Providencia había agotado todos los dones para con Virginia haciéndola escritora...

La pasión de Hermann Hesse se centraba en el esquí. Carta a Carlo Isenberg en enero de 1933 (55): «Este año no habrá nada que hacer en cuanto a esquiar. Esto me disgusta por un motivo: a lo sumo me será posible esquiar hasta los 60 años, y de estos pocos años que me quedan me duele perder uno». Truman Capote (25) se decantó una vez por la pesca submarina en las serenas aguas de Taormina, armado de gafas y fusil, aunque con lamentables resultados: «Hasta ahora no hemos capturado nada, si bien a Jack casi le atravieso una pierna» (carta de 6 de julio de 1950). El fusil también lo llevaba por tierra al caer la noche de luna llena, para defenderse tanto de los peligros reales como de los irreales, siendo estos últimos mucho más preocupantes, ya que «por aquí cunde la alarma por un hombre lobo. No es broma. Un chaval de la otra punta del pueblo dice que le atacó un hombre lobo (...). De todos modos, por la calle se dice que no hay que preocuparse por ello hasta que vuelva a haber luna llena».

Las aguas se le daban mucho mejor a Agatha Christie. Las mayores. Es decir, donde las olas estallaban como bombardeos inofensivos. El 6 de febrero de 1922 una joven de 31 años, acompañada de su marido y de unos amigos, arribaba a Ciudad del Cabo en mitad de una expedición por varios países a lo largo de diez meses. Fue allí donde Agatha y su marido descubrieron el surf, escapándose cada vez que podían a Muizenberg para surcar las olas sobre las tablas. Así lo cuenta en su *Autobiografía*: «Después de probar el *surfing*, nadar resultaba bastante soso. Hemos decidido comprarnos unas tablas ligeras y curvadas —bastante más cómodas que las otras— porque estamos dispuestos a dominar con absoluta maestría este arte».

A LOMOS DE LAS CUATRO RUEDAS

Marguerite Duras adoraba conducir, si bien para ella las señales de tráfico eran como un campo de amapolas, todas iguales, lo que para los demás ya se convertía en un campo de minas. En un año coleccionó en multas papel suficiente para escribir por el dorso una novela, ya que sumaban 20.000 francos. Con enorme candidez pretendió que fueran pagadas por su editor, Gaston Gallimard. Cuando en junio de 1989, a los 74 años, despertó de un coma de nueve meses los periódicos se lanzaron sobre la reina rediviva de la literatura y le preguntaron de todo. A uno de *Libération* le contó que se había comprado un Peugeot por nueve millones de francos: «Y agárrese bien. Solo para ir de París a las afueras y de las afueras a París» (11 de enero de 1990).

J. R. R. Tolkien era un conductor pésimo. A lo más que llegaba era a distinguir la raya continua de la discontinua, aunque supongo que lo conseguía gracias a los parpadeos. Con su primer coche tuvo varios accidentes leves, hasta el punto de que llegó un momento en que Edith, su esposa, se negó a viajar con él y optó por el transporte público. Lo que mejor se le daba al escritor y peor llevaba su esposa era su costumbre de saltarse todas las señales de tráfico, aunque con lo que más disfrutaba era girando hacia las calles laterales sin antes comprobar si venían coches de frente. En ese momento su frase favorita bien podía haberla incluido Dante en un canto del *Infierno*: «¡Ve a por ellos y verás cómo se apartan!».

Bernard Shaw ya había dado lo mejor de sí mismo cuando a sus 60 años cambió las cuatro ruedas por dos y se apasionó por las motos. Se compró la primera con toda la ilusión del mundo, viajó ciento veintitrés kilómetros y, justo antes de llegar a su casa, tomó una curva con aquella misma ilusión y acabó estrellándose. El amor por la síntesis llevó a T. E.

Lawrence a cambiar las cuatro patas del camello por las cuatro ruedas de un coche y, finalmente, estas por las dos de la motocicleta que habría de llevarlo a la muerte. Después de haber intervenido en numerosas batallas, haber sido golpeado y violado, y haber sobrevivido con numerosas fracturas a la caída en picado de un avión, entre otros muchos avatares, halló Lawrence la muerte en un estúpido accidente de moto cuando se encontró de frente con dos ciclistas a los que logró evitar frenando en seco, saliendo despedido y rompiéndose la cabeza en el asfalto. No llevaba casco.

Resultaba muy divertido viajar con el escritor Blaise Cendrars al volante, y el hecho de que hubiera perdido una mano en la Primera Guerra Mundial lo hacía, además, muy emocionante. Desconozco si John Dos Passos y su recién contraída esposa, Katy, tenían otorgado testamento cuando pasaron con él una semana en Montpazier y Cendrars levantó el gancho el primero para pedirse conducir. Así lo recordaba un traumatizado Dos Passos en sus memorias sin billete de vuelta asegurado: «Conducía su cochecito francés con la mano que le quedaba y cambiaba de velocidades con el gancho (...). Cendrars siempre tomaba las curvas sobre dos ruedas. Pero salimos con vida (...)».

La letra con sangre entra... Bastante más suerte que Camus tuvo Tennessee Williams cuando se puso al volante de su Jaguar cupé para viajar desde Italia a Barcelona con un termo lleno de martinis y lo empotró contra un árbol por esquivar la súbita irrupción de un camión, volando su Olivetti portátil desde el asiento trasero hasta su cabeza y dejándolo inconsciente un buen rato.

AMORES Y DESAMORES HACIA EL IDIOMA DEL PRÓJIMO

No hay hurto más lícito por lo ajeno que el idioma del vecino cuando no es el tuyo. Gérard de Nerval amó y dominó hasta tal punto el alemán que su traducción del *Fausto* al francés en 1828 (20) llegó a maravillar al mismísimo Goethe (80), quien en una carta le lanzaba esta bomba de oxígeno a su autoestima: «No me he comprendido nunca tan bien como leyendo su traducción». Por su parte, Henry David Thoreau era un tipo muy poco corriente que iba amaestrando los idiomas con la misma facilidad con que amansaba las fieras por los bosques de Concord. Cuando se graduó en Harvard dominaba el latín, el griego, el italiano, el francés y el alemán, además de algo de español y portugués. Como nota exótica también le dio por estudiar alguna lengua indiscutiblemente inútil, como el *wampanoag*, la lengua nativa del este de Massachusetts.

Recién llegado James Joyce a París se encontró con un problema acuciante como era buscar alimento para las cuatro bocas que conformaban la familia, además de lograr la suficiente concentración para rematar su *Ulises*. Cuando pidió ayuda a Sylvia Beach para buscarle posibles alumnos a los que dar clases particulares y ella le preguntó cuántos idiomas dominaba, Joyce no dudó en empezar el inventario por lo más obvio: el inglés. «Esto es una mesa... Esto la pluma...», indicó brillantemente a la librera, si bien pronto destapó el frasco de las esencias para seguir con el alemán, el francés y el latín. «¿Y el griego?», le preguntó ella. Él debió de sentirse algo oprimido por la pregunta, al confesar que el griego antiguo no lo dominaba, pero que el moderno podía hablarlo con fluidez. «Los idiomas eran, evidentemente, el deporte favorito de Joyce —reconocía Sylvia—. Le pregunté cuántos sabía. Por lo menos eran nueve, pues los contamos». A estos nueve aún había que añadir el neerlandés y los tres idiomas escandinavos. «Había aprendido noruego para poder leer a Ibsen —contaba la librera en sus memorias—, prosiguiendo luego con el sueco y el danés. También hablaba hebreo y conocía algo de hebreo antiguo».

En 1918 Jorge Luis Borges (19) se trasladaba con sus padres a Lugano, donde se empeñó en aprender alemán solo para poder leer en el original *El mundo como voluntad y representación*, de un Schopenhauer ante el que Borges gritaba «¡tierra!» con más alivio que un vigía tras meses de naufragio en alta mar. Con rigor poco menos que monacal se encerró en la habitación de un hotel con el único auxilio de un diccionario español-alemán y las poesías de Heine y, pasados unos días, ya dominaba el idioma con soltura. Si se trataba de escoger la obra de Schopenhauer para empezar la casa por el tejado, Borges fue coherente y después siguió por la buhardilla, con el *Fausto* de Goethe y la *Crítica de la razón pura* kantiana.

Si esto puede calificarse de proeza no lo es menos la de Lajos Zilahy, quien ya famoso a sus 33 años por la publicación de su primera novela, *Primavera mortal*, abandonó Francia en el año 1924 para irse a Inglaterra y recorrer el país con sus credenciales literarias bien embutidas en su equipaje. Lo primero que deseó y necesitó fue aprender inglés. ¿Cómo? No precisamente de la forma más ortodoxa, tirando de diccionarios o de profesores particulares, pero sí de la más esotérica. Así explicaba lo que él denominó «Método Zilahy»: «Quien quiera aprender un idioma que vaya todas las noches al teatro. Asista a la misma obra diez veces seguidas. Esta es la escuela de idiomas mejor y más barata. También yo lo hacía así. Visité los sesenta teatros de Londres y me quedé atónito ante las mamarrachadas dramáticas».

Nuestro idioma, al igual que la indumentaria de Oscar Wilde o los

bigotes de Dalí, no solía pasar desapercibido. En julio de 1941 Henry Miller (49) se propuso muy seriamente aprender español; tenía la intuición de que le iba a encantar, según confesó a Anaïs Nin, y así fue. La primera de sus frases favoritas era: «No tengo ganas», si bien tras dar unas cuantas clases de español y asegurar dominar un centenar de palabras ya estuvo en condiciones de adoptar una segunda frase favorita que también trasladó a Anaïs: «No me da la gana». Del léxico se pasó a la idiosincrasia del pueblo español, campo en el que nos disparó un perdigonazo: «[Los españoles] nunca respetan las citas [horarias]». También adoraba nuestro «usted», considerándolo todo un descubrimiento y un genio a quien lo hubiera creado, aunque el colmo llegó cuando descubrió la diferencia entre «ser» y «estar». «Me dio un ataque al corazón», aseguró. Finalmente, nuestro idioma se cobró venganza y terminó siendo para él una pesadilla, accionando el botón del pánico cuando descubrió que los verbos podían terminar tanto en «-ar» como en «-er», como en «-ir». «Estoy aterrado casi de pensar en ir solo a España», confesaba a Anaïs en una carta de junio de 1932.

A sus 92 años Bernard Shaw odiaba diligentemente nuestra lengua y así es como aconsejaba a los estudiantes no perder el tiempo aprendiendo verbos irregulares, poniendo como ejemplo los verbos del idioma español... Ezra Pound, al contrario que el severo Shaw, hizo proselitismo con nuestra lengua, dominando el latín, el italiano, el francés, el español y algo de chino, que tan necesario le era a él por entonces como a nosotros hoy día para leer las instrucciones de casi todos los artículos que nos llevamos a casa. En su caso para leer textos de Confucio. Pues bien, durante su reclusión durante doce años en el Hospital de Santa Isabel (Washington) se tragó de cabo a rabo *Doña Perfecta*, de Pérez Galdós, sentenciando que para hacer literatura de la buena el español era una lengua mejor dotada que el italiano moderno.

John Dos Passos tiró por algo más exótico; cuando se apostó ante la Torre de Babel y miró hacia arriba le sedujo aquel idioma que escupía una de las gárgolas: el ruso. Se propuso estudiarlo por las mañanas —solo por las mañanas— cuando viajó al país en el verano de 1928 (32), ebrio de una rusofilia que le supuraba por doquier. Sin embargo, pronto se dio cuenta de que era la hiel de todos los idiomas, de lo mucho que escocía en la lengua y quemaba en las neuronas... «Tratar de aprender las conjugaciones de los verbos me producía un tipo de dolor de cabeza que no había tenido antes ni después he vuelto a tener nunca», afirmaba en sus memorias.

13

A HOMBROS DE GIGANTES: REFERENCIAS Y PREFERENCIAS LITERARIAS

AUPADOS PARA ENCASQUETAR EL LAUREL…

El referente vital y literario de Byron no podía ser otro que Goethe. Solo unos meses antes de su muerte en Mesolongi le escribía así a bordo del Hércules, camino de su última posta: «Vuelvo a Grecia para ver si puedo ser de alguna utilidad allí. Si regreso alguna vez haré una visita a Weimar para ofrecerle el más sincero homenaje de uno de sus muchos millones de admiradores. Tengo el honor de ser, para siempre y muy respetuosamente, su obligado admirador y servidor. Noel Byron». Goethe le devolvería el cumplido dos años después de su muerte, haciendo posible el equilibrio de un palíndromo cuando lo forman dos gigantes que no van a lomos el uno del otro, sino de la mano. Así es como en una conversación con Eckermann el 26 de marzo de 1826 daba por segura una cosa entre los ingleses: «No tienen ni un solo poeta que se le pueda equiparar [a Byron]. Él es distinto a todos los demás y, la mayoría de las veces, también es superior».

Quién iba a decir que alguien como Ralph Waldo Emerson se iba a subir a lomos de nadie cuando él mismo ya cargaba con sus propias gibas literarias (Thoreau, Longfellow, Hawthorne...). Siendo director de la revista literaria por él creada, *Dial*, recibió un día de 1855 (52) en la oficina de correos de Concord un paquete con noventa y cinco páginas repletas de versos, todas ellas coronadas con motivos florales. Se las llevó a su casa y de aquel racimo leyó hasta los pistilos y las corolas, quedando seducido a partes iguales por la fuerza de las imágenes y la jactancia del autor, anónimo, por lo demás. Se quedó con versos como: «Yo llevo mi sombrero como me place en mi casa y fuera de ella», «[soy] el árbitro de lo diverso», o «[soy] el presidente de los reglamentos», sin que ninguno de ellos pudiera detener o condicionar al autor, según él mismo explicaba. También ocurría que si echaba su aliento «sobre cualquier cosa que antes se consideraba pequeña» esta se expandía «con la grandeza y la vida del universo», y todo así, conformando un nutrido escaparate con vistosos artículos expuestos todos ellos en primera persona de singular. A Emerson (medio cura él) le

escamó, sin embargo, la predicción lanzada en el prólogo sobre la inminente desaparición de los sacerdotes: «Su trabajo se ha acabado. Puede que tarden un tiempo... tal vez una o dos generaciones..., desaparecerán poco a poco. Una raza superior ocupará su lugar. Surgirá un nuevo orden... y cada hombre será su propio sacerdote... Mediante su propia divinidad... la nueva raza de poetas serán los intérpretes de hombres y mujeres y de todos los acontecimientos y de todas las cosas». Deslumbrado en todo su ser se propuso localizar al autor al precio que fuera, si bien solo disponía de un dato que pudiera guiarle hasta él, el título de la cosa: *Leaves of Grass* (*Hojas de hierba*). No le fue particularmente difícil adivinar el nombre del autor, estampado en un anuncio periodístico con comentarios sobre la obra: Walt Whitman (36). De inmediato Emerson le escribió una carta donde le aseguraba que aquellas *hojas* eran «la obra más extraordinaria de ingenio y sabiduría» que Estados Unidos había visto hasta entonces. Terminaba pidiéndole permiso para viajar a Nueva York y «presentarle sus respetos».

La admiración terminó siendo mutua, ya que un año después, en noviembre de 1856, Walt Whitman confesaba a Bronson Alcott que el mayor logro que había alcanzado Estados Unidos era «criar a Emerson», así como que este «era el único hombre en el país». En una ocasión manifestó que «yo estaba hirviendo a fuego lento. Emerson me llevó a ebullición». Así las cosas, cuesta creer que un hombre con el decurso intelectual de Emerson no hubiera cumplido todavía los 70 cuando comenzó a registrar un cuadro compatible con Alzheimer, olvidándose del nombre de las personas y de las cosas y recurriendo a ingeniosos recursos descriptivos para trasladar sus intenciones y sus necesidades. Así es como contaba a su futuro biógrafo, James Elliot Cabot, el truco mnemotécnico que tenía para pedir un paraguas, de nombre infranqueable para él: «No sé cómo se llama, pero puedo contar su historia. Se lo llevan los desconocidos». Corría por entonces el verano de 1871, y a partir de ahí cada día se iría llevando dentro de él el resto de utensilios, recuerdos y seres queridos hasta vaciarlo. El 27 de marzo de 1882 acudía al funeral de su buen amigo el poeta Henry W. Longfellow. En la iglesia se levantó de su banco, echó un vistazo al interior del féretro y cuando volvió a sentarse preguntó: «¿Dónde estamos? ¿En casa de quién? ¿Y quién es el que duerme?». Daba igual. El destierro de su conciencia fue rescatada por generaciones posteriores para obtener con el tiempo una fronda sin igual, la misma que logró su hijo literario, Henry David Thoreau. Scott Fitzgerald ponía sobre un pedestal la obra completa de este último, al que admiraba sin puntos y aparte, hasta el extremo de aparecer bajo el nombre de Burne Holliday en *A este lado del paraíso*.

A Dostoievski le agradó enormemente saber que para Tolstoi *La casa de los muertos* era la más grande aportación a la literatura rusa moderna. Y, hablando de aportaciones, lo que más admiraba Léon Daudet de Guy de Maupassant no eran sus libros, sino lo mucho que aguantaba dentro de una mujer, y no me refiero precisamente a su corazón, sino a su habilidad para retener el semen a su voluntad sin cesar de penetrarla.

La admiración de Ezra Pound hacia T. S. Eliot era incondicional, casi incontrolable, pero sin camino de vuelta de Eliot a Pound. Carta de Eliot a su amigo el escritor Conrad Aiken: «Su poesía es conmovedoramente torpe». Era la batalla de los *Cuatro Cuartetos* contra los *Cantos*, y ni los unos ni los otros tenían nada de musical. Sin embargo, para algunos el do de pecho no lo daba Pound con sus *Cantos*, sino Eliot con los rugidos de su *Tierra baldía*. Cuando Somerset Maugham cumplió 70 años dio gracias a Dios por haber vivido lo suficiente como para leer los últimos poemas de Yeats y Eliot, de manera que, a partir de ahí, los años venideros ya serían un accidentado tiempo de descuento.

La debilidad literaria de la exigente Katherine Mansfield era Charles Dickens: «Hay momentos en los que Dickens está poseído por esa fuerza que le empuja a escribir; está como transportado. Esa es la dicha perfecta». Chesterton combinó su amor por la antigüedad con un brillante sincretismo léxico para decir de George Bernard Shaw lo que cualquier escritor querría oír de su obra justo antes de irse: «Todo lo que de él nos queda es admirable».

De haber sido Henry James obispo hubiera empezado repartiendo sus bendiciones a Joseph Conrad, comenzando con las cincuenta primeras páginas de su novela *Chance* (*Suerte*), ello «gracias al riesgo que supone poner a macerar sus materiales en perfecta oscuridad, ya que no recordamos que ningún otro artista se haya prestado a algo así con una gracia como la suya». James agitó con tal fuerza el hisopo que parte del agua bendita fue a gotear sobre Pierre Loti, a quien «adoraba» literalmente. Obnubilado por su novela *Ramuntcho*, James sostenía en el año 1897: «Lo amo incluso cuando es malo —y el cielo sabe que lo ha sido en ocasiones — más de lo que amo a otros escritores cuando son buenos».

Por su parte, G. K. Chesterton solo aspiraba a vivir lo suficiente para lograr dos objetivos: conocer a Algernon Charles Swinburne y lograr hacerlo repartiendo los nervios en varios manojos y no en uno solo. Logró lo primero, pero no lo segundo, y es que cuando llegó ante él apenas supo qué decirle. «Era una especie de dios entronizado al que solo podías aproximarte acompañado de un gran sacerdote», recordaba en su *Autobiografía*.

Que la admiración de Máximo Gorki por Chéjov no era de este mundo lo confirmó cuando Chéjov lo abandonó para siempre. Recordó el día en que su amigo fue enterrado como uno de los más espantosos de su vida. Carta a su mujer de julio de 1904 (36): «Acabamos de enterrar a Antón Chéjov... Me encuentro tan abatido por ese funeral que dudo poder hablarte sensatamente de ello... Ese hombre maravilloso, ese gran artista que toda su vida luchó contra la mediocridad...». Lo más triste para Gorki fue que lo que ningún ejército de hombres había logrado en vida de su amigo, que era humillar su figura, fuera a lograrlo con su cadáver un grupo de politicastros, al repatriarlo desde Badenweiler, en la Selva Negra, a Moscú en un vagón de color verde para el transporte de ostras frescas etiquetado con la función a la que por lo general servía (excepto cuando se moría un coloso de las letras rusas): «Para ostras». Cada vez que Gorki pensaba en ello se sentía «a punto de estallar, de llorar como un ternero, de pelearme de indignación, de furor (...). Yo no podré perdonar el vagón para ostras. En este vagón he podido ver perfectamente esa trivialidad de la vida rusa (...). ¡Y es por esta escoria por lo que él ha vivido, trabajado y enseñado!». Sin duda, pocos escritores hay que conciten tanta admiración como el autor de *La gaviota*. Somerset Maugham, que tan caros vendía sus elogios, no dudó a la hora de catalogarlo como la única vía para «llegar a conocer el secreto de Rusia».

Resulta sorprendente conocer el referente literario de Henry Miller, ajeno a él en nacionalidad, temática, estilo, época y género. Carta a Anaïs Nin: «¿Te sorprendería si te dijese que con el único escritor que me gustaría competir (e incluso imitar) es Rimbaud?». Cuando William Faulkner orientaba su catalejo hacia Rusia solo deseaba tener en el punto de mira a un escritor: Boris Pasternak. Habiéndole sugerido el editor de Random House, Albert Russel Erskine Jr., que dedicara al ruso su libro *The Mansion* para entregárselo en su patria a través de un tercero, el estadounidense se negó tildando de «absurdo» eso de garabatear en un libro y entregárselo de tales trazas a un escritor «de primera clase» como era Pasternak. ¿Y Faulkner? ¿Nadie se arrodillaba ante William Faulkner? ¡Oh, ya lo creo que sí! Albert Camus sostenía que lo colocaba «por delante de todo lo demás».

Cuando Ernest Hemingway se enteró de que Pío Baroja se estaba muriendo consideró un imperativo kantiano cruzar los países que hicieran falta para usurpar siquiera un minuto de su tiempo de descuento, y eso fue lo que hizo un 9 de octubre de 1956, visitando al moribundo en su casa y haciéndole saber todo lo que literariamente le adeudaba. Hemingway dignificaba su memoria comentando a su amigo José Luis Castillo-Puche

que se había perdido una gran oportunidad de tender un puente desde Estocolmo a Madrid para hacer justicia: «A este viejo deberían darle el Nobel veinte veces». Baroja moría veintiún días después.

Corría abril de 1900 cuando nuestro Juan Ramón saltó con 18 años de Moguer a Madrid para auparse a hombros de gigantes, si bien lo único que se encontró fueron molinos. Carta al poeta malagueño José Sánchez Rodríguez a las pocas semanas de caerse del guindo: «Yo le aconsejaría a usted, como compañero, que no viniera a esta corte podrida donde los literatos se dividen en dos ejércitos: uno de canallas y otro de... maricas». Cuatro semanas serían suficientes para aturdirle por tanta contaminación literaria medioambiental, regresando a Moguer sin más objetivos que el de ponerse a salvo y, después, el de ponerse a olvidar.

Con el talento literario de Knut Hamsun era imposible colocarse de perfil. Su ávido abrazo al nazismo no fue óbice para que Thomas Mann declarara que «nunca nadie ha merecido tanto el premio Nobel», para que Hermann Hesse lo titulara «mi escritor favorito» o para que Henry Miller lo tuviera como «el Dickens de mi generación» y escribiera a su amiga Anaïs Nin: «Hamsun ha sido, y aún lo es, uno de mis ídolos», deseando prestarle *Wanderers* tras asegurarle que todo estaba ahí y pidiéndole que se preparase para algo inenarrable: «Sin duda lo adorarás».

Para el círculo surrealista de André Breton el nombre de Lautréamont o su obra capital, *Les Chants de Maldoror* (*Los cantos de Maldoror*), eran intocables, y quien osaba ponerle la mano encima en realidad le estaba poniendo en el fuego. En cuanto al fuego lo ponía René Char, el musculitos y pendenciero del grupo. Cuando Breton recibió el soplo de la existencia en Montparnasse de un bar llamado Maldoror el círculo supo que la suerte del chiringo estaba echada. Era medianoche cuando el grupo encabezado por Char, Breton, Éluard, Aragon, su esposa Elsa y otros cuatro entraron en el local y lo destrozaron al grito de «¡Somos los invitados del conde de Lautréamont!». Hubo clientes que huyeron, pero otros se quedaron para integrarse en una pelea por la que todos terminaron en comisaría y sin lesiones mayores, salvo Char, que salió con un profundo navajazo en la pierna.

… Y AUPADOS PARA DESCARGAR EL MARTILLAZO

Cuando Goethe probó a Victor Hugo para ver qué sabor de boca le quedaba, donde peor le supo fue en la boca del estómago, y es que la lectura de *Notre-Dame de Paris* (*Nuestra Señora de París*) la recibió como un puñetazo a traición. Así es como un 27 de junio de 1831, el año anterior

a su muerte, confesaba estar leyendo el libro con un resultado donde el asco y el aburrimiento quedaban en tablas: «He necesitado no poca paciencia para soportar los tormentos a los que me ha sometido su lectura. ¡Es el libro más abominable que se ha escrito nunca!».

Tolstoi no tenía mejor forma de verificar su salud bucal que hincándole el diente a Shakespeare. Cada vez que lo hacía comprobaba el número de molares que tenía cariados, y es que toda su obra le resultaba «tremendamente trivial y digna de desprecio». Por su parte, Bernard Shaw se jactaba en su senectud de no haber leído jamás una sola palabra de Carlyle ni de Emerson, y en cuanto a Shakespeare ni siquiera tirándole de la lengua uno era capaz de que mojara en saliva un sello con su efigie. Cuando lo invitaron a asistir al tricentenario en Stratford-upon-Avon —su lugar de nacimiento— se negó predicando con el ejemplo: «Si ni siquiera celebro mi cumpleaños no sé por qué he de celebrar el de Shakespeare».

Viajaba Dostoievski a Berlín en julio de 1876 (54) para recibir tratamiento médico cuando en la biblioteca pública se entretuvo leyendo la última novela de Émile Zola, *Le Ventre de Paris*. Su impresión no tuvo nada que ver con la de Monet cuando tituló su famoso cuadro. «¡Dios mío, cuánta suciedad! El asunto entero es tan repulsivo que solo con dificultad consigo obligarme a leer». Tolstoi también recibió su puyazo donde más podía dolerle: en *Anna Karenina*. Dostoievski la encontraba «bastante tediosa» y no entendía gracias a qué carambolas pudo haber alcanzado el éxito que obtuvo. El propio Dostoievski recibió de Tolstoi dardos envenenados sin más intención que la de ayudarle a mantenerse joven, a costa de esquivarlos con agilidad. No, Tolstoi no tenía en buen concepto a Dostoievski. Al crítico literario Vassily Rozanov le confesó que lo único que encontraba con cierto talento era *La casa de los muertos*, algo de lo que carecían sus otros libros: «Me citan pasajes de ellos y en verdad hay algunos buenos aquí y allá, pero el conjunto es espantoso (...). Dostoievski habla y habla sin cesar». Cuando fue preguntado por *Los hermanos Karamazov* dijo que no había podido acabarla, y en cuanto a *Crimen y castigo* asumió el título como un cilicio de gran utilidad para saber cuándo abandonarlo: «Leí algunos capítulos al principio y se adivina lo que va a seguir». Por mucho que el conde Tolstoi recurriera al menosprecio, *Crimen y castigo* supuso una auténtica revolución emocional cuando en enero de 1866 se publicó la primera de sus entregas, hasta el punto de que muchos de sus lectores se declararon incapaces de seguir adelante con las sucesivas, al no saber cómo defenderse de la conmoción que les causaba. Turguéniev fue uno de los que también abandonó su lectura, pero por motivos muy distintos. Carta de otoño de 1866: «He renunciado a leer *Crimen y castigo*;

la obra misma me recuerda a un interminable dolor de estómago. ¡Dios nos proteja de ella durante la estación de cólera!». Por suerte para él, llevaba demasiados años muerto como para no tener que leer lo que Katherine Mansfield dejaba recogido en su *Diario* un 17 de agosto de 1914: «No comprendo cómo hubo un tiempo en que me gustó tanto Turguéniev. ¡Un *poseur*! ¡Un hipócrita!». Tampoco Dostoievski tuvo necesidad de hacerse cruces cuando ya llevaba largos años con una encima en el cementerio de Tijvin (San Petersburgo), sin posibilidad alguna de asistir a los cursos que sobre él impartió Nabokov en Cambridge entre los años 1943 y 1947, en los que jamás le calificó por encima de un aprobado raspado.

Mark Twain no tenía nada contra los habitantes de Boston, salvo cuando se convertían en materia literaria a tratar por Henry James, en cuyo caso se parecían a patos flotando en un estanque. Decía de *Las bostonianas* que antes se condenaría al cielo del predicador inglés John Bunyan que ponerse a leer aquel libro. Del resto de títulos no decía nada, pero a quien no concedía ni siquiera el universitario era a Edgar Allan Poe, cuya prosa tildaba de «ilegible», al igual que la de Jane Austen, si bien con una diferencia: «Podría leer su prosa si me pagaran un sueldo, pero no la de Jane Austen». Sin mediar pago alguno lo cierto es que a veces la leía, pero solo para constatar con placer que cuanto más lo hacía peor escritora le parecía. Una vez declaró que se sentía tan fuera de lugar entre sus personajes como un tabernero que fuera al cielo. Quizás por eso Dickens salía peor parado en su cadalso, cada vez más grande para dar cabida a todos, y es que con Austen al menos se había esforzado en colocarle una soga, pero con Dickens ni siquiera se había molestado en ello, jactándose de no haberlo leído nunca por ser incapaz de soportar «su sentimentalismo».

Otro que tenía centrada su mira telescópica en Dickens era Proust. A sus 35 años presumía de no haber leído nada de él, no así el resto de literatura inglesa, dejando a Charles, deliberadamente, castigado mirando a la pared. Habiéndole prestado *David Copperfield* su amigo René Peter, giró visita a su domicilio para conocer su opinión y esta fue una descarga de adrenalina: «¿Qué te he hecho yo? ¿Y qué me has hecho tú a mí? ¡Pero si este libro es atroz, inmundo! (...) Ese niño que se siente orgulloso por haber perdido a su madre!». Aclaremos que Proust se desgañitaba por la herida, ya que su propia madre había fallecido un año antes y el dolor no le dejaba detectar adecuadamente las soluciones reparadoras. «Sin embargo —cuenta Peter en su libro de recuerdos sobre Proust—, olvidó devolverme el libro aquella misma noche; y, un poco por malicia, yo siempre olvidé reclamárselo».

A André Gide la lectura del *Werther* le traía de cabeza. De la cabeza de ajos quiero decir. No había libro que le dejara peor sabor de boca. «Había olvidado que tardaba tanto en morir —se quejaba en su *Diario*—. No se acaba nunca, y querría uno empujarle por los hombros. En cuatro o cinco ocasiones lo que uno esperaba que fuese su último suspiro es seguido por otro más último aún». Tampoco le satisfizo *Por el camino de Swann*, que leyó en el año 1913 forzado por su condición de miembro del comité de lectura de la editorial Gallimard, rechazándolo sin apelación alguna, en especial por las incorrecciones lingüísticas que contenía, tildando además al autor de «esnob» y «mundano aficionado». Bien caro para su salud mental le costó aquella zancadilla, convirtiéndose en uno de los grandes traumas de su vida, y así se lo trasladó al propio Proust en una carta de 11 de enero de 1914: «El rechazo de ese libro quedará como el más grave error de la *Nouvelle Revue Fraçaise* [fundada por el propio Gide] y —pues me avergüenza ser en gran parte el responsable del mismo—, uno de los pesares, de los remordimientos más agudos de mi vida». Finalmente, la novela fue aceptada, un tanto a regañadientes, por Bernard Grasset, que la puso a la venta el 14 de noviembre de 1913, si bien con unas condiciones más que humillantes para su autor, al exigirle el pago total de la edición y un porcentaje de cada libro vendido.

Somerset Maugham tanto más adoraba a Gorki cuanto más lejos estuvieran de su alcance sus libros: «Gorki me dejó indiferente (...). Su talento me pareció mediocre». Por su parte, a H. G. Wells y a George Bernard Shaw les recomendó ocuparse más de las cosas del César que de las de Dios, porque con estas no sabían por dónde andaban. Les recriminaba tratar a destiempo el tema de Dios cuando ya carecían de la energía reflexiva de otros tiempos, conduciendo a que ambos se quedasen «sin resuello» en su abordaje. Tampoco Turguéniev salió bien parado en el juego de sillas de Somerset, quedándose sin ella por carecer de la suficiente agilidad literaria: «Sería difícil encontrar otro escritor que haya alcanzado tan alta reputación con tan frágiles cualidades (...). La curiosidad no nos empujará a mirar la última página del libro, y se llega a ella sin lamentarlo». En cuanto a Guy de Maupassant habría mandado sus historias de vuelta al limbo del que nacieron: «Son artificiales y no vale la pena pensar en ellas». En lo tocante a *La Celestina* le aplicó el filo de la navaja y la abrió en canal: «Difícilmente consigue hoy interesar (...). Calificarla de obra maestra es absurdo. La intriga es inexistente (...). Raras veces inspira siquiera una sonrisa (...). Es una desgracia que Calixto sea un imbécil y Melibea medio tonta (...). Es un libro que debe su celebridad más al accidente del tiempo que a su intrínseca excelencia».

George Orwell puso el manuscrito de *Rebelión en la granja* en las manos más equivocadas, que fueron las de T. S. Eliot, libro para él de una sola mano porque con la otra no hacía más que rascarse la coronilla. El caso es que no entendió nada del argumento, aduciendo que si los cerdos eran los que mandaban en la granja gracias a su superior inteligencia lo que la granja necesitaba no era más comunismo, sino más cerdos. Como Orwell solo tenía aclaraciones para adultos y no para niños abrió los brazos y Eliot aprovechó para incrustarle el manuscrito y desearle buena suerte. A pesar de la preponderancia que Orwell asignaba a los cerdos en la granja lo cierto es que, en la vida real, los odiaba, y más si ocupaban la granja donde asentaba la sociedad ganadera que había constituido con un joven llamado Bill Dunn y con su amigo Richard Rees. «No había tenido cerdos hasta ahora y no lamentaré que desaparezcan. Son animales molestos, muy destructivos y difíciles de vigilar por lo fuertes y astutos que son» (carta del 9 de octubre de 1948 desde la isla de Jura).

Como buen irlandés, Samuel Beckett adoraba el *whisky*, pero no el aguardiente, y menos el aguardiente literario, una de cuyas marcas restringidas —¡pero que muy restringida!— era Rainer Maria Rilke. Su poesía le rascaba el esófago cada vez que trataba de deglutirla, llegando a prohibir que le fuera leída en voz alta. De sus obras completas tan solo dejaba sin arrancar las hojas de la *Canción del alférez Christoph Rilke*, libro que había leído de joven, quizás por estar en prosa. Con Mallarmé le ocurría, sin embargo, al revés: indultaba su prosa, pero solo para que le guiara hasta su poesía, que encontraba maravillosa.

Alberto Moravia era un escritor con gustos literarios a contracorriente. A Flaubert le dejaba ahogarse corriente abajo, sin arrojarle un mísero flotador. Si no sabía nadar era su problema. Y ya no digamos si no sabía escribir: «No me parece un novelista muy bueno. *Madame Bovary* es una novela que se detiene y se atasca en todas las páginas». Situaba muy por encima a Balzac, si bien con uno de esos «peros» afilados que tanto gustaban al italiano: «Escribe algunas veces muy mal y se encuentra en sus páginas cierta cantidad de escorias, de desperdicios». De Thomas Mann afirmó que no valía mucho, salvo algunos cuentos, sin decir cuáles. En cuanto a *La montaña mágica* se la tomó como la ladera donde lo que más valía era la roca de Sísifo despeñándose: «Es una novela de conversación». A su compatriota Curzio Malaparte le gustaba verlo a modo de contrapicado cinematográfico, para percibir de él lo menos posible y lo más distorsionado: «Malaparte era un hombre poseído de sí mismo, pero no en el sentido vulgar; en sentido narcisista; tenía culto por su propia persona (...). No puedo ser amigo de un escritor que no es buen escritor. Libros

como *La piel* y *Kaputt* son malísimos».

James Joyce miraba la literatura alemana por encima del hombro, interesándole bastante más el paisaje que estaba detrás, fuera cual fuera, incluso un trozo de niebla londinense. Si la cabeza rectora de aquel farragoso tejido era Goethe no le extrañaba que a la literatura le doliese siempre aquella, sin otro analgésico que pudiera aliviarla más que cerrando a tiempo sus libros. Tenía al autor de *Fausto* por un *noioso funzionario*, algo así como un «aburrido funcionario» de las letras.

También Henry Miller tenía atravesado a Goethe, asegurando ser incapaz de admirarlo, por más que lo hubiera intentado, de manera que dejaba esa penitencia a los alemanes. Su *Fausto* lo encontraba «aburrido». Tampoco Edgar Allan Poe salía bien parado en su bestiario literario, calificando los relatos de sus *Narraciones extraordinarias* como «putrefactos, insustanciales, endebles». Aunque se propuso llegar a *Ligeia* con la esperanza de rectificar prefirió finalmente seguir siendo tonto a sabio, alarmado ante aquel «lenguaje tremendamente arcaico. Realmente infantil».

Cuando cayó en las manos de Thomas Mann la última novela de Hermann Hesse, *El juego de los abalorios*, le rechinaron desde los incisivos centrales hasta los terceros molares por si el éxito de esta obra interfería en los intereses comerciales de su *Doktor Faustus*, en proceso de elaboración. La dentadura regresó a su posición habitual cuando leyó el libro y lo juzgó flojo, carente de toda aportación novedosa en la analítica del ser humano y «a la larga bastante aburrida», según anotó con alivio en su diario; pero como la nobleza es hipócrita en los días pares y obligada en los impares, Mann tuvo el cuajo de escribirle para felicitarle por «la obra de su vida», por «una obra maestra y redonda que reposa sobre sí misma».A Mann le movía un resorte ligeramente retorcido y atrabiliario cuando demandaba inspiración, evitando volcarse en la buena literatura, ya que podía ocurrir que fueran otros quienes la hicieran, optando por revolcarse en la peor; así es como convirtió en un libro de culto *Witiko* (1867), de Adalbert Stifter, estimulado por su «pésima calidad». Por casa las cosas no iban mejor. Thomas deploraba las escenas de amor en las novelas de su hermano Heinrich. *Diario*: «Ese constante ardor tan poco convincente y ese continuo olor a carne acaban por cansar y repugnar». En realidad, Heinrich solo trataba de escupir en el papel el fuego de sus fantasías como una forma de alivio edulcorada. De hecho, cuando murió se encontraron escondidos en su escritorio unos cuantos dibujos de mujeres obesas desnudas que el difunto había bosquejado a lápiz, debilidad que su hermano Thomas le perdonó desde la fortaleza de las suyas, al reconocer en su diario que «es el

problema sexual que tenemos todos los hermanos», procediendo después a enumerarlos hasta que los dedos no le dieron. En realidad Thomas era un experto en dar al César lo que no era del César, quitándole a sus espaldas lo que no tenía más remedio que darle de frente, y es que cada libro que Heinrich terminaba era recibido por su hermano con halagos como este: «¿Ha pensado alguna vez que a mí pueda gustarme lo que él escribe? (...) Sus libros son malos, y lo son tan extraordinariamente que provocan un rechazo apasionado» (carta a la crítica Ida Boy-Ed). La marca de Caín...

Thomas no fue ni mucho menos el único en comparar a Heinrich con un saltimbanqui en el circo de la literatura. Robert Musil tiraba de metáfora en su *Diario*: «Heinrich Mann está hecho de hojalata». Por su parte, Hugo von Hofmannsthal se despachaba a gusto en una carta de 1926 al editor Willy Haas: «No tiene madera, ni talento, ni ingenio, ni decencia (...). ¿Por qué toleramos estas figuras decorativas? Un joven historiador me dijo que había leído por curiosidad la novela *Der Kopf* (*La cabeza*), de este mismo individuo; me dijo que era de una simpleza y una estupidez repugnantes». La consecuencia fue que Heinrich no vendió los suficientes libros como para comer cada día a la temperatura adecuada, sobre todo desde que se exilió a Estados Unidos, donde vivió sumido en la pobreza, sin ver traducida al inglés ninguna de sus obras —salvo *Henri Quatre*— y siendo tan solo conocido entre algunos emigrantes. Sabedor Thomas de tanta carencia, tiró de fraternidad y le dio toda la cobertura financiera que pudo, promoviendo la colaboración del embajador soviético en Estados Unidos para que Heinrich percibiera el rédito por la venta de sus libros en Rusia, una calderilla que en el bolsillo sonaba a misa de difuntos. En aquella época solo había una cosa que sonara a salvas en su vida: la música de Puccini. Un 10 de marzo de 1950 escuchó por la radio una de sus óperas antes de irse a la cama y ya no volvió a despertarse.

Por mucho que en 1943 Thomas Mann ya hubiera recibido el Nobel catorce años atrás y escrito buena parte de su obra corolaria, nada de ello parecía impresionar a Bertolt Brecht, quien se jactaba de no haber leído una sola de sus novelas, refiriéndose a él en aquella época como «ese escritor de relatos cortos». Al menos le permitía seguir respirando mientras enredaba con sus historietas breves, no como con W. H. Auden, a quien odiaba a muerte, literalmente, sentimiento en el que era amablemente correspondido por Auden, de manera que solo muriendo uno de los dos hubiera podido acabarse la rabia de ambos, como ocurre con los perros. A Brecht le disgustaba el desaliño personal de Auden, mientras que Auden consideraba a Brecht «un hombre muy desagradable», tanto que lo hacía «merecedor de la pena de muerte (...). De hecho, puedo imaginarme

aplicándola yo mismo». Supongo que Brecht rezaba en familia cada día para que Auden, que vivía en Nueva York, no lo localizara en su casita de Santa Mónica...

También James Joyce miraba a su hermano Stanislaus con la extrañeza de quien comparte la misma sangre poco menos que por un truco de magia de sus progenitores, en especial cuando Stanislaus lo sometía a sufridas lecturas de sus ocurrencias literarias, que James consideraba absolutamente prescindibles, llegando a calificar sus aforismos como «cálculos biliares». Lo cierto es que Stanislaus le sacaba de quicio, sobre todo visto de frente, confesándole a menudo —así lo contaba el propio ofendido en un libro de recuerdos sobre su hermano— que no le gustaría ser mujer y tener que encontrarse con su careto todas las mañanas al abrir los ojos. Pero Stanislaus soportaba con estoicismo un jarro de agua fría tras otro; los necesitaba para regar ese jardín del Edén donde él hacía el papel de serpiente y su hermano el de Creador, devolviendo cordialidad por la cardialidad —en forma de ataque— que recibía. En su diario de juventud tildaba ya a James de «genio» y estaba convencido de que algún día llegaría a convertirse «en el Rousseau irlandés», aunque también aventuraba el componente apocalíptico que en lo personal traía consigo, intuyendo que «muy pocos lo amarán, a pesar de sus virtudes y de su genio, y quien quiera que intercambie sentimientos con él corre el riesgo de llevar la peor parte».

De joven, Saint-Exupéry leyó a Luigi Pirandello y a Louis Lenormand, pero pronto los tiró por la borda por parecerles «un par de imbéciles», en consonancia con su «metafísica para porteras». Tomasi di Lampedusa no perdió el tiempo seleccionando los títulos de la literatura italiana merecedores del paredón, así que terminó mucho antes purgándola al completo para situarla a un nivel de tercera división, muy por debajo de la literatura francesa e inglesa, resultándole imposible, decía, encontrar en toda Italia un libro que estuviese bien escrito y que a un tiempo fuera divertido, algo que, en realidad, a todos y a cada uno de los italianos les estaba bien merecido, por no cultivar lo suficiente la lectura y «por no amar a los poetas». Que un italiano se gastara mil liras en un libro era para él un acontecimiento «extraordinario» cuya «ordinariez» venía después, cuando el italiano experimentaba un «arrepentimiento atroz por haberse gastado mil liras de esta manera cuando habría podido emplearlas mucho más agradablemente en casinos, pasteles o corbatas».

A Duras y Beauvoir les ponías a cada una un garrote en la mano y la única diferencia con *La riña* de Goya es que al minuto siguiente ya tenían otro en la otra mano, por si uno solo no era suficiente. Se odiaban. Era lo

que tenía haber estado enamoradas del mismo hombre y de la misma mujer: el primero se llamaba Jacques-Laurent Bost; la segunda, Literatura.

Amigos —si bien de puertas giratorias— como eran Camus y Sartre, al primero no le quedó otro remedio que armarse de valor y emprender la lectura de *El ser y la nada* lapicero en mano, sin tener muy claro si en los márgenes del libro iba a trazar anotaciones o dibujos de paisajes. Ante su sorpresa se vio inmerso en lo primero, al menos hasta la página 183, donde las notas descendieron de nivel, si bien experimentando una súbita crecida en la página 317, en la que subrayó: «Me veo porque se me ve», quizás para echar en cara a su autor la escasa novedad de lo que ya había descubierto Berkeley en 1710 con su fórmula *Esse est percipi*, recogida en su *Tratado sobre los principios del conocimiento humano*.

La inquina de T. S. Eliot hacia D. H. Lawrence era harina de otro costal. Ya aprovechó el prefacio al libro del padre Tiverton, *D. H. Lawrence and Human Existence*, para arremeter contra el biografiado y hacer del prólogo un auto de fe en lugar del acto de fe que pedía al lector el ingenuo sacerdote. Decía Eliot de Lawrence que «a menudo tenía que escribir mal con el fin de poder escribir bien algunas veces». En lo que respectaba a su actitud religiosa..., ¡ay!, para Eliot lo de Lawrence no era hostilidad, sino autoestima malparida: «Lawrence era un hombre ignorante en el sentido de que no se daba cuenta de lo mucho que no sabía». En el número de mayo de 1927 de la *Nouvelle Revue Française*, sostenía Eliot que las novelas de Lawrence estaban «muy mal escritas —las imprentas vomitan cada una de ellas antes de que hayamos tenido tiempo de terminar la precedente—». Y por si esto era entendido como una invitación a su lectura se apuró a cambiar el rótulo del cubo de la basura por otro más grande para diferenciarlo del cesto de la ropa limpia, aclarando que Lawrence nunca había sido capaz de «lo que corrientemente llamamos pensamiento», como tampoco de «hacer una sola obra de arte».

Obviar a un monstruo literario como Mark Twain ha venido siendo una sinrazón falta de escrúpulos literarios, un suicidio intelectual. Sin embargo, Faulkner abrazó la contracorriente crítica al sostener que «Twain era un escritorzuelo que en Europa no hubiera sido ni de cuarta categoría», calificación que dulcificaría tras leer *Huckleberry Finn*.

John Dos Passos se pasó varias semanas en un hospital de Baltimore para tratar unas fiebres reumáticas, siendo durante aquel encierro donde, sin que sirviera de precedente, se dejó embestir por *En busca del tiempo perdido*. «Proust es la lectura adecuada para cuando se está enfermo —decía en *Años inolvidables*—. Nunca había tenido paciencia suficiente mientras disfrutaba de buena salud». A Graham Greene leer a Kafka le

ponía enfermo. Decía sentir «un dolor entre los ojos, un poco como cuando se come un helado». En cuanto a Dostoievski, confesó no haber sido capaz de terminar *El idiota* ni *Los demonios*.

De Rómulo Gallegos, a García Márquez le tiraban un par de líneas por cada dos mil o tres mil páginas. Era un poco como lo que nos ocurría con las guías telefónicas cuando existían. Interrogado Gabo en la televisión sobre si, a su juicio, Gallegos era un buen escritor, el entrevistado no dudó un momento: dejó los signos de interrogación a un lado y los sustituyó por un par de palos de los que cruzan los gallineros para aseverar que en *Canaima* había una descripción de un gallo que estaba francamente bien. Se trataba de meterla doblada para que cupieran todas las preguntas que puedan seguir.

TRUMAN CAPOTE: LA LENGUA QUE NO CESA

Truman Capote se habría pasado la vida entera a base de sopitas y puré con tal de mantener intacto un último diente. Para hincarlo. Si no hay mayor felicidad para un estreñido que hacer de vientre, para alguien a reventar de odios es hacer pupa. En septiembre de 1950 se publicaba en un ejemplar del *The New Yorker* un artículo de Lilian Ross titulado *Portrait of Hemingway*. La tal Lilian había acompañado al escritor y a su esposa Mary durante dos días por la ciudad de Nueva York, quedándose con lo más chusco del personaje para subrayar lo mucho que bebía y las muchas chorradas que soltaba. Truman Capote leyó el ejemplar cómodamente instalado en un hotel de Venecia. Sentencia de escritor a escritor: «Por Dios, es idiota del todo».

La plantilla de rivales a batir no era precisamente corta... La opinión que Capote tenía acerca de Jack Kerouac era innegociable, y así se lo hizo saber a Norman Mailer en un programa de televisión, echando por tierra las alabanzas que Mailer soltaba como globos repletos de helio: «Eso no es literatura, es mecanografía», sentenció en directo. En realidad, para él la cifra de mecanógrafos se situaba en un 99 por ciento de los escritores, ya estuvieran vivos o muertos. Solo unos pocos se salvaban, como García Márquez, de quien reconocía que tenía «mucho talento», en la línea de su amigo Yukio Mishima, al que tenía por un «escritor excelente», para seguir con su buen amigo Graham Greene, del que celebraba, por encima de todas, su novela *Brighton Rock* (*Brighton, parque de atracciones*), «un libro fabuloso, una novela increíblemente hermosa, perfecta. Los cuatro últimos párrafos son los mejores de cualquier novela moderna que pueda recordar». A Isak Dinesen la trataba a cuerpo de reina, lo que no era difícil,

dados los escasos kilos que había que manejar. Consideraba un grave error que no se le hubiera otorgado el Nobel, siquiera por su *Out of Africa*, un libro «escrito a la perfección. En ese libro no hay una página que no se estremezca de vida».

Bien, hasta ahí el pupitre de Truman estaba relativamente limpio, con alguna viruta esporádica nada preocupante, pero cuando tocaba sacar de la mochila los deberes de verdad el pupitre se convertía en un desolladero. Por lo pronto, no las tenía todas consigo en cuanto a temática marinera. Cuando leyó *El viejo y el mar* dijo haberle desagradado intensamente. Después se aventuró con *Moby Dick* y, esperando capítulo tras capítulo a que apareciera la ballena sin lograrlo, rescindió todo contrato con Melville, declarando haberle aburrido mortalmente.

De William Faulkner, Capote aborrecía su estilo literario, que calificaba de «fraude». En una carta de 16 de diciembre de 1950 dirigida al escritor William Goyen se declaraba «complacido» en una parte por el Nobel que se le había concedido y ultrajado en la otra parte... «¿Has leído que al llegar a Suecia dijo que su profesión era la de granjero? No estoy muy seguro de que andará en lo cierto». En fin, lo consideraba un escritor «confuso y sin control», por muy amigo que hubiera sido suyo, ello —precisaba— «en la medida en que se podía ser su amigo si uno no era una ninfa de catorce años». De sus libros solo rescataba *Light in August* (*Luz de agosto*); lo demás no valía gran cosa, decía. Pero si con Faulkner se tapaba la nariz, con James Jones se embozaba por completo. Carta a Andrew Lyndon un 9 de marzo de 1951: «De *Scribner's* me enviaron esa mierda de *From Here to Eternity* (*De aquí a la eternidad*), y con lo mierda que es me extraña que el hombre que la escribió tenga esa extraordinaria pinta de estreñido». En lo que a Ernest Hemingway tocaba lo tenía por una «persona despreciable», y como al César había que darle lo que era del César, incluyendo sus habitáculos imprescindibles, también lo llamaba «la reina del retrete».

Por suerte para Capote, no vivió lo suficiente para ver cómo en el año 2016 Estocolmo galardonaba a Bob Dylan con el Nobel de Literatura por escribir canciones, así que solo pudo alzar el cartelito con el cero como jurado de un concurso de canción ligera: «[Dylan] es un músico (?) refinado y falsario que se las da de revolucionario ingenuo (?) cuando no es más que un cantante *country* sentimentaloide» (*Los perros ladran*). De Virginia Woolf solo le gustaban «esos extraños ritmos como remolinos», nada más, a pesar de haberse leído todas sus novelas. Descartaba por completo, por fraudulento, el dúo que formaban Sartre y —«Dios nos asista»— Simone de Beauvoir. En un capítulo de su novela inconclusa,

Answered Prayers (*Plegarias atendidas*), describía así a la pareja según podía vérsela en el café parisino Pont Royal: «Solían quedarse en un rincón durante horas como un par de muñecos abandonados por el ventrílocuo». A Borges lo tenía como muy buen escritor, aunque «de segunda categoría», lo mismo que opinaba de Camus, a pesar de ser este su editor en Francia a través de la editorial Gallimard y de tenerle «mucho afecto y no poder gustarle más», lo que no obstaba a considerar «ridícula» su concesión del Nobel: «¿Por qué se lo dieron? ¿*El extranjero*? ¿Un par de libros de ensayo?». Preguntado por su otrora amigo y ya después y para siempre enemigo declarado, Gore Vidal, aseguraba que jamás había escrito una novela legible, salvo *Myra Breckinridge*, «que se puede hojear», juzgando «increíblemente malas» el resto de ellas. Por su parte, Gore intervino con gusto en el fuego cruzado cuando en una entrevista de 1969 para la revista *Playboy* denunció a Capote como un plagiador nato: «Plagiaba de manera implacable. Luego se dedicó al reportaje, el reino natural de los que carecen de imaginación creadora».

Pero sigamos con Truman. En cuanto al Nobel otorgado a William Golding lo tenía por «uno de los chistes del siglo», en la línea de «los auténticos bodrios» que habían recibido el Nobel en los últimos años, denunciando *El señor de las moscas* como «uno de los grandes plagios de nuestro tiempo», cuyo referente prácticamente literal era *High Wind in Jamaica* (*Huracán en Jamaica*), novela de Richard Hughes publicada en 1929. Tras *El señor de las moscas* Golding escribiría otras siete novelas que Capote intentó leer sin lograrlo: «No pude terminarlas. Me dejó completamente atónito lo aburrido que era». En fin, si de lo que se trataba era de conceder el Nobel a un inglés, Truman opinaba que Estocolmo había tenido mucho más cerca a Graham Greene. En cuanto al Nobel concedido a Pearl S. Buck, tuvo cuidado de desplazar la responsabilidad por inimputabilidad de la autora al jurado, recomendándole llevarse a cabo «una revisión en una institución mental». Llegado el turno a la prolífica escritora neoyorkina Joyce Carol Oates, no le tembló el pulso al proponer que fuera «decapitada en un auditorio público (...). Verla es odiarla. Leerla es vomitar». En fin, tampoco le faltó momento para condenar de perfil a los más ilustres franceses del siglo XIX, entre ellos Flaubert: «Lo de Flaubert es curioso —manifestaba en sus *Conversaciones íntimas* con Lawrence Grobel—, porque escribía cosas preciosas, increíbles, y luego hacía algo horroroso como *Petrochette* o *Popachette* o como se llamase su último libro [se refería a su novela inconclusa *Bouvard y Pécuchet*]. Qué lástima». Ahí Capote daba en el clavo con el martillo que aún sostenía firmemente Flaubert en su mano bajo tierra. Véase la carta de este a Turguéniev de 3 de

julio de 1875: «*Bouvard y Pécuchet* se han quedado empantanados. Me he metido en una empresa absurda. Ahora me doy cuenta, y tengo miedo de no poder continuar. ¿Y si me hubiera quedado vacío?».

Pero sigamos con la estopa... De Gertrude Stein le divertía su costumbre de repetir una misma frase varias veces: «Es una forma de llenar la página si uno lo espacia bien», argumentaba con retranca. Preguntado si había leído *Ser norteamericanos* contestó: «Sí. No lleva a ninguna parte». Recabada su opinión acerca de John Updike, cuyo nombre sonaba por entonces para el Nobel, Capote se mostró muy gráfico: «Lo odio. Me aburre todo lo que tenga que ver con él. Es como una porción de mercurio: póngase una gota en la mano y trate de aferrarla. Se deslizará a un lado y a otro y no podrá cogerla». Por si Updike no leía periódicos, la opinión se la lanzó como un esputo a la cara compartiendo con él mesa en el jurado del Instituto Nacional de Artes y Letras: «(le dije) ¿Sabes, John, que personalmente no soporto tus libros? No se rio en absoluto». En cuanto a William Burroughs discrepaba abiertamente con Norman Mailer cuando este lo tildaba de genio, atributo que a Capote le parecía de una «ridiculez absoluta», no viendo en el autor de *El almuerzo desnudo* «el más mínimo talento». A W. H. Auden lo calificada de «dictador hijoputa, un tirano», y en cuanto a André Gide, al que llegó a conocer bastante bien —para desgracia del francés— tras haber compartido vecindad en Sicilia durante dos años, aseguraba no ser más que «una maricona francesa de cara rufianesca», añadiendo que «solía venir a visitarme y a sentarse en mi balcón. Yo tenía una terraza preciosa que daba al mar. Allí se sentaba durante toda la tarde y, en realidad, no sabía dónde estaba porque se pasaba un rato chocheando y luego se volvía muy lúcido. Decía cosas muy inteligentes y luego volvía a su especie de chocheo». Apoyaba su calificativo de «viejo impúdico» en su afición a buscar muchachitos de quince años por las callejas de Taormina para citarles en su cuarto a la hora de la siesta. «Todos los chicos lo llamaban “la amenaza de las cinco”». También recordaba los remordimientos que arrastraba Gide por haber rechazado el manuscrito de *En busca del tiempo perdido* cuando trabajaba en la editorial Gallimard, obligando a Proust a publicar el libro por su cuenta «porque no se lo editaba nadie. Y lo pagó de su bolsillo».

14

PARITORIOS SIN PERSONAL: LA ESTERILIDAD CREADORA

ENTRADAS SIN SALIDA Y SALIDAS SIN ENTRADA

Lo de Mark Twain era llegar a la mitad de sus libros y comprobar que las ideas se agostaban, evidencia esta que sobrellevó a lo largo de su vida con resignación. Ya hizo gala de un chapapote mental en su primera gran obra, donde las palabras parecían asomar como peces boqueando en ese magma espeso. Me refiero a *Tom Sawyer*, en la que el combustible se le agotó a mitad del recorrido. Era marca de la casa. La gravedad estaba hecha para las manzanas de Newton, no para los tomates literarios. Tras una desenfrenada escritura que le funcionó durante varias semanas, en las que llegó a producir cincuenta páginas por día, la válvula se cerró y le ocurrió lo que Leopardi lamentaba, que cuando no se está inspirado intentar extraer una idea de la cabeza es como sacar agua de un leño seco... «En la página 400 de mi manuscrito la historia realizó una brusca y repentina parada y se negó a dar un paso más (...). La razón era muy sencilla: se me había secado el tanque; estaba vacío». Dos años después Twain sacaba el manuscrito del cajón y el tanque ya estaba a rebosar. La ley que rige el proceso de descongelación es inefable. Lo mismo le ocurrió con *The Prince and the Pauper* (*El príncipe y el mendigo*), con *A Connecticut Yankee in King Arthur's Court* (*Un yanqui en la corte del rey Arturo*), y con *Which was it?*, solo que con esta confesaba haber dejado pasar cuatro años y no tener intención de proseguirla: «La pluma me resulta fastidiosa. Nací perezoso, y el hecho de dictar ha acabado maleducándome. Estoy seguro de que nunca más volveré a tocar una pluma», se sentenciaba a sí mismo en su *Autobiografía*. En definitiva, la euforia creativa de Twain se iba por el sumidero si el libro que tenía entre manos no replicaba al que tenía en la cabeza: «Con *Juana de Arco* realicé seis salidas en falso, y cada vez que le presentaba el resultado a mi esposa ella respondía con la misma y devastadora crítica: el silencio (...). En el transcurso de doce años hice seis intentos de narrar una pequeña y sencilla historia».

Cuando Tolstoi ideó *Ana Karenina* era como si tan solo tuviera

presente en su cabeza la uña del dedo gordo del pie y hubiera de configurar la mujer por entero antes de escribir la primera línea, como hizo Pigmalión con Galatea. A pesar de ya venir entrenado desde hacía cuatro años con *Guerra y paz*, estuvo alrededor de tres años intentando poner en marcha la historia; de hecho, el primer capítulo lo escribió veintisiete veces, a pesar de lo cual León seguía insatisfecho. Alarmada ante aquel entramado de tuberías con cientos de codos, Sofía, su esposa, escribía en su diario un 31 de enero de 1873: «Aún está leyendo documentos (...). Ha escrito unos diez primeros capítulos diferentes». Sin embargo, el 19 de marzo anotaba esto: «Anoche L. me dijo de repente: "He escrito una página y media y me parece bien"». Ahora sí, *Ana Karenina* estaba en marcha.

Ni siquiera Chéjov se libró de esos fantasmas... Carta a su por entonces prometida Olga Knipper el 20 de septiembre de 1903 (43), con casi toda su obra inmortal ya escrita: «Parece como si mi tono hubiera pasado de moda... Creo que como escritor he caducado; tengo la sensación de que ninguna de mis frases vale, de que no sirve para nada». Quizás parte del secreto de la majestad literaria radique en la fórmula de «autocomplacencia cero» y solo unos pocos privilegiados sepan recitarla en el idioma adecuado, Chéjov entre ellos. Lo cierto es que el reseteo estilístico le llevó a escribir poco después *El jardín de los cerezos*, con un estreno triunfal el 17 de enero de 1904. Ya no hubo tiempo para más. Moría seis meses después con todo el activo creador al completo en su inventario.

Por mucho que Joseph Conrad hubiera puesto *Salvamento* como título a una de sus novelas, terminó dejándola a la deriva en esa charca ponzoñosa que por entonces era su inspiración. Esto ocurría en el año 1899 (42), no retomándola hasta 1918, y por puro sentimentalismo. Por aquel entonces tenía la inspiración troceada lo justo como para hacerla pasar de contrabando e interrumpía una y otra vez la novela de marras para escribir relatos cortos a modo de sanguijuelas para sacarse toda la mala sangre. La inspiración tiene estas cosas: te da los instrumentos, pero no las instrucciones, de manera que avanzas a pico y pala, pero cogiéndolas al revés. En la primavera de 1898 Conrad tildaba la vida de estupidez y renombraba la novela de una forma mucho más acorde con sus avatares interiores: «Ruina de la Humanidad». Hasta de su editor hizo un paño de lágrimas, confesándole que en un día laborable de ocho horas escribía tres frases que terminaba borrando al final de la jornada como último acto de aseo, y esto en una época en la que estaba recién concluida *El corazón de las tinieblas* y avanzaba a fuego lento con *Lord Jim*, sus dos obras triunfales. En una carta de 3 de agosto de 1898 ya no pedía dinero al editor,

sino un estadillo de rentabilidad existencial: «Estoy por suicidarme». En cuanto al año 1899 lo soportó gracias a los telegramas que escribía a su amigo Stephen Crane, en los que prometía ir a visitarlo en cuanto terminase una «basura» que estaba escribiendo.

Su *Ulises* no fue un camino de rosas, sino un tracto digestivo interminable. En una carta enviada a su editora, Sylvia Beach, calculaba que había invertido unas veinte mil horas en escribir el libro. De ese esfuerzo dejó Joyce (38) testimonio a Ezra Pound en una carta de 5 de junio de 1920, coincidiendo con el tramo final de la novela: «Tengo poca o ninguna inspiración e imaginación, y trabajo muy afanosamente, agotándome con pequeñeces». Al escritor suizo Jacques Mercanton se le quejaba del escaso talento que tenía: «Me cuesta mucho escribir y lo hago muy lentamente. La suerte me proporciona lo que necesito. Soy como un hombre que tropieza: mi pie da una patada a algo, miro al suelo y ahí está exactamente lo que necesito». Como bien puede uno imaginarse, los amigos de Joyce no hacían más que convertir aquellos paños de lágrimas en tupidos velos y correrlos.

Scott Fitzgerald se desfondó hacia 1935 (39). Se le había llevado todo el aliento *Suave es la noche*, publicada por entregas el año anterior, en cuya redacción había invertido varios años. Ni siquiera la fórmula de último recurso económico como era escribir cuentos a destajo para ganar dinero a destajo le dio resultado alguno, siendo rechazados por revistas y editoriales los pocos que produjo en aquella época. Así es como escribía por entonces a su editor Maxwell Perkins: «Quisiera tener acumuladas montañas de manuscritos, como Wolfe y Hemingway, pero me temo que este ganso está empezando a ser desplumado a fondo». No era ni mucho menos la primera vez que las musas hacían oídos sordos a su implorante llamada. Tras la conclusión de su primera y exitosa novela, *This Side of Paradise*, la inspiración de Scott se desplomó, hallándose incapaz de generar nuevas ideas para una próxima aventura literaria, la que sería *El gran Gatsby*, publicada en abril de 1925. En las navidades de 1919 confesaba al editor de *Scribner's*: «Estoy en el más espantoso derrumbe literario; estoy escribiendo un guion de cine a ver si puedo descansar la mente lo suficiente como para empezar una nueva novela y también para tener con qué vivir hasta que la termine». Sin duda, la experiencia es un grado, aunque no sé si de alcohol o de temperatura. A Fitzgerald le importó un bledo esta conjetura y abrazó todos los grados a la vez sin importarle si había de morir de calor o de ebriedad; hasta terminó viendo con buenos ojos el *affaire* que Zelda había mantenido en septiembre de 1924 con el teniente del Ejército Edouard Jozan, un rescoldo no apagado que le serviría como estímulo para

escribir el cuento *Image of The Heart* en el otoño de aquel nefasto 1935, convencido de que la clave estaba en esperar, en saber esperar más bien. Así lo explicó Scott, tomando de Schopenhauer y de San Agustín lo mejor que podía llegar a entender de ambos: «La voluntad tiene que descansar en lo que se acostumbraba a llamar la matriz del tiempo».

Hermann Hesse pasó los abalorios de su novela con tanta lentitud como una anciana centenaria las cuentas de su rosario, hasta que el escritor terminó durmiéndose sobre ellos. Aun cuando sus obras inmortales ya jalonaban los escaparates de todas las librerías, hubo de reconocer que le estaba costando Dios y Ayuda abordar el inicio de su nueva novela, *Das Glasperlenspiel* (*El juego de los abalorios*). En enero de 1933 (55) escribía a su amigo Hermann Hubacher: «Hace un año y medio que tengo el plan para una novela y todavía no he logrado escribir una sola línea, porque me hago viejo, porque me va demasiado bien y porque estoy demasiado acomodado». Esta terna agridulce quedó rota al incorporar dos tumores malignos: uno, la vía de agua que por entonces hacía su tercer matrimonio, celebrado apenas un año atrás, y otro, las lúgubres noticias que a su paraíso de Montagnola le llegaban desde Alemania con el despertar de la bestia nacionalsocialista. Ya que tenía los abalorios tan anquilosados, a Hesse le sobraba todo el tiempo del mundo para poder exprimirlo y segregar buenos momentos, como los que le proporcionaba el matrimonio Mann en sus visitas, en especial para jugar en la pista de petanca que Hesse tenía junto a su casa. Al anfitrión se le daba muy bien aquel juego, pero de Thomas no se podía decir lo mismo; según Ninon Hesse, lanzaba las bolas «con más fortuna que habilidad».

En agosto de 1957, además de hacer mucho calor, las cosas se habían puesto muy cuesta arriba para la creatividad de Albert Camus (43), a pesar de haber dado al mundo todos los libros que le pondrían rumbo a Estocolmo ese mismo año: «Me encuentro (...) incapaz de cualquier trabajo que no sea mecánico (...). No sé escribir, o ya no sé escribir. Un bárbaro, en resumidas cuentas. (...) Ni una línea buena, escasas líneas, como las gramíneas del desierto (...). Por primera vez en mi vida tengo ganas de renunciar a ser escritor (...). Si esto tuviera que durar hasta la muerte sería el infierno, estoy seguro».

Francesa como él por el mismo año y por los mismos años, Marguerite Duras también aspiró en algún momento a dedicarse a sus labores siempre que estas no dependieran de golpear —no siempre con los dedos— una máquina de escribir. La mujer vivió con tal pasión la revolución parisina de mayo del 68 que el resto del año fue pan comido por una pereza más hambrienta que nunca. Así es como el 13 de septiembre escribía a su amigo

Henri Chatelain: «Vivo entre París y el campo, sin orden (...). Salvo textos políticos, no escribo nada o casi nada desde hace un año. No me hable de mis libros, sueño con un tiempo en que escribir sea sustituido». De hecho, una de sus aspiraciones, entre ilusión y fantasía, era abrir a las afueras de París un restaurante dedicado a bodas y banquetes, con ella habitando entre los fogones, por supuesto.

The Old Man and the Sea (*El viejo y el mar*) es una novelita aparentemente fácil, pero su autor la escribió con el dolor de un faquir, sintiendo un clavo con cada revisión que hizo. Uno de sus biógrafos, Kurt Singer, visitó a Hemingway en el bar La Floridita de La Habana; se lo encontró en su postura favorita, que no era sentado, sino con la botella de ron pegada a la boca y bebiendo a morro. *El viejo y el mar* estaba recién publicada y el dinero del Nobel aún revoloteaba por el limbo, sin dejarse fecundar. La pregunta del visitante optó por el bocajarro: «¿Cómo lo escribió?». Respuesta: «Con dificultad, con mucha dificultad. La releí unas doscientas veces y cada vez significaba algo nuevo para mí».Acto seguido los dos hombres se pasaron al plano contable y ahí ya nada nuevo hubo bajo el sol para el escritor. Se quejaba de su falta de dinero y de los muchos gastos que tenía, clamando por escribir algo similar al puñetero pescador para seguir haciendo recaudación más que tribus de lectores, pero las ideas no llegaban. Demasiada contaminación acústica. «Poseo una hacienda, el Pilar, criados, gatos, perros, vacas y mil cosas que ahora no puedo recordar y que me están arruinando». Por suerte para Hem, poco después Estocolmo dejaría de ser una ciudad para ser un síndrome.

Emborrachado William Faulkner con el Nobel en 1949 se pasó varios años buscando un remedio que le despejara la cabeza y le permitiera regresar a la sobriedad del punto de partida. Carta a su agente Harold Ober de 20 de agosto de 1952 (54): «Al parecer he perdido las ganas de trabajar. No puedo encontrar nada por lo que valga la pena trabajar, escribir». El sumidero seguía igual de atascado cuando el 31 de diciembre despedía el año con una carta a su alumna Joan Williams: «Parece que ha sucedido lo que me temía. Estoy en blanco. Me refiero a escribir. Todo empezó hace tres días, lo que pongo sobre el papel no está bien y no consigo expresar lo que sé que es correcto». Sin embargo, se hace la luz solo dos días después, con el año 1953 recién estrenado. Nueva carta a su alumna: «Estaba equivocado. El trabajo, la obra, funciona de nuevo (...). Es agradable saber que todavía puedo lograrlo; puedo escribir lo que quiera, cuando quiera, mediante la voluntad, la concentración». Años después, Faulkner preferiría darse madrugones mucho más para salir a cazar que para ponerse a escribir. Tan solo era una cuestión de distribuir reflejos y adaptarlos a unos horarios.

Las cacerías de zorros ya eran tema frecuente en sus cartas del año 1959, como la de 7 de octubre: «Estoy intentando arreglar mis asuntos por si me rompo el cuello cazando zorros (además, ahora tengo 62 años)». O la de 6 de noviembre: «Voy de caza cuatro o cinco veces a la semana. Estaré aquí hasta el 2 de enero. Luego iré a Miss a cazar codornices hasta el 15 de febrero. Después regresaré aquí para cazar zorros hasta el 1 de abril». En otra carta ya de 3 de noviembre de 1961 revelaba: «Ahora no trabajo absolutamente en nada, me ocupo de los caballos y de la caza de zorros. No quiero trabajar hasta que me sienta emocionado por algo».

Para Arthur Koestler hacer literatura era una verdadera liberación. De bilis, quiero decir. Llevar adelante un libro era para él el más penoso de los avances, y saltar de una página a otra lo más parecido a la metástasis brincando procaz de un órgano a otro. Así se dolía en su *Autobiografía*: «Escribo como quien tartamudea al hablar. Sudo, por así decirlo, cada una de las palabras que surgen lenta y penosamente; tacho y vuelvo a escribir; las hojas escritas a máquina que entrego a la imprenta constituyen habitualmente la tercera o la cuarta versión, y después, en las galeradas, vuelvo a corregir y modificar».

A sus 60 años André Breton ya no distinguía en su toalla las lágrimas del sudor. Se sentía acabado, tenía los rudimentos de la inspiración cambiados de hemisferio y, así las cosas, se confesaba incapaz de terminar su obra *L'Art magique*. Estas dos palabras actuaban como pinzas léxicas soltando sobre él una presión insoportable: «Han jugado conmigo como un gato con un ratón —contaba a su amigo el escritor Jean Paulhan—. Y esto lleva así dos años, sin que pueda hacer nada más, mientras estoy inmóvil, cada vez más, entre sus garras». Y, además, por complicar más las cosas, allí estaba aquella odiosa muñeca vudú, mirándolo fijamente desde un anaquel de su estudio y paralizándolo de puro horror mientras le prometía que jamás se desprendería de ella, como tampoco lo haría con sus otros amuletos, por todo el poder que ejercían sobre su vida cotidiana, decía. La apropiación de la palabra «magia» en el título del libro puso a trinar a su amigo el antropólogo Claude Lévi-Strauss, hasta el punto de que, una vez editado aquel, se dijeron adiós para siempre con la mano.

EL BRAZO PARTIDO DE LA ENFERMEDAD

Quien más quien menos, todos terminamos por descubrir que las desgracias nunca vienen solas. Al final solo rezamos por que no lo hagan en tropel, sino de forma ordenada y en riguroso orden cronológico. Así le fueron llegando a John Milton. Su ceguera no fue ni mucho menos la peor de todas

ellas; de hecho, la hubiera querido un poco antes para no ver cómo su esposa moría tres días después de dar a luz una niña, ni cómo su hijo de dos años la seguía poco después, ni cómo iba detrás su segunda esposa solo quince meses después de subirla al altar, llevándose con ella al niño que acababa de dar a luz, ni cómo con la entrada en Londres del nuevo rey, Carlos II Estuardo, era prendido a las bravas y encarcelado, ni cómo en el año 1666 se incendiaba su casa paterna de Bread Street, la única propiedad que el poeta conservaba de cierta importancia. Después de perder tantas cosas, perder la vista a los 43 años casi se lo tomó como un tropiezo anatómico. El negror no le llegó de repente; primero comenzó a fallarle el ojo izquierdo para seguir con el derecho a lo largo de tres años hasta quedar todo el hombre sumido en la oscuridad. No parece que le hubiera importado demasiado; dados los precedentes descritos uno entiende que hiciera apología de la resignación: «Estar ciego no es penoso; el no poderlo soportar sí es penoso... Mas, ¿por qué no voy a ser capaz de soportar algo que puede acaecerle a cualquier mortal, algo que les ha sucedido efectivamente a algunos de los mejores y más grandes hombres que se recuerdan? Hace cerca de diez años, más o menos, que comencé a darme cuenta de que mi vista se debilitaba y apagaba (...)».

La enfermedad de Flaubert mientras escribía a trancas y barrancas *Bouvard y Pécuchet* podría llamarse melancolía compulsiva, y cuando no se la restregaba a George Sand lo hacía con Ivan Turguéniev si es que no andaba bajo las faldas de la madre Rusia o detrás de las faldas de la Viardot, Dios sabe por qué teatros del mundo. S.O.S. del francés al ruso por carta de 3 de julio de 1875 (53): «Tendría que dormir durante un año seguido. La vida me abruma. Eso es lo que pasa». Carta de 30 de julio: «Lo mejor que me podría pasar sería reventar». Carta de 10 de agosto: «Queda por saber cuánto tiempo voy a tardar en reventar». No iban mejor las cosas el 12 de septiembre: «Mi vida es tan atroz que estoy físicamente aniquilado».

Buena parte de la culpa la tenía su *Bouvard y Pécuchet*, penosamente atragantada en esa oportunista extensión del esófago que es el cerebro. La terapia pasaba por poner distancia con la antropofagia de sus dos aborrecibles personajes, quienes, literalmente, se lo estaban comiendo vivo, así que optó por pasearse por los extrarradios literarios. Carta a Turguéniev el 3 de octubre ese año: «Voy a intentar escribir un cuentecillo. Será muy corto, como máximo una treintena de páginas. No es que me vaya a romper la cabeza con eso, pero así me ocupo en algo y veo si todavía puedo escribir una frase, lo que dudo». No sirvió de nada, y las sucesivas cartas a su amigo así lo acreditan. 10 de julio de 1878: «Sigo trabajando

encarnizadamente en mi abominable libro (...). Hay ciertos días en que me siento aplastado por ese fardo. Parece como si no me quedara ya médula en los huesos, pero continúo como un viejo caballo de postas, rendido, pero animoso. ¡En qué empresa me he metido, querido amigo!». Siete días después: «Ayer acabé mi capítulo V, el de la literatura. Estoy bien, pero un poco deslomado. Este libro es duro». 10 de noviembre: «Hay momentos en que ya no puedo más y todavía tengo trabajo para dos años. ¡Qué libro! Hay que estar loco para haberse metido en esto». 8 de mayo de 1879: «En cuanto a mi libraco, me abruma. El resultado, sea cual sea, no compensará mi esfuerzo». 9 de agosto: «En suma, dentro de un año todavía seguiré uncido al libro. Hay que tener el genio del ascetismo para autoinfligirse semejantes tareas. Hay algunos días en que tengo la sensación de que me están sangrando por los cuatro costados y de que voy a cascar de un momento a otro». 8 de diciembre: «B. y P. me agotan. Francamente no puedo más». 7 de abril de 1880: «Yo puedo decir: o llego al final de mi libro o el final será el mío. La verdad es que estoy realmente zurrado, rendido. Esto se está convirtiendo en un verdadero castigo». Ocho días después: «B. y P. me tienen harto y ya es hora de que esto acabe. Si no, el que acabaré seré yo mismo».

No hay mejor forma de escurrir un paño de lágrimas que anudándolo a otro, para así hacer más fuerza, así que, por colaborar, de vez en cuando Turguéniev tendía el suyo a Flaubert. Carta del ruso el 5 de octubre de 1877: «No leo nada, no hago nada». Y al día siguiente a su amigo el pintor Yakov Polonsky: «Incluso me resulta extraño pensar que antaño yo haya sido un literato».

A Oscar Wilde una sentencia judicial lo devoró con la misma rotundidad que usa la mantis hembra para devorar al macho. Empezó por su creatividad a modo de entrante y concluyó por sus ganas de vivir a modo de saliente. Tras su excarcelación en mayo de 1897 (42) y hasta su muerte tres años y medio después, Wilde ya no fue capaz de escribir nada más que el final de su *Balada de la cárcel de Reading*. En una de sus cartas descolgaba esta desamparada autodiagnosis: «La gran energía creativa que había en mí me la han sacado a patadas (...). No creo que alguna vez pueda volver a escribir. Algo han matado en mí». Que esto no era un brote de taciturnidad pasajera lo prueba el testimonio que un actor trasladó a su compatriota Samuel Butler Yeats, llevándolo este a su *Autobiografías*: «[Wilde] está hundido en una profunda melancolía. Dice que se esfuerza por pasar la vida durmiendo lo más posible, que no se levanta hasta las dos o las tres de la tarde y que pasa el resto del día en el Café Royal».

A sus 73 años, con calambres en ambas manos, parcialmente ciego por

unas cataratas y con el reuma calando sus huesos, Julio Verne concluía *La caza del meteoro*, novela que sería publicada en 1908, tres años después de su muerte. Esto es lo que escribía en una carta el que en su día fuera poco menos que escudero de Aquiles: «La letra, muy deformada, se sale con frecuencia de las rayas del papel». Sabía cercano el final, y seguro como estaba de que a la tarde le examinarían del amor se levantaba bien temprano para que el siniestro tutor no lo cogiera con los deberes a medio hacer, comenzando la jornada a las cinco de la madrugada y llevándola de la oreja hasta las once de la mañana. Ya casi ciego escribiría *El pueblo aéreo*, y tras ella *Las historias de Jean-Marie Cabidoulin*. Un reportero de *Le Matin* que lo visitó en su casa de Amiens descubrió que, en realidad, dictaba sus novelas a su esposa Honorine, que ya había cumplido 70 años, afanándola su marido por entonces con *Los hermanos Kip*. En aquellos días se editaba su novela número 87 y ya Verne tenía preparadas otras trece.

Isak Dinesen padecía ataxia locomotriz y sífilis en la espina dorsal, lo que le produjo dificultades para caminar durante toda su vida, además de cuadros de vómitos y úlceras sangrantes. Las intervenciones que se le hicieron en 1946 y 1955 reseccionando parte de su médula espinal para erradicar los dolores no sirvieron de mucho. Se intentó con ella el «tratamiento por fiebre», en el que se encerraba al paciente en una cámara de vapor y se subía la temperatura corporal a cuarenta grados, pero en su caso hubo de suspenderse debido a un cuadro de claustrofobia. Su lema era por entonces *Navigare necesse est, vivere non necesse*. Era más importante estar en marcha que vivir. Rilke lo dijo al margen de latinismos: *Überstehen ist Alles*. Sobreponerse lo es todo. Por cierto, las anfetaminas fueron de gran ayuda a la baronesa, ya que los dolores la hacían «aullar como un animal», aseguraba, llegando a considerar la cesación del dolor como una de las tres grandes alegrías de la vida.

15

DEJAD QUE LOS BICHOS SE ACERQUEN A MÍ

LADRIDO, GEMIDO, GEMIDO, LADRIDO: OTRO CÓDIGO MORSE

Tanto Agatha Christie como su hija Rosalind adoraban los perros. Cuando Rosalind comunicó a mamá que se casaba en Londres dos días después —era su segundo matrimonio, tras enviudar del primero— se disculpó por no quedarse a comer con ella ese día, ya que, tras el enlace, ella y su marido debían volver rápidamente a su casa en Pwllywrach para dar de comer a los perros. Mamá Agatha se partió de risa con la carta.

De la misma forma se partió Chéjov cuando, tras esperar todo un año a que le entregaran dos perros de raza teckel (salchicha), su hermano los bautizó con dos nombres parecidos a un dolor de barriga: Bromuro y Quinina. Chéjov sentía una predilección especial por los perros y siempre estuvo rodeado de ellos; de hecho, a su esposa Olga la llamaba frecuentemente con las derivaciones de la palabra «perro» en ruso, *sabaka*. Su amor por los animales también reclamó la compañía de otras especies donde su mujer ya no participaba, como las mangostas y las crías de grulla.

A Flaubert (50) le regalaron un galgo en el verano de 1872, no se sabe si a petición propia o por ocurrencia ajena. Le puso por nombre Julio, nunca supo muy bien por qué, así que terminó atribuyéndolo no a una cuestión de química, como ocurrió con los de Chéjov, sino a «un montón de razones místicas». Quienes sí sabían cómo llamar exactamente a su perro eran Scott y Zelda Fitzgerald. En junio de 1927 sacaron dos ejemplares de la perrera, y como uno de ellos era blanco, con patillas y estaba enfermo no encontraron justicia más divina que llamarlo Ezra Pound. A diferencia de los Fitzgerald, Bertolt Brecht no odiaba a nadie lo suficiente como para vengarse a través de su perro. Por muchas personas bienqueridas de las que pudiera estar rodeado, el as de corazones se lo llevaba Rolf, un pastor alemán que había recogido en la calle en un lamentable estado de abandono. Testigo de esa simbiosis fue su compañera de toda la vida, Ruth Berlau: «Cuando alguien acaricia a Rolf y este vuelve la mirada hacia él, Brecht levanta los hombros como indicando que se

siente un poco celoso. Pienso que realmente no quiere tanto a nadie como a Rolf».

En septiembre de 1961 la anciana Isak Dinesen se compró un perro terrier. No podía vivir sin ellos. Quizás intuyendo el año de vida que le quedaba, decía aborrecer «la tristeza de una vida sin perros», según confesó a su fiel ayudante de última hora, Clara Svendsen. La raza: Dandie Dinmonts Terrier, originaria de Escocia. No quería otra distinta desde que la descubriera en las novelas de Walter Scott, donde todos se llamaban invariablemente Mostaza o Pimienta. Ella puso Pimienta al suyo. Una vez tuvo un galgo al que llamó Dusk, al que prometió entregarle no solo su tiempo, sino también su vida si hubiera hecho falta. La baronesa resultó ser un prodigio de agilidad cuando saltó de su coche a las vías para salvar al perro justo antes de pasar el tren. Lord Delamere, hombre fuerte del Protectorado inglés en África oriental, fue testigo de aquel arranque y aseguró no haber visto acto más valiente en toda su vida.

La compañía de los perros para Curzio Malaparte era crucial, imbricación esta que no siempre era bien entendida a su alrededor. Tiene todo el aspecto de la hiel el testimonio, entre frívolo y cruel, que Françoise Joxe Halévy trasladó desde Francia a su familia por carta de 5 de diciembre de 1949 (51) sobre la entrega del escritor a su perrita Pucci (una basset hembra): «El acontecimiento del día es que Malaparte se ha vuelto a Italia... ¡porque su perro está enfermo! (...). Cuando nos lo dijo nos tronchábamos de risa. “Usted tiene dos hijos —me dijo—. Nunca ha pasado usted ocho días como los que acabo de pasar yo con ese animal”. Le guisaba arroz con pollo, vermicelli, ternera triturada, le preparaba sinapismos...». Su sensibilidad hacia los animales estaba a prueba de todo ladrido, berrido o relincho, para los cuales Malaparte tenía lo que Mahler o Shostakovich: oído absoluto. Esto ocurre durante la Segunda Guerra Mundial: Curzio se cruza con un cortejo de camiones que transportan caballos heridos rumbo a un hospital veterinario; discurre cómo puede serles útil y corre a un campo cercano para hacerse con unas gavillas de paja. «Aún tengo la foto que le saqué ese día y que he publicado en un libro de recuerdos —comentaba el periodista Lino Pellegrini en una entrevista que le hicieron años después—. ¿Ve usted lo feliz que está dándoles de comer? Luego [Malaparte] me dijo: “Siempre pienso en mi perro Febo, que me espera en Capri. Cuando muera, yo también moriré”».

Las predicciones de Malaparte se cumplieron y Febo murió estando él en Finlandia, una muerte que él achacó a la tristeza que embargaba al perro cada vez que se ausentaba en unos viajes cada vez más largos y más distantes de casa, acto letal involuntario que le causó un «inmenso

remordimiento». Carta desde Helsinki a su amigo Guglielmo Rulli el 25 de marzo de 1942: «Es la primera vez en mi vida que me siento abrumado por una responsabilidad tan profunda y dolorosa. Febo era el más querido de mis hermanos, de mis amigos, de mis amantes. Nadie ha ocupado nunca el lugar que tenía en mi vida. ¿Quieres creer que tengo hasta miedo de volver a Capri? Llegar y no verlo, saber que no está por ahí, en medio de la lluvia o del viento». Finalmente, logró algo de consuelo cuando, a modo de tasa de reposición, se hizo con Febo II, al que solía enviar postales cuando estaba de viaje, dirigidas a la atención de «Febo Malaparte, Capri».

Albert Camus no llegaba a tanto como Malaparte. Al menos él se había propuesto amar a los hombres en los días pares y a los animales en los impares, aunque a veces se olvidase de la distribución... Carta de 5 de marzo de 1941 (27): «Hay momentos en que solo me encuentro a gusto con los animales, sobre todo con los perros».

Stefan Zweig tenía un pastor alemán al que, a veces, no llamaba por su nombre, Rolf, sino de un modo más familiar; no, no «Rolfi», ni «Rolfito», sino «hijo». Sin embargo, era completamente esquivo a los gatos, en especial a los dos que vivían en casa y que él toleraba como concesión a sus dos hijastras. Cuando su amigo Romain Rolland iba por allí de visita levantaba por las axilas uno de ellos y siempre soltaba a su colega el mismo cantar: «*Un poète, que n'aime pas les chats!*». ¡Cómo! ¡Un poeta que no ama a los gatos! Instalado ya en la que sería su última casa, en Petrópolis (Brasil), regalaron a Zweig por su cumpleaños un foxterrier de un año que, según aseguraba, «fomenta visiblemente el incipiente infantilismo de mi edad» (carta del día de Navidad de 1941). Aquella incipiencia le duró exactamente los dos meses que siguió con vida. Uno de sus últimos escritos antes de suicidarse llevaba precisamente este título: *Disposiciones sobre mi perro*.

Tras la guerra, J. D. Salinger se compró un schnauzer para que, por fin, los ladridos llegaran de afuera y no del interior de su cabeza, entre el silbido de las balas y el roto gorjeo de los obuses. Lo llamó Benny y su compañía le reportó más paz y seguridad de las que hubiera alcanzado con humano alguno. En una entrevista de 14 de julio de 1951 para *The Saturday Review* declaraba orgulloso que a un perro no hace falta explicarle por qué vivir pegado a una máquina de escribir es todo lo opuesto a un martirio. A principios de diciembre de 1992 (72) se incendió su casa de Cornish. Tras ponerse a salvo junto a su joven esposa Colleen contemplaban impotentes a unos metros cómo el fuego lo devoraba todo, si bien la mayor preocupación del escritor en aquel momento era dar con el paradero de sus dos galgos italianos, que habían salido a la estampida

bosque adentro, tal como confesaba por carta de 6 de julio de 1993 a su amigo el actor William Dix.

Es cierto que hay amores que duran para toda la vida. Beatrice (mi mujer) y Newton (mi perro) pueden dar fe de ello. La contrapartida es cuando parten sin camino de vuelta, limitándose a dejarte la puerta entreabierta y una cadena de granos de arroz, en forma de recuerdos, para que no te pierdas cuando a ti te toque ser la contrapartida de los que vienen detrás. Truman Capote se partió por la mitad cuando Bunky, el bulldog que le acompañó durante ocho años, se murió de leucemia en sus brazos. Carta de 16 de enero de 1961 (36): «Lo quería más que nada en este mundo. Fue como perder a un hijo, y lloré hasta que no me quedaron más lágrimas». Poco después, en el mes de julio, colocó en su vida otro bulldog, pariente de Bunky, al que llamó de forma que solo él volviera la cabeza al llamarlo en el parque: Charlie J. Fatburger. «Se pasa el día royéndome la casa», se quejaba divertido en una carta.

SUBYUGADOS POR LAS ALAS

A Flaubert un perro le servía de muy poco; prefería mucho más... ¡los loros! Todo tiene su explicación, y más a la luz de esa su última novela, *Bouvard y Pécuchet*, un *totum revolutum* donde ese ciclópeo agrimensor arracimó todas las parcelas de la humanidad habidas y por haber, entre ellas la de la fauna. Para hacernos una idea baste decir que hubo de manejar y cribar unos mil quinientos libros —según sus propias estimaciones—, formando las notas tomadas un mamotreto de ocho pulgadas de altura (unos 20 cms). Pues bien, parte de ese material convirtió en visita obligada el Museo de Historia Natural de Ruan, ello con un único fin: observar los loros e instruirse sobre su comportamiento y sus enfermedades. En el Museo aún puede leerse una nota fechada el 15 de julio de 1876: «Prestado a M. Gustave Flaubert: un loro amazónico montado».

Ralph Waldo Emerson no sentía por las aves la pasión de Wagner, de Oliver Messiaen o del propio Flaubert, así que cuando sus hijas le metieron en casa una cotorra verde no se hizo con un manual de ornitología para entenderla, sino con un manual de resistencia para soportarla. Las niñas la bautizaron Polly recién llegada para que hiciera juego con la yegua Dolly, por la que Emerson sí sentía deseos de seguir viviendo. Lo cierto es que sus chillidos y las escasas dotes que tenía como animal de compañía desagradaron enormemente al escritor, que no la llamaba nunca por su nombre, sino que, con el fin de herirla en lo más profundo, se refería a ella como «ese gato verde».

Amigo impenitente de la naturaleza y de todo cuanto había dentro de ella, Henry David Thoreau conquistó el azar a través del azor. Parece un juego de palabras, pero solo es un juego de espejos, y es que un frío día de diciembre de 1849 un vecino de Concord mató de un disparo a un halcón que se comía sus gallinas, decidiendo llevar el cadáver a aquel extravagante vecino suyo que parecía entender de plantas y animales como si todos ellos le hubieran amamantado a la vez. No en vano, paseando por los bosques de Concord con Emerson un día de mayo de 1856, se jactaba ante él de saber a qué día estaban con solo echar un vistazo a las flores. Pues bien, Thoreau fue incapaz de clasificar el animal a primera vista, así que metió cuatro cosas en la maleta, además del halcón, y se plantó en la Sociedad de Historia Natural de Boston, donde catalogaron el ave como *rara avis*, ya que se trataba de un azor americano nunca antes visto, distinto al azor europeo. Un año después, como premio a su colaboración, la Sociedad nombró a Thoreau miembro correspondiente, eximiéndole de pagar la cuota anual de suscripción y fijando como único compromiso el de promover los intereses de la Sociedad allá donde fuera. Y Thoreau, ciertamente, sabía ir muy lejos. Poco después, sus estudios, escritos e investigaciones científicas llegaban a la Asociación Americana para el Avance de la Ciencia, organismo que a inicios de 1853 lo acogía como miembro. Uno de los apartados a cubrir en el cuestionario de ingreso se refería al interés particular que movía al peticionario. Thoreau no dudó la respuesta: «Los modales y costumbres de los indios del grupo algonquino anteriores al contrato con el hombre civilizado». Sin duda un tipo de lo más peculiar, con buena mano para la literatura y aún mejor para los animales salvajes, lo que demostró tras hacerse construir una cabaña junto al lago Walden para vivir en estricta soledad con los hombres y en la más flexible con los animales, de los que no podía prescindir, bastándole un silbido para atraer marmotas, ardillas e incluso pájaros, mientras reservaba su hombro para los cuervos, donde no dudaban en posarse. Un testigo vio incluso cómo los peces se arremolinaban en torno a él cuando se metía en el agua, dejándose acariciar y coger entre sus manos sin oponer resistencia a quien, en realidad, tenía la pesca como uno de sus pasatiempos favoritos, pero solo hasta que el ecosistema fagocitó el pasatiempo: «Me he dado cuenta de que no puedo pescar sin perder algo de respeto por mí mismo; siempre siento que habría sido mejor no hacerlo» (*Diario*).

De joven, Robert Louis Stevenson vivía permanentemente subyugado y pegado a una jaula donde tenía en cautividad dos pequeños pájaros conocidos en Francia como *bec d'argent*. Por el día la colocaba sobre la mesa donde trabajaba con los cuatro pleitos —ni uno más— que la

abogacía le rendía y cuando llegaba la hora de comer se la llevaba con él a la cantina. Ni siquiera de noche se separaba de ella, colocándola junto a su cabeza para que los trinos le despertaran al amanecer.

En los años treinta James Joyce fue presentado al arquitecto Le Corbusier, quien por entonces estaba tan entusiasmado con los pilares de cimentación como con los pilares narrativos del *Ulises*. Si el encuentro resultó exitoso fue porque, básicamente, solo se habló de Joyce y de sus libros, pero también de los dos periquitos que recientemente había adquirido, a los que llamó Pierre y Pipe. Al separarse, Le Corbusier comentó lo impresionado que Joyce le había dejado hablando del mundo de los pájaros.

Al matrimonio Nabokov le volvía loco las mariposas. Había que ver a Véra (50) y a Vladimir (53) dando saltos en 1952 por los campos de Wyoming, compitiendo por quién atrapaba el mayor número y las más exuberantes, pasión que conservarían hasta el final de sus vidas con una dedicación a veces de catorce horas diarias. Siendo ya viuda y anciana, Véra confesaba: «Yo no soy una lepidopteróloga experta. Todo lo que sé de las mariposas lo he aprendido de mi marido». Aún en junio de 1975, aquella afición de Vladimir le daría un buen susto cuando sufrió un traspié y cayó por un terraplén de más de cuarenta y cinco metros de pendiente. Pasaron más de cinco horas hasta que fue localizado y rescatado.

A Truman Capote tanto le iba la perlada voz de Marilyn como el graznido de un cuervo, así que como a la primera ya la tenía a golpe de teléfono se hizo con el segundo para que el tercero —Kelly, su bull terrier — tuviera compañía. Seguía el ejemplo de Charles Dickens, que se compró un cuervo al que llamó Grip, sumiéndole su muerte en un pozo de melancolía, de tan ligadas como llegaron a estar sus vidas. Cuando graznaba, Dickens estaba convencido de que decía: «¡Hola, vieja!». Pero volviendo al cuervo de Capote; el suyo se lo compró en Taormina y lo llamó Lola, un nombre que estaba en la línea del que Joseph Conrad escogió para su perro, Escamillo, en honor al torero de la ópera *Carmen*. Carta de Truman un 16 de agosto de 1952: «Al atardecer, cuando salgo a la terraza, se posa sobre mi hombro. Kelly lo odia».

En Taormina Capote recibió numerosas visitas de amigos y conocidos, entre ellos Frank Merlo y, algo más rezagado, el amante de este, Tennessee Williams. Truman anunciaba las visitas con su particular gusto por la indiscreción. Carta a Andrew Lyndon el 6 de septiembre de 1952: «Hace dos semanas Frankie Merlo vino sin avisar y *sans* Tennessee, que está chupando pollas por Alemania». Al menos los citaba por sus nombres, pero otros se le atragantaban, como el de la escritora Marguerite Young, a quien

llamaba en secreto *miss* Chochito Dependiente. Meses después Lola se podría haber ganado a pulso su devolución a la tienda por incompatibilidad de caracteres, que así es como se llama también a las letras. Carta desde Roma en febrero de 1953: «Lola está aquí al lado, intentando arrancar el papel de la máquina de escribir. Por Dios, qué tozuda es. Le podrías romper el cuello dándole golpes con un periódico enrollado y seguiría sin inmutarse». Por fin, tres meses después el cuervo dejaba de dar la lata. Carta de 20 de mayo: «Hemos perdido a Lola: se fue volando por la ventana y no supo volver. Fue muy triste». La sustituyó por un perro al que llamó Sr. Bunkum, regalo del director de cine John Huston. Para Truman solo había dos tipos de gente odiosa: la que se largaba de los sitios sin pagar la cuenta y la que se compraba una mascota para pasar el verano y abandonarla en otoño. Por lo demás, no había momento más dramático que cuando le llegaba la última hora a alguno de sus perros y había que «dormirlo». En una ocasión Truman asistió hasta el final a uno de aquellos trances y «me puse tan enfermo que guardé cama durante tres semanas».

El matrimonio Bowles no tuvo demasiada suerte con sus animales. La anomalía empezó en un hotel de Bebedero, en Costa Rica, donde la habitación se movía cada vez que unos cerdos se frotaban contra los pilotes que sostenían el edificio, construido en mitad de un barrizal. Como dudosa compensación por aquellas molestias, a la mañana siguiente el gerente entró en la habitación y les dejó allí plantado un loro para que hicieran con él lo que quisieran. Los Bowles terminarían poniéndole el nombre de Budupple cuando, finalmente, decidieron integrarlo en la familia. Pero con el tiempo las quejas comenzaron a aflorar, y con razón. Paul: «Se comió una lente de mis prismáticos, un tubo de pasta de dientes y buena parte de una novela rusa». Por amor al animal decidieron ponerlo a dieta abandonándolo en el patio de una pensión.

EL HIJO DE LOS TRISTES TIGRES

Victor Hugo alzó la muy creíble teoría de que Dios había creado al gato para dar al hombre la oportunidad de acariciar un tigre, siendo no pocos los escritores que lo creyeron a pies juntillas. Yukio Mishima era uno de ellos. Tenía abierta una portilla en su habitación para permitir que entraran y salieran a su antojo, y cuando marchaba de viaje era tanta su nostalgia, a la par que su desazón, que les escribía postales dirigidas a su padre con la encomienda de extremar sus cuidados y aprovisionarlos de comida suficiente. Quien también hablaba a su padre, pero a través de su diario, era Susy: «A papá le gustan mucho los animales, especialmente los gatos;

tuvimos una vez un precioso gatito gris que él llamaba Perezoso —papá siempre viste de gris para ir a juego con el pelo y los ojos— y se lo solía poner encima del hombro y se iba con él por la casa». Susy y papá llegaron a tener en 1845 hasta «diecinueve gatos a la vez», según cuenta papá en su *Autobiografía*. Los adoraba. Decía estar convencido de que si se pudiera cruzar al hombre con el gato el hombre mejoraría y el gato se degradaría. El papá de Susy se llamaba Mark Twain. En cuanto a Susy dejó de llamarse así para siempre cuando murió a los 24 años de una meningitis.

G. K. Chesterton tenía un gato llamado Perky, hecho este inversamente proporcional al gusto del escritor por desayunar arenques ahumados. Había dos líneas que Chesterton no podía descuidar: la perimetral de su orondez corporal y la delgada línea que separaba el hambre del amo de las ganas de comer del gato. Cuenta Mary Rushton, la doncella de la casa, que, sorprendiendo un día al gato zampándose sobre la mesa los arenques del amo, esta se dispuso a espantarlo cuando él se lo impidió con una suave censura: «No me importa comer después de Perky».

A James Joyce le complacían sobre todo los gatos negros: estaba convencido de que traían buena suerte. «Un día —cuenta Sylvia Beach—, al llegar al hotel donde se alojaban vi a Nora intentando introducir un gato negro en la habitación donde Joyce estaba echado, mientras este, a través de la puerta entreabierta, contemplaba ansiosamente los esfuerzos de su mujer». También Hermann Hesse sentía debilidad por ellos, llegando a intercalarlos en esas cartas lanzadas a Thomas Mann como dardos de desahogo para los cuales este siempre tenía una diana al lado. Carta del año 1933 en la que, tras unas sesudas apreciaciones sobre su permanente conflicto afectivo por Alemania, se descuelga con una declaración de amor: «Dos gatitos han venido a aumentar nuestra familia. Ninon [su mujer] se encarga, por supuesto, de alimentarlos y prodigarles sus cuidados».

¿Solo dos? Jorge Luis Borges llegó a acumular unos veinte, conociéndose el nombre y las costumbres de cada uno. Albert Camus no podía perder el tiempo poniendo y memorizando el nombre de tantos gatos, así que se conformó con dos y, aprovechando la escritura de su *Calígula* en 1939, los bautizó con dos nombres infalibles: Cali y Gula. En los últimos meses de vida se conformó con un solo gato, al que llamó Lolita, como tributo a la obra de Nabokov. También tenía una burra a la que bautizó Pamina, nombre de la hija de la Reina de la Noche en la ópera de Mozart *La flauta mágica*.

Durante los veinticinco años que Alberto Moravia estuvo casado con Elsa Morante solo tuvo gatos, «casi siempre tres a la vez», recordaba de viejo a su biógrafo. En realidad, quería a todos los animales por igual,

«porque, al menos, en un 95 por ciento me siento animal también yo». Moravia anticipando la moda de la transespecie, tan en boga hoy...

DE PASEO POR EL ARCA DE NOÉ

Gertrude Stein tenía predilección por los cerdos. Sin segundas intenciones. Y Picasso predilección por los amigos que tenían predilección por los cerdos, así que le hizo varios dibujos que le regaló, en los que aparecía el hijo pródigo en mitad de una piara. En una época de su vida la escritora manifestó que una de sus aspiraciones era llegar a vieja para, entre otras cosas, pasearse por las colinas de Asís con un cerdito como mascota, rumbo al monasterio de su santo predilecto.

André Breton iba por libre, ya que adoraba la entomología, aquí sí con segundas intenciones, llegando a instalar en mitad de la mesa del comedor una botella llena de mantis religiosas vivas para ver cómo las hembras devoraban a los machos, lo que le arrancaba jocosos comentarios ante sus amigos allí presentes.

Si Paul Bowles no sabía mucho de loros, menos de ocelotes, pero cuando se topó con uno en un mercado de Taxco (México) le resultó tan fascinante que se lo llevó puesto. Unos periodistas de la revista *Life* se enteraron y le enviaron una carta con una propuesta para hacer un reportaje filmado del felino devorando una paloma atada por las patas a un palo. A Bowles el cuadro le pareció interesante y accedió a ello. La historia de amor entre dueño y mascota concluyó cuando al día siguiente de la filmación su sirviente indio entró en su habitación agitando una piel ensangrentada: «¡Aquí está su gato! Los huesos del pájaro le atravesaron las tripas».

Su selectivo amor por los animales no se terminaba ahí. El escritor se sentía feliz cada vez que en sus múltiples viajes entraba en una habitación donde había un piano. Viajando por Ceilán con su novela *El cielo protector* recién publicada se detuvo unos días en Bandarawela, acomodándose en una casita donde, por fuera, el piano era como todos los demás, pero no por dentro, tal como comprobó cuando comenzó a ensayar su composición sobre la *Yerma* de García Lorca, notando un bloqueo en las teclas. Probando a pulsarlas con más fuerza lo que brotó de la caja ya no fue música, sino una enorme culebra que se alzó hasta enroscarse en una viga para desaparecer por un agujero. «En mi mundo —contaba Bowles en *Memorias de un nómada*— el que una serpiente de tres metros y medio salga de un piano y desaparezca en el techo es un suceso extraordinario, pero mis anfitriones apenas se inmutaron». Desde aquel día cobró afición a

observarlas. A ser posible de cerca. Incluso desde muy cerca... «Un día dejé que una me clavara las fauces en la rodilla. No sentí nada. Al cabo de un rato apreté la punta del cigarrillo contra su cuerpo hasta que se marchó. Sangré bastante por la pequeña herida triangular y me quedó una marca que todavía conservo».

Mejor suerte tuvo de joven en el viaje que, corriendo el año 1931, emprendió a Tánger junto a su amigo el compositor Aaron Copland, por recomendación de su amiga Gertrude Stein, dando con una casita que, en lo superficial, tenía de todo, pero no en lo esencial, al carecer de piano, mueble de vital necesidad para Copland, por tener que reanudar la composición de una sinfonía corta, y también para Bowles, para hacer lo propio con una sonata para oboe y clarinete en la que andaba enredado. La cosa se resolvió con la compra de un piano vertical que Copland hizo subir colina arriba a lomos de un burro. El afinador llegó por la tarde con una botella de coñac como único instrumental para operar, quedándose dormido sobre el teclado a mitad de la tarea. Una vez despertado por Copland este comprobó que el instrumento sonaba incluso más desafinado que en la tienda, por lo que él mismo hubo de ultimar la tarea a lo largo de un par de horas, tras lo cual Paul y él se fueron a un partido de fútbol, disfrutando como niños con los goles del equipo ganador, aunque ya no tanto cuando horas después se toparon con los jugadores del equipo rival, que esperaban a los ganadores con piedras y cuchillos en la plaza central de Tánger para vengar la ofensa.

16

FOBIAS A LA CARTA

UN RAMILLETE DE LO MÁS FLORIDO

Uno podía acudir a casa de Goethe habiendo olvidado cualquier encargo que el escritor le hubiera hecho, pero había un olvido que no perdonaba bajo ningún concepto, considerándolo, más que una falta de delicadeza, una afrenta personal: no quitarse las gafas antes de llamar al timbre. En abril de 1830 (80) lo confesaba a Eckermann: «Puede que sea una manía mía, pero no puedo evitarlo. En cuanto un extraño entra en mi casa con las gafas puestas me sobreviene inmediatamente una sensación de contrariedad que soy incapaz de dominar (...). La impresión que me causa es de descortesía, más o menos la misma que si un extraño fuera a decirme una grosería nada más saludarme. Y aún lo soporto menos desde que hace unos años hice público lo mucho que me disgustan las gafas [en *Las afinidades electivas* y en su poema *Mirada hostil*]. En cuanto veo llegar a un visitante con ellas puestas pienso enseguida: ¡este no ha leído tus últimos poemas!, y con eso ya entra con mal pie. O bien pienso que sí los ha leído y conoce mi manía, pero cree estar por encima de ella, y eso es aún peor».

De haber conocido Juan Ramón Jiménez esta fobia absurda la habría secundado sin necesidad de buscar explicaciones psicoanalíticas. Corriendo el año 1931 (49) empezó el de Moguer a perder algo de vista, lo que le llevó a comprarse unas gafas que usaba de forma oficiosa y con enorme inquietud, ya que cuando se las ponía sufría crisis de pérdida de identidad, un desdoblamiento de personalidad con regreso de la parte auténtica en cuanto se las apeaba, de ahí que evitase su uso todo lo posible.

La fobia de Flaubert, al igual que los meteoritos o los matrimonios perfectos, no era de este mundo, ya que afectaba, ni más ni menos, al dinero. Sí, ¡al dinero! Carta a su buen amigo Turguéniev de 5 de junio de 1872: «Cuando se trata de dinero se apodera de mí como un asco rabioso, próximo a la demencia. Hablo muy seriamente».

Para Mark Twain el alemán no era un idioma, sino un enemigo a batir, un descarrilamiento de la glotis, aunque él —a Dios gracias— no lo hablara. Sin el alemán danzando de boca en boca daba por seguro que el

mundo sería menos catastrófico. Sostenía que algunas palabras eran tan largas que incluso tenían perspectiva. No era su intención que el lector se riera ante tal apreciación, sino que entrara en pánico, de ahí que tirara de la mágica plasticidad de la Biblia para encontrar el símil adecuado; así es como sostenía que «es más fácil que un caníbal entre en el reino de los cielos por el ojo de la aguja de un rico, que para cualquier extranjero leer la terrible escritura alemana». Su otro guijarro dentro del zapato, confiando no pasara al riñón en forma de piedra, era el estamento médico. Abominaba de él. Tenía a los galenos por la más baja estofa entre los curanderos, además de por gente «farsante y embaucadora». En una carta fechada en septiembre de 1902 clamaba contra los cuatro años que los jóvenes perdían estudiando medicina «para aprender meramente a adivinar... y adivinar mal». En agosto de 1908, ya a sus 72 años, seguía tentando la suerte cuando escribió que «los médicos saben muy poco, pero cobran muchísimo».

A Antón Chéjov le ocurría con la camisa de Gorki lo mismo que a Goethe con las gafas del prójimo. El 17 de noviembre de 1901 escribía desde Yalta a su esposa Olga que Gorki estaba pasando con él unos días. Del visitante, dado su talante amable y moldeable, lo aceptaba casi todo, salvo su camisa: «No logro acostumbrarme a ella, es como si fuera el uniforme de un camarlengo». Por suerte para Gorki —y para alivio del anfitrión— tenía la gentileza de su juventud, y es que sorprende que Chéjov en sus *Carnets* o libro de notas consignara el desprecio a los viejos como una de sus fobias estelares, lo que poco se compadecía con su ciega entrega a la humanidad sin rangos de edad, de cultura o de posición social. Pero me ciño a lo que allí cuenta: «A los viejos solo les oigo pronunciar palabras absurdas o hipócritas. Los viejos son glotones. Los viejos son presuntuosos y odiosos. ¡Cuántos viejos despreciables he conocido!». Un rasgo de gerontofobia peligrosamente cercano a las tesis eugenésicas de Galton...

Anaïs Nin caminaba descalza por ese filo de la navaja tras leer en junio de 1945 las *Cartas a un joven poeta*, de Rilke, quedándose con este mensaje sobre todos los demás: «Una emoción es pura siempre que se apodera de todo tu ser». Fue ese aserto el que la movió a escorarse hacia la gente joven, huyendo de la madura, por su rigidez y su falta de vitalidad. «Definitivamente, están acabados», sentenciaba en su *Diario*.

Quien sí se cayó en la poza eugenésica sin censor que lo ocultara a su muerte fue Virginia Woolf. Estremece la forma en la que, corriendo el año 1915 (33), tiró de arte descriptivo para trasladar a su *Diario* la sensación que le causó el paso de un cortejo de deficientes mentales: «Una fila de imbéciles (...); cada uno en esa larga fila era una criatura idiota, inútil y

desgraciada, que andaba arrastrando los pies, sin frente ni mentón, y con una sonrisa imbécil, o una mirada loca y recelosa. Fue realmente horrible. Por cierto, deberían matarlos a todos».

T. S. Eliot (29) padecía una suerte de heterofobia literaria que trasladó a su padre en una carta de 1917: «Lucho por que la escritura quede en manos masculinas, porque desconfío de las femeninas cuando tocan la literatura». La historia le dio la razón a Eliot, en cuanto a que las luchas más irracionales están perdidas de antemano cuando se intentan ganar a contrapié.

G. K. Chesterton odiaba los bancos, encarnando un adalid de la resistencia al sistema financiero al abogar por cuidar el dinero amorosamente dentro de casa como si fuera una mascota. Daba algunas ideas hoy pasadas de moda, pero muy eficientes, como era esconderlo bajo una tabla en el suelo o a través de una trampilla en el tejado. Él mismo predicaba con el ejemplo, tal como recordaba su cuñada Cecil, siendo usual verle con billetes asomando por unos bolsillos repletos de cheques que le caducaban como mal menor, todo por evitar el *shock* hipovolémico que le produciría hacerlos pasar bajo una ventanilla bancaria.

Joseph Conrad odiaba las fresas con la diligencia de un buen padre de familia. Según él, esa inquina se debía «a una feliz disposición de la Providencia». A Isak Dinesen le parecían odiosos todos los museos, en especial uno de ellos: «El Louvre está embalsamado —decía—. Debería vivir allí el rey».

Si Julio Verne hubiera tenido que vivir de escribir novelas sentimentales, con el primer dinero se habría comprado un inflador de bicicletas para alimentarse de aire en lo sucesivo, y es que si algo se le daba fatal en sus historias era poner un personaje femenino frente a otro masculino y darles un poco de cuerda a ver lo que ocurría. En *Los hijos del capitán Grant* intentó meter el asunto del amor por un embudo y a punto estuvo de embarrar toda la novela. Carta a su editor Pierre-Jules Hetzel: «Me doy muy poca maña para expresar sentimientos amorosos. Hasta me asusta escribir la palabra "amor". Noto lo torpe que soy porque ando dándole vueltas sin conseguir nada». El poeta burgalés Victoriano Crémer dio en el clavo cuando escribió: «Cómo decir amor si la palabra estalla». También James Joyce estaba aquejado de esa misma insuficiencia, solo que la practicaba como otros practican musculación: para hacerse más fuertes. A Eugene Jolas llegó a decirle que era oír la palabra «amor» y entrarle ganas de vomitar. Para él no había gesto más políticamente correcto que la demostración de la frialdad de sentimientos. Él no era ningún médico como para andar tomando la temperatura a nadie y, a partir de ahí, discriminar

odios y afectos. Cuando conoció a Samuel Beckett le dejó muy claro *ab initio* que no se ilusionara, ya que él, excepto a su familia, no amaba a nadie. Al final la sangre llegó al río, porque Joyce le abrió su corazón, Beckett se instaló dentro y el músculo del miocardio no sufrió ningún daño considerable. Beckett terminó por convertirse en su amigo y en su colaborador más estrecho, y no, no es una leyenda urbana lo que ocurrió un día en casa de Joyce mientras este le dictaba parte de su *Finnegans Wake*, anécdota que Beckett trasladó en 1954 un tanto divertido a Richard Ellmann, biógrafo de James, muerto este trece años atrás. Alguien llamó a la puerta y Joyce dijo «¡Pase!», orden esta que Beckett, no habiendo oído la llamada, anotó obedientemente. Al final de la sesión tocó leerle todo el dictado y, no cuadrándole a Joyce aquel imperativo aislado, le preguntó a qué demonios venía aquello. Respuesta de Beckett: «Usted me lo dijo». Joyce lo consideró unos instantes y, al final, convirtió la palabra en una de las sagradas anécdotas de la historia de la literatura al unirla a esta otra: «Déjelo».

James Joyce tenía una guerra declarada al jabón parecida en cronología a la de los cien años que contendieron los reinos de Francia e Inglaterra. Contaba su hermano Stanislaus cómo en el transcurso de un juego de salón llamado «confesión» se le preguntó a James por su mayor aversión. La respuesta era fácil porque siempre la tenía en la punta de la axila: «El agua y el jabón». Su hermana Eva contaba que Jim presumía de tener una piel en la cual nunca anidarían los piojos: «Es algo que no podrían ni probar», argumentaba.

Las tres cosas que más enfadaban a Bertolt Brecht las conocemos de la mano de su compañera Ruth Berlau: «Que alguien tratara de ponerle el abrigo. Que se le ofreciese fuego para encender el cigarro. Por último, el tira y afloja sobre quién debe pasar antes por una puerta».

Yukio Mishima odiaba el sol hasta que un día de 1952 (27) se encontró en la cubierta de un barco que le llevaba hacia su primer viaje al extranjero, momento en el que «cambié con el sol un apretón de manos de reconciliación. Desde esa fecha en adelante me ha sido imposible apartarme de su compañía». Decidido a convertirse en un ser solar, tres años más tarde aquella adoración le conduciría al mundo del culturismo corporal, juzgando que solo unos músculos bien desarrollados podían ser dignos de aquella gigantesca tostadora.

LA PARANOIA DEL LÉXICO

Lo del léxico estaba a camino entre el nido de víboras y la jaula de grillos.

Una de las más encarnizadas batallas que Knut Hamsun libraba era con los linotipistas, ejerciendo sobre ellos un control policial para que no insertaran cursivas en las planchas. Hamsun las aborrecía y huía de ellas como de la enfermedad. Literalmente. Las llamaba «sarna» y «lepra», aunque a veces las trataba con cierto mimo y solo las llamaba «forúnculos». Le andaba a la zaga George Bernard Shaw, quien aborrecía el uso de comillas y apóstrofes en la impresión de sus libros porque, a su juicio, arruinaban el aspecto de la página. Sostenía que la Biblia no sería el libro que era «si hubiera sido desfigurada con signos tan desagradables».

Somerset Maugham tenía una barrera infranqueable en su circuito creador: el alfabeto. En 1941 (67) declaraba lo llevadera que hubiera sido para él la vida de haber dominado el alfabeto, y es que la representación mental de las letras suponía para él una discordia permanente: «Nunca sé decir en dónde se encuentran la I y la J sin antes decir para mis adentros G y H. No sé si la P viene antes de la R o después, y en cuanto a dónde cae la T es algo que hasta hoy nunca he podido meterme en la mollera». Truman Capote estaba hermanado en la misma desgracia, siendo incapaz de recitar de memoria y en el orden adecuado el alfabeto, ni siquiera de adulto. El periodista Lawrence Grobel le retó a intentarlo por dos veces y las dos fue incapaz. En la primera se quedó en la letra E, mientras que en la segunda instaló la Q detrás de la J y ya con la N el concursante se vino abajo, mandando el alfabeto al carajo.

Capote tampoco sabía restar. Se jactaba de haberlo aprendido cuando era joven gracias a un profesor particular, «pero luego se me olvidó y ahora no sé. Sé sumar, pero no restar». Scott Fitzgerald era un ejemplo inesperado de discriminación lingüística: las vocales las aseguraba con lazos rosas, pero las consonantes ni con nudos marineros, entrando en pánico al escribir nombres propios ataviados con un exceso de consonantes, en cuyo caso su escritura se convertía en una auténtica lotería, normalmente fallida. Solía escribir el apellido de Ezra Pound como «Pount», y el de Hemingway como «Hemminway». Esta doble «m» llegó a irritar profundamente a Hem, hasta el punto de que empezó a dirigirse a Scott en sus cartas como «FitzGerald».

Con eso de que James Joyce aborrecía el jabón, trataba siempre de hablar con la máxima pulcritud para que nadie viniera proponiendo lavarle la boca. El caso es que jamás se le oía una palabrota. Tampoco usaba superlativos, y el adverbio «muy» le resultaba antipático, cuando no hiriente. «¿Por qué hay que decir “muy bonito”? —le preguntó un día a Sylvia Beach—. “Bonito” es suficiente». Por lo demás, jamás permitía que nadie le llamara de otra forma que no fuera «Mr. Joyce». Con James Joyce

todo era del color del cristal que se rompe, y no de aquel con que se mira. Y es que hubo un tiempo en que a las palabras les ocurrió lo mismo que al jabón: que empezaron a no interesarle. Ninguna, salvo que estuvieran escritas en cualquier otro idioma que no fuera el inglés, y es que, con dos obras tan imponentes a sus espaldas como *Dublineses* y *Retrato del artista adolescente*, empezó a deplorar su idioma por las limitaciones expresivas que entrañaba. Su hermano Stanislaus daba fe de ello en su diario un 6 de abril de 1907, contando cómo Jim (25) había amenazado con abandonar el inglés en sus obras futuras para pasarse al francés o al italiano. Por coherencia, alguien que se sentía encarcelado en una lengua, por muy suya que fuera, no podía sentir mayor desprecio que por su carcelero, que en el caso de la inglesa no era otro que... ¡William Shakespeare! Joyce lo tenía por una especie de soldado raso de la literatura, incapaz de avanzar por frente alguno como no fuera tropezando de un lector equivocado a otro.

Gertrude Stein se ponía alerta ante las metáforas; las tenía por una presa ofensiva, ya que no cazaba una, y cuando la cazaba la dejaba marchar, por inútil. Invitado Paul Bowles en el año 1931 (20) a pasar unos días junto a ella y su compañera Alice Toklas en su casa de Bilignia, se aventuró el escritor a leerle algunos de sus poemas, poemas que, a juicio de Stein, derrapaban allí donde, a modo de bache, había una metáfora, que era prácticamente en cada curva. Finalizada la lectura Stein torció el gesto, sentenciando que aquello no era poesía. Le disgustó en especial el verso «el acalorado escarabajo resuella». Se vio en la obligación de explicar a Bowles que los escarabajos no resollaban, algo que sí hacía, por ejemplo, Basket, su perro de lanas, pero no los escarabajos. Ya no digamos la ira que experimentó la señora cuando Bowles le atizó con «nubes purpúreas». «¿No ves que todo es falso?», le aclaró Gertrude, desesperada. Para no seguir ofendiendo aquella inteligencia selectiva Bowles tuvo que disculparse con el argumento de que lo había escrito sobre la marcha, al botepronto de la inspiración: «No sabía lo que escribía, le dije». La disculpa cayó en saco roto. «Sí, sí, pero después sí lo sabías —repuso inflexible la mujer, tal como Bowles lo recordaba muchos años después en sus memorias—; sabías lo que habías escrito y tenías que haber admitido que era falso».

Rafael Alberti siempre tenía a punto sus instrumentos de tortura para quien usara ante él la palabra «voluptuosidad», incluyendo sus derivaciones, si bien la palma se la llevaba la palabra «terruño», cuya audición se tomaba como una ofensa personal. «En toda mi obra, poesía o teatro, jamás encontraréis estas odiosas palabras —aseguraba—. Y me juro nunca manchar con ellas ninguna página futura». También Paul Valéry

tenía muy claras las frases de las que debía huir en su producción literaria, pero había una, no sé si por lo malo de la hora o por aversión a los títulos nobiliarios, que se llevaba la palma. «Yo —decía— no escribiré jamás: "La marquesa salió a las cinco"».

Quizás la fobia más rocambolesca de un escritor sea la de trabajar con las palabras, el hecho de que el idioma, rencorosamente feraz, haya parido tantas y las combinaciones sean dolorosamente infinitas, con el agravante de que, además, se coloquen tan seguidas unas de otras, como vagones de mercancía dispares entre ellos, sin posibilidad de encajar una dentro de otra, para que todas suenen a la vez, para que el mensaje llegue de sopetón, sin tanta sobreabundancia descriptiva. Esa era la fobia de Arthur Miller: las palabras, como para un domador lo sería un látigo o para un albañil la paleta de cemento. Así lo explicaba en sus memorias: «Incluso acaricié la posibilidad de aprender música con la esperanza de componer, porque el único arte en que podía darse la verdadera simultaneidad era la música. Las palabras no se organizan en acordes; tenían que pronunciarse en hilera, una detrás de otra». Todo un fastidio, ya lo creo.

LAS PERFIDIAS DE JUAN RAMÓN

Nuestro Juan Ramón sabía perfectamente dónde estaba ubicada cada letra en el alfabeto, pero de tanto mirar sus iniciales (J. R. J.) terminó doblándolas de puro aburrimiento, como si fueran los tenedores de Uri Geller. Así fue como las sustituyó en su firma por «K. Q. X.», «las tres letras más feas del alfabeto», según le expuso un día a Rafael Alberti. Superado el bache de sus iniciales, iba a la cabeza de su catálogo fóbico las visitas de conocidos y amigos. Le desesperaban las imprevistas, y estoy por jurar que las previstas también, molestándole como una piedra en el zapato, especialmente cuando estaba escribiendo. Prueba de ello es el puño alzado en amenaza que dejó visibilizado en uno de los aforismos que integran su libro *Ideolojía*: «¡Ladrones de tiempo y de silencio, seres amigos de innecesaria visita larga, que no os dais cuenta del tesoro que me robáis!». Zenobia Camprubí detallaba a Rafael Alberti el estupor de los invitados cuando, a unos metros de ellos, veían un biombo desplazarse sutilmente con el poeta en su envés tratando de cruzar del punto A al C sin pasar por el B, una letra que le escocía sobremanera. Cuando JRJ abandonaba el biombo era solo para tratar de igual a igual con otros escritores, a los que tributaba una manía selectiva en función de criterios domiciliares. Lo cuenta Alberti en *La arboleda perdida*. Fernando de los Ríos se santiguó cuando lanzó a un joven de 20 años llamado Federico García Lorca a casa

de Juan Ramón —por entonces de 37 años— para que lo conociera y, con todas sus consecuencias, se nutriera de su personalidad. Carta de Juan Ramón a De los Ríos en febrero de 1919: «Su poeta vino y me hizo una excelentísima impresión. Me parece que tiene un gran temperamento y la virtud esencial, a mi juicio, en arte: entusiasmo». Carta de Federico a sus padres al día siguiente de la visita: «Es un hombre muy neurasténico y muy entretenido... Me recibió con su bata negra con cordones de plata en una butaca estupenda (...). Me habló pestes de los poetillas jóvenes de Madrid».

Lo cierto es que a Juan Ramón le sobraban pestes por los cuatro costados y, a la hora de repartirlas, era generoso como nadie. Su ejercicio gimnástico favorito consistía en no dejar títere con cabeza, aunque sí al menos los intestinos, para revolvérselos. Cuando Azorín le regaló su último libro publicado, *El chirrión de los políticos*, a JRJ le indignó tanto aquella palabreja, «chirrión», que se vistió y se fue hasta su casa para devolverle en persona el ejemplar. Sin embargo, se olvidó JRJ del picotazo léxico cuando lo que recibió fue la mordedura de aquella serpiente que era la casa de Azorín. Los minutos que allí sufrió pasan por ser una de las experiencias más desagradables de su vida. «Vive en una de esas casas que huelen a cocido madrileño y pis de gato —escribía—. Duerme en el fondo de una cama con mosquitero y colgaduras encintadas en rosa, y sobre la mesilla tiene, como objeto que él seguramente considera de un gusto refinado, un negrito de escayola pintada». Cuenta Alberti a propósito de JRJ que «al visitar un día la casa de Pérez de Ayala rompió con él porque le mostró un cuarto con todo el techo colgado de chorizos y longanizas, detalle que le estremeció y no pudo perdonar nunca». A Ortega le achacó que conspirara contra todas las reglas del buen gusto al colocar sobre el piano una Venus de Milo de yeso de las que se vendían por veinte céntimos en La Cibeles. Fuera de las casas sus fobias tampoco parecían hallar descanso. A Eugenio D'Ors lo empezó a detestar desde que un día le saludara cortésmente por la calle quitándose el bombín, una prenda que a JRJ le parecía completamente ridícula.

A Rafael Alberti también le tocó su parte de estopa, y es que, corriendo noviembre de 1929, supo Juan Ramón que aquel había dado una conferencia vestido a camino entre clown y marinero, en la que, además, se había referido a él de forma despectiva. Juan Ramón no tardó en devolverle el dardo, untando la cabeza con el veneno más letal posible. Lo hizo en *La Gaceta Literaria*, y de forma tan cruel —«Por ahí anda, por todos los ahíes, tocándose los verdugones de talón celeste. "Estraordinario" él mismo en su gustoso alarde tontilocuente (etc.)» que Alberti, muy ofendido, no tardó en pedirle por carta explicaciones que Juan Ramón, faltaría más, le devolvió a

modo de guante: «Durante un año ha venido usted diciendo en *La Gaceta Literaria* que era usted tonto. Yo creía que, puesto que estaba usted tan contento y orgulloso de su hallazgo, le sería grato que se lo dijera». Visto estaba que el cubierto de cocina que con más gusto utilizaba, incluso para comerse unas anchoas, era el tenedor de trinchar.

Por muchos campos de Castilla que Antonio Machado hubiera obsequiado en verso, de él repelía a JRJ su descuidada forma en el vestir, empezando por aquella tosca cuerda con la que se ahorcaba la cintura en lugar de llevar un sencillo cinturón. Un día que Juan Ramón tuvo que hacerle una visita de cortesía en su casa de la calle Fuencarral, enfermo como estaba Machado, se juró no acercarse por allí jamás, asqueado de la suciedad y el desorden con que el poeta le combatió desde todos los frentes, recordando, por encima de todo, un «apestazo de olor difícil de soportar».

Lamiendo los talones a las visitas estaban, en segundo lugar, los ruidos. La percepción por Juan Ramón de que tenía toda la dentadura en su sitio le llegaba, principalmente, por conducto de los ruidos, que provocaban su rechinar de dientes, hasta el punto de que, lejos de consultar la cosa a un odontólogo, a quien lo hizo fue a su médico de cabecera, quien le aconsejó corcho para forrar las paredes y tapones para cerrar los oídos. Con aquellos elementos básicos terminó acudiendo al inventor español Torres Quevedo, quien le fabricó un aparato que actuaba de «papel secante de los ruidos», cuenta Gómez de la Serna en sus *Retratos Contemporáneos*.

¡QUÍTAME ALLÁ ESAS MÁQUINAS!

Las fobias a las máquinas no eran moco de pavo, sobre todo cuando se trataba de vehículos, aquellos artilugios poco menos que infernales nacidos del odio hacia la humanidad de aquellos ángeles caídos llamados Karl Benz y Gottlieb Daimler. Corriendo el año 1910 Joseph Conrad (53) se compró un Cadillac de segunda mano, supongo que con la intención de reforzar sus lazos con la Providencia, ya que conducía fatal, siendo varias las ocasiones en las que acabó dentro de una zanja o en la cuneta en su afán por explorar nuevos territorios. Su hijo menor recordaba años después que papá lo conducía «como si fuera un carruaje». En 1940 Vladimir Nabokov (41) se animó por fin a aprender a conducir, pero por más empeño que puso nunca lo consiguió. Decía tener pánico a resbalarse del asiento. El mismo irracional pavor tenía a los interruptores de la luz; de hecho, en sus clases en la Universidad de Cornell estaba más pendiente de ellos que de la pizarra, haciendo todo lo posible por no accionarlos para así no sufrir

descargas de corriente eléctrica.

Después de los automóviles era el teléfono el enemigo que concitaba mayores declaraciones de guerra. Nabokov se la declaró desde que lo escuchó sonar por primera vez, por mucho que careciera de electricidad, pero no de ondas malignas. Cuando necesitó algo de información sobre el rodaje cinematográfico de su *Lolita* le advirtió a Stanley Kubrick que de las llamadas telefónicas se ocuparía su mujer, Véra, prometiéndole, eso sí, permanecer a su lado todo el tiempo que durase la conversación. Es posible que Hollywood estuviera hecho para Nabokov, pero no Nabokov para Hollywood. Cuando corriendo la primavera de 1960 se acercó a los platós para inspeccionar el rodaje del film no reconoció a nadie, ni siquiera a Gina Lollobrigida. En cuanto a John Wayne no corrió mejor suerte. Cuando se lo presentaron, Nabokov le preguntó a qué se dedicaba para ganarse la vida. Wayne no exageró cuando le respondió: «Pues a esto del cine».

La fobia de Kafka al teléfono supone un acto de mística comunión con quien escribe estas palabras, solidarizándome al máximo con el checo. Recuerdos de su amante Dora Diamant: «Kafka mostraba rechazo frente al teléfono y sufría cuando sonaba. Yo tenía que responder a todas las llamadas. Creo que todas las máquinas y objetos mecánicos le inquietaban». Las mujeres parecían entender a la perfección la repulsa de los escritores a los teléfonos. Cuestión distinta es que la compartieran... En carta a su novia Ofélia Queiroz de 14 de septiembre de 1920, Pessoa (32) clamaba contra el yugo epistolar, comentando su preferencia por la conversación interpersonal, «salvo en el caso infame del teléfono, en el que las voces no tienen rostro».

La máquina de escribir también tenía su particular cuarto de hora en los cuentos de terror. Gertrude Stein escribió durante muchos años a lápiz en papeles sueltos que luego pasaba a bolígrafo en cuadernos escolares. Es cierto que tenía una máquina de escribir, pero no se atrevía a utilizarla, y cuando lo hizo para pasar a limpio su primera gran obra, *Three Lives* (*Tres vidas*), se puso tan nerviosa que desistió.

Stefan Zweig era selectivo en sus fobias tecnológicas, un poco como le ocurría a Rilke, que no las acotaba por el número de tornillos y teclas, sino por sus códigos de origen, deplorando sobre todas las demás «las cosas que venían de América» —del Norte, se entiende—. A Zweig le daba igual el país en el que se fabricaran las radios. Las odiaba todas, y para ello daba una extraña y artificiosa explicación que nada tenía que ver con los tímpanos, sino con su diabólico objetivo, que era estimular al unísono a la masa ciudadana de un conjunto de países en detrimento de la opción individual, pasando cada radioyente a formar parte del rebaño y a

convertirse en víctima de una «peligrosa pasividad». Incluso los dioses, y no los demonios, eran metidos en el ajo: «Contra semejante comodidad los dioses mismos luchan en vano», argumentaba dolorido.

EL GOTEO DE LAS CARTAS: UNA DESESPERACIÓN A MARES

¿Y qué se puede decir del engorro de la producción epistolográfica —englobo los diarios, por simpatía—, ese complejo conciliábulo entre el mundo exterior y el asesinato de la producción interior? Uno podía pensar que el tiempo perdido en esa producción iba en detrimento de la propia obra, pero gracias a ella tenemos todas las claves y referencias para detectar logísticamente la singularidad del escritor que había detrás, y la conmoción por ese descubrimiento no es menor que la sentida al zambullirse en sus obras.

Aun así hubo quien desde un inicio percibió el tintero y los sellos postales como huestes malignas enviadas por el diablo para deslizar serpientes por el agujero de la inspiración, convirtiéndolo así en un agujero excretor. Ralph Waldo Emerson tenía perfectamente controlada la tentación epistolográfica. En una carta de 7 de octubre de 1839 (36) dirigida a su amiga Margaret Fuller se disculpaba por adeudarle una respuesta a su última carta, desvelando que «rara vez las escribo, a menos que en ese momento mi creencia en la inmortalidad sea muy fuerte y, por lo tanto, me permita disponer de mi tiempo libremente».

En parecidos términos celebró Hemingway tener a todos sus conocidos mandados al cuerno. Viviendo en Cuba durante veintidós años, escribió allí, además de otros textos menores, tres novelas, entre ellas *El viejo y el mar*. Tan prolífica producción fue posible, entre otras cosas, a que no escribía una sola carta. En su sello de tinta tenía escrita esta divisa con el fin de evitar tentaciones: *I never write letters* (Nunca escribo cartas).

Lewis Carroll fue un claro ejemplo de esta fagocitación de la creatividad por ese agujero negro cósmico que es la epistolografía. Su sobrino contabilizó a su muerte 98.721 cartas entre las escritas y las recibidas, y ello de las que se tenga noticia. En una de ellas, fechada el 8 de mayo de 1879 (47), elevaba esta dramática distribución matemática: «Me parece que paso un tercio de mi vida recibiendo cartas y los otros dos tercios contestándolas». Carta de 14 de febrero de 1887: «Me paso la vida escribiendo cartas y empiezo a creer que la adecuada definición de “hombre” es “animal que escribe cartas”». Carta de 25 de abril de 1890: «Por lo general, llevo un retraso de unas setenta u ochenta, y a veces una

carta me lleva toda una tarde». Pero las de Carroll —al menos muchas de ellas— no eran cartas al uso de un célebre escritor, las que un genio dirige a otro genio o las propias del escritor a su editor; en las suyas invertía mucho tiempo y mucha tinta en niñas de corta edad. Como botón de muestra la que escribió en 1867 a la pequeña Annie Rogers tras olvidarse de acudir a una cita que tenía con ella: «Mi querida Annie. Esto es realmente horroroso. No tienes ni idea del pesar que me embarga mientras escribo. Me veo obligado a usar un paraguas para impedir que las lágrimas caigan al papel».

Si es que hay cifras que marean. A Rainer Maria Rilke se le calculan enviadas unas 24.000 cartas, mientras que André Gide tuvo unos dos mil destinatarios con los que cruzó en torno a 25.000. No quiero ni imaginar la producción literaria que se nos fue por tal desaguadero.

Paradójicamente, Katherine Mansfield es hoy más conocida por su *Diario* y por sus cartas que por sus obras de creación, por mucho que hubiera puesto tanto agrado en estas como desagrado y hasta repulsa en aquellas. Entrada de su *Diario* un 13 de enero de 1922 (32): «Heme aquí otra vez parada por culpa de las cartas que tengo que escribir. Las cartas son la maldición de mi vida. No me gusta escribirlas, y tengo que hacerlo. Si no lo hago, allí están como grandes barreras de remordimiento que me cierran el camino».

Metido en el año 1962 la fama de Salinger (43) era tal que se veía incapaz de responder a todas las cartas que recibía en su casa de Cornish, plagadas de adulaciones y variopintas peticiones, si bien hubo una que resultó ser indultada. Era la de un joven admirador que le trasladaba su disgusto con los valores materialistas de la sociedad adulta, analizando causas y consecuencias. Seguro que el chaval tenía más razón que un santo, pero las motivaciones de Salinger iban por otros derroteros, y es que observó con preocupación que la tinta de la cinta de la máquina de escribir del joven se estaba secando, urgiéndole a comprar una nueva. Del resto no dijo nada.

Había lectores que ponían a tiro la insolencia del escritor, que bastante deferencia tenía con perder su tiempo y el coste de un sello. A sus 79 años Hermann Hesse estaba para las tonterías justas, y así de claro lo dejaba a una lectora desconocida por carta de 19 de junio de 1956: «He comprendido perfectamente el tenor de su carta, pero no puedo contestar a sus preguntas. Son preguntas infantiles (...)». Un cuarto de siglo antes no tenía 79 años, pero sí la misma acritud. Así es como respondía a la carta de un jovenzuelo con aspiraciones literarias en noviembre de 1930: «No estoy en condiciones de asegurarle si será usted escritor. No hay escritores de 17

años, hoy menos que nunca. (...) Mis mejores deseos y un favor: no vuelva a escribirme hasta dentro de unos años». Dos años después, Hesse seguía haciendo amigos, en este caso otro adolescente: «(...) Ya he dicho demasiado. Medite sobre estas cosas. Pero no se le ocurra iniciar un intercambio epistolar. Yo no podría mantenerlo». Cuando el destinatario de las cartas era un niño, Hesse, de condescendencia solo sabía que se componía de cinco sílabas (*Ent-ge-gen-kom-men*). Armado de ella se dirigió a una niña el 31 de diciembre de 1947 tras darle una serie de consejos acerca del inminente desarrollo de su personalidad: «Habría podido usted leer esto en mis libros, sin molestar a este viejo, pero ya le he ahorrado el esfuerzo». El 28 de febrero de 1950 aguaba el sueño de un joven desconocido de 18 años: «(...) Por otra parte, me ha dificultado contestarle no poder abrigar la esperanza de corregir sus vicios en cartas posteriores, pues tenga por seguro que esta es la primera y la última que le escribiré». En fin, si alguien quería recibir una carta de Hesse para pasar con ella por un arco de triunfo nada había como escribirle tocándole los dioses, y si no véase su monumental cabreo corriendo el año 1950 al dirigirse a una monja suiza en respuesta a una carta suya en la que mantenía que solo estaba vivo el Dios de los cristianos y muertos todos los demás: «Su comunicación me parece algo superflua, algo así como si en abril alguien viniera para informarme de que estamos en primavera y en octubre que ha llegado el otoño (...). No le asiste el derecho de expresar esa frase errada, insensata y presuntuosa».

Harto ya de su condición de Sísifo epistolográfico, confesaba a su amigo Thomas Mann en carta de finales de octubre de 1951: «Las tarjetas postales son en verdad una de las mejores invenciones que Alemania brindó al mundo». A pesar de todo, ese gruñón Mr. Scrooge recibía, excepcionalmente, alguna perla que no dejaba de ser la sal de la vida entre tanta acidez estomacal, como la que, un tanto divertido, trasladó a Mann en esa misma carta: «¡Oh, sí, cuánto nos traen las cartas! En cierta ocasión me escribió un librero de Berna que uno de sus clientes, un obrero de Emmental, le había encargado mi libro *Ensueños* y a los pocos días se lo devolvió con la siguiente observación: "Jamás cayó ante mi vista tan reverenda majadería"».

William Faulkner logró aunar lo cortés y lo valiente en la correspondencia que se vio obligado a mantener a partir de 1944 (46) si es que quería fidelizar a sus lectores, teniendo como tenía ya por entonces publicada toda la obra que lo llevaría al Nobel cinco años después. El escritor admitía recibir dos tipos de correspondencia: la de quienes le escribían para pedirle dinero y la de quienes lo hacían para quejarse de que

sus libros no se entendían. Resolvió la encrucijada en una carta de 7 de mayo de 1944: «Tengo decidido contestar “No” a los primeros y “De acuerdo” a los segundos».

EL *ULISES*: ¿UNA PATATA CALIENTE QUE QUEMA O UN HIERRO CANDENTE QUE MARCA?

Sabido es que la letra con sangre entra, pero determinados títulos, por muy asentados que estén en la historia de la literatura, no lo logran ni con la ayuda de un canal endoscópico. El *Ulises* de James Joyce se lleva la palma, y es que pocos libros han logrado ser el centro de tanta atención, una atención oscilante entre la devoción y la evisceración, cuando no la eventración hemorroidal. Joyce no se complicó la existencia cuando en una ocasión le preguntaron por qué había escogido como plantilla para su obra *La Odisea* de Homero, limitándose a contestar que era «su forma de trabajar».

De la misma naturalidad y capacidad de síntesis se valió ante Carl Gustav Jung cuando este le preguntó cómo se veía a sí mismo, contestándole que como «un hombre de escasa virtud, inclinado a las extravagancias y al alcoholismo». Aquel libro era como una pared a través de la cual Jung y Joyce eran incapaces de entenderse con palabras, lográndolo solo a golpecitos, como presidiarios en celdas contiguas. Por tratar de normalizar su relación, Jung llegó a escribir un prólogo a la traducción al alemán del libro que Stuart Gilbert había escrito comentando el *Ulises*, pero dicho prólogo dejó mucho que desear, no solo porque desarropaba las carencias del psiquiatra en la intelección de la obra, sino también porque dijo de ella que lo mismo se podía leer de atrás adelante que de delante hacia atrás, rematando la fórmula algebraica con otra de cierre, al sostener que era, sin duda, la obra de una mente esquizofrénica. Cuando Joyce leyó el prólogo escribió un telegrama al editor con este lacónico texto: «Ridículo publicándolo». En lo que a Jung respectaba, le sugirió como remedio casero que cambiara de bebida de cara a disfrutar un poco más de los libros, en especial de los suyos. Jung cogió la indirecta y reescribió el prólogo para la siguiente edición, rebajando el tono y enviándoselo antes al escritor con una carta que Joyce calificó de «imbécil». Andaba en aquel momento Samuel Beckett por la casa, recordando que cuando Nora leyó la carta confirmó a su marido que el tal Jung no conocía en absoluto a las mujeres.

Las cosas resultaron muy distintas con Paul Léopold Léon (54), al que James (46) conoció en 1928, llegando a nacer, e incluso a cimentarse, una

estrecha amistad quizás gracias a que este no se había leído el libro de marras. En la década de los años treinta, Léon recibió en su casa la visita casi a diario de Joyce, actuando como un secretario suyo en la sombra, llegando a contestar en su nombre cartas e incluso suplantando su firma, todo sin querer recibir a cambio ninguna retribución más valiosa que la simple compañía del gran escritor, del que Léon alimentaba su espíritu. Los acompañaba siempre Lucie, esposa de Paul Léopold, quien se había enamorado al instante de su marido viéndolo bailar en una playa de Finlandia. Léon se jactaba ante todos de haber llegado hasta el centro neurálgico de Joyce sin necesidad de leer el *Ulises* y habiendo atacado *Finnegans Wake*, si bien admitiendo no haber entendido absolutamente nada. Paul Léopold suplía aquella carencia con una amplia dotación de ciencia infusa, ya que, al igual que casi todo el mundo, decía estar convencido de que ambos libros eran dos obras maestras. El 3 de junio de 1930 comunicaba por carta a su hermano que estaba trabajando para Joyce: «(...) Probablemente el nombre no te diga nada, pero es del grande, del más grande escritor de nuestro tiempo. Y, sin embargo, escribe de un modo que nadie entiende ni puede entender». De las pocas ventajas que supuso para Joyce morirse en enero de 1941 fue quedarse sin conocer cómo siete meses después, en su criba de judíos por todos los rincones de París, la Gestapo arrestaba a quien se había jugado por él la vida en numerosas ocasiones cruzando con una carretilla el Sena tras los toques de queda para rescatar los miles de legajos que el escritor se había dejado en su casa tras huir a Zúrich a finales de 1940. Tras su detención Léon fue deportado a los campos de internamiento de Drancy y de Compiègne para, finalmente, ser ejecutado el 4 de abril de 1942 en un traslado desde Auschwitz a Birkenau.

Sea como fuere, el libro cayó como un meteorito destinado a extinguir los dinosaurios que aún permanecían escondidos en las conciencias tradicionales adocenadas en secuencias del tipo A-B-C-D y hacer de ellas una sopa de letras. Ya antes de escribir la primera línea Joyce intuía sobradamente la monstruosa criatura que iba a engendrar; tenía el libro perfectamente diseñado y con él pretendía romper la estructura genética vigente hasta el momento aportando un conglomerado seminal radicalmente nuevo. Así se lo hacía saber a la editora y activista Harriet Weaver: «El trabajo, que me impongo técnicamente de escribir un libro con dieciocho puntos de vista distintos y otros tantos estilos, todos parece que desconocidos o no descubiertos por mis colegas de profesión, más la naturaleza del argumento, bastará para alterar el equilibrio mental de cualquiera». En definitiva, el *Ulises* fue un ventilador. Unos lo aceptaron como un generador de aire fresco en las cavidades más enrarecidas de la

literatura y otros como un aspersor de aguas fecales. La lista de voluntarios para opinar es ingente, y los comentarios patibularios: en unas ocasiones Joyce es el heroico verdugo, en otras el infeliz condenado.

Vladimir Nabokov adoraba el *Ulises*, pero detestaba *Finnegans Wake*. Graham Greene consideraba *Ulises* y *En busca del tiempo perdido* las únicas novelas del siglo XX que podían tratar de tú a tú a los gigantes del siglo XIX, algo con lo que Philip Roth seguramente no estaba de acuerdo, teniendo en cuenta su incapacidad absoluta durante varios veranos consecutivos para pasar de la página 60 de *Por el camino de Swann*. André Gide sostuvo que se trataba de una falsa obra maestra y se opuso a editarlo en Francia. Paul Claudel se limitó a devolver el manuscrito a Sylvia Beach, quien a la postre sería la futura editora de la obra, ya que ningún editor lo quería ni siquiera como entremés. John Dos Passos se lo agenció precisamente en su librería, donde, al parecer, «incluso estreché la fláccida mano de un individuo pálido e indiferente con gafas oscuras sentado junto a la estufa de Shakespeare and Company; *miss* Beach me aseguró que era James Joyce». Dos Passos se lo llevó envuelto y lo consumió en un camarote de tercera de un trasatlántico. En sus memorias sentenciaba la obra un poco a la gallega: «Algunos pasajes me aburrieron y otros me parecieron magníficos», criterio cuya blandura coincidía con la de T. S. Eliot, quien recién publicado el libro confesaba a Virginia Woolf que en todo él «no había una gran idea». Finalmente, Eliot se quitaría la cota de malla y se ofrecería a Joyce a pecho descubierto cuando comentó a la misma Woolf cómo podría aquel hombre ser capaz de escribir cualquier otra cosa en lo que le restaba de vida tras «conseguir el tremendo prodigio que es el último capítulo». Aquel amerizaje oceánico de Eliot no impresionó en gran cosa a Woolf, quien, vendiendo sus metáforas al peso de la sorna, no tuvo ningún reparo en tildar en su diario aquel libro como «carente de educación», «obra de un obrero autodidacta» y también «de un escrupuloso universitario que se rasca los granos».

Bernard Shaw puso lo peor de sí mismo para leer algo del *Ulises* y, por contra, lo mejor de sí para describir por carta a Sylvia Beach las campanadas intestinales que le había provocado la experiencia: «He leído algunos fragmentos del *Ulises* publicados en forma de serial. Constituyen una asquerosa muestra de un momento repugnante de nuestra civilización, pero sin duda son reales; me gustaría rodear Dublín con una barrera de seguridad, y también a todos los hombres entre los quince y treinta años; obligarlos a leer toda esa hedionda e indecente mofa y obscenidad mental (...)». Parece mentira que ese Shaw fuera el mismo que escribió al director del *Picture Post* una carta el 3 de junio de 1939 en la que refutaba la

leyenda de que había quemado su ejemplar del *Ulises* tras leerlo, para poder purificar su alma y sus sentidos, embotados por el asco. He aquí una parte: «(...) Como he pasado de siete a ocho mil días en Dublín, comprendí tanto el realismo como la poesía del libro. No lo quemé; no me asqueó. Si alguna vez Mr. Joyce quisiera que yo testificara que es autor de una obra maestra literaria lo haría con toda la intensidad de que fuera capaz, y con sincero entusiasmo». No era elogio este de corto recorrido teniendo en cuenta que Shaw, al igual que Yeats, no había sido capaz de terminar el libro. En fin, como Joyce llevaba exactamente nueve años muerto ya no tuvo Shaw reparo alguno en escribir a Beach una carta en la que casi se ufanaba de no haberlo conocido en persona, como también de no haber «tenido tiempo de descifrar *Finnegan's* (sic) *Wake*». Ni siquiera sabía escribir el título...

Por el mismo camino dinamitado de Shaw iba el hermano de James, Stanislaus, cuando a mitad del *Ulises* le escribió por carta un 7 de agosto de 1924: «(...) Conforme los episodios van haciéndose cada vez más largos tratas de meter en ellos todo lo que sabes sobre todos los que aparecen o sobre todo lo que sale; es entonces cuando se acaba mi paciencia».

Si la aversión de Shaw por el *Ulises* ya se ha visto estaba hecha de arenisca, la de H. G. Wells se reveló granítica, y es que, de haber dado un paso atrás en su crítica ponzoñosa de la obra, lo habría sido para dar una coz. Ambos escritores, Joyce y Wells, llegaron a conocerse y hasta entenderse, si bien confundiendo Joyce alfilerazo con flechazo cuando, cándido él, pidió ayuda al otro para la difusión en Inglaterra de su *Finnegans Wake*, que por entonces aún se titulaba provisionalmente *Work in Progress*. Wells se la negó con soltura en una carta de 23 de noviembre de 1928 donde lo más bonito que le dijo se lo reservó para el encabezamiento: «Mi querido Joyce». A partir de esos tres pétalos de rosa todo eran castañazos, encañonando el inglés al irlandés con su «monstruoso sistema de contradicciones», si bien reconociéndole su «poderoso genio expresivo aun fuera del control de la disciplina» y recriminándole «haber dado la espalda a la generalidad de los hombres». ¿Para qué? ¡Para terminar obteniendo tan solo un cúmulo de «enormes acertijos»! Cerraba la diatriba negándole lo más precioso para él, que era el poco tiempo que le quedaba por vivir, tirando aquí por lo corto, ya que aún tenía diecisiete años por delante para retractarse, lo que no llegó a hacer. La puntilla la puso antes de la firma, donde se apenaba de sus seguidores: «Que ellos gocen de su experimento. Para mí es una vía muerta».

Cuando el crítico inglés Edmund Gosse tenía un mal día cogía papel y bolígrafo y lanzaba diatribas contra Joyce para desahogarse. En una de las

cartas lamentaba haber ayudado durante la guerra a un tipo como él, un tipo que, tras leer uno las cosas que escribía, solo podía colgarse en la percha de peor condición: «Mr. Joyce no puede publicar ni vender sus libros en Inglaterra debido a su obscenidad. Por ello publica una edición privada en París y cobra un precio altísimo por cada ejemplar. Es una especie de Marqués de Sade, pero escribe mucho peor (...); es un charlatán literario del tipo más extremo». D. H. Lawrence se leyó el *Ulises* para formarse una opinión y lo que se le formó fue un cúmulo de flemas que iba liberando bajo el grifo del lavabo. Comentario a su esposa: «La parte final es lo más sucio, indecente y obsceno que se haya escrito. Lo es, Frieda... Es asqueroso». Aldous Huxley, amigo íntimo de Lawrence, se puso un guante de látex y metió el dedo en el *Ulises* hasta donde le dio. El primer tufo le llegó con las tiradas periódicas de la americana *Little Review* antes de su publicación completa en 1922 y poco faltó para reclamar una fumigación completa por el bien del interés público: «Tiene, por cierto, un ligero aroma de excremento; cosa que no está del todo mal». Aparte del comentario coprofílico, encontró a la obra una indudable utilidad didáctica, al ser «una demostración muy amplia de cómo no se debe escribir una novela». Hemingway, apostando por el triunfo de lo novedoso, dijo: «Joyce ha escrito un maldito espléndido libro». El papá de James estaría muy de acuerdo con Hem. Cuando su hijo envió un ejemplar a su hermano Stanislaus lo interceptó su padre y, movido por la curiosidad morbosa más que por hambre literaria, le dio por leer algunas partes del libro. El comentario a su hija Eva fue: «Es una especie de sinvergüenza simpático».

Truman Capote mencionaba haberlo leído con 15 o 16 años, no recordando que le hubiera causado mucho placer. Yeats concedió al libro una segunda vida, después de matarlo en su primera lectura, para terminar confirmando que era la obra de un genio. No desperdició la ocasión de decírselo en persona tras organizar a finales de 1922 una cena a tres bandas matrimoniales: los Yeats, los Pound y los Joyce. Casi nada. Habiendo leído algunas partes recién salidas de imprenta brindó por James como ejemplo de «fuerza irlandesa» que había alumbrado para el mundo «páginas llenas de belleza» gracias a su «mente cruel y juguetona, como la de un tigre suave». Tras prometerle abordar de cabo a rabo el resto del libro, Yeats se bajó de la parra en una carta dirigida a la novelista Olivia Shakespear el 28 de junio de 1923, confesándole que no había sido capaz de terminarlo. A George Orwell le fascinaba. Carta a su amiga Brenda Salkeld: «El hecho es que Joyce me interesa tanto que no puedo dejar de hablar de él una vez que empiezo».

Virginia Woolf, como el común de los mortales, llegó a la página 200

y no supo si podría seguir, confesando que de todo lo leído solo le habían atraído «los dos o tres primeros capítulos», mientras que el resto le hizo sentirse «aburrida, irritada y desilusionada como un estudiante mareado que se rasca el acné» (apunte en su *Diario* el 16 de agosto de 1922, medio año después de su publicación por Sylvia Beach). No entiende apenas nada, y mucho menos las coyunturas fisiológicas que salpican no pocas páginas y contra las que despotrica: «Primero hay un perro que orina, luego hay un hombre que se tira pedos (...)». Sin embargo, Virginia resuelve terminarlo y lo logra el 6 de septiembre de ese mismo año. Sentencia: «Terminé *Ulises* y lo considero un fiasco. Genio tiene, creo; pero de agua inferior. El libro es difuso. Es salobre. Es presuntuoso. Es maleducado, no solamente en sentido obvio, sino en el sentido literario (...). No se obtiene una herida mortal en plena cara, como de Tolstoi, por ejemplo. Pero es totalmente absurdo compararlo con Tolstoi». Unos días después: «Lo he terminado ya... Mi martirio ha cesado. Espero poder venderlo por 4,10 libras». ¡Qué distinto con el cuadro diferencial que había manejado en la era pre-*Ulises*, donde lo que se decía en una línea cuadraba con lo que se decía en la siguiente e incluso las historias tenían ese perímetro del alma llamado moraleja! Véase lo que anotaba en su *Diario* solo dos años antes, mientras escribía su tercera novela, *El cuarto de Jacob*: «Lo que hago está probablemente siendo mejor realizado por Mr. Joyce». La sombra de Joyce era alargada, ciertamente: «¡Ah, si yo pudiera escribir así!», suspiraba en una carta de 4 de noviembre de 1920 (38). Sin embargo, quedó desconcertada por la ambivalencia crítica de su amiga Katherine Mansfield, que empezó la lectura de *Ulises* como cualquier animal de los que viajaban en el arca de Noé y la terminó como un bicho raro y dudosamente catalogado: «Comenzó a leerlo, ridiculizándolo, y de pronto dijo: "Pero hay algo en esto: una escena que supongo podría figurar en la historia de la literatura"» (*Diario* de Virginia Woolf, 15 de enero de 1941).

A Scott Fitzgerald le causaba temblores de emoción no ya desde la primera página, sino desde el mismo envoltorio. Carta al periodista Edmund Wilson de mayo de 1922: «Todavía no he leído el *Ulises*, pero me muero por leerlo (...). ¿No sabes dónde puedo conseguirlo a cualquier precio?». Lo consiguió, lo leyó, no le llenó, le desazonó el hecho de que estuviese ambientado en Irlanda y no en Norteamérica, haciéndole sentir su lectura «espantosamente desnudo» por la agria sangre irlandesa que corría por sus propias venas y que «le deprimía intensamente». A William Faulkner tal fue la impresión que le causó su lectura que se arriesgó a llevarlo en su viaje de novios, obligando a Stelle a leerlo no una vez, sino dos, por si en la primera se le habían escapado cosas, tal como ella misma

declaró en una entrevista hecha en 1931.

El sesudo análisis de Henry Miller sobre el *Ulises* se tradujo en este sabio consejo a su amiga Anaïs Nin: «Cuando leas a Joyce no te preocupes por saltar capítulos». García Márquez cometió el error de leerlo sin atender a su reloj biológico, y es que, a sus 18 años un amigo suyo estudiante de Derecho le dejó un ejemplar «que leí a pedazos y tropezones hasta que la paciencia no me dio para más. Fue una temeridad prematura». Solo años después le dio una segunda oportunidad «y no solo fue el descubrimiento de un mundo propio que nunca sospeché dentro de mí, sino además una ayuda técnica invaluable para la libertad del lenguaje, el manejo del tiempo y las estructuras de mis libros».

¿¡QUE *YO* HE ESCRITO *ESO*!?

La fobia *contra natura* que se llevaba la palma era la que despertaban los libros de uno mismo, por mucho que se hubieran coronado con más hojas de laurel de las que llevaba Calígula en sus paseos por las calles de Roma para que nadie le viera la calva. Por ejemplo, ¡quién iba a decir que Flaubert acabaría maldiciendo su *Madame Bovary* después del éxito que cosechó y de los años de trabajo que le llevó! Tiempo después de su publicación aseguraba que, si no fuera porque necesitaba el dinero para comer, prohibiría ya más ediciones de la obra por estar devorando la atención del público en detrimento de sus novelas posteriores, que él consideraba del mismo lustre, cuando no aún más brillantes, empezando por la que era su favorita: *La educación sentimental*. El propio Flaubert, en su línea de queja permanente, estaba consternado por cómo le iban las cosas a *Salambó*, su segunda gran novela después de *Madame Bovary*. De hecho, inmerso en el capítulo 13 de los 15 previstos escribía a los hermanos Goncourt: «Me parece que *Salambó* es aburrida, como para reventar de aburrimiento». Los Goncourt tuvieron ocasión de presenciar parte de la escenografía creadora, quedando ingratamente sorprendidos por «su manera de declamar a voz en cuello su novela a medida que la iba escribiendo, desgañitándose mientras agota el agua contenida en varias jarras».

Turguéniev compartía con su amigo Flaubert ese mismo maniqueísmo creativo: lo que no era una obra maestra era bodrio maestro. El año 1876 sorprendió al ruso (55) escribiendo su novela *Tierras vírgenes*. Corrigiendo el manuscrito una vez terminado comprobó que lo único virgen que allí había era el paisaje; en cuanto a la calidad literaria, era un páramo. Carta a Flaubert de 12 de diciembre: «Corrijo las pruebas de mi novela que me han

enviado desde San Petersburgo y la encuentro vulgar, insignificante».

El poema «*Oh Captain, my Captain!*», integrado en *Hojas de hierba* y escrito a la memoria de Abraham Lincoln tras su asesinato, es sin duda el más famoso de la serie, lo que no obstó a que fuera centro de burlas por los críticos debido a su muy básica estructura métrica, hasta el punto de que Whitman llegó a confesar a su amigo Horace Traubel: «Casi siento haber escrito ese poema».

De que T. S. Eliot terminara poniéndose de perfil ante su magno poema *The Waste Land* tuvo buena culpa su amigo Ezra Pound, profundo admirador de su obra, que vio en aquel manuscrito la posibilidad de besar la cola de una sirena o de abrillantar el cuerno de un unicornio, asumiendo en su revisión un protagonismo más que excesivo: invasivo. El mismo Eliot aseguró que el manuscrito había pasado hasta tres veces por el cedazo de Pound, cribándolo desde el principio hasta el final y guiando al cándido e inexperto autor a través de las numerosas tachaduras con que fue emborronando la copia puesta a su disposición, llegando a imponerle la supresión de partes completas por no ser adecuadas en unos casos, ser superfluas en otros o, en ocasiones, «por no ser lo suficientemente fuertes». Lo que Pound consiguió a base de inocularse como un veneno en la obra de Eliot fue que el talante depresivo de este se curvara peligrosamente, terminando por repudiar su poema, hasta el punto de que, publicado en Reino Unido corriendo el año 1922, escribía al poeta británico Richard Aldington que *The Waste Land* era una cosa del pasado. Aún ocho años después confesaba a McKnight Kauffer, el ilustrador del libro, cómo trataba de evitar a toda costa que su actual producción poética llevara la marca de aquella obra. De hecho, cuando supo que los críticos celebraban aquellos 434 versos como la expresión del desengaño de una generación, en concreto, la de la posguerra, Eliot salió al paso diciendo que aquello era «una tontería».

Cuando George Orwell pasaba a máquina lo corregido no dejaba espacios en blanco entre línea y línea, sino cortafuegos, tal era su tentación de quemarlo todo a medida que avanzaban las hojas. No es frecuente que el peor enemigo de un escritor sea la autocomplacencia, pero Orwell rompió todos los moldes. Contra su cuarta novela, cuyo título era *Keep the Aspidistra Flying* (en español traducido con esta pujanza: *¡Venciste, Rosemary!*), despotricó con la experiencia que le daba haberlo hecho con las tres anteriores. Tras obtener con esta cuarta un aluvión de críticas que convertían en un chiste el título, a Orwell no le quedó otra salida que aludir a ella como «una tontería escrita para ganar dinero», según admitió en unas notas tomadas años después, en marzo de 1945. Ya Orwell había abjurado

de su primera novela, *Down and Out in Paris and London* (*Un indigente en París y Londres*), pidiendo a su amiga Mabel Fierz que se deshiciera del manuscrito, lo que por suerte no hizo, de ahí que ya no le mandara el manuscrito de la segunda (*La marca*), para evitar la traición con el primero, prefiriendo enviarlo a su agente literario para que hiciera con él lo que le viniera en gana en un abanico de posibilidades que comprendía desde la publicación hasta la quema. Lo dejó claro con la carta adjunta al envío el 26 de noviembre de 1933: «Me pongo enfermo solo de verla. Esperemos que la próxima salga mejor». Esta tercera resultó ser *La hija del reverendo* (1934). Más de lo mismo. Cada vez que Orwell terminaba una novela se alimentaba de mecha. Carta a su editor: «Era una buena idea, pero me temo que la he echado a perder». Carta a su amiga Brenda Salkeld: «No creo que nadie la quiera publicar, y si se publica no se venderá».

Algo así debió de intuir James Joyce cuando llamó a varias puertas con su *Ulises* bajo el brazo y comprobó, por los comentarios de los editores, que el manuscrito necesitaba una buena capa de desodorante. Pero finalmente se publicó, y su olor pecaminoso se extendió por buena parte de Europa y Norteamérica, así que Joyce se cansó de su libro, porque nació de pie y con bigote, preparado para sobrevivir por sí mismo en las circunstancias más adversas. El caso es que llegó a estar tan centrado en *Finnegans Wake* que no permitía a nadie hablar en su presencia del otro, para no distraerlo de los nuevos horizontes.

Las inseguridades de Virginia Woolf tenían algo de selección antropofágica porque se comían lo mejor de sí misma. Incansable tejedora de esa red que la atrapaba cada vez que confrontaba la obra de alguien cercano a cualquiera de las suyas, fue presa de ella cuando superpuso *Reina Victoria*, de su amigo Strachey Lytton, a su novela *Lunes o martes*. Consecuencia: «Soy un fracaso como escritora. Estoy fuera de moda, vieja; no voy a mejorar, no tengo cabeza (...)» (*Diario*, 8 de abril de 1921). ¿Vieja? Gozaba de 39 años, aunque quince después llegaba la última de sus obras maestras sin que nada hubiera cambiado. *Diario*, enero de 1936: «Rara vez he sido más desdichada que anoche alrededor de las 6.30, releyendo la última parte de *Los años*», y es que el libro le parecía un cúmulo de «tonterías insignificantes (...), un cuchicheo trasnochado (...) alarde de su propia decrepitud». Llegado el mes de junio la autora aún seguía con el cuadro de rumiaciones, sintiendo su cabeza como «un pudin hervido» y viviendo «como un gato pisando huevos», incapaz de desprenderse siquiera por un momento de una «sensación de completa desesperación y fracaso». Sin poder soportar tanta mediocridad, terminó rogando a su marido que quemara el manuscrito, pero, en lugar de ello,

Leonard prefirió quemarse las pestañas dándole lectura de cabo a rabo, tras lo cual se negó a cumplir la voluntad de su esposa aduciendo que era un libro «extraordinariamente bueno», aún mejor que *Las olas*. La despiadada incredulidad de Virginia fue vencida por la piadosa mentira de Leonard. Entrada en su *Diario* del 5 de noviembre de 1936: «Leonard bajó la última hoja alrededor de las doce de la noche; y no podía hablar. Estaba llorando. Dice que es "un libro muy notable"... Le gusta más que *Las olas*». Años más tarde Leonard confesaría en sus memorias que no había tenido más remedio que mentir a su mujer para salvaguardar su inestable equilibrio. El 31 de diciembre, después de practicar dos grandes cortes y unas cuantas correcciones, Virginia enviaba el libro a la imprenta. Las críticas fueron bendicentes y supusieron su lanzamiento definitivo a la fama. Anotación en su *Diario*: «Ese es el logro de mis 55 años». A mediados del año 1937 era el libro más vendido en Estados Unidos, compitiendo en rankings con *Lo que el viento se llevó* y recibiendo felicitaciones de todos los rincones de América del Norte, entre ellas la de William Faulkner.

Su amiga Katherine Mansfield padecía de la misma sinceridad salvaje cada vez que se vestía de escritora y ponía ante el espejo sus obras. Entrada de su *Diario* el 2 de enero de 1922 (33) con su novela *The Dove's Nest* asomando por el escote: «Esto está muy mal. Estoy asqueada de mí misma. Tiene que haber un cambio inmediato. Lo que más admito en Jane Austen es que cumple lo que promete. Por ejemplo, si ha de llegar T. nos da su llegada con todo detalle, y la escena es excelente y supera nuestra expectativa».

Cuando Curzio Malaparte seguía bajo los efectos de la oxitocina en el paritorio miraba de reojo a *La piel*. Intuía que había alumbrado un buen libro, pero las luces con las que nació, que él tenía contabilizadas como las justas, se le fueron de las manos cuando meses después deslumbró a críticos y lectores, todo ello mientras el autor se declaraba incapaz de entender cuál era la clave de tan clamoroso éxito. Carta a su amigo Orfeo Tamburi de 27 de febrero de 1950: «Sé perfectamente que *Kaputt* vale más que *La piel*. ¿Por qué, entonces, todo este jaleo por *La piel*, que no vale una uña de *Kaputt*? Para mí es un misterio». Es posible que Blaise Cendrars fuera de su misma cuerda. Malaparte lo admiraba por su novela *El oro*, mientras que Cendrars admiraba a Malaparte por su *Kaputt*. Malaparte invitó a Cendrars a visitarlo en su villa de Capri, visita que Cendrars excusó por quehaceres intempestivos, si bien premiándole con este recado de consolación: «He leído *Kaputt*. Es genial y repugnante. También yo creo que la civilización está jodida» (carta de 11 de febrero de 1947). Poco después Cendrars publicaba *Bourlinguer* con esta dedicatoria en el capítulo

dedicado a Nápoles: «Al repugnante y genial Curzio Malaparte, autor de *Kaputt*», y es que no olvidemos que *Kaputt* fue condenada a partes iguales por la ciudad de Nápoles y por la Iglesia, haciendo frente común para declararle *persona non grata* y proponiendo para él la condenación al fuego eterno.

Marguerite Duras llegó a tratar a patadas su novela estrella, *El amante*, básicamente por las discrepancias que mantuvo durante su rodaje cinematográfico en el año 1991 con el director Jean-Jacques Annaud. Quizás con la intención de echarle atrás en una aventura que iba a pecar más de peripecia que de arte, la autora lanzó al navegante este aviso: «*El amante* es una mierda. Es una novela de quiosco de estación. La escribí borracha». Sin embargo, cuatro años después, un 18 de septiembre de 1995, Duras lo veía comiendo en un restaurante, se acercaba a él, se saludaban con dos besos y ella le decía al oído: «He ido a ver tu película. Es fantástica».

Hasta para William Faulkner sus propias obras podían resultar un peñazo, pero era su particular estilo, y con él tenía previsto cruzar los mares literarios sin intención de desembarcar. Carta a su agente Ben Wasson en septiembre de 1932: «Acabo de terminar la lectura de las galeradas de *Light in August*. No encuentro nada que esté mal. Quiero que quede como está. Se trata de una novela, no de una anécdota; por eso parece tal vez pesadísima». Cuando Random House le encargó en 1946 un prefacio para una edición conjunta de *El ruido y la furia* y *Mientras agonizo*, el escritor hizo cuanto estuvo en su mano para salir por patas. No solo se sentía incapaz de abordar una introducción, por no saber cómo empezarla ni cómo acabarla, sino que aborrecía enfrentarse a aquellos libros tantos años después de su publicación, tan inmutables ellos y tan cambiado él... Carta a su amigo y biógrafo Malcolm Cowley de 18 de febrero de 1946: «No quiero volver a leer *El ruido y la furia* (...). A la edad de 30 años yo no conocía a estos personajes como los conozco a los 45 (...). Creo que tenía 28 años cuando escribí el libro. Son casi 20 años». Ante aquel cerrojazo el editor intuyó que solo una persona podía tener la llave maestra para abrir en el campo aquella puerta: Hemingway. Segundo cerrojazo de Faulkner por carta de 22 de marzo de 1946: «Me parece de mal gusto pedirle que escriba un prólogo a lo mío. Es como pedir a un caballo de carreras que a la mitad de una competición haga propaganda de otro caballo».

No fue precisamente fobia, sino desconcierto lo que sintió Miguel Mihura cuando le preguntaron por qué había situado en Murcia al señor de su *Ninette y un señor de Murcia*. Su respuesta fue que no sabría explicarlo. De hecho, ni siquiera conocía Murcia, y hasta tuvo que pedir información

variada a algunos lugareños para centrar los detalles de la historia. Por cierto, algunos murcianos le escribieron reprochándole que la promesa toponímica del título quedara desmentida en las tripas, ya que apenas se hablaba de la región.

TOPÓNIMOS CONTAMINANTES

Dadas las decenas de miles de kilómetros cuadrados que tienen los países no es descartable que, cuando se recorrían palmo a palmo, muchos de esos palmos terminaran en la frente a modo de palmadas, y es que para algunos escritores la basura espacial no estaba precisamente concentrada en el universo...

Cuando Dostoievski y su segunda y definitiva esposa, Anna Grigórievna, abandonaron San Petersburgo en la primavera de 1867 para emprender un viaje de tres meses por Europa —viaje que, finalmente, se prolongaría por cuatro años y tres meses...— hicieron una primera parada en Berlín, como terapia de choque contra el odio que el escritor sentía por Alemania y por los alemanes, en especial por un señor que por entonces tenía 54 años y atendía al nombre de Richard Wagner. El matrimonio Dostoievski podía escuchar, y hasta complacerse, con música de ilustres germanos como Beethoven y Mendelsshon, pero cuando se abría la caja de Pandora y sonaba la música de Wagner no le invadía el deseo de invadir Polonia, sino su domicilio particular y arrasarlo por completo, a ser posible con Wagner dentro. De hecho, cuando la orquesta se disponía a tocar algo de él Dostoievski abandonaba la sala como alma que lleva el diablo y no regresaba hasta haber expirado la última nota, incapaz de soportar a «ese tedioso canalla alemán, aunque sea famoso».

Goethe era otro de los que guiñaban el ojo a Tácito por poner a caer mucho más de una ventana que de un burro a los alemanes en su *Germania*. Esto es lo que en 1870 escribía al compositor berlinés Johann Friedrich Reichardt, con quien, paradójicamente, tenía proyectado fundar un teatro: «Los alemanes son, en general, gente concienzuda y seria, pero no tienen ni la más ligera idea de lo que significa originalidad, imaginación, carácter, unidad y representación de una obra de arte. Lo que puede resumirse en pocas palabras: carecen de gusto».

William Faulkner, al igual que Chopin y otros muchos, tomó aire y se preparó para lo peor antes de poner el pie en Londres cuando viajó desde París en octubre de 1925 (28), no encontrando mejor desahogo para aquel ahogo que escribir a mamá: «Londres resulta terriblemente caro. Me marcho mañana. Sí, claro, llegué esta mañana con la niebla de costumbre.

La cosa no solo es grasienta, sino que está llena de humo de carbón: peor que Pittsburgh en cuanto a estropearse la ropa». Sin embargo, como inglés de pura cepa, G. K. Chesterton se quedó hasta el final en su no siempre amada Inglaterra, sosteniéndola, sí, pero también enmendándola, hasta el punto de haber reconocido sin pudor ni boca chica que, de sus libros, era *Los crímenes de Inglaterra* uno de los que más orgulloso se sentía: «Escribí un libro con una lista de los auténticos pecados del Imperio británico a lo largo de la historia moderna», si bien alegando como atenuante histórica que en aquella doble hilera de colmillos los británicos eran los de leche: «Las peores tendencias británicas se daban por una clara influencia de Alemania».

El formato de Italia como bota encajaba a la perfección en las nalgas de algunos, y es que si sentían algo por ella era un puntapié. Ralph Waldo Emerson no se anduvo con muchos clichés cuando pisó Italia en 1833, sin que Venecia le atrajera ni siquiera moderadamente, describiéndola como «una ciudad de castores» que apestaba a «agua de sentina».

Virginia Woolf viajó a Italia en 1904 tras la muerte de su padre y el tráfago de las ciudades le horrorizó. Carta a Emma Vaughan: «Nunca ha habido una nación más bestial que esta, en sus trenes, sus calles, sus tiendas, sus mendigos, y muchas de sus costumbres». Concedía a Italia un rasgo inevitable e innegable: su belleza, pero la consideraba un país degenerado, dando las gracias a Dios por haber nacido *Englishwoman*. El regreso a Inglaterra fue una especie de extremaunción, el paso de una agonía a otra, diferenciadas tan solo por la lengua, a la que se sumó... ¡la griega!, y es que en un cuadro de alucinaciones auditivas comenzó a escuchar a los pájaros trinar en ese idioma, a las que se sumaron las alucinaciones visuales, convencida de estar siendo espiada desde unos arbustos por el rey Eduardo VII mientras este soltaba obscenidades. Aquellos cuadros desembocaron en su primera tentativa de suicidio, cuando estuvo a punto de tirarse por una ventana. Ya repuesta de aquellas dislocaciones trató de congraciarse con la vida viajando a Portugal y España, donde vivió la ciudad de Sevilla poco menos que como un sabañón en un pie, ya que había «guías y mendigos por todas partes». Sin embargo, Granada ejerció de contrapeso, cautivándola. En fin, no veamos en Virginia contradicciones donde solo había una variabilidad de criterio impuesto por la propia riqueza idiosincrásica de nuestro país. Lo que ha de quedarnos es que fue una de nuestras mejores embajadoras promocionales, y para ello solo hay que ver lo que escribió al intelectual Saxon Sydney-Turner tras peregrinar por nuestras tierras en su viaje de novios: «Creo que España es, con diferencia, el país más espléndido que he visto en mi vida».

Scott Fitzgerald coincidía con Virginia Woolf en su desprecio por Italia. En noviembre de 1924 el matrimonio y su hijo pusieron rumbo a Roma desde París con su Renault. Cosas de Zelda. Acababa de leer la novela de Henry James *Roderick Hudson* y se le había metido Roma entre ceja y ceja, sin concurrencia de otras alternativas. Para variar, allí el dinero pronto se agotó, siendo lo que más a mano tenía Scott para comprar su supervivencia el manuscrito recién concluido de *El gran Gatsby*, que trató de vender a *Liberty* por un precio de 15.000 dólares para su publicación en formato de folletín, si bien la oferta sería rechazada por lo inmoral de la historia. Respuesta: «No podemos publicar un texto en el que hay tantas amantes y tantos adúlteros». Una vez más la moralina a modo de agua echando a perder un buen vino. De perlas le vino al escritor una oferta del *Post* de Nueva York pidiéndole un artículo sobre Italia, tarea que Scott se vio incapaz de abordar, rechazándolo con este argumento despiadado: «Odio Italia y a los italianos con tanta violencia que no puedo hablar de ellos en el *Post*, a menos que quieran un artículo que se titule "El Papa Sífilis Sexto y sus degenerados" o algo por el estilo». Acopiando fuerzas de flaqueza lo único de lo que fue capaz resultó ser un artículo titulado «Lo que cuestan los macarrones», asunto este en el que el *Post* no manifestó ningún interés.

Italia formaba parte de las pesadillas geográficas de William Burroughs, tal como lo acredita una carta dirigida a Allen Ginsberg el 2 de enero de 1954: «Cuanto más descubro Roma menos me entusiasma. Infinitamente más cara que Nueva York, tan fría que uno queda helado, pues no hay calefacción en ninguna parte. Esta ciudad no tiene el menor interés (...). Tendría que decirle algo a Gore Vidal y a todos esos tipos que rajan sin parar sobre los encantos de Italia, tierra de libertad y de renacer de la cultura. ¡Qué gilipolladas! ¡Pueden meterse su Italia por el culo!».

Pero si Italia daba quebraderos de posaderas, Francia los daba de cabeza. León Tolstoi llegó a París en febrero de 1857 (28), alojándose en el hotel Meurice. Soportó la ciudad estoicamente durante dos meses antes de salir por patas rumbo a Ginebra para visitar a su tía Alejandrina Tolstoi, quedando asqueado, entre otras cosas, por el hecho de que, de las treinta y seis parejas que se alojaban en el hotel, había llegado a su conocimiento, no se sabe cómo, que diecinueve eran ilegítimas. De lo primero que Tolstoi espetó a su tía una vez llegado fue: «¡Vengo a su casa directamente desde París! ¡La ciudad me ha desagradado tanto que a punto estuve de perder la razón!».

La decepción de un país hacia sus compatriotas tenía forma de dolor íntimo para algunos, como Flaubert, hipersensible a las traiciones de sus

seres más amados, en este caso una patria. La traición de Francia a los franceses al capitular con Prusia en enero de 1871 y poner fin a las guerras napoleónicas era tal que el escritor pondría en práctica la ley de Arquímedes para desalojar a Francia de su corazón por la vía rápida y abrazar cualquier bandera que no llevara uno solo de sus colores. Avergonzado de su nacionalidad, esto escribía a su sobrina Caroline Commanville el 1 de febrero de 1871 (49): «No volveré a llevar mi cruz de honor, porque la palabra honor ha dejado de ser francesa. Y hasta tal punto no me considero ya francés que voy a preguntar a Turguéniev (en cuanto pueda escribirle) qué hay que hacer para convertirse en ruso».

Mark Twain se asentó con su familia en París desde febrero a julio de 1879 (43); allí aprendió la tabla de multiplicar por diez su aversión al país y a todos y cada uno de los franceses como miembros del mismo enjambre, siendo tal la opresión de aquel émbolo que apenas pudo desgranar algún capítulo que otro del libro autobiográfico que por entonces le entretenía. Uno de ellos se titulaba «Los franceses y los comanches», en el que celebraba la aptitud de los franceses para llevar a cabo masacres.

Scott Fitzgerald (ya lo hemos avanzado) tenía que apartarse a tiempo de los demás cuando le preguntaban por Francia... «Francia, me das ganas de vomitar —escribía por carta desde Londres—. (...) Nosotros somos tan superiores al francés como este puede serlo con respecto al negro. (...) Cuando Anatole France muera la literatura francesa ya solo consistirá en unas ridículas disputas técnicas entre camarillas». Katherine Mansfield se mostró completamente de acuerdo con Scott tras leer dos libros de Octave Mirbeau que contribuyeron a despejarle toda duda acerca del pueblo francés, al que tildó de «asqueroso y corrupto», jurándose a sí misma no acercarse a un francés en lo que le quedara de vida. Remataba su análisis con un arriesgado apunte antropológico, afirmando que los franceses no eran humanos, sino «unos monos». Para su desgracia, cuando en enero de 1920 se le agravó la dolencia pulmonar que arrastraba de antiguo hubo de ingresar en una clínica de Menton, situada en la Costa Azul. Allí hizo de todo menos amigos. Entrada de su *Diario* el 22 de enero: «He visto al médico: un imbécil». Entrada del día siguiente, donde siguen pintando bastos: «He visto a dos doctores: un asno y otro asno». Además, «la gente es muy fea». El caso es que allí no se libró ni la fisioterapeuta: «La mujer que hace el masaje no sirve para nada» (27 de enero). Y, ¡cómo no!, a vueltas con los franceses: «A los franceses les importa un comino el ruido que meten. Por eso los detesto» (1 de febrero).

Mark Twain habría preferido ver a los franceses a través de cortinas de humo, para no tener ni que olerlos, pero sus inquietudes antropológicas le

obligaron a estudiarlos de cerca para llegar a la conclusión de que aquel pueblo era el eslabón perdido entre el hombre y el mono. Supongo que sacaba de la probeta a Zola, a quien tenía por un héroe —quizás el único de toda Francia— por la defensa de Dreyfus. Ezra Pound hablaba maravillas de Italia en contraposición a los chuzos que arrojaba sobre Francia. Instalado en París desde 1920 a 1923 como corresponsal de *The Dial*, tras abandonar la ciudad escribió: «Rejuvenecí quince años al ir a París, pero recuperé diez años de vida al abandonar dicho ambiente».

También para Somerset Maugham el secreto de la juventud eterna pasaba por dar la espalda a Francia. Si por él fuera la hubiera tenido metida en un servilletero del que dejarla salir tan solo para limpiarse la boca. Las pullas del escritor a los franceses eran continuas, calificándolos en 1940 como «suficientemente tontos como para creer que no hay hombres más inteligentes que ellos». A su juicio, a los franceses les perdía la vanidad por despreciar todo aquello que no fuera francés, lo que a su juicio los convertía en «el pueblo más insular de Europa». También William Burroughs tenía bien formado su juicio sobre Francia, deseoso de corcharla y lanzarla al mar con un solo mensaje dentro: no abrir. Para él Francia era poco menos que el trampantojo de un vertedero. Así lo creía cuando en agosto de 1957 propuso a su amigo Allen Ginsberg encontrarse en París, por mucho que París, más que una fiesta, fuera «un asqueroso agujero para alguien sin blanca». En cuanto a los franceses, por coherencia, se refería a ellos, como «unos auténticos cerdos».

Para Truman Capote París bien valía una misa, a excepción de su clima, que no valía ni una cuenta del rosario más chusco. Así es como lo expresaba en una carta de 1 de noviembre de 1949 (25), tirando de metáfora a modo de espéculo, a caballo entre la blasfemia y la exploración ginecológica: «En París hace más frío que en el coño de una monja. Nada deseo más que volver a Nueva York, con sus entrañables calefacciones demasiado altas». Tampoco España se salvó de la quema, y es que pisar nuestra tierra era el precio a pagar para llegar a su amada Tánger; así es como, forzado por las circunstancias, en el verano de 1949 paró en ciudades como Madrid, Sevilla o Granada. Impresiones: «Un país bonito, pero no es muy agradable viajar por él: demasiadas prohibiciones, demasiados papeleos, demasiada gente con uniforme... De hecho, casi todos llevan uniforme» (carta desde Tánger un 28 de julio de 1949). Todo un elogio teniendo en cuenta los esputos que solo unos días antes había dejado en un pliego: «Llegué aquí tras pasar por España (un país horroroso) en un viaje que no repetiría ni muerto». Es lo que suele ocurrir cuando un bolo alimenticio se te atraganta y te pasa por otro lado. En cuanto a

impresión racial, debió de catalogarnos poco menos que de primitivos a juzgar por lo que vivió en un viaje en tren desde Granada a Algeciras: «De golpe toda la gente del tren empezó a gritar y a tirarse al suelo: ¡bandidos! Las balas silbaban. Lo que pasa es que no eran bandidos. Solo eran unos españoles que habían perdido el tren y disparaban para que parase. A un hombre le dieron en la cabeza. Un país precioso».

TEMORES ATADOS EN CORTO

En el País de las Maravillas podría haber bestias de todos los tamaños y todos los colores, pero corrientes de aire seguramente ni una. Un compañero del *college* de Oxford, T. B. Strong, fue testigo del pánico que aflojaba a Lewis Carroll cada vez que entraba en un lugar con ventanas, contándolo a Christopher Hussey, quien dejó testimonio de la teoría de Carroll acerca de que «no habría corrientes de aire si la temperatura fuera la misma en toda la habitación. Por consiguiente, tenía varios termómetros ubicados por toda la habitación, y cerca de cada uno una estufa de petróleo. Periódicamente se daba una vuelta por los termómetros, ajustando la estufa adyacente según el resultado de la lectura. Todas las rendijas debajo de las puertas estaban tapadas con trapos, alfombras, etc.».

El mayor temor de Mark Twain era no morirse cuando su carta astral así lo decidiera. Siempre sostuvo que una de las coincidencias más felices era haber llegado al mundo con el Halley en el año 1835, cometa que cruza nuestros cielos cada setenta y seis años. Pues bien, en el año 1909 escribía esto en su *Autobiografía*: «Regresa el año que viene y espero partir con él. Será la mayor decepción de mi vida si no parto con el cometa Halley». Sus deseos se vieron cumplidos al morir el 21 de abril de 1910. El cometa fue visible entre el 20 de abril y el 20 de mayo de ese año...

El principal temor de Alphonse Daudet era el vacío, el vacío espacial, algo que quien esto escribe entiende a la perfección y comparte a ciegas: «No puedo ver asomarse a una ventana a mi mujer —escribía—, ni a mis hijos, y si se aproximan a un parapeto, a una pendiente, tiemblan mis pies, mis manos. ¡Angustia! ¡Palidez!». A lord Byron no le preocupaba lo que estaba encima de su cama, ya que, fuera lo que fuera o fuera quien fuera, quedaba a la vista; lo que realmente le preocupaba, y mucho, era lo que hubiera debajo. Así es como antes de acostarse pedía a su criado que se tirara al suelo para asegurarse de que no había nadie allí, y si no se seguía este protocolo Byron renunciaba a dormir, aun protegido por las dos pistolas que cada noche velaban su sueño sobre la mesita. El lord estaba a un paso de volverse loco por un exceso incontenible de acción, que

superaba sus fuerzas y sus límites, y ese era precisamente el mayor pánico de Fernando Pessoa, el de volverse loco, sufriendo, según decía, «una tendencia horrible a la acción, una terrible muscularidad sentida en los músculos». Así las cosas, el poeta portugués Sá-Carneiro, íntimo amigo suyo, no le ayudó precisamente mucho cuando le escribió desde París anunciándole su inminente suicidio como única vía de escape a la locura, asegurando sentirse como «un tren expreso de anquilosamiento» deteniéndose en estaciones donde siempre le esperaba la misma visión inquietante: una gallina de vidrio azul asándose al espetón y pedazos redondos de bordados ocultando bajo ellos algo que se movía y que debía de ser detestable.

¿Y qué le desguarnecía por dentro a André Gide? Creo que lo que a todos. Entrada de su *Diario* un 15 de mayo de 1906, a los 36 años: «Me asusta lo que he envejecido estos últimos tiempos. Ciertamente hay algo en mí que no va bien. No se puede envejecer más deprisa, ni ser más consciente de ello». Antón Chéjov solo tenía 32 años, pero llevaba una llama de ese mismo infierno en cada poro de la piel. Ardía cuando escribió por carta a su amigo Alekséi Suvorin un 8 de abril de 1892: «Tengo mucho más de treinta años y siento ya aproximarse la cuarentena. He envejecido no solo físicamente, sino también espiritualmente. Me he vuelto indiferente a todo (...)».

James Joyce concentraba su principal pánico en los perros. Testigo de ello fue Sylvia Beach, tal como pudo comprobar en una fiesta el día en que lo conoció, advirtiendo cómo se le demudó el rostro al oír unos ladridos en la calle. Aunque solo era un perro jugando con una pelota, Joyce insistía en saber si se acercaba a la casa y, sobre todo, si tenía aspecto fiero. Sylvia trató de tranquilizarlo, pero sin éxito, recordando cómo su futuro buen amigo pegaba un bote con cada ladrido. Esto era así desde que a los 5 años un perro le hubiera mordido la barbilla, de ahí que para disimular la cicatriz se dejara su característica perilla. Si además oía ladrar perros en mitad de una tormenta ya no había para él señal más fiable de que ahí estaba el apocalipsis. Cuando el escritor Arthur Power le preguntó por qué razón le daban tanto miedo los truenos si ni siquiera sus hijos parecían escucharlos le respondió: «¡Ah, ellos no tienen religión!».

Saint-Exupéry temía más que a nada los accidentes de aviación con quemaduras, pero también caer preso en manos de los moros y morir degollado. Por su parte, Yukio Mishima siempre arrastró el temor a ser envenenado. De hecho, en los restaurantes locales nunca comía otra cosa que tortilla, jamás comida Thai. En los hoteles ni siquiera se fiaba de la pasta dentífrica que proporcionaba la habitación, así que se lavaba los

dientes con soda. Francisco Arrabal no era tan importante como para que lo envenenaran, así que cuando le preguntaron de joven qué temía más en la vida fue particularmente valiente al citar solo tres cosas: «La oscuridad y los perros; que me peguen». A Graham Greene no hacía falta que le hicieran la preguntita; lo predicaba allá donde iba, por lo de la venda y la herida: los pájaros eran su talón de Aquiles, aparte de los murciélagos; de hecho, el solo contacto con unas plumas le hacía temblar.

A Truman Capote se lo preguntaron en singular por sus temores en una entrevista y casi se le acabaron los dedos al contarlos: «Pensar que puedo perder el sentido del humor. Convertirme en una inteligencia sin alma. La crueldad deliberada. El asesinato. La pena capital. Los que maltratan a los niños. Los que torturan a los animales». (Para los que tenemos hijos la respuesta siempre es más sencilla...). Hubo una época en que Lajos Zilahy iba por la calle armado con un revólver regalo de su hermano, un obsequio envenenado que le llegó a cambiar el carácter, tal como recordaba años después en sus memorias: «Me volví un muchacho altanero, hablaba a todo el mundo por encima del hombro y ante la más ligera disputa en la tertulia del café mi mano apretaba secretamente el revólver cargado en el bolsillo». Finalmente, ante el riesgo de acabar usándolo sin atraco alguno que justificase la detonación, terminó vendiéndolo por seis coronas a un empleado de banca apellidado Vincze.

El principal temor de Bertolt Brecht no era no despertar una mañana, sino hacerlo dentro de un ataúd, de manera que sus deseos una vez muerto fueron exquisitamente cumplidos y se le traspasó el corazón con un estilete para que un error médico no lo llevara a tener que morirse por segunda vez, esta ya de verdad. También dejó indicado que el ataúd fuera de acero, para que los gusanos no se comieran su cuerpo.

EL HORROR A ESE PALMO BAJO TIERRA

Simone de Beauvoir escribía en su diario el 6 de abril de 1928 (20): «El horror de la muerte, el gran horror, el sentimiento agudo de ver cómo huye cada minuto (...). De nuevo, físicamente, tiemblo». Quizás para contrarrestar ese ataque masivo venido desde dentro escribía solo dos meses antes: «Construiré una fuerza en la que me refugiaré para siempre». En parecidos términos temblaba el bolígrafo de Katherine Mansfield cuando el 2 de enero de 1915, a la edad de 26 años, anotaba en su *Diario*: «Mi preocupación dominante estos últimos tiempos es que me vuelvo vieja (...). A veces el miedo a la muerte es espantoso». André Breton sentía ese mismo espanto, pero aprendió a granularlo para hacerlo más digerible; así

es como declaraba en 1920: «Me cuesta gran dificultad aceptar que un día mi corazón dejará de latir».

El ya celebérrimo Knut Hamsun tenía 68 años cuando participó en una encuesta para el catálogo de la editorial Gyldendal. La última pregunta era: «¿Qué es lo peor para usted?». Él respondió: «Tener que morir. Lo haría con mucho gusto si no fuera obligatorio». André Gide no se paró a pensar si esa obligación entraba en el rango del deber kantiano. Era una jugarreta biológica y punto. Entrada del 4 de julio de 1937 (67) en su *Diario*: «El pensamiento de la muerte no me abandona casi nunca; me habita sin ensombrecerme». En el año 1931 el pensamiento único de Thomas Mann derivaba hacia la muerte, que a sus 56 años ya tenía en el punto de mira: «Ni un solo día desde que estoy despierto he dejado de pensar en la muerte y en su enigma», escribía. De hecho, en su obrita de 1931, *Fragmento sobre lo religioso*, ya dejaba escrito esto: «(...) Sé que voy a morir, y esa idea es la que me resulta más familiar de todas; está detrás de todo lo que pienso y escribo». Esa misma trasera se advierte en los decorados literarios de García Márquez; el pensamiento de la muerte le resultaba tan aterrador que despertaba con convulsiones en mitad de la noche, presa de un fuego que solo lograba sofocar encendiendo el del mechero y poniéndose a fumar con fruición hasta expulsar aquella tiniebla bocanada a bocanada. A Curzio Malaparte morir no le daba miedo, sino rabia. Así lo expresó en una carta el 26 de enero de 1957 (58) desde Hankou (China) una vez supo que la dolencia que padecía encajaba mucho más en un tumor que en una tuberculosis ósea, como sostenían los médicos. En efecto, rabia, «al pensar que no tendré tiempo para restablecer la verdad frente a las calumnias que me han perseguido toda la vida».

Juan Ramón Jiménez veía en la muerte un destino atroz. Contaba Gómez de la Serna en sus *Retratos contemporáneos* cómo en una ocasión aquel le había escrito encargándole la localización de una pensión lo más cerca posible no de su casa, sino de una casa de socorro, para así incrementar sus posibilidades de vencer a la muerte si esta se presentaba de improviso. «Su hermano, que estuvo a verme —desvelaba Gómez de la Serna—, me dijo que clavaba las puertas a las jambas de sus marcos y había que emparedarle como a las momias egipcias para que no quedase incomunicado con el mundo. Tenía miedo a morir y tomaba aquellas precauciones con las puertas, cerrándolas a la muerte». A los 23 años su madre lo tomó amorosamente de la mano y se lo llevó de Moguer a Madrid para dejarle en la entrada de un sanatorio mental, donde Juan Ramón se pasó una temporadita a resguardo de sus humores, que eran bastante más que los cuatro hipocráticos. Allí dedicó su tiempo a escribir algunas cartas,

entre ellas a Rubén Darío, que de aquella se hallaba viviendo en Málaga. Juan Ramón estaba a lo suyo, buscando ecos donde consolarse: «Usted no sabe cuánto me pesa la triste preocupación por la muerte repentina», le decía. Tanto fue el cántaro a la fuente que al final rompió aguas y Darío se acercó de Málaga a Madrid para proponer al poeta plañidero irse con él a alguna casa de putas donde solazarse hasta romper el alba y así olvidarse de sus agüeros, a lo que Juan Ramón se le opuso con aquella energía intrínseca suya, una mezcla entre el saber estar y el olvidarse de ser. Así lo recordaba en su librito de 1944 *Mi Rubén Darío*, casi treinta años después de la muerte del poeta nicaragüense: «Le digo que yo no entiendo de prostitutas, que nunca he buscado el amor en esas casas. Comprendo que le fastidie».

En esa época Juan Ramón dejaba escrito: «La preocupación de la muerte me lleva de las casas de socorro a los médicos, de las clínicas al laboratorio. Frío, cansancio, inclinación al suicidio». La noche llegó a ser su principal enemigo a batir, convencido como estaba de que la muerte le habría de sorprender mientras dormía, de manera que procuraba aguantar despierto todo lo que podía. Con 30 años aquella fobia seguía de rabiosa actualidad en su amplio espectro de singularidades, y es que Moguer era un sombrajo del que se caían todos los palos, así que, contradiciéndose con lo que él mismo sostenía acerca de que en la soledad se encuentra lo que a la soledad se lleva, se largó a Madrid con la intención de buscarse una pensión donde comenzar una nueva vida. Allí pidió ayuda a propios y extraños; entre los primeros figuraba Ramón Gómez de la Serna; entre los segundos un médico, al que advirtió que, siendo como era su preocupación más pavorosa «la muerte definitiva», era *conditio sine qua non* que el habitáculo estuviera cerca de una casa de socorro, imponiendo que en la pensión no hubiera más huéspedes que él, así como que la higiene fuera total y la familia arrendadora no metiera ruido. Insistencia al final de la carta: «Cerca de cualquier casa de socorro».

UNA PREPOSICIÓN INDECENTE: ESCRITORES CONTRA ESCRITORES

La lista negra de Goethe no era fácil de memorizar. Despreocupado por limpiar regularmente el filtro de sus odios, detestó a Hölderlin, no le interesó en absoluto la obra de Jean Paul, dejó de hablar a Schopenhauer por rebatirle su teoría de los colores y desterró para siempre de su vida a un joven Heinrich Heine cuando, habiéndole preguntado Goethe qué andaba escribiendo, el poeta se descolgó con una afrenta: «Un *Fausto*, señor». Así

lo desvelaba en sus recuerdos su hermano Maximilian Heine corriendo octubre de 1808. El joven Franz Grillparzer se libró por los pelos del bigotillo a medio formar. El dramaturgo en ciernes era un manojo de nervios cada vez que el coloso de Weimar lo invitaba a su casa a comer, hasta que un día descubrió que podía remediarlo arrancando migas al pan y formando bolitas que el metódico y ordenado anfitrión se ocupaba de recoger y apilar junto al plato del invitado.

Oscar Wilde decía de André Gide que era un egoísta sin ego, que supongo es lo más bruto que se puede llamar a un narcisista. Baudelaire detestaba a pleno pulmón a George Sand, hasta el último de sus alvéolos, sin importarle que se notase. Una cuestión de eficiencia energética como otra cualquiera. «Esa mujer, Sand, es el Prudhomme de la inmoralidad (...) —escribía—. Es necia, es pesada, es verbosa; en las ideas morales tiene la misma profundidad de juicio y la misma delicadeza de sentimiento que las porteras y las mujeres mantenidas (...). Ella es sobre todo y más que cualquier otra cosa una gran necia, pero está poseída (...). No puedo pensar en esa estúpida criatura sin cierto estremecimiento de horror. Si me la encontrase no podría dejar de tirarle una pila de agua bendita a la cabeza».

Para Giuseppe Tomasi di Lampedusa era Marcel Proust quien portaba la antorcha olímpica de la literatura francesa, lo que no quitaba que lo considerara —expresado en dialecto siciliano— «un auténtico *arrusieddu* (pederasta)». También estaba seguro de que debía de haber sido una persona odiosa. Knut Hamsun no se rindió al encanto de las conferencias por dinero, sino para ajustar las cuentas a su enemigo íntimo, que no era otro que Henrik Ibsen, hacia el que tenía su ojeriza predilecta. La ventaja de asemejarse a un león en libre albedrío era que sus víctimas no detectaban el gato encerrado que había dentro. Cuando en el año 1891 Hamsun (32) invitó a Ibsen (63) a acudir a una de aquellas conferencias y lo sentó en la butaca central de la primera fila, el autor de *Casa de muñecas*, para su desgracia, no alcanzó a oír el cascabel, y así fue como delante de cientos de asistentes, entre ellos el compositor Edvard Grieg, Hamsun atacó inmisericordemente su obra, aludiendo a la «injustificablemente burda y falsa psicología» de sus personajes, entre otras lindezas. A sus 63 años Ibsen no se arredró y en un lance de masoquismo acudió por su propia iniciativa y ya sin invitación alguna a la siguiente conferencia, azuzado por la curiosidad que le despertaba aquel chiflado sin parangón en las letras escandinavas. Aún en el año 1895 el odio de Hamsun por Ibsen estaba más vivo que nunca, y así es como, con el único objetivo de eclipsarle en su arena literaria favorita, Hamsun se propuso escribir una obra de teatro, género este en el que era neófito. Carta a su editor danés:

«En París soy un hombre importante, voy a matar a Ibsen a golpes. Entiérralo». Personalmente, estoy convencido de que hablaba en serio; lo que ya no tengo tan claro es dónde acababan para él las metáforas y empezaban las *matáforas*... Quizás en París Hamsun fuera importante, pero en la cabeza de Hermann Hesse era chatarra importada. Este lo detestaba por partida doble, como hombre y como escritor. Así se despachaba en una carta de 27 de octubre de 1949: «No solo fue un amigo de los nazis, sino que también se mostró en la mayoría de sus libros como enconado enemigo del intelecto».

Por su parte, William Faulkner tenía bien claro qué escritores servían para acceder a una Academia y cuáles para servir de aforo a un redil. Entre estos últimos Ernest Hemingway tenía un hueco indisputable, y ello por mucho premio que le hubieran dado —arrojado, más bien— en Estocolmo. Aun con la concesión de aquel Nobel, Faulkner no trató de remendar el saco roto donde tenía embutidas las obras completas de su compatriota. Así fue como declaró: «El mundo de Hemingway es limitado. No tiene valor; nunca ha dejado de arrastrarse por los suelos. Nunca ha usado una palabra que obligue al lector a echar mano del diccionario para comprobar si el término está bien empleado».

17

AMBICIONES, VANIDADES Y EGOLATRÍAS

LA VANIDAD: EL SECRETO PEOR GUARDADO

Como no advirtiera signos vitales al nacer, la comadrona metió de cabeza al pequeño Wolfgang en una palangana de vino caliente que, literalmente, lo puso a vivir. Supongo que el creerse nacido de cepa y no de útero terminó convirtiéndolo en un ser de graduación superior, mecido como había sido en una cuna solo destinada a los grandes reservas. Ya de niño caminaba extraño, con tales ínfulas de mocoso altanero que cuando un día su madre lo advirtió desde la ventana y le preguntó si aquella guisa era propia o prestada el rapaz le salió con que no era atributo del que tuviera que preocuparse y que «más adelante ya decidiría distinguirse de otra manera». En una época en la que Goethe era Goethe a secas, sin el «von» —atributo que le vendría concedido más adelante por el emperador, junto con un diploma de ennoblecimiento, a solicitud del duque Carlos Augusto de Weimar por los servicios prestados durante años a la ciudad-Estado—, ya la tenía emprendida con los astros, al igual que Horacio, y es que si el latino les juró que un día los heriría con su cabeza, el alemán, tirando de clarividencia, predijo a los 6 años que «los astros no me olvidarán». La vida de Goethe está salpicada de pruebas, o de polvo de estrellas, como prefieran. Con lo de sus últimas voluntades se superó a sí mismo. Era un 11 de marzo de 1828 —por tanto, a falta de cuatro años para su muerte— cuando el escritor revelaba a Eckermann cómo el canciller von Müller le había ayudado con la redacción de su testamento para dotarlo poco menos que de una resonancia universal para acceder a todos y cada uno de los hogares de buena voluntad y convertirlo así en el segundo documento más leído, después de la Santa Biblia: «Mi sucesión es tan complicada, tan diversa, tan importante, no solo para mis descendientes, sino también para todo el Weimar que piensa e, incluso, para toda Alemania». Como lo de «genio y figura» se queda corto hablando de Goethe no se me ocurre otro refrán mejor adaptado a las circunstancias que: «Aguja e hilo hasta el codicilo».

De muerto es inevitable que uno salga con los pies por delante, pero de

vivo como mejor se sale adelante es con un apellido más compuesto que una sinfonía de Mahler y con más genitivos que dedos de las manos para alcanzar a contarlos. El diseñador y escritor Ferdinand Bac oyó decir a Lucien Daudet que habría dado lo que fuera por que su apellido empezara por «d´». No parecía que el añadido de una simple letra descompusiera demasiado a su hermano León, que, sin embargo, sí derramó las letras del abecedario al completo cuando conoció las tendencias homosexuales de Lucien. Cuenta André Germain que cuando Lucien se abrió a León y le confesó su debilidad por los hombres «del disgusto se pasó llorando tres días sin interrupción».

Quizás André Gide tenía un plus de pudor que le impedía accionar el ventilador de su vanidad, así que la enmascaró en su obra, concretamente en su *Teseo*, en cuyo final acciona, más que un ventilador, un lanzallamas: «Me resulta dulce pensar que después de mí, gracias a mí, los hombres se verán más felices, mejores y más libres. Para el bien de la humanidad futura he hecho mi obra».

Estoy convencido de que Proust pensaba lo mismo, solo que él era un maestro en eso que los juristas llaman «reserva mental», lo que no quitaba que adorara los halagos: era la brea que necesitaba que le untaran de cuerpo entero para evitar vías de agua, para impedir la letal deshidratación de su autoestima. Confesión en el año 1906 a su amigo René Peters: «Me gustan tanto los halagos que cuando me halagan ya no escucho nada más, pierdo la cabeza, y después solo recuerdo que me han dicho unas cosas muy amables, ¡que sería incapaz de repetir!».

Aparte de la consabida, Curzio Malaparte tenía otras dos lenguas, ubicadas al final de cada húmero, y es que hablaba por los codos: la verborrea como forma de prevenir la artrosis en la zona. Giorgio Napolitano, presidente de la República Italiana desde 2006 a 2015, lo conoció en Capri en enero de 1944. Curzio tenía 45 años; Giorgio, 18. Recuerdos del presidente: «Su conversación era extraordinaria, aturdidora. Yo no tenía aún diecinueve años, pero podía darme cuenta de que exageraba constantemente: pero era inolvidable. Sobra decir que tenía un altísimo concepto de sí mismo, pero también una gran capacidad de seducción, un encanto enorme... Hablaba de todo (...)».

Entre criar la fama y cardar la lana Truman Capote (22) sabía perfectamente qué escoger, y es que la subordinación le producía más sarpullidos en el ego que el roce de la lana en las manos. Cenando con el compositor americano Aaron Copland en diciembre de 1946 este le comentó que tenía en mente una ópera cuyo libreto estaba pidiendo a voces la autoría de Truman. En aquella propuesta no había ningún gato encerrado

hasta que Truman colocó uno, en defensa propia, comentándole que se lo pensaría cuando, en realidad, ya lo tenía pensado todo. Así es como escribió al día siguiente al poeta y crítico John Malcolm Brinnin: «No me creo suficientemente capacitado. ¿Te interesaría hacerlo?». Esto era la maniobra de distracción. En cuanto al gato le puso por fin el cascabel cuatro años más tarde en una carta a William Goyen desde Taormina: «En una ocasión intenté escribir una [ópera] para Aaron Copland, pero no pude sacar adelante nada de interés. Supongo que fue la vanidad: no podía dejar de pensar que Aaron se quedaría con todo el mérito».

¡BUSCÁNDOTE BAJO LAS PIEDRAS, GLORIA!

Friedrich Schiller iba perfectamente encarrilado en la vida hasta que su pasión por las mujeres adoptó locomoción propia. En una época en la que aún solo pensaba con la cabeza declaró perseguir con afán dos cosas: una, llegar a ser un escritor famoso; otra, enseñar en alguna universidad prestigiosa. Pero fue al conseguir ambas cuando metió la cabeza en el cielo y descubrió maravillado que había otro por encima, de manera que involucró a sus amigos más íntimos para arribar al cielo adecuado. Carta al jurista Christian G. Körner de 9 de marzo de 1789 (29): «Si en el plazo de un año me encontraras una mujer que dispusiera de 12.000 táleros (...) podría tocarme los cojones la Academia de Jena». El 28 de mayo el infatigable Schiller seguía empeñado en la escalada, siempre con la inestimable ayuda de Körner: «Si te enteras de alguna mujer acaudalada escríbeme sin falta».

Baudelaire tenía muy claro que tras la revolución francesa de 1789 había habido una segunda revolución de la que solo él sabía: ¡la suya! En abril de 1864 (43) nos lo encontramos huyendo de París a Bruselas acosado por sus acreedores, ciudad de acogida en la que, lejos de buscar dinero para pagar sus cuentas, lo que buscó fue venganza para saldar la deuda que Francia tenía para con él, al forzar al destierro a un genio como el suyo. Por el riesgo a quedarse corto, Baudelaire no se pasó dos pueblos, sino dos países. Era mucho más seguro convertir en vecinos a sus conciudadanos y amenazarlos desde el país vecino. Esta fue su consigna: «Volveré contra Francia entera mi real talento de impertinencia. Necesito venganza al igual que un hombre cansado necesita un baño». Es lo que tenía adquirir fama sin leer el prospecto e ingerirla de sopetón en lugar de colocarla bajo la lengua para absorberla como una pastilla de liberación controlada.

Fama es lo que no le iba a traer a Balzac su licenciatura en Derecho, así que decidió consagrarse a la literatura. ¿Sus motores? «Ser célebre y

amado», afirmaba. La celebridad la consiguió ya de joven; lo de ser amado ya fue otro cantar que solo logró afinar al final de su vida, a destiempo. Cesare Pavese sabía precisamente eso, que la gloria era cuestión de tiempo. En carta dirigida a un amigo en el año 1928 (20) le trasladaba su personal fórmula mágica para obtenerla, más cercana al pico y pala que al cincel: «Apretar los dientes y sin una palabra darse cabezazos contra el porvenir que, te aseguro, es más duro que el granito». Oscar Wilde consideró que con cinco libros ya tenía fama de sobra, pero no todavía la que él se merecía; al menos eso es lo que se desprende de su famosa respuesta a lord Averbury cuando, confeccionando este su lista de los *Cien mejores libros*, pidió a Wilde la aportación de su centena preferida: «Me temo que resulta imposible porque solo he escrito cinco». Wilde en estado puro, comodísimo en el uso de esos zancos cuyas patas eran la vanidad y el orgullo, un orgullo del que, por cierto, tiró —ya que no tenía para tirar de billetera— al salir sin un chelín de la prisión de Reading. Anonadado testigo de él fue un corresponsal de un periódico norteamericano que le ofreció mil libras por contar en una entrevista las tribulaciones de su vida en prisión, oferta que Wilde rechazó por lo impúdico que resultaba hacer negocio con su sufrimiento.

Thomas Mann también entendió desde el principio el ciclo de la cosecha. Así es como el 6 de noviembre de 1901 (26) escribía a su amigo Otto Grautoff: «A veces siento ganas de vomitar de tanta ambición». Savonarola, personaje central de la obra que por entonces le tenía ocupado (*Fiorenza*), pensaba exactamente como él: «El sufrimiento no puede haber sido en vano. ¡Tiene que traerme fama!». Tres décadas después su cuadro de inflamación no parecía haberse rebajado, sino más bien lo contrario, necesitando el reconocimiento social como remedio taumatúrgico contra la inseguridad y como superalimento de su voraz autoestima; así es como en abril de 1934 narraba en su diario cómo en una conferencia en Zúrich los aplausos finales habían sido estruendosos, pero no lo suficientemente prolongados como para salir a saludar por segunda vez, algo que «me pone cada vez de peor humor».

A Jean Cocteau solo le importaba la gente en la medida que comprara sus libros para leerlos y después adorarlo, aunque no entendieran nada de ellos. Cuenta Ferdinand Bac en sus *Souvenirs inédits* cómo paseando junto a Cocteau (23) por París en el año 1913 calculaba este, a ojo de paciente cubero, que aún habrían de pasar cincuenta años para que todos los «imbéciles» que lo rodeaban llegaran a comprender su poesía y le divinizasen. Para entonces «seré vengado —decía—. Se me saludará como uno de los grandes de la lírica moderna. De aquí a entonces tendré que

sufrir todos los oprobios... Los sufriré». En definitiva, para Cocteau la fama era una suerte de venganza que se servía en plato frío, mientras día a día, sin embargo, uno se iba quemando por dentro. El joven Bertolt Brecht jamás le hubiera arrendado a Cocteau semejante ganancia; a él le urgía la gloria por motivos estrictamente humanitarios, ya que no solo aspiraba a criar la fama, sino también a cardar la lana en lugar de dejar la tarea a psicólogos, políticos o sacerdotes. Así es como confesó a una novia que tuvo por el año 1917 (19) que debía hacerse famoso cuanto antes «para enseñar a la gente cómo es realmente».

Para Scott Fitzgerald la chispa de la vida no tenía nada que ver con refrescos carbonatados o con las lúbricas promesas de Zelda al atardecer, sino con cielos despejados que proyectaran tras él la única sombra que merecía la pena arrastrar: la de la fama. Esta le había llegado exageradamente temprano, a los 24 años, gracias a la exitosa publicación en 1920 de su primera novela, *A este lado del paraíso*, a partir de lo cual concentraría todas sus energías en perpetuar un encantamiento que ya se consolidaría en hechizo cinco años después con *El gran Gatsby*, novela cuyo personaje central admitió conocer mejor que a su propia hija, lo cual tampoco era de extrañar. Hasta la propia Zelda vivió con Jay Gatsby una especie de neurosis de transferencia, como diría Freud, y es que, cuando Scott tenía problemas para visualizar determinadas escenas, Zelda le ayudaba haciendo multitud de dibujos. Tras su publicación el 10 de abril de 1925 escribía Scott en el mes de agosto a su editor Maxwell Perkins desde la Riviera francesa: «Creo que mi novela es quizás la mejor novela norteamericana que jamás se ha escrito». El periodista Edmund Wilson también fue objeto de aquella fumata blanca con tintes empedocleos: «Mi libro es maravilloso, lo mismo que el aire y el mar». Con John Pale Bishop, antiguo compañero escolar, sacó el paño del arca y confesó qué era lo que, en realidad, deseaba vender: «Quiero que me admiren extraordinariamente de nuevo». Su sobreexcitación corrigiendo las pruebas de imprenta fue tal que le llevó a golpear a un policía en Roma en el invierno de 1924, todo por una discusión sobre el precio de una carrera de taxi, lo que desembocó en su detención, en una lluvia de golpes para aplacarlo y en su paso por el calabozo. Tras la publicación de la obra hubo críticas para todos los gustos, pero el disgusto se lo llevó Scott cuando su tío echó un vistazo al libro y sentenció: «Parece como si fuera igual a los otros». Pronto se dio cuenta el sobrino de que lo que pensara su tío al respecto valía lo que una rosa de los vientos pudriéndose en el fondo del mar. Carta a su editor Maxwell Perkins: «Creo que todas las reseñas que he leído, salvo dos, son absolutamente estúpidas y asquerosas».

Saltaba a la vista que Scott necesitaba capotes para reflotar su autoestima, y uno de ellos llegó de la mano de T. S. Eliot. Carta al autor: «[*El gran Gatsby*] me ha interesado y conmovido más que cualquier otra novela inglesa o norteamericana que haya leído durante varios años (...). En realidad, me parece que es el primer paso que ha dado la ficción norteamericana desde Henry James (...)». Scott, por cierto, le alabó inmensamente el cumplido. Otro capote le vino de la siempre atenta Gertrude Stein. Carta al autor: «Usted está creando el mundo contemporáneo tal como Thackeray hizo en *Pendennis* y *Vanity Fair*, y esto no es cualquier elogio». Scott respondió por carta a Stein poniendo boca arriba la carta de su autoestima: «Comparado con otros soy una persona de segunda categoría».

MODESTIAS COMO LA PLANTA DEL PIE DE UN BEBÉ

Así es como Rilke definía la pureza: la planta del pie de un recién nacido que aún no ha hollado el suelo. Y es que había quienes no tenían necesidad de pasar por el arco de un detector de humildad para saber si esta era cierta o falsa.

De joven, Charles Dickens solo aspiraba a ser él mismo y no lo que los demás pudieran esperar de él. Aun cuando en 1833, con 21 años, apuntara maneras tras publicar varios relatos en el periódico *The Monthly Magazine*, literatura que compatibilizaba con una corresponsalía para el *Morning Chronicle*, sus apetencias reales iban por otros derroteros, y así es como escribía al encargado de la Taberna Nueva: «Sueño con trabajar allí de camarero tan pronto como las circunstancias me lo permitan». Por desgracia para él las circunstancias solo le permitieron llegar a ser el más ilustre escritor de la Inglaterra del siglo XIX, manteniendo sus baterías descargadas de vanidad hasta el final: necesitaba todo el espacio para la electricidad. Tres meses antes de su muerte y ya gravemente enfermo, Dickens fue recibido en palacio por la reina Victoria el 4 de marzo de 1870. Entre otras muchas cosas hablaron del precio de la carne en las carnicerías, que, por lo visto, era para poner el grito en el cielo —como mi país lo está haciendo mientras esto escribo con el inenarrable precio de la botella de aceite—. Se dice que la reina le ofreció el título de *sir*, incluso el de lord, por si el otro le resbalaba, pero ambos fueron rechazados por el escritor con el genial argumento de que «deseaba ser el mismo de siempre».

Rimbaud no se tenía a sí mismo como paradigma de ningún patrón a seguir; de hecho, se calificaba a sí mismo como de «sesera estrecha y torpe en la lucha», además de reconocerse un «sentido de la moral nulo».

Antón Chéjov era uno de esos entes puros que entroncaba con las tres cuartas partes de los requisitos que para Talleyrand debía reunir un buen café: caliente como el infierno, puro como un ángel y dulce como el amor. En Chéjov la humildad era madre de la sencillez e hija de la exigencia, así que no tenía reparos en anunciar a los cuatro vientos su incompetencia para la literatura, con el desaliento de siempre al comprobar que no se la creía nadie. Carta a su amigo Alekséi Suvorin un 21 de noviembre de 1895 (35) tras concluir *La gaviota*: «Estoy más bien descontento y, al realizarla, he constatado una vez más que no soy en absoluto dramaturgo». Unos días más tarde: «No creo que esté destinado a ser dramaturgo. ¡Hay pocas posibilidades» (13 de diciembre de 1895). Si algo detestaba Chéjov era que se le idolatrara, como también que se pronunciaran discursos en su honor. Sencillamente, estaba convencido de que no se los merecía. En 1899 decía: «Me dan miedo los discursos. En cuanto alguien empieza a dar uno en una cena de celebración me siento infeliz y me dan ganas de esconderme debajo de la mesa».

También Virginia Woolf ejercía de severo árbitro para con Virginia Woolf. En los inicios de su carrera literaria, cuando solo había publicado algunos artículos periodísticos, se negaba a pasar una cuenta del rosario si no estaba convencida de haberlo hecho exitosamente con la anterior, prefiriendo los pies de plomo a los alados del dios Mercurio: «No se debe usar la palabra "genio" a la ligera (...). Con toda honestidad, no sé, hora tras hora, si mi talento es de primera, segunda o décima categoría. Voy de un extremo al otro» (*Diario*). Por desgracia, Virginia no vivió lo suficiente para comprobarlo, don el de la longevidad del que sí disfrutó George Bernard Shaw, cuya modestia intuyo que era solo aparente cuando, echando la vista atrás, no sé si se lamentaba o se jactaba de no haber tenido éxito alguno en la vida: «En este sentido —declaraba en su *Autobiografía crítica*— el éxito es una cosa que lo asalta a uno y le quita la respiración, como a Byron, Dickens y a Kipling. Lo que me asaltó a mí fue un repetido fracaso».

A pesar de la celebridad que G. K. Chesterton había adquirido en vida, llevaba la humildad por estandarte. Durante unas conferencias que impartió en Chicago en 1930 (56) ocurrió que un asistente se quejó a voces de que no se oía nada. Chesterton levantó la vista y dijo: «No se preocupe, hermano, no se está perdiendo nada». Cuando se le pedía una opinión literaria, fuera acerca de lo propio o de lo ajeno, no emitía juicios, sino brazadas de nadador a lo mariposa: con un ala era preciso hasta el redondeo; con la otra, ya era puro cachondeo. Recordaba el escritor en su simpática autobiografía cómo en el instituto le concedieron el Premio

Milton de poesía, si bien «me imagino que mi poema era tan malo como todos los demás poemas premiados, pero me alegra poder decir que no recuerdo ni una sílaba». En fin, creo que era sincero cuando al final de su vida afirmaba que nunca había tomado en serio sus libros, pero sí mucho sus opiniones. A veces en esto de ser y parecer practicaba, a modo de juego, la *coincidentia oppositorum*, combinando humildad y rebeldía en dosis desiguales según el pie con el que se levantara cada mañana o el pisotón que tocara esquivar ese día. Si de una cosa estaba seguro era de que la base de su éxito residía en haber escuchado con humildad los consejos de los mejores periodistas para luego hacer precisamente lo contrario. Nadie iba a notar la diferencia. Ni siquiera ellos.

Hermann Hesse no vertía en sus cartas ríos de tinta, sino jarros de agua fría, máxime en el estío de su vida, tal como si sus méritos anteriores, incluida la concesión del Nobel en 1946, hubieran sido accidentes de laboratorio. Véase la versión apócrifa de sí mismo que trasladó en una carta de agosto de 1955 (78) a una lectora de Basilea en respuesta a una anterior de ella en la que le felicitaba por ser el escritor más leído de Alemania: «¿Cree usted de veras que esto signifique algo para mí? ¿Pretende que pueda consolarme competir en fama y popularidad con Eisenhower o con la estrella más reciente de la cinematografía, estar al mismo nivel de los *best sellers* estadounidenses en número de lectores? Esta frase suya me ha decepcionado».

Cada vez que a Agatha Christie le daban un premio enarbolaba una bandera blanca, pidiendo tregua ante tanto reconocimiento que, a su juicio, pecaba de exageración. Los guiños de humildad hacia su propia obra ya casi se habían convertido en un tic. Cuando en 1956 (66) recibió la Encomienda de la Orden del Imperio Británico escribió desde Bagdad a su agente Edmund Cork: «¡Vivan los honores concedidos a la vulgar literatura que cultivo!». ¡Ay, Agatha! ¡Que las obras son amores y no buenas razones! Teniendo en cuenta que a esa edad llevaba escritas decenas de libros, tras finalizar en marzo de ese mismo año su enésima novela (*El tren de las 4.50*) escribía: «¡¡Es maravilloso pensar que no tengo que escribir nada hasta dentro de mucho tiempo!! ¡¡Me voy a dedicar a leer y a hacer punto!!». Una proposición deshonesta absolutamente coherente en quien siempre había mantenido que eso de escribir era... «un fastidio».

Poseedor de un rancho y tratante de cerdos y caballos como era en sus ratos libres, William Faulkner hablaba muy en serio cuando en julio de 1955, seis años después de la adjudicación del Nobel de Literatura, declaró que no se tenía por «un verdadero literato», sino por «un campesino al que simplemente le gustan los libros, no los autores, ni el mundo literario, ni la

crítica». Así de auténtico era el Faulkner que rechazaba todo tipo de distinciones y honores de universidades y organismos aduciendo que no había ido a la escuela «lo suficiente, ni siquiera para conseguir un certificado de enseñanza elemental». Y era verdad. Ya había adoptado la humildad como sello de identidad en el año 1931, tras la exitosa publicación de su novela *Sanctuary*, catapultándolo a la celebridad con solo 34 años. Carta a su mujer Stelle Oldham el 4 de noviembre de 1931 desde Nueva York: «Me ha garantizado un agente cinematográfico que puedo ir a California, a Hollywood, y ganar 500 o 700 dólares semanales en el cine. Sé que el viaje te haría mucho bien. Con ello podríamos vivir por lo menos como condes». Carta a Stelle el 13 de noviembre: «He descubierto asombrado que actualmente soy la figura más importante de las letras americanas (...). Estoy contento de ser juicioso, no muy vanidoso. Pero no creo que se me haya subido a la cabeza».

Lo de la gloria, en realidad, ya era una brisilla que venía despeinando a Faulkner desde muy joven; así lo atestigua una carta de 2 de septiembre de 1919 escrita a su amiga Stella Lake, fecha en la que, a pesar de no tener escrito más que un enjuto puñado de poemas, le adjuntaba un dibujo de su autoría recomendando su custodia bajo llave, ya que «cuando sea famoso, sin duda va a tener un gran valor». William comenzó su andadura de puntillas, costeando de su propio bolsillo un poemario titulado *The Marble Faun* (1924) que mandó a una editorial adjuntando dos fotografías suyas y un apunte biográfico tan sincero como poco esperanzador: estudiante de carrera, pintor de casas, vagabundo, jornalero, lavaplatos, dependiente de librería y empleado de banca y de correos. Era la crónica de un portazo anunciado... El libro se vendió fatal, pero un día le llegó la gloria y le hizo cosquillas en sus principales centros neurálgicos, salvo la gloria póstuma, que aborrecía, de ahí su enorme fastidio cada vez que recordaba los numerosos autógrafos y dedicatorias que había plasmado en no pocos libros que un día entrarían, inevitablemente, en la dentada rueda de la especulación comercial. Carta al escritor Malcolm Cowley de 11 de febrero de 1949: «Ojalá hace treinta años hubiese tenido la suficiente perspicacia para prever lo que iba a ocurrir y no los hubiese firmado». Sobra aclarar que para su tumba deseaba un epitafio acorde con la vida que había llevado, simple y poco ruidoso, en el que el primer inciso fuera tan demostrable como el segundo: «Escribió libros y murió».

18

POBRES DE SOLEMNIDAD

CLAMANDO POR UN TECHO

René de Chateaubriand desembarcaba en Southampton el 18 de mayo de 1793 libre de yugos familiares y ansioso de aventuras. Era insultantemente veinteañero y rematadamente pobre. Poeta es lo que aún no era; es más, por entonces ni siquiera sabía que llegaría a serlo, como tampoco diplomático, consejero del rey, ministro, par de Francia o miembro de la Academia Francesa, entre otras vecindades celestiales. Allí vivió como un mendigo, hambriento de comida y de buenas trazas, pero mucho más de la primera; así rememoraba años después aquel atroz vacío de estómago, más atroz que cualquier vacío existencial: «El hambre me devoraba. Estaba ardiendo. El sueño me había abandonado. Chupaba trozos de tela empapados de agua. Masticaba hierbas y papel. Cuando pasaba frente a las panaderías mi tormento era horrible». Aquel miserable paladín de chinches y rebanadas de pan magro regresaba a Inglaterra treinta años después en calidad de embajador de Francia en Inglaterra, entre salvas de cañonazos y con la tela esta vez empapada en perfume. El mismísimo rey Jorge IV lo condujo al salón del cuerpo diplomático, donde el príncipe de Esterhazy, en calidad de embajador de Austria, lo recibió con estas palabras: «Estamos contentos y orgullosos de tenerlo entre nosotros». Por entonces ya era Caballero de la Legión de Honor, aspiraba al cordón azul de San Luis y estaba a un paso de controlar el poderoso Ministerio de Asuntos Extranjeros, desde donde promovió la guerra contra España, encargándose personalmente de preparar al ejército para aniquilar nuestra población, considerándonos como nos consideraba una «presa fácil». Habiéndose trasladado las Cortes desde Madrid a Cádiz de forma urgente en 1811, la encomienda del poeta no dejaba lugar a dudas: «Si podéis conseguir arrojar bombas sobre Cádiz pronto todo será vuestro» (carta al general Guillerminot, jefe del Estado Mayor). Por desgracia a René no le faltó razón.

Edgar Allan Poe ya había escrito *El cuervo*, *El escarabajo de oro*, *Ligeia*, *El gato negro*, *La caída de la casa Usher* y *La carta robada*, entre otras coronaciones literarias; sin embargo, debajo de aquella corona no se

veía la cabeza de un rey, sino la de un mendigo con la tortícolis propia del que mira al cielo esperando por algo menos evanescente que la lluvia. No era de extrañar, teniendo en cuenta que por su más célebre cuento, *Ligeia*, le habían pagado 10 dólares, emolumentos que en aquella época (1830) daban para comprar un par de zapatos y hacer dos comidas de cantina. Carta al escritor Frederick W. Thomas el 4 de mayo de 1845 (36): «Soy más pobre que nunca (...). Ni siquiera el demonio ha sido nunca tan pobre como yo». Un mes después se dirigía a su editor Evert A. Duyckinck pidiéndole el adelanto de una pequeña suma, fuera la que fuera, para poder sobrevivir, súplica que reprodujo cinco meses después: «No hará falta insistir en que mi más imperioso quebradero de cabeza es la falta de dinero».

Su asfixia económica llegó a tal que se convirtió en una cuestión de dominio público, hasta el punto de que el *New York Morning Express* publicaba el 15 de diciembre de 1846 una gacetilla exhortando a conocidos y amigos de Poe a procurarle la ayuda económica más indispensable. Su escaso fondo de armario no dejaba de ser un problema añadido, pareciendo no haber en todo Estados Unidos un solo sastre que le diera aquel premio de consuelo, a pesar de la celebridad que en el año 1849 había logrado alcanzar a lo largo y ancho del país. Carta a su suegra Maria Clemm de 28 de agosto de 1849: «Me han invitado mucho a salir, pero rara vez acudo a esas citas debido a que carezco de una levita adecuada». En fin, que la pobreza acentuaba muchos males, pero sin afectar una sola de sus virtudes, empezando por su generosidad; prueba de ello es la carta enviada un mes antes a su suegra desde Richmond (Virginia) rebañando para ella las telarañas de sus bolsillos: «Llegué aquí con dos dólares de sobra, de los cuales le envío uno». Esta situación ya la arrastraba, cuando menos, desde que en junio de 1842 trasladara por carta a James Herron un declive personal causado por la grave enfermedad de su esposa Virginia, sus propios achaques de salud y su «vergonzosa situación pecuniaria», todo lo cual lo estaba conduciendo «al borde de la locura», añadiendo que su única esperanza era acogerse, no bien le fuera posible, a la llamada «ley de bancarrota», equivalente a nuestra actual Ley de Segunda Oportunidad.

Resulta toda una gesta que se hubiera alzado con el Nobel de Literatura quien de niño solo tuvo 252 días de escolarización; quien con solo ocho años veía cómo su madre daba a luz al séptimo hijo sin la suficiente comida para la prole; quien a los 16 aspiraba a convertirse en zapatero mientras recorría las calles en calidad de vendedor ambulante ofreciendo cordones de zapatos, entre otras cosas; quien a los 19 se convertía en policía rural para llegar a los 27 sin acertar de un disparo al

hambre, del que literalmente se moría en Chicago mientras escribía de noche la novela que le daría fama universal (*Hambre*) y de día acarreaba sacos de cemento y pesadas cajas de tornillos en la obra de ampliación de la red de tranvía en la ciudad. Este era Knut Hamsun, el mismo que tuvo que empeñar su gabardina para alquilar una buhardilla en Copenhague donde poder terminar su novela mientras las tripas rugían al mismo volumen que el cerebro, sin solaparse, habituándose a un diálogo que ambos órganos pronosticaban matrimonio de larga duración.

Todo cambió cuando dio a conocer al editor de Ibsen un capítulo del libro y este quedó deslumbrado, tanto que, no queriendo ver a aquel prometedor muchacho en las garras de cualquier otro editor, le llegó a ofrecer las mismas regalías que cobraba el celebérrimo autor de *Casa de muñecas*. El capítulo fue publicado en la revista *Tierra Nueva* y el éxito se alzó tan inmediato como ruidoso. Hamsun vivió seis semanas de ensueño, volatilizado en el estruendo de unos aplausos que no paraban de contaminar su ego, a la par que dislocar sus sentidos: «Mi hipersensibilidad es tal que no he podido encender una cerilla salvo debajo de la mesa, para evitar así ver la llama». El adelanto de doscientas coronas que el editor le dio para poder concluir la novela le resolvió cuatro años de alquiler y la recuperación de su gabardina.

Decía Rudolf Kassner que el camino que lleva de la intimidad a la grandeza pasa por el sacrificio. Personalmente, la frase me parecería una obviedad si no hubiera sido una de las predilectas de Rilke, con la que porticó nada menos que una de sus *Elegías de Duino*. Para Albert Camus el camino que llevaba a la primera parte de la historia, la intimidad, pasaba antes por tener a su alcance un cubículo donde caerse vivo los días pares y muerto los impares. De lo del sacrificio ya se hablaría luego, y ya no digamos de la grandeza, fuera lo que fuera. En octubre de 1936 (22), recién terminada su tesina sobre Plotino y San Agustín, buscaba desesperadamente en Orán un lugar donde desplomarse y tratar de que huesos y carne no vivieran por separado, pero la falta de dinero era muy superior a su falta de escrúpulos para llegar a robar siquiera una cana al aire del prójimo: «Tengo una necesidad feroz de ese apartamento para encontrarme a mí mismo un poco y ver las cosas con lucidez (...). ¿Cómo conseguir la felicidad sin veinte metros cuadrados para uno?», escribía por carta. Tenía mérito pensar en inmuebles cuando de los muebles solo tenía como propio la pátina de polvo: «Desde hace diez días no tengo siquiera los diez sous de un sello. Por eso he nombrado a mi hermano secretario y es él quien envía mi correspondencia».

GENIOS EN BANCARROTA

Agobiado por las deudas y las amenazas de los acreedores, Balzac decidió que lo mejor era poner tierra de por medio, a ser posible sin necesidad de cavarla. Origen: París. Destino: cualquier lugar donde no lo conocieran. Pero, de repente, un salvavidas: el pacto con un editor de 27.000 francos por doce novelas, de las cuales aún no ha escrito una sola palabra. Que las prisas son malas consejeras es un bulo; a veces suelen hacerte rico, lo suficiente para recomprar las cosas que has perdido por el camino. A Balzac le hicieron curarse en todo, salvo en salud: «Este abominable dinero —se quejaba—, esta penuria imperiosa que me ha obligado a escribir *Honorina* en tres días me va a obligar a terminar en otros tres *Último amor*». Después llegó a la meta *Papá Goriot*, escrita en seis semanas a razón de una hora y media diaria de sueño.

Al igual que Balzac, también Percy B. Shelley se apropió del título de Johann Sebastian Bach *El arte de la fuga*, hasta el punto de haber vivido durante un par de semanas del año 1814 (22) lo más lejos posible de su casa para esquivar a todos los acreedores que lo esperaban a la puerta. Con Mary se citaba a escondidas en los cafés, a pesar de no poder pagarlos, ya que ni él ni ella tenían una libra en el bolsillo, llegando el poeta a empeñar su microscopio para poder permitirse algún capricho. Pocos meses después recibía la pareja con alborozo la muerte del abuelo de Shelley y con ella una pensión de mil libras al año. Mary lo celebró enamorándose del abogado de Shelley...

De joven, Dostoievski tenía tan poco para comer como Chateaubriand, solo que a este la ruina le había encontrado ya entrenado desde pequeño, mientras que el ruso se la buscó él solo, concretamente jugando a los billares, a modo de calentamiento para las ruletas que vendrían rodando años después. Habiéndose trasladado a San Petersburgo en mayo de 1837 para ingresar en la Academia de Ingeniería Militar, donde mal que bien sobrevivía sin dinero, sin familia y sin amigos, escribía a su hermano Andrei a finales del año 1842 (21): «Por Dios, envíame cinco rublos, o en el peor de los casos un rublo. No he tenido una astilla con que alimentar el fuego durante tres días y no me queda ni un solo kopek».

El conde Tolstoi no tenía nada de pobre, pero sí toda la apariencia de un mendigo, en coherencia con sus tesis de amor al prójimo, utilidad al indefenso y extrema concienciación social. Más parecido a un mujik que a un conde, llegó a descuidar su ropa y su higiene corporal, confeccionándose él mismo una especie de batín de tela tosca que usaba por el día para pasear y que, gracias a un sistema de paneles desabrochables

y plegables, le servía a la vez de colchón y de manta para dormir.

En junio de 1891 Mark Twain y su familia, los Clemens, abandonaban su casa de Hartford (Connecticut) atosigados por los muchos gastos que acarreaba y se iban a respirar los aires de Europa con una estancia prevista de seis meses que, finalmente, se convertirían en diez años. Le sonó la campana al escritor al firmar con el diario *Sun* de Nueva York un contrato de 1.000 dólares por cada carta que enviase desde el viejo continente con un límite de seis. Sin embargo, el fracaso de la máquina tipográfica de James W. Paige, en la que el matrimonio Clemens había invertido la práctica totalidad de sus ahorros, unido al gran pánico económico de 1893, hicieron que el escritor viviera aterrado la mayor parte del tiempo, pasándose no pocas noches en vela y entreverando en los márgenes de sus manuscritos operaciones aritméticas de deudas luchando contra ingresos con similar desproporción a la de David frente a Goliat. En febrero de 1895 la debacle del proyecto de Paige era ya una realidad irreversible, lo que daría lugar a que Twain (59) se sacara el as de la manga con el que todo célebre escritor se tiraba a la carretera: las conferencias...

James Joyce tenía un argumento físico irrebatible para evitar la devolución de los préstamos y que jamás se les hubiera ocurrido a Bohr o a Heisenberg: «Las moléculas cambian. Le pedí dinero a otra persona y ahora yo también soy otro».

En mayo de 1935, tras celebrar su décimo aniversario de boda, Vladimir Nabokov (36) escribía acerca del color del dinero: «Estoy más que harto de verme sin blanca». No, no era nada fácil la vida de los emigrados rusos en Berlín, con Hitler aupado al poder dos años atrás y una esposa judía de los pies a la cabeza. Viajando en 1936 a París y Bélgica para dar a conocer sus obras, el mayor logro del ruso en la ciudad del amor lo obtuvo cuando dio pública lectura a algunos fragmentos de sus novelas estando James Joyce allí presente. Como ninguno de ellos debía dinero al otro lograron entenderse a la perfección. Charlaron un rato, siendo la salud visual de Joyce el tema principal. La conclusión es que poco alivio económico podía esperar Vladimir de sus colegas, siendo un compositor quien, en el verano del año siguiente, tiró de solidaridad patriótica y socorrió al escritor con un giro de 250 francos: Serguéi Rajmáninov.

Scott Fitzgerald no murió arruinado —aunque casi—, sino algo peor: olvidado. Aquel hechicero de la prensa escrita que en los felices años veinte había llegado a cobrar la friolera de 4.000 dólares por artículo era el mismo que en agosto de 1940 recibía el último cheque de su vida —moriría cuatro meses después— en concepto de derechos de autor por importe de trece dólares con trece centavos gracias a la venta de cuarenta ejemplares,

de los cuales él había comprado la gran mayoría para regalar.

Henry Miller no necesitaba de talismanes para confiar en un cambio de suerte, así que emprendió viaje desde Estados Unidos a París en su busca, si bien lo único que logró fue un cambio de aires. Llegó sin un solo dólar en el bolsillo, y el sueño de venir a mejor fortuna fue el peor sueño de todos, por irrealizable. Prolongándose la carestía durante meses se las apañó para restringir al máximo sus gastos con el propósito de, al menos, llegar a las dos comidas diarias. Como era un tipo de recursos —salvo los económicos— dio, por fin, con una solución pasajera, confeccionando una lista con los catorce amigos que había hecho en todo aquel tiempo, a todos y cada uno de los cuales mandó recado de recibirle un día y a una hora para darle de comer o de cenar en sus casas, a cambio de lo cual les haría favores en proporción a las raciones que le fueran servidas. Según su amigo parisino Alfred Perles, «sacaba a pasear a los niños de sus anfitriones. O lavaba los platos y limpiaba la casa. O hacía el amor con la dueña de la casa. Siempre se las arreglaba para hacer algo a cambio». Por entonces Miller escribía *Trópico de cáncer* a una velocidad endiablada, a razón de 15 o 20 folios diarios, si bien fastidiado por todo el tiempo que sus amigos le hacían perder entre comida y comida por culpa de lo lejos que vivían unos de otros. Además, después de comer siempre dormía una larga siesta. Con el pijama puesto. Como Churchill. Tras casarse las cuitas no desaparecieron. La única diferencia es que las padeció acompañado. En mayo de 1960 contaba a su amigo Brassaï cómo podía recordar el acorde en que les sonaban las tripas a él y a su esposa June treinta y seis años atrás, cuando llegaron a mendigar en Times Square a la salida de los teatros para poder comer. «Con las solapas subidas, tendiendo la mano, me pasaba horas a veces sin recoger un centavo». June tampoco tuvo suerte vendiendo a la puerta de cabarets y de *night clubs* los poemas en prosa que su marido se autoeditaba y a los que, de forma hiperrealista, llamaba «mediastintas».

Resulta desgarrador imaginarse a William Faulkner de rodillas en el suelo buscando migajas para comer en una fecha en la cual ya había dado a luz obras como *El ruido y la furia*, *Luz de agosto*, *Mientras agonizo*, *Santuario* o *¡Absalón, Absalón!*. Para entonces su partitura debería estar repleta de melodías e instrumentos, pero, lejos de ello, lo único que constaba era un solo de timbal que le llevó a tratar de vender todos sus manuscritos para sacar unos dólares y, a la vez, cuatro cabezas del agua, la suya, la de su mujer Stelle y la de dos hijos importados del matrimonio anterior de esta. Carta a su agente Morton Goldman a finales de julio de 1935 (38): «Están todos escritos en caligrafía; además de los relatos tengo *Sound & Fury*, *As I Lay Dying*, *Sanctuary*, *Light in August*, *Pylon*. ¿Habrá

mercado para ello? ¿Quieres preguntar por ahí, sin comprometerte, y averiguarlo? Odio muchísimo venderlos, pero si no consigo algún dinero como sea, pronto correré el peligro de que alguien me lleve a la bancarrota y entonces perderé la casa y el seguro y todo». Carta de 19 de enero de 1939 al escritor y editor de Random House, Bennet Cerf: «Estoy agradecido por los cheques que me has enviado hasta ahora. Puede que necesite algún dinero, tal vez mil dólares para el impuesto sobre la renta».

En marzo de 1939 aún seguía a vueltas con los manuscritos, como lo prueba la carta a Robert K. Haas, de Random: «Tengo todos mis manuscritos originales, la mayor parte escritos a mano. Los venderé o los hipotecaré [pignoraré]. ¿Puedes sugerirme a alguien a quien pueda hacer propuestas?». Carta a Random House de mediados de agosto de 1939: «Estoy angustiado por el dinero este año. No me sale ningún asunto (...). ¿Qué oportunidades hay de encontrarme algún lugar donde vivir durante un mes o algo así, que sea más barato que un hotel vulgar y corriente?». Carta a su agente Harold Ober el 10 de noviembre de 1941 intentando vender a la desesperada su relato *The Bear*: «Por favor, véndelo por algo lo antes que puedas. Me encuentro en una situación en la que aceptaré lo que sea por él o por casi cualquier cosa que tenga o pueda escribir». Su relato *Knight's Gambit* iba por el mismo camino. Carta a Harold Ober de 19 de enero de 1942: «Como siempre, estoy sin blanca. Si se vende y cuando se venda, ¿quieres enviarme el cheque lo antes que puedas?». Nueva carta a H. Ober el 25 de junio de 1942: «Ni siquiera he podido pagar una factura de teléfono en los dos últimos meses y he debido y debo 600 dólares al tendero y ya no tengo nada de fuel para el invierno». Solo dos días antes escribía a Bennet Cerf: «He tocado fondo (...). Ahora mismo no puedo marcharme para nada. Tengo sesenta centavos en el bolsillo y eso es literalmente todo. Terminé un relato y ayer lo envié, pero sin ninguna esperanza de venderlo (...). Toda mi casa va a venirse abajo: la granja, la hacienda, todo». Y cinco días después nueva petición de salvamento a H. Ober: «He pedido prestados algunos dólares todas las semanas a mi madre para pagar a la cocinera y a la lavandería (...). Ya no tengo nada que pueda vender o pedir prestado, salvo un interés en un trozo de bosque». Cuatro años después lo único que había cambiado era la fotografía del calendario de pared. Carta a H. Ober el 23 de febrero de 1946: «Estoy sin blanca (...). No puedo siquiera ir a trabajar si no me compro un coche. Ahora solo dispongo de unos 500 dólares en efectivo».

El justísimo maná le llegaría a Faulkner de los límpidos cielos suecos tres años después, con la concesión del Nobel de Literatura, gracias a lo cual ya se podría permitir una selección de especies literarias más

caprichosa que la darwiniana. Así fue como en junio de 1960 rechazaba una oferta de la revista *Life* para escribir por un precio de 5.000 dólares un artículo de cinco mil palabras para la serie sobre el Centenario de la Guerra Civil. Respuesta: «Ni siquiera cuando era joven y ansioso llegué a ser nunca un escritor por encargo, por lo que será mejor no realizar ahora este trabajo. Gracias». No fue ese un rapto franciscano aislado, ya que en febrero de 1961 declinaba otra oferta, esta vez de 50.000 dólares, para escribir en francés una puesta en escena cinematográfica alegando que tenía «oxidado» el idioma y que sus fuerzas creadoras estaban seriamente mermadas: «Desde hace dos años he hecho poco más que montar y cazar zorros».

EL ESTÓMAGO COMO ÓRGANO DE LA INSPIRACIÓN

Había escritores para los que el hambre era un estímulo que conectaba el estómago con el cerebro, pero para otros el rugido de las tripas no era sino un eco del rugido cerebral, imposibilitando la atención a las ideas, la captación de los brotes de inspiración. Unas semanas antes de morir, Edgar Allan Poe lanzaba este órdago al cielo con cuidado de no escupir hacia arriba: «Creo que Dios me dio una chispa de genio, pero la apagó en la miseria».El primer editor que se fijó en él tenía nombre presidencial: John Kennedy. Corría el año 1834 (25), solo había publicado con éxito un cuento y era pobre de solemnidad, tanto que cuando Kennedy lo invitó a cenar hubo de declinar la oferta por falta de indumentaria, lo que el editor resolvió regalándole ropa e invitándole a su mesa cuando gustara. También puso a su disposición un caballo para practicar la equitación. Pan para hoy y hambre para ayer, por si no se acordaba de ella. Llegado el año 1838 y ya casado con su prima Virginia contando esta 13 años, Poe pedía ese pan con la misma desesperación que Ricardo III un caballo poniendo como garantía su reino. Según el casero de su pensión el matrimonio Poe «sufría de falta material de comida y estaban obligados a vivir a base de pan y melaza durante semanas y semanas».

La historia de la literatura está llena de mercenarios literarios que vendían su arte para poder dormir poniendo como almohada el becerro de oro. Antón Chéjov era uno de los que no podían admitir un tronco por almohada y se dolía de ello como nadie. Carta a su amigo Alekséi Suvorin el 16 de agosto de 1892 (32): «Mi alma está agotada por la conciencia de que trabajo por dinero y de que el dinero es el centro de mi actividad. Este doloroso sentimiento hace que la escritura sea para mí una actividad despreciable; no tengo respeto por lo que escribo, me he vuelto indolente y

aburrido».

Paul Valéry escribía por amor al arte en los días pares, mientras que en los impares lo hacía detrás de un biombo para que no se viera lo que anotaba ni la mala leche que le alimentaba, hasta que André Gide lo chivó en su diario. El 30 de diciembre de 1922 daban un paseo por las calles de París cuando Valéry (51) se descompuso de sentimientos sin reparar en que Gide (53) no estaba obligado a guardar secreto de confesión: «Quieren que represente la poesía francesa. ¡Me toman por un poeta! Pero a mí me la trae floja la poesía. Solo me interesa por carambola. He escrito versos por casualidad. Sería exactamente el mismo si no los hubiera escrito». Dos días después el matrimonio Valéry invitaba a cenar a Gide y este no ocultaba su incomodidad por la actitud del anfitrión, incapaz de escuchar a los demás y hablando a una velocidad desesperante: «En algunos momentos me cuesta muchísimo entenderlo y debo rogarle que repita una frase de cada cuatro». Tocando después hablar del *tedium vitae* Valéry no se anduvo por las ramas, asegurando incurrir en él nueve días de cada diez, hasta que la sinceridad ascendió con toda su fuerza y reventó la tapa de la alcantarilla: «¡Ah, solo con que tuviera suficiente dinero para no preocuparme de escribir nunca más!». Siete años después el poeta seguía en sus trece, esta vez en casa de Gide. Por entonces ya estaba definitivamente disociado de la escritura y la forzaba al borde del delito con el único fin de aliviar su economía. En cuatro palabras: «Forzado y echando pestes» (*Diario* de Gide, 28 de octubre de 1929). Gide, desconcertado en la orilla, trataba de lanzarle un salvavidas recitando la palabra mágica: «Abnegación». Cuando Valéry la oyó se le desencajó el rostro, levantándose del sofá para echar a correr hasta el pasillo y, asomándose, gritar: «¡Hielo! ¡Enfermero, traiga hielo! El enfermo está divagando... ¡Está abnegando!».

Hacia 1941 Agatha Christie recordaba a su agente literario cómo años atrás se había rebajado a escribir un bodrio tras otro con el fin de sacar la cabeza del agua. «Es una sensación que destroza los nervios —decía—. Si entonces hubiera podido sacarme un manuscrito de la manga las cosas habrían sido muy distintas. Fue la época en que tuve que escribir ese horrendo libro, *The Big Four*, y forzarme para inventar *The Mystery of the Blue Train*». Por cierto, este libro lo terminó practicando su deporte favorito, el surf, en Las Palmas de Gran Canaria junto a su hija Rosalind. Su meticulosidad ya era tal que la llevó a anotar junto al título de cada capítulo el número de palabras que contenía.

Sin duda, los años cuarenta del siglo pasado fueron un paredón de ejecución por donde uno tenía que pasar agachado para que los acontecimientos no le rebanaran el pescuezo. Los coletazos del invierno de

1947 no fueron coletazos, sino baquetazos en la Inglaterra de la época, diezmada por la posguerra y el frío. George Orwell llegó a confesar en un artículo para *Tribune* cómo había tenido que echar a su chimenea, ante la falta de carbón y la crisis de combustible, «travesaños de una cama rota durante los bombardeos». Su hermana Avril, preocupada por aquella débil salud pulmonar que llevaría a su hermano a la tumba tres años después, era más explícita en su libro *My Brother, George Orwell*: «No teníamos combustible y Eric [verdadero nombre de Orwell] había estado enfermo, a intervalos, durante todo el invierno. Llegamos a echar los juguetes de madera de Richard [hijo adoptado por Orwell y su esposa Eyleen, fallecida poco antes] a la chimenea del cuarto de Eric, para que no se helara mientras escribía».

En la década de 1950 Gore Vidal escribió tres novelas de misterio con el pseudónimo de Edgar Box. En una semana. Por dinero. «Estaba arruinado», confiesa en sus memorias. La tercera, en realidad, le llevó más tiempo, ya que iba por la mitad a los tres días de iniciarla cuando se le quemó su casa. Al retomar tiempo después el hilo de la novela ni siquiera recordaba quién era el asesino, así que «tuve que inventar otra vez toda la trama, suponer qué personaje era el que había elegido».

LAS CONFERENCIAS COMO ÚLTIMO RECURSO

La edición estadounidense de *Moby Dick* fue un rotundo fracaso, y buena prueba de ello la tenemos en su recaudación: 556,37 dólares, muy por debajo de la de cualquiera de los mediocres libros que hasta entonces había publicado Herman Melville. Valga como referencia la venta en cifras de *La letra escarlata*, de Nathaniel Hawthorne, habiendo generado en diez días lo que *Moby Dick* en tres años. Melville trató de enmendar las cifras con sus siguientes novelas, entre ellas *Benito Cereno*, aspirante a laurel. Resultado: tras descontar el anticipo de la editorial, las primeras regalías ascendieron a 48,31 dólares. Así pues, a Melville (38) no le quedó otra que darse de sí y exprimir su nombre tras un púlpito dando conferencias, empezando el peregrinaje en noviembre de 1857 con una exposición sobre las estatuas de Roma y cerrando el periplo en febrero de 1860 hablando de sus viajes. Los asistentes se quejaban porque el volumen de su voz era muy débil y apenas se enteraban de nada.

Las conferencias de Poe no fueron, ni de lejos, tan multitudinarias como las de Dickens, pero una de ellas le sirvió para venirse arriba en febrero de 1848 (39), siendo ya una celebridad como literato, pero no por ello menos pobre ni menos borracho. Queriendo titularla con algo pomposo

eligió «El universo», y así fue como, al amparo del título, se propuso desentrañar los misterios del cosmos como nadie lo había hecho desde los tiempos de Copérnico y Galileo. Engañadas por el título acudieron unas sesenta personas que lo escucharon sin pestañear durante dos horas y media. Viendo Poe en el evento un éxito sin precedentes, lo siguiente fue visitar al editor George P. Putman para ofrecerle una obra revolucionaria como pocas que lograría derribar nada menos que la teoría de la gravedad de Newton, hito científico el suyo que exigía, a su decir y pedir, una tirada de no menos de cincuenta mil ejemplares. La cosa logró titularse *Eureka* y, publicada en el verano de 1848, Poe se dio con quinientos cantos en los dientes, uno por cada ejemplar de que constó finalmente la tirada.

De las ganancias que a Dickens (55) le granjearon las lecturas públicas de sus obras por Estados Unidos es buena muestra la crónica de un periodista bostoniano publicada el 22 de noviembre de 1867: «Ha llegado Dickens para iniciar sus lecturas. Es imposible conseguir entradas. El primer día que se pusieron a la venta ya había en la taquilla doscientas o trescientas personas a las siete de la mañana, y cuando me acerqué yo, a las nueve, ya eran casi un millar. De modo que no creo que vaya». Llevaba razón Mark Twain cuando dijo que en Nueva York preguntan cuánto vale alguien, mientras que en Boston cuánto sabe.

El propio Twain acarició la posibilidad de dar conferencias para seguir la estela de Dickens, ante quien se arrodilló una vez supo que en una sola temporada había recaudado 200.000 dólares a golpe de lectura. «Yo conseguí oírlo una vez durante aquella temporada —recordaba en su *Autobiografía*—. Fue en el Steinway Hall, en diciembre [de 1867], y aquello significó la fortuna de mi vida (...). Leía con gran fuerza y animación aquellos conmovedores pasajes y con sorprendentes efectos. Hay que entender que Dickens no solamente leía, sino que actuaba». Twain debió de leer el prospecto al revés, porque probó aquella fórmula magistral y lo que le salieron fueron sarpullidos. En carta de 4 de junio de 1869 participaba a su familia del odio que sentía hacia las conferencias y los escalofríos que le acometían al imaginarse un encadenamiento a ellas de por vida. Aun así, llegó febrero del año 1894 y los rotos del bolsillo ganaron por goleada a su catálogo de integridades, de manera que a sus 58 años emborronó unas cuantas cuartillas y participó a su asesor financiero su intención de dar la vuelta al mundo en ochenta conferencias o las que hicieran falta hasta casar su cuenta bancaria con su libre albedrío. Al principio le ofreció una versión falsa y tan carente de atractivo como era que su mujer y él debían alejarse «de fantasmas y tensiones nerviosas durante algunos meses», pero como engañar a tu asesor fiscal debe de ser lo

más parecido a dispararse en el pie, Twain terminó poniendo los dineros boca arriba: «Por lo visto, tengo que montar la tribuna o morir de hambre».

Así es como en julio de 1895 emprendía junto a su mujer una gira que los llevaría, entre otros países, a Australia, Nueva Zelanda, India y Sudáfrica. La declaración pública que hizo antes de partir fue la de un hombre de reconocible bondad a la par que la de un deudor de reconocido prestigio: «Pienso dedicar el beneficio de las conferencias, así como los bienes, para pagar a los acreedores (...). Yo no soy un comerciante, y el honor es un amo más duro que la ley (...). Confío en que, si vivo, podré pagar hasta la última deuda en cuatro años, hecho lo cual, a los 64 años de edad podré volver a comenzar mi vida de nuevo sin obstáculos (...)». El matrimonio concluyó su periplo en Inglaterra el 31 de julio de 1896, trasladándose días después a su casa de Elmira (Nueva York), desde cuya estación hacía un año, un mes y un día que su hija Susy los había despedido en el andén. Esta vez la joven no estaba allí para recibirlos: descansaba en el interior de un ataúd en la casa familiar de Hartford (Connecticut), a la espera de ser inhumada. Desde allí Twain escribía a su mujer: «Amaba a Susy, pero no sabía que la amaba tan profundamente». Al final de la aventura Twain mantenía que no había esclavitud tan «ardua e infernal» como la de impartir conferencias para ganarse la vida, por mucho que aquella esclavitud le hubiera rendido un beneficio bruto de unos 30.000 dólares que no emocionaron precisamente al matrimonio. Liberado en enero de 1898 de todas las deudas, Olivia calculó que ya solo el valor de los derechos de autor británicos y norteamericanos de su marido representaba un capital de 200.000 dólares, más los 107.000 dólares que integraban un saldo bancario al que mucho colaboraron las ventas de *Following the Equator* (*Siguiendo el Ecuador*), un diario en el que había volcado las peripecias del viaje. Cuando Twain accedió a la contabilidad conyugal lo primero que hizo fue salir a la calle y comprarse una caja de cigarros puros de seis centavos de dólar cada uno, ya que los disfrutados hasta ese momento habían sido de cuatro centavos y medio.

Entre enero y julio de 1882 Oscar Wilde (27) impartió en Estados Unidos unas noventa conferencias en las que recaudó nada menos que 4.000 dólares, de los que él percibió 1.200, si bien la elección de los temas y su explicación resultaban algo mediocres, por lo que al final, con lo que la audiencia se quedaba, era con su voz melodiosa y lo esperpéntico de sus atuendos, siendo el preferido aquellos calzones cortos de los que partían unas elegantes medias de seda.

El 29 de octubre de 1945 ya hacía dos años que se había publicado *El ser y la nada*, un engorro filosófico que discurría sin pena ni gloria y más

cerca de la nada que del ser en cuestión de ventas, hasta que ese día Sartre (40) le dio por colgar en el parisino Club Maintenant una conferencia con título en forma de adivinanza para adultos: «¿Es el existencialismo un humanismo?». Concienciado de que con semejante cebo acudirían pocos peces, llegó en metro un rato antes, dobló la esquina rumbo a la puerta del club y cuál no sería su sorpresa al toparse con una muchedumbre agolpada en la acera. Se calculan en quince los minutos que Sartre tardó en llegar hasta el escenario intentando sortear los abrazos de propios y extraños. Podría decirse que fue ese día, si no la fecha fundacional del existencialismo, sí al menos su puesta de largo, convirtiéndose en el estilo intelectual de moda, por mucho que prácticamente nadie supiera con certeza en qué consistía la cosa.

19

BAUTISMOS E INCINERACIONES (LITERARIAS)

LIBROS A LA PARRILLA

Y no precisamente una parrilla de salida... Comencemos con Giacomo Casanova, quien fio su acceso a la posteridad como escritor con su obra *El Icosamerón*. Publicada por entregas y costeada su impresión por el propio autor resultó todo un fiasco, consiguiendo solo 156 suscriptores. La decepción de Casanova sirvió para que, a modo de bálsamo y refugio, iniciara sus inmortales *Memorias*, cuya elaboración abarcó varios años y 4.545 hojas manuscritas que el autor estuvo tentado de quemar en varias ocasiones por no hacer honor a una realidad que, como siempre, superaba a la ficción.

El belga Émile Verhaeren era en su tierra el profeta por excelencia, y es que ningún otro poeta como él lograba vender al instante cuanto salía a la venta en las librerías de su pueblo, como ocurrió con su poemario *Les flamandes* (*Los flamencos*), publicado en 1883 (28). El libro resultó ser tan escandaloso que motivó la santa alianza entre el párroco del pueblo y los padres del poeta para poner a salvo el apellido de estos y, de paso, el alma del hijo, al que nadie quería ver arder en el infierno, de manera que compraron todos los ejemplares de las librerías e hicieron una pira con ellos. Stefan Zweig lo adoraba a la par como amigo y poeta, sublimándolo por partida doble. Verhaeren se murió de la forma más estúpida, arrollado por un tren al intentar subirse en marcha y resbalar. Como señal de duelo Zweig usó tinta negra durante un tiempo para escribir sus cartas, en lugar de la habitual violeta.

En otoño de 1948 Nabokov se enfadó tanto con Lolita y con Humbert Humbert que decidió quemar el manuscrito sin juicio previo; de hecho ya habían ardido varias hojas en un contenedor de hierro cuando Véra descubrió a tiempo la masacre y lo apartó de allí a empellones mientras apagaba las llamas a pisotones. «¡Esto lo vamos a guardar!», le espetó *ad maiorem gloriam* de su marido. En un blandengue arranque de erostratismo, Vladimir aún trataría de quemar el borrador en los años 1950 y 1951.

George Orwell se dedicó a eliminar a lo grande y sin control policial alguno. De hecho, confesaba al final de su vida que en los albores de su carrera literaria la única estadística digna de recuerdo era la docena de páginas que destruía por cada una valiosa que indultaba. «Una vez destruí una novela entera y ahora lamento haber sido tan precipitado» (carta de 15 de febrero de 1949).

Los arrebatos de ira eran el alma de estas decisiones, un alma que el escritor donaba al diablo tan solo para que el diablo estuviera en deuda con él, de lo infernal que era la mercancía donada. James Joyce lanzó al fuego el manuscrito de *Retrato del artista adolescente* tras una discusión con Nora. Su hermana Eileen lo sacó del fuego con sus propias manos, heroico acto que James le compensó al día siguiente regalándole tres pastillas de jabón de distintos colores y un par de guantes, reconociendo avergonzado que había «páginas que no habría podido volver a escribir nunca».

PRIMERAS OBRAS: NI BUENAS OBRAS, NI MEJORES RAZONES

La primera novela de Proust, *Los placeres y los días*, erró parte del título, debiendo haber llevado el de *Los fracasos y los días* para poder pasar con éxito por el detector de mentiras. El caso es que tampoco pasó por el de metales, de toda la herrumbre que llevaba adherida. Su venta fue un fracaso absoluto sin asidero con el que ponerla a salvo, y es que de los 1.500 ejemplares que se editaron solo se vendieron 329 a lo largo de veintidós años, perjudicando además la publicación de su siguiente novela cuando se quiso abrir paso, nada menos que *Por el camino de Swann*, la primera parte de *En busca del tiempo perdido*. Al fracaso de la novela contribuyó su precio escandaloso: 13,5 francos, unos 220 francos al cambio en 1990. *Por el camino de Swann* ya empezó pisando la mina equivocada con el rechazo del primer editor al que Proust entregó el manuscrito, Eugéne Fasquelle, guiado por el demoledor informe que le pasó el lector de la editorial, el crítico Jacques Normand: «Al cabo de setecientas doce páginas de este manuscrito (setecientas doce por lo menos, ya que muchas páginas lucen números con un *bis*, *ter*, *quater*, *quinque*) —tras infinitas desolaciones por haber sido ahogado en insondables disquisiciones y crispantes impaciencias por no poder nunca asomar a la superficie— sigue uno sin tener noción de qué se trata. ¿Qué hace ahí todo eso? ¿Qué es lo que significa? ¿Adónde quiere llevar? ¡Imposible saber nada! ¡Imposible poder decir nada!». Aun así, el hombre terminaba reconociendo que estaba ante «un caso intelectual extraordinario».

Proust ya venía con la autoestima puesta a remojar, dado que el manuscrito también había sido devuelto el día antes por la *Nouvelle Revue Française*, exitosa revista literaria creada tres años atrás. En este caso el rechazo fue apadrinado por André Gide, quien solo dos años después y ya publicado el libro hacía acto de contrición en carta enviada al autor el 10 de enero de 1914 (44): «No me separo de su libro desde hace varios días; me saturo de él con delicia, me recreo con él. ¡Ay!, ¿por qué ha de resultarme tan doloroso el amarlo tanto? Rechazar ese libro habrá sido el más grave error de la N. R. F. y (pues me avergüenza ser en buena parte responsable de ello) uno de los pesares, de los remordimientos más dolorosos de mi vida». Y así fue. Su amigo Truman Capote dio buena fe de ello.

Recuerdos de Rudolf Fuchs sobre un muy poco apremiante Kafka: «Cuando su primer libro, *Contemplación*, apareció en la editorial Kurt Wolff me dijo: "Donde André se han vendido once ejemplares. Diez los he comprado yo mismo. Me gustaría saber quién tiene el undécimo". Y sonrió divertido». No es nada fácil llevar bien la enfermedad del fracaso; resulta muy incómoda, porque el único remedio curativo, el éxito, es una pastilla de liberación controlada que puede tardar años en disgregarse. En realidad, contra todas las apariencias, Kafka nunca perdió su buen humor. Quien fuera su compañera en la recta final de su vida, la actriz polaca Dora Diamant, nos dejó este creíble testimonio: «Kafka siempre estaba de buen humor. Le gustaba jugar. Era un compañero de juegos nato, siempre dispuesto a cualquier broma. No creo que las depresiones fueran su característica más acusada».

¿Quién diría que una obra maestra como *Los Buddenbrook* fue un desastre comercial cuando se publicó en febrero de 1901, contando con tan solo 25 años su autor? ¿El motivo? Su publicación en dos volúmenes al precio de doce marcos. «Nadie tenía deseos de gastarse tanto dinero en el hosco producto de un autor joven y oscuro —recordaba Thomas Mann años después—. La crítica se preguntaba malhumorada si de nuevo iban a ponerse acaso de moda los mamotretos en varios tomos. Comparaba mi novela con un camión que patinaba en la arena». Las pésimas cifras firmadas con este plomizo formato ya venían siendo barruntadas por el autor dos meses antes de su publicación, siendo buena prueba la carta que escribió en diciembre de 1900 a su hermano Heinrich, confesándole que, a pesar de contener «capítulos maestros (...), sin embargo me temo que va a ser un fracaso». Pero en 1903 se publicó la obra en un solo tomo y resultó ser un éxito. Años después, en un *Esbozo biográfico* (*Lebensabriss*) escribía: «Era la fama. Me sentí envuelto por una oleada de éxito (...). Las cartas me llegaban sin cesar, afluía el dinero, mi foto se reproducía en todas

las revistas». El propio Hermann Hesse fue pasto de aquellas llamas cuando, a mediados de julio de 1933, escribió a Mann asegurándole que «desde hace algunos días *Los Buddenbrook* ameniza nuestras veladas. Mi mujer lee con dedicación y a menudo su viva presencia nos acompaña toda la noche». En realidad, ese no fue el bautismo literario de Mann, sino su relato corto *La caída*, escrito mientras desempeñaba un trabajo no remunerado en una compañía de seguros contra incendios desde marzo a agosto de 1894, publicado con tal éxito en la revista *Die Gesellschaft* que, de un día para otro, todos los círculos literarios de Múnich le abrieron su escotilla.

EN UN MUNDO DE CIEGOS EL EDITOR ES EL REY

Il signore Mondadori se aventuró a examinar *Il Gattopardo* en un manuscrito que devolvió a Lampedusa con la típica nota plagada de circunloquios ensalzando la bondad de la obra, pero no lo suficiente como para vencer compromisos anteriores y posteriores de la editorial. Lampedusa asumió el rechazo con estupor y tristeza, no así Licy, su mujer, quien se lo tomó como una ofensa personal que trasladó con envidiable naturalidad a su diario: «*Refus de ce cochon de Mondadori*». Traducción aproximada: «Rechazo de ese cerdo de Mondadori». El uso del francés no era una prevención por si el diario caía un día en manos del editor, sino el idioma preferente en el que el matrimonio se carteaba y se cartearía a lo largo de su vida.

El caso es que Giuseppe Tomasi di Lampedusa murió de la peor forma en que puede hacerlo un escritor, que es sin ver publicada su última obra, con el agravante de que, en su caso, era la única. La despedida de un manuscrito inédito es, secretamente, la despedida más desgarradora para un escritor. Así se murió Lampedusa, con *Il Gattopardo* metido en un cajón, aterido de frío y sin un triste editor que lo arropase entre unas planchas de imprenta. El colectivo de editores tildaba la novela de impublicable y con perspectivas de éxito nulas, en especial por poseer un «lenguaje anticuado». Mientras tanto, acosado por un cáncer de pulmón en fase terminal y consciente del apremio que el tiempo imponía, el escritor daba la última encomienda a su hijo adoptivo, Gioacchino: «Me gustaría que se publicase la novela, pero no a mis expensas», consciente de la humillación que suponía pagar de su bolsillo la erección de semejante monumento. Fue siete meses después de su muerte cuando un alborozado editor, Giangiacomo Feltrinelli, comunicaba a la familia su intención de publicar a toda costa aquella novela deslumbrante por sugerencia del novelista

Giorgio Bassani, que aún permanecía en estado de *shock* tras leer el manuscrito. El propio Bassani se encargaría de corregir los numerosos defectos gramaticales que aquel contenía, entre ellos el que ese «gran señor» que era Lampedusa «[se permitiera] abrir una frase con comillas sin cerrarlas después. Así que he cerrado todas las comillas». Así todo, hubo a quien le resultó altamente sospechoso que Lampedusa hubiera escrito una obra de semejante perfección sin un libro precedente que anticipara la envergadura de lo que había de llegar, e incluso quien sugirió que la verdadera autora de *Il Gattopardo* era su cultísima madre, limitándose su hijo a toparse con el manuscrito y darle forma. El caso es que, al margen de especulaciones genealógicas, en noviembre de 1958, dieciséis meses después de la muerte de su presunto autor, *Il Gattopardo* saltaba a las librerías y experimentaba desde el primer momento un ascenso meteórico, alzándose en julio de 1959 con el prestigioso premio Strega, destinado a galardonar el mejor libro de un escritor italiano, un libro que en marzo de 1960 ya andaba por la edición número cincuenta y dos.

El desasosiego ya lo empezó a padecer desde muy joven Fernando Pessoa sin necesidad de llevarlo a un libro a modo de martirologio. Alcanzada la primavera de 1928 (28) tenía mucho escrito con una sola mano, pero nada publicado con las dos entrelazadas, de manera que, seguro de haber rezado ya lo suficiente, lo intentó con un conjunto de poemas en inglés titulado *The Mad Fiddler*. Enviado el sospechoso bulto a la editorial Constable and Co. le fue devuelto con esta nota: «Lamentamos hacerle saber que, tras examinar con atención sus poemas, no vemos posible su publicación. En consecuencia, se los devolvemos (...)». Punto final. El manuscrito fue guardado en un cajón, para no ensuciar el polvo en suspensión, y solo saldría a la luz tres cuartos de siglo después. Añoraba Pessoa sus 19 años, cuando tirando de la modesta herencia que le había dejado su abuela, muerta en tiempo y forma en el año 1907, se había comprado una imprenta para editarse sus propios libros y, de paso, los de sus escritores favoritos, abriendo para ello un taller al que había llamado «Empresa Ibis imprenta y ediciones». Cuando trajeron el armatoste quedó monísimo en el centro de la estancia, amén de lo limpio que siempre lo mantuvo, en especial porque nunca llegó a ponerlo en marcha, desconocedor como era Pessoa tanto del funcionamiento de la máquina como del negocio, de manera que abandonó la aventura y se quedó tan arruinado como cuando vivía su abuela.

James Joyce se pasó el año 1904 (22) buscando editor para sus obras, ímproba tarea para un desconocido como era por entonces. Incluso llegó a acariciar la idea de convertirse en juglar para recorrer Irlanda cantando

composiciones propias a la par que tañendo un laúd, dada su seria aptitud para el canto, hasta el punto de lamentar en algún momento no haberse dedicado a la ópera. «Quizás lo hubiese hecho mejor», reveló un día a Sylvia Beach, no se sabe si antes o después de la publicación de su *Ulises*. Es cierto que la naturaleza le había dotado de buena voz para el canto, pero, por suerte, no del suficiente dinero como para comprarse el laúd, así que dejó que aquella fantasía se muriera de inanición, como otras tantas, si bien todas revivirían el 16 de junio de aquel célebre año, 1904, el día de su quedada con Nora Barnacle, el día en que se desarrollan todos los sucesos de su *Ulises* y que conforman el actual *Bloomsday* dublinés. Nora llegó para bajarlo del podio de músico y auparlo con fuerza a las estrellas, palmada ontológica que James le agradecía en una carta de 29 de agosto de 1904: «Hace una semana estaba haciendo preparativos para marcharme como actor ambulante. No pude poner toda mi energía en ese proyecto porque tú me retuviste por el brazo».

Diez años después sorprendía a todo un país con una obra maestra: *Dubliners* (*Dublineses*). Según el clausulado de su contrato editorial, la percepción de derechos de autor se produciría a partir de los quinientos ejemplares vendidos, número que Joyce recibió con una frotación de manos, pero no por las ganancias recibidas, sino para sacudirse el frío: en el primer semestre de 1915 se vendieron veintiséis ejemplares, cifra nada despreciable teniendo en cuenta los que se vendieron en el primer semestre de 1916: siete. Ya su publicación había sido un viacrucis, y todo por culpa de un rey. Así es como en agosto de 1911 Joyce se subía por las paredes con *Dublineses* recién escrita y sin visos de publicarse por los melindres del editor para con algunos aspectos relacionados con la Corona, de manera que, al igual que Alejandro con su espada, tuvo el autor que coger la pluma estilográfica y deshacer nudos por su cuenta. El primero fue el rey Jorge V, a quien escribió una carta adjuntando el texto de marras y preguntándole «si en su opinión el pasaje debe ser retirado de la publicación por ofender la memoria de su padre», el rey Eduardo VII, fallecido el año anterior. El rey contestó a aquel chiflado a través de su secretario personal, quien se negó a entrar al trapo con el pretexto de que ello supondría «apartarse de las costumbres si Su Majestad expresara su opinión en casos como este».

Desterrado se sintió también Eric Blair del paraíso literario cuando aún no había puesto siquiera un pie en él. Lo intentó con su primera novela, *Sin blanca en París y Londres* (1931), poniendo el manuscrito en manos de Faber & Faber, cuyo director literario era T. S. Eliot. Blair (28) se quedó sin uñas mientras esperaba ansioso su respuesta, de manera que no tuvo con qué arañarlo cuando le llegó. Carta protocolaria de Eliot (43) fechada el 19

de febrero de 1932: «Es muy interesante, pero lamentablemente no me parece adecuado para la publicación». Punto. Su gran amiga Mabel Fierz contaba en una entrevista de octubre de 1967 cómo poco después del trance Blair la había visitado manuscrito en mano y, previsor como era, le había pedido que lo tirara, pero quedándose los clips. Mabel ni tiró lo ordenado ni guardó lo aconsejado, sino que a espaldas del autor entregó el manuscrito al agente literario Leonard Moore, quien lo acogió con gran interés, haciéndoselo saber al tal Eric Blair, desconocido por entonces en todos los catálogos de autores que se consultasen. Eric le contestó agradecido, si bien le advirtió que si aquella novela se llegaba a publicar se hiciera con pseudónimo, «porque no es un libro del que esté orgulloso» (carta de 26 de abril de 1932). Pocos meses después llegaba a las librerías la novela con el verdadero nombre del autor oculto y recayendo en el falso todo el peso histórico que habría de hipnotizar a todas las generaciones venideras: George Orwell.

Cuando Alberto Moravia entregó el manuscrito de su primera novela *Gli indifferenti* (*Los indiferentes*) al editor de la prestigiosa revista *Novecento* le fue rechazado por no ser más que «una niebla de palabras». Moravia la había escrito demasiado joven y, por ello, estaba condenado al destiempo no de la edad, sino de la ceguera editorial, incapaz de percibir la fuerza de aquellas páginas surgidas casi todas en la cama de un sanatorio con su autor convaleciendo durante meses de una tuberculosis ósea, encajando el tintero entre las sábanas y tirando de plumilla. «De vez en cuando —recordaba ya de viejo— la tinta se derramaba sobre la ropa de la cama, y como muchas veces no estaba en mi casa me hacían pagar las sábanas manchadas de tinta que yo le llevaba luego a mi madre». A falta de editor, fue su padre quien le prestó el dinero para publicar el libro. «Cinco mil liras; es decir, cinco millones de hoy [1990]. Se lo pedí y él, sin dudarlo, me lo dio. No era poco, ni siquiera para una familia acomodada como la nuestra. Naturalmente, después del éxito que tuvo el libro le devolví el dinero (...). Fui a ver a mi padre y dije: "Mira, quieren que pague yo". Dijo: "¿Cuánto?". "Cinco mil liras". Ta, ta, ta..., pagó inmediatamente, sin decir una palabra (...). Me hizo firmar un recibo».

J. D. Salinger no hacía más que recibir rechazos y más rechazos de los editores en su advenimiento al mundo literario. Comentario sagaz de uno de ellos al recibir el manuscrito de su relato *Elaine*: «Ese J. D. Salinger no es lo bastante bueno para nosotros». La misma desesperación consumía a Mario Benedetti (34) cuando el 18 de abril de 1955 escribía a su amigo Juan Carlos Onetti (45): «Llevo siete libros publicados y humildemente debo confesar que estoy podrido de costear mis ediciones». La fortuna

llamó, por fin, a su puerta con su primera gran novela, *La tregua*, escrita a mano en los mediodías de los primeros meses de 1959, en un café cercano a la oficina donde trabajaba de contable. Una vez terminada la pasó a máquina con su Olivetti y el siguiente paso ya fue a la historia, alcanzando más de doscientas ediciones. Cuatro años más tarde escribía su novela *Gracias por el fuego*, dándosela a leer al crítico literario Emir Rodríguez Monegal, quien, considerándola más propia de ofrecer a los dioses que a los hombres, le dijo: «Quémala». Benedetti prefirió dejar el manuscrito como estaba y lo presentó al Premio Biblioteca Breve de Seix Barral, donde quedó finalista.

ESPOSAS A PIE DE PÁGINA

A Dostoievski su segundo matrimonio le vino muy bien como rendición. Me refiero a la rendición de cuentas, porque Anna Grigórievna fue una compañera de lo más permisiva e inclusiva en esa aventura extramarital permanente que su marido vivía con la literatura, hasta el punto de que un día decidió ponerse manos a la obra. Literal y liberalmente. La obra: *Los demonios*, en la que Anna G. se implicó hasta el punto de llegar a vender los ejemplares a los libreros en su propia casa para así poder controlar el dinero de las ventas. Aquellos protestaban exigiendo hablar con el autor y no con aquella criada que se hacía pasar por su mujer, pero ella se escudaba en el poderoso argumento de que su marido dormía y no era buena idea despertarlo. Corría el año 1873 y la política comercial de Anna G. (27) resultó ser un éxito, dado que vendió en torno a tres mil ejemplares, así que aprovechó la inercia y se propuso hacer lo mismo con las sucesivas ediciones de otros títulos —por entonces tenía para elegir: *El idiota*, *El jugador*, *Crimen y castigo*, *Humillados y ofendidos*, *Recuerdos de la casa de los muertos*...—. Su marido la admiraba: «¡Habría sido un excelente ministro de Finanzas!», escribió.

El matrimonio de León Tolstoi con Sofía empezó siendo una crónica rosa y terminó convirtiéndose en la crónica de una muerte anunciada. Quedaban muy atrás aquellos irrecuperables años de la década de 1870, cuando, recién casados, él empezaba *Guerra y paz* y ella a pasarle a limpio por las noches lo que él escribía por el día con una letra apretada e ilegible, labor la de ella que se extendía una y otra vez a la misma hoja que él una y otra vez reescribía hasta darle la forma adecuada. En cierta ocasión Sofía calculó que había copiado la novela siete veces, lo que se correspondía con unas 21.000 páginas manuscritas. Y tras los años setenta llegaron los ochenta duplicando emociones, testigos de cómo la condesa se embarcó en

una aventura editorial para ella antes impensable como era publicar las obras completas de su marido, al menos las que hasta ese momento (1884) llevaba editadas —entre las grandes ya podían contarse *Guerra y paz* y *Anna Karenina*—. Lo consideraba un deber conyugal *de libro* ahora que su marido buscaba con más ahínco a Dios que a las musas, dejando su creación literaria en puntos suspensivos, que son el peor punto muerto para un escritor. Además había que mantener Yasnaia Poliana, más una segunda casa en Moscú, por no hablar de aquella prole de corte apostólica que, si mal no habían contado, andaba ya por los doce hijos. Sofía tuvo para ello la prevención de pulsar la opinión de la viuda de Dostoievski, quien había acometido la misma empresa recientemente. La viuda estaba relativamente satisfecha, ya que en dos años los derechos de autor le habían reportado 70.000 rublos, de manera que Sofía se plantó firme de pies y manos y superó aquella cifra, obteniendo 50.000 rublos el primer año. Su marido se lo agradeció «a lo Tolstoi»: montando en cólera, y es que ganar dinero comercializando sus obras lo consideraba un pecado contra Dios.

Fanny, la esposa de Robert Louis Stevenson, está imbricada en la génesis de *El extraño caso del Doctor Jekyll y Mr. Hyde*. Corría septiembre de 1885 cuando el escritor (34), transcurridos tres días de ardua pelea con el borrador, anunciaba a su mujer que la obra estaba definitivamente pergeñada. Tras leerlo Fanny (45) torció el gesto, censurándolo y catalogándolo como «otro *crawler* [cuento de terror] más», de manera que lo animó a retorcer la idea embrionaria hasta segregar una historia en condiciones que fuera asumida por todos los públicos y no solo por un puñado de frikis. Robert encajó la encomienda y empezó por quemar el manuscrito (unas 30.000 palabras) para rehacerlo por completo. En seis semanas, bajo la atenta mirada de Fanny, la novela estaba escrita. Y el fracaso también. El libro pasó completamente desapercibido, hasta que una crítica anónima aparecida en el *Times* el 25 de enero de 1886 lo convirtió en un *best seller*, vendiendo en seis meses más de cuarenta mil ejemplares y obteniendo el enérgico aplauso de futuros escritores como Italo Calvino o Vladimir Nabokov, quien situaba el título, como «obra maestra» que era, junto a *Madame Bovary* o *Almas muertas*.

Cada vez que a Samuel Clemens —léase Mark Twain— le daba por comprobar quién le respiraba de aquella forma en el cogote siempre se topaba con Olivia, su mujer, y es que la señora Clemens era como una navaja multiusos, haciendo de correctora, de censora y de juez, todo a la vez, a modo de sofrito casero. Tras su muerte a los 58 años en junio de 1904, comentaba Twain en una carta de 10 de marzo de 1905: «Ella me corrigió todos los manuscritos, comenzó ese trabajo desinteresado antes de

que nos casáramos y siguió con él por espacio de treinta y seis años». Una de las hijas del matrimonio, Susy, contaba cómo a veces papá dejaba en «pendiente» partes enteras de un manuscrito para que mamá «las expurgara». Uno de los libros con los que más indulgente se mostró Mrs. Clemens fue *El príncipe y el mendigo*. Así lo contaba un sorprendidísimo Mark Twain por carta a su amigo William D. Howells: «Hasta llegué a fascinar a Mrs. Clemens con este relato para niños. Mis obras suelen inspirarle mucha condenación y pocos elogios, pero esta vez ocurre lo contrario. Se ha vuelto entusiasta y mi molino no trabaja con la suficiente rapidez para satisfacerla. Este no es un triunfo pequeño».

Acostumbrado Twain a abandonar a la mitad sus mejores manuscritos para volver a ellos cuando los arbustos recién plantados llegaran a dar sombra, *Huckleberry Finn* no fue una excepción, siendo arrinconado *sine die* para escribir *Life in Mississippi* y volviendo a él nada menos que siete años después. En su confección hubo una santa alianza: «Las niñas siempre ayudaban a su madre a corregir mis libros en manuscrito. Ella se sentaba bajo el porche de la granja y leía en voz alta, lápiz en mano, y las niñas la miraban con ojos vigilantes y avizores, pues reinaba el fundado convencimiento de que siempre que llegaba a un pasaje particularmente satisfactorio lo tachaba...» (*Autobiografía*). Ha de ponernos sobre aviso el hecho de que el manuscrito difiera textualmente del libro final en más de novecientos puntos que van desde palabras aisladas a párrafos completos, bien suprimidos, bien añadidos. La tierna biografía que sobre su padre escribió Susy Clemens representa a mamá marcando las páginas donde papá venía obligado a modificar algunas cosas si de verdad quería que el libro se vendiese...

Una buena parte de William Burroughs se convirtió en escritor gracias a su segunda esposa, Joan Vollmer. Era un 6 de septiembre de 1951 cuando William (37) le pedía a Joan (28) que se colocase un vaso en la cabeza mientras empuñaba una pistola, todo para emular las tribulaciones de Guillermo Tell. Como Joan temblaba como un flan la sosegó con el argumento de que jugar con balas era mucho más seguro que hacerlo con flechas y la mujer le creyó. El caso es que William disparó torpemente y la mató limpiamente. La niñera, aterrada, escapó de casa llevándose al hijo pequeño del matrimonio, William Jr., por si su papá se buscaba un sustituto. «Nunca me habría convertido en escritor sin la muerte de Joan —recordaba muchos años después en el prefacio de su novela corta *Queer* (1985)—. (...) Ese suceso orientó mi vida y determinó mi obra».

20

EL HECHIZO CREADOR

GÉNESIS DE LO MÁS PINTORESCAS

A Friedrich Schiller le daba exactamente igual el precio del kilo de manzanas. La gloria de la posteridad podría depender de muchas cosas, empezando por el alpiste del azar, pero nunca del chocolate del loro. Contaba Goethe a Eckermann en sus sesudas *Conversaciones* cómo en una de sus muchas visitas a la casa de Schiller, estando este ausente lo esperó sentado en su escritorio tomando algunas notas, momento en el que le invadió gradualmente un malestar que casi le hizo perder el conocimiento. Guiado por el olor nauseabundo que salía de un cajón junto a él lo abrió y descubrió que estaba repleto de manzanas podridas. Preguntada su mujer si, por ventura, aquejábale a su marido el síndrome de Diógenes, le reveló que para nada, que ese era el contenido habitual del cajón y que ni tocarlo se le ocurriese, ya que era aquel un olor que le sentaba de maravilla a su marido, sin el cual era incapaz de vivir y de trabajar. Es posible que, de haber sido el cajón más grande, Schiller habría escrito obras más largas.

The Gilded Age: A Tale of Today (*La edad dorada*: *una historia de nuestros días*) fue la primera novela importante de Mark Twain. Publicada en 1873 con 37 años, a los dos meses ya había vendido cuarenta mil ejemplares. La obra gozaba de no poca originalidad, al haber sido escrita al alimón con su amigo Charles D. Warner, escogiendo cada cual un grupo de capítulos y casándolos una vez escritos, si bien en algún tramo del recorrido el grado de coordinación terminara pareciéndose al de dos tuneladoras con el eje de la dirección torcido excavando desde puntos opuestos una montaña. Así, Twain se olvidó de uno de los personajes —Clay Hawkins— desde el capítulo IX al LXI, momento en el cual lo hizo regresar apresuradamente de Australia. Incluso los autores llegaron a incluir un apéndice *post scriptum* en el que se disculpaban por no haber dado con el padre de Laura, otra de las protagonistas estelares.

La vena literaria de Chéjov llevaba factor Rh positivo a mansalva, así que no es de extrañar que diera a luz sus primeros cuentos ya en su adolescencia. Su amigo Alekséi Suvorin nos cuenta cómo se desarrolló

aquel primer parto: «Antón Pavlovich se sentía muy triste al no tener dinero con que comprar un pastel para el aniversario de su madre. Escribió un cuento. El cuento se le publicó y con los rublos que le dieron se festejó el cumpleaños. A partir de ese instante se convirtió en el mantenedor de su familia». Suvorin estaba en las mejores condiciones para exponer a la luz todos los trapos sucios y limpios de Chéjov gracias a los muchos viajes que hizo con él, uno de ellos por Provenza e Italia, donde más que por viñedos y ruinas Chéjov sintió especial predilección por los cementerios y los circos, si es que hacemos caso al diario de Suvorin.

La vida le cambió a Charles L. Dodgson (alias Lewis Carroll) tras un inocente paseo en barca a bordo de la cual iba sentada, junto con sus dos hermanitas, una niña muy especial: Alice Liddell. Así rememoraba esta medio siglo más tarde la mágica jornada en la que aquel joven escritor la hizo protagonista del país de ficción más famoso de la historia: «Tengo un recuerdo muy nítido de la expedición, y también me acuerdo que al día siguiente empecé a pedirle insistentemente que me escribiese el cuento, cosa que nunca había hecho antes. Debido a mi... insistencia, después de decirme que se lo pensaría, finalmente me prometió, aunque con titubeos, que se pondría a escribirlo». Aquel día iba con ellos, convertido en vigilante de proa, su buen amigo Robinson Duckworth, profesor del Trinity College, quien, por cierto, llegaría a convertirse en capellán de la reina de Inglaterra. Así recuperaba aquel día muchos años después: «Recuerdo que me di la vuelta y le dije: "Dodgson, ¿es uno de sus cuentos improvisados?". Y él me contestó: "Sí, me lo estoy inventando sobre la marcha". También recuerdo muy bien que cuando llevamos de vuelta a las tres niñas a la residencia del deán [su padre] Alice dijo al darnos las buenas noches: "Señor Dodgson, desearía que me escribiese las aventuras de Alicia". Él afirmó que lo intentaría y después me contó que se había quedado levantado casi toda la noche, poniendo en un papel lo que recordaba de las ocurrencias con que había amenizado la tarde».

Sin embargo, en el segundo semestre de 1863 la ruptura de relaciones entre Carroll y la familia Lidell era absoluta. Volaban las especulaciones en Oxford, la más sólida de ellas anudada a la petición de mano de Carroll (31) a la pequeña Alice (11). La diferencia de edad entre ambos no debe movernos a prejuicios sospechosos hacia el escritor, y es que, a pesar de hallarnos en pleno periodo victoriano, la edad mínima establecida por la ley británica para contraer matrimonio era los 12 años. El diario de Carroll hubiera podido arrojarnos la luz necesaria, pero aquellas suculentas páginas, como acto de protección de la memoria de su tío, fueron cortadas a navaja años después por su sobrina, Menella Dodgson. Una curiosidad:

cuando Carroll concluyó el libro ni siquiera tenía intención de publicarlo, limitándose a encuadernarlo y a regalárselo a Alice en la Navidad de 1864.

No había nada como poner a escuchar al *daimon* interior lo que el *daimon* interior de otro escritor tenía que soplarle. Julio Verne albergaba el polo positivo y George Sand el negativo cuando un día los acercaron y la visión de ella activó toda una gigantomanía en él, y es que fue Sand —apasionada como era de las novelas de Verne— quien con un comentario al aire levantó en la cabeza de este todo un vendaval. En una carta fechada en el verano de 1865 le escribía: «Tengo la esperanza de que no tardará en llevarnos al fondo del mar, y que hará que sus personajes viajen en esos aparatos de inmersión que sus conocimientos científicos y su imaginación son capaces de perfeccionar». Dicho y hecho. En marzo de 1869 (41) se publicaba la primera entrega de *20.000 leguas de viaje submarino* en la *Magasin d'Éducation et de Récréation*, fundada en abril de 1863, de tirada quincenal.

Tanto Olivia, su mujer, como sus hijas Clara y Susy, estaban cansadas de que papá solo escribiera historias divertidas sin hacer llorar de vez en cuando al lector, así que lo animaron a que envainara tanto sentido del humor y tirara un poco del sentido del ridículo para escribir alguna cosa seria, reto que papá se tomó muy a pecho. Así fue como Mark Twain escribió en febrero de 1881 *El príncipe y el mendigo*. El propio autor reconocía en una carta escrita el 31 de ese mes a su amiga Annie Lucas: «Esta historia me gusta más que *Tom Sawyer* porque aquí no he puesto nada de diversión». Su vecina Harriet Beecher Stowe, que ya había construido *La cabaña del tío Tom* treinta años atrás, le confesó que era «el mejor libro para niños que se ha escrito jamás».

Como quien no quiere la cosa, así confesó Oscar Wilde a André Gide haber escrito en cuestión de días *El retrato de Dorian Gray*, en concreto para ganar una apuesta, ya que «la escritura me aburre tanto...», sostenía. Aquí a Caperucita le sobraban lobos. En realidad, el tiempo que invirtió en la versión corta fue de seis meses, y bajo presión editorial. De hecho, cuando la concluyó escribió a una amiga: «Acabo de terminar mi primera historia larga y estoy agotado (...). No soy capaz de describir una acción; mis personajes están sentados y charlan».

Quien sí escribió su obra cumbre por puro aburrimiento fue William Faulkner. Así lo reconoció en mayo de 1946, 17 años después de haber publicado *El ruido y la furia*, asegurando haberla abordado por pura diversión y sin ninguna esperanza de verla editada, en coherencia con su novela anterior, que había sido rechazada por cuantas editoriales habían recibido el manuscrito. Esta escasa fe se pone de manifiesto en una carta de

octubre de 1928 dirigida a su tía Bama: «[Es] el libro más maldito que jamás leí. No creo que nadie lo publique en los futuros diez años. Harcourt [Brace & Co] jura que ellos lo harán, pero yo no lo creo». En efecto, se trataba de *The Sound and the Fury*, y no, no se equivocaba. Carta a Alfred Harcourt de 18 de febrero de 1929: «Siento que no les impresionara a todos ustedes, pero no diré que no esperase otro resultado». Finalmente sería Ben Wasson quien, con mejor olfato editorial, la publicaría el 7 de octubre de 1929, una época en la que Faulkner, recién casado con Estelle Oldham Franklin, trabajaba por las noches en una central eléctrica en la que para matar las horas escribía *As I Lay Dying* (*Mientras agonizo*). En no mejores condiciones dirigió la última de sus novelas capitales (*¡Absalón, Absalón!*) si es que damos por buena la carta que dirigió a su agente Morton Goldman en agosto de 1934: «Aquí hace un calor infernal; tengo que trabajar delante de un ventilador; con una mano escribo y con la otra aguanto el papel».

En 1930 J. R. R. Tolkien (38) solo era un gris profesor de la Universidad de Oxford que corregía exámenes en su casa, una aventura tediosa consistente en pasar hoja tras hoja, garrapateando anotaciones, que de repente halló consuelo en una hoja en blanco. Descansó en ella la vista y después la desplazó a un pequeño agujero que había en la alfombra, a sus pies. Solo era un diminuto agujero, pero ahí empezó todo. Aprovechó esa hoja en blanco y escribió estas palabras, sin saber lo que significaban: «En un agujero en el suelo vivía un hobbit...».

A Scott Fitzgerald le gustaban demasiado los relojes, tanto que la inspiración le llegaba no con ellos puestos en la muñeca, sino colocados tras los escaparates. Corriendo el año 1922 Scott ya había escrito y publicado multitud de relatos, pero su predilecto, por el ser el más divertido, era *El lomo del dromedario*, cuya génesis fue la necesidad de comprarse un reloj de pulsera de platino y brillantes con un precio de 600 dólares. Pero, al margen de relojes y de avaricias, la chispa también podía surgir del ingenio de otros, y en este sentido Mark Twain era un precioso semillero, al que no solo le debía mucho Scott, sino también Brad. Sí, el mismísimo Brad Pitt. Todos recordamos su interpretación en la película *El curioso caso de Benjamin Button*, basada en el relato homónimo que Scott publicó en *Scribner's* en mayo de 1922. Pues bien, según este confesó, el germen de la historia estaba en la desolación de Mark Twain al apreciar que lo mejor de su vida había sucedido al comienzo, para llegar lo peor al final.

Corre el 24 de enero de 1949 (45). Hace años que no escribe nada que valga la pena y, por el medio, se ha descolgado, infierno arriba, una guerra mundial que la ha destrozado psicológica y creativamente. Pero un día se

topa con treinta y cinco cuartillas del borrador de unas memorias imperiales escritas, y luego olvidadas, en el año 1937. Lee la primera línea y se produce el resplandor: «Mi querido Marco... [Aurelio]». Así nacen las *Memorias de Adriano*, y es que «desde ese momento —confesaba Marguerite Yourcenar— me propuse reescribir ese libro costase lo que costase», pareciendo hacerlo sobre billetes más que sobre folios en blanco, ya que a medida que terminaba un capítulo lo iba depositando en el banco. El inconveniente de escribir novelas históricas son los patinazos anacrónicos y diablillos similares. Con motivo de un encuentro de Yourcenar con el profesor de historia Henri Grégoire este la apremió a subsanar un error en el que cualquiera podía haber incurrido, y es que los sestercios, le aclaró, no se podían amontonar, dada su forma convexa, de manera que en la versión definitiva de la obra la autora sustituyó «y se puso a equilibrar los montones» por «y se puso a apilar metódicamente las piezas».

A Gertrude Stein le inspiraba, bolígrafo en mano, el traqueteo del coche conducido siempre por su inseparable Alice. Las inercias, los giros, los frenazos y los acelerones, todo ello formaba un entramado rítmico que decidía el sentido de una frase o el pulso de una escena. Entre tales abejorreos escribió varias obras, como la *Biografía de los Estados Unidos* y *Cien hombres eminentes*. Otra fuente de inspiración eran los cencerros de las vacas. El escritor estadounidense Bravig Imbs fue testigo de cómo Gertrude se sentaba en una silla plegable en mitad del campo y ordenaba a Alice que azuzara una vaca para activar así el cencerro, momento en el que Gertrude ponía a salivar su imaginación, pero solo hasta que el badajo se detenía; entonces la inspiración dejaba de fluir, adversidad que la escritora resolvía llevando la silla adonde estuviera la vaca y pidiendo a Alice que repitiera la operación. Por cierto, Imbs alababa la utilidad de Alice Toklas porque «defendía a Gertrude de los pelmazos».

También Sartre adoraba el ruido para trabajar, solo que, a diferencia de Stein, no necesitaba poner tierra de por medio. Le bastaba con una mesa y un mantel en el que escribir con una mano y hacer bolitas de pan con la otra. La cosa es que le encantaba escribir en las cafeterías, aunque su argumentario se parecía más a una sentencia absolutoria que a otra cosa: sostenía que el ruido de las mesas y las sillas, las voces de los camareros, los pasos y el ruido de los platos constituían «una plenitud del ser». Me pregunto si cuando «el ser» tenía el estómago vacío, Sartre y «el ser» opinaban lo mismo...

André Breton estaba convencido de que, hablando de trenzados literarios, quien hacía un cesto hacía cien, pero puso todo su empeño en

remontar la corriente y saber qué había movido al escritor para trenzar el primero, el realmente auténtico. Así fue como en el número 9 del mes de noviembre de 1919 de la revista *Littérature* preguntó a los más ilustres literatos europeos del momento cuál era la causa que los movía a escribir. Hubo de todo en las respuestas: originalidad, extravagancia, cursilería... A la mayoría de ellas Breton las calificó de «patéticas», y no precisamente en el sentido que Beethoven atribuyó a su sonata para violín y piano. Como botón de muestra la pincelada de Max Jacob: «¡Para escribir mejor!». De más de ochenta respuestas solo unas pocas merecieron la aprobación de la revista, entre ellas la de Francis Picabia: «Realmente no lo sé y espero no saberlo nunca», o la de Paul Valéry: «Por debilidad». La favorita de Breton fue la de Knut Hamsun, extraída de su novela *Pan*: «Escribo porque mata el tiempo».

LA INSPIRACIÓN COMO EJERCICIO DE CODOS

A Heinrich von Kleist, fiel al monoteísmo de la literatura, le subía la fiebre cada vez que pensaba en ponerse a trabajar en otra cosa, enseñándonos cómo el pecado capital de la pereza puede llegar a ser cardiosaludable con solo poner pies en polvorosa. En carta a su novia Wilhemine von Zenge de 22 de marzo de 1801 (23) se lo trataba de explicar así: «Una mañana quise ponerme a trabajar, pero sentí un asco profundo que dominaba mi voluntad. Sentí deseos de llorar abrazado a ti, o por lo menos de abrazarme a un amigo. Aunque el tiempo era muy malo corrí a Potsdam [¡desde Berlín, unos 30 kilómetros!] y llegué allí empapado, abracé a Leopold, Gleissenberg y Rühle, los estreché contra mi pecho y me sentí mejor».

Dostoievski vivía fascinado con *La Madonna Sixtina* de Rafael hasta el punto de que en su cuarto de trabajo, donde a veces también dormía, tenía colgada una fotografía del cuadro que sus amigos le habían regalado, de manera que al abrir los ojos o levantar la cabeza era lo primero que se encontraba. Se trataba de que todo estuviera encastrado en su sitio del modo en que lo están las uñas de nuestros dedos durante toda la vida. La necesidad de concentrarse intensamente en lo que escribía era tal que si al cambiar de sitio las bujías se derramaba algo de cera en el suelo llamaba de inmediato a la sirvienta para que la limpiara. Alegaba que las manchas le molestaban y era incapaz de trabajar con una a su lado. «Pienso en ella todo el tiempo, en vez de meditar en mi obra», le escuchó decir un día su hija Aimée.

Ella se sentaba en una silla y él la veía trabajar durante horas, como dentro de una campana de cristal con un cartelito adosado en alguna parte

suministrando las dos únicas indicaciones a las que iba a atender aquella fiera enjaulada: el horario de apertura y el de cierre. No había más. Leonard Woolf en sus *Memorias*: «Nunca he conocido a nadie que trabajara con mayor intensidad, que tuviera una concentración más infatigable que Virginia. Este era el caso cuando se encontraba escribiendo una novela. La novela se convertía en parte de ella y ella misma era absorbida por la novela. Escribía solo por la mañana de diez a una (...)». Si es que al final la inspiración no es cosa de musas, sino de biorritmos. Para escribir buenas obras no hace falta encomendarse a aquellas, sino desayunar fuerte y coger el tiempo por los cuernos.

En una mano tenía un montón de años; en la otra un profundo pozo de soledad. No había más que organizar cronológicamente todo aquello, meterlo en el pozo y pedir un deseo. Él pidió que la imaginación se convirtiera en un manantial. Y así se le concedió. En noviembre de 1965 (38) García Márquez escribía esto al escritor Luis Harss acerca de *Cien años de soledad*: «Estoy loco de felicidad. Después de cinco años de esterilidad absoluta este libro está saliendo como un chorro, sin problemas de palabras». Años después dejó anotado que una mañana de octubre de 1965 se sentó «frente a la máquina de escribir, como todos los días, pero esta vez no volví a levantarme sino al cabo de dieciocho meses».

EL PERSONAJE COMO UN MIEMBRO MÁS DE LA FAMILIA

Podía ocurrir que un autor llegase a convivir en tan estrecha interacción con un personaje que tal conexión se convirtiera en una verdadera «neurosis de transferencia», como Freud la llamaría. Es lo que le ocurría a Thomas Mann cada vez que repasaba la muerte de Raquel en *José y sus hermanos*. Confesión: «La muerte de Raquel me ha hecho llorar otra vez». Para Dickens fue igual de opresiva la identificación experimentada con Nell, la niña de 13 años que protagoniza su *The Old Curiosity Shop* (*La tienda de antigüedades*), rayando la exacerbación patológica. El personaje se le fue de las manos al autor para administrar desbocado su propio destino, escapándose a su voluntad, sin recursos literarios en el tintero para retenerla a su lado, en el caso de Nell para mantenerla con vida. La niña le pidió morir y Dickens, dolorido, lo aceptó. Carta a George Cattermole, ilustrador del libro: «Este relato me está destrozando el corazón y no sé si voy a poder terminarlo». Carta días después a su buen amigo William Macready: «Estoy matando a esta pobre niña poco a poco y me siento cada día más miserable. Se me parte el corazón. Pero así debe ser». Días después es su amigo el pintor Daniel Maclise quien recoge el testigo: «¡Si supieras

lo que he sufrido con la muerte de esa niña!». Por esas fechas escribía a su amigo John Forster al hilo de su novela, cuyo final estaba próximo: «No me recuperaré en mucho tiempo (...). He rechazado varias invitaciones para esta semana y para la próxima y he decidido no ir a ningún lado hasta darlo por terminado».

A G. K. Chesterton solo le interesaban aquellos personajes que hedían. No, no se trataba de que la Lola se fuera a los puertos y no se duchara al llegar a casa, sino de que sus personajes le interesaban vivos en la medida que eran una jugosa anticipación de lo que habría de venir una vez convertidos en fiambre. Bien puede entenderse —y compartirse— lo políticamente incorrecto que hoy supondría titular un libro *Veinte maneras de asesinar a una esposa*, sean esposas o esposos lo que el género brinde a la bestia, pero Chesterton lo hizo, y en aquella época todos le rieron la gracia porque aún no había estadísticas de mujeres muertas a manos de maridos *et alios*. Dígase en su descargo que, ya al final de su vida, si de algo se jactaba G. K. era de haber escrito novelas de misterio llenas de difuntos, siendo estos los que, a su juicio, le habían dado la fama y el dinero, hasta el punto de que los editores le pedían de vez en cuando «una nueva remesa de cadáveres, generalmente en lotes de ocho», sostenía con sorna en su *Autobiografía*.

Por su parte, Tennessee Williams confesó a su amigo Gore Vidal que era incapaz de escribir la menor historia si no introducía en ella al menos un personaje por el que sintiera un deseo físico. No quiero imaginarme los celos de Tennessee si al final ese personaje se iba a la cama con otro o con otra sin nada que él pudiera hacer para impedirlo... Samuel Beckett, sin embargo, no toleraba iniciativa alguna a sus personajes. Si Godot no terminaba de llegar peor para él; se quedaría sin protagonismo alguno y sin segundas partes. A Beckett no le causaba ningún remordimiento hacerlos caminar cojeando y, para su tranquilidad y como particularidad, solía colocarlos en escenarios donde no hubiera trenes ni vías.

A Oscar Wilde jamás se le hubiera pasado por las mientes semejante desconsideración hacia un personaje. Una vez traídos al mundo había que conseguir para ellos el de Cándido, o sea, el mejor de todos los mundos posibles. *El retrato de Dorian Gray* es un claro ejemplo de ello. Ya había enviado el manuscrito a la imprenta cuando mandó detener las planchas para corregir un error garrafal, «un desatino, un crimen contra el arte», aseguraba. La fatalidad en cuestión se debía a que había puesto el apellido Ashton a un negociante de cuadros, con todo lo que ello implicaba. Menos mal que nos queda el testimonio del corrector de pruebas, Coulson Kernahan, para entender algo del disparate. Así lo contaba reproduciendo

el alarmismo de Wilde: «Ashton... Ashton es un nombre de *gentleman* y, ¡Dios me perdone!, el que he puesto a un negociante. Debe cambiárselo por el Hubbard. Sí, Hubbard huele positivamente a nombre de comerciante».

Tampoco Agatha Christie las tenía todas consigo hasta que colocaba varios nombres detrás del cristal y los sometía a una rueda de reconocimiento para señalar no a los culpables, sino a los bendecidos. En la primavera de 1955 daba inicio a su novela *Mary Westmacott*, si bien haciéndolo cada día con el motor del bolígrafo gripado. Carta a su agente Edmund Cork: «Dispongo de varias alternativas de nombres propios; ya sabe que no empiezo verdaderamente a escribir hasta que doy con los nombres que me parecen adecuados». Para los curiosos, la novela terminó titulándose *La carga*.

Lo que suponía una verdadera carga para Charles Dickens era empezar una novela si antes no había decidido el nombre del protagonista, el cual siempre o casi siempre terminaba por llevar al título de la obra, aunque acertar a la primera ya era otro cantar: antes de decantarse por *David Copperfield* cambió de título diecisiete veces... Del mismo bloqueo narrativo sufría Graham Greene, tal era el servicio a la causa que iba a hacer el personaje central de la novela. Ese fue el motivo por el que no dio inicio a su novela *El fondo del problema* durante meses, al no ser capaz de dar con un nombre para Scobie. Lo encontró leyendo un día el periódico: «Un tal general Scobie mandaba en Grecia las tropas británicas. El apellido convenía perfectamente».

21

MATRIMONIOS ESTELARES Y ESTRELLADOS

A LA CAZA DEL PÁJARO AZUL

Lo dice Florita en *La señorita de Trevélez*, la obra teatral de Carlos Arniches, que la felicidad es un pájaro azul que se posa un minuto en nuestras vidas y al segundo siguiente ya levanta inexorablemente el vuelo. Por suerte para ellos, a muchos escritores esos sesenta segundos les duraban toda una vida, sin necesidad de cronómetros en la mano ni más relevos en la carrera que el de cada día llegando para superar al anterior.

Lo mejor que Wolfgang von Goethe pudo hacer tras convivir durante dieciocho años con Christiane Vulpius fue casarse con ella, enlace que se celebró un 19 de octubre de 1806, contando ella con 41 años y él con 57. No, el poeta no podía permitirse el lujo de perderla: le daba estabilidad emocional y tanto le reconfortaba con los fogones de la cocina como con su fuego corporal en los aposentos, hasta el extremo de bautizarla *Erotikon*, algo así como «tesoro en la cama». Pero ni siquiera la bella y estilizada esposa del gran von Goethe fue ajena al inevitable *sic transit gloria mundi* de la piel y de la carne, convirtiéndose con el paso de los años en una mujer fea y vulgar, si es que hacemos caso a Wilhelm Grimm, el hermanísimo de Jacob, con apoyo manifiesto de la escritora Bettina Brentano, quien no encontró mejor ejercicio que el rechinar de dientes para tildar de «salchicha» a quien había osado montar en aquel pura sangre a pesar de haberlo visto ella primero.

La Providencia no permitió a Henry W. Longfellow morirse con las manos llenas de felicidad conyugal. Resultó que su línea de la vida era corta, muy corta, aunque pronto descubrió que no era la suya, sino la de ellas. La de sus mujeres. Su primera esposa, Mary, falleció a los 23 años tras sufrir un aborto espontáneo en 1835, contando el poeta con 28 años, mientras que la segunda, Fanny, fallecía de manera dramática en el año 1861 mientras lacraba un sobre donde había introducido los rizos de sus seis hijos pequeños, prendiendo el fuego su vestido y quedando toda ella envuelta en unas llamas que también alcanzaron a Longfellow, abrasándole parte de la cara y las manos al intentar sofocarlas. El poeta se reunía con

ambas veinte años después, sin analgésico lírico alguno que le hubiera calmado el dolor.

A Ralph Waldo Emerson también le partió la Providencia por la mitad el acta matrimonial cuando la tinta aún no se había secado. Fallecía su querida Ellen a los 19 años un 8 de febrero de 1831, una muerte con la que Emerson se vino abajo, tan abajo que trece meses después la siguió hasta allí; no, no quitándose la vida, sino devolviéndosela ficticiamente a ella. Anotación en su *Diario* el 29 de marzo de 1832: «He visitado la tumba de Ellen y he abierto el ataúd». Nunca llegó a desvelar qué se encontró, ni en qué estado, ni qué sensación experimentó. Se llevaban ocho años, los suficientes como para que uno de los apodos que Ellen le había puesto fuera el de «Abuelo».

Samuel Clemens (Mark Twain) no tuvo que redoblar esfuerzo alguno para casarse con Olivia Langdon. Lo hizo por curiosidad, y al mes de su incursión ya había convertido el matrimonio en su segunda Constitución de los Estados Unidos, de tan obligado como se sentía a cumplirlo, asegurando que si todos los días que restaban de vínculo iban a ser como aquellos treinta primeros lamentaba entonces haber perdido los treinta años anteriores, reclamando volver a la casilla de inicio para casarse «en la más tierna infancia, en lugar de perder el tiempo partiendo dientes y rompiendo platos». Treinta y cuatro años después Olivia sufría un ataque al corazón y los médicos le prescribían reposo incondicional durante su convalecencia, incluyendo la prohibición a su esposo de visitarla en su habitación. La consecuencia fue que Samuel se pasó casi cuatro meses sin poder verla, vagando desencajado por la casa mientras soltaba un puñado de lastre existencial con cada paso que daba sin estar orientado hacia Olivia. Incluso llegó a colocar carteles en los árboles cercanos en los que pedía a los pájaros cantar por lo bajo para no molestar a la enferma. Su única comunicación con ella durante aquel tiempo consistió en notas cortas, a razón de dos o tres diarias, en las que seleccionaba cuidadosamente el material informativo para evitarle disgustos. El 30 de diciembre de 1904 (69) pudo, por fin, anotar en su diario: «Vi a Livy durante cinco minutos de reloj, por primera vez en más de tres meses. Fueron unos cinco minutos espléndidos».

Cruel fue la forma en la que Olga trató a Antón, hervido de amor como estaba y podrido de tubérculos pulmonares como sobrevivía. Un ejemplo es la carta enviada por Antón desde Yalta (Crimea) fechada el 7 de marzo de 1901, viviendo Olga en San Petersburgo: «He recibido una carta anónima según la cual te has encaprichado de alguien en Piter, que te enamoraste hasta las orejas. Yo mismo, en efecto, sospechaba ya desde

hace tiempo que eras una viva la vida, una cicatera». Aun así, Antón se arrodilla al final de la carta y la única articulación que le cruje es la del amor propio: «Te abrazo ochenta veces y te tomo fuerte entre mis brazos. Recuerda también que te espero». Se casaban a contrapelo en la más estricta intimidad el 25 de mayo de 1901, y tras el pertinente viaje de novios el matrimonio Chéjov ya apenas se verá las caras, cumpliéndose así el pronóstico que el escritor trasladaba a su amigo Alekséi Suvorin seis años atrás, cuando Olga aún no existía: «Prometo ser un excelente marido, pero dadme una mujer que, al igual que la luna, no aparezca un día tras otro en el horizonte». Pocas bocanadas de aire fresco llegaron a sus pulmones de la boca de su mujer. Una de ellas lo fue en carta del 15 de enero de 1902: «He besado tus cartas y he pensado en ti. Mi hombre de oro, mi amor, a quien yo más añoro en esta vida. Te amo. No sé qué va a ser de mí cuando no pueda verte».

La turbiedad regresó al matrimonio a finales de marzo de 1902, cuando Olga sufrió un aborto, escribiendo a Antón para dolerse por no haberle dado un «Pánfilo», tal era el desgraciado nombre que iban a poner a la criatura. Chéjov se fue muriendo sorbo a sorbo de un vaso vacío junto a su madre en su casa de Yalta mientras Olga vivía al trasluz de todos los oropeles en Moscú, maniatada por su dudosa profesión de actriz, donde recibía de su marido cartas que, ciertamente, no la animaban demasiado a volver, como la de 12 de diciembre de 1902: «Mujercita mía, las uñas me han crecido mucho y no tengo quien me las corte. Se me ha roto uno de mis dientes. Se me ha caído un botón del chaleco...». El oscuro y frágil escritor aún velaba armas para defender un futuro improbable cuando, solo quince meses antes de morir, escribía a Olga el 15 de abril de 1903: «Además, para qué voy a escribirte si nos vamos a ver pronto, pronto, pronto de nuevo, y te daré un pellizco en el trasero y más cosas como esa». Al final, despedida en aluvión: «Te beso en la cara, te doy palmadas en el trasero. Tu Negrete».

La vida sexual de una pareja de puercoespines era un frenesí al lado de la que mantuvieron G. K. Chesterton y su esposa Frances. Si, según el chascarrillo, las parejas de puercoespines ponen todo el cuidado al hacerlo, Gilbert y Frances ponían todo el cuidado en no acercarse. Si hacemos caso a su cuñada, Mrs. Cecil Chesterton, Gilbert no polinizó a Frances ni una sola vez en su vida, y es que Frances, prodigio de frigidez, ya había dejado claro a Gilbert por dónde iban a ir los tiros de fogueo y por dónde los de pólvora cuando en su viaje de novios él la abrazó para hacerla suya y lo único con lo que se quedó fue con la blusa, tras ver cómo su esposa huía aterrorizada gritando en todos los registros de la escala diatónica, suceso

que Mrs. Cecil conoció de primera mano por contárselo su marido, Mr. Cecil, hermano de Gilbert. «Temperamentalmente ascética —narra Cecil en los recuerdos que de ambos hermanos plasmó en *Los Chesterton*—, físicamente atacada por la enfermedad de la espina dorsal [que Frances tenía gravemente desviada], el primer intento hubo de repugnarle profundamente. Su tragedia fue que, deseando tener chiquillos, huía del acto sexual. Parece ser que entre ellos nunca tuvo lugar la unión física; y Gilbert, joven y fogoso, fue condenado a una vida pseudomonástica, en la que vivió con una mujer, pero nunca gozó de ella».

Remisa a todo lo que oliera a fragancia conyugal, cuando en 1901 murió la reina Victoria, Adelina Virginia Stephen apostó por una nueva era en la que descollara la música por encima de otras extravagancias, entre ellas la institución matrimonial, tan rancia como inútil. «La música, los libros y uno o dos cuadros. Voy a fundar una colonia en la que no existirá el matrimonio, a menos que uno se enamore de una sinfonía de Beethoven» (*Diario*). En fin, Virginia Stephen se casaba once años después con Leonard Woolf, que de Beethoven solo conocía sus problemas auditivos. Leonard no lo tuvo precisamente fácil para secuestrar sentimentalmente a Virginia: cuando esta recibió por carta su propuesta matrimonial se tomó su tiempo en contestarle, alineando su respuesta en forma de tomas fotográficas que, juntas, compendiaban los fotogramas de una película de terror: «Quizás el que seas judío tenga que ver con esto [le rechazó...]. Pareces tan extranjero. Y, además, soy terriblemente inestable. Cambio de humor a cada rato sin ningún motivo (...). Como ya te dije de forma brutal el otro día, no siento ninguna atracción física hacia ti. Hay momentos —uno fue cuando me besaste el otro día— en que no siento nada, como si fuera una piedra». No, no parecía una carta, sino las instrucciones del garrote vil para usarlo según el libre albedrío. Sin embargo, unas semanas después invertía Virginia la rotación de los astros con esta carta a su amiga íntima Violet Dickinson: «Tengo que confesarte algo. Voy a casarme con Leonard Wolf (sic). Es un judío sin un centavo. Me siento la mujer más feliz del mundo (...)». Submundo, querría decir, ya que meses después, la ya señora Woolf trataba de suicidarse ingiriendo una dosis mortal de Veronal que su marido y un médico lograban extraer *in extremis* de su estómago con la ayuda de una sonda. Corría por entonces el año 1913, sin que dos años después la baraja pintara mejor palo a juzgar por el comportamiento de Virginia, quien tras pasarse entre dos y tres días hablando sin parar cayó en coma de puro agotamiento. Cuando recobró la conciencia no quería ver a varón alguno, incluido su marido. Le repelían. Diagnóstico de la época: locura maníaco-depresiva.

Ya solo la luna de miel se pareció al resultado de un limón exprimido si es que hacemos caso a Gerald Brenan, amigo de Leonard y depositario de sus confidencias, contando tras su muerte cómo había intentado consumar sin éxito su matrimonio en el viaje de novios para claudicar ante la violenta reacción de Virginia, conociendo como conocía que aquellos arranques preludiaban sus ataques de locura. «(Leonard) tuvo que renunciar a toda idea de tener siquiera alguna vez algún tipo de satisfacción sexual. Él me dijo que estaba dispuesto a hacer eso porque ella era un genio». Aun así, en una entrada de 28 de diciembre de 1919 Virginia escribía: «Todavía me atrevo a decir que somos la pareja más feliz de Inglaterra». Siendo el 1 de abril el día de los Santos Inocentes en Reino Unido aún faltaban cuatro meses para lanzar la broma al espacio aéreo del matrimonio, teniendo en cuenta que dormían en camas separadas y, tiempo después, en habitaciones distintas. A pesar de todo ello, Virginia y Leonard crearon un fornido músculo conyugal a base de llevar a cuestas su matrimonio ya desde la noche de bodas, incapaces de mejorarlo día a día ni de activarlo noche a noche, pero el caso es que siempre estuvieron juntos, como por accidente, como el chicle y la suela del zapato, incapaces de desincrustarse. La templanza de Leonard y la excentricidad de Virginia convertían a la pareja en un elemento fuertemente magnético. Alguien tan desequilibrado como ella no podía coser el mundo si no era con la ayuda de un dedal que la protegiera de cada puntada, y para ello escogió a Leonard, tan periférico como su esposa. Cuando, corriendo el año 1904, obtuvo un puesto de funcionario con destino en las colonias inglesas asentadas en Ceilán llegó acompañado de un foxterrier llamado Charlie y las obras completas de Voltaire en setenta volúmenes. Allí, con permiso de Voltaire, cometió la torpeza de enamorarse de la esposa de su superior, una mujer bastante mayor que él, movido por una potísima razón como era ser «la única persona —hombre o mujer— en Jaffna que no resulta repelente cuando la miras».

Stefan y Friderike. Que ella estuviera divorciada y tuviera dos hijas no suponía inconveniente alguno para él. Le resultaba de peor llevanza el tener que llamarla por un nombre tan largo, como serpiente enroscada en un palo, así que terminó bautizándola con un nombre autopropulsado que ella llevó alborozada a su diario: «Stefan me ha nombrado hoy su "conejita mayor" permanente. No pido más: que disfrute de vez en cuando con conejitas menores. Les deseo lo mejor, a ellas con él y a él con ellas, siempre que yo siga siendo la conejita mayor». Toda una lección de resignación mucho más que cristiana: ¡politeísta! Stefan Zweig y Friderike Maria Burger se casaban el 28 de enero de 1920 con gracieta de por medio,

al incluir Stefan en las invitaciones de boda una mención a la «ceremonia homosexual» que se iba a celebrar a las 10.30 de la mañana de aquel día. Aquello no tenía nada que ver con una cuestión de transgénero ni de puertas abiertas al campo, sino con el deseo de la novia de no comparecer al acto por el pudor que le causaba su condición de divorciada, siendo sustituida por un amigo común de ambos: el escritor Felix Braun. Cuando el funcionario de turno, tirando de manual, deseó a la pareja una prole numerosa Stefan miró al novio y estalló en carcajadas.

Katia y Thomas. Él se enamoró de ella siendo ella una niña de 9 años y él un estudiante de secundaria. Ocurrió cuando, pasando las hojas de una revista, la descubrió en un cuadro de familia pintado en 1892 por Friedrich August von Kaulbach que llevaba por título *Carnaval infantil*. Thomas, seducido por la niña de la fotografía, arrancó la hoja, recortó el cuadro y lo clavó con una chincheta encima de su escritorio. Unos diez años después, Thomas conocía a la niña del cuadro y la niña al joven que desde afuera la contemplaba sin apercibirse de las muecas que ella le hacía para que entrara en el lienzo y pasara a formar parte de la familia. Thomas Mann y Katia Pringsheim se casaban el 11 de febrero de 1905, cultivando, entre muchas otras cosas, una cursilería apelativa que Katia arrastró por buena parte de sus cartas, dirigiéndose a Thomas como «queridísimo ciervo», «querido cordero», «querido corazón de ciervo», y otras caricias léxicas por el estilo. A pesar de las encrucijadas homosexuales que, sin ánimo de reparación, Thomas fue hincando en su certificado matrimonial, con la bendición implícita de Katia al final de sus días, esta no se complicó la vida como Santo Tomás lo hizo para alcanzar la comprensión de Dios a través de cinco vías; a ella le bastó una sola: la admiración, una admiración que le tributó en forma de oración silenciosa que bisbiseó durante toda la vida. Semejante entrega no pasó desapercibida a Thomas, y así es como al final de su *Relato de mi vida* impuso a Katia estas palabras como si fueran dos manos en trance de bendición: «Nunca estaré lo bastante agradecido a la mujer que día a día, desde hace casi veinticinco años, comparte mi vida, esta vida difícil que exige, sobre todo, paciencia, pero que fácilmente se cansa y se irrita. Yo no sé cómo esta vida habría podido mantenerse como lo ha hecho sin la asistencia sabia, valerosa, suave, y enérgica a la vez de esta extraordinaria mujer». Esto estaba lejos de ser un brindis al sol. Era más bien la constatación de una diáspora de afectos. A la muerte de su padre, recordaba Erika Mann cómo «durante más de cincuenta años de vida en común ellos dos no se aburrieron un solo momento estando juntos».

James y Nora. El matrimonio Joyce. El 10 de junio de 1904 James (22) ve a Nora (20) por primera vez en una calle de Dublín. Impresionado

por su porte andrógino la aborda respetuosamente y la convence para acudir a una cita el día 14, a la que ella no asiste. La joven se apellida Barnacle, algo así como «garfio», de manera que cuando James se lo comenta a su padre este lanza una funesta predicción: «¡No te soltará nunca!». Ella es camarera, carece de instrucción cultural y jamás tendrá necesidad alguna de leer lo que, primero su compañero y, después, tras veintisiete años de relación, su marido, va a escribir, de lo que no va a entender una sola línea y bien poco le va a preocupar, como tampoco a él. La cita se pospone para el día 16 y ahí el garfio se engancha definitivamente a la maroma. Es uno de los días más importantes para James y, después, para toda Irlanda. Es el *Bloomsday*. Por las razones que sean, prácticamente desde el inicio de su convivencia *more uxorio* van a dormir en camas distintas, pero cuando yazgan en la misma —también por las razones que sean— dormirán a la inversa, es decir, con la cabeza del uno pegada a los pies del otro.

A él le encanta que su mujer le tenga por un inútil para los quehaceres cotidianos, ya que esta degradación opera como contrapeso al servilismo que el común de los mortales le tributa, adjudicándole una inmortalidad tan a destiempo. La pasividad en los quehaceres caseros se proyecta a los dos hijos, de manera que Nora, previa segregación, termina bautizando al conjunto familiar como «una familia de inútiles», título honorífico que siempre arranca las risas de las tres cuartas partes de ese equipo en el fondo bien avenido. La utilidad de James solo se revela cuando se pone a escribir; el problema estriba en que, en una visión mucho más empírica que bucólica de las cosas, no es capaz de trabajar sobre cáscaras si antes no experimentaba la yema, de ahí la *indecent proposition* que formulará a su mujer para que le sea un poco infiel, lo justo para que él lo note y después lo lleve caliente a su *Ulises* para describir con la más íntima de las convicciones los celos de Leopold Bloom por los imaginarios amoríos de Molly. Esta propuesta suscita las quejas y el desahogo de Nora con el amigo común del matrimonio, Frank Bugden: «Jim quiere que vaya con otros hombres para poder escribir al respecto». Finalmente, Nora se negará a satisfacer curiosidad tan morbosa, pidiendo a su marido que se conforme con una versión descafeinada como será una carta encabezada con estas palabras: «Mi querido cornudo». La convencional Nora no da para más y Jim termina por echarle en imaginación lo que de valentía no tiene su esposa.

Nora no se preocupará por saber si al final Leopold Bloom se acuesta con una meretriz o con un cólico nefrítico, ya que, por la forma que tiene su marido de expresar las cosas, la diferencia no va a resultar muy apreciable,

así que le basta con saber que el hombre de la casa escribe libros y que esos libros le han dado la fama indispensable para sortear las partes aburridas de la vida combinando picos de ebriedad con picos de celebridad. En realidad, Nora no llegará a leer ninguno, no por falta de tiempo, sino por falta de entendederas. En una entrevista que Richard Ellmann, biógrafo de Joyce, celebró en 1956 con Maria Jolas recordaba esta con precisión lo que un día Nora confesó a su esposo: «Bien, Jim, no he leído ninguno de tus libros, pero algún día voy a tener que hacerlo porque teniendo en cuenta lo que se venden deben de ser buenos». Lo que Jim se ahorraba en libros con Nora se lo gastaba en enormes bolsas de cacao que siempre depositaba ante ella palmoteando de emoción; estaba convencido de que si su mujer bebía cacao a galones aumentaría de peso y así se aseguraría unas «curvas de cacao», según decía. La ecuación de la estabilidad conyugal al descubierto: cuantos más kilos, más Nora.

Scott y Zelda. La orquestación de los Fitzgerald como matrimonio era estrafalaria, y donde mejor cuadraban en una formación orquestal era en la sección de percusión, porque no había un solo día que no armaran jaleo con los bombos y timbales que el descaro les había puesto en la mano al nacer, sobre todo al nacer como matrimonio. Si había en el puerto franco de la literatura una moneda de dos caras era la que formaban Scott y Zelda Fitzgerald; la cruz ya se la ponía la vida, una vida que solo entendieron a medias, cuando estaban ebrios. Zelda era de las mujeres que no metían a sus maridos palos en las ruedas, sino baquetas, para destruirlos sin que dejaran de sonar. No, Zelda no puso nada fáciles las cosas a Scott, sobre todo cuando jugaban con fuego. Scott lo hacía de forma figurada; Zelda, al modo de Eróstrato de Éfeso, para no tener que figurarse nada. Ocurrió cuando, extinguido el contrato de arrendamiento en su vivienda de Alabama, el matrimonio partió hacia Baltimore, alojándose en una imponente construcción ubicada en mitad de un parque privado. La casa llevaba por nombre La Paz y en el dintel de entrada figuraba esta inscripción: *Pax vobiscum*. Como Zelda no sabía latín entendió la encomienda al revés y, harta de tanta calma, prendió fuego a la casa un año después de su entrada, disfrutando al calor de unas llamas que arrasaron todo el piso superior, incluyendo varios cuadros y una parte de la biblioteca de Scott, quien, entre rescoldos y tufos a hollín, logró terminar el manuscrito de su última gran novela, *Suave es la noche*.

Ninguno de ellos fue un dechado de virtudes en lo que se refiere al sexto mandamiento, impuesto por Dios para los seres de débil voluntad, pero no para ellos dos. En el caso de Zelda, el centro de su fortaleza fue Edouard Jozan, de profesión teniente del Ejército, con quien se lio en

septiembre de 1924, mientras su marido se las gastaba con el manuscrito de *El gran Gatsby*. Por aquella época Scott solo tenía que golpear su diapasón en cualquier cosa para comprobar que su matrimonio, celebrado cuatro años atrás, había perdido el tono inicial, de lo que dio fe en una anotación muy posterior: «En aquel mes de septiembre de 1924 supe que había ocurrido algo irreparable». Engañado a medias, al menos sacó rendimiento literario trasplantando aquel cardo borriquero a su novela, concretamente a las manos de Tom Buchanan, cuando descubre la *liason* que Daisy mantiene con Jay Gatsby. Lo cierto es que Zelda no disfrutaba en la cama con Scott tal como su enérgico conglomerado hormonal demandaba. Había el suficiente apetito sexual por ambas partes, pero desigual rendimiento a la hora de achicar pasiones, al parecer por «una cuestión de tamaño», sostenía Zelda. Si bien un poco de perfil, esta opinión fue desmentida por Sheilah Graham, con quien Scott convivió los tres últimos años de su vida. La periodista confesó «[no] haber prestado nunca atención al tamaño», distraída como estaba más en el fondo que en la forma, confesando una complacencia sin reservas y hablando de su amante como un hombre «a la altura de las circunstancias» y de «apetito sexual muy saludable», si bien empañado por un extraño pudor, no recordando haberlo visto jamás completamente desnudo.

En el verano de 1935 el matrimonio ya estaba arruinado económica y sentimentalmente debido a ese ejercicio de succión que era la esquizofrenia de Zelda. Vivían separados por hastío y se comunicaban epistolarmente por cortesía. En Asheville (Carolina del Norte), Scott conoció a una mujer que decía la buenaventura, iba vestida de gitana y tenía lentejuelas en la frente. Se llamaba Laura Guthrie Hearne y se sintió tan atraída por Scott como Scott por ella, aunque pronto la pasión dejaría paso a la lástima. Laura se escudó en que Scott fumaba y bebía sin parar, en torno a las treinta latas de cerveza diarias. «Decía que bebía para afinar su sensibilidad (...). Hablaba mucho de Zelda. Era su inválida. Y siempre preguntaba si él era responsable de su enfermedad. Estaba obsesionado. No podía dormir ni comer (...). Se quedaba dormido de repente, mientras cenaba o estaba hablando. Era la cosa más extraña y penosa».

Jerry y Claire. El matrimonio que desde el 17 de febrero de 1955 formaron J. D. Salinger (36) y Claire Alison Douglas (21) fue para echar de comer aparte, entre otras cosas por sus tendencias veganas. Eran la intersección de dos seres geométricamente distintos poniendo en común lo más original de cada cual para hacer de la cotidianeidad un empalagoso refrito de rituales. Recluidos en la casita que él tenía en Cornish bebían el agua que sacaban de un pozo, respetaban la vida hasta de los bichos más

ínfimos y, en lo que a órganos se refería, ponían su mayor ardor en la horticultura orgánica, mientras que las tardes las dedicaban a preguntarse quiénes eran, de dónde venían y adónde iban; en cuanto a las noches no encontraban postura más sensual que la de flor de loto para leer las enseñanzas de Ramakrishna y la *Autobiografía de un yogui*, del *swami* Paramahansa Yogananda. Aunque parezca mentira Salinger dejó embarazada a su esposa a los dos meses de casarse y, a partir de ahí, apenas volvieron a hacer el amor, por concebir el sexo como algo pecaminoso y una tendencia contra natura. Nacida la criatura, ocurrió que ni Claire —por edad, 22 años—, ni Jerry —por temperamento— estaban preparados para ejercer la progenitura de forma responsable, de manera que las escenas familiares terminaron pareciéndose a esos frisos griegos que representan lo mejor de cada campo de batalla, con un bebé que no dejaba de berrear y una esposa que no dejaba de cambiar para peor, por mucho Yogananda que Jerry le hubiera metido en vena. El caso es que, para seguir siendo quien era, él terminó construyéndose un búnker de cemento a unos cien metros de la casa, al que dotó de una presidencia bicéfala: de un lado, la máquina de escribir; de otro, un enorme asiento de cuero arrancado de un coche que le permitía escribir sentado en la posición de loto. Allí dentro Salinger se limitó a seguir creciendo como escritor a la par que soltando el lastre que de una patada mandaba a cien metros de allí...

Lo de contraer matrimonio a Mishima le importaba un bledo. Prefería mucho más contraer enfermedades, ya que duraban mucho menos. De hecho, raro, pintoresco y sospechoso era que un japonés no se casara antes de los 30 años, un umbral que Mishima cruzó con gracejo y sin prejuicios. Pero todo se vino abajo cuando le dijeron que su madre padecía un cáncer incurable, así que se puso manos a la obra, escogió esposa en una especie de subasta privada, se casó y construyó una casita para sus papás junto a la suya. Lo gracioso de toda esta danza fue informarse de que mamá no tenía cáncer ni nada parecido; de hecho, aún seguía viva y coleando cuando su hijo se suicidó. Su esposa Yoko quedó a su lado por inercia y le dio dos hijos. Alegrías también. Y Mishima fue para ella su centro de gravedad hasta el final.

SEGUNDAS PARTES...

A veces son las mejores, lo que no resulta especialmente difícil, sobre todo cuando las primeras se quedaron en gárgolas con aceite helado atascado en sus bocas...

Con su segundo matrimonio Fiódor Mijáilovich logró reparar los

estropicios del primero. Ni los traumas del pasado, ni las rarezas del presente, ni la incertidumbre del futuro, como tampoco los veinticinco años que se llevaba con Anna Grigórievna fueron óbice para que los Dostoievski avivaran la llama cada día, convirtiéndola él a ella en una especie de vestal y ella a él en una poderosa fuerza psicomotriz. Tras haber engendrado cuatro hijos escribía Fiódor a su esposa en 1876 (55), cumplidos nueve años de matrimonio: «Venero cada átomo de tu cuerpo y tu alma, te beso toda, todo tu ser, pues todo esto es mío, ¡mío!».

Laura, segunda señora de Huxley. Una mujer de armas tomar. Quedándose Aldous prácticamente ciego a los 16 años, recobraba la vista veintinueve años después por un método de reeducación visual que terminaría llevando a un libro divulgativo, *El arte de ver* (1942), una obra celebrada por todos salvo por el doctor Walter Alvarez, prestigioso médico de la época, quien escribiría un llamativo artículo en *Los Angeles Times* denostando el libro como la obra de «un pobre hombre que apenas puede ver». No se tomó Aldous la molestia de rebatirle; lo hizo Laura, mejor equipada y bastante más desocupada, quien tirando del juramento conyugal que había hecho ante el altar un año atrás enviaba el 21 de mayo de 1957 una carta abierta al periódico cuya primera frase ya era la principal escocedura: «Soy la mujer del "pobre hombre que apenas puede ver" (...). Este "pobre hombre que apenas puede ver" está dando una serie de conferencias por el Este, viajando solo. En casa escribe y lee durante siete horas diarias sin ayuda de las gafas (...)». Prueba de la mejoría de Huxley fue el encuentro que mantuvo con su amigo Krishnamurti en agosto de 1961 paseando por las praderas suizas de Gstaad. Pregunta del místico indio a la esposa del escritor: «Dime, Laura, ¿qué le ha pasado a Aldous en los ojos? ¡Ve muchísimo mejor!».

Marilyn y Arthur. Él la adoraba —¡y quién no!— como un feligrés a una vestal con una sola preocupación: cómo racionar el fuego para repartir en toda la vida que aspiraba a pasar a su lado. Por entonces, Arthur Miller tenía esposa e hijo, pero aquel fuego era lo que mandaba, quemara las hectáreas que quemara: Miller tenía quien las repoblara. «Aunque hasta entonces solo había pasado unas horas con Marilyn —relataba en sus memorias—, en mi imaginación había adquirido cierta cualidad inmanente, la vitalidad de una fuerza que no se comprende, pero que parece estar a punto de inundar de luz una amplia esfera de tinieblas en derredor». En realidad era mucho más fácil de explicar: estaba colgado hasta las trancas. A él le importó un bledo que ella fuera conocida como «la puta que no sabía actuar» por los columnistas cinematográficos de la época, ofendidos por la constitución de una Marilyn Monroe Productions con el objeto de

negociar las condiciones más óptimas con la poderosísima Twentieth Century-Fox. Bastante tenía la pobre con que el aliento le llegara al último fotograma del film: «Durante los cinco años cortos que estuvimos juntos [Marilyn] pasaba un infierno cada vez que tenía que rodar una película, y este sufrimiento comenzaba a acercarse ya a un punto intolerable».

Llegado el momento de dar el paso definitivo Miller viajó a Pyramid Lake para cumplir las preceptivas seis semanas de residencia en el estado de Nevada como único requisito para divorciarse allí, evitando así la draconiana legislación de los años cincuenta del estado de Nueva York, que exigía de por medio un adulterio como mínimo. Miller vivía en una cabaña junto a otros conocidos que lo hacían en cabañas anejas para cumplir con el mismo bypass legislativo, contando con un único teléfono de cabina apostada a pie de autopista, el único en los setenta kilómetros que los separaba de Reno, la ciudad más cercana. Una noche se recibió una llamada. Voz de mujer. Desolada. La de Marilyn. Corre el año 1956 y está rodando junto a Don Murray *Bus Stop*, pero la noticia es que claudica de todo, de todos, de la vida misma. Arthur acoge esa desesperación con el usual error de los enamorados, incapaces de poner puertas al campo por los millones de lirios y amapolas que lo atestan. Está convencido de que su novia se va a suicidar y se desploma. Literalmente. «Nunca había sufrido desmayos —aclaraba Miller en sus memorias—. Algo pesado me había caído encima y notaba los pulmones acribillados, como si hubiera llorado durante un buen rato». Al final, un filamento de luz conduce a Marilyn hasta la salida de emergencia: «Ya no me gusta esto, papá, no puedo enfrentarme sola a todos, quiero vivir contigo en el campo y ser una buena esposa, y si alguien me busca para hacer una película extraordinaria...». Ahí estaba Marilyn Monroe, como revulsivo feroz, como gatillo de un arma de fisión nuclear. «Por primera vez a lo largo de los meses, de años quizás, se agitaba en mí una tremenda energía condensadora, la señal de ponerse a escribir, pero solo algo tan sencillo y verdadero como aquella noche».

DE ESPALDAS A LOS ALTARES

Sartre (24) y Beauvoir (21) no llegaron a casarse, quizás para que Dios no uniera lo que ellos habían pactado desunir cuando les viniera en gana. Aun así, su unión de hecho fue una de las más duraderas de las uniones. Todo empezó en París, como tantas otras fusiones de núcleos, en el otoño de 1929, yendo al cine a ver *Tempestad sobre Asia*, de Pudovkin. Después pasearon por los jardines del Carrousel y fue él quien dio el primer paso entregándole a ella un contrato lleno de nudos salvajes que los atara de por

vida. «Firmemos un contrato por dos años —le dijo—, renovables, para vivir en la más estrecha intimidad posible». Después quedarían libres por unos años, antes de volver a pactar algo similar. Eso era todo. Imposible decir «no» a semejante aventura. Simone acepta; sabe demasiado poco de Jean-Paul, pero lo suficiente para intuir que ya no puede vivir sin él, y de lo poco que sabe le atrae sobre todo aquello que le diferencia del común de los mortales, como su afición a cantar un motete que él mismo ha compuesto con el título de la quinta meditación de Descartes: *Y, nuevamente, de la existencia de Dios*. Desde entonces, para Jean-Paul, Simone no solo será Simone, sino también castor, *el Castor*, tal como la ha bautizado un 13 de junio de 1929 René Maheu, un intelectual felizmente casado de quien la peligrosa Simone está prendada, ello cuando entrando juntos en la Biblioteca Nacional de París le dijo: «Es usted un castor», amparado en una semejanza con el animalito —su espíritu constructor— y en una extravagancia —la identificación fonética de su apellido con *beaver*, castor en inglés.

Alice y Gertrude. Una unión geométricamente perfecta, ya que Alice era la tangente permanentemente pegada a la circunferencia de Gertrude. Ya desde el principio de su relación se empezaron a llamar con motes erizados de afecto. La una fue *Lovely*. La otra *Pussy*. Lo hacían en público y sin pudor, lo de llamarse con afecto, sin importarles los dimes y diretes de los fieles escuderos de la moralina. A Alice Toklas le tocó ser *Pussy* en el juego de rematar de cabeza el mundo que se iban pasando la una a la otra. Desde un inicio se delimitaron las cuerdas del cuadrilátero y se programaron los roles, decidiendo que *Lovely* fuera el marido y *Pussy* la esposa. También se convino que aquella esposa tuviera como única razón de ser la de servir en todo a su marido durante el resto de sus vidas, como así fue hasta que Gertrude se desasió en paz de la tangente treinta y ocho años después.

MATRIMONIOS EN FUERA DE JUEGO

Charles Dickens empezó su relación con su futura esposa, Catherine Hogarth, sacando todo lo que llevaba dentro, empezando por una feraz granja de animales, ya que se dirigía a ella llamándola «mi querido ratoncito», «mi patatita», o «mi amado y encantador cerdito», entre otras lindezas. Catherine le correspondió aportando mano de obra para la granja, en concreto diez hijos, ocurriéndoles lo que a Mahler tras su décima sinfonía: que la inspiración se les secó y, tras veintidós años de matrimonio, sus almohadas sufrieron el mismo alzhéimer que las manos en

el mandato bíblico, no sabiendo la derecha lo que hacía la izquierda ni la izquierda lo que deshacía la derecha.

La consumación del matrimonio que formaron Fiódor y María Dimitrievna fue lo más parecido a un meteorito buscando un planeta donde hacerse añicos. No, el primer matrimonio de Dostoievski no fue, ciertamente, un modelo de productividad. Cuando se casaron ella ya tenía un amante y Fiódor solo fue una boya a la que agarrarse para así mantenerse en una clase social alta. Cuenta Aimée, la hija del escritor, cómo la mujer recorría febrilmente las estancias de la casa buscando el salón para colocarse ante el retrato de su marido y, amenazándole con el puño, ponerse a gritar: «¡Presidiario, innoble presidiario!».

El matrimonio de los Tolstoi fue un homenaje al desastre natural, como los ciclones venidos a más o las lluvias venidas a menos. Sus cartas de amor del principio terminaron por convertirse en cartillas de racionamiento donde el amor estaba tan racionado que ya no daba para comer, solo para olvidar. Semejaba a migajas rodando por una escudilla. Sus intentos de acercamiento eran tan tímidos como el de la estalactita a la estalagmita, y cuando lo lograban eran como dos funambulistas sobre la misma cuerda en mitad del vacío, más pendientes del pavor a caerse que del alivio por encontrarse. Además, el carácter huraño, esquivo, bilioso y, finalmente, santurrón de León no facilitaba las cosas. El clima que imponía en el hogar se parecía a un escape de gas metano más que otra cosa, lo que obligaba a Sofía a tomarse un respiro de vez en cuando, pero no un respiro de los que nosotros conocemos: «He estado vagando por las calles tres días y tres noches, casi en cueros y con dieciséis grados bajo cero, congelada hasta los tuétanos y desesperada» (*Diario* de Sofía Tolstoi, febrero de 1895).

Así las cosas, no fue de extrañar que la mujer interpusiera sus recursos de amparo en otros corazones. El del compositor y director del conservatorio de Moscú, Serguéi Tanéiev, fue el elegido, empezando por invitarlo cada verano como huésped a Yasnaia Poliana bajo la furiosa mirada de León, que veía los toros tras la barrera, sufriendo cada embestida que aquellos se daban y cada coz que él recibía. Tras pasarse cinco noches sin dormir escribió a su esposa una carta que deslizó bajo la puerta de su habitación: «Tu intimidad con Tanéiev no solo me resulta desagradable, sino que, además, me desespera espantosamente (...). Llevo un año sin poder trabajar y presa de continuos tormentos» (19 de mayo de 1897). El colérico carácter del conde no facilitaba transición conyugal alguna. Había perdido la paciencia con su primer hijo y, por inercia, había seguido la tradición con todos hasta el duodécimo, taladrando a su mujer de odio con

cada uno de ellos por haberse negado a amamantar al primero, dejándolo al azar pezonil de una nodriza.

La única vez que André Gide se puso de cara a la galería fue para casarse, básicamente para ganarse el respeto de la sociedad, poco conciliadora con las desviaciones de conducta. Escogió como víctima a su prima Madeleine tras consultar a un neurólogo de qué forma podía cambiar su íntima convicción de que era homosexual por cualquier otra convicción que le permitiera dormir por las noches, algo que Gide logró durante la corta temporada que tardó en descubrir el estafador diagnóstico del galeno tras animarle a contraer matrimonio para revertir las tendencias: «[Hágalo] sin temor y muy pronto reconocerá que todo el resto solo existe en su imaginación», recordaba divertido Gide años después. El caso es que las pulsiones pudieron más que las simulaciones y ya la luna de miel en Tánger fue para él un sinvivir de coqueteos con muchachitos en la mágica hora de salida de las escuelas. Su prima, comprensiva, le diría más adelante: «Tenías todo el aire de un criminal o un loco».

Dada la generosa dosis de moralina que el señor Henry Ware Eliot había inoculado en las entendederas de su hijo Thomas cuando estas solo estaban en tierna formación no es de extrañar que su matrimonio con Vivienne Haigh-Wood en el año 1915 se convirtiera en una sucesión de jarros de agua fría. Tras arrojarle el «sí, quiero», Thomas ya dejó caer por dónde iban a ir los tiros al opinar que la pasión sexual era necesaria, pero no tanto como la espiritual, de manera que Vivienne debió de quedar de una pieza cuando supo que la aspiración más urgente de su marido era «poner en práctica esas pasiones desinteresadas del espíritu que son inagotables y permanentemente satisfactorias». Su permanente insatisfacción la trasladó Vivienne durante una cena al amigo del matrimonio, Bertrand Russell, solo un mes después del enlace, revelándole que se había casado con Thomas para estimularlo, pero que no lo estaba consiguiendo: la sombra del padre alargándose hasta meterse en la cama y dejar un tercer hueco en el colchón... El caso es que, ya desde su inicio, aquel matrimonio fue un nido perfecto para la malaventura. Eliot era una colección envitrinada de reservas, pudores e inhibiciones, juzgando insoportables las manchas de sangre que Vivienne dejaba en la cama una vez al mes, de manera que no es de extrañar el dibujo que de aquella joven de 31 años hizo Virginia Woolf cuando la conoció en abril de 1919, encontrándose con una mujer «prematuramente vieja y diminuta». Así pues, el único regalo de su autoría segura que Eliot le hizo a su esposa fue un cuadro de histeria, nerviosismo y desarreglos mentales motivados por la ingesta de drogas blandas.

Si es que había matrimonios que estaban cantados con un monumental gallo al poco de levantarse el telón... Katherine Mansfield y John Middleton Murry se conocieron en una cena en diciembre de 1911, siendo John un aplicado estudiante de Oxford que dirigía una revista trimestral llamada *Rhytmic*. Aquel fue el primer paso importante. Lo siguiente importante ya no fue un segundo paso, sino un traspié: el que dieron un 3 de mayo de 1918 al casarse sin firmar antes la garantía del producto. Y así les fue. El entronque duró un par de semanas. Cosas de la obsolescencia programada del fabricante. A Katherine no le hizo falta consultar el poso del café que solo unos días después se tomó en Richmond con Virginia Woolf, del que Kathy dio buena cuenta por carta a su amiga Ottoline Morrell el 24 de mayo, en la que ponía por las nubes la institución matrimonial. Me refiero a las nubes de gases que se forman tras una detonación. «El matrimonio no tiene más importancia que contratar a una asistenta. Parte de su fascinación reside en la obligación que uno siente de decir cosas absurdas».

El nobel noruego Knut Hamsun era especialista en sembrar la tristeza en las mujeres con las que se iba casando. Lo hizo con la primera, Bergljot, y después con la siguiente, Marie, con la que contrajo algo parecido al matrimonio un 25 de junio de 1909, si bien con tales perspectivas que por el cumpleaños de su marido, apenas un mes después del enlace, ella le enviaba unas fotografías de regalo y esta nota a lo Schrödinger: «Nadie me puede hacer tan mortalmente desgraciada ni tan feliz». Marie trató de arreglar la malaventura conyugal dándole a Hamsun un hijo, pero poco antes de su nacimiento al padre le entró pánico escénico y salió huyendo para no volver por casa sino dos meses después, a la espera de que las aguas, una vez rotas, volvieran a su cauce. En el ínterin mandó a su esposa una caja de naranjas y al bebé una pluma de avestruz. Con su segundo hijo ya tenía bien ensayada la espantada, así que no le costó ningún trabajo desaparecer estando Marie embarazada de siete meses para reaparecer convenientemente dos meses después.

Louis-Ferdinand Céline (25, por entonces Louis Destouches) y Edith Follet (20) se casaban por la iglesia el 18 de agosto de 1919. Presuntamente felices. Presuntamente para toda la vida. Pues bien, todas las presunciones fueron amortajadas e inhumadas. No sirvió de nada que el 15 de junio del año siguiente naciera una hija, como tampoco que Louis defendiera con éxito su tesis de medicina en mayo de 1924 y fuera contratado al mes siguiente en la Sección de Higiene de la Sociedad de las Naciones en Ginebra. Céline tenía un adenocarcinoma llamado Edith y necesitaba extirparlo cuanto antes para permitirse morir de cualquier cosa menos de

aburrimiento. La carta que escribió por entonces a su esposa era tan brutal como el informe de un oncólogo tirando de sinceridad hipocrática: «No quiero andar arrastrándote detrás de mí, llorosa y miserable... Me fastidias, eso es todo. No te vuelvas a colgar de mí. Preferiría matarme antes que vivir contigo continuamente, eso que quede bien claro. Y no vuelvas a fastidiarme jamás con el afecto y la ternura. Quiero estar solo, solo, solo: ni dominado, ni bajo tutela, ni querido, sino libre. Detesto el matrimonio, lo aborrezco; me da la impresión de que es una prisión mortal». El mensaje le llegó muy claro a Edith, que pidió el divorcio el 9 de marzo de 1926, siéndole concedido el 21 de junio con una sentencia que celebró quemando todas las cartas de su ya exmarido, pero no las que treinta años después le envió rogándole que lo perdonara. Y Edith lo hizo.

El de Zenobia y Juan Ramón fue un matrimonio radicalmente original para poder ser perfecto a tiempo parcial. El desgaste de ese lazo fue haciéndose cada vez más evidente desde el inicial exilio portorriqueño del matrimonio y, tras él, el estadounidense, todo por poner tierra de por medio con España en agosto de 1936 y, sobre todo, a partir de 1938. Ahí está el diario de Zenobia, con las hojas temblando abrazadas mientras claman al tiempo por un puñado de tregua y al marido por una pizca de esfuerzo: «La cosas entre J. R. y yo llegaron a su punto culminante (...). J. R. parece haber perdido todo su poder de concentración y pasa de una tontería a otra sin proponerse un proyecto y cumplirlo. Esto es dejarse controlar por la locura y decidí darle una sacudida para que actúe. Armé un infierno (...). Que yo estaba harta y me iba en el primer barco que saliera para Miami». La combinación de fuego y azufre dio resultado y, transcurridos dos días, Zenobia, armada de templanza, contaba cómo le dolía de su marido «su cara de pena y sus respuestas medio distraídas, y cómo charla animadamente sobre la fuerza ruda y la indiferencia de Unamuno por la música», esa música que tanto adoraba Juan Ramón, sobre todo la que arrancaba Toscanini desde su podio. Solo un mes antes, en noviembre de 1938, Zenobia escribía en su diario: «Comida deprimente en un Bickford con J. R. Pasé la velada sola sacando cuentas, pues J. R. se fue a la tertulia de la casa de hospedaje. Me está pareciendo muy obvio que J. R. y yo tenemos gustos muy distintos en esta vida. Ya ni la naturaleza nos une».

Alcanzaron la perfección como casi siempre se alcanza: cuando una de las dos mitades se desgaja para no volver. Cuando a Juan Ramón le anunciaron que Zenobia acababa de morir entró en la habitación del hospital, cayó de rodillas ante la cama y, apoyando su cabeza en la mano izquierda de ella, probó a orar como oyó que hacían los locos: «No, no, no es verdad. Tú no estás muerta. No, tú eres inmortal. Denme una píldora, un

revólver. Tengan dolor de mí. Quiero morirme. Tengo que irme con ella. Se lo prometí». Solo tres días antes, el 25 de octubre de 1956, se había hecho oficial su galardón del Nobel, de manera que Zenobia llegó a tiempo para conocerlo, pero no para disfrutarlo. Juan Ramón no recogió el premio. Quedaba lejos, hacía frío y aborrecía ir solo. En su lugar, mandó un mensaje a través del rector de la Universidad de Puerto Rico.

Lo de Sylvia y Ted fue un fracaso de ruleta. Lo mismo daba que lo hubieran apostado todo al rojo o al negro. El destino no sabe de colores, sino de velocidades, y ellos empezaron la cosa con el freno de mano echado. Sylvia arrancó con cara de falsa postulante carmelita, él con cara de lobo solitario, pero solo hasta que se topó con Sylvia y aprendió a vivir con comodidad en las madrigueras, por mucho humo que Sylvia aventara en su interior. Ella se apellida Plath y escribe libros. Él Hughes, y también escribe. Forman una colisión literaria donde la metralla salta en forma de palabras resbalando cada día por sus pieles donde un día estuvo el sudor, ahora innecesario, sobre todo desde que los celos ocupan su lugar. La posibilidad, siquiera remota, de que Ted le sea infiel desgarra a Sylvia por dentro y concentra sus cinco sentidos en la pérdida del sexto: el sentido de la realidad. El primer aviso se lo da quemando el borrador de una obra en la que Ted lleva largo tiempo trabajando; por si no resulta suficiente, Sylvia, paciente y generosa, le manda uno segundo arrancando los cables del teléfono al descubrirle pegado al auricular, quién sabe si hablando con otra mujer y no con Dios, o con Napoleón; el tercero pretende ser la definitiva captación del mensaje: amontona en el patio de casa las cartas de Ted junto con diversas anotaciones y el borrador de la que iba a ser su segunda novela y, con su hijo pequeño en brazos, le prende fuego a todo, menos al niño, gozando como Eróstrato ante las llamas danzantes en el templo de Artemisa. Corría el mes de julio del año 1962 (29) y podría decirse que Sylvia estaba peor que nunca, porque cada año siempre era peor que el anterior, como un tetrabrik de leche olvidado en el fondo de un armario. No teniendo ya más cosas de las que deshacerse, se suicidaba siete meses después.

A veces el hilo conductor que marca el rumbo de un matrimonio es tan fino como el dental. En algunos casos llevar toda una vida junto a alguien produce fatiga de materiales y la unión colapsa sin remedio. A partir de ahí la clave está en dar con la solución constructiva adecuada para que, al menos, los escombros queden ordenados. Aleksandr Solzhenitsyn dio con una muy buena cuando al final de su vida cambió a su mujer por otra más joven argumentando que contaba con mayor resistencia física que la otra, lo que facilitaba sus paseos campo a través. «Nosotros dos, en cambio —

sostenía refiriéndose a la damnificada—, tendríamos que viajar en automóvil».

Lo de Sonia y George. El apellido de ella, Brownell, no pasó a la historia; sí el de él: Orwell. ¡Lo que hubiera dado George por que Sonia se hubiera parecido a Eileen, su primera mujer, muerta con 39 años en un quirófano tras sucumbir a una anestesia mal regulada! Incapaz Orwell de caminar por la cuerda floja de la vida sin el contrapeso de una pértiga tanteó a varias mujeres con propuestas matrimoniales llamadas todas ellas al fracaso por el hiperrealismo que ponía en sus cartas de presentación. Una de ellas es la que escribió a Anne Popham, describiéndose por capas como feo, enfermo y caduco, para asegurar el resultado con la guinda final: «Nadie puede decir cuánto viviré, pero lo que me queda no será agradable, al menos en teoría. Tengo una enfermedad llamada bronquiectasis, que siempre está dispuesta a convertirse en neumonía, y una lesión tuberculosa no progresiva en un pulmón (...)». Para compensar aquel fangal añadía una coda esperanzadora al exponer la ventaja que entrañaba tomarle como esposo, ya que en breve gozaría de la condición de viuda y, a su estela, de gran holgura económica gracias al rendimiento de sus derechos de autor. En definitiva, un chollo, sobre todo porque ya estaba en el tiempo de descuento y solo daría la falsa guerra que los generales bosquejaban sobre los mapas en sus despachos. La carta llevaba como fecha la de 18 de abril de1946, por lo que aún viviría casi otros cuatro años, así que hizo bien Anne Popham en no dejarse arrastrar por tanto optimismo y seguir su camino lo más lejos posible de George, quien entonces se buscó otra presa, Celia Paget, una joven a la que conoció en la navidad de 1946 cuando visitó la casa de campo de Arthur Koestler, cuya mujer era hermana melliza de aquella, asumiendo Koestler una entrañable labor de celestinaje al invitarlos por separado y en secreto.

La atracción de Celia por Orwell fue notable, aunque no lo suficiente, de manera que su único tributo fue una amistad leal y sincera que se mantuvo hasta su muerte, nada más. Fue cuando Orwell, remiso al desaliento, probó con una amiga de Celia, Sonia Brownell, quien se sintió fuertemente atraída por el escritor, en concreto porque era «el único intelectual —decía— que sabía arreglar una plancha o cambiar un fusible», como recordaba en una entrevista mantenida el 20 de mayo de 1963, trece años después de la muerte de Orwell. En aquella ocasión rechazó la propuesta matrimonial del escritor, pero al menos resolvió las marejadas de su sangre acostándose con él, por lástima, al parecer. «No creo que se diera cuenta de que para mí no hubo ningún placer», confesó por carta a una amiga. Parte de las cualidades de Sonia las llevó Orwell al personaje de

Julia en *1984*, novela que abordaba por entonces, y así es como Julia, al igual que Sonia, exclamaba «¡Ah, basura!» cuando algo no le gustaba. Aquel interés casi fruitivo en procurarse compañera venía condicionado por su solitaria residencia en la isla de Jura, donde vivió en el año 1946 escribiendo la mayor parte de *1984*, con la tienda más cercana a unos cuarenta kilómetros de su cabaña. George (46) logró, por fin, casarse con Sonia (31) el 13 de octubre de 1949, solo tres meses antes de abrazar la sepultura.

Con ello lograba Sonia recoser su ego, disparado a quemarropa por el filósofo Maurice Merleau-Ponty (40), quien había descubierto gracias a ella el fabuloso invento del adulterio a condición de que solo se limitara a un asunto sexual sin la exigencia de más pasos adelante que los necesarios para subirse a la cama, hasta que Sonia le pidió un paso más al preguntarle qué era lo que realmente sentía por ella, más que nada para ayudarle a encontrarse a sí mismo. El filósofo no se complicó la vida con la respuesta, tratando de que la entendiera hasta una estudiante de secundaria: «Te amo; bueno, eso creo». El caso es que Merleau se encontró a sí mismo del todo cuando dejó de creer del todo que la amaba y siguió dejando su cepillo de dientes junto al de su mujer. La agraviada se repuso del golpe llamando a la puerta de Orwell y Orwell la invitó a pasar hasta el final de su vida, un final que le llegó en las entrañas de un hospital rebasada la medianoche del 21 de enero de 1950, mientras Sonia y su examante, el pintor Lucian Freud, se divertían en un club nocturno del Soho. La viuda no perdió el tiempo y solo dos meses después recuperaba la armadura para reconquistar a su examante Merleau-Ponty, sin lograrlo, de manera que, en un giro inesperado, Sonia Orwell ya se dedicaría por el resto de su vida a velar la memoria de quien realmente había merecido la pena, contribuyendo a difundir su obra hasta morir de cáncer el 11 de diciembre de 1980, simultaneando la salvaguarda de su lucrativo apellido con la de una afición a la bebida que se murió lealmente a su lado.

DE OCA EN OCA...

Lo de casarse con tres era una especie de meta más que un triatlón sentimental. Hermann Hesse logró llegar al tercer matrimonio con paciencia, aunque sin las fuerzas suficientes para remendar los estropicios del primero y del segundo. Un día antes de su boda civil el 14 de noviembre de 1931 (54) se dirigía así por carta al escritor Heinrich Wiegand: «Mañana por la tarde voy al Registro Civil para que me cuelguen el anillo de la nariz. Hace tiempo que Ninon [la tercera] lo viene

deseando». La conclusión es que Hesse era declaradamente reacio al matrimonio. Por eso se casó con tres. De lo contrario lo habría hecho con más. Al final todo depende de los años que con mayor o menor generosidad le otorga a uno la Providencia. Él concebía la institución matrimonial regida por la ley del azar en su registro más disparatado, de ahí que su primer matrimonio con Mia se lo hubiera tomado como una anomalía del destino. En carta escrita desde Basilea a su amigo Cesco Como el 4 de junio de 1903 le confesaba: «El matrimonio, naturalmente, queda descartado; para eso no poseo ningún talento. En cambio, estoy refrescando con éxito mis ya oxidadas artes amatorias». Esta era una carta de juventud. Ahora la carta de madurez, de solo cuatro meses después, esta vez a Stefan Zweig: «Espero poder casarme en invierno». Sin comentarios... Después de Mia Bernoulli vino Ruth, Wenger de soltera, quien soportó su matrimonio durante tres años hasta que rompió aguas y se lo llevaron por el sumidero. Según ella su marido «no entendía nada del amor, ni en el plano espiritual ni en el físico. Su amor se expresaba en los motes cariñosos; me llamaba "Puntito", "Estrella Azul" y, lo que más, "Pequeño Corzo"».

Hesse era así, de tensar la cuerda del carácter y ahogar con ella a los seres más queridos. Llevaba muy dentro la náusea, pero no como Sartre la tenía planteada, sino como venía descrita en los manuales del aparato digestivo. Era muy dado a escupir las palabras como esputos, alcanzando con puntería el ojo siempre abierto de las sensibilidades que le rodeaban. Un día Ruth hizo un largo camino para visitar a su marido, solo que «lo encontré en la cama y le pregunté si necesitaba algo. Él ni me saludó, solo dijo con frialdad: "Da todo ganas de vomitar". Me causó una gran conmoción». Al final el hombre puso tierra de por medio, aunque también de por miedo, ya que no solo dejaba atrás a una feligresa devota y paciente, sino también a un suegro que de recortado solo tenía el cañón de la escopeta con que le llevaba apuntando desde el noviazgo. Carta de Theo Wenger a H. H. el 22 de agosto de 1921: «Lleva usted (...) el alma de mi niña en sus egoístas manos y lo sabe muy bien. Mientras eso sea así yo estaré atado de pies y manos, y supongo que también eso lo sabe. No puedo disparar al buitre sin herir al corderito. Pero esto no será siempre así». Para poner los pelos de punta.

Ruth y Hermann se casaban el 24 de enero de 1924, suceso este que dulcificó los instintos de papá Wenger, hasta el punto de asumir los gastos del divorcio de su yerno del matrimonio anterior. Hesse era especialista en poner la venda antes de la herida, para que las convalecencias fueran más llevaderas, y así fue como Ruth ya quedó advertida el mismo día de la boda, cuando Hermann le pidió que se hiciera más cruces que ilusiones,

desvelándole que su verdadera naturaleza era la de un «espíritu torturado» y un «pobre esquizofrénico», rasgos que, para tranquilidad de la contrayente, trataría de compensar con su condición de «rey y príncipe de la mente». El caso es que Hesse fue encadenando matrimonios hasta que su mundo interior terminó convirtiéndose en una prisión de mínima seguridad, y es que en los buenos momentos le daba por desaparecer, convencido de que en cualquier otra parte siempre había momentos mejores, así que salía triunfal a buscarlos. Fue gracias a su condición de padre como Hermann se hizo hombre de mundo, ya que saludaba el inminente nacimiento de sus hijos sacando un billete de tren al primer país que le ofrecieran. Carta a Conrad Hausmann un 9 de julio de 1911: «Mi mujer espera un bebé para final de mes (el tercero) y, si todo sale bien, poco después desapareceré durante algún tiempo del país y no estaré localizable. He reservado un pasaje a Singapur, viajo con un amigo, pensamos recorrer Sumatra y luego quiero pasar una temporada en la selva de Kuala Lumpur cazando mariposas». Llegado el año 1912 se instaló con su familia en el Melchenbühlweg, en Berna. Uno de los mayores atractivos de la casa, dejando aparte un pequeño bosque anejo y una escalera de caracol de piedra, es que tenía cerca la estación de tren «para poder marcharme de vez en cuando».

André Maurois debió de preguntarse cómo se las había apañado Hesse para convivir con una tercera esposa sufriendo el recuerdo de dos anteriores cuando él ni siquiera tenía claro cómo conducirse con el recuerdo de la primera, ni por dónde abrir el manual de instrucciones de la segunda, desconociendo qué recoger de una y qué entregar a la otra. En resumidas cuentas: André estaba hecho un lío. Casado en segundas nupcias tras enviudar de la primera esposa y dejándole tres hijos pequeños a bordo, se negó a tutear a su segunda esposa durante largo tiempo, a pesar de lo mucho que ella lo deseaba, deseo este y otros muchos que él le devolvía envueltos en el acta de defunción de la primera, obligando a la actual a vivir en una casa plagada de recuerdos de la otra y tratando por todos los medios de que sus hijos no tuvieran excesivo contacto con el cuerpo presente de la segunda, sino con el ausente de la primera. Macabro...

Para Ernest Hemingway lo de contraer matrimonio era como recibir un pistoletazo de salida sin apartarse a tiempo, así que empezaba todas las carreras herido. Sus cuatro matrimonios le aportaron como mayor ventaja conocer al estamento femenino no solo como género, sino también como número. Si no se casó más veces fue para poder seguir contando las desgracias de la vida con los dedos de una mano y dejar indemne la otra. Entre los papeles hallados a su muerte en su casa de Cuba se encontraron

estas notas referidas a la aptitud de las mujeres como esposas de escritores, unas notas impregnadas de honda sutilidad psicológica: «Están mucho más interesadas en tu capacidad para follar que por tu capacidad para escribir (...). Recordarán durante cien años cualquier activo económico que no hayan recibido de sus maridos (...). La mayor parte de las mujeres agradables no suelen ser unas hijas de puta».

Teniendo en cuenta que con la primera esposa el séptimo sacramento había empezado como una carrera de fondo y que con la tercera la cosa ya se había convertido en una carrera de obstáculos, aquella suerte de olimpiada terminó arrancando la compasión de algunos colegas, como William Faulkner, quien decidió enviarle una carta cuando supo que había alabado sus libros ante Sartre y que, además, se sentía muy solo una vez acabada la guerra, preñado de melancolía por no tener a quien disparar. Carta de Faulkner al escritor Malcolm Cowley el 20 de septiembre de 1945: «Escribiré a Hemingway. Pobre tipo, tener que casarse tres veces para descubrir que el matrimonio es un error».

22

CURIOSIDADES AL POR MAYOR

LA HISTORIA SECRETA DE LOS TÍTULOS

No fue Balzac quien le puso título a *La comedia humana*, sino que le fue sugerido durante un viaje en el curso de una charla de mesa redonda por un conde italiano, y Balzac se lo apropió sobre la marcha. Quien a punto estuvo de quitarle uno a Flaubert, y no precisamente para quedárselo, fue Ivan Turguéniev, que, informado del mismo por el francés en una de sus cartas, torció el morro y le escribió un 24 de noviembre de 1868: «A ver si encuentra usted otro título. *La educación sentimental* no es bueno». Flaubert no se dio por enterado y publicó meses después la novela con el título que hoy todos conocemos y gozamos.

Lewis Carroll eligió como subtítulo para el segundo libro de sus *Curiosa Mathematica* (*Curiosidades matemáticas*) el de *Problemas de almohada elaborados durante las noches en blanco*, explicando en el prólogo que «son verdaderos problemas de almohada que he ido resolviendo mentalmente en las noches en que no podía dormir». Esto causó tal alarmismo entre sus amigos que el escritor hubo de sustituir en la segunda edición la expresión «noches en blanco» por «horas de insomnio», creyendo aquellos que el por entonces deterioro de su salud le producía un insomnio crónico y duradero. El bueno de Lewis los calmó argumentando que si se pasaba algunas horas despierto de noche era porque la tarde anterior... ¡había dormido demasiado!

James Joyce no podía conocer los cerros de Úbeda porque le quedaban muy lejos, y a Jaén aún no había viajado, pero los de Irlanda los conocía como la palma de su mano. Cuando le preguntaron por qué había titulado *Ulises* su libro él contestó: «Es mi sistema de trabajo». Punto. Puestos a jugar con el personal, decidió someter a un acertijo el título de una de sus obras maestras, brindando como única pista las dos iniciales, pero velándolas con una sutil mímica labial: una F y una W. El matrimonio Jolas —Eugene y Maria— estaba allí. Por entonces el círculo de conocidos con los que Joyce podía hacer historia —ya no digamos hacer el tonto— hablando de sus obras era tan reducido que parecía un punto suspensivo.

Maria, aguda ella, apostó por «Fairy's Waker». Joyce, celebrándolo, le aseguró que estaba cerca, y con ese comodín en la mano les despidió dándoles unos días para que dieran con la campana adecuada en lugar de andar lanzándolas al vuelo, sobre todo porque su apuesta de mil francos para quien descubriera el título correcto no merecía ser tomada a broma. Transcurrió el plazo concedido y esta vez fue Eugene quien, haciendo gala de una clarividencia poco menos que esotérica, le puso sobre la mesa la pareja de ases: «¿Finnegans Wake?». Joyce lo miró como quien mira a una cobra en pleno proceso de hipnosis, después lo abrazó y, por último, se marcó con él unos pasos de baile. Finalizada la danza le preguntó cómo quería cobrar la recompensa y Jolas le respondió que en metálico y en calderilla. Al día siguiente Joyce se presentó en casa del matrimonio cargando un saco de monedas de diez francos, según recordaba divertido Eugene Jolas en su libro *My Friend James Joyce*.

No fueron, sin embargo, los Jolas los primeros en escuchar los latidos de la criatura, sino el crítico Valery Larbaud, quien el 6 de junio de 1923 escribía a la librera Adrienne Monnier: «Antes de irme de París acudí a una cita que tenía con Joyce y me leyó sesenta y tantas páginas de su nuevo libro. Es un Joyce excelente, pero el significado global se me escapa». En la época de la resistencia francesa a la invasión nazi, Joyce escribió para Samuel Beckett una carta de recomendación dirigida a Larbaud, que por entonces era tan rico como viejo, estaba paralítico y vivía en una mansión a las afueras de Vichy. «Fui a verlo —recordaba Beckett cuarenta y tantos años después, un 25 de enero de 1985—. Estaba sentado en una silla de ruedas, paralizado. Me dio una bonita suma». Beckett se la devolvió al terminar la guerra, no a él, que había muerto, sino a su caudal hereditario, en calidad de reintegro.

Si para Joyce era importante el título, a modo de mascarón de proa, ya no digamos el castillo de popa, es decir, la última palabra, como si fuera la de toda una obra sometida, más que a juicio, a consejo de guerra. Y dio con ella. Sí, solo podía ser esa, ¡solo esa!, con la que dio no un golpe de efecto, sino una palmada de humildad. La reveló en una carta a su amigo Louis Gillet: «(...) En esta ocasión he encontrado la palabra más resbaladiza, menos acentuada, la más débil de la lengua inglesa, una palabra que no es casi una palabra, que apenas es pronunciada entre los dientes, un soplo, un nada, el artículo *the*».

Curioso es también el modo en que Joyce se topó con la última palabra de su *Ulises*, aun cuando la tenía a su alcance desde que había dejado de gatear. Ocurrió en julio de 1921 en una visita que el matrimonio hizo a la casita de campo que el ilustrador Richard Wallace y su esposa tenían en

Châtillon, en la región de Isla de Francia. La señora Wallace hablaba o intentaba hablar con un joven pintor que no hacía más que teorizar sobre el arte, monólogo que la mujer apoyaba de cuando en cuando con un «sí» a modo de cadencia en diferentes tonos. A Joyce, que estaba a unos metros escuchando, se le encendió la bombilla. Sin duda, ahí estaba. Ya la tenía. Definitivamente. Ya tenía la palabra con la que cerraría su colosal obra, la única que quizás muchos lectores, empezando por su mujer, iban a entender. Esa misma noche escribía al crítico Valery Larbaud: «Usted me preguntó una vez cuál sería la última palabra de *Ulises*. Hela aquí: *yes*». Jacques Benoîst-Méchin era un joven traductor de 20 años que la librera Adrienne Monnier presentó a Joyce para dar a conocer su *Ulises* en Francia. En una entrevista que se le hizo en 1956 recordaba estas palabras de su admirado escritor: «El libro debe terminar con *sí*. Debe terminar con la palabra más positiva de la lengua humana».

A André Gide los críticos se la traían al pairo. Estando con Truman Capote en Sicilia hacia 1950 se acercó a ellos el cartero de la zona para entregar a Truman una remesa de cartas en la que viajaba una crítica literaria atroz, a lo que André, que le estimaba a ratos, aprovechó uno bueno para consolarle citando el proverbio árabe de que si los perros ladran es que la caravana avanza. La despensa literaria de Capote se iluminó de repente y supo que ya tenía título para su siguiente libro: *Los perros ladran*, portada que llevaría este jugoso subtítulo: *Personajes públicos y lugares privados*. Truman adoraba los animales, así que solo le quedaban las personas para despellejar sin el riesgo de remordimientos...

El título *La hojarasca* nació como nacen las criaturas: a modo de competición entre espermatozoides, en concreto otros setenta y nueve, y todo porque mientras García Márquez escribía la novela el título inicial adjudicado —*La casa*— iba perdiendo tanto fuelle como sentido. «A unos seis meses de haberla empezado —contaba Gabo en sus memorias— me pareció una farsa desangelada. Más era lo que hablaba de ella que lo que escribía». Las ilusiones de Gabo se fueron al garete cuando la editorial Losada de Buenos Aires rechazó su publicación, a pesar de que al final de la carta se le felicitaba «por sus excelentes dotes de observador y de poeta».

Cuando Mario Benedetti publicó su novela *La borra del café* con Alfaguara, su editora, Felisa Ramos, le pidió que cambiara el título con el fin de evitar equívocos, ya que en España teníamos la borra como la pelusilla que se acumula debajo de las camas, mientras que en Argentina se usaba para referirse al poso del café. Benedetti se negó con este cruel argumento: «Que aprendan una palabra más».

¿Y *1984*, ese libro que al principio iba a titularse *El último hombre de*

Europa? A Orwell le cayeron en gracia los números, como si fuera el cartón ganador de un bingo. El público lo acogió como un título cargado de misterio, cuando no de futuro, como el arma de la que hablaba Gabriel Celaya, solo que la de Orwell servía para disparar todas las alarmas, hasta el punto (de mira) de que 1984 fue concebido año maldito y como tal fue esperado por las generaciones posteriores, seguras de hallarse ante la mortífera certidumbre de un visionario fallecido treinta y cuatro años atrás. Pero llegó 1984 y lo único que ocurrió fue que en California se registró un terremoto de 6,2 grados, otro en República Dominicana que alcanzó los 6,7, un rayo que cayó en la catedral de Minster, en York, envolviéndola en llamas, y cosas por el estilo, sin debacles de no retorno. A la postre, lo único que había hecho Orwell era invertir los dos últimos dígitos del año en que el libro había sido rematado, 1948, y de hecho, la escasa importancia que había dado al título quedó probada por la entera libertad que adjudicó al editor americano para cambiarlo por cualquier otro que se le ocurriera.

Los traductores de *Il Gattopardo* convirtieron el título en un auténtico caos zoológico. En Inglaterra y Alemania el libro se tradujo como *El leopardo*. En Francia se optó por *El guepardo*. Sin embargo, en Holanda le echaron imaginación y lo tradujeron al neerlandés con un híbrido curioso: *De Tijger Kat*, un gato-tigre parecido al ocelote. El húngaro Lajos Zilahy también tuvo que soportar sentadito y callado el baile de disfraces a que sus editores sometieron algunos de sus títulos. La mayormente agraciada con el travestismo de portada fue su segunda novela, *Los dos prisioneros*, que saltaron de la celda a la cama para convertirse en *Los amantes de Budapest* en una edición pirata sudamericana. Por su parte, el editor español rebajó la tensión del título hispano y optó por *Las cárceles del alma*, decidiendo además por su cuenta y riesgo —ya que era quien pagaba— suprimir hasta cuarenta párrafos del texto original.

SITUACIONES ROCAMBOLESCAS

Diciembre de 1844. Charles Dickens (32) y su esposa Catherine llegan a Génova, donde se instalan durante dos semanas para visitar la ciudad. Nunca está de más tener entre tus amigos a un banquero suizo, que es lo más parecido a un barquero, ya que uno nunca sabe en qué momento puede naufragar. Pues bien, Dickens se hizo amigo de uno llamado Emile de la Rue, quien, tomando al escritor por un demiurgo, no tardó en confesarle los extraños episodios de histeria y desarreglos mentales por los que atravesaba su esposa Augusta, de los que aún no se había tratado. Entendiendo que el Altísimo lo ponía ante uno de los retos más cruciales de su vida, Dickens se

arremangó chaqueta y pantalón para cruzar aquel Rubicón y propuso al matrimonio solventar el problema con unas cuantas sesiones de mesmerismo (hipnosis) completamente gratuitas, oferta que el matrimonio aceptó con agrado, siquiera por comprobar hasta qué punto el escritor era capaz de hipnotizar sin un libro suyo en las manos. Las sesiones se prolongaron hasta la marcha de Dickens de la ciudad, lo que hizo con algo de peso ganado, no por todo lo que allí había comido, sino por el demonio que había arrancado a la señora De la Rue y que ahora llevaba agarrado a sus entrañas.

Las sesiones se reanudarían en Roma en marzo de 1845, produciendo en Dickens tal catarsis que llegó a confesar al banquero que soñaba con su esposa a todas horas, tanto dormido como despierto, asegurándole que tanto ella como el demonio extraído se habían apoderado de él, dominándolo: «[Dormido] siento como una ansiedad, la sensación de que ella forma parte de mí de algún modo, igual que cuando estoy despierto» (carta de 10 de febrero de 1845). Antes de su separación definitiva Dickens enseñó al banquero a magnetizar a su esposa de forma distinta a como lo hacía con las grandes fortunas, urgiéndole a hacerlo a las 11.00 horas en punto del 23 de diciembre, aniversario de la primera sesión. Aún en el año 1853 Dickens haría al matrimonio De la Rue una breve visita, proponiendo reanudar aquellas sesiones, a lo que la paciente se negó pretextando la ansiedad que le causaría su interrupción con la inevitable marcha del gran escritor.

Pero todo eso fue moco de pavo al lado de lo que a Dickens le tocó vivir en 1865, a sus 53 años, cuando viajando en tren de Folkestone a Londres este descarriló justo al pasar sobre un puente y de los siete vagones de primera solo hubo uno que no se precipitó al río: el suyo. Había que verlo socorrer a heridos y moribundos dándoles de beber agua en su sombrero de copa y coñac de su petaca...

Corriendo el año 1916 la fortuna quiso poner a Somerset Maugham (42) en Papeete, la ciudad más importante de la isla de Tahití, en la Polinesia francesa. Según le comentaron los lugareños, a unas millas de allí había una casita que albergaba un cuadro precioso, pintado por un extraño señor muy distinto a los indígenas de la isla, si bien aún más extraño era su apellido: Gauguin, o algo así. Los cinco sentidos de Somerset se aliaron en uno solo y pidió ser guiado inmediatamente hasta la casa, a donde le condujo un muchachito de la ciudad. El dueño le abrió la puerta y Somerset comprobó que allí dentro no había ningún cuadro, hasta que reparó en que el cuadro era... ¡la propia puerta! Gauguin la había «decorado» en agradecimiento al dueño por su hospitalidad tras pasar allí una temporada

convaleciendo de una enfermedad. Somerset, intentando ocultar su impresión, le quitó hierro al asunto, en concreto las bisagras, llevándose puesta la puerta tras sacarla del quicio y hacer un pago de 200 francos nunca mejor invertidos. El indígena solo lamentó tener que comprarse una puerta nueva que ahora habría de abrir para poder ver el paisaje. Somerset cuenta en sus memorias cómo se desarrolló la logística del transporte: «Fui a buscar las herramientas del coche en el que había venido, desmonté los goznes y me llevé la puerta (...). Aserré la parte baja para hacerla más transportable y me la llevé a Papeete».

Un año después y ya con su puerta bajo el brazo Somerset se aventuraba con el idioma ruso entre las cuatro paredes de su villa de Capri. Las lecciones eran por la tarde y las atravesaba con un pintoresco profesor, exageradamente tímido, disimuladamente enano y rigurosamente de luto en el vestir. Ocurrió un día que el hombrecito no acudió a la villa, ni al siguiente, ni al otro, lo que suscitó la preocupación del escritor, que se desplazó al cuchitril donde aquel vivía y se lo encontró sentado a la mesa completamente desnudo y con una enorme botella de vino a su lado. El profesor le reveló, como si nada, que había escrito un poema, dando por sentado que lo de las clases ya carecía de todo interés. «Me lo recitó con ademanes dramáticos —contaba Somerset en sus memorias—. Era muy largo y no entendí una palabra».

Agatha Christie desapareció en diciembre de 1926 (36) durante once días que siguen siendo un misterio a caballo entre el triángulo de las Bermudas y el precio actual del aceite en tienda. Hasta la Warner Bros. produjo una película sobre esos incógnitos días, con Vanessa Redgrave como protagonista principal. Para dotar a la historia de la mayor credibilidad posible la Warner contrató a la principal médium de Hollywood, Tamara Rand, quien contactó con el espíritu de la escritora, siendo así como se supo que la clave del misterio estaba en la habitación 411 del Hotel Pera Palace, en Estambul, donde Agatha se había hospedado un par de veces en los años 1924 y 1932 para escribir buena parte de su *Asesinato en el Orient Express*. Fue un 17 de marzo de 1979 cuando se congregaron en la habitación del hotel periodistas llegados de todo el mundo, descubriéndose que detrás de la puerta había una llave ya herrumbrosa empotrada en la pared, llave de la que se apropió inmediatamente el director del hotel, pidiendo a la Warner, a cambio de su cesión, una contraprestación de dos millones de dólares y el 15 por ciento de los beneficios obtenidos por la película, entre otras exigencias. La Warner no se lo pensó dos veces y se hizo con un libro de recetas fiable para buscar la de freír espárragos, localizándola con facilidad. Con el

gerente fuera de juego, a la productora le resultó mucho más barato recurrir nuevamente a la señora Rand con el fin de localizar en el más allá la cerradura, pero la médium se volvió vacía de vibraciones, aduciendo que sin tener la llave en sus manos sus aptitudes visualizadoras eran nulas. La llave permanece a día de hoy en la caja fuerte de un banco.

Saint-Exupéry fue un cántaro enamorado de la fuente, haciendo viajes y más viajes hasta que el último de ellos le rompió, pero hubo antes otros que dejaron grandes muescas, como el ocurrido en 1935 (35), cuando volando con su mecánico el avión hizo un aterrizaje forzoso en el desierto de Libia, a doscientos kilómetros de El Cairo. El único líquido del que disponían era medio litro de café y un cuarto de vino, de manera que, agotada esta provisión, se tuvieron que apañar empapando con un trapo el rocío nocturno depositado sobre la chapa del avión y exprimiéndolo en sus bocas. Calcularon haber extraído unos dos litros que, entre vómitos, les prorrogaron la vida. Cuando el rocío no dio para más tras la desaparición de las nubes nocturnas estuvieron a punto de beberse el éter, el yodo y el alcohol del botiquín, pero lograron contenerse. Sin un alma en kilómetros a la redonda el mecánico sugirió pegarse un tiro con el revólver que llevaban. Iban ya a ponerse a ello cuando el milagro se produjo. De repente, un beduino con un camello y tres perros. También con un balde lleno de agua.

Cuando las barreras idiomáticas son más difíciles de romper que la del sonido esta circunstancia puede tener consecuencias catastróficas, y si no que se lo pregunten a Alberto Moravia, quien ya en su ancianidad contaba un tanto divertido cómo viajando en 1937 (30) por China y Mongolia se apeó del tren en la ciudad de Kalgan, en el norte de China, para hospedarse en un hotel donde el solícito gerente le frio a preguntas a las que Moravia, hombre positivo donde los hubiera, fue respondiendo a todo que sí. «Al cabo de una hora aproximadamente tuve la sorpresa de ver aparecer en mi habitación a una docena de prostitutas de todas las edades, entre ellas una niña de nueve años muy bonita». Superado el estupor inicial, el viajero se limitó a pedir a su mamá unas toallas y agua caliente y a la niña que cantara y tocara la guitarra para él, tras lo cual las dos se marcharon a su casa. Juntas, no por separado.

Henry y su segunda mujer, June. En los albores de su matrimonio la única riqueza que tenían era la *affectio maritalis* y algunos libros. Con tal bagaje los personajes de cualquier ópera de Puccini irían sobrados. Los Miller, no. Se desplazaban de una ciudad a otra en autoestop, con preferencia por los coches rápidos, en busca de un paraíso más perdido que el de Milton para no tener que terminar buscando un tiempo más perdido que el de Proust. El viaje que esta vez habían de hacer enlazaba Carolina

del Norte con Ashville, en el estado de Alabama, donde vivían. Lograron que se detuviera un Ford conducido por un tipo lisiado por una descarga eléctrica sufrida años atrás al manipular un poste telefónico, lanzándolo a doce metros de distancia. Durante cientos de kilómetros el hombre detalló con pelos y señales su penosa convalecencia hospitalaria y los Miller decidieron escucharlo como pago a su generosidad, si bien, una vez en destino, la paciente escucha no fue aceptada como moneda de cambio y el conductor exigió la carrera. Henry no entendía la reclamación. ¿Dinero? ¡Aún faltaban ochenta años para que los Uber salieran a escena! Se disculpó cortés: no, no tenía dinero, siempre había viajado de la ceca a la meca de esa forma, como un tornillo suelto, sin cuentas que ajustar ni contraprestaciones que asumir, etc. Le dieron ganas de arrodillarse ante el lisiado mientras recibía de él todo tipo de insultos e improperios. Solo deseaba pedirle perdón y que el hombre se volviera por donde había llegado, sin llevarse ni un puñetero dólar, pero sí dejando una buena acción que Dios recompensaría con creces. Miller se alejó y se metió en su casa, consternado. Le contaba la historia por carta a Anaïs Nin un martes del mes de julio de 1933, años después del incidente, si bien «esa experiencia me oprime el corazón (...). No puedo soportar una cosa como aquella. No soy capaz de soportar la humillación».

Quien se pasó parte de su vida —una muy pequeña parte, bien es cierto— sentada en una silla fue Gertrude Stein, algo que cualquiera de nosotros habría hecho teniendo en cuenta que quien tenía delante mirándola fijamente era Pablo Picasso, entregado al retrato de la escritora que exigió a esta entre ochenta y noventa visitas a su estudio, si bien con la providencial participación de Fernande, la chica con la que por entonces se acostaba el pintor, quien para hacer más llevadero el posado y sin que nadie se lo hubiera pedido leía a Gertrude las *Fábulas* de La Fontaine, llenas de dulces y apacibles animalitos.

Sobrevivir a dos accidentes aéreos en dos días seguidos es un paradigma de sometimiento a la ley más infalible que pueda existir después de la de Arquímedes: la de Murphy. Hubo alguien que los sufrió dos veces y las dos veces pudo contarlo a Murphy. Sí, Hemingway. ¡Quién si no! Corre enero de 1954 (54). Una avioneta sobrevuela la selva hacia el Congo belga, pero decide desviarse para que el caprichoso escritor americano que viaja en ella pueda fotografiar las cascadas Murchinson, cerca de las fuentes del Nilo Blanco, al noroeste de Uganda. Todo ocurre muy rápido. El piloto logra esquivar una bandada de ibis y la cola del avión impacta contra un tendido de telégrafos provocando un aterrizaje de emergencia y numerosas heridas al escritor. Al día siguiente los pasajeros son rescatados

y un avión los traslada a Uganda, solo que nada más despegar explota y cae a tierra envuelto en llamas. La puerta está bloqueada y Hem la echa abajo de un empujón. Su cuerpo incorpora nuevas heridas y nuevas roturas, un cuerpo que ya no volverá a recuperarse ni siquiera tras las tres intervenciones quirúrgicas a las que sería sometido.

Paul Bowles atrapaba las situaciones más sórdidas en su *Diario* por si llegaba un día en que la memoria se le hundiera y ya no saliera a flote. Una de ellas aconteció un 25 de abril de 1989, cuando Paul (78) abrió la puerta de su casa en Tánger a dos tipos de aspecto patibulario que le presentaron a una chica que decía llamarse Catherine y aseguraba ser hija suya. Bowles recibió la feliz noticia con simpar estupor, aclarándoles que él no había traído ni colaborado en traer hija alguna al mundo, al menos que él supiera, afirmación que los acompañantes desmintieron sin más prueba que una mirada torva. El caso es que, picado por la curiosidad, Bowles hizo pasar únicamente a la chica, dejando fuera a la pareja de matones. Le hizo un té con cortesía de anfitrión, que no con amor de padre, y mientras ella se lo bebía confesó a su presunto progenitor, entre sorbo y sorbo, que tiempo atrás había querido matarse en lo alto de una duna, pero que no se había sentido capaz de llegar hasta el final. «Le dije que me parecía una lástima y estuve de acuerdo. Finalmente rectificó. "No quiero morir. Quiero cambiar"». Ahí Bowles, por si acaso, también le dio la razón y le deseó mucha suerte en su ahora tentativa contraria. La joven se marchó, ya más sosegada, con un ejemplar de *Gesang der Insekten* (*El canto de los insectos*) en la mano, novela publicada por Bowles en 1966. «Pareció defraudada al descubrir que la acción se desarrolla en Latinoamérica».

EL DISFRAZ DE LOS PSEUDÓNIMOS

Publicar bajo pseudónimo era una higiénica medida mucho más cercana a la prevención cobarde que a la humildad cristiana, configurada como una especie de paciente vigilancia a la espera de ver por dónde venía la fama y si lo hacía dando los pasos de un beodo o los de Rudolf Nuréyev... Quién nos iba a decir que Stendhal no fue Stendhal sino a partir de 1817 (34), cuando publicó su primera obra de entidad, un diario de viajes titulado *Roma, Nápoles y Florencia*, llamándose hasta entonces Henri-Marie Beyle, nombre con el que había venido al mundo como criatura humana antes de acceder como criatura celestial al Olimpo literario

Cuando a Stendhal se le apagó la luz Dickens cogió su testigo a la edad de 30 años y con la mitad de su obra inmortal ya publicada. Era aún veinteañero cuando sacó a la luz por fascículos mensuales su primera gran

novela, *Los papeles póstumos del Club Pickwick*, publicada con el pseudónimo de Boz y como tal saltando a la fama en cuestión de días, cuando no de horas, de lo que es buena prueba la fascinación de un crítico londinense de la época: «Boz ha revolucionado la ciudad». Por esas fechas Samuel Clemens cumplía un año de vida, y con ese nombre tiró por la infancia y la adolescencia como de una lata con una cuerda, con toda la naturalidad del mundo, que por entonces se reducía a Florida, una pequeña villa ubicada en el condado de Monroe (Missouri). Pero cuando le empezó a cambiar la voz se preguntó por qué no cambiar también de nombre, así que para llegar a lo más alto buscó en lo más hondo y se apropió del grito de los sondeadores del río Mississippi: Mark Twain (dos brazas de profundidad, equivalente a doce pies). Los primeros escritos que llevan este pseudónimo son tres cartas que datan de enero y febrero de 1863, contando 27 años.

Charles Lutwidge Dodgson aborreccía que le reconocieran por algo tan personal e intransferible como era su propio nombre, ensuciado en boca del prójimo, así que se instaló el pseudónimo de Lewis Carroll a modo de vertedero, «con el fin de evitarme cualquier publicidad personal», según declaró a un corresponsal el 31 de octubre de 1883, diecisiete años después de la publicación de *Alicia* y con la rebaba de la gloria manchando cuanto tocaba. Semejante alivio, si no mayor, experimentó Eric Blair cuando, por fin, pudo firmar con pseudónimo un documento no oficial como era su primera novela, *Sin blanca en París y Londres* (1931), haciéndolo como George Orwell y librándose así para siempre de la losa de un Eric que siempre había despreciado.

Karen (o Tanne) Dinesen. Tal era su nombre antes de casarse con el barón Bror Blixen-Finecke, si bien su *Out of Africa* ya lo publicaría en 1937 bajo el nombre de su corresponsalía de guerra literaria: Isak Dinesen. Fue al regresar definitivamente en 1931 de su experiencia africana y de un matrimonio fallido cuando lo permutó por el de Isak, masculino, para conseguir la libertad de un hombre. Escogió Isak porque en hebreo significa «el que ríe», y porque también fue el nombre que los bíblicos Abraham y Sara pusieron al milagroso hijo que tuvieron en su vejez.

Louis Destouches se convirtió en Louis-Ferdinand Céline con su *Viaje al final de la noche* cuando envió el manuscrito al editor Robert Denoël sin ninguna identificación más allá de su nuevo pseudónimo, Céline, en honor a su abuela, ocultando su nombre real para no mermar su reputación como médico en el caso de que lo enviado destacara más como pifia que como gesta. Aun así, el editor logró desenmascarar al autor y lo llamó a su presencia, encontrándose con «un tipo alto de rostro obstinado, de jeta

desdeñosa, mal vestido como un tendero de vacaciones», en definitiva, el ejemplar perfecto para pasar bajo la plancha de la imprenta con su libro bajo el brazo y así hacerles un favor a los dos. Céline se quedó como estaba, pero no su libro, del que se extirparon algunos vocablos obscenos, algo que le irritó sobremanera: «Pretenden hacerme escribir como François Mauriac», se quejaba en una carta.

Impresiona leer el apellido de Curzio en sus libros, Malaparte, pero ya no tanto el verdadero que viene estampado a traición en sus biografías: Suckert. Este apellido ya no le venía como anillo al dedo, sino como argolla a la nariz, de la que los acontecimientos le tiraban cual oso de feria itinerante, de manera que, establecido en Roma desde finales de 1923 (25) y en coherencia con sus recias convicciones fascistas, se quitó de en medio su nombre y decidió italianizarlo. Tanteó Curzio Farn, pero no le sedujo lo suficiente, como tampoco Curzio Borgia, ni Curzio Lamberti, optando finalmente en 1925 por el de Malaparte. Según su mejor amigo de entonces, Giuseppe Fonterossi, la elección llegó tras leer un libro publicado en 1869 titulado *Los Malaparte y los Bonaparte en el primer centenario de un Malaparte-Bonaparte*. Curzio se ocupó de hacer oficial el cambio en un Decreto publicado en 1929, aludiendo a que como ya había un Bonaparte y no deseaba hacerle sombra solo le quedaba la elección de su antónimo. Por cierto, su verdadero nombre no era Curzio, sino Kurt Erich. En una carta de 16 de febrero de 1938 el escritor justificaba la traición paterna al ministro de Cultura Popular: «Tomé el apellido de Malaparte por consejo del Duce, que me dijo: "Un escritor fascista debe llevar un nombre italiano. Búsquese un pseudónimo"». Así que Kurt Erich Suckert se lo buscó para no perder los favores del dictador y pudo dormir tranquilo un tiempo, hasta que supo que Trotski andaba manoseándolo y muriéndose por ponerle precio atravesándolo con un cartelito como si fuera una trucha asalmonada en el expositor de una pescadería. Lo que le ocurría al ruso era que andaba ofendidito con el título y el contenido del libro del italiano, *Técnicas de golpe de Estado*, donde ni él ni Lenin salían bien parados, de manera que ejerció su derecho de represalia en *La historia de la Revolución rusa* intercalando este innecesario inciso a modo de desahogo: «El nombre de este escritor, Malaparte, permite distinguirlo fácilmente de otro especialista en golpes de Estado que se llama Bonaparte». Curzio se tomó su revancha, ya sin posibilidad de réplica, cuando varios años después del asesinato de Trotski en Ciudad de México se desclavó el cartelito y lo clavó en la memoria de aquel vendiéndolo a la posteridad con un precio ridículo: «Se puede decir de él lo que de tantos hombres de acción: era un escritor fracasado».

APELLIDOS JUGANDO AL ESCONDITE

Causa estupor descubrir que el conde Tolstoi lo fuera a medias. No porque no fuera conde, que lo era al completo, sino porque sus ancestros no llevaban ese apellido. El fundador de la familia fue un comerciante alemán apellidado Dick que, llegado a Rusia en el siglo XVII, adoptó dos decisiones igual de inteligentes: abrir una tienda en Moscú para ganarse la vida y adquirir la nacionalidad rusa para ganarse a sus clientes, lo que exigió el cambio de su apellido alemán —*dick* significa «grueso»— por el *tolstoi* ruso, que también quiere decir «grueso». Esta trasposición venía forzada por los propios moscovitas, que desconfiaban enormemente de los extranjeros, de manera que para integrarse en la comunidad no había más remedio que pagar estos crueles peajes genealógicos.

A Robert Lewis Balfour Stevenson lo que le sobraba era la «b» de Balfour. No la soportaba. Demasiadas iniciales, tantas que era como si su apellido arrancara con retraso, con el desfase de un par de segundos cruciales. Aun así con ella firmó sus cartas y los títulos de sus libros hasta el año 1868 (18) en que se plantó, reclamando a su madre el nombre de Robert Lewis, de manera que la firma pasó a ser «R. L. Stevenson», no siendo hasta llegado el año 1873 cuando sustituyó las iniciales por el nombre completo tal como hoy lo conocemos, Robert Louis Stevenson, debiendo aclararse que a los 18 años decidió cambiar Lewis por Louis para adaptarlo a la pronunciación francesa. Carta de aquella época: «Después de muchos años de débiles e infructuosas intentonas acerca de mi tercera inicial (algo que aborrezco), he logrado ponerme al resguardo de semejante accidente gracias a la utilización de mis dos nombres completos».

Se asemejaba a una molesta y estúpida mosca puesta encima de un bombón, así que decidió suprimirlo; total, nadie le iba a pedir cuentas, empezando por su padre, que llevaba treinta y tres años muerto, y además ya estaba en edad de procrear alguna extravagancia que llevara su impronta. El caso es que, al principio, Fernando Pessoa no era Pessoa, sino Pessôa, hasta que cumplió 28 años y se hizo un regalo que anunció a su amigo Côrtes-Rodrigues: «Voy a imponer un gran cambio a mi vida: suprimiré el acento circunflejo de mi apellido». Tampoco la francesa Marguerite de Crayencour andaba satisfecha con el suyo, dado que la conectaba directamente con la venenosa consanguineidad paterna, así que lo trucó por el de Yourcenar y de la noche a la mañana se sintió como una especie de Prometeo desencadenado. Tan solo tenía 19 años y proyectaba ya su primera novela: *Remous*.

Al igual que el señor Crayencour, también el señor Andrieux estaba en

el ojo del huracán con que su hijo leía su nombre cada vez que le daban las notas en la escuela. Me refiero a Louis Aragon, que llevaba un apellido de mentira en honor a una región de verdad que su papá, embajador de Francia en nuestro país, había escogido por amor a España en lo general y a Aragón en lo particular. Louis Andrieux, político de jornada completa, pero casado a tiempo parcial, era cuarenta años mayor que la adolescente a la que seducía aprovechando los momentos en que su esposa no vigilaba, siendo esta joven, de nombre Marguerite, la que dio a luz al genial Louis Aragon y no al desconocido Louis Andrieux, al que su padre nunca reconoció.

También el Nobel de 1949 era víctima de los caprichos de sus ancestros, cuyo vecindario alcanzaba a llamar pan al pan y vino al vino sin ningún problema, pero ya no a llamar a los Falkner a derechas. En fin, que el apellido real de William no era Faulkner, sino Falkner, nombre de un villorrio ubicado en el estado de Tennessee, ocurriendo que en la época de su bisabuelo los lugareños terminaron por añadir al apellido una «u» para vencer dificultades fonéticas, incapaces de pronunciar Falkner, y así dieron a luz Faulkner, resistiendo con honor al paso de las generaciones venideras.

Del mismo ardid fonético fue víctima Jorge Agustín Ruiz, más conocido por George Santayana, quien explicaba que su apellido derivaba de «una corrupción fonética del nombre de un pueblo de las montañas cantábricas, no lejos del mar y de Santander». Se refería, cómo no, a Santillana del Mar. El abuelo del filósofo era de Santander y sus padres zamoranos, siendo el padre de apellido «muy común», decía, por lo de Ruiz, explicando que el añadido de Santayana «no pasó de ser un accidente» en el que, visto está, Jorge Agustín se vio involucrado muy a gusto, acogiendo el apellido como una secuela permanente muy, pero que muy bien indemnizada.

LO DE LA ORINA Y LOS TIESTOS

A veces las distracciones eran tan difíciles de corregir que algunos se distrajeron durante años subordinando la gloria a la que estaban llamados a la llamada de futilidades con toda la pena y nada de la gloria. Franz Liszt hubiera llamado a esos años los *Años de peregrinaje*.

Personalmente, prefiero a Schiller cuando se adentra en las entrañas de la literatura y disecciona personajes en lugar de personas. Schiller hizo la carrera de Medicina a modo de burla de la posteridad; el problema es que por entonces ya era escritor hasta las trancas y eso hizo de él —por fortuna— un médico atrancado. Eso se ve en la elaboración de su tesis doctoral, donde su error fue invocar el espíritu de Homero en lugar del de

Hipócrates. Rechazada por sus examinadores, uno de ellos se desataba contra ella con esta amalgama metafórica: «He leído dos veces este tratado prolijo y fatigoso, pero no he podido descifrar el sentido que el autor le da (...). Rezuma una peligrosa tendencia a dárselas de sabiondo, camina en oscuros desiertos tan eruditos que yo no me atrevo a seguirlo por tales derroteros». Un año después, Schiller apostaba por darle al examinador en el cielo de la boca con una segunda tesis titulada: «Sobre la distinción entre las fiebres por inflamación y las fiebres por putrefacción». La susodicha distinción debió de ser tan sutil que el tribunal tampoco pudo seguirlo por los derroteros aquellos. A la tercera sí fue la vencida. Esta vez el título con el que cargó la tesis ya entroncaba con Lucrecio: «Ensayo sobre la conexión de la naturaleza animal del hombre con la espiritual». Poco favor hizo el tribunal a la humanidad otorgándole el título, ya que como médico Schiller fue un desastre absoluto, hasta el punto de que algunos médicos de graduación militar superior debían corregir a sus espaldas sus recetas para salvaguardar la vida de los enfermos a su cargo...

Para desgracia suya, en agosto de 1843 (21) Dostoievski se licenciaba brillantemente en la Academia de Ingenieros de San Petersburgo con el grado de teniente ingeniero, si bien al año siguiente, ante la perspectiva del envío como inspector a un lejano campamento militar en detrimento de su añorada carrera militar, se puso manos a la obra. Más bien a una mano: la zurda, con la que diseñó un proyecto ante el cual el zar estalló de ira preguntando quién era el «idiota» que había dibujado aquello. Se refería al diseño de una fortaleza que bien podía haber cambiado la historia de Rusia, al carecer de puertas. Su solicitud de baja en el Ejército fue concedida el 19 de octubre de 1844, abriéndose para Dostoievski, ahí sí, las puertas de su fortaleza literaria. De hecho, poco más de un año después, el 15 de enero de 1846, publicaba con gran éxito su primera novela, *Pobres gentes*, con la que, a decir del crítico ruso Visarión Belinski, se inauguraba el género de la novela social.

Robert Louis Stevenson perdió unos años preciosos estudiando Derecho para acabar ingresando el 16 de julio de 1875 (24) en los sótanos del Parnaso más prosaico: el Colegio de Abogados de Escocia. Incluso llegó a colocar una placa con su nombre en el número 17 de la Heriot Row de Edimburgo, y todo para terminar llevando cuatro pleitos de poca monta, tres para ser exactos, ya que el cuarto, de cierta entidad, bien podía haber cambiado el curso de un afluente de la historia de la literatura si las partes litigantes no hubieran llegado finalmente a un acuerdo. «De haber prosperado —decía años después— quizás hubiera seguido ejerciendo y el clima [de Escocia] me habría matado hace muchos años». Dicho como lo

decía desde la paradisíaca Samoa, esto se entendía a la perfección.

Corría el año 1889 cuando Kavafis entró como empleado en la Oficina de Riegos de El Cairo. Desconozco qué tercer amor puede haber —aparte del amor al trabajo y del amor al arte— para acudir a la oficina cada día a lo largo de tres años sin percibir remuneración alguna, prebenda que solo logró en el verano de 1892 gracias a una carta anónima enviada a la dirección el 11 de diciembre de 1890 en la que se alababa su poliglotismo —dominio del inglés, francés, griego e italiano, con posibilidad de un quinto idioma: «Naturalmente, también puede hablar árabe, aunque ni lo lea ni lo escriba», ponía— y su excelente caligrafía, empezando por cobrar siete libras egipcias al mes y retirándose en abril de 1922 con un sueldo de 33,6 libras mensuales.

Si Kavafis sobrevivió en sus inicios fue gracias al trabajo que desde el año 1888 desempeñaba por las tardes en la Bolsa egipcia como agente de cambios, franja horaria en la que el edificio era un hervidero de gente y de trasvases financieros. Kavafis era bien consciente de la mutilación literaria a que le sometía el filo de la navaja laboral. En un escrito de junio de 1905 hacía acto de contrición por los brotes de inspiración que dejaba morir de inanición para no mezclar obligaciones: «Cuando después vuelvo a casa, cuando recupero la tranquilidad intento recordarlos y ya se han ido. Y con justicia. Parece como si el arte me dijera: "No soy una esclava, yo, a la que se pueda despedir cuando vengo y haya de volver cuando quieras. Soy la mayor señora del mundo. Y si tú, miserable traidor, me has negado por tu miserable bella casa, por tu miserable buena ropa, por tu miserable condición social, confórmate con todo esto"».

La Navidad de 1921 la celebró anunciando a sus superiores que en marzo abandonaría el trabajo «por razones personales». ¿Motivo real? La pasta. La de papel timbrado. Solo buscaba beneficiarse de la indemnización que el Gobierno egipcio concedía a los empleados públicos que abandonaran aquel año sus responsabilidades, con el fin de ir despejando de sangre británica —Kavafis estaba nacionalizado como tal— la Administración. No parece que el poeta derramara una sola lágrima cuando el último día de oficina recogió sus cosas y pisó la calle como hombre libre. «Por fin me veo libre de esta asquerosidad», afirmó, tras lo cual puso rumbo a Alejandría, su definitiva ciudad de acogida. Allí su casa era un prodigio de enclave estratégico que habría hecho las delicias de Flaubert. El edificio, que se alzaba en un barrio de mala fama de nombre Massalia, ya apuntaba maneras: en el piso bajo, un burdel abierto día y noche, justo enfrente un hospital griego, y en la esquina la iglesia ortodoxa de San Saba. Para Kavafis aquel era un triángulo de ensueño: «¿Dónde podría vivir

mejor? —escribía—. Aquí debajo está el burdel, que proporciona carne a la carne, allí la iglesia que perdona los pecados, y allí el hospital en que morimos». También el que curaba las gonorreas, por supuesto.

A las puertas de la madurez Fernando Pessoa acopió todo lo que había aprendido de cadete en la Escuela Comercial de Durban (Sudáfrica) y se especializó lo suficiente en correspondencia comercial internacional como para fundar junto a su cuñado en 1926 una *Revista de comercio y contabilidad*, en la que publicaría artículos basados en la redacción de cartas a bancos y a sociedades anónimas, como también en materias de «gestión, monopolio y libertad». El caso es que si Pessoa no se hizo rico fue porque sabía que a la posteridad no se arribaba transaccionando operaciones, sino arrimando versos. De su talento para los negocios es buena muestra una carta que recibió de un empresario fechada el 31 de mayo de 1921 (32), en la que le ofrecía como comisión por la intermediación en la venta de sus minas de uranio, calcolita y wolframio de 5.000 a 15.000 escudos, un dineral para aquella época. El corpus de escritos llegaría a reunirse en un solo volumen que se publicó en 1969 con el título «Texto para los directores de empresa». Como la revista era suya la utilizó de púlpito para poner de vuelta y media a quien le dio la gana, dando lecciones de justicia histórica y denunciando atropellos por la falta de guardias severos en el tráfico comercial internacional. En uno de aquellos ejemplares la tomó con Inglaterra, por hacer negocio con algo tan de todos como el tutti frutti: «Existe un país donde comprar manzanas, plátanos, uvas, piñas y dátiles después de las ocho de la tarde está penado por la ley, mientras que comprar albaricoques, higos, melocotones y pasas está permitido (...). En este país es delito comprar, después de las ocho, una empanada si está fría; pero la ley autoriza la venta si está caliente o tibia. Este país, aunque parezca imposible, existe. Este país es Inglaterra, la libre y práctica Inglaterra. Y la ley que prescribe todo esto, promulgada durante la guerra y todavía vigente, es la *Defence of the Real Act* (¡Ley de Defensa del Reino!)».

23

RASGOS PERSONALES E INTRANSFERIBLES

BELLOS POR DERECHO DIVINO...

Si los doctores que practicaron la autopsia a lord Byron se quedaron pasmados por la perfección de su cuerpo y la simetría de sus formas, con no menos embeleso describía Teófilo Gautier los ojos de Balzac: «A pesar de sus vigilias cotidianas permanecían claros, transparentes, imperceptiblemente coloreados de azul, ojos de niño o de muchacha, en los cuales escondía dos diamantes negros, dos miradas que os atravesaban con sus rayos de oro: miradas para atravesar corazones y murallas, ojos para domar a las fieras, ojos de jefe y de domador».

Dickens no era precisamente un modelo de efebo griego, pero la ética de su calidad literaria le hacía innecesaria cualquier estética de refuerzo. No se puede pasar por alto el impacto emocional que todo un Henry James recibió cuando lo vio por primera vez en casa de unos amigos comunes hacia el año 1857, hasta el punto de que en 1914 lo recordaba así de deslumbrado en su libro *Notes of a Son and Brother*, hablando de «su rostro extremadamente apuesto, el rostro de la simetría (...). Ese rostro recibió mi mudo homenaje con un gesto inescrutable, con un ojo militar despiadado».

Isak Dinesen tributaba su culto particular al cuerpo hurtándole toda la comida que podía, y es que la en su día baronesa Karen Blixen estaba obsesionada con la delgadez, aun en África, donde la gordura solía ser señal de superioridad estética, siendo los patrones europeos los que seguían marcando sus pautas. Incluso llegó a automedicarse con unas píldoras de Marienbad, una especie de laxante que ella misma se pautó para cada comida.

Curzio Malaparte era de los que se cuidaba con fruición, tratando de que el cuerpo no fuera un reflejo del alma, sino del estupor ajeno: afeitado diario, peinados mejor calibrados que la dirección de un vehículo, atuendos bien planchados y una pequeña dosis de maquillaje, en aumento a medida que el paso ferroviario del tiempo se detenía cada vez en menos estaciones. Por cierto, nada de alcohol, ni de tabaco, ni de café, decía. Ni, por supuesto,

de hijos: no hubiera sabido en qué cajón de la cómoda iría cada uno. Carta de 15 de abril de 1947 (48): «Vivo solo, en compañía de varios perros que me enseñan muchas cosas. En mi casa no hay una sola botella de vino». Esto era más una declaración de intenciones que de razones prácticas, ya que se fumaba lo mismo Gauloises que Gitanes y, al parecer, la bodega de su casa de Capri estaba repleta de muy buenas añadas...

Lo de vivir solo era más bien un apunte relativo, ya que, al igual que Ortega y Gasset, Malaparte siempre tenía, mal que bien, una circunstancia que lo completaba, preferentemente morena y alta. Hay mucho mito acerca de su gusto por pasearse desnudo por las saunas y por su casa, como proyección narcisista de un desove egocéntrico ligado a una anatomía que él sabía aventajada. ¡Palabrería! Una de sus muchas novias y/o amantes, la actriz Biancamaria Fabbri, contaba en su libro *Schiava di Malaparte* (*Esclava de Malaparte*,1980) cómo en los tres años que pasó a su lado no recordaba haberlo visto pasearse desnudo por casa ni una sola vez: «Tenía un gran pudor, de sí mismo y de los demás». Malaparte gozaba de una estatura calificable de notable alto, 1,84, si bien para él era solo merecedora de un aprobado raspado, y como sufría de talante envidioso, no teniendo a quién envidiar por talento literario, buscaba hacerlo por una cuestión de altura, como le ocurrió con Indro Montanelli, a quien aborrecía (era mutuo), entre otras cosas, por sacarle varios centímetros, lo que no quitó que Montanelli le girara visita a Helsinki en septiembre de 1942, cuando Malaparte tuvo que pasar por el quirófano para extirpar el apéndice, encontrándoselo «echado en la cama en bañador, en una postura mitad *madame* Récamier, mitad de gladiador cansado, en medio de un alud de flores y telegramas».

... Y FEOS POR DERECHO PROPIO

Algunos suspiraban por que alguien les tirara los trastos. Preferentemente a la cabeza. Así quedaba cubierta. En fin, que había fisonomías llevadas a rastras desde el nacimiento que si alguna utilidad tenían era la de quitarse el hipo con solo ponerse ante un espejo. El problema era que si es cierto que lo que Dios nos da Dios nos lo quita, hasta que uno no cumplía con el *rigor mortis* no solucionaba el problema del todo.

Pobre Thoreau... He revisado alguna fotografía suya y tampoco creo que sea para emparedarlo y quedarnos tan solo con su alma para llevar a un punto limpio todo lo demás. Pues bien, eso era lo que casi venía a proponer su amigo Nathaniel Hawthorne cuando afirmó que era «más feo que un pecado». Tampoco Harriet Beecher Stowe parecía tenerlas todas consigo

entre jóvenes que preferían actuar como miembros de un jurado de belleza a leerse su novela *La cabaña del tío Tom*. El comentario de una de las compañeras escolares de Ellen Emerson, hija de Ralph Waldo Emerson, buscaba para ella un hueco privilegiado tras aquella pared, junto a Thoreau, al catalogar a Harriet como «una mujer espantosa..., tan fea que soñamos con ella». En cuanto a Ellen, que por su papá sabía que la gloria era aún más ciega que la justicia, no la encontró «tan horrible, solo feúcha».

Balzac, de joven, ya era una especie de boliche entrado mucho más en carnes que en años. Cuando Alphonse de Lamartine lo conoció quedó impresionado por aquella opípara figura, si bien «la bondad comunicativa» de su rostro hacía olvidar lo malo, que era todo lo demás. «Yo lo quería ya cuando nos sentamos a la mesa», escribió.

Sin duda, a los 35 años uno está en la flor de la vida, solo que, a veces, la vida lo que te planta en la cara es un cardo borriquero. Algo así le pasó al atribulado Julio Verne a esa edad, corriendo el año 1864, cuando escribió a su editor Pierre-Jules Hetzel refiriéndose a su parálisis facial: «Accidente que me sucede por cuarta vez. Tengo un lado de la cara vivo y el otro muerto. ¡Uno puedo moverlo, con el otro no puedo ni hacer un gesto! Bonita situación. Tengo un perfil de hombre inteligente (...) y otro de imbécil!».

No, no parece que Guy de Maupassant (26) estuviera pasando por su mejor momento cuando aquel apuesto gigante que era Iván Turguéniev (58) recibió su visita en enero de 1877. Carta de Turguéniev a Gustav Flaubert el día 24 de ese mes: «El pobre Maupassant está perdiendo el pelo de todo el cuerpo (me ha venido a ver). Según él es una enfermedad del estómago. Sigue muy simpático, como siempre, pero ahora está muy feo». Ya vemos que en el caso de Maupassant la procesión no iba por dentro, sino por fuera, para así dejar sitio a la romería, y es que, por muy calvo que se estuviera quedando, el autor de *Bola de sebo* era por dentro un león. Carta de Flaubert a Turguéniev seis meses después: «No sé nada de los amigos, excepto en lo que atañe al joven Guy [26 años]. Me ha escrito últimamente que en tres días había echado ¡diecinueve polvos! Esto está muy bien, pero tengo miedo de que acabe deshaciéndose en esperma». Está por ver si la proeza se había centrado en una única destinataria o la había diversificado, dada su aversión al individualismo en la materia. Así es como escribía en el prólogo a *L'Amour à Trois*, de Paul Ginisty, que «el individuo que se contente con una mujer toda su vida, estaría al margen de las leyes de la naturaleza como aquel que no vive más que de ensaladas».

Marcel Proust fue un hombre agraciado con el don de la literatura y con ninguno más, aunque él nunca pareció darse cuenta de ello. La

vanidad, unida a una sobrecompensación azotada por un afán de superioridad, obraba milagros. A su prima, Valentine Thomson, le recordaba a «un bruto oriental con su barba negra y sus ojeras». Paul Claudel lo veía como «una vieja judía maquillada», mientras que su madre solía espetarle de joven al salir a la calle: «¡Ya basta de greñas de rey franco!».

En cuanto a Henrik Ibsen siempre he pensado que es a la literatura lo que César Franck a la música clásica, con esas patillas tan superpobladas que hasta Malthus habría metido mano en ellas. Confesión de Gabriele D'Annunzio a André Gide en el Café Gambrinus mientras se tomaba sin parar heladitos de vainilla servidos en pequeñas cajas de cartón: «Me desagrada». Se refería a Ibsen, y no por su falta de estilo literario, sino «por su falta de belleza».

A Franz Werfel su obesidad le servía para atraer a la gente, empezando por Alma Mahler y terminando por Franz Kafka. Este se lo topaba de vez en cuando por Viena y cada vez lo encontraba, a la par que más gordo, «más hermoso y más amable», según le contaba por carta a su amante Milena, revelándole una de las claves del éxito de los gordos, él, que estaba delgado como un imperdible. «¿No sabe usted que solo los gordos son dignos de confianza?», le escribía en defensa del escritor austriaco, y ya en defensa del gordo como una suerte de raza superior. «Solo ellos son, como dijo alguien una vez, los verdaderos habitantes útiles de la tierra entera, ya que en el Norte calientan y en el Sur dan sombra».

Agatha Christie aborrecía ser fotografiada; todo lo que le sobraba de imaginación le faltaba de fotogenia y ninguno de ambos extremos constituía un secreto para ella. Con motivo de su sexagésimo aniversario y en el cénit de su fama acudió a un estudio fotográfico como quien acude a la consulta de un oncólogo, y tras la sesión de fotos, refiriéndose a ellas, comentó a su agente Edmund Cork: «No sabe lo que me entristecen, y lo que acentúan el complejo de inferioridad que siempre he sentido a causa de mi aspecto».

Hablando de aspectos, la madre de Sartre nunca se pronunció sobre el de su hijo; su reserva mental era tan amplia como la cuenca del Guadalquivir y, además, bastante tenía con intentar comprender, a modo de tapón, la primera frase de sus libros. Lo cierto es que la naturaleza se puso de perfil a la hora de repartir con Jean-Paul algún don externo. En septiembre de 1959 (54) viajó a Irlanda para conocer al director de cine John Huston (53) y hablar del guion que sobre la figura de Sigmund Freud estaba escribiendo el filósofo. Cuando Huston desveló en sus memorias (*An Open Book*) lo más llamativo de aquel hombrecito hospedado en su casa

durante todo el rodaje no se complicó la existencia ni complicó el existencialismo: «Sartre era como un tonelete y tan feo como pueda ser un ser humano. Tenía la cara hinchada y llena de marcas, los dientes amarillos y era bizco... Era imposible conversar con él, ya que hablaba sin parar y no había forma de interrumpirlo. Se suponía que pararía para respirar, pero no lo hacía». En un gesto amable Huston pasó por alto su calvicie. Sartre la soportó como pudo y hasta donde pudo, concretamente hasta sus 30 años, cuando descubrió que sus líneas capilares quedaban desguarnecidas. «Cuando me di cuenta o, mejor dicho, cuando el Castor [Simone de Beauvoir] se puso a chillar al darse cuenta, para mí fue una especie de desastre simbólico... Me daba masajes en la cabeza desde hacía años y quedarme calvo fue la demostración palpable de que estaba envejeciendo».

LA BENDICIÓN DE SER UN PERRO VERDE

La timidez de Lewis Carroll entroncaba con su arraigado puritanismo más como estilo de vida que como dogma de fe, un estilo de vida a medias donde una mitad se empleaba para rogar a Dios y la otra para darle con el mazo. Para un puritano de cepa impura dedicado a escribir solo había un dominio más difícil que el del verbo, y era el de la carne. La religiosidad victoriana de Carroll se manifestó a las claras durante la visita que en junio de 1891 (59) le hizo una niña de 12 años con pretensiones de actriz. Cuando le comentó que sus padres trucaban su estatura hurtando dos centímetros para favorecer su contratación como actriz en compañías de baja estofa la reacción de Carroll fue escribirles una furibunda carta en la que les acusaba de «cometer un pecado a los ojos de Dios» y de enseñar a la niña a «tomarse a la ligera el pecado».

En el diario que Carroll llevó durante buena parte de su vida hay frecuentes salpicaduras de contrición, ruegos, autorreproches, súplicas, lamentaciones y flagelaciones que se inician en 1856 y, salvo algunos años, se proyectan hasta 1897, meses antes de su muerte: que Dios le ayude a expiar sus pecados, que le proporcione un nuevo corazón, que le conceda empezar una vida mejor y más santa, que le libre de las tentaciones del demonio o que perdone a esa oveja suya descarriada son solo algunos de los detritus que el escritor iba guardando bajo la alfombra a la espera de ese atardecer en que Dios la levantara y le examinara de tanta porquería. En definitiva, tal parece que Dios había hecho a Carroll como lo había hecho para quedárselo Él solo. No en vano, confesaba Mark Twain en 1906 (70) que era el hombre más tímido que había conocido en su vida, solo superado por un personaje de ficción, el tío Remus, creado para sus fábulas morales

por el escritor americano Joel Chandler Harris.

Chéjov estaba interesadísimo en la reacción que la lectura de sus libros causaba en los demás, importándole bien poco el final de la película. Carta a Alekséi Suvorin del año 1889: «Me han dicho que habéis recibido la carta de un padre cuyo hijo se ha matado después de haber leído mi *Ivanov*. Si esa carta existe y no es un bulo ruego que me la enviéis. La guardaré junto a las otras cartas que tengo referentes al *Ivanov*». Cuando Chéjov no estaba hiriendo personajes de mentira ni curando enfermos de verdad se daba con amplitud a la pesca y un poco a la caza. A la pesca del modo convencional que todos conocemos; en cuanto a la caza, un estupefacto Máximo Gorki daba cuenta en su diario de aquel desvarío cinegético: «Vi cómo A. P. Chéjov, sentado en el jardín de su casa, cazaba con su sombrero los rayos de sol e intentaba —en vano— ponerlos sobre su cabeza con el sombrero. Y vi cómo el fracaso irritaba al cazador de rayos de sol; su rostro se enfurecía cada vez más. Y acabó con un triste golpe de sombrero contra su rodilla y, con un gesto brusco, se lo encasquetó en la cabeza, dio una patada irritada al perro Túzik, miró al cielo con ojos entornados y se fue a casa».

León Tolstoi también aportó a su biografía un rosario de extravagancias, y no de medio pelo, sino de mechón ensortijado. Por lo pronto, hizo parir a su mujer trece hijos con el agravio divino de ver cómo algunos se fueron quedando por el camino, como su favorita Masha; cuando murió, León se metió en su estudio, sacó su diario y se afanó en escribir cómo se sentía y por qué sentía lo que sentía en el caso de que sintiera algo. El resultado fue algo a caballo entre desolador y consolador, ya que al final admitió no sentir nada, según él «porque este acontecimiento pertenece al reino del cuerpo y es intrascendente». Pocos meses antes habían operado a su esposa Sofía a vida o muerte en su hacienda de Yasnaia Poliana; imponiéndose la vida a la muerte dieron recado del feliz desenlace a León, que estaba escondido en un bosque cercano hecho un manojo de nervios, y al entrar en casa se arrojó a su estudio «para escribir un poco sobre Henry George», economista americano muy en boga por la época y defensor de tesis socialistas en la línea del propio Tolstoi. Por cierto, fiel a la idea de que nuestro destino solo depende de las manos de Dios, Tolstoi se pasó varios días despotricando contra los médicos por haber salvado la vida de su mujer en lugar de dejar que la naturaleza siguiera su curso...

Lo de August Strindberg iba más allá del carácter, un carácter abierto en canal para dejar pasar a aquella gran dama que ya habría de instalarse para siempre en una enorme y cómoda brecha: la locura. Durante los años 1895 a 1897 no paró de mudarse de un hotel a otro en París, huyendo,

básicamente, de poderes satánicos que lo acosaban y no le daban tregua, pero también de otros enemigos de segundo orden, como los ruidos, el aire, el agua, la electricidad y objetos variopintos conjurados para asesinarlo. Donde más tiempo se hospedó fue en el hotel Orfila; así lo dice una placa informativa, la placa que llevó a Henry Miller a entrar en el local precipitadamente y rogar que le mostrasen la habitación que el insigne escritor había ocupado para, entre otras cosas, fabricar oro con la ayuda de fórmulas alquímicas como única forma de mantener a raya los fantasmas.

El radicalmente solitario Cesare Pavese, paseando arriba y abajo por las calles de Turín con la única compañía de su procelosa sombra, solía llegar de sopetón a la casa de su amiga Natalia Ginzburg, donde incluso de vez en cuando le daba por entrar. La buena mujer lo describía así: «A veces, de noche, venía a vernos; se sentaba, pálido, con su bufanda al cuello, y se retorcía los cabellos o arrugaba una hoja de papel; no pronunciaba en toda la velada una sola palabra; no respondía a ninguna de nuestras preguntas. Al fin, de pronto, cogía el abrigo y se marchaba».

El suicida Heinrich von Kleist no le iba a la zaga. El poeta alemán C. M. Wieland, que lo acogió en su casa de Oßmannstedt durante varias semanas por la vinculación de íntima amistad que tenía con su hijo, se sintió confuso desde el primer momento por el carácter extravagante que le dominaba. La rareza más llamativa era su «costumbre cuando estábamos en la mesa de hablar entre dientes, dando la sensación de creerse solo o de hallarse en otro lugar con sus pensamientos y ocupado en otro tema ajeno. Finalmente, me confesó que en esos momentos de ausencia pensaba en sus dramas». El propio Wieland se desplazaba cada día a Weimar para visitar a su admirado Schiller, quien un día le presentó a Goethe, al que desde entonces Wieland empezó a llamar Dios.

Aunque no lo reconociera abiertamente, Chesterton habría dado medio día de *El hombre que fue jueves* por ser el autor de esa frase de Voltaire, la de que para triunfar en el mundo no basta con ser estúpido, sino que también hay que tener buenos modales. Quizás por eso Tomasi di Lampedusa no triunfó en vida como le era merecido, por tener muy poco de lo primero y mucho de lo segundo. Fácil, muy fácil era sacarle los colores, solo que estaban tan a flor de piel que, ya fuera, no se quedaban colgando, sino que derrapaban. Dominado primero por su madre, Beatrice, y después por su enérgica y autoritaria esposa, Licy, no era de extrañar que Tomasi acusara una timidez patológica que tan tortuosa le hacía la relación con el prójimo, incapaz siquiera de mirar a los ojos al dar la mano a quien le era presentado.

Salvo con un pequeño puñado de privilegiados, Thomas Mann era

incapaz de tutearse con nadie, ni siquiera con muchos de sus amigos. Uno de los afortunados, además de su perro, fue Bruno Walter, si bien tardaría treinta y cuatro años en decidirse a hacerlo. El escuchar el «tú» dirigido a su persona por otras bocas que no fueran las que tenía inventariadas le causaba sarpullidos. Su personaje de *La montaña mágica*, Settembrini, nos da una pista cuando define el tuteo como «un salvajismo repugnante, un juego con el estadio primigenio, un juego frívolo que detesto».

Paul Valéry adoraba dos tipos de ruidos bombásticos: uno era las óperas de Wagner —cada vez que se representaba una corría al teatro para imbuirse de espíritu germánico—; otro, el estallido de las bombas. Testigo fiable de lo segundo fue Sylvia Beach, invitada a una comida familiar. No bien se habían sentado a la mesa «sonó la sirena que anunciaba un ataque aéreo. Valéry pegó un salto, corrió hasta la ventana y se asomó para ver cómo los aviones sobrevolaban París y dejaban caer sus bombas. La familia parecía estar acostumbrada a aquel proceder. “A papá le encantan estos ataques”, contestó François». También Virginia Woolf parecía indiferente o insensible a las bombas que la Luftwaffe alemana dejaba caer un día tras otro sobre Londres en su asedio aéreo. *Diario* de 29 de septiembre de 1940 (58): «Una bomba cayó tan cerca que maldije a L. [Leonard] por dar un ventanazo. Estaba escribiéndole a Hugh y la pluma saltó de mis dedos». Los oídos de Marcel Proust requerían de una terapia similar, gozando con los ataques aéreos de los alemanes en la Primera Guerra Mundial, como también con las alarmas antiaéreas, negándose a correr hasta el refugio más cercano cuando sonaban y optando por seguir caminando tranquilamente hasta su casa, eso sí, con un único temor: que las bombas pudieran destrozar los monumentos de París.

A Curzio Malaparte le gustaba ladrar a los perros de noche. Asomado a la ventana de su habitación tal práctica podría pasar desapercibida para un vecindario ya acostumbrado a tal extravagancia, pero la cosa se complicaba cuando lo hacía asomado a la ventana de los hoteles, como ocurrió en el Hotel de la Sapinière, en Chamonix, donde el gerente llamó a su habitación para rogarle que dejara de ladrar porque algunos clientes del hotel ya empezaban a sentir miedo. Malaparte no podía entender la prohibición: «Tengo derecho a ladrar de noche si me apetece —escribía por carta—. No hago daño a nadie». Al final, prometió que trataría de no ladrar durante unos días, si bien «enseguida volveré a empezar. Es mi único placer en la vida, ladrar de noche a los perros».

LA RESIGNACIÓN COMO PALANCA DE LA FE

Guy de Maupassant casi celebró como un regalo del cielo haber contraído la sífilis, pero la de los reyes, no la de los palafreneros o los estibadores. Así es como escribía a un amigo el 2 de marzo de 1877 (26) que estaba encantado de haber pillado la sífilis *verole*, «en fin, la verdadera, no la miserable *chaude pisse* (la gonorrea) (...), no, no, no, la gran *verole*, esa de la que murió Francisco I, y de eso estoy orgulloso (...). ¡Aleluya! Tengo la *verole*; en consecuencia, ya no tengo miedo de cogerla». Ya se sabe que quien no se consuela... El pobre Maupassant acabó loco, internado en un hospital psiquiátrico como abrupto regalo de Reyes el 6 de enero de 1892, año y medio antes de morir. Le gustaba hablar todos los días con Flaubert y con su hermano Hervé, a pesar de que ya llevaban muertos varios años. Un día escribió al papa una carta sugiriéndole que se construyeran mausoleos de lujo con una ventana abierta en su parte alta para facilitar el diálogo con los muertos y así no quedar uno afónico. A quien se la lio bien parda fue a François, su sirviente, convencido como estaba Maupassant de que había escrito una carta a Dios «para acusarme de haber sodomizado a una gallina y a una chiva». En los últimos tiempos padeció retención de orina, pero lógicamente se negó a que le sondasen alegando que su vejiga estaba llena de piedras preciosas.

Había resignaciones cristianas de tal tamaño que, para alimentarlas, exigían la entrada en el menú del resto de religiones. Es de aplaudir la de Vladimir Maiakovski, quien, habiendo logrado reunir en junio de 1925 (31) una pequeña fortuna de 25.000 francos para viajar alrededor del mundo, todos aquellos kilómetros se quedaron en los metros que separaban su habitación del cuarto de baño del hotel Istria, en París, donde alguien se los robó mientras «satisfacía una necesidad natural", según escribió con pulso firme a su amante Lili Brick, asegurándole que su mayor dolor no lo causaba la pérdida del dinero ni la cancelación del viaje, sino «regresar como un imbécil para que me tomes el pelo».

Con idéntica filosofía que Maiakovski se tomó George Orwell las cinco o seis semanas que se pasó en el Hotel Lotti de París, deseando haberlo hecho en condición de cliente y no de lavaplatos, todo ello en una época en la que tanto *1984* como *Rebelión en la granja* quedaban muy lejos y lo hasta entonces escrito no daba para vivir sin montañas de platos a la vuelta de cada esquina. Tiempo después recordaba con cierta fascinación aquel infierno próximo a los 45 grados de temperatura en el que debía permanecer desde las siete de la mañana hasta las nueve y cuarto de la noche, mientras «cien o doscientas personas pedían, cada una, un menú diferente de cinco o seis platos, y que cincuenta o sesenta individuos tenían que guisarlos, servirlos y limpiarlos después».

Una temperatura notablemente mayor hubo de soportar el matrimonio Huxley cuando en mayo de 1961 un fuego devoró su casa en lo alto de las colinas de Hollywood, salvándose de la quema tan solo el violín de su segunda mujer, Laura —un Guarnieri fabricado en 1707— y el manuscrito de su novela *Island* (*La isla*), en el que Aldous estaba trabajando. Igor Stravinski, que vivía por allí cerca, se quedó pasmado cuando, tratando de aliviar las penas del escritor al día siguiente del desastre, este se limitó a decir: «Pues sí, es un tanto incómodo».

LA PEREZA, ESA VIRTUD CAPITAL

La pereza era una liberación para Hemingway, la mejor forma de mirar la vida a la cara sin perderse uno solo de sus rasgos. Concluida la primera redacción de *Adiós a las armas* escribía a Scott Fitzgerald: «Bueno, Fitz, estás hecho todo un trabajador. Yo nunca he sido capaz de escribir más de dos horas seguidas. En cuanto paso de ahí lo que tengo entre manos empieza a convertirse en basura». De hecho, Hem tuvo serios problemas para abordar el final del libro, llegando a escribir entre treinta y dos y cuarenta y una variantes, ello a pesar de la socorrida ayuda de Scott, quien asumió el deber moral de hacer mil y una sugerencias sobre el libro para ponerlo a salvo antes de su publicación, tal como también había hecho con *Fiesta*.

No había cosa que más pereza le diera a Hermann Hesse que felicitar a un conocido por su aniversario. Era coger el bolígrafo y convertir la primera palabra en una peonza de las vueltas que le daba, estupidizado. En una carta al editor Peter Suhrkamp tratando de felicitarlo por su 60º cumpleaños aludía a que lo de felicitar lo llevaba «como una carga opresiva», sentado a su mesa de trabajo «presa de turbación (...) y empeñado en descubrir qué es lo que tengo que decirte en realidad». Todo habría sido más llevadero con un lapicero en la mano, pero la tecnología moderna lo impedía: «El mordisquear el lapicero, tan pródigo en bellos resultados otrora, lamentablemente ha caído en desuso debido al empleo de las estilográficas caras y de mal sabor».

Truman Capote ya tenía bastante con retorcer su propio idioma como para adentrarse en otros sortilegios idiomáticos que solo podían llevar a equívocos y, finalmente, a complicarle a uno la vida. Truman adoraba las islas del Mar Egeo, hasta el punto de estabularse tres meses y medio en la isla de Paros para dar forma a la que sería su última novela, *Answered Prayers* (*Plegarias atendidas*). Allí, entre escribir y darse baños marinos, le quedó el tiempo justo para aprender lo fundamental del idioma cara a comunicarse con los vecinos. Pero a su estilo. «Solo he aprendido tres

palabras de griego: “Calla, gorda” y “Calla, gordo». A Antoine de Saint-Exupéry el aprendizaje de otro idioma le sentaba como la mordedura de un áspid, el inglés a la cabeza de todos ellos. Cuando se instaló en Nueva York desempolvó la única frase que sabía y no se preocupó de aprender ni una más. La repetía una y otra vez cuando llamaban por teléfono; descolgaba el auricular y poniendo voz de contestador automático soltaba: «*He is not at home*».

De la pereza trató de defenderse Alberto Moravia con un escudo mayor que el de Aquiles cuando recaló en Tahití recién arrejuntado con Dacia Maraini, por tanto hacia el año 1962. Una de las cosas que más le llamó la atención del tahitiano era el *fiú*, una especie de desidia repentina e invencible que atacaba al aborigen desactivándolo por entero, hiciera lo que estuviera haciendo en ese momento. «Por ejemplo —contaba Moravia a su biógrafo—, se está construyendo una casa y, de repente, el albañil tira el cubo y la espátula, se quita el mono y anuncia: «“Tengo el *fiú*”, y se marcha».

Samuel Beckett estaba ampliamente contaminado del *fiú* aquel, a pesar de haber nacido en Irlanda. En sus memorias, Peggy Guggenheim lo comparaba con Oblómov, el personaje de Iván Goncharov, que se pasaba día y noche tirado en un colchón. A Beckett también le costaba Dios y ayuda remontar el día, quedando usualmente pegado a las sábanas hasta media tarde.

EDUCACIONES DE MAL GUSTO Y DE PEOR REMEDIO

Algunos escritores no llevaban en la mano una vara de medir las consecuencias, sino un cetro, de manera que entre la aspereza de carácter y el *gilipollismo* integral ellos, sin duda, apostaban toda su sangre a la primera y toda su bilis a la segunda. La sangre podía donarse a cualquiera, pero la bilis no la condonaba ni Dios.

Edgar Allan Poe llevaba la desobediencia como un galón cosido al antebrazo, solo que este detalle pasó desapercibido cuando en mayo de 1830 fue aceptado en la Academia Militar de West Point tras un examen de ingreso que solo exigía saber leer y escribir, además de las reglas básicas de la aritmética, pero nada de inteligencia emocional, invento este muy posterior. Superada la prueba sin problemas, Poe logró permanecer en el seno de la institución ocho meses antes de recibir un buen consejo. De guerra. Fue procesado el 28 de enero de 1831 por no desfilar, no pasar lista, no acudir a las clases, no asistir a misa y ausentarse de la Academia sin motivo justificado, siendo condenado por todos los cargos y expulsado del

servicio militar de Estados Unidos, si bien antes de recoger sus cosas y largarse se las ingenió para hacer circular entre los cadetes una lista de suscriptores para la edición de un poemario propio que iba a ver la luz en el mes de abril, dedicado precisamente al Cuerpo de Cadetes de Estados Unidos.

Mark Twain no era ningún dechado de elegancia ni de educación. Encarnaba una fuerza bruta de la naturaleza que oscilaba entre la obligación de ser cortés y la necesidad de provocar. Años después de su muerte, las mujeres de Hartford (Connecticut) recordaban sombríamente la forma en la que su ilustre conciudadano extendía las piernas sobre los reposabrazos de los sofás o encima de las mesas. Tampoco supo nunca vestirse en condiciones, sino en condicional simple: «Si me la quitáis o me la escondéis me enfado», avisaba. Se refería a su corbatita de cinta negra como las que se usaban en el oeste. Su mujer la odiaba. «Durante meses —recordaba Twain— [Olivia] había demostrado una incomprensible animosidad hacia mi corbata, hasta el punto de levantarse de noche para cogerla con pinzas y vejarla, y llegar a veces hasta amenazarla». Su amigo Joe Twichell pudo tratarlo y conocerlo en la distancia corta gracias a un viaje que hizo con él por Alemania y Suiza, del que Twichell dio frecuente cuenta a su casa: «Mark tiene cosas toscas, pero nunca conocí a persona alguna tan finamente considerada con los sentimientos de los demás en algunos aspectos. Detesta adelantarse a otra persona con la que está caminando y siempre encuentra algún subterfugio para no incurrir en lo que él considera descortesía. Y es muy tímido, demasiado tímido, en su trato con extraños. No le gusta hacer preguntas».

Cuando la Asamblea de Escritores de Graz propuso a Thomas Bernhard en 1985 para el título honorífico de *Professor* (catedrático) su respuesta por carta le llevó tan solo unos segundos de mal café y peor leche: «Desde hace más de diez años no acepto premios ni títulos y, como es natural, tampoco su ridículo título de catedrático. La Asamblea de Escritores de Graz es una asamblea de gilipollas sin talento». Otro al que nombrarlo académico era como mentar la soga en casa del ahorcado era Hermann Hesse. De hecho, cuando la Academia alemana le propuso su incorporación, él se escabulló argumentando que no era alemán, sino suizo, cosa que no coló. La razón de fondo se la daba años después a Thomas Mann en una carta de 20 de febrero de 1931: «Si soy miembro de la Academia deberé reconocer por tal motivo al Estado prusiano y su manera de administrar la intelectualidad (...)». Un año después seguía despotricando por lo mismo con el mismo confidente: «El último motivo de mi imposibilidad de ingresar en una corporación alemana oficial es mi

profunda desconfianza respecto a la República alemana (...). Ya no me es posible siquiera leer los diarios alemanes». Pasado el tiempo, fue la Academia de las Artes de Berlín la que le propuso una unión conyugal donde Hesse solo veía un uxoricidio, de manera que despachó el asunto con estas líneas en abril de 1955: «Cuento 78 años de edad y he logrado mantenerme libre de todas las afiliaciones similares a esta. Así como no ingresé en el PEN Club ni en las academias de Alemania Occidental, tampoco puedo afiliarme a la vuestra». Virginia Woolf fue algo más diplomática cuando en 1935 rechazó la propuesta del PEN Club para suceder a H. G. Wells en la presidencia de aquella asociación cuyo objeto era propiciar la conexión entre escritores; lo hizo pretextando la dudosa utilidad de su objeto.

El estilo un tanto borde y contestatario era marca femenina de la casa Woolf. Habiéndole dedicado la compositora Ethel Smyth el último libro de sus memorias, Virginia se lo agradeció a su modo —«[Ethel escribe] como un viejo pavo esparciendo la gravilla con sus patas traseras» (*Diario*)—, recensión estilística que mal casa con su respuesta por carta a la compositora, en la que, sustituyendo el grotesco pavo por un cisne elegante, la animaba a seguir escribiendo sin dejar «que esa fuente se cierre».

Tampoco se dejó impresionar demasiado por Sigmund Freud cuando en enero de 1939 viajó junto a su marido a Londres, donde el psicoanalista vivía exiliado, para conocerlo de primera mano. De la imprenta que los Woolf habían instalado en el sótano de su casa habían brotado, entre otros robledales literarios/científicos, los veinticuatro tomos que constituían las obras completas de Freud en su traducción inglesa, de manera que asumieron aquella cita como una parada de postas obligatoria. Tras la visita Virginia lo describió como un «arrugado y encogido viejito: con ojos iluminados como de mono, movimientos de parálisis espasmódica».En la entrevista Leonard se arriesgó a comentar un incidente ocurrido en una librería de Londres, donde habían sorprendido a un hombre robando libros, entre ellos uno de Freud, agravante esta que había motivado una enérgica censura del juez en la vista oral, comentando que si de él dependiera lo condenaría a leerse veinte de sus obras como castigo. Por lo visto al viejito le divirtió mucho la anécdota. Los Woolf llegaron a tiempo, ya que Freud moría de cáncer tan solo ocho meses después.

Era invitarlo a un *lunch* y desear tallar a cincel en su frente una sola palabra: «Desagradable». Y es que, o se jugaba al rojo, o al negro: los demás colores eran para él un extravío. Preciso: o se hablaba de Irlanda, o se hablaba de su obra; el resto de cuestiones dejaban a James Joyce sumido

en una bancarrota temática. El escritor irlandés George Moore trasladaba por carta al historiador francés Louis Gillet un 20 de agosto de 1931 la impresión que le había causado Joyce (49) tras cenar con él un par de veces: «En Dublín siempre oí decir que era un hombre de lo más garrulo. Ahora, en cambio, permanece sentado, más silencioso que una momia. Cenó dos veces conmigo y las dos tuve que conversar yo solo, algo que era bastante aburrido». Aldous Huxley emitió un diagnóstico parecido. Los detalles de la radiografía del irlandés solo eran perceptibles poniendo esta no ante una pantalla luminosa, sino ante un túmulo de niebla. En una carta dirigida en 1957 a su biógrafo Richard Ellmann recordaba Huxley cómo se pasó enfurruñado toda una cena solo porque se había servido vino tinto y no blanco, único que le complacía: «(...) Trataron de hacerle conversar, pero sin éxito alguno. Desesperada, mi esposa trató de decirle algo sobre las flores que había sobre la mesa. Él dijo lacónicamente: "Odio las flores", y se hundió en el silencio».

Meses después de haber sido galardonado con el Nobel de Literatura, William Faulkner recibió una llamada del escritor Mark van Doren informándole de que se le había concedido la Medalla Howells de la Academia Americana, acto organizado cada cinco años para el reconocimiento a la obra de un autor estadounidense. Invitado a acudir a la ceremonia de entrega el 25 de mayo, el galardonado, rudo hombre de campo y dueño de un rancho, antepuso la devoción a la obligación disfrazando la primera de la segunda. Tal fue su respuesta al señor van Doren por carta de 1 de abril de 1950: «Lamento mucho que en este momento ni siquiera pueda decir "no". Soy un granjero en esta época del año; hasta que vende la cosecha ningún granjero de Mississippi tiene tiempo ni dinero para viajar a ninguna parte. Además, dudo que haya algo que yo sepa sobre lo que valga la pena hablar durante dos minutos».Faulkner no se estaba tirando ningún farol, y prueba de ello es lo que escribía a mediados de mayo a su editor Robert K. Haas: «Quiero comprar un tractor nuevo; el viejo ya ha cumplido sus quince años y debe ser retirado. Por lo tanto, me gustaría cobrar otros 5.000 dólares, por favor». Pocos días después le trasladaba otro imprevisto insufrible: su lancha había volcado y se habían ido al fondo del mar 110 dólares recién cobrados por la venta de sus cerdos...

DE BROMAS Y GAMBERRADAS: LA OTRA CAJA DE PANDORA

Si hubo un gamberro de guante blanco, humor negro y astucia más verde

que los prados de mi querida Asturias, ese fue Giacomo Casanova, cuyas *Memorias* deslumbrarían al mismísimo Stefan Zweig, quien mostraba su estupor por que un personaje casi de historieta como él pudiera escribir «la historia más cautivadora del mundo sin ser novelista y dar la imagen más justa de una época sin ser historiador». La singularidad de ese personaje lo llevó a ser prácticamente de todo, tanto de forma oficial como oficiosa, eso le daba igual, quedándose esa dualidad en una vulgar trampa semántica. En lo oficioso destacó como médico, hasta el punto de que él mismo se curó una mano herida en un duelo que un cirujano pretendía amputarle en Polonia. Casanova lamentaba no haber estudiado Medicina, «estado en el que el charlatanismo sirve aún más que en el de abogado», decía, ocultando que en Austria había disparado con pistola a un médico que insistía en hacerle una sangría. Charlatán por propia voluntad y sin más título que el que entrara en una peineta del dedo medio, Casanova convencería a la duquesa de Chartres para que pusiera en sus manos la solución a un grave problema de erupción cutánea, mal que logró corregir en tan solo ocho días con algo tan sencillo y hoy tan de moda como fue... ¡un correcto régimen alimenticio! ¡En el siglo XVIII!

En otro orden de cosas y por la cuenta que le traía, puso gran empeño en obtener fórmulas para interrumpir embarazos no deseados, como el de Justinienne Wynne, una joven inglesa de la que Giacomo andaba enamoriscado y cuyos embates no le estaban dando ningún resultado, de manera que, fracasado el plan B, activó el A consultando un libro de Paracelso para tomar de aquí y allá algunos ingredientes que, debidamente mezclados, vendió a la joven a modo de receta a la que bautizó con el nombre de *aroph*. Preguntándole la señorita Wynne qué contenía aquel mejunje y qué grado de efectividad tenía para lo suyo, adoptó Casanova ceño galeno para hacer pasar el batiburrillo por fórmula magistral a base de azafrán, mirra, miel y algunos ingredientes de corte secreto que conformaban un ungüento cuya eficacia pasaba por untarlo generosamente en el cipote y depositarlo con la misma generosidad en lo más profundo de la cavidad vaginal, operación que debía repetirse tres o cuatro veces diarias a lo largo de cinco o seis días seguidos, momento en el que «la puertecilla se abrirá y el feto saldrá empujado por su propio peso» (*Memorias*). Asumiendo personalmente Casanova el sacrificio del asunto y en un arranque de generosidad impagable al negarse a cobrar emolumento alguno, puso al servicio de la dama el instrumental necesario, que no era otro que la virilidad del miembro, prolongándose el arduo tratamiento durante cinco esforzados días tras los cuales ambas partes quedaron, al parecer, ampliamente satisfechas, hasta el punto de que «varias veces me

dijo —sigue narrando el truhán en sus *Memorias*— en nuestros coloquios nocturnos que se sentía feliz y que no dejaría de serlo aunque el *aroph* no hiciese ningún efecto». Como no podía ser de otra manera, meses después Justinienne daba a luz a un precioso niño.

Entre las muchas disciplinas que Mark Twain se tomaba a chirigota estaba la frenología, esa ciencia que sostiene la preconfiguración del carácter de las personas en función de la morfología de las protuberancias y cavidades craneales. En Londres se divirtió de lo lindo acudiendo a la consulta del afamado frenólogo, Lorenzo Niles Fowler, eso sí, haciéndolo bajo pseudónimo, al gozar el escritor ya por entonces, en torno al año 1873 (38), de una celebridad notable. Tras la pertinente exploración craneal Fowler le entregó un concienzudo dictamen donde le desvelaba a Twain rasgos de su personalidad que hasta él mismo desconocía, lo que le pareció, además de ilustrativo, tremendamente divertido. El caso es que el escritor, empeñado en desenmascarar aquella ciencia estúpida y farsante, regresó a los tres meses bajo un pseudónimo diferente y tuvo que aguantar la risa cuando, tras la nueva exploración, Fowler le entregó un dictamen completamente distinto al primero, así que Twain empezó a inquietarse ante la posibilidad de acusar una personalidad múltiple, con las terribles implicaciones que ello podría suponer. El caso es que llevó la mascarada no al departamento de Policía, sino a un lugar de cobertura más universal: su *Autobiografía*. «Estas experiencias me inculcaron un prejuicio contra la frenología que ha durado hasta el día de hoy». Lo más preocupante es que Fowler había detectado en su cráneo una cavidad allí donde el común de los mortales tenía una protuberancia, arrojando un diagnóstico por el que el gran Mark Twain se negó a pasar. «Me asustó al decir que la cavidad representa... ¡la ausencia total de sentido del humor!». Con aquel nuevo balance médico el escritor se sintió «herido, humillado, resentido», así que regresó a la consulta de Fowler tres meses después, esta vez sin el cobijo de falsas identidades, y..., ¡oh, sorpresa! «La cavidad había desaparecido y, en su lugar, estaba el monte Everest de 31.000 pies de altura, la mayor protuberancia humorística con la que él se había encontrado jamás en toda su larga experiencia vital».

Rimbaud y Verlaine hicieron muy buena (y sufrida) amistad desde el principio. Salían a menudo con un íntimo del segundo, el poeta Charles Cros, en cuya casa Rimbaud llegó a vivir (y a trastornar) una temporada. Cuenta Cros cómo estando los tres de parranda en el Café du Rat Mort, en París, Rimbaud les pidió que pusieran las manos abiertas sobre la mesa: «Pensando que era una broma hicimos lo que nos pedía. Entonces sacó del bolsillo una navaja abierta y le hizo a Verlaine un corte profundo en la

muñeca. Yo pude quitar las manos justo a tiempo y no me hirió. Verlaine se fue del café con su siniestro amigo y recibió dos navajazos más en un muslo». En casa de Cros las cosas no fueron mejor. Este tenía un busto de escayola al que Rimbaud cogió la suficiente manía como para romperle la nariz de un martillazo. También usó como papel higiénico varias revistas donde Cros había publicado poemas propios, lo suficientemente buenos como para guardarlas como objeto de culto más que de culo. A pesar de sus diabluras y de su nutrido manual de chico malo, donde todas las fórmulas estaban compendiadas, no fueron pocos los que se rindieron a su personalidad. Uno de ellos fue el pintor Jean-Louis Forain: «Apestaba a genio», reconocía muy a su pesar.

Lejos de ser el pomposo trombo circulante por el organismo literario a caballo entre dos siglos, Henry James fue también la diana sorda y ciega a más dardos de los que hubiera soportado de abrir ojos y oídos. Cuenta en sus memorias Anthony West, el flamante hijo de H. G. Wells y Rebecca West, cómo «mi padre tenía verdadero talento para la imitación, y nada le divertía tanto como repetir las elaboradísimas, fantásticas e hiperbóreas pagodas verbales con que expresaba James su asombro (...)». También Virginia Woolf tuvo gratos recuerdos para James. Carta de 25 de agosto de 1907 a su amiga íntima Violet Dickinson: «Hoy tomamos el café con Henry James (...). Me clavó la mirada con sus ojos inexpresivos —como las canicas de los niños— y me dijo: "Mi querida Virginia, me dicen... me dicen... me dicen... que usted... de hecho, siendo la hija de su padre; no, más bien, la nieta de su abuelo... la descendiente ni más ni menos que de un siglo... de un siglo... de plumas y tint... tint... tinteros, sí, sí, sí, me dicen... ahm m m... que usted, que usted, en suma, que usted escribe"». James se vengó con la más fina cortesía imaginable, que es ceder por subrogación la venganza a un tercero. Y sin proponérselo. Una palabra fue el instrumento de tortura para Virginia: «Lascivo», palabra prohibida en Inglaterra, y más escribiendo algo sobre H. James. Así lo dictaminó Bruce Richmond, editor de *The Times*, periódico en el que aquella colaboraba con críticas literarias. Su llamada telefónica un 19 de diciembre de 1921 a la residencia de los Woolf fue cualquier cosa menos amistosa, todo a raíz de aquel adjetivo inmundo con que Mrs. Woolf se había descolgado en su artículo sobre el escritor, por entonces ya intocable de cintura para arriba; mucho menos de cintura para abajo.

En el verano de 1928, un apenas conocido John Dos Passos (32) estaba dándose una vuelta por Rusia y sus aledaños junto con un viejo conocido de Indianápolis, Paxton Hibben. Llegaron a Tiflis, capital de Georgia, y allí Paxton, en nombre de lo mucho que apreciaba a John, se la

armó redonda, para poder llevarla rodando a la tumba y, antes, a su autobiografía, como así fue. Tras meter a John en un edificio por la puerta trasera y sentarlo en una hilera de sillas vacías delante de lo que parecía una gran lona blanca, se alzó esta de repente y puso «al descubierto un teatro abarrotado de hombres y mujeres con túnicas blancas», contaba el escritor en sus memorias. Presentándolo Paxton como un *amerikanski poait* le concedió la palabra sin que Dos Passos supiera qué demonios decir ni por dónde diablos empezar, por no hablar de que ni siquiera sabía qué hacía allí ni a qué estaba esperando toda aquella gente, si a que hablase, si a que cantase, si a que bailase..., así que, a sabiendas de no correr peligro alguno de ser entendido, tiró de recursos literarios: «Como no tengo cualidades de orador no se me ocurría nada que decirles hasta que me vino a la memoria el poema de William Blake *Ah! Sun-flower* (...). El público debió de pensar que era una oda *amerikanski* a la revolución porque los aplausos fueron ensordecedores. Pax casi se puso morado de aguantar la risa».

A finales del verano de 1948 Tennessee Williams (37) y Truman Capote (23) coincidieron en el Queen Mary en ruta a Londres, donde el primero iba a supervisar el montaje de su obra *Verano y humo*. Se lo pasaron en grande, sobre todo de noche, no bebiéndose el agua de las macetas de cubierta ni arriesgando las prendas a la ruleta, sino cambiando los zapatos que los pasajeros dejaban ventilando a la puerta de su camarote, colocándolos ellos a larga distancia ante otra puerta. Fue en ese mismo año cuando Capote y Gore Vidal, que aún no se tiraban los trastos a la cabeza, vivieron una situación esperpéntica en el apartamento de Tennessee, cuando viendo desde la calle abierta la ventana se colaron en el interior para darle una sorpresa o un susto de muerte, decisión que el propio Tennessee debía tomar al entrar. La sorpresa se la llevaron ellos al ser detenidos por un policía que, alertado por los vecinos, los acusó de allanamiento de morada; en fin, una comedia de enredo rayana en lo melodramático que solo Tennessee fue capaz de desenredar cuando entró por la puerta y se encontró con aquella singular *troupe*.

COLÉRICOS Y RABIOSOS

Emprendido su último viaje a Grecia y siempre bajo los auspicios de la divisa familiar (*Crede Byron*), hizo el lord parada de ocho días en la isla de Ítaca para donar 250 dólares a los refugiados griegos, y segunda parada en Cefalonia con visita a un monasterio donde, famoso como era, fue agasajado por los monjes. Tomando la palabra el abad para ensalzar al hombre, iba el discursito a pedir de boca hasta que fue Byron quien pidió

por la suya: «¿Es que no va a haber nadie que me libre de estos pestilentes idiotas? ¡Me están volviendo loco!». El testimonio es real; lo contaba su amigo Edward John Trelawny, quien le hacía compañía en el viaje hasta que huyó despavorido de su lado. El abad, flipado ante la reacción del poeta, se llevó un dedo a la sien y comentó: «*Eccolo, é matto poveretto*!», más o menos, «¡Ahí tenéis un pobre chalado!». Lord Byron se fue derecho a su habitación y allí se montó una guerra de almohadas con sus fantasmas pateando toda la ropa de su ajuar y la de la cama, tras lo cual colocó ante la puerta una barricada de sillas y mesas para impedir la entrada al abad parlanchín. Quien sí logró entrar fue Trelawny, pero para encontrarse a su amigo semidesnudo en una esquina y aullando. Byron lo recibió ofreciéndole una silla que Trelawny esquivó agachándose y, con el dedo puesto donde el abad aún debía de tener el suyo, se largó escaleras abajo.

Las circunstancias en las que se desataba la ira de Marcel Proust eran tan inescrutables como los caminos del Señor durante una tormenta de arena, yendo a la cabeza del pelotón el humo de los cigarrillos o el olor a tabaco. No reparó en ello el pintor Federico de Madrazo cuando, en casa del escritor, sacó un cigarrillo de su chaleco y con la cerilla prendió dos cosas a un tiempo... Así lo contaba René Peter en sus recuerdos sobre Proust: «No fue un grito de indignación lo que lanzó Marcel, fue un rugido salvaje. Madrazo abrió a toda prisa la ventana y echó fuera el cigarrillo y la cerilla, pero no le sirvió de nada. Fue vituperado, despedazado. Nunca el dulce Marcel había caído en tal desenfreno». De nada le sirvió al pintor arrojar la piedra y esconder la mano. Proust le echó en cara que se hubiera decidido a matarle y, declarándolo enemigo público y privado, le echó de su casa prohibiéndole volver a pisarla. «Ya quince días antes —cuenta Peter— Marcel había echado a Constantine Ullmann, que había llegado perfumado y, haciendo abrir de par en par las ventanas, mientras él se refugiaba en la habitación contigua, le había prohibido volver a visitarle antes de ocho días, de modo que el apartamento hubiera podido limpiarse lo suficiente durante este tiempo para borrar todo rastro».

24

DADME UN TEMA Y MOVERÉ UN CORAZÓN

Una madriguera y un conejo. Así empezó todo. El lector sabe de qué y de quién estoy hablando. La historia nace un 4 de julio de 1862 durante una merienda campestre tras un paseo río arriba en barca que Lewis Carroll (29) comparte con Alice Liddell y sus dos hermanas, France y Elisabeth. Es entonces cuando Alice le pide que escriba un cuento en condiciones y se lo dedique, ya que hasta ese día y a lo largo de tantas otras excursiones fluviales anteriores se ha limitado a improvisar historias deslabazadas que morían en cuanto ponían el pie en tierra firme.Entonces Alice, sin poder imaginarlo, propone al señor Carroll ser eterno. Así lo recordaba él un cuarto de siglo después: «Empecé por meter a mi heroína en una madriguera de conejo, sin tener la menor idea de lo que iba a suceder después (...). Al escribirlo añadí muchas ideas nuevas, que parecían brotar espontáneamente del material original, y años después vinieron a sumarse muchas más, cuando volví a escribirlo para su publicación».

La bolsa o la vida. Así de crudo. Quién iba a decir, corriendo el año 1862, que Julio Verne (34), además de escritor en ciernes, ejercía de abogado y de corredor de Bolsa, habiendo apostado hasta el momento bien poco en el mercado de futuros literario, dando zancadillas a su estatus profesional con fútiles avanzadillas como la comedia *Once días de asedio* o el libreto para la ópera cómica en un acto *La posada de las Ardenas*, del compositor Aristide Hignard. Fue en ese año cuando se despidió de sus amigos de la Bolsa con la excusa de que tenía en la cabeza una novela que, a su decir, le haría famoso. Y así fue. En enero del año siguiente publicaba *Cinco semanas en globo* con tal éxito que el editor Pierre-Jules Hetzel lo ataba en corto durante los siguientes cuatro decenios. Cumplidas aquellas cinco semanas aéreas Julio Verne dio con la clave de sol y de todo el sistema solar al completo cuando se propuso escribir un divertido libro de viajes: *La vuelta al mundo en ochenta días*. El éxito en ventas fue tal que con lo ganado aproximadamente en un día y medio de los ochenta le dio para comprarse lo mismo que Puccini cada vez que una de sus óperas se estrenaba con éxito: ¡un yate!

Franz Kafka se decantó por remover intestinos más que mover pasiones cuando llevó a cabo una lectura pública de su relato inédito *En la colonia penitenciaria*, corriendo el invierno de 1917 (34). El texto describe una máquina de torturar y el proceso de tortura seguido. Sentado ante él y sin apartar los ojos de aquella figura cetrina y escurrida, el público empezó a tragar saliva, cada vez con mayor dificultad, hasta que pronto ese inofensivo proceso de deglución terminó convirtiéndose en una tortura misma. Recuerdos del escritor y astrólogo Max Pulver, quien asistió a aquella especie de ceremonia macabra: «Un golpe sordo, confusión en la sala. Sacaron a una dama que se había desmayado. La descripción, entre tanto, continuó. Sus palabras dejaron de nuevo tendidas a dos personas que habían perdido el conocimiento. Las filas de oyentes empezaron a clarear. Algunos huyeron en el último momento, antes de ser aplastados por la visión del escritor. Jamás he presenciado un efecto semejante en una lectura pública».

San Agustín se quejaba, y con razón, de que si le preguntaban qué era el tiempo no sabía responder, pero si no se lo preguntaban entonces sí sabía lo que era. H. G. Wells decidió ser más práctico y no tomarse la cosa con el dolor de un concursante televisivo con la mano crispada sobre la bocina. Si Santísima Trinidad solo había una, lo justo era que se concediera al tiempo formar la profana: pasado, presente y futuro. Las instrucciones para armar *La máquina del tiempo* solo venían en un idioma: el del futuro, así que Wells apostó por él como paradigma de una apuesta a ciegas y tan carente de convicción que cuando envió al editor los primeros capítulos los acompañó de una nota donde le preguntaba si con aquella paranoia estaba siguiendo la línea editorial correcta y si valdría la pena invertir tiempo y dinero en un proyecto tan incierto como aquel. Con solo que el editor le hubiera dicho «déjelo» hoy no tendríamos esa obra maestra ni la ciencia ficción sería tanta ciencia.

Bertolt Brecht no se anduvo con chiquitas cuando abordó su primera obra teatral a los 20 años, a la que tituló *Baal*, embutiéndola con pasajes tan obscenos que a la hora de dictar el manuscrito a la mecanógrafa que su padre le había contratado le pudo la vergüenza y le pidió el favor a un amigo, Otto Bezold, al que recompensó regalándole el manuscrito. Enseñando Brecht una copia a un amigo el comentario de este fue: «Es para hacerte vomitar».

El 16 de noviembre de 1959 Truman Capote (35) leyó en la página 39 de *The New York Times* una noticia que casi pasaba desapercibida sobre la muerte violenta de los cuatro miembros de la familia Clutter. Todas sus alertas pitaron a la vez. Acarició la idea de transmutarlo en narrativa y se

largó a Kansas, lugar de los asesinatos, para entrevistar a todo bicho viviente hasta meter los detalles en el bombo de la lotería y aspirar a sacar la novela millonaria. Como aborrecía viajar solo se llevó con él a su buena amiga de la infancia Harper Lee, que por entonces ya escribía *Matar a un ruiseñor*, publicada al año siguiente, en 1960. Al regreso, Harper contaba divertida cómo Truman se había llevado el coche cargado hasta arriba de alimentos por si en Kansas no había que comer. En julio de 1960 ya aseguraba tener recopiladas más de cuatro mil páginas de anotaciones mecanografiadas con el tema, si bien en febrero de 1961 sus cartas hablaban de «más de dos mil páginas de notas» compiladas (¿no eran cuatro mil unos meses atrás?). Escogió como lugar de enfrentamiento la Costa Brava, más en concreto Playa de Aro, donde pasaría buena parte de aquel año combinándolo con Palamós, permaneciendo allí hasta septiembre de 1961 y, por último, desde mayo a septiembre de 1962 para pulir definitivamente la obra. Lo mejor de la Costa Brava, decía, era que estaba pasada de moda: «Por aquí no viene nadie, ni quiere venir nadie, excepto un montón de lecheros inglesucos y de conductores de tranvías alemanes». Tal era su necesidad de auscultar la mente de los dos asesinos que Truman viajó de Palamós a Londres solo para entrevistarse con un psiquiatra que lo ayudara a entender el motor que regía aquellas cabezas vacías de caballos y cilindros para dejar sitio al polvo y la paja. D. D. Ryan, amigo de juventud del escritor, nos dejó testimonio de una cena: «[Truman] lo tenía todo en la cabeza. Y así estuvo [hablando] durante dos horas, puede que tres o cuatro. Nadie decía una palabra. Nadie se movía. Nunca vi a nadie contar algo de manera tan extraordinaria». Tras sobornar a un destacado político con 10.000 dólares pudo Truman visitar a los presos con la regularidad que imponía trasladar la sangre de los Clutter a las páginas de su libro, pudiendo contarse por centenares las cartas que aquellos enviaron al escritor. Perry Edward Smith, uno de los dos acusados de los asesinatos, solía terminar las suyas con este consejo maternal: «Si coge el coche tenga muchísimo cuidado. La carretera está llena de locos», cortesías que, reunidas en número suficiente, Truman agradeció dedicándole un ejemplar de su *Desayuno en Tiffany's*: «Para Perry, de Truman con sus buenos deseos». «¿Eso es todo?», explotó Perry a vuelta de correo, decidiendo completar la dedicatoria con esta coda amable: «¡Hijoputa, Capote! (...) ¡Mierdica!».

Capote necesitó dos años de entrevistas y visitas carcelarias a Perry para acopiar todo el material necesario, de manera que la relación entre ambos terminó despeñándose en una cascada de intimidades. Se necesitaban mutuamente: el escritor para ganar el Pulitzer y el National

Book Award, el reo para que el escritor le siguiera regalando libros y soltando dinero. Capote rogaba a Dios que le quitara un peso de encima aligerando los meses de vida que les quedaban a sus dos amigos como feliz presupuesto para rematar y publicar su novela; mientras tanto, le devoraba la ansiedad por verlos colgados, fritos, gaseados o envenenados, eso daba igual: solo era el coste de oportunidad de la metralla creadora. Carta de 4 de diciembre de 1961: «Estoy hundido en la desesperación. Hay novedades muy lamentables. Ya hace año y medio que condenaron a los chicos, y ahora, de repente, a causa de alguna putada legal, parece que va a haber un NUEVO JUICIO. Lo que significa que pueden pasar otros dos años antes de que el maldito asunto quede sentenciado y yo pueda acabar el libro. Es deprimente. Me repatea». Cinco días después: «Voy a tener que abandonar el proyecto. Sería una decisión espantosa, después del tremendo trabajo, el dinero y el tiempo que he invertido (y con el libro más allá de la mitad) (...). Ni tampoco podría soportarlo mentalmente (...). Te diré algo: todas y cada una de las mañanas vomito por las tensiones que me produce estar escribiendo este libro, pero valen la pena, porque es el mejor trabajo que he hecho en la vida. Dios, ya no sé qué hacer». Carta desde Palamós el 15 de junio de 1962: «El Tribunal Supremo de Kansas fijará nueva fecha para la ejecución de Perry y Dick, presumiblemente el 1 de octubre. De todos modos, estoy convencido de que les van a dar otro aplazamiento. Parece que casi todos los juristas creen que todavía van a seguir vivos otros ocho meses más o menos». Carta de 16 de agosto de 1962: «Por varias razones todo sigue siendo muy deprimente: ¡noviembre! ¿Es que esto nunca va a terminar?».

Fue, por fin, el 24 de enero de 1965 cuando, abandonando las armas de la paciencia y tomando las de la hipocresía, escribió a Perry Smith: «Querido Perry: acabo de saber que el tribunal ha desestimado vuestra apelación. Me sabe muy mal (...)». La consecuencia de todo ello la condensó Capote en su ribete autobiográfico *Los perros ladran*: «Tardé cinco años en escribir *A sangre fría* y un año en recuperarme..., si es que recuperarse es la palabra». Con su libro generó un incendio, pero el libro se adueñó del autor y este pereció intelectualmente pasto de las llamas, confesándose impotente para crear algo mejor. Todo estaba dicho y toda la leña quemada. Ni siquiera le dieron los premios que perseguía. «Nadie sabrá nunca lo que *A sangre fría* se llevó de mí. Me chupó hasta la médula de los huesos. Por poco acaba conmigo. Creo que, en cierto modo, acabó conmigo. Antes de empezar yo era una persona equilibrada. Luego, no sé qué me sucedió. Sencillamente es que no puedo olvidarlo, especialmente, los ahorcamientos al final. ¡Espantoso!».

A George Orwell no le fue difícil adoptar la pose perfecta para hacerse pasar por vagabundo, imitando su habla y vistiendo sus harapos para convivir a sus anchas con mendigos en el East End de Londres tras pasarse cinco años en Birmania como miembro de la Policía Imperial Británica. Llevaba tres días sin comer cuando comprobó que al tercer día las cosas no resucitaban, sino que se apagaban, una de ellas la saliva, que, según describió, se vuelve «curiosamente blanca y grumosa, como la de un cuclillo». Terminó recogiendo todo ese material didáctico en su primer libro importante, *Sin blanca en París y Londres*, publicado en 1933. Por tratar de vivir experiencias de mayor calado no encontró mejor guía que el Código Penal, escogiendo la falta grave de ebriedad con el fin de pasar una temporada en la cárcel y tocar en ella las teclas que le faltaban. El resultado fue nefasto, ya que solo lo mantuvieron encerrado un par de días, siendo su experiencia más excitante la de compartir celda con otros cinco sujetos donde lo más importante no funcionaba. No, no era la camaradería, sino el inodoro.

Henry Miller pasó de Flandes y puso una pica en el horóscopo cuando escogió los signos de Cáncer y Capricornio para convertirlos en Sodoma y Gomorra. Supo que la clave de sol estaba en el sexo y lo manoseó lexicalmente como nadie, no tanto por el interés literario que despertara en los lectores, cuanto por ese demonio de la carne que él mismo no era capaz de poner a dormir. Apunte de octubre de 1937 en el diario de Anaïs Nin: «Henry está trabajando en *Capricorn*. Escribe sobre el sexo, está ciego ante todo lo que sea sexo, escribe como un maníaco sexual (...). Disfruta reduciendo a todas las mujeres a una abertura biológica. No tiene apenas interés (...). Su concentración en lo sexual es obsesiva».

25

LA FAMA: TRONO PARA UNOS, INODORO PARA OTROS

EN LOOR DE MULTITUDES

Dickens viajó a Estados Unidos en enero de 1842 (29) a bordo del Britannia. Con *Los papeles póstumos del Club Pickwick*, *Oliver Twist* y *Tienda de antigüedades* como bagaje literario, hasta el por entonces décimo presidente del país, John Tyler, lo invitó a visitar la Casa Blanca, a lo que el escritor se negó pretextando su inminente salida de Washington. En el balance final apenas le atrajo nada de aquellas tierras, espantado por los modales de sus gentes y su manía de escupir tabaco mascado allá por donde pasaban, algo que Dickens calificó como «lo más repugnante, espantoso y abominable que haya visto la civilización». No le iba a la zaga el Mississippi, al que calificó como «el río más espantoso del mundo». A su regreso escribió *Notas americanas*, cuyo resultado comercial fue espectacular: en Nueva York se vendieron cincuenta mil ejemplares en dos días y en Filadelfia tres mil en media hora. Cuestión distinta fue el número de páginas que los lectores pudieron tolerar sin hacer añicos el resto, convirtiéndose en un libro de los de una sola mano, ya que con la otra se entretenían limpiando el tambor de sus revólveres, y es que aquel hijo de la Gran Bretaña tachaba a los estadounidenses de aburridos, carentes de humor, maleducados y víctimas de una pésima gastronomía, por no hablar de su deprimente higiene corporal y sus modales a la mesa. Edgard Allan Poe escribió que era «una de las obras más suicidas publicadas por un autor que tuviese una mínima reputación que perder».

Coincidiendo por aquella misma época, en octubre de 1891, la familia Clemens se instalaba en Berlín, donde pronto papá Samuel (Mark Twain) comprobaría que allí era casi tan conocido como en Estados Unidos. De hecho, fue incluso invitado a comer por el káiser Guillermo II, lo que llevó a su hija Jane a decir que a ese paso a papá solo le quedaría por conocer a Dios.

Hacía treinta años que Gertrude Stein no viajaba a Estados Unidos cuando en octubre de 1934 clavó allí sus pies para conquistar a su pueblo a

golpe de conferencia. Su desembarco en el puerto de Nueva York fue una sonada revolución con mezcla de fotógrafos, periodistas, cazadores de autógrafos y lectores entregados a una mitomanía que tan pronto desplazaba su eje a la figura de Gertrude como a la de Alice Toklas, cuya fama se agotaba en ser la sombra de Gertrude. Todo era masivo, deslumbrante, altanero. Paseaban por la subyugante Times Square cuando vieron parpadeando en luces de neón el anuncio de que *Gertrude Stein ha llegado a New York*, lo que arrancó a la sombra este gris comentario: «Como si no lo supiéramos». Para desgracia de la sombra, ellos, los americanos, también lo sabían. Se lo demostraron cuando entró en una frutería y el tendero le preguntó a quemarropa: «¿Le gusta Nueva York, *miss* Toklas?». A la sombra le dio un respingo. En aquel gigantesco taller que era Nueva York la reparación del anonimato iba a ser una misión imposible, un fracaso agridulce.

LO DE ESCRIBIR PARA QUE TE QUIERAN

André Gide lo dijo mucho antes que Gabo. Así fue como el 3 de septiembre de 1948 (78) reconocía, por fin, en su *Diario*: «Una extraordinaria, una insaciable necesidad de amar y de ser amado, creo que eso es lo que ha dominado mi vida, lo que me ha empujado a escribir; necesidad casi mística (...)».

James Joyce logró lo más difícil en este mundo, que es ser amado por un recaudador de impuestos. Ocurrió en la época de su estancia en Trieste, entre los años 1904 y 1915, donde hizo los amigos justos, entre ellos el mencionado recaudador, quien, confesándose admirador suyo, colaboró con la obra futura del escritor quitándole la soga del cuello y atándosela a los tobillos, para que solo fuera reo de la escritura. Lo malo es que uno no puede hacer feliz a todo el mundo, y a aquel recaudador le sucedió otro al que la literatura se la traía al pairo, exigiendo a Joyce el pago de todas las cuotas atrasadas. A Joyce le indignó tanto esta carambola fiscal que dejó de fumar hasta hacer perder al Gobierno italiano una cifra equivalente en impuestos sobre el tabaco. ¡Quién nos iba a decir que el orgullo puede llegar a ser cardiosaludable!

Truman Capote reveló el truco que su amigo Tennessee Williams usaba para que lo quisieran, y era decir que estaba al borde de la muerte, para neutralizar así en el prójimo el borde de la indiferencia. «Tú no lo sabes, querido, pero me estoy muriendo». Tal era, según Truman, su frase más socorrida.

¡SI LO SÉ NO VENGO!

Lewis Carroll era extremadamente celoso con su imagen y ponía todo su esfuerzo en hurtarla a los desconocidos, llegando al extremo de negar autógrafos con el argumento inapelable de que su caligrafía le pertenecía a él y solo a él, sin perder de vista la prohibición a sus amigos de difundir entre desconocidos fotografías suyas en las que siquiera asomara la puntera de su zapato. El 10 de diciembre de 1881 confesaba a uno de ellos: «Odio tanto la idea de que cualquier desconocido pueda reconocerme al verme que me niego a dar fotos mías». Una prueba más de la incuestionable sentencia sartriana, la de que el infierno son los otros.

Recién casado con Mia, la primera de sus tres esposas, Hermann Hesse se encontró con que le faltaban horas y le sobraban admiradores. Corría el año 1904 (27) y su novela *Peter Camenzind* lo había hecho famoso, tanto que la afluencia de peregrinos le obligó a colgar un cartel en la puerta de su casa con este anuncio cargado de pólvora: «SE RUEGA A LOS VISITANTES QUE NO HAN SIDO INVITADOS NI SE HAN ANUNCIADO QUE DEN MEDIA VUELTA». De hecho, en esa época recibía tal tropel de cartas que en la oficina de correos le pusieron estafeta propia. Una de esas cartas era de una niña de 15 años. La recibió en febrero de 1910 y en ella le confesaba que tras leer su libro solo aspiraba a poder conocerlo algún día. Y ese día llegó. Y después muchos más, hasta que en 1931 Ninon y él contraían matrimonio.

El matrimonio Woolf ideó un truco para viajar sorteando las mil paradas que exigía la fama de Virginia, y así es como en mayo de 1935 emprendió un viaje a Alemania llevándose como única compañía a Mintz, su mono tití, regalo del matrimonio Rotschild, cansado de sus chillidos y payasadas. No bien pusieron el pie en Bonn, los Woolf se quedaron horrorizados ante las muchas pintadas demonizando a los judíos y el cortejo de brazos extendidos saludando al Führer, cuyo retrato colgaba por todas partes, así que decidieron cruzar el país por Stuttgart, Ulm y Múnich hasta alcanzar la frontera austriaca, travesía que hicieron en loor de multitudes, no tanto porque el gentío reconociera a la afamada autora cuanto por el protagonismo indiscutible de Mintz, cuyo único mérito era viajar en el hombro de Leonard.

Corriendo el año 1939 (70) a André Gide lo habían llamado de todo, o de casi todo... En la librería Gallimard de París completó el cupo. Observando cómo una cliente cogía de la estantería uno de sus libros y luego se acercaba a él para pedirle una dedicatoria, Gide la rehusó argumentando que solo dedicaba los libros que él mismo regalaba, por lo

que le propuso regalarle el que tenía en la mano. La mujer percibió aquello como una ofensa, se dio media vuelta, pagó, le llamó «memo» y se largó. ¿Memo? A Gide le divirtió tanto aquel nuevo título que lo añadió al catálogo y se declaró «muy contento si es que esa reputación de memo puede protegerme de los mundanos».

La brecha que impuso a la fama J. D. Salinger es ya proverbial. La cosa empezó con *El guardián entre el centeno*; previendo ya desde antes de su publicación un éxito ruidoso se marchó por la puerta de atrás para no estar allí cuando ocurriera, así que se compró un billete para el Queen Elizabeth con destino a Southampton, donde se refugió durante siete semanas hasta que la polvareda se disolvió. A partir de ahí el decálogo de conducta de Salinger se redujo a un solo precepto: «No aparecer». El escritor se recluyó en su mundo hasta el punto de evitar toda tasa de reposición con los amigos a medida que se iban muriendo o a medida que él se iba muriendo para ellos, sin molestarse en renovarlos. La obsesión de Salinger por ocultar a todos ya no solo su figura, sino también su imagen, comenzó con el delirante éxito de su libro. Aborreciendo aquella fotografía suya que copaba casi toda la contraportada hizo cuanto pudo para eliminarla, lo que le fue concedido en el brevísimo lapso habido entre las ediciones segunda y tercera. La consecuencia fue que de la foto caída muchos hicieron leña, en concreto quienes atesoraban un ejemplar de aquellas ediciones, muchos de los cuales no dudaron en hacer negocio con coleccionistas de rarezas y lectores mitomaníacos. Se sabe que un ejemplar de la primera edición fue vendido en subasta por 30.000 dólares. Sin duda, Jerry Salinger era muy raro, pero no tanto como su segundo editor, William Shaw, quien, entre las cuentas de su rosario fóbico, contaba el fuego, las máquinas, los animales y las alturas, algo que compensaba adoptando modelos de precaución exagerada, como la de llevar en su maletín un hacha por si se quedaba atrapado en el ascensor.

En 1940 Isak Dinesen (55) hizo un viaje a Alemania enviada por el Gobierno inglés en calidad de inspectora para la defensa de los intereses de las potencias aliadas, como dique ingenuo contra la proliferación de la guerra iniciada un año atrás. Había publicado *Out of Africa* tres años atrás y ya era lo suficientemente conocida como para ser recibida con todo tipo de atenciones por el alto mando alemán, tragando mecha en sus varias entrevistas con personalidades de alto rango en el orto del Tercer Reich, salvo una: cuando Hitler solicitó que le presentaran a la escritora y le llevaran varios ejemplares de sus libros autografiados Dinesen pretextó un catarro y evitó el encuentro.

¡HASTA EN LA SOPA!

Aldous Huxley hizo con su esposa Laura un viaje al Matto Grosso, estado de Brasil, dando por seguro que allí, lejos de la civilización y aún mucho más lejos de las librerías, el autor de *Contrapunto* pasaría desapercibido. Error. Un hombrecito salió de entre los árboles y se paró ante ellos. «*Uxley, Uxley... Contrapunto*», proclamó mientras las lágrimas le resbalaban por las mejillas. El matrimonio no daba crédito. Aldous y el hombrecito se fundieron en un abrazo.

Agatha Christie habría pagado un sueldo fijo a una doble para repartir los abrazos que se le reclamaban allá donde iba, sobre todo en la década de los años sesenta del siglo pasado, en que su fama llegó a ser inmensa, casi un problema. De hecho, un individuo africano se autoproclamó hijo adoptivo suyo y reclamó su derecho natural de conocer a su mamá y establecer con ella los consiguientes lazos afectivos.

Corría el mes de enero de 1944 cuando el matrimonio Mann fue sometido a examen para adquirir la nacionalidad estadounidense. Lo cierto es que Thomas (68) apenas lo llevaba preparado, a diferencia de la aplicada Katia, que de la historia del país se conocía hasta el color del taparrabos de Nube Roja. El examen, sencillo en apariencia, abarcaba una duración de diez minutos, pero en el caso de Thomas algo fue mal, rematadamente mal, porque las preguntas que la funcionaria de inmigración le dirigió se fueron a la friolera de cincuenta minutos, y es que Thomas Mann, el escritor laureado con el Nobel de Literatura quince años atrás, era una excepción en todos los sentidos, empezando por los cinco de la funcionaria, quien sabiendo perfectamente quién tenía ante ella solo había buscado estirar lo más posible aquel momento estelar de su vida para contarlo algún día a sus nietos. Cuando el examen finalizó, la mujer sacó del cajón un ejemplar de *Los Buddenbrook* y le rogó que se lo dedicara. Corría el 23 de junio de 1944 cuando Thomas Mann pronunciaba el juramento de ciudadanía estadounidense.

William Faulkner, además del Nobel, compartía sarpullidos con nuestro Juan Ramón el día que tocaba recibir visitas. Cuando el escritor ruso Ilya Ehrenburg visitó Nueva York en la primavera de 1946 manifestó al agente de Faulkner (48), Malcolm Cowley, su deseo de visitar a su cliente fuera como fuera. Reacción de Faulkner por carta a Cowley: «¿Qué cojones puedo hacer yo? (...). El mes pasado dos malditos suecos, hace dos días un atolondrado reportero de Chicago, y ahora este que ni siquiera habla inglés (...). Juro por Jesucristo que era mejor estar en Hollywood que esto, allí nadie me conocía o les importaba un comino».

Al final, no había mejor táctica que la del escritor estadounidense Julien Green, quien hacía todo lo posible por pasar desapercibido allí a donde iba, sobre todo cuando se trataba de parientes en segunda línea de consanguinidad, de los que, para su desgracia, tenía a patadas en la ciudad de Savannah (Georgia). «He calculado que tengo unos doscientos parientes en esta ciudad. De día, unas gafas negras me protegen bastante bien. Ayer, sin embargo, me di de narices con uno de mis primos, en la esquina de una calle. Leí en sus ojos que me encontraba un parecido asombroso consigo mismo, pero no rechisté y seguí mi camino, como un sonámbulo».

EPÍLOGO

Fin de la historia. Ninguno de ellos está ya entre nosotros. Todos han sido pasto de los gusanos o del fuego, el mismo fuego que nos viene preparando para la pira desde el mismo momento que nacemos. Es, precisamente, este fuego que llevamos encendido dentro lo que los salva en la misma medida que nos salva a nosotros, permitiéndonos a algunos avanzar en línea recta en lugar de hacerlo en círculos, ni tan valientes como Aquiles, ni tan tontos como Prometeo, permitiendo como mucho que nos rompan el corazón, pero nunca dejándonos comer el hígado.

Solo he tratado de convertir la tierra baldía de Eliot en la arboleda perdida de Alberti, llevando de la mano al lector para enseñarle que la muerte no es lo que parece a poco que uno se parezca a todos los libros que lleva dentro.

Nota

(*) El autor ha considerado conveniente contextualizar con la edad del biografiado (entre paréntesis y junto a su nombre) determinadas declaraciones y/o situaciones, con el fin de dotar de todo el sentido a lo que se dice o a lo que se vivencia, acotación sin la cual ese punto de fascinación o de sorpresa se perdería.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (*www.conlicencia.com;* 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

© Alberto Zurrón Rodríguez, 2024
© La Esfera de los Libros, S.L., 2024
Avenida de San Luis, 25
28033 Madrid
Tel.: 91 443 50 00
www.esferalibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): junio de 2024
ISBN: 978-84-1384-865-5 (epub)
Conversión a libro electrónico: J. A. Diseño Editorial, S. L.